DAVID REMNICK

PREMIO PULITZER



LA TUMBA DE LENIN

Los últimos días del imperio soviético

DEBATE


DAVID REMNICK
PREMIO PULITZER
LA TUMBA DE LENIN
Los últimos días del imperio soviético
DEBATE

La tumba de Lenin

Los últimos días del imperio soviético

DAVID REMNICK

Traducción de
Cristobal Santa Cruz



A mis padres
y a Esther

Introducción

La ilusión de un final

Son muchas las razones, más allá de un cierto *glamour* literario, que llevan a los reporteros a albergar el sueño de convertirse en novelistas. El autor de libros de no-ficción debe cargar con esa porfiada vaguedad de lo real, esa cualidad de la vida hecha de eventos que se suceden unos a otros y que es percibida como tal. Al novelista, en cambio, se le concede el derecho de traspasar las barreras factuales y adentrarse en los parajes oscuros y elusivos del misterio, de las pulsiones y pasiones humanas. Tiene el poder de realizar aquello que incluso Dios es renuente a hacer: imponerle una forma a la experiencia para que esta le brinde la ilusoria satisfacción de un relato con comienzo, desarrollo y final.

Ningún buen reportero es tan insensato o vanidoso como para suponer que la historia se está cristalizando ante sus exclusivos ojos; sin embargo, ninguno de los periodistas que trabajaban en Moscú durante los años que abarcan el gobierno de Gorbachov y el derrumbe del comunismo y de la Unión Soviética pudo dejar de sentir una profunda estupefacción ante la compleja situación que le tocaba presenciar. Los trascendentales acontecimientos que ocurrían en todos los ámbitos de la vida política, económica, intelectual y social eran tan intensos y acelerados —sin olvidar,

además, que tenían lugar en un territorio de proporciones inusitadas— que ninguno de nosotros jamás tuvo la sensación de poder dar testimonio de todo lo que sucedía, y menos aún en la crónica periodística del día siguiente.

Y, sin embargo, uno de los regalos ilusorios que recibieron los reporteros residentes en Moscú durante ese período fue la sensación de haber sido testigos de un final dramático y colosal, de alcance histórico y mundial. En agosto de 1991, mi esposa Esther y yo teníamos previsto volver a casa tras cuatro años de estadía en Moscú. Ella había estado trabajando para el *New York Times* y yo, para el *Washington Post*. En ese momento, la *perestroika*, el conjunto de reformas impulsadas por Gorbachov tras su ascenso al poder en marzo de 1985, era, en muchos aspectos, un proceso sumamente dramático —los estados de Europa oriental y central daban los primeros pasos en pos de su liberación de la tutela del Kremlin, las repúblicas soviéticas clamaban por una mayor independencia y el Partido Comunista se encontraba en un estado de caída libre—, pero no quedaba claro cómo culminarían esos procesos. De haber un final, nosotros no lo veríamos, ya que se había agotado nuestro tiempo. Los corresponsales estadounidenses no suelen permanecer en sus puestos de destino mucho más de cuatro años. Así, tras despedirnos de nuestros amigos, empaquetar nuestras pertenencias y limpiar nuestro apartamento en Kutuzovsky Prospekt, y tras realizar y publicar una entrevista con Alexander Yakovlev, confidente de Gorbachov, quien me señaló que presentía que el Partido Comunista y el KGB llevarían a cabo un golpe de Estado, partimos en un vuelo de Pan Am desde el aeropuerto de Sheremetyevo hacia Nueva York. Eso sucedió el 18 de agosto de 1991.

En las primeras líneas de *Diez días que estremecieron al mundo*, John Reed se refiere a su crónica sobre Petrogrado como un «trozo de historia

intensificada». Es difícil creer que los acontecimientos que concluyeron en 1991 fueran menos intensos. Yo había pensado escribir un libro sobre lo que había presenciado, pese a que el relato aún no había culminado en un hito tan singular como el asalto al palacio de Invierno. ¿Quién podía esperar hasta que ello ocurriera?

En la práctica, solo hubo que esperar un par de horas. Nada más llegar a casa de mis suegros en las afueras de Nueva York y sintonizar las noticias en CNN, Esther y yo, junto con el resto del mundo, pudimos ver las imágenes de los tanques soviéticos avanzando por Kutuzovsky Prospekt, a unos metros de nuestro antiguo apartamento. Era el golpe de Estado del KGB que Alexander Yakovlev había previsto. Se trataba, a todas luces, del fin de la historia, fuera cual fuese su desenlace. Pese a la presencia de un huracán en la Costa Este que dificultaba el tráfico aéreo hacia Rusia, al día siguiente me encontraba de vuelta en Moscú. El 21 de agosto, el golpe de Estado había fracasado. Tras haber sido mantenido como rehén en su casa de veraneo en Crimea, Gorbachov regresó con su familia a Moscú, donde lo esperaba una gélida recepción por parte de su rescatador y rival, Bor is Yelt si n. Gorbachov creía que había vuelto al poder; en realidad, había regresado a la capital para presenciar la transformación del mundo tal como lo había conocido hasta entonces.

No abandoné Moscú hasta finales de ese año. A esas alturas, la Unión Soviética se había disuelto como un azucarillo en una taza de té. Volví a Nueva York y terminé mi libro *La tumba de Lenin* con unas notas que me ayudaron a ampliar el capítulo final. El extenso capítulo sobre el golpe de Estado de agosto —«Primero como tragedia, luego como farsa»— fue completado con jugosos detalles sobre el secuestro de Gorbachov en su casa de veraneo en Crimea, las frenéticas vacilaciones en las oficinas de la Lubyanka mientras los aspirantes a dictadores se ahogaban en alcohol y las

insólitas formas en que los autores intelectuales del golpe de Estado se suicidaron. Era un desenlace que ningún guionista se habría atrevido a prever. Y ahí estaba ocurriendo, ante nuestros ojos, precisamente al término de nuestro período de cuatro años como reporteros asignados a un lugar. Más aún, la conclusión parecía del todo feliz: la conclusión bastante pacífica de un período increíblemente malévolo de la historia; la arriada, la noche de Navidad, de una bandera roja en el Kremlin, y el izamiento de una nueva, roja, blanca y azul. Era el fin del comunismo. Tras mil años de feudalismo, autocracia zarista y comunismo totalitario, ¿cabía esperar el advenimiento de una democracia liberal, prosperidad, verdad y justicia?

Al poco tiempo, les dije en broma a mis antiguos colegas en el *Post* de Moscú que ese era el fin de la historia. Esa frase ligera reflejaba una ceguera más profunda: la idea, particularmente asumida en Washington, de que Rusia y las restantes catorce repúblicas soviéticas experimentarían una transformación política y al tiempo económica sin apenas problemas, al tiempo que Estados Unidos, liberado de las rivalidades y obligaciones de la Guerra Fría, podría ejercer su dominio como única superpotencia mundial. Esto era como creer en un cuento en detrimento de la historia, una ilusión desmentida por un sinnúmero de eventos que probaban que el declive y colapso de la Unión Soviética proseguiría por muchos años tras su disolución oficial. Y gran parte de esos eventos serían mucho más grotescos que todo lo que se pudo presenciar durante la era Gorbachov: el sangriento «golpe de Estado» de octubre de 1993; las guerras chechenas; el auge de un capitalismo oligárquico y muchas veces criminal; la caída de la incipiente prensa libre y la asfixia de las libertades civiles; el colapso económico de 1995; la poco estética decrepitud de Boris Yeltsin y el ascenso de Vladimir Putin. Y, con el advenimiento de Putin, la clara sensación de que la construcción de una democracia liberal era una posibilidad remota, mucho

más remota de lo que cualquier persona que hubiera sido testigo de los eventos de 1991 hubiese podido imaginar.

Putin fue presidente desde el año 2000 hasta 2008. Luego, acatando, al menos nominalmente, lo establecido en la Constitución de Rusia, dio un paso al costado para permitir el acceso al poder de su protegido, Dmitri Medvedev. En una elección dudosamente democrática, Medvedev obtuvo la presidencia. Como medida inicial, nombró a Putin su primer ministro. El mensaje era claro: la era Putin proseguía.

La popularidad de Putin como avatar de la tradición rusa y del poder estatal es en parte el resultado de una visión difusa que muchas personas aún conservan de la era Yeltsin. En un viaje a Moscú en 2008 vi la película *Zhmurki* («El embaucamiento del hombre muerto»), de Alexei Balabanov. Era un film de gángsteres que parecía cristalizar en una caricatura sangrienta la realidad rusa de los años noventa, presentándola como algo caótico, corrupto y violento. La película comienza con un profesor que enseña economía en 2005 y que explica cómo, tras la caída del comunismo y de la Unión Soviética en 1991, hubo una «redistribución de la propiedad», la más grande que se haya producido en la historia de la humanidad. Este fue el período en que los llamados «oligarcas» adquirieron sus pozos petrolíferos, minas de oro y bancos.

—¿Alguien sabe cómo? —pregunta.

Un entusiasta estudiante contesta:

—En ese entonces se podía amasar fortunas a partir de nada.

—Y también había grupos criminales —agrega el profesor—, que se aliaban con las autoridades y conseguían así sus capitales iniciales.

Luego aparece un título, «Mediados de los años noventa», y una escena

truculenta en que un asesino denominado el Profesional está torturando a un gángster rival en una morgue. En la escena final, dos sádicos asesinos a sueldo roban cinco kilos de heroína a su jefe —su «capital inicial»— y huyen hacia Moscú, donde sustituyen sus cazadoras de cuero y sus pistolas por trajes formales y puestos de trabajo en la burocracia del Kremlin.

En la Rusia actual, la *demokratia* tal como surgió en los años noventa es usualmente llamada *dermokratia*, «mierdocracia». La noción de liberalismo —la creencia en la necesidad de una sociedad civil, libertades públicas y una economía abierta— también se ha visto mermada. De todos los activistas en favor de la democracia y políticos de finales de los años ochenta y noventa, el único que es recordado con afecto —cuando no de manera periódica— es el físico y activista en pro de los derechos humanos Andrei Sajarov. Y puede que ello se deba a que falleció en diciembre de 1989, dos años antes de la caída del imperio soviético. Los partidos liberales que surgieron en los años noventa, tales como Yabloko («Manzana») y la Unión de Fuerzas de Derecha, están marcados por sus vínculos con la era Yeltsin y ya no tienen representación en la Duma. «El Estado permite que haya oposición siempre y cuando no se constituya una coalición», me indicó Mijail Kasyanov, ex primer ministro.

«No hay prácticamente ninguna oposición, salvo la de los comunistas, como en la época de Yeltsin —señaló Alexander Solzhenitsyn a *Der Spiegel* poco antes de su muerte, en agosto de 2008—. Si se observa sin sesgo la situación, se advierte un acelerado deterioro en los estándares de vida en los años noventa que afectó a tres cuartas partes de las familias rusas, y todo ello bajo el lema de la democracia. No sorprende, pues, que la población ya no se adhiera a ese eslogan.» Solzhenitsyn, que vivía en las afueras de Moscú, tenía ochenta y ocho años en ese entonces y una salud precaria. Aun cuando gran parte de su trabajo como escritor e historiador contenía una

persistente crítica al poder soviético y a la policía secreta, ahora se refería en términos positivos a Putin, quien, por ese entonces, era teniente coronel en el KGB. «Putin heredó un país saqueado y apabullado, con un pueblo pobre y desmoralizado —señaló—. Y comenzó a hacer aquello que era posible realizar, una lenta y gradual recuperación.»

Garry Kasparov, el campeón de ajedrez, es una de las pocas voces disidentes destacadas en la era de Putin. Ha señalado que la popularidad de Putin es la falsa popularidad de los dictadores. «El apoyo a Putin es una especie de resistencia pasiva al cambio —me dijo—. No se puede hablar de elecciones y popularidad cuando todos los medios de comunicación están bajo control estatal. ¡No quiero darle malas ideas a nadie, pero con un aparato propagandístico de esas características, respaldado por una fuerza de seguridad omnipotente, se debería aspirar a un mínimo del 70 por ciento de apoyo!»

Dos grandes tradiciones han sobrevivido en la Rusia postsoviética: el poder de la policía secreta y el uso de la alegoría como forma de transmitir una verdad. En la Rusia de Putin, esta última es una de las pocas maneras efectivas de describir la primera. Vladimir Sorokin, un escritor en su cincuentena con un manejo especial de la brutalidad surrealista en sus relatos, publicó una novela distópica titulada *El día del oprichnik*. Los *oprichniki* constituían la policía secreta en el siglo XVI; eran el KGB de Ivan el Terrible. En la descripción que hace Sorokin de una Rusia autoritaria situada en el año 2028, el dictador controla todos los destinos de la nación y toda la información. El bienestar del Estado depende del petróleo y del gas, y la supervivencia de las personas, de una lealtad inquebrantable a un déspota brutal y su círculo de *oprichniki*. El Estado mismo es profundamente conservador y tradicional.

La alegoría es bastante obvia. Putin y un gran número de sus altos cargos

en el Kremlin, ministros y consejeros, provenían de las filas del KGB, muchos de su ciudad natal de San Petersburgo. Yeltsin intentó repetidamente reformar los servicios de seguridad, pero fracasó. «El sistema basado en una policía política aún perdura —admitió Yeltsin antes de su muerte en 2007—, y podría resucitar.» Durante los años noventa, los oligarcas llenaron sus organizaciones con consejeros del KGB bien entrenados y bien informados, pero Putin revirtió la jerarquía. Había más *siloviki* —hombres de seguridad— en el Kremlin que licenciados de Harvard en la Casa Blanca de Kennedy. Olga Kryshtanovskaya, experta en élites políticas, estima que los *siloviki* ocupan más del sesenta por ciento de los cargos altos y medios altos en el Estado. Dirigen varios departamentos en el Kremlin, operaciones bancarias y empresas estatales.

En un libro de entrevistas sobre su vida, Putin señala que cuando lo destinaron a Alemania Oriental, en los años ochenta, solía vagar ociosamente mientras el régimen comunista se desmoronaba. Tenía gran afición por la bebida local —«se vierte la cerveza en la barrica, se introduce un caño y se puede beber directamente del barril»— y engordó casi diez kilos. Pero, como presidente, no dudó en mostrar su lealtad al órgano para el que había trabajado y acrecentar su poder. «No hay nada comparable a un antiguo miembro de la policía chekista», solía decir.

Algunos de los eventos más grotescos de la historia reciente de Rusia —el asesinato de periodistas, el arresto de altos empresarios rebeldes, la intervención en empresas internacionales que no cooperan con el régimen— están vinculados, según muchos observadores, al FSB (Servicio Federal de Seguridad), nueva versión del KGB, aun cuando la estructura general del régimen, su modo de corrupción, su forma estratégica de controlar la sociedad y la economía, y de operar con el resto del mundo, es mucho más sofisticada que la incompetencia imperante en la era soviética. Putin no

actúa como un dictador, al menos no en la acepción estalinista del término. Prueba de ello es su aceptación de Medvedev, un abogado con inclinaciones más liberales en diversos ámbitos, que van desde las libertades civiles hasta la interpretación de la historia soviética. Putin sabe que, para poder operar en la economía global, debe introducir los recursos del país en el mercado mundial y comportarse adecuadamente. Si alguien se interpone en su camino, puede recurrir al FSB, pero de manera muy selectiva. En el mundo moderno, el uso político de la policía fiscal o un incidente singular y bien publicitado de misteriosa brutalidad son mucho más eficaces que la represión masiva y el gulag. Y, en la experiencia de Putin, ¿quién puede demostrarle que la estabilidad y la prosperidad requieren verdaderamente un régimen democrático, una separación de los poderes y libertades civiles?

Putin se ha asegurado de que prácticamente todo el poder en Rusia se concentre en el poder ejecutivo. El Parlamento, la duma estatal, es casi tan dependiente del poder central como lo era el Soviet Supremo bajo Leonid Brezhnev. El imperio de la ley, de los jueces y abogados es una mera farsa. Los gobernadores de las más de ochenta regiones de Rusia ya no son elegidos, como en la era Yeltsin; desde la promulgación de un decreto presidencial en 2004, todos son designados por el Kremlin. Los canales de televisión federales, de lejos el principal instrumento de noticias e información en Rusia, son neosoviéticos en términos de su obediencia a los dictados del Kremlin. La comunidad empresarial también debe plegarse a los deseos e instrucciones del círculo de Putin. Hoy prácticamente hay tantos multimillonarios en Moscú como en Nueva York, pero el arresto por fraude, en 2003, de Mijail Jodorkovsky, magnate del petróleo, en ese entonces el hombre más rico de la nación, fue una clara y ominosa señal de que la riqueza dependía de la aprobación del Kremlin. Jodorkovsky, que tuvo la osadía de fundar partidos de oposición, expresar sus ideas políticas e

intentar cerrar acuerdos para el suministro de petróleo a China sin el consentimiento previo del Kremlin, se encuentra aún recluido en la Colonia Penal N.º 10, en Siberia oriental. Pero a estas alturas de la historia de Rusia, ¿a quién le importa?

«La gran mayoría de la población celebra el hecho de que, por primera vez en la historia de Rusia, ha vivido durante quince años sin la presión constante del totalitarismo sobre todos los ámbitos de sus vidas —señala Vladimir Milov, un economista que abandonó el gobierno de Putin en 2002—. Por ejemplo, se puede viajar libremente al extranjero. La mayoría de las personas aún no pueden costearse algo así, pero el sector más activo y con mayor nivel de educación sí, lo que cambia sustancialmente las cosas. Las autoridades locales dejan vivir tranquilamente a las personas siempre y cuando estas no las cuestionen. En otras palabras, les ofrecen el siguiente trato: "Ustedes nos dejan robar y nosotros los dejamos vivir".»

En 1989, en medio del proceso de reformas impulsado por Mijail Gorbachov, dos reputados científicos sociales, Andranik Migranyan e Igor Klyamkin, publicaron un diálogo en el semanario *Literaturnaya Gazeta*, en el que Migranyan señalaba: «Nunca, en ningún país del mundo, se ha producido una transición directa de un régimen autoritario a una democracia. Siempre ha existido necesariamente un período autoritario». En aquel entonces, los intelectuales liberales de Moscú, que imaginaban otro futuro para el país, desestimaron el artículo tildándolo de pesimista, erróneo y reaccionario. Eso fue entonces. No se debe infravalorar el período que abarca los años 1989-1991. La ideología comunista, el Estado soviético y el viejo imperio han muerto y no hay peligro real de que puedan volver. Pero la sensación de un final —uno abrupto y feliz— es una ilusión en la que nadie cree desde hace muchos años.

DAVID REMNICK, *2010*

Prólogo

Mucho antes de que alguien tuviese motivos para predecir la decadencia y caída del imperio soviético, Nadezhda Mandelstam llenó sus cuadernos con acentos de esperanza. No era esta una mujer sentimental ni ingenua. Había visto cómo se llevaban arrestado a los campos de trabajos forzados a su esposo, el gran poeta Osip Mandelstam, durante la represión de los años treinta; describió en términos descarnados cómo el régimen mantenía a sus súbditos en un estado de terror permanente. La gente de la Unión Soviética se encontraba «ligeramente desequilibrada; no enferma precisamente, pero tampoco lo que entenderíamos por normal». Sin embargo, a diferencia de tantos estudiosos y políticos, Mandelstam percibió las señales de debilidad inherentes al sistema soviético y creyó en la fortaleza y resistencia de su gente.

El 20 de agosto de 1991, en una tarde desolada y lluviosa, caminaba entre la muchedumbre que protegía al Parlamento ruso de una potencial invasión encabezada por los líderes de un golpe militar. Ese día, todos presenciamos lo que tan pocos hubiesen podido predecir: ciudadanos soviéticos —trabajadores, profesores, niños, madres, abuelos, incluso soldados— haciendo frente a un grupo de hombres ignorantes, que creían encarnar una versión mejorada del régimen bolchevique y tener el poder para congelar, o incluso hacer volver atrás, el tiempo. En sus apresurados cálculos, los conspiradores pensaron que las «masas» se encontraban demasiado

agotadas y eran demasiado indiferentes para luchar. Sin embargo, decenas de miles de ciudadanos moscovitas corrientes estaban dispuestos a entregar sus vidas por los principios democráticos. Se afirmaba entonces, e incluso hoy[1] se sostiene, que los rusos saben poco o nada de la sociedad civil. ¡Qué extraño, pues, que tantas personas estuvieran dispuestas a morir en su defensa!

Por lo general, no poseo buena memoria para registrar lo que he leído, pero esa tarde del golpe, horas antes de que existiera la certeza de que no habría ataque y de que el *putsch* fracasaría, recordé un corto pasaje subrayado en negro en mi ejemplar de *Contra toda esperanza*, de Nadezhda Mandelstam: «El terror podría volver, pero implicaría tener que enviar a varios millones de personas a los campos. Si esto hubiese de ocurrir ahora, proferirían gritos de protesta, y también lo harían sus familiares, amigos y vecinos. Este es un factor que debe ser tomado en cuenta». Los líderes del golpe de agosto no habían contado con la reacción de su propia gente. No fueron capaces de comprender nada. Fueron encarcelados por su error de cálculo, y los puntales del antiguo régimen se desmoronaron.

En el momento de escribir estas líneas, la euforia de aquellos días de agosto pertenece al pasado y la democracia rusa es frágil. Hay días en que parece que poco ha cambiado, que el destino de Rusia depende, una vez más, de las aptitudes, de las inclinaciones y del pulso de un solo hombre. Esta vez se trata de Boris Yeltsin: heroico durante el golpe, flexible, astuto, pero, a menudo, también imprudente en su lenguaje y un bebedor empedernido. Nadie sabe lo que podría suceder si, como resultado de un ataque o de un levantamiento de los nacionalistas de línea dura, los neofascistas y los comunistas nostálgicos que dominan el Parlamento, Yeltsin fuera expulsado

del poder. Mientras la versión en inglés de este libro entra en imprenta en abril de 1993, la lucha de poder entre Yeltsin y el Parlamento aún no ha sido resuelta y ha puesto de manifiesto la falta de una Constitución clara y manejable, así como la ausencia de un sistema jurídico y de un sistema de autoridad. Las instituciones de esta nueva sociedad son embrionarias, infinitamente frágiles.

En enero de 1993, el drástico programa económico de Yeltsin solo se ha traducido en resultados espasmódicos, mucho sufrimiento y gran inquietud por doquier. La comida y demás suministros son más abundantes en algunos lugares, pero los precios están fuera de control. La tasa de inflación se asemeja a la de América Latina. Los responsables de las vastas plantas militares muestran poco interés en el tránsito a una economía de tiempos de paz, y los subsidios absurdos que reciben han creado un desorden en las finanzas de Rusia. Una nueva clase de jóvenes espabilados, e incluso algunos hombres de negocios honrados, están prosperando; pero entre los ancianos, los débiles y los pobres cunde el desaliento. El índice de criminalidad está fuera de control, y en todas partes surge un nuevo demagogo —comunista, nacionalista o simplemente demente—, listo para explotar los fracasos, las vanidades y las desgracias del gobierno electo. El peligro de la tentación autoritaria todavía acecha en Rusia. Hasta ahora, casi todos los sucesores potenciales de Yeltsin prometen inclinarse por reformas económicas menos radicales y por una agresiva política antioccidental.

En otros lugares de la otrora Unión Soviética, la situación es igualmente preocupante. Hay pequeños conatos de guerra en el Cáucaso y golpes de Estado en Asia central. Moldavia, Letonia, Estonia y Lituania acusan a Rusia de imperialismo por dejar atrás sus tropas. Por su parte, los rusos protestan contra los líderes de los gobiernos bálticos, acusándolos de tratar a los no bálticos como ciudadanos de segunda clase. Armenia se encuentra

en estado de quiebra y al borde del desastre, y Georgia está asolada por una guerra civil. A pesar de una serie de tratados históricos con Estados Unidos, los conflictos no resueltos respecto a la propiedad del arsenal militar entre Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Kazajstán nos impiden conciliar el sueño, lo que James Baker en algún momento llamó «Yugoslavia con armas atómicas».

A pesar de todo lo anterior, me inclino por el terco optimismo de Mandelstam. Después de todo, este libro es la crónica de los últimos días de uno de los regímenes más crueles de la historia humana. Y habiendo vivido esos días finales, habiendo vivido en Moscú y viajado por las repúblicas del último imperio, estoy convencido de que no habrá vuelta al pasado a pesar de todas las dificultades que quedan por delante. En Occidente no debemos apartar la mirada de este proceso. Darle la espalda pondría en peligro Rusia, a la antigua Unión Soviética y la seguridad del mundo.

Habrá que esperar a que aparezcan muchos libros y se investiguen muchos archivos para comprender la historia de la Unión Soviética y su colapso final. Después de todo, aún prosigue el debate acerca de los acontecimientos de 1917. Escribir la historia toma su tiempo. Al preguntársele lo que opinaba acerca de la Revolución francesa, Zou Enlai replicó: «Es demasiado pronto para saberlo». Para comprender en profundidad el período de Gorbachov se requerirá toda una nueva biblioteca que incluya una enorme variedad de temas: las relaciones soviético-estadounidenses, la historia económica, los levantamientos en los estados bálticos, el Cáucaso, Ucrania y Asia central, la «prehistoria» de la *perestroika*, los efectos psicológicos y sociológicos de un régimen totalitario que duró muchos años.

Viajé a Moscú en enero de 1988 como reportero del *Washington Post* y presencié la revolución desde ese ángulo. Como muchos reporteros en

Moscú, enviaba trescientos y cuatrocientos artículos al año a directores de periódico que seguramente hubiesen estado encantados de recibir una cantidad mayor. Aun entonces, en medio de ese trabajo febril, parecía que los múltiples acontecimientos de la era Gorbachov-Sajarov-Yeltsin obedecían a cierta lógica, a un patrón: una vez que el régimen se suavizó lo suficiente como para permitir un examen a gran escala del pasado de la Unión Soviética, se volvió inevitable un cambio radical. Cuando el sistema se mostró como lo que era y como lo que había sido, firmó su condena. En la primera parte doy cuenta de ese momento esencial —el retorno de la historia en la Unión Soviética—, y luego, en la segunda parte, procedo a abordar el tema de los comienzos de la democracia. La tercera parte es el relato de la confrontación entre el antiguo régimen y las nuevas fuerzas políticas. La cuarta parte es un intento de describir desde diferentes perspectivas el *putsch* de agosto —acontecimiento extraño y culminante— y sus secuelas. En la quinta parte, examino el intento final del Partido Comunista por justificarse, mientras a su alrededor un nuevo país ve la luz. A lo largo del libro, presento la historia a través de la mirada de hombres y mujeres que representan al país; algunos de ellos son personajes conocidos y otros no.

Estoy convencido de que, si Nadezhda Mandelstam estuviera viva, no se entretendría mucho tiempo en celebraciones. Criticaría de forma implacable las desigualdades y los absurdos de la política de la Rusia postotalitaria. Nos advertiría acerca de lo problemático que es pretender que un pueblo maltrecho y aislado pueda acceder rápidamente a una forma de vida que ya no promete un paternalismo desde la cuna hasta la tumba. A pesar de su amor por las novelas de Agatha Christie, nos advertiría acerca de la nueva ola de cultura *trash* (la súbita fascinación por las telenovelas mexicanas y las zapatillas deportivas norteamericanas). No cerraría los ojos ante las

dificultades, ni siquiera ante los desastres por venir. Creo, sin embargo, que conservaría el optimismo. El optimismo es conservar la creencia en que el país puede levantarse gradualmente de las ruinas del comunismo; es la confianza en que las antiguas víctimas del experimento soviético tienen un cúmulo tal de experiencia histórica que hace imposible la vuelta a la dictadura y al aislamiento. Ya se vislumbran señales, en toda Rusia y el resto de la antigua Unión Soviética, del surgimiento de una nueva generación de artistas, profesores, hombres de negocios, incluso de políticos. Gente «libre de los viejos complejos», como dicen los rusos. Puede incluso que llegue el día en que, para transitar de un día a otro, en Rusia ya no sean necesarios los milagros que presenciamos durante los últimos años del antiguo régimen. Puede que algún día Rusia se transforme en un lugar común y corriente, en un país con problemas en vez de catástrofes, en un lugar que se desarrolla en vez de estallar. Esto valdría la pena verlo.

Primera parte

El derecho a la memoria

La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido.

MILAN KUNDERA

1

El golpe del bosque

El coronel Alexander Tretetsky, de la Oficina del Fiscal Militar de la Unión Soviética, llegó un caluroso día de verano a su último lugar de trabajo: una serie de fosas comunes situadas en un bosque de abedules a unos treinta kilómetros de la ciudad de Kalinin. El coronel y sus ayudantes iniciaron la jornada excavando y hurgando la tierra en busca de indicios del régimen totalitario (cráneos perforados por balas, botas carcomidas por los gusanos, restos de uniformes militares polacos).

Esa mañana, antes de partir al trabajo, habían escuchado por la radio y la televisión las alarmantes noticias provenientes de Moscú: Mijail Gorbachov había «renunciado» por «razones de salud». El Comité Estatal para Estados de Emergencia había asumido el poder, prometiendo orden y estabilidad. Pero ¿qué se podía hacer? Kalinin estaba varias horas al norte de Moscú en tren y muy lejos de rumores y noticias. De modo que Tretetsky, como casi todo el mundo en la Unión Soviética esa mañana del 19 de agosto de 1991, fue a trabajar como si fuera un día común y corriente.

La excavación en el bosque situado en las afueras de Kalinin era un proyecto inhumano. Medio siglo atrás, y bajo órdenes directas de Stalin, verdugos del NKVD asesinaron a quince mil militares polacos y arrojaron

los cuerpos en hileras de fosas comunes. La operación en Kalinin, Katyn y Starobelsk, que duró un mes, fue parte del intento de Stalin por iniciar la dominación de Polonia. Esos jóvenes oficiales se contaban entre los hombres con el más alto nivel de educación de Polonia, y para Stalin representaban una amenaza potencial; eran futuros enemigos. Durante décadas, Moscú culpó a los nazis de la matanza, afirmando que los alemanes habían llevado a cabo la masacre en 1941, y no el NKVD en 1940. La maquinaria de propaganda del Kremlin sostuvo dicha historia en conferencias, negociaciones diplomáticas y en la literatura, entretejiéndola con la vasta red formada por la ideología y la historia oficiales que sostenían al régimen y su imperio. Para el Kremlin, la historia era un asunto tan serio que creó una gran burocracia para controlarla, para tergiversar su lenguaje y su contenido, de modo que las purgas arbitrarias y asesinas pasaran a ser «triunfos sobre enemigos y espías extranjeros» y el tirano reinante, un «Amigo de Todos los Niños, la Gran Águila de las Montañas». El régimen creó un imperio que semejaba una gran sala, con puertas y ventanas cerradas. Todo libro o periódico permitido en la sala contenía la versión oficial de los acontecimientos, mientras la radio y la televisión propagaban día y noche la línea única. Aquellos que servían lealmente la versión oficial eran proclamados y presentados como «académicos» y «periodistas». En las ciudadelas del Partido Comunista, del Instituto Marxista-Leninista, del Comité Central y de la Escuela Superior del Partido, los sacerdotes de la ideología se apartaban a su antojo de los dogmas. En todas partes había secretos. El KGB fue tan escrupuloso a la hora de mantener sus secretos que edificó sus residencias de vacaciones en la villa de Mednoye, cerca de Kalinin, donde habían sido ejecutados y enterrados en fosas comunes los oficiales polacos; era la mejor manera de vigilar los huesos.

Pero algo había cambiado ahora, y radicalmente. Tras cierta vacilación inicial al comienzo de su mandato, Gorbachov decretó que había llegado el momento de llenar los «espacios en blanco» de la historia. Dijo que ya no sería posible echar la vista atrás utilizando «gafas con cristales tintados de color rosa». Al principio su retórica fue cautelosa. No osó criticar a Lenin, el semidiós del Estado. Pero, a pesar de la vacilación, su decisión más importante sería la recuperación de la memoria histórica, decisión que precedía a cualquier otra, pues sin una completa y descarnada revisión del pasado —la admisión de los crímenes, la represión y la bancarrota—, el verdadero cambio y, mucho más aún, la revolución democrática, resultaban imposibles. El retorno de la historia a la vida personal, intelectual y política significó el comienzo de la gran reforma del siglo XX y, le gustara o no a Gorbachov, el colapso del último imperio sobre la Tierra.

Para los polacos, las matanzas de Kalinin, Starobelsk y Katyn habían representado durante décadas el símbolo de la crueldad y del puño imperial de Moscú. Para un polaco, la simple suposición de que la Unión Soviética fuera responsable de las masacres representaba un acto radical e incluso suicida, pues revelaba claramente su posición. La «amistad de los pueblos», la relación entre Moscú y Varsovia, estaba basada en la violencia, el dominio del invasor sobre su satélite. Incluso Gorbachov sabía que admitir la matanza era debilitar a los comunistas polacos. Pero en 1990, con Solidaridad en el poder, Gorbachov pensó que había poco que perder. Durante una visita del general Wojciech Jaruzelski a Moscú, Gorbachov aceptó finalmente la culpabilidad de Moscú y puso en manos del gobierno polaco un enorme legajo de archivos acerca de las masacres de Katyn, Starobelsk y Kalinin.

Poco tiempo después del *mea culpa* del Kremlin, comenzaron las excavaciones. Trabajando conjuntamente con soldados del ejército soviético

y voluntarios polacos, el coronel Tretetsky inició su trabajo en Mednoye, el 15 de agosto de 1991. Tretetsky, un oficial de carrera cuarentón de bigotes delgados y mejillas rosadas, había pasado ya varios meses descubriendo fosas en Starobelsk. Con cada nueva fosa crecía el sentimiento de haber sido engañado. Él había creído profundamente en el comunismo y en la Unión Soviética. Sirvió primero en la marina, para luego, después de estudiar leyes en Ucrania, enrolarse definitivamente en el ejército. Estuvo destinado casi cuatro años en Alemania Oriental e incluso se ofreció como voluntario para ir a Checoslovaquia en 1968, año en que la Unión Soviética aplastó la «Primavera de Praga».

«Fui un necio —dijo Tretetsky—. Creí en todo eso. A la menor señal, habría dado mi vida por la madre patria.»

Elevó una petición al ejército para ser enviado a Afganistán, donde sirvió desde 1987 hasta 1989. Tretetsky regresó a Moscú tan solo para sentir el sabor amargo de la verdadera historia del país acerca del cual sabía tan poco. Fue asignado a la Oficina del Fiscal Militar, que llevaba a cabo investigaciones masivas para la rehabilitación de gente que hubiera sufrido represión durante los últimos setenta años. Lentamente se fue enterando de los hechos más negros de la historia soviética: las purgas, la matanza de oficiales polacos o el sangriento ataque del ejército contra manifestantes pacíficos en Novocherkassk en 1961.

Una vez a cargo de las excavaciones, primero en Starobelsk y luego en Mednoye, Tretetsky se entregó a su trabajo con pasión y acuciosidad. En Mednoye supo exactamente dónde cavar y qué buscar. Había interrogado ya a un lugareño, un oficial retirado de la policía secreta, que había cooperado en 1940 para hacer cumplir las órdenes de Moscú. Vladimir Tokaryev estaba ciego y tenía ochenta y nueve años de edad cuando la historia fue a su encuentro, pero su memoria estaba fresca. Sentado junto a Tretetsky, y

frente a una cámara de vídeo, describió cómo su unidad de la policía secreta tiroteó a oficiales polacos en el bosque cerca de Kalinin; doscientos cincuenta por noche, durante un mes.

Los verdugos, dijo Tokaryev, «trajeron una maleta llena de revólveres alemanes del tipo Walther 2. Se consideró que nuestras armas soviéticas TT no eran suficientemente fiables. Tendían a recalentarse con el sobreuso ... Estuve allí la primera noche de las ejecuciones. Blojin fue el verdugo principal junto con otros treinta, chóferes y guardias del NKVD en su mayoría. Mi chófer, Sujarev, por ejemplo, fue uno de ellos. Recuerdo a Blojin diciendo: "Adelante, vamos". Se puso luego su uniforme especial para la tarea: sombrero, delantal de cuero y guantes de cuero marrón hasta más arriba de los codos. Eran su terrible creación. Me hallaba frente a un verdugo.

»Llevaron uno a uno a los polacos a lo largo del pasillo, doblaron a la izquierda y los introdujeron en el "rincón rojo", la habitación de descanso del personal de la prisión. A cada hombre se le preguntó el apellido, el nombre y el lugar de nacimiento, lo justo para identificarlo. Se les llevó, individualmente, a la habitación contigua, que estaba aislada acústicamente, y se le disparó en la nuca. No se leyó absolutamente nada, ni sentencia judicial ni de comisión especial alguna.

»Hubo trescientas ejecuciones aquella primera noche. Recuerdo a mi chófer, Sujarev, jactándose de la ardua jornada de trabajo que había tenido. Pero había sido demasiado, pues era ya de día en el momento de finalizar la tarea y existía una disposición que establecía que todo debía llevarse a cabo en la oscuridad. De modo que el número de ejecuciones se redujo a doscientas cincuenta por noche. ¿Cuántas noches duró? Calcúlelo usted mismo: seis mil hombres a razón de doscientos cincuenta por noche.

Incluidos los fines de semana, suma alrededor de un mes, todo abril de 1940.

»Yo no participé en los asesinatos. Jamás estuve en la sala de ejecuciones. Pero tuve que poner a mis hombres a disposición de esa gente. Recuerdo a algunos de esos polacos. Un hombre joven, por ejemplo. Sonreía como un niño. Le pregunté cuánto hacía que estaba en la policía fronteriza. Contó con los dedos. Seis meses. ¿Qué hacía allí? Era telefonista.

»Blojin se aseguraba de que a nadie le faltara su provisión de vodka todas las noches al finalizar el trabajo. Cada atardecer lo traía en cajas a la prisión. No bebían absolutamente nada antes o durante las ejecuciones, pero antes de retirarse a casa todos tomaban algunas copas.

»Les pregunté a Blojin y a los otros dos: "¿No se requerirá un equipo de gente para cavar seis mil sepulturas?". Se rieron de mí. Blojin dijo que había traído un buldózer de Moscú y a dos hombres del NKVD para manejarlo. De modo que los polacos muertos eran sacados por la puerta trasera de la sala de ejecuciones, cargados en camiones cubiertos y trasladados al lugar de sepultura. El sitio fue seleccionado personalmente por Blojin. Era cerca del lugar donde los oficiales del NKVD tenían sus casas de campo, cerca de mi propia casa, cerca del pueblo de Mednoye, a unos treinta kilómetros de Kalinin. Las fosas que cavaban tenían entre ocho y diez metros de largo, lo suficiente para albergar doscientos cincuenta cuerpos cada una. Cuando todo terminó, los tres hombres de Moscú celebraron un gran banquete. Insistieron retiradamente en que asistiera. Rehusé».

Una y otra vez el ciego tendía a culpar a «los otros», negando la importancia de su propia participación; una bestia no menos cruel y gentil que Eichmann en Jerusalén. Pero esta vez la cuestión no era Tok a r yev.

Como tampoco lo eran los verdugos. Hacía ya mucho que Blojin y tres de los otros se habían suicidado después de enloquecer. La cuestión era que los historiadores, fiscales, archivistas y periodistas, a donde iban, descubrían que el legado del poder soviético era, en el mejor de los casos, tan trágico como todo lo que habían oído de las «voces prohibidas»: *El archipiélago gulag* de Solzhenitsyn y los *Relatos de Kolimá* de Shalamov. Ahora no había libros ni voces prohibidas. Recuperar el pasado, ver tal cual las pesadillas de setenta años, era un impacto casi insoportable. Mientras se aceleraba el retorno de la historia, la televisión mostraba constantemente documentales sobre el degollamiento de los Romanov, la colectivización forzosa del campo y los juicios. Las revistas literarias mensuales, los semanarios e incluso los periódicos estaban plagados de reportajes sobre las últimas desgracias históricas: la cantidad de asesinados y encarcelados; el número de iglesias, mezquitas y sinagogas destruidas; cuánto saqueo y despilfarro. Bajo esta avalancha de recuerdos, al cabo de un tiempo la gente se manifestó cansada y hasta aburrida. Era más bien el dolor de recordar, el impacto del reconocimiento, lo que les perseguía. «Imagínese ser adulto y tener que absorber toda la verdad acerca del mundo que le rodea, y aún más, una verdad venida de fuera de su propia tierra, en cosa de uno, dos o tres años —dijo el filósofo Grigori Pomerants—. El país completo está en un estado de desorientación masiva.»

La gente del Partido Comunista, los dirigentes del KGB, los militares y los millones de funcionarios provinciales que crecieron bajo una historia falsa no podían soportar la verdad. No es que no la creyeran. Conocían los hechos del pasado mejor que cualquier otro. Pero la realidad ponía en tela de juicio su propia existencia, su bienestar, sus privilegios. Su derecho a un despacho decente, a un trozo de carne, el mes de vacaciones en Crimea, todo dependía de un descomunal engaño social, de la ignorancia forzosa de

280 millones de personas. Yegor Ligachov, figura conservadora del Politburó hasta su retiro obligado en 1990, me dijo en tono lastimero que cuando la historia había sido arrancada de las manos del Partido Comunista, cuando los profesores universitarios, los periodistas y los testigos comenzaron a publicar y difundir sus propias versiones del pasado, «en el país se creó una atmósfera sombría. Alteró las emociones de la gente, su genio, su eficiencia en el trabajo. De la noche a la mañana se les arroja encima todo lo negativo del pasado. Los temas patrióticos han sido dejados de lado, han sido agotados. La gente anhela algo positivo, algo destacable; incluso nuestras propias figuras culturales han publicado más mentiras y patrañas antisoviéticas que las que nuestros propios enemigos occidentales publicaron en total durante los últimos setenta años».

Cuando la historia dejó de ser instrumento del Partido, este quedó condenado al fracaso. La historia demostró precisamente que el Partido estaba podrido hasta el alma. Los ministros, los generales y los *apparatchiks* que organizaron el golpe militar de agosto de 1991 se reunieron muchas veces de forma secreta en casas de seguridad del KGB, en las afueras de Moscú, para analizar la ruina de su Estado. Se habló de la necesidad de orden, de la necesidad de revertir de algún modo el declive del Partido. Estaban tan engañados acerca de su propio país que creyeron incluso que podrían detener el retorno a la historia. Lo detendrían con un decreto y un par de divisiones de tanques. Las excavaciones en Mednoye y en los demás sitios donde tuvo lugar la matanza de polacos no eran una excepción. Los golpistas harían lo posible por detener el trabajo. Mucho antes del golpe militar, Valery Boldin, el jefe de gabinete de Gorbachov y uno de los principales confabuladores en el golpe de agosto, intentó atenuar el daño transfiriendo secretamente muchos documentos sobre el caso desde la Sexta División de los archivos del Comité Central al «archivo

presidencial», que estaba bajo su control. Este pequeño paso no ayudó en nada. Boldin y el resto de los conspiradores estaban ahora preparados para eliminar todo aquello que los comprometiera. Detendrían el retorno de la historia. Harían retroceder el tiempo. Una vez más, el miedo constituiría la esencia del Estado.

El día del golpe, los hombres de Tretetsky, tanto soviéticos como polacos, intentaron concentrarse en el trabajo. Descubrieron viejas sepulturas y lavaron los fragmentos de huesos y cráneos. A medida que les llegaban las noticias del golpe militar, se les hacía más difícil concentrarse. Los soldados de Tretetsky oyeron incluso que las tropas desplegadas en las calles de Moscú pertenecían a su propia división, la División Kantemirovskaya. Encendieron un televisor en una de las carpas cercanas al lugar de trabajo y descubrieron caras familiares. Vieron a sus amigos sentados sobre unidades armadas para el transporte de tropas cerca del Kremlin, fuera del Parlamento ruso y en las principales calles de la capital.

«El clima era pésimo —recuerda Tretetsky—. Llovió casi sin parar, de modo que para secar los fragmentos de uniforme tuvimos que ponerlos en las carpas, encender una estufa y mantener la carpa abierta para que circulara el aire.» El equipo trabajó hasta avanzada la tarde, hasta que Tretetsky les indicó: «Es todo por hoy». Fue todo lo que les dijo.

Durante el día entero, Tretetsky había estado recibiendo llamadas telefónicas del cuartel central del mando del KGB en Kalinin. El general del KGB destacado allí, Viktor Lakontsev, advirtió a Tretetsky de que la excavación «ya no era necesaria», de que el trabajo debía detenerse y de que debía regresar inmediatamente al cuartel general. Tretetsky se negó, diciendo que el trabajo debía continuar según estaba planeado. Afirmó que iría al cuartel general del KGB solo una vez finalizada la jornada. A pesar

de su proceder temerario, Tretetsky sentía miedo. «Sabía que había problemas», dijo.

Aquel atardecer, Tretetsky fue conducido bajo custodia del KGB a la oficina de Lakontsev en Kalinin.

El trabajo debía detenerse, insistió Lakontsev. «De no ser así —dijo— no podemos garantizar su seguridad, o la de los trabajadores polacos.»

A Tretetsky no le quedó más que reír. A lo largo de su trabajo en Starobelsk y Mednoye, siempre hubo hombres del KGB en el lugar («observadores», se denominaban a sí mismos). Los trabajadores les llamaban «nuestros observadores de las Naciones Unidas».

Tretetsky no cedería. «Sobre mi cadáver», pensó para sí. Le planteó a Lakontsev su negativa del modo más sutil. Le dijo que si había dudas sobre los polacos, él se responsabilizaría de su seguridad. Los polacos podrían pernoctar en las carpas junto con las tropas del ejército soviético en lugar de hacerlo en la ciudad.

«La investigación no puede detenerse —dijo Tretetsky—. ¿Qué les diría a los polacos? Debo hablar con mi jefe. Esto no es un asunto sencillo.» Para sus adentros, Tretetsky pensó: «Lakontsev es un jefe importante, en cambio, ¿yo quién soy?».

Al regresar al campamento, Tretetsky llamó a Moscú y se le respondió que no existía orden alguna de detener el trabajo. Se sintió aliviado. Exhausto, se fue a dormir a su carpa. No mucho después, sin embargo, fue despertado por el comandante de las tropas del ejército, quien dijo que había llegado una orden de Moscú: los soldados debían regresar a la base de Kantemirovskaya, en la ciudad de Naro-Fominsk, en las afueras de Moscú.

—Escúcheme, Viktor —dijo Tretetsky al comandante—, esta es una orden verbal, ¿cierto?

—Exacto.

—Y para traer a sus hombres aquí usted tenía una orden escrita.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué debe obedecer?

Las tropas permanecieron donde estaban. El KGB había intentado engañar a Tretetsky, pero había fracasado. Jamás existió orden alguna de la Oficina del Fiscal Militar en Moscú.

A las nueve de la mañana del día siguiente, Tretetsky se dirigió a sus hombres y les dijo: «El trabajo continúa. Comencemos. Todos deben trabajar intensamente, con entusiasmo. Y punto».

El KGB saboteó el tractor que los hombres habían estado utilizando en la excavación. Pero Tretetsky tenía ya contactos con la gente del lugar, de modo que una granja colectiva le prestó uno de sus tractores. Los trabajadores polacos estaban especialmente agradecidos y daban palmadas en la espalda a Tretetsky. Durante los dos días siguientes, soviéticos y polacos trabajaron en las fosas comunes mientras escuchaban en la radio las noticias que llegaban de Moscú. Lentamente, las noticias mejoraban. Cuando los hombres oyeron que el golpe militar estaba al borde del fracaso, parecieron trabajar más arduamente. Finalmente, la mañana del 21 de agosto, y tras el fracaso del complot y el posterior regreso desde Moscú a sus bases de las tropas, triunfantes y aliviadas, Tretetsky se dirigió a su gente. No soportaría la mentira un minuto más. Rehusó regresar al pasado, salvo para estudiar sus huesos.

«La investigación penal, ordenada por el presidente de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Mijail Sergeyevich Gorbachov, continúa», gritó. A continuación, el coronel dio la orden y sus hombres comenzaron a cavar.

2

Una infancia estalinista

No mucho tiempo después de que mi esposa Esther y yo nos trasladáramos a Moscú, cosa que ocurrió en enero de 1988, fui a tomar té con Flora y Misha Litvinov en su apartamento en el embarcadero Frunzenskaya; allí vivían muchas familias de funcionarios en activo y retirados del Partido Comunista. Los Litvinov eran una encantadora pareja de más de setenta años; encantadora por su calor humano y por la manera desaprensiva en que parecían conocer a todo el mundo y saber todo lo que ocurría en Moscú. Misha era el más callado de los dos. Su reserva, pensé, sería el resultado de su vida entre un padre, Maksim, que fue ministro de Asuntos Exteriores del gabinete de Stalin y un hijo, Pavel, que ayudó como disidente a dar uno de los primeros golpes contra el régimen. Rodeado por la historia y sus actores, Misha se convirtió en un experto en el arte de escuchar. Escuchaba pacientemente, con un agrado casi imperceptible. No era mucho lo que podía sorprender a un hombre cuyo padre dormía con una Browning automática bajo la almohada por temor a un atentado, y un hijo que les revolvió la casa a los hombres del Politburó. Entre amigos o extraños, sin embargo, era Flora quien llevaba la iniciativa, quien fijaba la posición de la familia y hacía preguntas amablemente.

Ella me preguntó qué pensaba escribir en Moscú. «Busco a Kaganovich», dije.

El rostro de Flora se contrajo. Ella y Misha habían conocido a más de un reportero estadounidense en el pasado y, ciertamente, ambiciones periodísticas más razonables: control de armas, derechos humanos o la política del Kremlin. «Extraño tipo», debió de pensar, pero era demasiado educada para decirlo.

Lazar Moiseyevich Kaganovich, que durante esos años andaba por los noventa y tantos, era el último superviviente del círculo íntimo de Stalin. En su calidad de comisario del pueblo, Kaganovich llegó a estar tan cerca de Stalin como Goering lo estuvo de Hitler. Ayudó a dirigir el programa de colectivización de los años veinte y principios de los treinta, una campaña brutal que aniquiló al campesinado y dejó los campos de Ucrania cubiertos de restos humanos. Como líder de la organización del Partido en Moscú, Kaganovich construyó el metro de la ciudad y, comentario aparte, le puso su nombre. Fue asimismo el responsable de la destrucción de decenas de iglesias y sinagogas. Hizo dinamitar la catedral de Cristo Salvador, magnífica construcción en uno de los rincones más antiguos de Moscú. Se decía en su época que Stalin podía ver el campanario de la catedral desde su ventana y que deseaba eliminarla.

Yo deseaba saber si Kaganovich todavía creía. ¿Sentía algo de culpa o de vergüenza? Y ¿qué pensaba de Gorbachov, el actual secretario general? Pero, a decir verdad, no se trataba de eso. Lo que yo realmente deseaba era sentarme en la misma habitación con Kaganovich para ver cómo era un hombre diabólico, qué hacía y de qué libros se rodeaba.

Misha escuchaba, pero con cierta etérea desatención. Mientras yo hablaba, él doblaba y transformaba una servilleta en... en alguna cosa. Últimamente se había convertido en un maestro del origami, el arte japonés

de doblar papeles. Había llenado una habitación entera con sus creaciones de papel: octágonos, tetraedros, cigüeñas, insectos…

«Bueno —dijo, alisando una arruga con el borde de la palma de la mano —, Kaganovich vive en el piso de abajo.»

¿Abajo? Yo ya sabía que Kaganovich vivía en el embarcadero, tal vez en una de las mejores casas habitadas todavía por los descendientes de los viejos bolcheviques y por la guardia de Stalin. Pero ¿allí, abajo? En las fotografías antiguas, Kaganovich se veía enorme, con bigote prusiano y ojos de color verde oscuro. Una vez retirado, había sido campeón de dominó en el vecindario del embarcadero Frunzenskaya. Jugaba en los patios con todos los que llegaban. Una vez, estando Brezhnev aún en el poder, Kaganovich llamó al comité local del Partido y exigió que su patio fuera equipado con iluminación para poder jugar al dominó en las noches de verano. Todavía tenía derecho a usar los afelpados hospitales del Kremlin —la «cuarta administración»— y estaba vivo. Allí abajo.

«En el apartamento 384 —dijo Misha—. Solíamos verlo de vez en cuando en el patio o en el ascensor. La cosa es que ya no lo vemos. Dicen que jamás sale. Jamás abre la puerta. Tal vez tenga una enfermera. No estoy seguro de que pueda caminar. Está completamente ciego.»

Después de esto, Misha tomó unas tijeras e hizo un corte más fino en la servilleta. Lentamente desdobló el papel. Un pavo agitó las alas sobre su palma.

Después del almuerzo, estando en Moscú, cada vez que me quedaban una o dos horas libres visitaba el edificio de Misha y Flora —embarcadero Frunzenskaya 50, entrada 9— en busca de Kaganovich. Durante meses toqué el timbre del apartamento 384 cientos de veces, a veces durante

media hora o más. Deslizaba notas bajo la puerta, o en el buzón de correos. Tocaba, golpeaba y escuchaba con el oído contra la puerta. A veces lograba oír una especie de murmullo, otras veces el sonido de pantuflas que se arrastraban.

Maya, la hija de Kaganovich, una mujer ya mayor, venía por las tardes a ver a su padre y a prepararle la comida. Jamás me habló; cada vez que la llamaba a la casa, le pasaba el interfono a otra persona. «Mire, él está demasiado viejo para ver a nadie —me decía algún pariente—. No deseamos que la gente venga aquí a molestarlo con preguntas desagradables acerca del pasado. Podría alterarlo.»

Deambulé por la zona, más que nada interrogando a la gente sobre Kaganovich. «Él no quiere que nadie se le acerque —me dijo un vecino, un joven ingeniero—. Creo que ahora le teme al mundo. Uno de estos días simplemente morirá, y tendrá mucha suerte si el *Pravda* menciona siquiera su nombre. El malnacido tuvo una vez el poder de matarnos a todos nosotros.»

Otro día, en el barrio, una de las vecinas más antiguas de Kaganovich, una mujer con acento bielorruso y unos ojos azules como la flor del aciano, salió a dar su paseo diario. Había niños saltando a la comba y jugando a la rayuela bajo la mirada de unos ancianos y mujeres.

«No hace mucho —contó— se podía ver a Kaganovich por aquí a todas horas, jugando al dominó o sentado sin hacer nada con su hija. Todo el mundo sabía quién era y lo que había hecho en la época de Stalin. En todos estos bloques del terraplén hay un montón de gente que eran peces gordos del Partido, pero ninguno como Kaganovich, y ninguno vive ya. Yo siempre me mantuve alejado de él. Donde nací hay un dicho: "Cuanto más lejos estés del zar, más vivirás".»

Yo tenía el número de teléfono de Kaganovich —242-6751—, pero jamás

contestó. Posteriormente, un periodista ruso que estuvo años tratando de hablar con él me dijo que existía una contraseña: marcar el número, dejarlo sonar dos veces, colgar y marcar otra vez. Lo intenté y un hombre mayor apareció al otro lado de la línea.

—¿Diga?

—Hola, ¿Lazar Moiseyevich?

—¿Sí?

—Lazar Moiseyevich, me llamo Remnick. Soy reportero de un periódico estadounidense, *The Washington Post*, y querría visitarlo de ser ello posible.

—No es posible.

—He oído que su salud no anda bien, pero yo...

—No es posible. Me siento fatal. No veo nada. Me siento muy mal.

—Tal vez un día en que se sienta algo mejor, podríamos...

—Siempre me siento muy mal. No quiero entrevistas. No doy entrevistas. ¿Por qué habría de hacerlo?

Su voz, débil al comienzo, recuperaba algo de su fuerza, como si el usarla constituyera una especie de ejercicio.

—Lazar Moiseyevich...

—Ya le dije que no hay entrevistas. Punto.

—Bien...

La comunicación se cortó. En los meses siguientes debió de cambiar de número: el antiguo no funcionó más. Por más que intenté otras contraseñas del mismo tipo, simplemente no funcionó. Mi única esperanza fue entonces volver a su puerta. El reportaje es en ocasiones un trabajo estúpido, pero había algo de humillante en eso de golpear interminablemente a la puerta de un tirano. Me obligaba a plantear preguntas de ética profesional poco usuales, tales como cuáles son las reglas de acoso que deben respetarse en el caso de un genocida. Una tarde tomé el ascensor para visitar a Flora, y

ella escuchó con maternal sonrisa mis quejas acerca de la puerta cerrada del piso de abajo.

—Bueno, y si abre ¿qué ganaría usted? —dijo Flora—. ¿Cree usted que caerá de rodillas y pedirá perdón?

—Bueno, no exactamente.

—Es un viejo —dijo—. ¿Qué importancia tiene?

Luego Flora me relató la siguiente historia.

Una noche de invierno en tiempos de Stalin —en 1951 o 1952—, Flora abrió la puerta de la habitación de su hijo y se inclinó para darle un beso de buenas noches. Pavel se volvió hacia ella haciendo sonar las sábanas. Su rostro relucía en la oscuridad. Había estado llorando y respiraba de forma entrecortada. Pavel era un niño grande, seguro de sí mismo e inteligente, pero entonces parecía confundido, temeroso hasta de hablar.

—¿Qué ocurre? —dijo Flora—. ¿Qué pasa?

Pavel permaneció un largo rato en silencio y se volvió hacia la pared, refugiándose de algún modo en sí mismo.

—Dime, por favor. ¿Algo anda mal?

—Dijeron que no te lo podía decir —dijo el niño—. Di mi palabra.

—¿Por qué no?

—Es un secreto.

—¿Un secreto?

—Sí, un secreto.

—Puedes decírmelo —le contestó Flora—. Está bien que cumplas tu palabra, pero a tu familia siempre puedes decírselo todo.

El abuelo de Pavel, Maksim Litvinov, fue ministro de Asuntos Exteriores de Stalin durante los primeros años del régimen. Había muerto solo unos

años antes, pero su familia aún vivía de manera privilegiada según los estándares de la época. Su legado incluía un apartamento en la residencia del embarcadero, una magnífica construcción para la élite del Partido Comunista que miraba al río Moscova, con enormes habitaciones, cafeterías y teatros especiales. Para las familias de la élite había literatura extranjera, médicos competentes, mermelada para las tostadas, tomates en invierno. Los Litvinov tenían incluso una sirvienta, una teniente del KGB. Gran parte del verano lo pasaban en una cabaña en la ciudad de Jimki, en las afueras de Moscú. Rodeada de abedules y pinos, la casa había sido construida originalmente para la familia de Stalin. Muchos de los compañeros de escuela de Pavel eran hijos de los miembros de la jerarquía del Partido Comunista, o de lo que quedó de ella tras las primeras purgas. En la escuela, todos ellos ingresaban en la Sociedad Timur, una banda de celosos jóvenes patriotas, los Cachorros Scouts Bolcheviques.

—Dímelo, por favor —repitió Flora una vez más—. ¿Qué sucede? ¿Qué puede ser tan secreto?

Pavel estaba aterrado. Había jurado guardar silencio ante la Sociedad Timur, y los conocía lo suficiente como para tener miedo. Pero aun así no pudo negarse ante su madre.

Dijo que había una nueva cacería de «enemigos del pueblo». Uno de sus mejores amigos se lo había comunicado. Flora reconoció el nombre del niño. Era el hijo de un oficial del KGB.

—Me dijo que puede haber enemigos del pueblo en cualquier parte —continuó Pavel—. En cualquier parte, ¡incluso en la propia familia!

Flora sintió una opresión en el pecho. Sabía que los adultos que supervisaban a esos grupos no hacían otra cosa que entrenar a los niños para servir de informantes, como traidores de sus propias familias. Estaba aterrada —más que nada por su hijo—, pero no completamente

sorprendida. Después de todo, esos niños habían sido educados para reverenciar a Pavlik Morozov, el joven pionero de doce años que fuera ungido héroe nacional y símbolo para todos los niños soviéticos por servir a la colectividad denunciando a su propio padre por esconder grano. Eran niños criados en escuelas concebidas de acuerdo con las teorías de la «familia socialista» de Anton Makarenko, ideólogo del KGB. Makarenko insistía en que los niños debían aprender la supremacía de lo colectivo sobre lo individual, de la unidad política sobre la familia. Las escuelas, decía, debían seguir una disciplina de hierro, modelada según la del Ejército Rojo y la de los campos de trabajos forzosos de Siberia.

Las palabras ahora brotaban a borbotones de labios de Pavel. Dijo que dos desconocidos le habían dicho que pronto se le asignaría una «misión especial». Flora sabía muy bien lo que eso significaba. Querían que el niño informara sobre su propia familia.

A Stalin y su círculo siempre les preocupó Maksim Litvinov y su extraña familia. Aunque Maksim había servido al régimen de manera impecable como ministro de Asuntos Exteriores y como embajador en Estados Unidos, no tenía nada en común con los más leales y viejos partidarios de Stalin. Era un hombre de mundo. Hablaba lenguas extranjeras. Tenía amigos extranjeros. Maksim se había casado, además, con una extranjera, una excéntrica inglesa llamada Ivy que escribía novelas, que tenía enredos heterosexuales y homosexuales, y que predicaba el «evangelio» *Basic English* de C. K. Ogden, un sistema de 850 palabras para aprender los rudimentos del idioma. Cuando su esposo le regaló *Intelligent Woman's Guide to Socialism*, de George Bernard Shaw, para que lo leyera, ella le obsequió obras de Austen, Lawrence y Trollope.

Maksim veía con simpatía el interés político de los extranjeros, especialmente después de ser obligado a abandonar el Comité Central en

1941. En 1944 les dijo a los reporteros que Stalin tenía proyectos imperiales sobre el este de Europa y se preguntó públicamente por qué Occidente no intervenía. En un artículo publicado en 1977 por *Foreign Affairs*, el historiador Vojtech Mastny describió a Litvinov como la «Casandra del Comisariado de Asuntos Exteriores», como un diplomático sin temor a protestar contra la «rigidez de todo el sistema socialista». Evidentemente, Stalin tomó nota. Jruschov escribió en sus memorias que la policía secreta elaboró un plan para «tender una emboscada» a Litvinov mientras conducía hacia su cabaña en Jimki. Pero Litvinov era un hombre de suerte. Durante años durmió con su revólver a mano, pero siempre escapó al arresto. Solo de milagro murió a avanzada edad. «No lo cogieron», le dijo Ivy a su hija inmediatamente después de la muerte de Maksim. Solo la familia y los historiadores pudieron adivinar las razones. Sin lugar a dudas, Stalin valoraba los contactos de Litvinov en Occidente; además, debió de pensar que la mala publicidad en el exterior no valía su eliminación.

Su familia, sin embargo, vivía con temor de los caprichos de Stalin, de una llamada a la puerta, y ello incluso después de la muerte de Litvinov, ocurrida el 31 de diciembre de 1951. Los padres de Pavel, Misha y Flora, y su tía Tanya eran personas más reservadas que Ivy, eran más conscientes de los riesgos que se corrían en ese tiempo y en su país. Pero también ellos se comportaban de un modo que bien podría haberles costado la prisión o enfrentarse a un pelotón de fusilamiento. Misha era un joven y prestigioso ingeniero del Instituto de Motores de Aviación, además de héroe de la recreación soviética: alpinista, senderista y aficionado a la teoría de juegos. Ciertamente, una conducta sospechosa. Tanya, la tía de Pavel, fue expulsada de un instituto de arte por su «excesivo interés» en el «arte decadente de Occidente». Al menos en casa, siempre expresaban lo que pensaban. Una vez Pavel llegó con un libro de la biblioteca sobre la temeridad de Pavlik

Morozov. Estaba fascinado con el gran servicio que había prestado el niño al Estado bolchevique, por la heroica traición a su padre. Flora se encolerizó y arrancó las hojas diciendo que Pavel jamás debía traicionar a sus padres. Ningún niño debía hacerlo, independientemente de lo que ese estúpido libro dijera.

—¿Incluso si los padres son malos? —preguntó Pavel.

—Sí. Incluso si son malos.

Flora debía ahora decidir qué hacer acerca de su hijo y su «misión especial». No podía permitir que Pavel se convirtiera en un nuevo Pavlik Morozov. A la mañana siguiente, Flora se puso su mejor traje y se dirigió al apartamento del amigo de Pavel, el hijo del hombre del KGB. Trataría de asustar al oficial, le haría creer que alguien «de arriba» protegía a la familia Litvinov. Trató de representar el papel de una poderosa matrona bolchevique y se puso una elegante bufanda y un sombrero pomposo.

«¡Usted no tiene ningún derecho a entrar en tratos con mi hijo! —le dijo —. ¡Esto tiene que terminar de inmediato!» Salió enseguida, temblando aún de rabia y presa de vértigo ante su propia temeridad. Poco después comenzaría apenas a darse cuenta del riesgo que había corrido.

Durante las semanas que siguieron, Misha y Flora conversaron largamente acerca de lo que debían hacer con sus hijos. Decidieron no continuar con esa actitud pasiva que habían mantenido hasta entonces. No bastaba con despedazar un libro de vez en cuando para luego refugiarse en un silencio timorato. Si querían impedir que Pavel y Nina se convirtieran en jóvenes estalinistas como los que las escuelas tanto ansiaban crear, debían decir la verdad cada vez que fuera posible. Debían contarles lo que les había ocurrido a tantos padres y abuelos de los compañeros de escuela de Pavel, cómo habían sido introducidos en los vehículos conocidos como Marías Negras y conducidos a los campos de Kolimá, Vorkuta y Kazajstán,

donde habían desaparecido. Debían comenzar a inculcar a sus hijos la idea de que Stalin, el «Águila de las Montañas», era una bestia despreciable. Pavel debía aprender de algún modo a pensar al margen de un sistema que lo envolvía las veinticuatro horas del día.

Flora y Misha no podían darse el lujo de ser muy a menudo demasiado directos. La época y los riesgos no lo permitían. Tampoco podían competir mucho con la inmensidad de todas las formas de culto a Stalin: los desfiles militares que proclamaban a Stalin como un dios sobre la Tierra, los periódicos que describían sus actos heroicos, los mensajes radiofónicos, los libros de historia escritos por los ideólogos del Kremlin, los desfiles y ejercicios paramilitares de los Jóvenes Pioneros. Pavel había aprendido a amar a Stalin tal como los niños de otros países aprenden a amar a Dios. Stalin era una amable deidad, omnisciente, un padre cariñoso. Rara vez se presentaba en público. Su imagen, en cambio, era representada en lienzos, zepelines, paneles y bustos. Los textos de enseñanza, los periódicos, las trasmisiones radiofónicas… todo estaba lleno de sus palabras. «No resulta fácil competir con eso —pensó Flora—. Tal vez sea imposible.»

El día de la muerte de Stalin, ocurrida en marzo de 1953, Pavel tenía trece años y estaba inconsolable. Lloró durante días. En el patio de la escuela se peleó con los niños que no respetaban el duelo del modo en que él lo hacía. En casa se puso furioso cuando descubrió que sus padres y amigos reían y bromeaban acerca del camarada Stalin. Los vio en la cocina celebrando su muerte en lugar de lamentarla. Pavel enrojeció y salió furioso de la cocina, yéndose a dormir enojado y confundido.

Los años posteriores a la muerte de Stalin no fueron fáciles para ninguno de los Litvinov. Misha y Flora eran padres jóvenes que a menudo se sentían desorientados con respecto a Pavel. Tenía dificultades en la escuela. Se casó a los diecisiete años y enseguida se divorció. Se excedía un tanto con la

bebida, jugaba a las cartas y apostaba a los caballos en el hipódromo. «Los caballos eran su obsesión —dijo Flora—. Temíamos que Pavel terminara su vida siendo un jugador perdido.»

No obstante, Pavel fue creciendo y no pudo sustraerse al «deshielo», esa oleada de sentimiento, historia e ideología antiestalinista alentada por Jruschov hacia finales de los años cincuenta. Cientos de miles de prisioneros retornaban a casa de los campos de trabajo forzoso, y todos traían historias que contar. Los Litvinov conocían a muchos intelectuales que habían estado allí: escritores, artistas, científicos, incluso funcionarios del Partido. Fue el momento de la revelación para Pavel. Se sentó a la mesa de la cocina y oyó por vez primera la verdadera historia de los años de Stalin. Uno de los mejores amigos de sus padres, un físico llamado Mijail Levin, llegó a casa desde la prisión en 1955 y describió las condiciones en los campos, las muertes sin sentido de incontables inocentes. «Fue como volver a caminar después de dormir durante años —diría Pavel largo tiempo después—. Todas las fantasías de la infancia y acerca de Stalin resultaban de pronto dolorosas y ridículas.»

A comienzos de los años sesenta, Pavel encontró trabajo como profesor de física en el Instituto Lomonosov y, casualmente, entabló amistad con un grupo de intelectuales que organizaba el primer y celebrado juicio contra disidentes, el de los escritores «antisoviéticos» Andrei Sinyavsky y Yuli Daniel. Entre los escritores y científicos mayores, Pavel era una especie de mascota: un joven cálido, inteligente y de curiosa ascendencia. Pavel se sumergió en este nuevo mundo leyendo los manuscritos clandestinos conocidos como *samizdat* y participando en interminables discusiones en torno a mesas de cocina, que era donde transcurría toda la vida intelectual. Leyó a Solzhenitsyn, las historias sobre los campos de concentración de Varlam Shalamov, *El gran terror* de Robert Conquest. Ayudó a redactar

cartas a favor de prisioneros políticos, haciéndolas llegar a periodistas occidentales con gran riesgo para sí. Se casó además con Maya, hija de una de las familias de intelectuales más conocidas de Moscú. Era hija de los profesores de literatura Lev Kopelev y Raisa Orlova. Kopelev, que había sido uno de los compañeros de celda de Solzhenitsyn y que había servido de modelo para uno de los personajes de su novela *El primer círculo*, fue también un modelo para Pavel Litvinov. Kopelev creció como un comunista comprometido, un verdadero convencido, y luego «se educó». Para Pavel, la vida de Kopelev era una prueba fehaciente de la capacidad de un hombre para ver y pensar con claridad, para actuar con honestidad, incluso en condiciones imposibles.

El 21 de agosto de 1968, Pavel y seis de sus amigos reaccionaron con horror ante las informaciones de onda corta provenientes de Checoslovaquia. Durante meses habían estado atentos a cada detalle de la «Primavera de Praga», aplaudiendo el intento de Alexander Dubcek de crear un «socialismo con rostro humano». Estaban ansiosos por ver cómo manejaría Leonid Brezhnev, vencedor y sucesor de Jruschov, la rebelión de un Estado satélite. ¿Mostraría la misma rudeza que Jruschov exhibió en Hungría en 1956, o se daría en este caso un nuevo tipo de tolerancia? Ahora la respuesta era clara. La voz que provenía de la estación de radio clandestina en Checoslovaquia era frágil y angustiada: «Hermanos rusos, váyanse, no les hemos pedido que vengan». Larisa Bogoraz, la gran amiga de Pavel y una de los primeros disidentes, estaba deshecha. Su marido, Anatoly Marchenko, estaba en prisión a causa de sus actividades políticas, y ahora ella veía que el régimen se aprestaba a barrer la disidencia masiva con soldados y tanques.

«Necesitamos un acto temerario, dar un paso —pensó ella—. Lo necesitamos ahora.»

Pavel, Bogoraz y otros cinco se reunieron para discutirlo. Planearon una protesta contra la invasión de Checoslovaquia para el mediodía del 25 de agosto. Sabían qué consecuencias tendría tal actividad antisoviética: un período en prisión, relegación o una larga estancia en un hospital psiquiátrico. Se prepararon claramente para ello. Pavel comenzó a reunir sus pertenencias y a regalar sus libros a los amigos. No podía escapar a su inevitable destino.

La noche anterior a la manifestación, Pavel asistió a una fiesta en el apartamento de Kopelev en la que cantaba el famoso bardo Alexander Galich. El ambiente era fúnebre y el vodka no lograba entibiarlo. La invasión de Praga era con toda seguridad la muerte del «deshielo» y de todas las esperanzas de un «socialismo con rostro humano»; Brezhnev había iniciado un movimiento de política ruidosamente neoestalinista. Con todas sus vacilaciones y medidas blandas, la era de Jruschov parecería pronto un paraíso perdido. La invasión, dijo el novelista Vasily Aksyonov, «destrozó los nervios de toda nuestra generación». En la fiesta hablaron de su rabia, de cuán avergonzados estaban ante los checos, húngaros y polacos, y ante todo el mundo, de ser ciudadanos soviéticos. Sentían que no eran en absoluto ciudadanos, sino súbditos.

Galich comenzó luego a cantar una canción de los decembristas, los rebeldes durante el reinado de Nicolás I:

¿Podrás venir a la plaza?
¿Tendrás coraje para venir a la plaza
cuando llegue la hora?

Pavel sentía los ojos de Galich fijos en él mientras cantaba. El doble sentido de la letra, su referencia al disidente de otro siglo y el claro

llamamiento a una nueva generación no cayó en oídos sordos, y mucho menos pasaría inadvertido a los de Pavel. Cuando Galich bajó su guitarra, Pavel estuvo tentado de anunciar los planes para la protesta, pero decidió no hacerlo. Temía que las personas mayores que estaban en la habitación se sintieran obligadas a participar. Para ellos, años de relegación o prisión podrían acarrear la muerte.

Al día siguiente, poco antes del mediodía, Pavel, Larisa Bogoraz y sus amigos se reunieron en Lobnoye Mesto, lugar de la Plaza Roja donde los verdugos del zar decapitaban a los herejes contra el Estado y la Iglesia. Al sonar las campanas de la torre Spassky desplegaron una serie de lienzos. En checo: «Larga vida a una Checoslovaquia libre e independiente», y en ruso: «Libertad a Dubcek», «Las manos fuera de Checoslovaquia» y «Que la vergüenza caiga sobre los invasores». La poetisa Natalya Gorbanevskaya llevó a su hijo de tres meses a la plaza. Cuando los otros retiraron sus carteles, ella sacó la bandera de Checoslovaquia, guardada bajo el cuerpo de su hijo, que dormía en el cochecito.

En ningún caso la protesta habría durado mucho. Los hombres del KGB habían seguido a Litvinov y a los otros hasta el Kremlin. Además, ese día había un contingente especial de oficiales del KGB en la Plaza Roja. Esperaban a que concluyera una reunión en el Kremlin entre Brezhnev y los líderes de la «Primavera de Praga», que habían sido llevados a Moscú la noche de la invasión. Cuando los oficiales vieron las pancartas, se abalanzaron sobre los manifestantes gritando: «¡Son todos unos cochinos judíos!» y «¡Atacad a los antisoviéticos!». El rostro de Pavel quedó feamente contusionado y el crítico de arte Viktor Fainberg perdió algunos dientes. Los oficiales introdujeron a los manifestantes en automóviles sin identificación y se dirigieron a la comisaría de policía.

Al poco rato, la plaza estaba tranquila otra vez. Los turistas veraniegos

regresaron para ver el cambio de guardia en el mausoleo de Lenin. Se asombraban ante la catedral de San Basilio. Una mujer vendía helados de vainilla y un señor mayor ofrecía postales de Sofía, Budapest y Hanoi a los visitantes. Los guardias hicieron sonar repentinamente sus silbatos, ordenando a la gente despejar la salida del puente Spassky del Kremlin. Una fila de coches negros oficiales lo atravesó a gran velocidad. Luego los guardias hicieron otra señal. El campo estaba despejado. Nadie lo sabía, pero muy posiblemente uno de los hombres en la caravana fuera Alexander Dubcek, líder de la «Primavera de Praga» y entonces prisionero de Moscú.

«Habría sido fantástico que Dubcek y los otros vieran las manifestaciones de apoyo que se habían estado haciendo. Pero no las vieron —me dijo posteriormente Andrei Sajarov—. Pero más importante que eso era que, en alguna parte de este país, había gente deseosa de hacer valer su dignidad.»

Por supuesto, el juicio a los manifestantes de la Plaza Roja fue una farsa, una pieza teatral totalitaria. El 11 de octubre de 1968, se le dio la oportunidad a Pavel de decir unas últimas palabras antes de escuchar la sentencia: «No usaré su tiempo para entrar en detalles jurídicos; el abogado ya lo ha hecho. Nuestra inocencia es más que evidente y no me considero culpable. A su vez, me resulta igualmente evidente que el veredicto será de culpabilidad en mi contra. Lo sabía desde el momento en que decidí dirigirme a la Plaza Roja. Nada ha cambiado en mis convicciones, porque sabía que los funcionarios del KGB me provocarían. Sé que lo que me ocurrió es el resultado de esa provocación.

»Lo supe por la persona que me seguía, leí mi veredicto en sus ojos cuando me siguió al metro. El hombre que me golpeó en la Plaza Roja es alguien a quien había visto muchas veces. A pesar de eso fui a la plaza. No hablaré de mis motivos, jamás dudé de si debía ir o no a la Plaza Roja.

Como ciudadano soviético, creí necesario manifestar mi desacuerdo con la acción de mi gobierno, que me llenaba de indignación...

»“Necio —dijo el policía—, de haber mantenido la boca cerrada habrías podido vivir en paz.” Al policía no le cabía duda alguna de que yo era un necio. Bueno, tal vez él estuviera en lo correcto y en verdad soy un necio.

»¿Quién decide qué beneficia al socialismo y qué no? Tal vez el fiscal, que habló con admiración y casi con ternura de quienes nos han golpeado e insultado... Eso lo encuentro peligroso. Evidentemente, son ellos quienes se supone que saben qué es socialismo y qué es contrarrevolución. Eso es lo que encuentro terrible, y por eso fui a la Plaza Roja. Es contra esto que he luchado, y por lo que seguiré haciéndolo durante el resto de mi vida».

Ninguno escapó a la condena. Pavel Litvinov fue sentenciado a cinco años de exilio interno. Fue enviado a un pueblo remoto en Siberia, no lejos de donde los rebeldes decembristas habían sido encarcelados más de un siglo atrás.

Tras su retorno a Moscú, Pavel comprendió que no tenía opción: la cárcel o el exilio. Si continuaba trabajando por los derechos humanos, y no podía ser de otra manera, podía ser recluido en un campo de prisioneros un tanto más duro que el que había conocido en Siberia. Un oficial del KGB le sugirió que rellenara una solicitud de emigración que probablemente sería aprobada. Pavel se despidió de sus amigos y familiares en una fría fiesta en 1973.

«Pensé que al dejar el país lo hacía para siempre y que no volvería a ver a mis padres —dijo Pavel—. Ese era el caso de mucha gente; uno partía, y los que quedaban era como si hubieran muerto. Estaban vivos, pero los perdías como se pierde a los muertos.»

Pavel y Maya Litvinov iniciaron una nueva vida en Estados Unidos. Él encontró trabajo enseñando en el Colegio Hackley, una pequeña escuela privada en Tarrytown, Nueva York. Viajaron e hicieron nuevos amigos. Pero durante muchos años vivieron embargados por el dolor. Pavel había sufrido una transformación, de la obediencia a la independencia, que le había costado su familia y su hogar. Muchos de los que se habían quedado no habían tenido los medios o la oportunidad de obtener su independencia. La Unión Soviética no era ya lo que había sido bajo Stalin, pero, aun con la decadencia de los campos de prisioneros, el sistema sobrevivía, el miedo imperaba y nadie era libre.

En mis casi cuatro años de viajes por lo que fuera la Unión Soviética, a menudo me encontré accidentalmente con antiguos campos de concentración. Durante las primeras huelgas en las cuencas carboníferas de Siberia, en 1989, algunos mineros de la ciudad de Kemerovo me instaron a mirar por encima de una reja, donde vi uno de esos campos, un pequeño grupo de casas a la izquierda de las vacas. Eran barracas. En un campo de trabajos forzosos en las afueras de la ciudad de Perm, en los Urales, tomé el té con el comandante. En el pasado había sepultado a varios disidentes, y ahora pensaba en la jubilación. En el pasado el país entero había formado parte del sistema de campos —el «archipiélago gulag», como Solzhenitsyn lo llamaba— y no había que viajar lejos de casa para verlo. Una tarde fui invitado a tomar el té en el apartamento de un anciano en Leninsky Prospekt, a una manzana de donde yo vivía.

—Siempre me he sentido orgulloso de vivir aquí —dijo el hombre.

El apartamento consistía de una sola habitación, la calefacción estaba averiada y las cañerías, en mal estado.

—¿Por qué? ¿Qué orgullo puede sentir de vivir aquí? —le pregunté.

—Solzhenitsyn ayudó a construirlo —dijo, mientras sus dientes de oro

centelleaban—. Él formó parte de la cuadrilla de prisioneros que levantó este lugar.

En cada uno de esos encuentros, me sentía de inmediato ligado al país y afortunado de haber escapado. Mis dos abuelos, Alex y Ben, nacieron en la misma época y en el mismo tipo de lugar. Vivieron en villorrios enfangados hacia finales de siglo: Alex en las afueras de Vilna (hoy Vilnius), y Ben en las afueras de Kiev. Hasta donde he podido averiguar, estos dos lugares ya no existen. Ninguno de mis dos abuelos supo —o quiso saber— gran cosa más acerca de su infancia en el imperio ruso. A su avanzada edad, les sorprendía profundamente toda esta locura por las «raíces». No sufrían de nostalgia. Se sentían afortunados de haber escapado. En cuanto oyeron rumores acerca de la matanza de judíos, abandonaron Rusia a pie, a caballo, en tren y, finalmente, en barco. Llegaron a Castle Garden, en la isla de Ellis. Alex vendía artículos de mercería en Nueva York: cierres, medias, pinzas, todo lo que salía de los barriles de madera o las cajas de cartón de una tienda en el cruce de la calle Prince con Broadway. Ben trabajaba como dependiente en una tienda de ropa en Paterson, Nueva Jersey. Cuando comencé a estudiar ruso en el liceo, mis abuelos sonrieron con curiosidad y no intervinieron. Si sabían decir siete u ocho palabras en ruso era todo. Rusia era para ellos una casa en llamas que abandonaron en medio de la noche. Justo antes de partir a Rusia, volé a Miami Beach. Ben se las había arreglado para cambiar su casa en Paterson por una pequeña habitación, con vistas al Atlántico, y una ambulancia en el garaje del sótano. Tenía cien años. Cuando le conté que planeaba vivir tres o cuatro años en Moscú me dijo: «Debes de estar loco. A nosotros casi nos matan al tratar de salir del país y tú, *meshuggah*, quieres regresar».

A la familia de mi esposa, nuestra ida a Moscú le inspiraba aún más desconfianza. Y con buenas razones. Habían tenido menos suerte al escapar.

Simon, el abuelo de Esther, era un reputado rabino nacido en Bielorrusia. Tras asumir su ministerio se casó con Nechama, descendiente de siete generaciones de rabinos. Su apellido era Robinson, «hijo de rabinos». Regresó a Bielorrusia, lugar donde, además de rabino, fue profesor de filosofía en un colegio local. En 1939, un oficial del NKVD, la policía secreta, llegó a la ciudad de Diesna en busca de Simon. La gente del pueblo y los feligreses se negaron a entregarlo. Pero cuando Simon supo lo del agente, salió a buscarlo y lo invitó a su casa. Al llegar el agente a su puerta le dijo algo extraño. «Si no les importa —le dijo a su aterrada familia—, quisiera que primero oráramos juntos.»

Al terminar de orar, resultó evidente que el hombre del NKVD era una especie de agente doble, o por lo menos un agente con algo de piedad. Le dijo a Simon que la policía lo buscaba. «Debe escapar —le dijo—. Huya con lo que lleva puesto.»

Simon se fue a la independiente Lituania y, más tarde, su esposa e hijos lo siguieron. Pero en junio de 1940, solo unos días después de la ocupación soviética de Lituania, fue arrestado y encarcelado durante seis meses en Vilna. Posteriormente fue deportado a un campo de trabajos forzosos en la ciudad de Sujobezvodnoye —que quiere decir «seco», «sin agua»—, en los Urales. Jamás se volvió a saber de él.

Como parientes de un «enemigo del pueblo», Nechama y sus hijos, Murray, Rita y la bebé, Miriam, la madre de Esther, fueron todos deportados a Siberia. A Nechama la enviaron a trabajar a una granja colectiva. Cuando se negó a que su hijo hiciera el servicio militar, aduciendo que era ciudadana polaca, ambos fueron arrestados y encarcelados. A Rita, de catorce años, la dejaron a su merced, y a Miriam la internaron en un campamento de niños, en el oeste de Siberia. Al finalizar la guerra, Miriam, su hermana, su hermano y su madre abandonaron Rusia.

Durante largo tiempo, la abuela de Esther se negó a hablar del pasado. Cuando Esther comenzó a insistir en conocer lo que había ocurrido, Nechama ya no estaba en condiciones de pensar con lucidez. Su mente desvariaba pasando de una lengua a la otra. Tres meses después de casarnos, nos trasladamos a Moscú. Miriam nos dijo: «Espero que me visitéis de vez en cuando, porque no creo que yo pueda ir allí».

3

Para conservar, por siempre

Durante los años posteriores a la muerte de Stalin, el Estado no fue más que un tirano senil de espalda encorvada y cabeza gacha, con cataratas, cálculos biliares y músculos flácidos. El tirano usaba zapatos de plástico y un traje brillante que apestaba a sudor. Tragaba como un cerdo y se orinaba en los pantalones. Por las mañanas, su lengua estaba cubierta del sabor ceniciento del tiempo transcurrido. Mascullaba entre dientes sin que le importara. Sus ideas, que brotaban a borbotones como nubes en una tormenta, solo adquirían lucidez un par de veces al año para recitar las viejas leyendas del Gran Octubre y de la Gran Guerra Patriótica. En ocasiones, se sentaba en la oscuridad de su despacho y ponía sobre el tapete verde de la mesa todos los regalos recibidos de manos extranjeras: la antigua pitillera, la torre Eiffel de plata, los lapiceros de colores, el pisapapeles de cristal. El Estado estaba notoriamente senil, pero aún era suficientemente peligroso. Todavía conservaba en su poder la llave de la verja de la frontera y gobernaba cada acto de la vida pública. De tanto en tanto sufría convulsiones y el mundo temblaba.

¿Cómo sobrevivía el Estado, cómo transcurría su pasar de un día a otro? Era un misterio. La historia era un cuento de hadas y el mecanismo de la

vida diaria, una gran máquina que de alguna manera, aunque a duras penas, se mantenía en movimiento. De no haber sido por la explotación de los yacimientos petrolíferos soviéticos y por la crisis energética mundial, la economía posiblemente habría sucumbido mucho antes. A comienzos de los años ochenta, los informes del KGB indicaban que las reservas, producto de las utilidades del petróleo, se habían agotado. «El abismo nos espera», anunciaba un tajante informe de la policía secreta. La economía estaba en bancarrota. Nada ni nadie funcionaba. Vi a los esclavos de una granja colectiva en las afueras de Vologda, en el norte de Rusia, amontonarse en autobuses para ir a comprar alimentos a la ciudad. Su cosecha se había podrido a causa de las lluvias. En la ciudad de Magnitogorsk, vi a mineros pasar sus vacaciones en una clínica local ingiriendo «cócteles de oxígeno», una mezcla líquida con oxígeno y vitaminas. En la isla de Sajalin, al norte de Japón, vi varios cientos de miles de salmones, que podrían haberse vendido por una fortuna en Ginza o en Broadway, retorcerse y luego pudrirse en las redes, mientras los pescadores retozaban en los muelles. En el mapa, Sajalin está más cerca de Hollywood Boulevard que de la Plaza Roja, pero los pescadores no podían «mover un dedo hasta recibir el telegrama desde Moscú», en palabras de un político local. Cuando llegó la orden del ministro, hacía una semana que los salmones estaban en estado de putrefacción.

Pero, de algún modo, el Estado nunca llegó a desmoronarse. Al menos había pan, y los desfiles militares marcaban el triunfo de la perseverancia del Estado. Incluso el desfile del Primero de Mayo de 1988 no fue muy diferente de los anteriores. Yo me ubiqué en la zona de reporteros, justo a la derecha del mausoleo de Lenin, y pude ver a los líderes aparecer ligeramente avergonzados, pero también complacidos de que todo estuviera en su lugar: el retrato de Lenin siempre colgando de la pared lateral de los

almacenes estatales GUM; la exhibición de «cultura física» con hombres fuertes y con gimnastas mostrando sus destrezas; los trabajadores de las plantas automotrices de Moscú portando los carteles que habían recibido por la mañana y bebiendo luego el vodka que se les había entregado al término del desfile. Solo la música había cambiado: las canciones de Pete Seeger brotaban de los altavoces del Kremlin, mientras los trabajadores de la fábrica de automóviles ZIL marchaban ante las autoridades. Tal como escribiera Sergei Ivanov, profesor soviético de historia bizantina, las raíces de los ritos del comunismo tenían su origen en Constantinopla, cuando las escasas apariciones en público de los líderes «estaban acompañadas de manifestaciones de entusiasmo minuciosamente preparadas, en que multitudes seleccionadas cantaban las canciones aprobadas oficialmente».

Era la falsedad más colosal y de mayor duración que haya conocido la historia; la única manera de resistir era mediante el perfeccionamiento de la ironía. No había otra manera de vivir. Incluso la abuela de aspecto más dulce, envuelta en una manta y con un pañuelo en la cabeza, era poseedora de un sentido de la ironía capaz de derrotar a cualquier artista del absurdo del café Flore. Una mañana, estaba sentado en un patio de vecinos de Moscú hablando con un anciano de la ciudad, un hombre entrañable pero destrozado. Necesitaba ayuda urgentemente y todavía era la época en que un extranjero era el último recurso para todo, desde para quien sufría el acoso del KGB hasta para el problema que tenía ese señor: su esposa se moría de leucemia. ¿Cómo podría ingresar en la clínica Mayo? Había oído que los médicos de allí eran «maravillosos». Podían salvarle la vida. Mientras le escuchaba, vi por encima de su hombro que una mujer arrojaba un gato por la ventana de la cocina desde un décimo piso.

«¡Animal! —chillaba—. ¡Aquí no hay sitio para ti! ¡Lárgate!»

El gato golpeó en la acera haciendo un ruido sordo, como el de un globo

de agua que reventara contra el suelo. Entonces los dos, el anciano y yo, miramos: la mujer de la ventana, con el rostro contraído de ira, y el gato tratando de levantarse sobre las patas rotas.

«¡Ay! —dijo el hombre, apartando la mirada—, ¡la vida en Rusia!»

Dibujó una sonrisa como la de una calavera. Y siguió hablando.

En aquella época de podredumbre, el máximo galardón se lo llevaba un genio de la ironía y borracho a tiempo parcial llamado Venedikt («Benny») Yerofeyev. Había cumplido ya setenta años, y sus amigos distribuían su obra maestra, una versión moderna de *Almas muertas* titulada *Moskva-Petushki*, el nombre de una ruta ferroviaria que une la capital con una ciudad en la que residían muchas personas cuando salían de los campos de concentración. El libro de Yerofeyev, publicado en inglés con el título de *Moscow Circles*, es una novela llena de meandros que no hace más que adentrarse y profundizar en el alma del ser humano bajo el socialismo. Encuentra el mejor alivio en el dominio de los excesos. Es un mezclador diestro e ingenioso. Cuando no hay vodka a mano, lo inventa con pintaúñas y agua de lavanda, las «lágrimas de la joven del Komsomol»: «Cuando llevas un vaso, la memoria es más poderosa que nunca, pero se te queda la mente en blanco. Después del segundo vaso, la brillantez de tu mente te sorprende, pero la memoria se borra». Su mejor receta, el *finis coronat opus*, es la «tripa de gato»: 100 gramos de cerveza Zhigulev, 30 gramos de champú Sadko the Rich Merchant, 70 gramos de champú anticaspa y 20 gramos de repelente para insectos. Y ahora «ya está listo tu tripa de gato. Bébetela a grandes tragos desde primera hora de la noche. Al cabo de dos vasos, los hombres se entonan tanto que les puedes escupir durante media hora desde un metro y medio y no se enterarán en absoluto».

Yerofeyev se ganaba la vida con cualquier empleo que lograra conservar. Por lo general, no le duraban mucho tiempo, pero llegó a ascender al puesto

de capataz. Dirigía una pequeña cuadrilla que tendía cable eléctrico, o fingía hacerlo, en la ciudad de Sheremetyevo, a las afueras de Moscú. «Eso es lo que hacíamos. Un día jugábamos al póquer, al día siguiente bebíamos vermú, el tercero jugábamos al póquer, y el cuarto volvíamos al vermú … Durante algún tiempo todo marchó a la perfección. Remitíamos nuestras promesas socialistas una vez al mes y cobrábamos dos veces al mes. Por ejemplo, escribíamos: “Con motivo del próximo centenario nos comprometemos a poner fin a los traumas de la producción”; o “En honor al glorioso aniversario nos esforzaremos por garantizar que uno de cada seis trabajadores siga un curso por correspondencia en un centro de educación superior”. ¡Traumas! ¡Centros! ... ¡Menuda libertad e igualdad! ¡Cuánta fraternidad y parasitismo! ¡La alegría de la irresponsabilidad! ¡Benditas horas de la vida de mi pueblo!, las que van desde la hora de entrar a la de salir. Libres de culpa y despreocupados, llevábamos una vida puramente espiritual.»

Como es natural, el Estado no amparaba este tipo de prácticas. *Moskva-Petushki* no se publicó hasta 1988, y lo hizo un diario partidario de la abstinencia. Pero el Estado nunca pilló el chiste de Yerofeyev; de lo contrario habría sido encarcelado o desterrado. Que se riera. Lo que no podía tolerar era una protesta que careciera de ironía. Cuando Brezhnev desbancó a Jruschov del poder, el Estado aún tenía los medios para aplastar la pequeña libertad que había permitido. Los censores recorrían las bibliotecas con hojas de afeitar y despedazaban los ejemplares empastados de la novela de Solzhenitsyn *Un día en la vida de Ivan Denisovich*. Luego expulsaron a Solzhenitsyn de Rusia, llevándolo de la prisión a un avión y finalmente al exilio. No podían tolerar la burla de Solzhenitsyn, la insolencia de Brodsky o la superioridad de Sajarov. El régimen prefería matar a sus hijos más brillantes antes que ceder. Un magnífico sistema de

rescate que constaba de millones de agentes, informantes, policías, carceleros, abogados y jueces, todos junto a la cama del tirano, manteniéndolo con vida. Desplegaron una vigilancia admirable.

«Es como si cada vida tuviera un expediente —me dijo Brodsky en su apartamento de exiliado en Nueva York—. En cuanto usted comienza a hacerse conocido, le abren un expediente. El expediente comienza a llenarse con esto y lo otro; si usted escribe, el expediente crece a toda velocidad. Es una especie de forma de computarización al estilo neandertal. Lentamente, su expediente comienza a ocupar demasiado espacio en la repisa; entonces, simplemente, entra un tipo en la oficina y dice: "Este expediente es muy grande. Vamos por él".»

Y fueron a por él. Durante el juicio en Leningrado, Brodsky se enfrentó con el alma del régimen, con su singular lenguaje.

> JUEZ: ¿Profesión?
>
> BRODSKY: Traductor y poeta.
>
> JUEZ: ¿Quién lo reconoció a usted como poeta? ¿Quién lo ha clasificado en la categoría de poeta?
>
> BRODSKY: Nadie. ¿Quién me clasificó en la categoría de ser humano?
>
> JUEZ: ¿Estudió para ello?
>
> BRODSKY: ¿Cómo?
>
> JUEZ: Para ser poeta. ¿No intentó usted cursar estudios en la universidad donde uno se prepara para la vida, donde uno aprende?
>
> BRODSKY: No creí que fuera un asunto de educación.
>
> JUEZ: ¿Cómo es eso?
>
> BRODSKY: Pensé que era algo que venía de Dios.

Justo antes de abandonar el país en 1972, Brodsky adoptó una antigua tradición rusa y escribió una carta al zar:

> Querido Leonid Ilyich:
>
> Un idioma es algo mucho más antiguo e inevitable que un Estado. Yo pertenezco a la lengua rusa. En cuanto al Estado, desde mi punto de vista, el patriotismo de un escritor no se mide en los

juramentos que pronuncia desde lo alto de un estrado, sino en cómo escribe la lengua de la gente entre la que vive ... Aunque estoy perdiendo mi ciudadanía soviética, no dejo de ser un poeta ruso. Creo que regresaré. Los poetas siempre regresan en cuerpo, o en el papel.

La carta de Brodsky, los manifiestos de Sajarov, toda la artillería y las obras maestras de los disidentes adolecían de un aire de inutilidad. La idea del cambio, de la resistencia de la palabra ante el Estado, parecía una especie de sueño, una fantasía que permitía vivir al día y llegar al siguiente. Justo antes de su exilio, Solzhenitsyn escribió su *Carta a los líderes soviéticos*. «Su más caro deseo —les dice— es que nuestro Estado y nuestro sistema ideológico no cambien jamás, que permanezcan como están durante siglos. Pero la historia no es así. Todo sistema, o encuentra la forma de desarrollarse, o de lo contrario se derrumba.» Y con estas palabras, Solzhenitsyn partió.

Lydia Chukovskaya, que escribió una novela acerca de las purgas mientras esperaba en vano a que su esposo regresara de un campo de concentración, se levantó durante una reunión de la Sociedad de Escritores, en la peor época de la campaña contra la disidencia, y dijo: «Puedo profetizar que en la capital donde vivimos habrá inevitablemente una plaza Alexander Solzhenitsyn y una avenida Profesor Andrei Sajarov».

¡Inevitablemente! ¿Quién lo creyó? Incluso los más valientes entre los valientes —y ella se contaba entre estos— tenían sus dudas. Cuando la conocí, tenía unos noventa años y vivía con su hija Yelena en la calle Gorky. Yelena me saludó en la puerta y me pidió que esperara un momento hasta que Lydia Korneievna estuviera lista para recibirme. No había nada de presuntuoso en este gesto, nada vano, sino más bien una mujer preparándose interiormente. Yelena me introdujo en la sala; Lydia Korneievna estaba sentada junto a una pequeña mesa. Había una tetera, dos tazas con platillos y un plato de galletas. Su mano asía ya el asa de la taza.

Lydia Korneievna no se encontraba bien de salud. Sus ojos claros y grandes estaban vidriosos a causa del reuma. La piel de su rostro era muy fina y blanquecina, como un papel que ardiera solo con tocarlo. Como todos los intelectuales moscovitas de cierto tipo y clase, tenía fotografías de poetas y escritores famosos tras los cristales de los estantes de la biblioteca. En muchos apartamentos constituye tanto una vanidad como un nexo, un modo de mostrar los propios valores y aspiraciones. Lydia Korneievna no tenía ni un ápice de vanidad, y nadie tenía con mayor merecimiento los retratos de Solzhenitsyn y de Sajarov. Ella lo había arriesgado todo por defenderlos. Había perdido el derecho a publicar. Posiblemente, lo único que garantizaba su seguridad en la cama era su avanzada edad y el hecho de ser la hija de Kornei Chukovsky, un escritor para niños tan reverenciado en Rusia como el doctor Seuss en Estados Unidos por sus cuentos.

Durante un rato habló de sus amigos, de sus caminatas con Anna Ajmatova en Leningrado, de su amor por Sajarov. Sus frases eran formales y claras, y su voz, aunque debilitada por la edad, tenía un sonido cristalino. Luego se cortó la luz en todo el edificio. Era de noche y no había luna, la habitación estaba a oscuras. Lydia Korneievna difícilmente podía darse cuenta. Para ella era como el pequeño cambio de iluminación cuando el fuego comienza a morir. Sin notarlo continuó hablando. Al rato notó algo, un cambio en el aire, un cierto frío y quietud. Su ánimo cambió. Hizo una pausa un instante, como si finalmente hubiera decidido mencionar la oscuridad. Luego dijo: «¿Sabe usted?, mientras hablamos de toda esta gente, yo sé que todos han partido. Es horrible decirlo, pero debe imaginar un Estado que usó todos los medios para matar a los mejores de los nuestros. Todos han muerto o se han ido».

Después de un instante Lydia Korneievna dijo: «Las luces. Se apagaron. ¡Qué extraño!».

Yelena llegó con velas y continuamos hablando hasta que Lydia Korneievna anunció: «Creo que estoy cansada».

Al salir le conté a Yelena algo de lo que su madre me había dicho. Ella asintió. Le había oído decir lo mismo muchas veces antes. «Pero debe recordar que incluso Lydia Korneievna conserva la esperanza —me dijo—. Ella adora a ese niño, Dmitri Yurasov. Lo adora. Si puede, debería tratar de conocerlo.»

Mientras en 1987 y 1988 el mundo esperaba las últimas iniciativas de Gorbachov y sus cambios ideológicos, los sábados por la mañana se debatían en Moscú las más intrépidas ideas acerca de la creación de una sociedad civil. Al principio eran pequeños grupos de intelectuales jóvenes —los «informales»— que se reunían en domicilios particulares e incluso escribían a máquina sus declaraciones, en papel cebolla. Pero algún tiempo después se les unieron las voces de los mayores. Sajarov había regresado del exilio, siendo la Tribuna de Moscú —una amplia amalgama de docentes y escritores que habían vivido la esperanza del «deshielo»— una de sus plataformas regulares.

La primera vez que vi a Dmitri Yurasov fue durante una sesión sabatina de la Tribuna de Moscú en Dom Kino, la sede central del Sindicato de Cineastas, situada cerca del hotel Pekin. La escena era prácticamente siempre la misma. La sesión comenzaba a las diez o las once, con exposiciones de los más conocidos del grupo: Yuri Afanasyev, historiador de aspecto rudo, de la Escuela de los Annales francesa, a quien se le había encargado la dirección del Instituto de Archivos Históricos; Yuri Karyakin, periodista y experto en Dostoievski, que bebió prácticamente hasta la muerte durante los años de Brezhnev; Nikolai Shmelyov, economista y

cuentista, quien perteneció alguna vez a la familia de Jruschov por lazos matrimoniales; Leonid Batkin, un erudito experto en el Renacimiento italiano cuyas pequeñas herejías y negativas a integrarse en el Partido le impidieron enseñar en Moscú; Galina Starovoitova, demógrafa, experta en asuntos armenios, y Len Karpinsky, hijo de revolucionarios, periodista que había sido bendecido por el Kremlin como «nuestra gran esperanza» y que posteriormente lo traicionaría al autoproclamarse «medio disidente». Y siempre estuvo Sajarov, un tanto marginado, durmiendo por momentos durante las ponencias, claramente debilitado por sus años de destierro en Gorky, pero listo para entrar en escena cuando fuera necesario.

Yurasov estaba sentado en la parte de atrás. Con veinticuatro años, era el menor de la sala. Era un joven de aspecto rudo, vestido con tejanos anchos y una chaqueta desteñida. Tenía la cabeza casi rapada; parecía un recluta del ejército con permiso. Cuando uno de los ponentes decía algo que no le gustaba, se mofaba como si estuviera ensayando para ser un James Dean. Dmitri —o Dima, como todos lo llamaban— era conocido como el joven que reunía información acerca de la gente que había estado en prisión o que había sido ejecutada bajo el régimen soviético. Conservaba un fichero con los nombres; las fichas sumaban cerca de doscientos mil; es decir, doscientos mil de un total de decenas de millones.

En la práctica, las reuniones de la Tribuna de Moscú jamás terminaban. Más bien se desvanecían como el humo después de unas horas. El primer orador se había ido ya a casa, e incluso Afanasyev, maestro de ceremonias de la izquierda radical, se preparaba para partir.

Le ofrecí a Yurasov llevarlo a casa.

«Espéreme aquí un segundo», dijo al llegar a su apartamento.

Pude oír cómo revolvía y ordenaba frenéticamente papeles en el interior; un esfuerzo inútil. Me llevó a su habitación, un pequeño reducto con

periódicos y revistas amontonados en el suelo en pilas de un metro y medio de altura. En las paredes había algunos carteles con estrellas de rock y un calendario con la foto de una chica brasileña sexy que daba la impresión de haber bebido unos tragos de más.

«Antes de que comencemos debería usted leer esto», dijo Dima. Me alargó un pequeño montón de cartas.

> ¡Estimado Dmitri Gennadiyevich!:
>
> Mi padre Afonin, Timofei Stepanovich, vivía en la ciudad de Tolmachevo, en la región de Novosibirsk. Según recuerdo, era miembro del comité militar local del Partido y fue director del consejo de la granja. En 1930 fue arrestado por el NKVD junto con otros residentes del pueblo y llevado a Novosibirsk. Según documentos judiciales de la inteligencia militar, fue fusilado por los cargos establecidos en los artículos 58-8-10 y 73-1 del Código Civil ruso. El 13 de febrero de 1930 se cumplió la sentencia...

Había muchas cartas similares en sus archivos: gente que ahora tenía cuarenta, cincuenta y sesenta años contaba la historia de sus padres desaparecidos, los detalles del arresto, las preguntas sin respuesta.

Dima me entregó finalmente una breve nota, el testimonio de una mujer que le había escrito anteriormente pidiéndole datos sobre su padre muerto:

> En su catálogo, Dima encontró el nombre de mi padre. Menciona el lugar de su encarcelamiento y, evidentemente, de su muerte. Dima me dijo que uno de los investigadores para la rehabilitación de mi padre le contó que era bibliotecario. Si fue esta una actividad arbitraria que cumplió en los campos de concentración o su verdadera profesión, no lo sé. Pero algo ha cambiado en mi interior. De la masa anónima y gris de chaquetas verdes, mi padre ha emergido como un hombre particular, un hombre especial. ¡No a todos se les llamaba bibliotecarios! ¡Un padre! ¡Tengo un padre!

«Ahora tal vez entienda a lo que me dedico», me dijo Dima cuando le devolví las cartas.

Dmitri Yurasov nació en 1964, el mismo año en que los miembros de la

línea dura y los estalinistas del Kremlin derribaron del poder a Jruschov por la herejía del «voluntarismo». En comparación con los Litvinov, los Yurasov eran una familia común y corriente. Vivían en un pequeño apartamento en Leninski Prospekt y trabajaban como ingenieros de rango medio. No leían las publicaciones *samizdat* y no les preocupaba no hacerlo. La madre de Dima, Ludmila, creció cantando las alabanzas de Stalin («Soy una pequeñita, canto y danzo, jamás he visto a Stalin pero lo amo tanto»). Se afilió al Partido Comunista no por convicción, sino más bien como sello de diferenciación, una manera de progresar en el trabajo.

Al igual que cualquier otro escolar soviético, como Pavel Litvinov, Dima creció al margen de la historia e inmerso en la mitología de su tiempo. Fue entrenado desde temprana edad para ser un «hombre soviético». Era un asunto de política, algo que había variado muy poco desde la muerte de Stalin. «El Partido Comunista parte, como siempre lo ha hecho, de la premisa de que la formación del Hombre Nuevo constituye la tarea medular de la construcción del comunismo», dijo Mijail Suslov, uno de los líderes del complot para derrocar a Jruschov e ideólogo de Brezhnev. En su primer año de carrera, a los estudiantes de medicina se les informaba de que existían dos clases de seres humanos: el *Homo sapiens* y el *Homo sovieticus*. Como colegial, las lecciones que escuchaba Dima versaban sobre el segundo. Aprendió a leer con libros en que el «Abuelo Ilyich» Lenin reemplazaba a los personajes Dick y Jane de los libros estadounidenses. Los libros de historia eran una letanía de grandes triunfos que comenzaban con la revolución y terminaban con cosechas récord en la zona de las Tierras Negras. Todos los veranos, Dima asistía a los campamentos de Jóvenes Pioneros, donde se les enseñaban las virtudes de la disciplina militar y la supremacía del grupo sobre el individuo.

Pero Dima Yurasov tenía también una mente joven que era de algún

modo inocentemente subversiva. Incluso en quinto o sexto curso, leía constantemente los dieciséis volúmenes de la *Enciclopedia histórica soviética*, escrita por historiadores e ideólogos del Partido y aprobada por una jerarquía de censores. Incluía artículos sobre la revolución, la guerra civil y la Gran Guerra Patriótica; cada uno de ellos era un capítulo de la seudoteología en que se había convertido el estudio de la historia décadas atrás. En ocasiones, aparecían en la página algunas evidencias del «deshielo» que se dio bajo Jruschov. Estaba claro que los censores no habían podido eliminarlo todo. Cuando tenía once años, leyó acerca de un profesor universitario que había sido, según la enciclopedia, «reprimido de forma ilegal y posteriormente rehabilitado». Dima jamás se había topado con una expresión de esa índole. Le resultaba tan extraña como una frase en birmano.

Dima le pidió una explicación a su madre. La madre no le prestó atención. Aunque esto ocurría cerca de dos décadas después del discurso secreto de Jruschov en que denunció los crímenes de la era de Stalin, la atmósfera del neoestalinismo era tan penetrante que la gente común, incluso en ciudades relativamente sofisticadas como Moscú, no se encontraba preparada para hablar a sus hijos acerca de las pesadillas del pasado. Ellos mismos sabían muy poco. Después de todo, el discurso de Jruschov jamás había sido publicado en la Unión Soviética, y buena parte de la literatura del período del «deshielo» había sido retirada de las bibliotecas.

De modo que Dima se dedicó a estudiar la historia por su cuenta. Fue leyendo lentamente los volúmenes de la *Gran enciclopedia soviética* y anotó los nombres de todos los generales, políticos y artistas que murieron en 1937, 1938, 1939 y 1940, los años del Gran Terror. La causa de la muerte casi nunca se consignaba. Para cada nombre, Dima creó una ficha en que anotaba la información más elemental. Era un juego, un misterio.

«Un poco como coleccionar estampillas —dijo—. Como los niños que se imaginan viajando a Yemen o Sudán cuando han encontrado la estampilla. Fue una especie de nexo con algo acerca de lo cual tenía solo una idea muy vaga. Y lo más extraño es que no podía hablar de ello con nadie.»

Durante el día, Dima era un alumno regular, pero excelente en historia tal como se la enseñaban. Podía recitar con facilidad la mitología del país donde vivía. Era obediente y gozaba de las alabanzas que su buena memoria le procuraba entre los profesores. Por las tardes y durante los fines de semana, Dima llenaba sus fichas con los nombres de los desaparecidos. No sabía cómo explicarse esos hechos, pero su catálogo de desaparecidos seguía creciendo.

«Entonces, repentinamente, se produjo la inspiración —me dijo—. Cuando estaba en octavo curso, leí en el periódico las actas del XXII Congreso del Partido», en que Jruschov entregaba los detalles que daban cuerpo a su denuncia del terror estalinista. «Cuando esto ocurrió, el juego cambió. Dejó de ser un juego. Al comienzo eran solo nombres que parecían desaparecer en un punto de la historia. Pero luego fue su destino lo que me interesó. Empecé a comprender lo que había ocurrido con esa gente.»

En la secundaria, Dima se inscribió en las olimpiadas de historia, un concurso académico auspiciado por la Liga de Jóvenes Comunistas. «Muchas de las preguntas eran del tipo: "¿Quién fue el primer niño en integrar la Liga?" y "¿Cuántas medallas y honores ganó?", cosas como esas. Pero había preguntas más complejas. Decidí ganar.» Acudió al Archivo Central del Estado de la Revolución de Octubre para recabar información. Allí conoció a una mujer que formaba parte de la dirección y le hizo preguntas acerca de temas relacionados con el concurso. Había llevado también su archivo, que alcanzaba ya los cientos de fichas a medida que avanzaba en la lectura de la enciclopedia. Deseaba más información.

—¿Qué deseas saber? —le preguntó la directora.

—Deseo saber si esta gente fue «reprimida» o asesinada —dijo Dima.

La mujer bajó la mirada. Su voz se convirtió casi en un susurro.

—Responderemos las preguntas relativas al Komsomol —dijo ella—, pero no hay necesidad de hablar de esa gente a la que te refieres. Es innecesario.

La mujer tenía unos cuarenta años y lo que decía, o en el modo en que lo decía, no denotaba dureza. Más bien, a Dima le pareció que ella sabía que eran temas prohibidos y de los que no se debía hablar. Estaba aterrada.

Cuando Dima cumplió diecisiete años, decidió postular para estudiar y trabajar en el Instituto de Archivos Históricos. Su madre se mostró desconcertada de que no aspirase a un puesto de mayor prestigio. Dima no se explayó. Se guardó su pasión para sí, no tanto porque le gustara el secreto, sino más bien porque ya no era un niño; sabía cuán peligroso podía resultar su interés para quienes le rodeaban.

Para ingresar en el instituto, Dima debía aprobar un examen. Por esa época, había leído en una publicación *samizdat* el ensayo de Solzhenitsyn «Vivir sin mentira». El ensayo reconocía la dificultad, incluso la imposibilidad, de una rebelión abierta bajo un Estado totalitario; en su lugar, imploraba al lector que al menos rehusara cooperar con las mentiras del Estado. Era preferible no ser periodista a escribir las mentiras de *Pravda*. Era preferible no enseñar historia a instruir a las mentes jóvenes mediante el *Curso breve*. Preservarse a sí mismo, incluso si no se puede salvar al mundo.

Pero en su examen de ingreso, Dima se descubrió escribiendo un ensayo que alababa la falsa autobiografía de Leonid Brezhnev, *La pequeña tierra*, que estaba plagada de eventos heroicos que jamás ocurrieron. Brezhnev ni siquiera escribió el libro, pero se autoconcedió el premio literario del año,

un espectáculo no muy distinto de que Ronald Reagan se concediera a sí mismo el Premio Pulitzer por un libro escrito por otro. «¿Qué puedo decir? Yo era un soviético más que hizo su elección y se humilló a sí mismo —dijo Dima—. ¿Y quiere que le cuente una cosa? Obtuve una puntuación excelente. Qué maravilla.»

Las labores de Dima en el instituto eran tareas de oficina: organizar cajas de documentos, contar páginas y ordenar expedientes. Pero era un paraíso. Solo y en una sala cerrada, tenía suficiente tiempo para hojear documentos secretos y copiar en sus fichas tanta información como le permitiera el tiempo. En una ocasión, y aprovechando que todos sus compañeros del apartamento salieron a cobrar sus sueldos, se quedó solo y revisó los archivos del NKVD de 1935. Se estremeció al recordar el contenido de aquellos papeles: una ejecución tras otra.

«A veces me enviaban al sótano en busca de un expediente y me demoraba cinco minutos en encontrarlo y veinte en copiarlo. Trataba de copiar por lo menos cien expedientes al día. Comprobé muy pronto que la *Gran enciclopedia soviética* era una gran mentira de muchos volúmenes. Los documentos probaban que la gente había sido torturada, que se les quemaba la lengua con cigarrillos, que debían permanecer de pie durante sesenta horas frente a una pared. Los prisioneros eran golpeados tan brutalmente que luego tenían que ser arrastrados hasta el pelotón de fusilamiento. Se describía el trato que recibió el dramaturgo Meyerhold, cómo fue forzado a beber su propia orina, cómo sus interrogadores le quebraron el brazo izquierdo y lo forzaron a firmar sus "confesiones" con el derecho. Recuerdo la conmoción cuando leí que doscientas ocho personas fueron fusiladas por un supuesto atentado contra la vida de Yezhov, que estaba realizando un viaje de inspección al campo de prisioneros de Dmitrov. Entre los prisioneros había mujeres y ancianos. La información

era una pesadilla, algo parecido a ser aplastado por una avalancha que jamás se detiene. Pero no pude establecer las conexiones. No fui capaz de unirlo todo con la ideología, con la política. Estaba en la fase de una acumulación bruta de datos acerca de tal o cual persona y poco más.»

Dima tuvo que abandonar el paraíso al ser llamado a filas. Pero incluso durante sus dos años en el ejército, continuó con sus investigaciones. Empezó a escribir una novela, *Los hermanos Kaganovich*. El libro estaba basado en una conocida anécdota de la vida de Lazar Kaganovich. Un día, Stalin le dijo a Kaganovich que existían pruebas que incriminaban a su hermano mayor, Mijail, jefe de la industria de defensa. Lazar Moiseyevich no dudó. «Lo que debe hacerse hay que hacerlo», contestó. Mijail Kaganovich fue arrestado. Se suicidó en su celda.

Una noche, Dima leyó parte del manuscrito de *Los hermanos Kaganovich* a sus compañeros. Pocos días después, descubrió que el manuscrito había desaparecido del cajón. Sus oficiales habían confiscado el texto. A la mañana siguiente, fue acusado de «insultar al poder soviético», cargo que, según los oficiales, podía conducir a un juicio y a la prisión. No importaba que Kaganovich hubiese sido despojado de su rango y enviado a dirigir una fábrica de cemento en una provincia remota hacía ya más de una década. No importaba que el relato se basara en hechos verídicos. Esos eran hechos que un joven soldado como Yurasov no tenía por qué conocer. Para él, no debían ser hechos. Según los oficiales, la única forma de zafarse de la situación era enviando una carta en que admitiera su culpa y suplicara perdón. La predilección del sistema soviético por la confesión no había cambiado desde los días del Terror. Dima escribió la carta y se consideró afortunado de que el asunto terminara ahí.

De regreso en Moscú, no fue fácil encontrar trabajo de nuevo en los archivos. Los funcionarios del Instituto de Archivos Históricos jamás

acusaron a Dima de delito alguno o negligencia, pero abrigaban ciertas sospechas. Dima sabía que ya no podía regresar allí y obtener acceso al *spetsjran* (los archivos reservados). Pero supo a través de unos amigos que existía una vacante en el archivo de la Corte Suprema. De alguna manera, y gracias a que el aparato de la policía secreta jamás fue tan eficiente como parecía, obtuvo el empleo. Era un cúmulo de información que solo los más altos funcionarios —y los empleados del archivo— podían ver. En el sótano de la Corte Suprema había expedientes de dos millones y medio de casos posteriores a 1924. En general, estos expedientes no habían sido tocados desde el día en que fueron depositados en los estantes.

«¡Justo lo que necesitaba! —dijo Dima—. ¡Esos documentos eran la única prueba de que una persona estuviera viva o muerta!»

Dima trabajó en una habitación diseñada para impedir, precisamente, el tipo de investigación que deseaba realizar. Había cuatro escritorios en la pequeña habitación, colocados uno frente al otro; de esa manera nadie podía hacer nada sin que los otros tres lo vieran. Aun así, Dima lo intentó. Acumuló nombres, hechos, la suerte de miles de desaparecidos. Tras dieciocho meses, había acumulado cien mil fichas y creado un formulario estándar:

1. Apellido
2. Nombre
3. Patronímico
4. Año de nacimiento
5. Año de defunción
6. Nacionalidad
7. Estatus en el Partido
8. Antecedentes sociales
9. Educación
10. Último empleo y rango
11. Detalles del arresto, represión
12. Detalles de la rehabilitación

Sin embargo, el sistema de *stukachi* («informantes») finalmente atrapó a Dima. Uno de los jefes halló un cuaderno con listas en su escritorio y hubo una investigación. Una vez, más la búsqueda de Yurasov quedaba interrumpida. Fue despedido.

4

El retorno de la historia

Dima tenía buenos motivos para estar preocupado. La nueva cúpula soviética no llegó al poder con gran osadía pública.

Dos meses después de que Mijail Gorbachov iniciara su mandato en 1985, pronunció un discurso celebrando el cuadragésimo aniversario de la victoria sobre la Alemania nazi. Allí proclamó que «el gigantesco trabajo visible e invisible fue liderado por el Partido, por su Comité Central y por el Comité de Defensa del Estado dirigido por su secretario general ... Iosif Vissarionovich Stalin». Esta parte del discurso arrancó sonoros aplausos por parte de los miembros del Comité Central. En febrero de 1986, Gorbachov declaró al periódico francés *L'Humanité* que «el estalinismo es un concepto inventado por los detractores del comunismo y usado a gran escala para socavar a la Unión Soviética y al socialismo en general». El Partido, aseguró Gorbachov a *L'Humanité*, «ha llegado ya a conclusiones claras respecto del pasado». Y, finalmente, en un encuentro con escritores soviéticos en junio de 1986, Gorbachov dijo: «Si empezamos a tratar de lidiar con el pasado perderemos toda nuestra energía. Sería como aporrear a la gente en la cabeza. Y debemos avanzar. Ordenaremos los hechos del

pasado. Pondremos todo en su lugar. Pero, por ahora, debemos centrar toda nuestra energía en avanzar».

Los funcionarios del Partido Comunista a lo largo y ancho del país, simplemente, no estaban de humor para destapar el tarro de las esencias, ni aunque Gorbachov lo promoviera. A mediados de 1987, el jefe del Partido Comunista en Magadán, ciudad que fuera la puerta de entrada a los campos de trabajo de Kolimá en el lejano este, le dijo a un grupo de reporteros occidentales que el asunto de las purgas estalinistas «no existe aquí. Es un tema que no existe».

«A nosotros nos tocó vivir aquel período y hemos dado vuelta a esa página de la historia —dijo el funcionario Alexander Bogdanov—. No es necesario hablar constantemente del tema.» Cerca de tres millones de personas fueron asesinadas, solamente en Kolimá.

Gorbachov, que se formó dentro de la burocracia del Partido, sabía muy bien que perder el apoyo de dinosaurios como Bogdanov —por no mencionar a los dinosaurios del Comité Central, el KGB, el ejército y la policía— habría significado el fin inmediato de su liderazgo. Años después, el alcalde liberal de San Petersburgo, Anatoly Sobchak, escribió: «Un sistema totalitario transforma en campos minados la estructura social y la psicología individual de los ciudadanos. Y las minas explotan cada vez que el sistema afronta el riesgo de ser desmantelado y el país vislumbra la posibilidad de una genuina renovación».

Le gustara o no, Gorbachov actuaba como el guardián de los secretos, el guardián principal de la historia criminal del Partido. Del mismo modo que el régimen soviético combinó la brutalidad con la tecnología de un Estado totalitario para dejar tras de sí decenas de millones de cadáveres y un orden social perverso, utilizó también su ubicuidad, su capacidad para impregnar toda institución, desde las guarderías hasta la policía secreta, para detener

toda investigación histórica. Stalin no fue el primer líder en convertir la historia en un mito, fue tan solo quien tuvo más éxito. Como señala el profesor Walter Laqueur, la historiografía moderna, con sus exigencias de integridad y evidencia, tiene menos de doscientos años. Tal vez el primero en armar una historia oficial del Estado por orden de su dictador fue Pariscop Villas, del imperio inca. En Rusia, Nicolás I no solo aplastó el levantamiento de los decembristas, sino que intentó también, con cierto éxito, expurgar de los libros de historia las amenazas a su autoridad.

Stalin heredó la tradición de manipular la memoria humana y fue quien más la perfeccionó. Durante los primeros diez años de la Revolución bolchevique, existió un cierto grado de coexistencia entre los historiadores, un debate entre los marxistas ortodoxos y sus oponentes «burgueses». Todo eso concluyó junto con el primero —y último— Congreso de Historiadores Marxistas de la Unión Soviética celebrado en 1928, el mismo año en que Stalin se convirtió en líder indiscutido del Estado bolchevique. Como quedó en claro en el congreso, la consolidación de Stalin en el poder le otorgó un control absoluto sobre la historia. En 1934, el Comité Central del Partido Comunista promulgó un decreto imponiendo una versión estrictamente ideológica de la historia como doctrina en todos los textos de enseñanza, colegios, universidades e institutos. El mismo Stalin supervisó la redacción y publicación de cincuenta millones de ejemplares del famoso *Curso breve*, tratado ideológico que era, en palabras del historiador Genrij Joffe, «como un martillo clavando ideas falsas en la cabeza de cada escolar». El *Curso breve* era un texto de historia determinista en que todos los hechos conducían necesaria e inexorablemente a una gloriosa conclusión: la rectitud y el poder del régimen. En un texto de esa índole, la historia está libre de luchas internas, de ambigüedad y elección, de absurdo y tragedia. La «gran mentira» posee siempre una lógica interna que no falla. Los

adversarios son presentados como enemigos del Estado, y la masacre es vista como una necesidad. Todo es transparente, todo está expresado en forma de mito y epíteto. Los rivales de Stalin en la lucha por el poder —Bujarin, Trotsky y el resto— eran «pigmeos de la Guardia Blanca cuya fortaleza no superaba la de un mosquito». Así fue como se entregó la historia —la única historia— del régimen a sus súbditos. Se asumía que ese texto contenía la visión que todo un pueblo tenía de sí mismo. Cuestionar o desafiar el dogma era admitir culpabilidad ante el Código Civil.

Tras la muerte de Stalin, ocurrida en 1953, y del inicio de los ataques de Jruschov contra el «culto a la personalidad», el *Curso breve* dejó de ser el catecismo. Apareció un nuevo texto, la obra revisada *Historia del Partido Comunista*, que buscaba relativizar el papel titánico que Stalin se atribuyó a sí mismo. Algunos historiadores aprovecharon el «deshielo» para escribir de manera más abierta acerca de los crímenes que Jruschov apenas mencionaba. Por citar un caso, Viktor Danilov emprendió un estudio pionero sobre la campaña de colectivización.

Pero cuando Brezhnev derrocó a Jruschov en 1964 y comenzó lentamente a instaurar un movimiento neoestalinista, Mijail Suslov, el «cardenal gris» de la ideología, prestó especial atención a la historia. De nuevo, la balanza se inclinó fuertemente hacia el dogma. Brezhnev y Suslov nombraron al historiador del Partido Sergei Trapeznikov como jefe del Departamento de Normas para la Ciencia y la Educación del Comité Central, dejándolo en la práctica a cargo de todos los textos de historia y enseñanza desde Estonia hasta Sajalin. Para garantizar que el «deshielo» fuera completamente eliminado de los estudios históricos, Trapeznikov prohibió la publicación del estudio de Danilov sobre la colectivización. Seguidor de la verdadera tradición estalinista, Trapeznikov entendía la

colectivización como necesaria y justa, y decidió que la gloria de la colectivización requería un historiador responsable. Se eligió a sí mismo.

Tan completo fue el control de la historia por parte del Partido Comunista que prácticamente todos los estudios históricos de algún valor en la Unión Soviética fueron escritos por disidentes: el estudio marxista sobre Stalin de Roy Medvedev, *Que juzgue la historia*; los ensayos de Mijail Gefter sobre el estalinismo y, mucho más importante aún, la «investigación literaria» de Alexander Solzhenitsyn sobre los campos de concentración en *El archipiélago gulag*. Medvedev y Gefter, a pesar de su devoción por la revolución y por Lenin, fueron mantenidos al margen de la sociedad soviética y puestos bajo la vigilancia permanente del KGB. El intento de Brezhnev de devolver a Stalin una parte de su estatura anterior no podía tolerar apóstasis alguna. Las transgresiones de Solzhenitsyn fueron aún mayores. Expuso la ilegitimidad intrínseca del régimen y de todos los líderes soviéticos, incluido Lenin. Eso no podía tolerarse. En 1974, Solzhenitsyn se convirtió en el primer soviético desterrado del país desde Trotsky.

La represión de los escritores y estudiosos disidentes fue solo una pequeña parte del aparato del Estado que controlaba la historia. Trapeznikov se aseguró de que la Academia de Ciencias, el Instituto de Historia, el Instituto de Marxismo-Leninismo, las universidades, los periódicos y los colegios estuvieran libres de «gentes de otras ideologías». Los bálticos o los ucranianos no podían siquiera sugerir que sus historias o culturas fueran en modo alguno diferentes de la historia rusa o soviética. Esto socavaría el mito de un destino soviético común y de un hombre soviético. Todo asunto que pudiera resultar explosivo, desde la disolución de la Asamblea Constituyente —elegida democráticamente— que decretara Lenin inmediatamente después de la revolución hasta la invasión de

Checoslovaquia en 1968, requería un cuento de hadas y un no-lenguaje para evitar incluso un conato de debate u otro modo de pensar. En el caso de la invasión de Afganistán, por ejemplo, los historiadores hablaron de «deber internacionalista» y de «invitación» por parte de los «compañeros socialistas», o simplemente no escribieron nada.

«Solo un necio, o un ideólogo, podría siquiera pensar en hacer del estudio de la historia soviética su profesión —dijo Sergei Ivanov, profesor de historia bizantina—. Cualquiera que estuviera genuinamente interesado en la historia y que tuviera sentido de la honradez, se mantenía tan alejado del período soviético como fuera posible. Es por esto que los únicos visos de crítica presentes en la academia eran analogías o metáforas; había historiadores que escribían acerca de la caída de Constantinopla, o de la Revolución francesa, o del auge del fascismo, mientras paralelamente introducían en sus escritos insinuaciones sutiles que quizá algunos podrían entender. Ahora bien, si usted finalmente se decidía por la historia soviética, fuera como fuese, estaba condenado a perder.» No tiene nada de extraño, pues, que el defensor más eficaz de una reforma del estudio de la historia soviética fuera más adelante Yuri Afanasyev. Había sido educado casi demasiado bien en la política del Partido Comunista, pero su especialidad era la historia de Francia.

En Moscú había muchos expertos sobre el período soviético; no solo Medvedev, Gefter y Afanasyev, sino también ideólogos profesionales, hipócritas y mentirosos. Pasé una tarde increíble en la Universidad Estatal de Moscú con Yuri Kukushkin, director del departamento de historia. Durante horas, Kukushkin, uno de los profesionales más destacados de su oficio, hombre muy vinculado al Comité Central y con un acceso poco común a la literatura de Occidente y a los archivos soviéticos, me explicó su «absoluta ignorancia» acerca del costo de la campaña de colectivización

de Stalin. Su voz, sus gestos, todo buscaba dar a entender que también él, de algún modo, había sido un disidente encubierto.

«Pienso que si trato de explicar lo que siento en mi interior no lo lograré —dijo Kukushkin—. La amargura prevalece. Si al menos un hombre pudiera hacerlo todo... Si tuviéramos acceso a los documentos... Trabajamos en las mismas condiciones que un químico con la misión de realizar un descubrimiento, o curar una enfermedad, pero que está obligado a trabajar solo con los elementos que le entrega el laboratorio. En verdad, no conocí a nadie que tuviera un conocimiento de los hechos tal como ocurrieron y que los tergiversara conscientemente.»

Pero, a pesar de su sincero deseo de hacer lo correcto, Kukushkin quería controles; deseaba que el trabajo erudito lo realizara la «gente precisa». «Está claro que necesitamos equilibrio en nuestros estudios, pero ahora solo estamos vertiendo basura sobre la cabeza de Lenin —dijo—. Estoy seguro de que nuestro Estado sobrevivirá. También Lenin sobrevivirá. Pero si un pueblo deja de creer en el futuro, si solo es capaz de ver oscuridad en su pasado común, entonces caerá en un estado de distrofia espiritual; y no estoy seguro de que podamos curar eso. Para inculcar fe, debemos mostrar no solo los errores, los crímenes y la sangre que ha habido en nuestra historia, sino también aquello de lo que debemos sentirnos orgullosos. Somos un Estado grande y fuerte. Detuvimos a los agresores extranjeros. Debemos estar orgullosos de ello. Como hombre y como historiador, espero que no nos aniquilemos espiritualmente a nosotros mismos.»

Gracias a Trapeznikov, las academias y universidades habían estado plagadas de incontables Kukushkin. Sin embargo, había también personas como Genrij Joffe, quien se consideraba un hombre honrado a pesar de saber que el sistema era tan fuerte que se mofaba de sus insignificantes intentos por minarlo o engañarlo. Joffe, autor de muchos libros sobre la

Revolución de Febrero y la dinastía de los Romanov, tenía poco más de sesenta años, «de modo que era demasiado joven para haber sufrido los golpes mortales a los historiadores bajo Stalin». Aun así, recibió la típica educación estalinista, la interminable repetición del *Curso breve* inculcada por profesores atemorizados e ignorantes.

«Ese era nuestro mundo, la estructura en que vivíamos —me dijo una tarde—. Hubo una leve euforia en los años de posguerra, un leve "deshielo"; pero en 1949 o 1950 me acusaron de ser un "predicador de la ideología burguesa". ¡Vaya usted a saber lo que quiere decir eso! Resultó que dos amigos míos, ¡amigos!, habían robado un par de mis cuadernos de apuntes. En mis comentarios durante una conferencia había escrito al margen: "Deben de pensar que somos idiotas para creer todo eso". Nada más. Solo un momento personal de frustración y duda. Más tarde no pude encontrar mis apuntes y pensé que los habría perdido en alguna parte. No le di muchas vueltas al asunto. La siguiente vez que los vi fue durante un encuentro público en que tenía que presentarme ante cientos de personas, alumnos y amigos de la universidad, gente del comité del Komsomol y demás. Al caminar por el pasillo que conducía hasta el salón, noté de pronto que todos los que yo consideraba mis amigos me evitaban. Luego, desde el podio, el secretario del Partido Comunista me señaló y gritó: "¡Miren quién está con nosotros! ¡ Joffe! ¡Piensa que somos todos idiotas!".»

Joffe pagó un precio relativamente modesto por su pecado. Fue enviado a enseñar a provincias, en la ciudad de Kostroma, hasta después de la muerte de Stalin.

De regreso en Moscú, Joffe acudió regularmente a la Biblioteca Lenin, donde comenzó a trabajar en sus libros. «Había algunas pequeñas cosas que uno podía hacer para sentirse al menos un poco honrado —dijo—. Una técnica era la de introducir fuentes foráneas y luego asegurarse de criticar a

los “falsificadores burgueses”. No estoy seguro ahora de avergonzarme de ello. Me las arreglé para reunir una gran cantidad de material acerca de la Revolución de Febrero. Con mucha suerte, puede que algunos lectores hayan captado la idea de que detrás de la Revolución de Febrero había mucho más que un simple anuncio de la Revolución de Octubre. Tal vez hayan captado la idea de que fue en ese momento cuando se destronó a la monarquía y se vivió una suerte, aunque débil, de democracia. Pero lo dudo.

»Desafortunadamente, transigí demasiado y ahora me resulta difícil asumirlo. Para serle franco, no estoy seguro de que el modo en que forjé mi camino por la vida respondiera a una elección completamente consciente. Pienso que actué simplemente por naturaleza. Soy por naturaleza un hombre de acuerdos, no un extremista. No soy joven, y vivir todos estos cambios, este flujo de información, no resulta fácil. En ocasiones me siento culpable de haber cambiado tan abruptamente mi visión de la historia. Pero ¿cómo podría ser de otro modo? ¿Cómo podría uno dejar de ver qué es qué? ¿Debería acaso tratar de ignorar la verdad en aras de una estúpida coherencia? Recuerdo a Eduard Burdzhalov, quizá uno de los historiadores más importantes, en el momento de las revelaciones de Jruschov sobre Stalin, en 1956. Antes de eso, Burdzhalov había sido un estalinista acérrimo, director de *Cultura y Vida*, que había atacado a los judíos, los llamados “cosmopolitas”. Le pregunté: “¿Cómo es posible que un estalinista, un hombre de carrera en el Partido, cambiara de parecer tan abruptamente?”. Se quedó callado un momento. Luego dijo: “Si alguien tiene finalmente la oportunidad de expresarse, de decir la verdad, ¿por qué dejar pasar la oportunidad?”.»

El retorno de la historia comenzó primero con el «discurso secreto» de Jruschov en 1956, en el que denunció a Stalin. Pero el «deshielo» fue

sumamente limitado y, como se demostró, reversible. Sin una completa y cuidadosa evaluación del pasado, una evaluación que no pudiera ser devuelta a la lámpara del genio, una verdadera reforma —y mucho menos aún una revolución democrática— resultaba imposible. Dmitri Yurasov y los demócratas lo sabían; Gorbachov también lo sabía. El retorno de la historia a la vida política e intelectual del pueblo de la Unión Soviética fue la base de los grandes cambios posteriores.

Después de dos años de vacilaciones y de usar un lenguaje evasivo, Gorbachov eligió el año 1987 como el momento para dar continuidad a lo que Jruschov había iniciado. Abrió la puerta a la historia. Lo hizo, primero, con una película, y luego con un discurso durante el septuagésimo aniversario de la Revolución de Octubre.

Tengiz Abuladze, un hombre menudo y elegante, de ojos penetrantes, vivía y realizaba sus películas en la capital de Georgia, Tiflis. Hacia 1980 se garantizó su fama como realizador de extraordinaria inteligencia con dos trabajos: *Súplica*, aparecida en 1968, y *El árbol de los deseos*, de 1977. De modales distinguidos y meticulosos en su trabajo, dedicó años a pensar y a escribir, dejando que sus ideas maduraran antes de filmar siquiera una escena.

A diferencia de los grises apartamentos de la mayoría de los intelectuales moscovitas, la casa de Abuladze en Tiflis era un hermoso lugar «para vivir y respirar», me dijo. Durante un almuerzo con vino tinto georgiano —el favorito de Stalin— y esa variedad local de pizza llamada *jachapuri*, Abuladze me contó cómo concibió *Arrepentimiento*, película acerca del legado del diablo y la necesidad moral —para el individuo y la nación— de afrontar el pasado. Aunque la televisión y los periódicos fueron el vehículo

principal para el auge de la *glasnost*, la película de Abuladze sirvió de puente para la recuperación de la memoria histórica. Más que cualquier otra obra del período —los dramas históricos de Mijail Shatrov y las novelas de Anatoly Rybakov y Vladimir Dudintsev—, *Arrepentimiento* conmocionó a la gente y la llevó a un nuevo estado de conciencia. Las proyecciones de *Arrepentimiento* en 1987 y 1988 tuvieron tal efecto que pueden compararse con los trenes que Lenin enviaba a provincias con cines portátiles, para mostrar películas proselitistas sobre la gloria de la Revolución bolchevique. Como artista o teórico, puede que Abuladze no estuviera a la altura de los primeros grandes directores soviéticos, como Sergei Eisenstein, Dziga Vertov y Alexander Dovzhenko. Pero, por su resonancia política, *Arrepentimiento* fue la muestra más importante de arte subversivo en el país desde la publicación de *Un día en la vida de Ivan Denisovich* durante el «deshielo» de Jruschov.

Abuladze no tuvo que viajar lejos para concebir la idea de *Arrepentimiento*. «Me inspiré en una historia verídica, un incidente que ocurrió en un pueblo en el oeste de Georgia —dijo—. Un hombre que había sido enviado a prisión de forma injusta es finalmente liberado. Su vida había sido destrozada, arruinada. Al regresar, encuentra la tumba del hombre que lo enviara a la prisión. Una noche, entra en el cementerio y desentierra el ataúd. Lo abre, extrae el cadáver y lo apoya contra la pared. Ese fue su acto de revancha. No dejaría que el muerto descansara. Este horrible hecho nos mostró que es posible reflejar la tragedia de toda una época mediante un mecanismo de esta índole. Esa fue la inspiración para el estilo y para el guión.»

Junto con su nuera, Nana Dzhanselidze, Abuladze escribió un esquema de dieciocho páginas, para luego, en 1981, redactar un guión acerca de una especie de dictador tipo, un tirano llamado Varlam, que destruye una vida

tras otra, una clara analogía del período de finales de los años treinta, durante el gobierno de Stalin. Varlam, alcalde provinciano, promete construir un «paraíso terrenal» para su pueblo. Lo destruye, sin embargo, en arranques de paranoia y de completa indiferencia. En su vejez trata incluso de dispararle al sol con una pistola.

«¡El pueblo necesita una gran realidad!», dice Varlam, haciéndose eco del retorcido paternalismo de Lenin y Stalin. Luego defiende su propia paranoia diciendo: «¡De cada tres personas, cuatro son nuestros enemigos! Sí, no se sorprendan. ¡Un enemigo es, en cantidad, mayor que un amigo!».

Varlam es un hombre tan despiadado que en una escena se hace amigo de un artista llamado Sandro, para luego ordenar su muerte en los campos de concentración, declarándolo culpable de «individualismo» y de amistad con «poetas anarquistas». La hija de Sandro, atormentada durante décadas por la memoria del martirio de su buen padre, finalmente profana la sepultura de Varlam y apoya el cadáver contra la pared. Ella no olvidará, y tampoco permitirá que olviden los que la rodean.

La película, que está llena de recursos alegóricos y detalles grotescos propios de Fellini, trata acerca de la necesidad de conservar la memoria, la necesidad no solo de combatir la tiranía presente, sino también de enfrentarse con la demencia del pasado. Abel, hijo de Varlam, no es mejor que su padre. Contemporiza, repite los pecados del padre. No tiene conciencia, no tiene memoria, y ordena enjuiciar a Keti, hija de Sandro, la mujer que ha profanado sistemáticamente la sepultura del tirano.

El hijo de Abel, Tornike, no puede comprender la vida que ha heredado. Se enfurece con su padre. En una escena, tal vez la más importante de la película, Tornike se enfrenta a Abel, batalla que debe entenderse no solo como el conflicto entre dos generaciones, sino más bien como la lucha

individual del hombre contra el poder, la lucha de la memoria contra el olvido.

—¿Sabías tú todo eso? —le pregunta Tornike a su padre.

—¿Todo el qué? —dice Abel.

—Lo del abuelo.

—El abuelo jamás hizo algo incorrecto. Eran tiempos difíciles. Es difícil de explicar hoy en día.

—¿Qué tienen que ver los «tiempos» con todo eso?

—Mucho —responde Abel, aún más rabioso—. La situación entonces era diferente. Se trataba de la supervivencia nacional. Estábamos rodeados de enemigos que querían aplastarnos. ¿Se supone que tendríamos que haberles dado unas palmaditas en la cabeza?

—¿Era el artista Sandro Barateli un enemigo? —pregunta el hijo.

—Lo era. Tal vez fuera un buen artista, pero fue incapaz de comprender muchas cosas. No niego que hayamos cometido muchos errores, pero ¿qué son unas pocas vidas cuando está en juego el bienestar de millones? Había una gran tarea por realizar. Míralo desde ese punto de vista.

—¿De modo que aplicaste las matemáticas a las vidas humanas, dando primacía a las proporciones? —plantea el hijo con disgusto.

—No seas sarcástico —dice Abel—. Es hora de que entiendas que un funcionario público sitúa el interés público por encima de las consideraciones privadas.

El desprecio de Tornike por su padre se ha intensificado.

—Una persona nace humana —dice—, y luego se convierte en funcionario.

—Andas en las nubes —afirma Abel—. La realidad es diferente. Varlam se guiaba por los intereses de la sociedad, y lo que ocurrió no siempre fue producto de su acción.

—Dime —pregunta el hijo—, ¿habría destruido todo el mundo si se lo hubiesen ordenado?

Al final de la película Tornike, desesperado, se suicida.

Corría el año 1981; Leonid Brezhnev era secretario general y Eduard Shevardnadze el hombre más poderoso de Georgia. Abuladze le llevó el guión a Shevardnadze. «Leyó el guión y dijo que debíamos hallar el modo de producir la película —dijo Abuladze—. Me dijo: “El año 1937 pasó también por mi casa”. Fue testigo de los hechos. Su propio padre estuvo entre los arrestados. Yo también lo recuerdo todo. Era un niño entonces, y aunque no puedo acordarme de todos los detalles, recuerdo la emoción, el miedo. Mi padre era médico y siempre tenía un maletín listo con su ropa. No tenía nada que ver con la política, pero sabía que en cualquier momento podían golpear a la puerta. Efectuaban el arresto y la persona nunca regresaba.

»De modo que Shevardnadze nos dijo que debíamos hallar la manera de hacer algo al respecto. Pero añadió que había que pasar por Moscú. Acudimos a Rezo Chjeidze, el gerente de los estudios de filmación, y este le dijo a Shevardnadze que existían programas de películas para las repúblicas y para toda la Unión Soviética. Para los programas en las repúblicas, todo lo que teníamos que hacer era especificar el tema de la película y el nombre del director. De modo que enviamos un telegrama diciendo: “El director Tengiz Abuladze desea rodar una película acerca de un problema moral y ético”. Eso fue todo. Moscú dio su aprobación; el único comentario fue que la película parecía “interesante”. Luego Shevardnadze nos dio un buen consejo. Nos dijo: “Cuanto más general el tema, mejor”. Por lo tanto, podría decirse que en cierto modo fue coautor de la película».

Abuladze se aseguró de que Varlam no fuera simplemente una analogía directa de Stalin. Varlam tenía, según la interpretación del brillante actor Avtandil Majaradze, un bigote hitleriano y usaba unas gafas que evocaban inmediatamente la imagen del jefe de la policía secreta de Stalin, Lavrenty Beria. Abuladze vistió a los guardias de Varlam con una armadura medieval para acentuar el sentido del tiempo. Por último, le puso a Varlam el apellido Aravidze, que es un poco como la semianónima «K» usada por Kafka. En georgiano no existe el nombre Aravidze, pero la raíz de la palabra, *aravin*, significa «nadie».

«Deseábamos que incluso el nombre apuntara a la esencia de Varlam como la imagen del totalitario, del dictador, en cualquier parte o en cualquier época —dijo Abuladze—. Aparecen todos retratados: Stalin, por supuesto, pero también Jruschov y Lenin. Un amigo mío conoció a Molotov antes de su muerte y le dijo: "Es una pena que Lenin haya muerto tan pronto. De haber vivido más, todo habría sido normal". Pero Molotov contestó: "¿Por qué dice eso?". Mi amigo replicó: "Porque Stalin fue un chupasangre y Lenin era una persona noble". Molotov sonrió y luego dijo: "Comparado con Lenin, Stalin era un simple corderito".»

Abuladze rodó la película en cinco meses durante 1984. Pero Konstantin Chernenko, un protegido de Brezhnev, estaba aún en el poder, de modo que la película simplemente permaneció «en los estantes», junto con los trabajos de decenas de otros directores.

Poco después de la muerte de Chernenko y de la llegada de Gorbachov al poder, en marzo de 1985, un viejo amigo de Abuladze, Shevardnadze, fue designado para formar parte del Politburó. La perspectiva para *Arrepentimiento* mejoraba. En la primavera de 1986, Abuladze llamó a Shevardnadze a Moscú para preguntarle si podía usar su influencia con Gorbachov para exhibir la película en mayo, en un gran festival de cine que

se realizaría en la capital. Shevardnadze se sintió algo culpable u obligado y se reunió con Gorbachov.

«Estoy en deuda con mucha gente de mi tierra y no puedo compensarlos a todos —le dijo Shevardnadze a Gorbachov—. Pero hay una deuda que debo saldar como sea y tú puedes ayudarme.»

Shevardnadze se ocupó de que Gorbachov pudiera ver *Arrepentimiento*. Al terminar la película, Gorbachov, cuyos abuelos habían estado ambos en prisión durante la era de Stalin, dio su aprobación para estrenar la película.

Pero una crisis lo impidió: el desastre nuclear de Chernobyl. La decisión tuvo que revocarse.

Más o menos al mismo tiempo, Elem Klimov, director de cine y nuevo presidente del Sindicato de Cineastas, creó una «comisión de conflicto» con el objetivo de sacar de los estantes algunas de las muchas películas que habían estado prohibidas durante los regímenes soviéticos anteriores, y llevarlas a la pantalla. Klimov se dio cuenta de que el tema de *Arrepentimiento* era tan explosivo que requeriría una decisión del más alto nivel. Acudió al ideólogo de las reformas liberales, Alexander Yakovlev. Yakovlev quedó asombrado por *Arrepentimiento* y convocó a Abuladze a su despacho para exponerle su plan. «Filtrarían» la película, mostrándola primero a un público limitado en lugares cuidadosamente seleccionados, y luego aumentarían lentamente el número de proyecciones, creando una especie de inevitabilidad en torno a *Arrepentimiento*.

Se produjo un misterioso entrelazamiento entre las proyecciones de *Arrepentimiento* y la sucesión de los acontecimientos políticos más importantes. En octubre de 1986, hubo varias proyecciones de la película, principalmente para públicos compuestos por intelectuales bien conectados en Moscú, Tiflis y otras ciudades importantes. Luego, en enero de 1987, Gorbachov presidió un pleno del Comité Central en el que dio claras

muestras de que preparaba una reforma radical de los sistemas político y económico. Con mayor confianza en sus posibilidades, Gorbachov volvió a la escena pública un mes después, diciendo en un encuentro de periodistas y escritores en el Kremlin que los «espacios en blanco» de la historia debían ser llenados. «No debemos olvidar los nombres —dijo Gorbachov—. Y resulta aún más inmoral olvidar o silenciar largos períodos de la vida de los pueblos. La historia debe ser vista según lo que es.»

Arrepentimiento se exhibió en miles de salas. Millones de personas la vieron, entre ellas el joven llamado Dima Yurasov.

Después de ser despedido de los archivos de la Corte Suprema, Yurasov había trabajado como obrero, descargando camiones en una imprenta. La película le infundió ánimo. Ahora le parecía que el cambio ya no era una promesa vana. Yurasov descubrió que no estaba solo en su deseo de saber más acerca del pasado. Grupos de intelectuales de Moscú, la mayoría de ellos suficientemente mayores como para recordar las promesas y el abrupto final del «deshielo», comenzaron a organizar grupos de discusión y foros públicos. Con el auspicio de Alexander Yakovlev, Yuri Afanasyev fue nombrado director del Instituto de Archivos Históricos. Afanasyev lanzó rápidamente una campaña pública en defensa de una revisión radical de la historia soviética, organizando una serie de charlas sobre la era de Stalin. Invitó a profesores y a supervivientes de las purgas a presentarse en público y a dar su testimonio.

Por su parte, Yurasov comenzó a pensar que era hora de «legalizar» el trabajo que había iniciado hacía ya mucho tiempo en los archivos. Deseaba mostrar a la gente lo que había hecho hasta ese momento; necesitaba su apoyo para ampliar su colección con los nombres de los desaparecidos.

Empezó a asistir a esas charlas y discusiones en grupo, aunque solo fuera para estar cerca de la gente que había vivido en carne propia aquello sobre lo que él había estado leyendo en los archivos.

El 13 de abril de 1987, Yurasov asistió a una «tarde de rememoración» en la Casa Central de los Escritores. Los primeros oradores fueron cautelosos en sus charlas acerca de los crímenes del pasado. Pertenecían a las generaciones mayores, acostumbradas a usar un lenguaje que insinuaba la verdad para luego retraerse. Estaban entrenados en el arte del eufemismo y la alegoría. Su queja más directa se refería a la falta de información.

Dima se sintió frustrado, ahogado. En el momento en que la gente se disponía a partir, pidió la palabra. Con el aspecto rabioso y desafiante de un roquero petulante, Yurasov describió su trabajo. Dijo haber reunido ciento veintitrés mil fichas de información durante su trabajo de investigación clandestina. Dijo poder dar fe de la existencia de por lo menos dieciséis millones de expedientes en los registros relativos a arrestos y ejecuciones. Yurasov informó a los presentes de que mientras escudriñaba entre los archivos, descubrió una carta confidencial del presidente de la Corte Suprema de la Unión Soviética a Jruschov informándole de la existencia, entre 1953 y 1957, de 600.000 personas que habían sido ejecutadas y rehabilitadas póstumamente durante la era de Stalin. Otras 612.500, dijo Yurasov, fueron rehabilitadas entre 1963 y 1967. Describió cómo desde 1929 en adelante, cada delito «antisoviético» —término genérico usado durante las purgas y posteriormente— era registrado en un enorme fichero en los archivos del Ministerio del Interior. «Tengo material estadístico —dijo Yurasov—. No está completo, por supuesto, pero proporciona una idea general.»

La multitud estaba atónita, no solo por las cifras, sino por el acceso de Yurasov a la información y por su precisión. Uno de los principales

oradores de esa tarde, un historiador mayor, tomó la palabra después de Dima y dijo que el joven claramente «sabe mucho más de lo que yo sé y más que cualquier otro en la sala. Le estoy muy agradecido».

Mientras la multitud abandonaba la sala, uno de los participantes le preguntó a Yurasov si realmente creía que su «sinceridad» conduciría a algo. «Bueno —contestó este—, pronto sabremos si ha comenzado una *perestroika*, o si se trata de mera palabrería otra vez.»

Durante el verano de 1987, Gorbachov y Alexander Yakovlev comenzaron a redactar un discurso acerca de la historia que se leería en un jubileo, en celebración del septuagésimo aniversario de la Revolución de Octubre.

Esa charla constituiría uno de los episodios de manipulación retórica y política más complejos en la carrera de Gorbachov. Para empezar, el propio Gorbachov estaba aún convencido de lo que él llamaba la «rectitud del camino socialista». Aún veía en Lenin a su modelo intelectual e histórico. No hay evidencia alguna que nos permita suponer que Gorbachov quisiera minar, y mucho menos destruir, los cimientos básicos de la ideología o del Estado de la Unión Soviética. Ciertamente no en 1987. Además, sabía muy bien que el Comité Central, el Politburó y los comités locales del Partido estaban dominados por hombres cuyas carreras y cuya existencia misma se basaban en la persistencia de una visión fosilizada del mundo, visión que no contrastaba mucho con la versión oficial de la historia soviética: la «necesidad» de las brutales campañas de colectivización e industrialización, la «gloria» del liderazgo de Stalin durante la guerra. Para mantenerse en el poder, Gorbachov podía comenzar solo con dosis pequeñas de verdad.

Durante el verano y el otoño de 1987, el Politburó celebró numerosas sesiones acerca de la mejor manera de abordar el discurso del día de la

revolución. Gorbachov no tenía más opción que jugarse la carta de la estrategia y del eufemismo. El Partido Comunista no solo era la organización política más poderosa del país, sino la única. Lo que posteriormente se denominaría «oposición política» casi no existía. El amplio espectro de las fuerzas a favor de una reforma, desde los disidentes como Sajarov hasta los primeros grupos «formales» como Perestroika Democrática, depositaron sus esperanzas en Gorbachov. Allí era donde estaba el poder, y ellos deseaban mantenerlo tal cual. Gorbachov hizo frente a un Politburó en que los reformistas comprometidos eran solo cuatro: Gorbachov, Yeltsin, Yakovlev y Shevardnadze. Los de la línea dura, como Yegor Ligachov, y los conservadores moderados, como Nikolai Ryzhkov, estaban en clara mayoría. «Sería estúpido pensar que los conservadores de entonces eran menos conservadores que los que lideraron el golpe militar de agosto», me dijo Shevardnadze. Cada palabra del discurso sobre la historia era una batalla potencial, una guerra política. Yakovlev me contó que, cuando Gorbachov distribuyó el borrador del discurso, la mayoría de los miembros del Politburó insistió en que Gorbachov no llamara «criminal» a Stalin. Sobre ese punto, Gorbachov ejerció sus atribuciones y rechazó la objeción de sus colegas.

En octubre, Gorbachov asistió a una sesión a puerta cerrada del pleno del Comité Central para tratar el asunto del discurso de noviembre. Como hiciera Jruschov en 1956, Gorbachov entregó datos específicos para describir el terror estalinista: cómo diez de los trece viejos bolcheviques revolucionarios que sobrevivieron hasta 1937 fueron víctimas de las purgas; cómo 1.108 de los 1.966 delegados al Congreso del Partido de 1934 y el 70 por ciento de los miembros del Comité Central fueron «eliminados»; cómo «miles de oficiales del Ejército Rojo, lo más selecto del ejército en vísperas de la agresión de Hitler», fueron asesinados; cómo los triunfos de la guerra

se consiguieron a pesar del liderazgo de Stalin, y no gracias a él. Mientras recitaba su sangrienta letanía, Gorbachov oyó un murmullo de protesta entre los asistentes. Saliéndose del texto se retrajo levemente.

«Camaradas —dijo—, por favor, tengan presente que no todo lo que he planteado aquí aparecerá de manera detallada en el discurso. Incluirá solo evaluaciones generales, globales, de ese complejo período de nuestra historia.»

Poco antes del aniversario y del discurso público, Ligachov llamó por teléfono a Gorbachov. Ligachov me contó que tanto su familia como la de su esposa habían sido «heridas» por las purgas estalinistas y que estaba de acuerdo con que se exhibiera *Arrepentimiento*. Pero ahora comenzaba a temer que un discurso osado del secretario general «ensuciara» la historia soviética. «¡Eso significaría tirar por la borda todas nuestras vidas! —le dijo Ligachov a Gorbachov con rabia—. Estamos cimentando el camino para que la gente escupa sobre nuestra historia.»

Gorbachov conocía sus prerrogativas, pero se percataba al mismo tiempo del delicado equilibrio del poder. Al final de la asamblea plenaria del Comité Central, Boris Yeltsin, uno de los defensores más decididos del proceso de reforma, renunció en un arrebato, acusando a Ligachov de estar «intimidando» y a Gorbachov, incluso, de crear un «culto a la personalidad» que permitía demasiada poca discrepancia en el seno del Politburó. La renuncia de Yeltsin y las furiosas denuncias rituales que siguieron dejaron claro que Gorbachov operaba en un ambiente político que un día compararía con un «lago de gasolina». En los meses siguientes, y en la medida en que se filtraban detalles de la asamblea plenaria, la gente aprendería exactamente cuán volátil e incluso nociva podía ser la atmósfera dentro de la cúpula del Partido. Incluso Yakovlev y Shevardnadze se sintieron obligados a respaldar a los de la línea dura en sus acusaciones

contra Yeltsin. El propio Gorbachov mostró poca compasión. Llegaría el día en que la bravata de Yeltsin estaría hecha a la medida del momento histórico. Un día, los intransigentes se resistirían a ser manipulados y lanzarían un contraataque, primero político y luego militar. Ese sería el momento de Yeltsin. Pero ahora que Gorbachov trataba de manipular el debate histórico, se requería sutileza y capacidad de negociación. Sí, Gorbachov escupiría sobre Stalin, pero cuidadosamente.

El 2 de noviembre de 1987, en el palacio de congresos del Kremlin, Gorbachov leyó su discurso para los telespectadores de todo el país y para las grandes reliquias del comunismo mundial. Erich Honecker de Alemania Oriental, Wojciech Jaruzelski de Polonia, Fidel Castro de Cuba, Daniel Ortega de Nicaragua, Milos Jakes de Checoslovaquia, Nicolae Ceausescu de Rumanía el propio Comité Central de Gorbachov: todos estaban ahí para escuchar lo que se diría —o no se diría— acerca de la historia del régimen. Pronto todos ellos —todos menos Castro— caerían por una revolución o unas elecciones, y en gran medida se debió a ese discurso. Moderado, defensivo, lleno del nuevo lenguaje del Partido Comunista imaginado por Orwell y perfeccionado por comités de hombres cobardes, el discurso de Gorbachov abrió sin embargo la puerta. Y el león de la historia entró rugiendo.

Al leerlo hoy día, solo unos años después, el discurso parece una reliquia de otros tiempos, un conjuro ideológico en que los descendientes del tirano pagan un tributo anual al pasado y a la rectitud del camino del Partido.

> ¡Estimados camaradas! ¡Estimados invitados extranjeros! Siete décadas nos separan de los inolvidables días de octubre de 1917, de aquellos legendarios días que significaron el punto de partida de una nueva época del progreso humano y de la verdadera historia de la humanidad. Octubre es la auténtica hora de genialidad de la humanidad y de su despertar ...

> El año 1917 demostró que la opción entre socialismo y capitalismo es la principal alternativa social de nuestro tiempo, y que no hay modo de progresar en el siglo XX sin avanzar hacia formas superiores de organización social, hacia el socialismo.

Muchos párrafos y salvas de aplausos más tarde, llegó una muestra del verdadero propósito, una ruptura casi apologética con el tono de la celebración ritual.

«Si hoy día afrontamos nuestra historia con una mirada un tanto crítica —dijo Gorbachov—, es solo porque deseamos tener una mejor y más completa idea de nuestro camino hacia el futuro.»

Hasta ese momento, las palabras de Gorbachov no habían sido más que un patético intento de conciliación, pero cuando abordó el tema de Stalin prometió una visión equilibrada. «Para ser fieles a la verdad histórica debemos ser capaces de ver tanto la innegable contribución de Stalin a la lucha por el socialismo, a la defensa de sus logros, como los grandes errores políticos y los abusos cometidos por él y su círculo, por los cuales nuestro pueblo pagó un oneroso tributo, y que tuvieron graves consecuencias para la sociedad.» Gorbachov pagó incluso tributo a la noción de determinismo histórico y al mismísimo tipo de pensamiento histórico contenido en el *Curso breve*. «Al mirar la historia con ojos juiciosos y teniendo en cuenta la totalidad de los hechos soviéticos e internacionales, no se puede evitar la pregunta: ¿pudo haberse elegido en esas condiciones un camino distinto del que siguió el Partido? Si deseamos mantenernos fieles al método histórico y a la vida misma, solo hay una respuesta posible: no, no se pudo.»

¡Solo una respuesta posible! El aplauso fue ensordecedor.

Pero luego se pudo apreciar la verdadera razón de toda esa cháchara, un momento de franqueza que Jruschov solo pudo arriesgarse a alentar en secreto en 1956. Finalmente, un líder soviético se presentaba ante el público, ante millones de telespectadores, para decir unas cuantas verdades.

Resulta perfectamente obvio que la falta de un nivel adecuado de democratización en la sociedad soviética fue precisamente lo que permitió tanto el culto a la personalidad como las violaciones de la ley, las arbitrariedades y represiones de los años treinta; para ser claros, verdaderos crímenes que tenían como base el abuso de poder. Muchos miles de miembros y no miembros del Partido fueron víctimas de la represión en masa. Esa, camaradas, es la amarga verdad. Se causó un grave daño a la causa del socialismo y a la autoridad del Partido, y nosotros debemos hablar con franqueza acerca de ello. Esto es esencial para la consecución final e irreversible del ideal socialista de Lenin.

La culpa de Stalin ante el Partido y ante el pueblo por las represiones en masa y los abusos permitidos es inmensa e imperdonable ... incluso hoy existen intentos de ignorar episodios clave de nuestra historia, de borrarlos, de fingir que no ocurrió nada fuera de lo común. No podemos estar de acuerdo con esta postura. Sería faltar a la verdad histórica, una falta de respeto hacia aquellos que fueron víctimas inocentes de la ilegalidad y la arbitrariedad.

Unos pocos párrafos camuflados en este gran guiso. Como para tratar de ponerse a salvo, para evitar ir demasiado lejos, Gorbachov rápidamente volvió al tono de celebración y confianza absoluta.

Ni los más grandes errores ni las desviaciones de los principios del socialismo que se cometieron podrán alejar a nuestro pueblo y a nuestro país del camino que eligió en 1917 ...

El sistema socialista, así como la búsqueda y la experiencia que se ha sometido a prueba en la práctica, tienen un significado humano universal. Ha entregado al mundo sus soluciones a interrogantes fundamentales de la vida humana y ha captado sus valores humanistas y colectivistas, en cuyo centro se ubica el trabajador ... En octubre de 1917 dejamos el viejo mundo y lo rechazamos irrevocablemente. Estamos avanzando hacia un mundo nuevo, el mundo del comunismo. No debemos desviarnos jamás de este camino.

Y la transcripción nos dice: «[largo y atronador aplauso]».

En la época, muchos historiadores de Occidente calificaron el discurso como una inmensa desilusión, si no como una traición. Sin embargo, pese a todas las notorias insuficiencias del discurso —su falta de voluntad de criticar a Lenin, su alabanza de la brutal campaña de colectivización—, Gorbachov dio pie a la discusión más importante. Desde el punto de vista intelectual, político y moral, el discurso desempeñaría un papel decisivo en el debilitamiento del sistema estalinista de coerción y su imperio. El

desganado «descubrimiento» en 1989 de los protocolos secretos del Pacto Molotov-Ribbentrop, en virtud del cual los estados bálticos pasaban del control de la Alemania nazi al de Moscú, aceleró la liberación de Letonia, Lituania y Estonia. El *Pravda* publicó un debate abierto sobre los méritos de la invasión de Praga en 1968, en el preciso momento en que cientos de miles de checoslovacos protestaban en la plaza Wenceslao. El artículo del *Pravda* confirmó la nueva actitud del Kremlin frente a su pasado y ayudó a despojar al Partido Comunista Checo de su último viso de «legitimidad». Los polacos conocerían la verdad acerca de las matanzas en los bosques de Kalinin, Katyn y Starobelsk, además de los orígenes del sometimiento de su país a Moscú. Hubo decenas de otros ejemplos. Al regresar, la historia no perdonó.

5

Las viudas de la revolución

Dos meses después del discurso de Gorbachov sobre la historia, mi esposa Esther y yo nos trasladamos desde Washington a un apartamento de dos habitaciones en la plaza de Octubre, en el centro de Moscú. El número 7 de la calle Dobryninskaya tenía forma de poderosa «L» y la descomunal circunspección del barrio de bloques de viviendas del Bronx, pero muy poco de su encanto. De no ser por los coches extranjeros del aparcamiento y los guardias armados que los vigilaban, el edificio se hubiera parecido a casi todos los demás de la ciudad. Ya era una ruina el día en que lo levantaron y siempre amenazaba con derrumbarse. El cemento se desprendía de los muros en pedazos terrosos. El ascensor se cerraba con un portazo, como la puerta de un furgón de ganado. Por 1.200 dólares al mes, mis jefes del *Washington Post* pagaban un alquiler cientos de veces más elevado que la media de los moscovitas por una vivienda parecida. Podría considerarse el último vestigio del socialismo de Estado. Los burócratas del Partido Comunista que gestionaban el edificio, una agencia de arpías y policías secretos llamada UPDK, extorsionaban a los extranjeros para conseguir divisas cada vez que podían. En una ocasión pregunté si podría disponer de una línea telefónica con la que poder llamar al extranjero, una

prestación que costaría unos quince dólares. El UPDK respondió que costaba veinte mil. Así que había que quererlos mucho para hacerlo.

Al otro lado de la calle estaba la estatua de Lenin más grande de la ciudad, un mastodonte de bronce que había costado más de seis millones de dólares al Estado de los trabajadores. Ofrecía una imagen gloriosa. Un viento imaginario henchía los faldones de bronce del abrigo de Lenin y abultaba las perneras de los pantalones mientras él señalaba al «futuro resplandeciente».

La ciudad exhibía desparramados unos monumentos espantosos, cada uno de los cuales tenía su propio apodo y partidarios locales. A la robusta estatua del poeta Mayakovsky se la llamaba «Señor Pantalones», y el falo de plata ascendente que rendía homenaje al programa espacial soviético llevaba por nombre «El sueño del impotente». Pero Lenin era nuestro, era el lugar donde nos citábamos diciendo, por ejemplo. «Nos vemos cerca del zapato izquierdo de Lenin». Era irresistible. Los turistas siempre acudían para levantar la vista ante los faldones del gran hombre y tomar una foto. Casi cuatro años después de que llegáramos, los ingenieros locales tomaban medidas para destruir a Lenin. Les parecía que la mejor estrategia era serrarle los tobillos y derribarlo con una grúa. Pero nos estamos adelantando.

Cuando llegamos hacía un tiempo asqueroso: un cielo lluvioso y algodonoso y nieve enfangada amontonada en los bordillos. Los viejos coches avanzaban pesadamente, como hipopótamos, por las calles empantanadas, pero su movimiento apenas se percibía entre la niebla. El mundo ruso avanzaba a cámara lenta. Si llovía o nevaba un poco, las aceras se llenaban de hielo durante varios días. Simplemente para mantenerse en pie, había que andar deslizando los pies hacia delante, sin separarlos apenas del suelo. Por todas partes se veía a alguien que resbalaba bruscamente sin

esperarlo, contorsionándose medio metro en el aire y aterrizando directamente de costado; siempre era una abuela corpulenta, con las rodillas doloridas y entumecidas después de haber hecho cola durante horas, con el ánimo crispado por el problema y el contratiempo de comprar en tiendas que no tenían nada. Una caída así te puede matar. Por lo general, solo te deja magulladuras negras y verdosas del tamaño de un plato de postre. Yo tuve dos enseguida, una en cada costado, la insignia del recién llegado.

Me había imaginado un invierno como el de *Doctor Zhivago*, de David Lean (no el de Boris Pasternak), una imagen en cinemascope de blancura y frío. Pero el invierno auténtico era interminable y hediondo, un puñetazo gris que empezaba a finales de septiembre y terminaba con el espectáculo aún más desagradable de finales de abril, denominado con el eufemismo de «primavera». La nieve fundida, el paisaje teñido de colores pardos, los autobuses tan cubiertos de barro que no se veía a través de las ventanillas, la repentina aparición de hierbajos de aspecto vencido… Todo le recordaba a un amigo ruso a «una prostituta vieja desnudándose». Ya era mucho que, entre septiembre y mayo, brillara el cielo azul sobre Moscú diez o quince días. Vivir sin luz era como vivir en otro planeta, en otro reino, y cuando llevábamos un año allí nos sentíamos como champiñones, reblandecidos y de color beis. En una ocasión le pregunté a un pintor que conocía por qué no emigraba si sus obras empezaban a venderse por valor de miles de dólares en Europa y Estados Unidos. «Por la luz», me respondió.

Las habitaciones tenían micrófonos, por supuesto. No es que los viéramos alguna vez. Pero dudar de su existencia era una estupidez y una mala costumbre. Una estupidez porque yo no quería decir nada que metiera en problemas a algún amigo soviético, y una mala costumbre porque me parecía que si nuestros supervisores no pensaban que estábamos sometidos a «presión psicológica», podríamos perder la asignación para cubrir los

gastos. Ninguno de mis sucesores me lo perdonaría. En los viejos tiempos, el apartamento de un extranjero era bastante inaccesible para los soviéticos de a pie. Nuestros predecesores, antes de Gorbachov, jamás habrían imaginado tener amigos soviéticos invitados a cenar. Los únicos soviéticos a los que se invitaba era a personas a las que no podías soportar: autoridades de poco rango, cargos institucionales sombríos y gacetilleros, todos los cuales eran agentes secretos o, al menos, cooperaban estrechamente con «los órganos». Eran seguros. Pero la posibilidad de que un auténtico amigo enseñara sus documentos a los milicianos apostados en las puertas del complejo era demasiado desalentadora. Ahora, con Gorbachov, la cosa empezaba a cambiar poco a poco. Los amigos señalaban a la lámpara de araña y decían: «Espero que el micrófono esté conectado, porque tengo algo muy importante que decir. Gorbachov es un mamón». O no. Da igual. El miedo empezaba a desaparecer despacio.

Como residente de la Región de Octubre —un barrio en forma de cigarrillo que se extendía a todo lo largo de la Leninsky Prospekt— pensé que sería prudente visitar a los hombres que administraban el lugar. Esto es algo que jamás habría soñado hacer un reportero. Pero la *glasnost*, ese curioso *striptease* de ideología y lenguaje, ocupaba ahora el centro del escenario. Todos los días se derrumbaba un nuevo tabú. No tenía la menor importancia que el discurso sobre la historia redactado por el comité de Gorbachov hubiera sido un ejercicio más de evasión que de revelación. Un día estuvo permitido saber que Stalin era «bruto», como escribiera Lenin en su último testamento; luego estuvo permitido saber que había asesinado a millones de personas durante la colectivización de Ucrania. Gorbachov también estaba convirtiendo el quehacer político en una forma de la *glasnost*. En capitales

extranjeras y en ciudades soviéticas, ordenaba detener a su limusina, bajaba del vehículo y se acercaba a la gente. Jamás nadie había visto semejante cosa: un líder soviético caminando sin un guardia a cada lado. «¿Quién es el principal sostén de Gorbachov?», era la broma del día. «Nadie. Se mantiene en pie solo.»

Los envarados hombres grises de los rangos inferiores del Partido Comunista, tipos que habían recorrido las ciudades y pueblos como príncipes feudales, comenzaban a darse cuenta de que un poco de contacto con sus súbditos solo podía prolongar su dominio. De modo que decidí enviar un amable saludo al Comité Regional del Partido Comunista de la Región de Octubre.

«Por favor, esperamos su visita», dijo a través del teléfono Mijail Kubrin, secretario del Partido, con ese tono informal tan en boga en 1988. Era un tono nervioso y desenvuelto a la vez, que quería dar a entender que estos sujetos habían estado dedicados a los electores desde los días de Lenin. Luego, a modo de confidencia íntima, Kubrin añadió: «Traiga su libreta de apuntes».

Llegué al Comité Regional del Partido, un coloso de cemento gris. En la entrada, una mujer con las piernas envueltas en vendas elásticas fregaba el suelo con agua sucia. Fregaba el mismo sector una y otra vez. Había un penetrante olor a desinfectante, tabaco de mala calidad y lana mojada. Ese era el olor de todos los recintos cerrados durante el invierno ruso, el olor de la mujer frente a uno en una cola, el olor de todos los ascensores. Cerca de un puesto abandonado de periódicos colgaban largas hileras de abrigos lúgubres y negros que despedían un leve vaho, como animales en un establo.

De pronto apareció Kubrin, todo sonrisas y apretones de mano, un

auténtico hombre de la *glasnost*. «Bienvenido, camarada residente», me saludó.

Kubrin me condujo por las escaleras hasta su despacho. Era un líder soviético de los nuevos tiempos, con corbata europea y un buen corte de pelo. Gozaba en Moscú de ese rango intermedio en el que un servicio leal al Estado se puede traducir en unas vacaciones en la costa de Bulgaria. Allí también estaba Yuri Laryonov, jefe del aparato de gobierno del municipio, un tipo orondo con una retórica al estilo Gorbachov y cejas como las de Brezhnev. Laryonov hablaba con suavidad, pero su apretón de manos dejaba claro que era capaz de destrozar un automóvil, o al menos a un insignificante burócrata cuando la ocasión lo exigiera. Su rostro era tan decrépito y gris como un estropajo de aluminio.

Nos sentamos frente a una mesa enorme de madera lustrosa. Una secretaria sirvió té y galletas con gestos nerviosos y apurados. Dejó un cesto lleno de caramelos elaborados por la fábrica de chocolates Octubre Rojo, que se encontraba en la misma calle.

—Bueno, veamos lo que desea saber —dijo Laryonov sonriendo y enrollando el papel del caramelo en torno a un arpón en miniatura.

—A decir verdad —respondí—, he venido como residente y como reportero. Desearía saber por qué todos los años cortan el agua caliente en el distrito durante un mes. Un mes completo por lo menos. La calefacción tampoco funciona.

Esta triquiñuela se usaba en la época para «explorar los límites de la *glasnost*».

Laryonov se echó para atrás en la silla y sonrió con la sonrisa de un leopardo acechando a una gacela con el tobillo dislocado.

—Me alegra que algunos de nuestros amigos extranjeros vivan en nuestro distrito —comenzó diciendo—, pero si usted escribe un artículo

desagradable, señor, no solo le cortaremos el agua caliente sino también la luz, y cerraremos las cañerías del desagüe.

Todos reímos, pero claramente había llegado el momento de cambiar de tema. La conversación se centró en detalles relativos a la administración de un distrito de doscientos treinta mil habitantes, con cuarenta y cuatro colegios, once institutos técnicos, la Academia de Ciencias, el Instituto Gubkin del Petróleo y el Gas, y la fábrica de herramientas industriales Proletariado Rojo. Como todos los políticos que he conocido, los hombres del distrito querían que yo los compadeciera, que sintiera por un momento el infierno en que vivían. Durante la siguiente hora más o menos, los dos hombres, Laryonov y Kubrin, se quejaron de su situación común. Por primera vez la gente los llamaba por teléfono para reclamar acerca de los camiones de basura que jamás pasaban, los diez años de espera por un teléfono, los quince años de espera por un apartamento. Había una pareja divorciada hacía más de cinco años, que llamaba para decir que los habían obligado a vivir juntos en un apartamento de un ambiente y que, si el Partido no podía hallar otra habitación en alguna parte, «se mancharía las manos con sangre, como si aún le hiciera falta. Cerdos. Hasta luego».

Ambos, Laryonov y Kubrin, suspiraron magníficamente. Mencioné que había leído muchísimos artículos en los periódicos que hablaban de los privilegios del aparato del Partido (los automóviles, los apartamentos, los refugios de vacaciones).

No eran las palabras más indicadas, evidentemente.

—El único privilegio que tenemos —dijo Laryonov enojado— es trabajar los fines de semana. Y los privilegios de recibir llamadas telefónicas de la gente para decirnos que somos burócratas insignificantes. ¡Y no es lo peor que podemos contar!

—No es lo peor —dijo Kubrin sosteniendo la cabeza entre las manos—.

En ningún caso es lo peor.

No resultaba fácil sentir el pulso de Moscú el invierno en que llegamos. Una mañana gélida, Esther y yo decidimos visitar las iglesias del Kremlin. Cogimos el metro hasta la Biblioteca Lenin. Cuando salíamos del vagón vi a un hombre sin piernas impulsándose subido en un carrito para muñecas. Vivir en Moscú siendo discapacitado era un infierno; ni una rampa, ascensores estropeados un día sí y otro también. De todos modos, no se veía a casi nadie con muletas o en silla de ruedas. El Estado se hacía cargo de casi todos ellos desde la infancia y los recluía en «internados», unos centros funestos en las afueras de la ciudad. Y ahora ese hombre hundía las muñecas en la nieve fangosa, mientras los transeúntes se arremolinaban a su alrededor o le golpeaban con las rodillas o las redecillas de la compra, repletas de patatas y remolachas. Su rostro, afilado por una tenue barba grisácea, parecía familiar. Me pareció recordar su imagen en un libro antiguo sobre los disidentes.

Necesitaba escribir algo sobre los discapacitados y empecé a presentarme. Pero antes de que pudiera avanzar demasiado me dijo:

—¿Le importaría ayudarme a subir esas escaleras? Hay una manifestación dentro de quince minutos.

Mientras Esther y yo lo ayudábamos, nos dijo que era el hombre del libro: Yuri Kiselyov, fundador del Grupo de Iniciativas por la Defensa de los Derechos de los Inválidos.

Cuando acabamos de subir las escaleras, Kiselyov señaló al escaparate de la biblioteca y a un pequeño grupo que merodeaba por allí.

—Bueno, ahí están —dijo—. Los manifestantes. Y todos los demás. Esto habría que verlo.

No tenía la menor idea de a qué se refería. Lo único que veía era unos cuantos estudiantes y transeúntes, y algunos autobuses aparcados en la calle.

—¿Qué manifestación? —pregunté.

Yuri se volvió hacia un joven frágil de barba negra que distribuía un diario ciclostilado.

—Es Sasha Podrabinek —dijo Yuri.

Podrabinek había sido encarcelado en dos ocasiones por protestar contra el uso que el régimen hacía de los hospitales psiquiátricos como cárceles. Ahora publicaba un periódico sin igual llamado *Express-Jronika*, un semanario ciclostilado lleno de breves: una huelga de taxistas en Chejov, un episodio de emigración en Jarkov, una concentración en Yerevan. Era como si Podrabinek hubiera creado una especie de Associated Press clandestina en un país que jamás había contado con algo semejante. Durante toda la semana, él y su equipo recopilaban la información que les dictaban corresponsales desde lugares remotos. Los sábados por la mañana, cuando la policía no prestaba demasiada atención, Podrabinek distribuía su periódico en el Arbat y en la plaza Pushkin.

—¿Ve a esos del escalón más alto? —dijo entonces Podrabinek—. Son tártaros de Crimea. Al mediodía desplegarán una pancarta.

Era una sensación extraña, parecía como si hubiéramos entrado en el bastidor de un plató de rodaje de Universal o de MosFilm y estuviéramos esperando a que los técnicos ajustaran los focos para empezar a rodar.

Podrabinek se volvió hacia la calle.

—Fíjese. ¿Ve esos autobuses amarillos? —preguntó—. ¿En los que van sentados esos tipos rudos? Todos son del KGB y matones a sueldo. Justo antes del mediodía bajarán y tratarán de parar todo este asunto.

Estábamos todos de pie en la plaza de la biblioteca, paseando la vista de

un lado a otro. Miré el reloj. Eran las 11.58.

El KGB hizo el primer movimiento. Un oficial con un abrigo azul enorme y botas de fieltro negro bajó del primer autobús seguido de otros tres.

Rodeado por agentes del KGB, Podrabinek bajó la voz y prosiguió con la narración para instruirme en esta escena de guerrilla de aceras:

—Mire cómo rodean a los tártaros por detrás… fíjese en las cámaras.

El oficial al mando trató de agachar más la cabeza para escuchar. Otro de los agentes se acercó la solapa a la boca y empezó a murmurar.

—¿Quiere que hable un poco más alto para el micrófono? —dijo Podrabinek.

El agente no sonrió. Miró hacia abajo y se fijó en Kiselyov y su carrito.

—Usted es antisoviético, ¿verdad? —le dijo.

Todos esperamos la respuesta de Yuri.

—El antisoviético es usted —respondió.

Entonces, el agente señaló a los tártaros que esperaban las campanadas de mediodía en la escalinata de la biblioteca. Eran solo unos pocos miles de los muchos deportados en la época de Stalin, todos bajo la acusación de que habían apoyado a Hitler durante la guerra. Stalin quería destruir toda clase de movimiento o sentimiento nacional en la Unión Soviética en su afán por alumbrar al «hombre soviético». Estaba dispuesto a matarlo para conseguirlo. Gorbachov, por su parte, el Día de la Revolución les dijo a sus camaradas que todo eso había sido un triunfo. Se había alcanzado la armonía multinacional.

—¿Por qué se preocupa por ellos? —me preguntó el agente, empleando en esta ocasión cierto tono de confianza—. Es problema de ellos, no suyo.

Al mediodía, los agentes de paisano del KGB, unos matones jóvenes con brazaletes de tejido naranja en las mangas, bajaron de los autobuses.

Algunos empezaron a sacar fotografías con su Instamatic y otro grabó la escena con una cámara de vídeo Sony.

Luego intervinieron los manifestantes desplegando una pancarta que decía: «VOLVAMOS A NUESTRA PATRIA». El agente les dijo que estaban quebrantando un decreto reciente del Partido Comunista de Moscú que prohibía las manifestaciones sin autorización.

—Nos denegaron el permiso —replicó uno de los tártaros.

—Precisamente —dijo el agente levantando las manos y haciendo señales a sus subordinados.

Los del KGB hicieron pedazos la pancarta. Los tártaros no opusieron mucha resistencia cuando los condujeron a los autobuses.

Mientras, otro agente nos pedía el pasaporte y la documentación y lo apuntaba todo. Luego los agentes de las cámaras nos sacaron fotografías.

Toda la manifestación no duró más de tres minutos. Esther y yo tratamos de parar un taxi junto con Podrabinek y Kiselyov. Esperamos mucho tiempo y no pasó ninguno. Al cabo de un rato, uno de los agentes del KGB se plantó detrás de nosotros y, en el tono más dulce de que fue capaz, nos dijo:

—Tendrían más suerte para conseguir un taxi en la acera de enfrente.

Luego se marchó.

Kiselyov se rió y dijo:

—El KGB quiere que pensemos que son personas decentes que cumplen con su trabajo.

Los manifestantes fueron expulsados de Moscú. La mayoría regresaron a Tashkent, la capital de Uzbekistán, adonde sus familias habían sido deportadas en vagones ferroviarios en 1944. Planeaban otra serie de manifestaciones para la primavera.

A pesar de todas las protestas y de toda la política local de aquellos primeros días de la *glasnost*, hasta ese momento los grandes cambios no se habían producido en las calles, sino en las páginas de los semanarios *Noticias de Moscú* y *Ogonyok*, en los gruesos periódicos *Novy Mir* y *Znamya*, y en los discursos de tanteo pero a la vez sorprendentes de Gorbachov. En la lectura estaba lo sustancioso. Todos los días, los periódicos denunciaban lo malo y lo descorazonador; las novelas eran publicadas en fascículos en las revistas mensuales tras una espera de décadas; la historia y la literatura eran ahora noticia. Sería un error pensar que la avalancha de artículos y la publicación de libros y poemas prohibidos por largo tiempo fueron un fenómeno que se limitó a la *intelligentsia* de Moscú y Leningrado. «La verdad es que cuando *Zhivago*, Brodsky y todos los demás salieron a la luz, los intelectuales ya los habían leído en publicaciones clandestinas», me dijo la escritora Tatyana Tolstaya. Para ella, la *glasnost* significaba que no tendría que esconder más su literatura extranjera en su sótano en el centro de Moscú. «La *glasnost* es fantástica para la *intelligentsia*, pero, en primer lugar y sobre todo, es una revolución para el proletariado», me dijo también Tolstaya. Lo más increíble, en 1988 y 1989, era viajar en el metro y ver a la gente de la calle leyendo a Pasternak en las ediciones azul celeste de *Novy Mir*, o los últimos ensayos históricos de las ediciones de color rojo y blanco de *Znamya*. Durante un par de años los fogoneros, conductores, estudiantes, etcétera —todo el mundo— consumieron este material como animales hambrientos. Leían todo el tiempo, al subir escaleras, al cruzar la calle, leían como si la caja negra de la censura fuera nuevamente a tragárselo todo. Un pueblo al que le había estado vedado por tanto tiempo lo mejor de su idioma, consumía los clásicos por fascículos: una semana era el *Réquiem* de Anna Ajmatova; a la siguiente *Chevengur*, de Andrei Platonov. Muchos compartían un mismo

ejemplar de *Novy Mir*, por lo que había que forrarlo para evitar su destrucción. A menudo usaban el *Pravda*, dándole así alguna utilidad. En ese panteón inicial también hubo cabida para algunos extranjeros, especialmente el historiador británico Robert Conquest por su trabajo sobre las purgas y, sobre todo, George Orwell por su pavorosa descripción del Estado totalitario. «La gente leyó *1984* por primera vez y descubrió que Orwell, quien estudió en Eton y en las calles de la Birmania colonial, captó el alma, o la falta de ella, de nuestra sociedad mejor que nadie», me dijo el filósofo Grigori Pomerants.

En los periódicos había artículos sobre prostitutas, drogadictos, informantes del KGB, *hippies*, bandas de moteros, nudistas, asesinos en serie, estrellas de rock, curanderos y reinas de la belleza, y todo era nuevo. Nadie había leído jamás algo de esa índole. El semanario *Ogonyok* publicaba impactantes artículos de Artyom Borovik sobre la guerra en Afganistán. Borovik era un periodista de unos treinta años que utilizó sus contactos para llegar al frente. Su padre, Genrij, mantuvo una relación más que pasajera con el KGB y con el propio Gorbachov. Mientras su padre trabajaba como periodista en Nueva York, Artyom asistió a la preparatoria en la Dalton School. El inglés de Artyom era excelente. Decía que para escribir sus reportajes sobre las tropas en Afganistán se había inspirado en el libro de Michael Herr sobre Vietnam, *Despachos de guerra*, y en el periodismo de Hemingway desde el frente. Terminó trabajando por cuenta propia para *Life* y cumpliendo una misión para *60 Minutes*.

Lo más difícil para el lector era descifrar la prosa política. Hasta los últimos años del régimen, la prosa del Partido Comunista y de sus órganos periodísticos estuvo invadida por el *novoyaz* —la neolengua orwelliana—,

que había ido cuajando a lo largo de los años; grumos de lenguaje sin otro propósito que el sinsentido, el privar de significado, el desvirtuar el significado. Gorbachov había pronunciado su crucial discurso sobre la historia exhibiendo una fantástica capacidad para utilizar el lenguaje del ritual párrafo tras párrafo: «... inolvidables días de octubre ... una nueva era de progreso de la humanidad y la verdadera historia del género humano ... el momento de genialidad de la humanidad y su amanecer ... la rectitud de la vía socialista trazada en octubre ... una forma superior de organización social ...». Este era un lenguaje propio del apéndice sobre la neolengua de la novela de Orwell, bocados de un lenguaje seudoelevado que expresaba los sentimientos de casi nadie. Gorbachov operaba todavía dentro de la hermética cultura del Partido Comunista, un mundo en que el líder tenía que comunicarse solo con los miembros del Partido y, especialmente, con los líderes. Hablar de manera directa y sincera a la gente acerca del verdadero estado de deterioro de la Unión Soviética habría supuesto alentar la furia y la revancha de la *nomenklatura*. La gente apenas escuchaba ya los viejos clichés. ¿Quién, después de todo, creía todavía que en octubre de 1917 se había inaugurado una nueva «era de progreso de la humanidad»? Ciertamente, no los granjeros del sur de Rusia, que cargaban paja a sus espaldas mientras sus tractores se oxidaban en el barro. ¿Quién creía que esta era una «forma superior de organización social»? Ciertamente, no los pacientes y trabajadores del hospital de Krasnoyarsk, donde el director afirmó que la única manera de conseguir agujas era «raspando el óxido» de las antiguas y usándolas de nuevo. No, era el viejo ritual de una jerarquía que hablaba una lengua muerta —un latín descolorido y mentiroso— y un pueblo que hablaba una lengua vulgar. El lenguaje del Partido tuvo un efecto devastador sobre Rusia. En efecto, cuando la gente escuchaba un

discurso de Sajarov, más que su indudable sabiduría, impactaba la pureza de su ruso. Orwell habría estado encantado.

En el discurso sobre la historia, Gorbachov también hizo gala de su capacidad de autoengaño: «Camaradas, en justicia decimos que el asunto de las nacionalidades ha sido resuelto en nuestro país». Esa sola frase reflejaba la ilusión más suicida del Partido: la ilusión de que realmente había forjado un hombre soviético, un Estado multinacional en el que decenas de nacionalismos se habían desvanecido. En cuestión de un año, los acontecimientos en Yereván, Vilnius, Tallinn y en regiones más apartadas se encargarían de demostrar lo contrario. Gorbachov, al menos en público, parecía no sospechar hacia dónde llevarían los acontecimientos, ni siquiera cuál era el rumbo general de la historia. «En octubre de 1917 dejamos el viejo mundo y lo rechazamos irrevocablemente —dijo—. Estamos avanzando hacia un mundo nuevo, el mundo del comunismo. No debemos desviarnos jamás de este camino. [Prolongado y atronador aplauso]».

Visto retrospectivamente, puede parecer que el discurso fue un momento crucial en la historia intelectual y política del declive y la caída del imperio. Pero, en ese momento, pareció que Gorbachov intentaba reemplazar una historia oficial odiosa e insostenible por otra más liberal. Un modelo que proponía palabras, símbolos e iconos remozados que apuntaban a su propósito: la reforma del socialismo. Observando el período posterior a la muerte de Lenin, Gorbachov comprendió que se había desperdiciado una oportunidad, que se había traicionado un sueño. Su rechazo del estalinismo y la adopción de «alternativas» socialistas constituyeron los cimientos de su visión original, así como la antigua esperanza de una generación entera de funcionarios e intelectuales del Partido que se volvieron idealistas durante el «deshielo» impulsado por Jruschov.

Estos *shestidesyatniki* —«hombres de los años sesenta»— eran en parte

valientes y en parte hipócritas, gente que se pasaba la vida esperando al gran reformador que inauguraría la «Primavera de Praga» en Moscú. Si bien asumían pocos de los riesgos de los disidentes, los mejores de ellos se negaron a vivir la mentira y hallaron formas sutiles de exhibir, por lo menos, una cierta independencia respecto al régimen. Algunos arruinaron sus carreras al negarse a ingresar en el Partido. Otros formaron parte de institutos de investigación y publicaciones en las provincias o en Europa oriental, lugares donde podían expresarse con algo más de libertad. Mantuvieron un asomo de vida en su interior. Al asumir el poder, Gorbachov ubicó a miembros de esta generación del «deshielo» en puestos de poder. Editaron periódicos y revistas clave y dirigieron institutos académicos influyentes, llegando incluso a hacer recomendaciones políticas a la jerarquía.

Hasta casi un año después del discurso, Gorbachov se erigió en el principal historiador del país, deseoso de controlar el flujo de revelaciones, de mantenerlo dentro de ciertos límites. Yuri Afanasyev, rector del Instituto de Archivos Históricos, descubrió pronto que, mientras que aparecían documentos sobre la era de Stalin, no ocurría lo mismo con trabajos críticos sobre Lenin u otros líderes de la primera generación. Un popular documental estrenado en 1988, *Más luz*, describía a Stalin como un demonio, pero trataba con mayor suavidad a Lenin y el Gran Terror. Más tarde, el ideólogo de Gorbachov en el Partido, un personaje espeso llamado Vadim Medvedev, les dijo a los periodistas que no había manera de que el Politburó aprobara la publicación de las obras de Solzhenitsyn, sobre todo por las herejías antileninistas que plagaban *El archipiélago gulag* y *Lenin en Zurich*.

A su manera, la visión esquemática de Gorbachov acerca del pasado soviético tenía un sesgo ideológico tan marcado —aunque tal vez no tan

pernicioso— como la antigua versión del Partido. Para legitimar sus planes para la construcción de un socialismo liberal, Gorbachov y los de su generación en la *intelligentsia* del Partido crearon incluso nuevos iconos. Resaltaron la imagen del «último Lenin», impulsor de la menos cruel Nueva Política Económica de comienzos de los años veinte; la imagen de Jruschov como el iniciador del «deshielo» antiestalinista; la de Yuri Andropov como el secretario general del Partido y reformador tecnocrático que «murió muy pronto» y, sobre todo, la de Nikolai Bujarin, el ideólogo bolchevique relativamente flexible que fue ejecutado por Stalin durante las purgas.

Como secretario general del Partido, Gorbachov no tenía más opción que la de crearse un Lenin personal. Ahora bien, si Gorbachov quería aparecer como el humanista del Partido, una suerte de Dubcek soviético, no debía prestar atención a la furia exhibida en *El Estado y la revolución* de Lenin, ni a sus cartas y cables concebidos sanguinariamente («¡Debemos matar a más profesores!») tras el golpe de Estado bolchevique. A fin de hacer resaltar un espíritu levemente más benevolente en el canon leninista, el círculo de Gorbachov se basó en algunos ensayos postreros tales como «Sobre la cooperación» y «Más vale pocos, pero mejores», en los que Lenin parece dispuesto a inclinarse por un sistema económico y político menos centralizado y coercitivo. El Lenin de Gorbachov fue fielmente representado en las obras históricas de Mijail Shatrov, *La dictadura de la conciencia* y *Adelante, adelante, adelante*. En dichas obras, Lenin era el revolucionario infinitamente sabio y paciente, humano, deseoso de cambiar; un Lenin tanto *Mensch* como *Übermensch*.[2]

Jruschov representaba las buenas intenciones traicionadas por la estupidez política. Era el pretencioso campesino que osó minar el culto a Stalin y perdió luego el norte en los años sesenta, con una serie de

decisiones caprichosas que enojaron tanto a los conservadores del Politburó que decidieron derrocarlo. Hasta el momento del golpe de Estado de agosto, Gorbachov estuvo obsesionado con el ejemplo de Jruschov, repitiendo a sus consejeros, como si se tratara de un mantra, que «los errores más graves son los errores políticos». Él trataría de equilibrar las fuerzas, de permanecer en el punto medio y de sobrevivir. Sería más inteligente que Jruschov y terminaría la vaga e improvisada reforma que este había comenzado.

Andropov, el jefe del KGB antes de tomar posesión como secretario general, fue importante para Gorbachov por dos razones. Primero, porque Andropov pensaba que el primer paso para llegar a un socialismo eficiente y funcional era eliminar la trampa, la holgazanería y el doble rasero que imperaban en el lugar de trabajo y entre la burocracia. Como hombre del KGB, sabía cuán profundo era el problema, y estaba preparado para hacer algo al respecto. En su corto mandato, Andropov irritó a los breznevianos de la línea dura al despedir a los ociosos y arrestar a algunos de los corruptos. La segunda razón era el irrestricto apoyo de Andropov a la carrera de Gorbachov. Andropov impulsó el salto de Gorbachov de secretario provincial a miembro del Comité Central, sin dejar jamás de apoyarlo. Mientras, enfermo del riñón, moría en un hospital para la élite del Kremlin, Andropov dictó incluso un testamento para ser leído ante el Comité Central, pidiendo que su protegido asumiera sus poderes en su ausencia. Pero, tal como me dijo Arkady Volsky, consejero de Andropov, los veteranos del Partido se aseguraron de que el testamento jamás fuera revelado al pleno del Comité Central, mientras otra momia del Partido, Konstantin Chernenko, obtenía el cargo. «Kostya será más fácil de controlar que Misha», dijo uno de los miembros del Politburó al salir de la sala donde se había tratado el asunto.

Para Gorbachov, el más importante de los nuevos iconos fue Nikolai

Bujarin. Mientras se encontraba de vacaciones escribiendo su discurso sobre la historia, Gorbachov recibió de uno de sus asesores un ejemplar de una biografía de Bujarin escrita por Stephen Cohen, historiador de la Universidad de Princeton. (No existía, a la sazón, biografía soviética alguna sobre Bujarin; oficialmente su nombre aparecía solo como el de un criminal, un apóstata.) El libro considera a Bujarin un símbolo del camino que no se siguió (una alternativa más liberal al socialismo estalinista). Tal figura solo podía resultarles atractiva, e incluso servirles de inspiración, a Gorbachov y a muchos otros reformistas de su edad en el Partido, y entre los intelectuales. La alternativa de Bujarin indicaba que no todo estaba perdido, que el camino que llevaba de Marx a Lenin no necesariamente conducía al fracaso económico y al genocidio, a Stalin. Bujarin había rechazado enérgicamente los planes «Gengis Kan» de Stalin y era partidario de una colectivización mucho menos brutal, de una economía más mixta y de un pluralismo limitado. No era un demócrata, pero tampoco un carnicero. Su apuesta (con todo lo improbable que era) no habría llevado necesariamente a un Estado civilizado, pero podría haber ahorrado incontables vidas. Aunque habló de producir en masa intelectuales socialistas «estandarizados como en una fábrica», Bujarin era también recordado como el único líder del Partido que deseaba proteger de la policía secreta al poeta Osip Mandelstam.

En su discurso del Día de la Revolución, Gorbachov lanzó lo que parecían ser una serie de mensajes contradictorios acerca de Bujarin: «Bujarin y sus seguidores efectivamente subestimaron, en sus cálculos y en sus actitudes teóricas, la importancia del factor tiempo en la construcción del socialismo en los años treinta ...». Quería decir que Stalin estuvo en lo correcto al dar un ritmo acelerado a la colectivización de las granjas y a la

construcción de gigantescas plantas industriales en los Urales, en el norte de Kazajstán y en otros lugares.

Sin embargo, más adelante en su discurso, Gorbachov dijo: «En este punto resulta útil recordar las palabras con que Lenin describía a Bujarin: "Bujarin no solo es un teórico del máximo valor e importancia en el Partido. Está también legítimamente destinado a ser el favorito de todo el Partido. Pero su visión teórica difícilmente puede entenderse como plenamente marxista, ya que en él hay algo de escolástico. Jamás aprendió lo que era la dialéctica, y dudo que alguna vez haya realmente comprendido su significado"».

Ahí estaba: el halago que representa un avance, adecuadamente expresado en lenguaje leninista, y luego la ridícula modificación. Como si hubiera más de una decena de hombres en el palacio de congresos que supiera —o le importara un comino— el significado de la palabra «dialéctica».

En un minúsculo apartamento, en el sur de Moscú, una mujer de unos sesenta años seguía en la televisión el discurso sobre la historia. Escuchaba cuidadosamente cada palabra de Gorbachov y al oír la palabra «Bujarin» se acercó más al aparato. Anna Larina, la joven esposa de Bujarin cuando este fue condenado a muerte en 1938, después de los juicios espectáculo de Moscú, había esperado ese momento durante medio siglo. Confiaba en la justicia. Cuando Gorbachov concluyó, Larina se apoyó exhausta en la silla, sintiéndose desamparada. ¿Sería Bujarin rehabilitado? No había ninguna señal clara. «Me sentí como si estuviera de vuelta en el limbo otra vez», dijo.

El año en que conocí a Anna Larina, esta me pareció inesperadamente

joven para una mujer cuya vida se extendía a lo largo de casi toda la historia soviética. Su rostro estaba profundamente surcado de arrugas y su cabello era un halo gris, pero se movía con facilidad y sus ojos tenían el brillo de una piedra pulida. En fotos de los años treinta lucía una expresión de asombro. Sirvió el té y un plato de galletas mientras contemplaba las viejas fotografías.

«Crecí entre revolucionarios profesionales —dijo, mostrándome una foto de su padre, Yuri Larin, camarada de todos los viejos bolcheviques—. La vida era muy intensa y cada uno creía en sus puros ideales. Diría que eran fanáticos. Eso los llevó a la muerte.» Siendo tan solo una niña, su padre estaba tan enfermo que no era capaz de sostener el auricular del teléfono, razón por la cual recibía a Lenin, Bujarin, Stalin u otros líderes bolcheviques en sus habitaciones del hotel Metropol. La pequeña Anna los conoció a todos.

«Conocí a Lenin siendo una niña pequeña —dijo—. Recuerdo un episodio durante una de las visitas de Lenin y Bujarin a la habitación de mi padre. Cuando Nikolai Ivanovich abandonó la habitación, Lenin dijo que Bujarin era el niño de oro de la revolución. Sin comprender el significado de esas palabras, dije: “No, él no está hecho de oro, está vivo”.»

Lo que me parecía increíble era que Larina recordara esos años con tanta calidez íntima, al igual que uno guarda el recuerdo de las fiestas de Acción de Gracias de la infancia. Cuando Larina tenía diez años, vio a Bujarin llorar en los funerales de Lenin. Se recordaba de pie en el Salón de las Columnas cerca del ataúd y de las hermanas de Lenin, junto a todos los artífices de la revolución. Fuera, hacía un frío terrible. Había fogatas ardiendo en las calles, marchas fúnebres en todas partes y grandes multitudes que iban a ver a Lenin.

Larina y su familia vivían en la habitación 205 del Metropol. Bujarin

vivía en el piso de arriba. Por esa época ella tenía dieciséis años y Bujarin, cuarenta y dos. Ella estaba enamorada de él. Un día le escribió una carta de amor, confesándole finalmente sus sentimientos. Mientras subía las escaleras para deslizar la carta bajo la puerta de Bujarin, vio las botas de Stalin delante de ella. Claramente se dirigía a la habitación de Bujarin. Le pasó la carta a Stalin y le pidió que se la entregara. Por un momento, al menos, uno de los mayores asesinos del siglo xx hizo de cartero para una mujer enamorada.

Durante tres años, Bujarin no dejó de visitar a Anna, pero le preocupaba que fuera demasiado joven para contraer matrimonio, que arruinara su vida. Anna contaba con la bendición de su padre: «Diez años con Nikolai Ivanovich serían más interesantes que una vida entera con cualquier otro».

Anna jamás estaría diez años con él. Se casó con Bujarin y vivieron en el Kremlin, en un apartamento que Stalin abandonó después de que su esposa se suicidara. Pronto Bujarin le confesaría a su mujer que durante los últimos años había considerado a Stalin un monstruo dispuesto a destruir el partido de Lenin, y que gobernaba mediante la fuerza del terror. Aunque había crecido cerca de Stalin, ahora Anna trataba de mantenerse a distancia de él. Recordaba haber oído una vez que Bujarin salió de paseo con la esposa de Stalin y que este se había escondido entre los matorrales para espiarlos. De pronto apareció gritando: «Te mataré».

Durante años, Stalin mantuvo a Bujarin en una posición de precario equilibrio, como hiciera con todos los miembros de la jerarquía del Partido. La mayoría de los bolcheviques se opuso a Stalin, pero nunca lo hizo al mismo tiempo. Hacia finales de los años veinte, en una reunión del Partido, Stalin dijo: «¿Ustedes exigen la sangre de Bujarin? Bueno, no la conseguirán». Luego, durante un banquete en 1935, Stalin reafirmó una vez

más su amistad con Bujarin. Levantando la copa dijo: «Brindemos todos por Nikolai Ivanovich».

«Fue extraño —dijo Larina—. Hacia finales de 1936, la situación de Bujarin parecía más estable. Fue designado editor de *Izvestia*, formaba parte de la comisión constitucional y, más aún, parecía que el país estuviera viviendo un proceso de democratización. Pero Stalin jugaba muy astutamente su partida de ajedrez. Bujarin temía que Stalin lo aniquilara políticamente —estaba en lo correcto—, pero Nikolai Ivanovich se consideraba un hombre talentoso y capaz de sobrevivir. O por lo menos eso creía. Pensó que podría trabajar como biólogo. Eso no le asustaba.»

Quizá el único que predijo la caída de Bujarin fue un adivino berlinés, quien le dijo en 1918: «Un día tú serás ejecutado en tu propio país».

Hacia finales de 1936, resultaba cada vez más claro que Stalin emprendería una purga en contra de sus enemigos, una campaña que arrasaría con millones de rivales políticos (reales e imaginarios), líderes militares y gente común. La ilusión de Bujarin acerca de su propia supervivencia se hizo trizas tras una reunión del Partido en la que su arresto pareció inminente. Bujarin se sentó frente al escritorio para redactar una carta de ocho párrafos que más tarde entregó a su esposa.

«Me la leyó en voz baja. Sabíamos que las habitaciones tenían micrófonos —dijo Larina—. Tuve que repetirle a él cada palabra y aprendérmelas de memoria, pues temía que la carta fuese encontrada y yo resultara perjudicada. De todas maneras no imaginó que también me perseguirían.»

Con lágrimas en los ojos, Bujarin se arrodilló y le pidió que no olvidara su petición. Al leerla hoy en día, se tiene la extraña sensación de que podría haber sido dirigida directamente a Mijail Gorbachov.

Dejo esta vida. Me doblego, pero no ante la guadaña del proletario, la cual es despiadada pero

también virtuosa. Estoy indefenso, en cambio, ante una maquinaria infernal que parece valerse de métodos medievales, pero que posee un poder gigantesco. Hoy día, tal vez uno de los últimos de mi vida, tengo fe en que, más temprano que tarde, el filtro de la historia limpiará inexorablemente mi nombre ... Le pido a una nueva y honesta generación de líderes que lean mi carta en un pleno del Partido para exonerarme ... Sepan, camaradas, que en el estandarte que llevarán en la marcha victoriosa del comunismo, hay también una gota de mi sangre.

Larina lo escuchó aterrada, pero memorizó la carta y jamás la olvidó.

El juicio de Bujarin fue un acto surrealista. El Comité Central ya lo había condenado trece meses atrás con una orden sencilla: «Arréstenlo, júzguenlo y mátenlo». Andrei Vyshinsky, principal fiscal de Stalin durante las purgas, comparó a Bujarin con Judas Iscariote y con Al Capone, «una mezcla de zorro y de puerco», y lo acusó de estar a la cabeza de un complot contra Stalin, de trabajar como agente secreto y de intentar asesinar a Lenin. «La maleza y los cardos crecerán en las tumbas de estos aborrecibles traidores —dijo Vyshinsky en la sala del juzgado—. Para nosotros y para nuestro dichoso país, el sol continuará brillando con su serena luz y, guiados por nuestro amado líder y maestro, el gran Stalin, avanzaremos hacia el comunismo, por una senda libre de los sórdidos remanentes del pasado.»

Larina no pudo asistir al juicio. Había sido arrestada como «la esposa de un enemigo del pueblo» y enviada a Astracán, el comienzo de una odisea de veinte años de prisión y exilio por toda Rusia. Con trece meses de edad, Yuri, el hijo de los Bujarin, fue puesto bajo custodia de unos parientes. Fue la última vez que Anna lo vería de niño. En cuanto a Bujarin, Anna lo dio por muerto desde el día en que fue arrestado.

En el juicio, Bujarin jugó una sorprendente partida lingüística y moral con Vyshinsky, aceptando las generalidades pero negando cualquier culpa específica. Bujarin confesó y, al mismo tiempo, celebró su propio juicio contra el régimen estalinista, todo en el acostumbrado lenguaje indirecto y eufemístico del Partido. Fitzroy MacLean, por entonces en la embajada

británica, asistió al juicio y pensó que Bujarin entendía su confesión general como un «último servicio» al Partido. La misma suposición sirvió de base a la novela de Arthur Koestler *El cero y el infinito*. Cohen, sin embargo, plantea que Bujarin se declaró culpable de los cargos generales para salvar a su esposa e hijo, pero que les dejó claro a todos en su testimonio que era absolutamente inocente.

Mientras Larina se hallaba sentada en su celda en Astracán, MacLean observaba el drama desde el Salón de las Columnas: «Al atardecer del 12 de marzo, Bujarin se levantó para hablar por última vez. Una vez más, por su notoria fuerza de carácter y de intelecto, concitó la atención. Con los ojos clavados en él, estaba la nueva generación de comunistas, innumerables filas de jóvenes pretenciosos, satisfechos de sí mismos y hostiles; eran revolucionarios ya no en el viejo sentido, sino defensores del orden establecido, llenos de desconfianza ante nuevas formas de pensar ... Allí, de pie, frágil y desafiante, estaba el último superviviente de una raza extinta, aquella formada por los hombres que habían hecho la revolución, que habían peleado y arriesgado toda su vida por un ideal, y que ahora, antes que traicionarla, preferían dejarse aniquilar por su propia obra».

Bujarin fue condenado a muerte a las cuatro y media de la madrugada, tras seis horas de «deliberación», el 13 de marzo de 1938. Según el certificado de defunción, la fecha de ejecución fue el 15 de marzo de 1938. El documento no consignaba el lugar ni la causa de la muerte.

Cincuenta años después, en su apartamento, los ojos de Larina se llenaron de lágrimas al recordar esos días infernales. No sabía cómo había muerto su esposo o dónde fue sepultado; pero, probablemente, lo más adecuado era asumir que, al igual que tantas víctimas de la purga en Moscú, Bujarin fue fusilado en la prisión de la Lubyanka e incinerado en el monasterio de Donskoi.

Desde la prisión, Anna escribió una carta a Stalin: «Iosif Vissarionovich: a través de los gruesos muros de la prisión lo miro directamente a los ojos. No creo en este absurdo juicio. ¿Por qué asesinó a Nikolai Ivanovich? No logro comprenderlo». Puede que esta carta jamás llegara a manos de Stalin. Los guardias de Larina le dijeron que sería liberada si denunciaba a Bujarin. Ella se negó. Estuvo ocho años en prisión y fue deportada hasta finales de los cincuenta, mucho después de la llegada de Jruschov. Durante años vivió junto a un criadero de cerdos en Siberia.

Cuando las autoridades finalmente autorizaron a su hijo a visitarla en el lugar de destierro, Yuri tenía ya veinte años de edad y jamás le habían contado quién había sido su padre. Anna y Yuri acordaron encontrarse en una estación de trenes cerca del pueblo siberiano de Tisul. Esa mañana, Larina miró en todas direcciones tratando de encontrar alguna cara conocida, un indicio de su propio rostro, del de Bujarin. Pero Yuri la reconoció primero. Segundos después de haberse abrazado, Yuri le preguntó quién había sido su padre.

«Esquivé la pregunta durante días —me dijo Anna, ahora sonriente—. Luego él dijo: "Trataré de adivinar y tú simplemente contestas sí o no".»

Los abuelos de Yuri ya le habían dicho que era hijo de un líder revolucionario. Pero ¿quién? ¿Trotsky?, ¿Radek?, ¿Kamenev? ¿Zinoviev? Cuando finalmente pronunció el apellido Bujarin, Larina contestó: «Eso es».

«Le dije a Yuri que no podía divulgarlo —dijo Anna—. Cuando era necesario, les decía a sus amigos que su padre había sido profesor.»

Mientras estuvo en prisión, Anna jamás se arriesgó a escribir el testamento de su esposo. En lugar de ello, se acostaba despierta en su celda recitándolo «como una oración». Pero cuando regresó a casa —débil y enferma de tuberculosis—, Jruschov ya había pronunciado su discurso

denunciando el «culto a la personalidad» del estalinismo. Escribió al fin el testamento. «Tenía que deshacerme de ese infierno», dijo.

Larina vivía en Moscú con su madre, que había estado también en prisión y que por entonces se encontraba bastante enferma, y con Yuri, que sufría un tumor maligno. Todos ellos vivían de la insignificante pensión de Anna. «A pesar de mis sufrimientos y de los encarcelamientos, siempre pensé que lograríamos superar todo eso, que este terrible asunto era simplemente algo superficial y que lo real, el socialismo, al final prevalecería. Siempre pensé que el bolchevismo había sido liquidado por una sola persona, Stalin.»

Larina intentó obtener la rehabilitación de su esposo en la época de Jruschov. Años después, al dictar sus memorias en el retiro, Jruschov dijo que lamentaba haber rechazado la solicitud. A finales de los años sesenta y durante los setenta, Bujarin se transformó en una suerte de estandarte de los partidos comunistas relativamente liberales de Europa, especialmente el de Italia. Pero en Moscú, Brezhnev y sus ideólogos neoestalinistas no dieron esperanzas. Una vez más, Anna Larina tendría que esperar.

El 5 de febrero de 1988, el Ministerio de Asuntos Exteriores anunció que las pruebas usadas en los juicios y purgas de 1938 habían sido «obtenidas ilegalmente» y que los «hechos han sido falsificados». Bujarin y otros diecinueve líderes bolcheviques fueron rehabilitados. El Partido estaba tremendamente orgulloso de sí mismo. «Estoy seguro de que estamos ante un hecho grande y noble», dijo Gennadi Gerasimov, el portavoz que hizo el anuncio en el centro de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Esto ocupó los principales titulares de la prensa mundial. Y con toda razón. La rehabilitación de Bujarin no fue tanto un gesto amable o de justicia como una justificación teórica para los principios reformistas de la

perestroika de Gorbachov. Trotsky, con su llamamiento a la «revolución mundial», no proporcionó elementos de ese tipo y hasta el día del colapso del régimen nunca fue rehabilitado.

El nombre de Bujarin, que una vez estuvo asociado al de Nicolás II, o al de Hitler, en los libros oficiales de historia soviética, era ahora glorificado. Los ensayos de Bujarin y la biografía de Cohen fueron publicados oficialmente. Anna Larina salió de las sombras con una serie de entrevistas de prensa y con apariciones en las «tardes de Bujarin». Una tarde, en el Museo de la Revolución de la calle Gorky, vi juntos a Larina y Cohen en la última exposición: el mundo de Nikolai Bujarin. Las salas estaban llenas de los trabajos de Bujarin, sus recuerdos e incluso sus acuarelas.

«Tuve fe —dijo Larina—. Tuve fe. Escribí una carta tras otra, seguí adelante. Pero jamás estuve segura de que llegaría a presenciar todo esto. Nikolai Ivanovich sufría terriblemente pues pensaba que había destruido mi vida. Fue terrible para él. Me amaba mucho.»

6

Ninotchka

La temporada de euforia de Anna Larina se trocó rápidamente en la temporada de un golpe de Estado. No un golpe con soldados y tanques; eso vendría más adelante. Se trataba de una contrarrevolución silenciosa que la gente difícilmente notaba, una lucha al más alto nivel dentro del Partido Comunista en relación con los puntos más vitales de la ideología y de la historia. La única evidencia visible del golpe quedó impresa en papel: una aburrida obra de teatro sobre Lenin, un par de conflictivos artículos en los periódicos. Pero si ese «golpe silencioso» hubiera tenido éxito, el movimiento reformista habría sido sofocado una vez más, tal vez por años. El proceso aún era reversible, tal como lo fue durante el «deshielo» de Jruschov.

Los conservadores del Partido Comunista no repararon en las grandes obras de arte de la temporada. Sus objetivos no fueron la lírica de Joseph Brodsky o la prosa de Andrei Platonov. Lo que más les preocupaba era la difusión de la herejía por medio de dibujos animados, periódicos sensacionalistas, la televisión y el arte dramático. Es decir, se preocuparon por lo que ellos tan amorosamente llamaban «las masas».

En su número de enero de 1988, los directores del periódico mensual

Znamya publicaron la obra de teatro de Mijail Shatrov sobre Lenin y Stalin titulada *Adelante, adelante, adelante*. Para un occidental, esta obra es un nuevo ejemplo del clásico «drama sobre Lenin», una forma escenificada de ideología y glorificación que había sido descrita y auspiciada por un congreso del Comité Central del Partido en 1936. Era una versión bolchevique del drama del milagro y de la pasión, una épica ritualizada sobre la venida de un salvador, su vida y lo que seguía a su partida. En la obra de Shatrov, como en todos estos dramas, los personajes se plantan en el centro del escenario y pronuncian largos discursos.

Ahora, sin embargo, para los ideólogos del Partido, encabezados por Yegor Ligachov, estaba claro que millones de rusos serían capaces de percibir las sutiles herejías de la versión de Shatrov. Entenderían la obra como una denuncia total de Stalin como destructor de todo lo encomiable y bueno en Lenin. Entenderían la vida soviética contemporánea como un triste fracaso y a los hombres que la dirigían como los herederos de un sistema tiránico. Verían la obra como una reivindicación del «Lenin liberal», la figura revolucionaria más honorable que murió «demasiado pronto». El momento crítico en *Adelante, adelante, adelante* se produce cuando Rosa Luxemburg se sitúa en el centro del escenario y lee una carta que escribiera desde una prisión de Alemania en 1918. En ella celebra la Revolución bolchevique, prediciendo luego un desastre:

> Sin elecciones generales, sin una absoluta libertad de prensa y reunión, sin un debate libre, la vida desaparece de toda institución pública, se transforma en mera apariencia, y solo la burocracia permanece activa. La vida pública pronto se adormece; algunas decenas de líderes extremadamente enérgicos y muy idealistas del Partido dirigen y gobiernan; en la práctica, de entre ellos gobiernan una decena de líderes destacados, mientras una élite de la clase trabajadora es invitada de tanto en tanto a una reunión para aplaudir los discursos de los líderes y para adoptar unánimemente resoluciones que se les entregan ya hechas. Es, en esencia, el gobierno de un grupo, y, evidentemente, no la dictadura del proletariado, sino la dictadura de un puñado de políticos ... El

> socialismo sin libertad política no es socialismo ... La libertad solo para los partidarios activos del gobierno no es libertad.

Al terminar Rosa Luxemburg, Shatrov hace exclamar a Lenin: «¡Bravo, Rosa!».

Era un momento increíble; Shatrov había dado forma teatral a la versión nueva y aprobada de la historia, la versión de Gorbachov. ¡Si Lenin hubiese estado vivo! ¡Una vida de tolerancia, el esplendoroso futuro! Históricamente era un disparate. Mientras que la profecía de Luxemburg no podía ser más acertada, la aprobación que hace Lenin de una Carta de Derechos bolchevique es, y fue, una pura fantasía. Lenin fue un teórico del terror de Estado. En enero de 1918 envió a los marinos de la flota del Báltico a deponer la Asamblea Constituyente (los bolcheviques habían perdido las elecciones multipartidistas). Y en 1921 Lenin eliminó la oposición oficial, incluso dentro del Partido Comunista. Pero esos eran hechos, detalles. Qué importancia podían tener. La interpretación de la historia en la Unión Soviética había sido siempre un asunto político; Shatrov y Gorbachov desvirtuaron los hechos de modo que la narrativa tuviera un final feliz. El objetivo era noble; desacreditar a Stalin y al estalinismo. Los demás interrogantes tendrían que esperar.

Shatrov, de la generación de Gorbachov, no solo simpatizaba políticamente con la idea de una «alternativa socialista», sino que tenía vínculos familiares con esta. Tenía cinco años en 1937, año en que su tío Alexei Rykov, anterior primer ministro, fue arrestado y luego condenado a muerte junto con Bujarin. Su padre fue igualmente arrestado y fusilado, y, doce años después, su madre fue encarcelada por ser la esposa de un «enemigo del pueblo». Debido a su condición de hijo y sobrino de bolcheviques desacreditados, Shatrov tuvo que estudiar en un instituto minero en lugar de hacerlo en una universidad más prestigiosa. Cuando

comenzó a escribir, lo hizo con un objetivo claramente político. Haciendo uso del poderoso vehículo del drama ritual de Lenin, modificaba levemente la forma, lanzaba alusiones y hacía rehabilitaciones y acusaciones por su cuenta. Al igual que el poeta Yevgeny Yevtushenko, Shatrov era un hombre vanidoso, que hacía frecuentemente alarde de su genuina osadía. Como Yevtushenko, también gozaba de privilegios y tenía protectores dentro del Partido. Shatrov vivía en un gran apartamento con mobiliario antiguo en la famosa Casa del Embarcadero, antaño fortaleza de la élite del Partido. Su cabaña estaba junto a la de Boris Pasternak en Peredelkino, una villa en las afueras de Moscú donde la élite cultural pasaba los fines de semana y los veranos. Pero, a pesar de todos sus privilegios, los jerarcas miraban con desprecio a Shatrov. Era un escritor rígido y un pensador poco original —comparado con él, Neil Simon era Eurípides—, pero tenía la habilidad política de hacerse notar. Era el dramaturgo que introducía un nuevo guión, y eso resultaba amenazador.

El 8 de enero, en un encuentro de la cúpula del Partido con los directores de periódicos, el del *Pravda*, Viktor Afanasyev, atacó la obra de Shatrov diciéndole a Gorbachov que el texto estaba plagado de «inexactitudes» y que «ensuciaba» la historia soviética. Afanasyev, como la mayoría de los miembros del Comité Central, era una reliquia de la era de Brezhnev, un filósofo marxista autoproclamado con una pasión aristocrática por el esquí acuático. No era un director en el sentido occidental del término. En su calidad de director del diario del Partido, Afanasyev era una figura inmensamente poderosa dentro de la jerarquía comunista, un miembro del Comité Central que a menudo asistía a reuniones del Politburó. «No tengo derecho a voto, por supuesto», aclaró. Pero sobre su escritorio había un teléfono color crema que le daba acceso a la cúspide. No había botones o

disco en el teléfono, solo la palabra «Gorbachov». «Lo único que hago es levantar el auricular y hablo con él», dijo.

Pero Gorbachov, claramente, no sintonizaba con Afanasyev. Dos días después del encuentro, el *Pravda* publicó una reseña en que se atacaba a Shatrov, denunciando los «errores» y el «libertinaje» de la obra dramática.

El 1 de febrero, el departamento de correspondencia del *Sovetskaya Rossiya*, periódico conservador del Partido, recibió una carta de una lectora llamada Nina Andreyeva, profesora de química en Leningrado y miembro del Partido durante dos décadas. La carta respaldaba la reseña que había publicado el periódico sobre la obra de Shatrov, y denunciaba la existencia de un «proceso interno en este país y en el exterior» para «falsificar» la «historia del socialismo». Según Andreyeva, la obra demostraba que el autor se había «alejado de la teoría marxista-leninista» y que ignoraba las «leyes objetivas de la historia» y la «misión histórica de la clase trabajadora y su papel dentro de un partido de tipo revolucionario».

En algún momento del mes de marzo, Valentin Chikin, el director del periódico, acudió al despacho de Vladimir Denisov con un pequeño montón de cartas. Denisov era el director científico, aunque últimamente había estado a cargo de la sección ideológica. Era un hombre que tenía buenos contactos. Denisov había trabajado durante años en la ciudad siberiana de Tomsk, en la época en que Ligachov era secretario local del Partido.

«Lea esto —dijo Chikin, entregándole a Denisov una fotocopia de la carta original de Andreyeva—. Deme su opinión.»

Denisov sabía que Chikin ya se había formado una idea. Chikin no era una persona que tomara en cuenta la opinión de un subordinado.

La carta comenzaba con una fuerte crítica a Shatrov. Nada nuevo, en realidad. El *Sovetskaya Rossiya*, que representaba claramente a la línea más conservadora del Partido Comunista, había estado recibiendo cartas

similares desde la publicación de *Adelante, adelante, adelante* en *Znamya*. Pero Chikin fue directo al grano, según recuerda Denisov. Le dijo a este que había estado enviando las cartas a Ligachov, a la oficina de asuntos ideológicos del Comité Central. Según dijo Chikin, una mañana Ligachov lo llamó a través del sistema telefónico de seguridad del Kremlin y le dijo: «Valentin, ¿qué piensas hacer con esta carta? ¡Hay que utilizarla en el periódico!».

Por su parte, Ligachov lo negaría todo. Años después, insistiría vehementemente en que había actuado con honradez en lo que se conocería como el «asunto Andreyeva». En una imperiosa tercera persona, Ligachov mintió como un truhán. «De acuerdo, estoy listo para responder a sus preguntas —me dijo—. Lo primero, en cuanto a la publicación de ese material, Ligachov no tuvo nada que ver con el asunto ... Ligachov se enteró del artículo de Nina Andreyeva como cualquier otro lector, al leer el *Sovetskaya Rossiya*.»

Pero, según Denisov, Ligachov no solo le «aconsejó» a Chikin que publicara la carta, sino que le envió una copia con comentarios al margen y con párrafos subrayados.

Sin embargo, la carta todavía necesitaba algunas mejoras; había que pulirla. Chikin envió a Denisov a Leningrado para que se reuniera con Andreyeva y trabajaran un poco más la carta. El 8 de marzo, Denisov llamó a Andreyeva para concertar una reunión al día siguiente. Ella sugirió un encuentro frente al instituto donde trabajaba.

—¿Cómo la reconoceré? —preguntó.

—Yo lo reconoceré a usted —contestó ella.

El día 9, temprano por la mañana, el tren de Denisov llegó antes de la hora prevista a la estación de Leningrado. Estaba agotado. No había por qué preocuparse; alguien le había reservado una habitación en el elegante hotel

Smolenskaya, el hotel de los jefes del Partido. Una reserva de esa índole no estaba dentro de las posibilidades de una profesora de química. El aparato del Comité Central estaba al tanto del asunto y no dejaba nada al azar.

Ya descansado, Denisov llegó al punto de encuentro a la hora acordada. Oyó una voz a sus espaldas.

—¿Es usted Denisov?

—Así es.

—Vamos —dijo Nina Andreyeva.

El resto del día, trabajaron desarrollando las ideas contenidas en la carta original. Denisov no era un gran liberal, pero le impresionó la postura extremadamente conservadora de Andreyeva.

—Soy estalinista —dijo ella con la misma desenvoltura con que un estadounidense se declara demócrata.

—Bueno, ¿y qué hay del sistema económico estalinista? —preguntó él—. ¿No ha demostrado ser inviable?

—Todo lo contrario. El sistema no ha tenido la oportunidad de mostrar sus capacidades reales.

Denisov decidió no proseguir la discusión. Era el nombre de Andreyeva el que aparecería firmando la carta, no el suyo.

Al día siguiente, el día 10, Andreyeva le entregó material adicional. A Denisov le sorprendió la rapidez de la entrega. No debió sorprenderse. Nina Andreyeva era aficionada a escribir cartas. Años atrás había sido expulsada de la célula del Partido en el instituto por escribir una retahíla de cartas anónimas, en que condenaba a sus colegas por varias deficiencias ideológicas. Más recientemente, había enviado cartas al *Pravda*, al *Sovetskaya Kultura* y a otros periódicos, condenando el vaivén de la línea de Gorbachov. Justo antes de que Denisov regresara a Moscú, Andreyeva le dijo: «Confío en usted y en los directores para efectuar los cambios que

consideren necesarios. El *Sovetskaya Rossiya* no es un periódico que vaya a tergiversar mis ideas». Preguntó si la carta sería publicada. «No me cabe la menor duda», le contestó Denisov. No le reveló el porqué de su certeza.

Al día siguiente, en las oficinas del periódico en Moscú, Chikin le preguntó: «¿La trajo?». Chikin parecía tan excitado como un escolar el día de su cumpleaños. «La traje», contestó Denisov. «Bien. La incluiremos en la edición del sábado.»

Solo faltaban dos días para el 13 de marzo, fecha en que Gorbachov estaría preparándose para un importante viaje a Yugoslavia. Por su parte, el adversario ideológico de Gorbachov, Alexander Yakovlev, estaría partiendo a Mongolia. En ausencia de Gorbachov, Ligachov era el *primus inter pares* en el Politburó. Su influencia en el Comité Central era, tal vez, aún mayor. Gorbachov había puesto a Ligachov al frente del personal, por lo que decenas de hombres en el Comité Central debían sus cargos a Yegor Kuzmich Ligachov.

Al propio Chikin se le ocurrió el título del artículo: «No renunciaré a mis principios». Andreyeva había usado la frase en su carta con ingenua ironía. Provenía de un discurso que Gorbachov pronunciara ante la asamblea plenaria del Comité Central en 1987: «Debemos actuar según nuestros principios marxistas-leninistas. Camaradas, bajo ningún pretexto debemos renunciar a nuestros principios».

En la reunión editorial de los sábados por la tarde, Chikin informó al personal de que incluiría la carta en la página 3 de la edición dominical. Nadie le dio mucha importancia. Era un día relativamente flojo en la oficina, un día para charlar, tomar té y mantener las cosas en marcha. Algunos redactores ni siquiera se molestaron en leer las pruebas. Más les habría valido hacerlo. El texto, una página completa del periódico, estaba en total contradicción con todo lo que Mijail Gorbachov, Alexander

Yakovlev y la *intelligentsia* liberal habían estado diciendo durante más de un año. El artículo de Andreyeva, diría Yakovlev posteriormente, «no era sino un llamamiento a las armas, a la contrarrevolución».

«El tema de las represiones —decía Andreyeva— ha adquirido proporciones desmesuradas en la imaginación de algunos jóvenes, ensombreciendo cualquier interpretación objetiva del pasado.» Puede que Stalin haya cometido algunos «errores», pero quién si no podría haber construido el país tan rápidamente, haberlo preparado para la gran victoria contra los nazis. El país, decía Andreyeva, sufría «una confusión ideológica, la pérdida del sentido político y de la ambición ideológica». Shatrov, por supuesto, era duramente criticado en la carta por haber tenido el atrevimiento de desviarse «sustancialmente de los principios aceptados por el realismo socialista».

«Tratan de hacernos creer que el pasado del país no es más que una sarta de errores y de crímenes —decía Andreyeva—, guardando silencio acerca de los grandes logros del pasado y del presente.»

Había también algunos comentarios antisemitas poco sutiles, y críticas a Trotsky, los emigrados y la *intelligentsia*. «No cabe duda de que la era de Stalin fue extremadamente difícil. Pero preparamos a la gente para el trabajo y para la defensa, sin contaminar sus mundos espirituales con obras de arte traídas de fuera, o con imitaciones locales de la cultura de masas. Los parientes imaginarios no tenían apuro en invitar a sus compañeros de tribu a la "tierra prometida" para convertirlos en *refuseniks* del socialismo.»

El artículo fue publicado el domingo 13 de marzo y, en cuestión de horas, comenzaron a llegar telegramas de apoyo a las oficinas del *Sovetskaya Rossiya* enviados por veteranos de guerra y por las agrupaciones locales del Partido. Chikin le informó con orgullo a Denisov de que incluso el propio

consejero militar de Gorbachov, el mariscal Sergei Ajromeyev, había llamado para decir que «respaldaba plenamente» el artículo.

Ese mismo día, en Tomsk, la ciudad natal de Ligachov, se estrenaba la obra de Shatrov. Había comenzado una gran batalla por la historia.

El día 14 por la mañana, mientras Gorbachov volaba a Belgrado, Ligachov hacía uso de su posición de ideólogo para convocar a los principales directores y agencias de noticias a una reunión. No invitó a los dos más destacados directores liberales, Yegor Yakovlev, de *Noticias de Moscú*, y Vitaly Korotich, de la revista *Ogonyok*. Chikin llegó radiante de vuelta de la reunión en el Kremlin. Contó a Denisov y a los demás directores que Ligachov les había pedido a todos que leyeran el artículo de Nina Andreyeva, «un documento fantástico en todos los sentidos». Ligachov le dijo también al jefe de la agencia de noticias Tass que notificara a todos los periódicos de provincias del país que la jerarquía «recomendaba» la reimpresión de la carta de Andreyeva. De paso, Ligachov agregó que esperaba que el Comité Central emitiera pronto una resolución «prohibiendo la desestabilización en el país».

«Yo me encontraba en Mongolia y Mijail Sergeyevich, en Yugoslavia —diría Yakovlev años después para la televisión rusa—. Me telefonearon desde Moscú diciendo que había aparecido el artículo. Me lo enviaron rápidamente; mi asistente llamó a Irkutsk, me lo enviaron y lo leí. Bueno, mi reacción fue comprensible... Yo conozco los procedimientos del aparato del Partido y sé que había sido claramente aprobado. Un artículo de esa índole no hubiese podido aparecer sin el visto bueno de la jerarquía, porque era en realidad un manifiesto antiperestroika. Su intención era la de revertir todo lo que había sido concebido en 1985. Lo que más me sorprendió fue la

forma en que estaba redactado ... utilizaba un tono firme, de acusación, el estilo estalinista de nuestros antiguos periódicos ... En otras palabras, tenía el tono de una orden. Mire, de haberse tratado de un artículo clásico sobre el tema, no le habría prestado ninguna atención. Pero este tenía la imperiosa dureza de una orden: "¡Alto! ¡Todo ha terminado!". Regresé a Moscú el mismo día.»

Durante las siguientes tres semanas, mientras se recrudecía la lucha interna en el Politburó, la *intelligentsia* cayó en un estado de desesperación. El director de *Ogonyok*, Korotich, medio en broma, les comentó a sus amigos que mantenía a mano un bolso en caso de que golpearan a la puerta. Unos cuantos directores se dirigieron a Alexander Yakovlev diciendo que deseaban responder. Yakovlev les dijo crípticamente que esperaran.

Hubo tan solo un caso de protesta explícita. El 23 de marzo un amigo de Shatrov, el dramaturgo Alexander Gelman, se levantó durante una reunión de la célula del Partido del Sindicato de Cineastas y dijo que el ataque neoestalinista en el *Sovetskaya Rossiya* pretendía perpetuar el sistema y a los millones de burócratas en el Partido. *Los apparatchiks* del Partido, dijo Gelman, solo querían dar unas pinceladas al sistema, una liberalización moderada y tecnocrática, en lugar de una auténtica democratización que redistribuyera el poder. Tal liberalización, dijo, era un «puño abierto», una versión más suave y amable de la historia de siempre. El Sindicato de Cineastas, de lejos el más liberal de Moscú, respaldó las afirmaciones de Gelman y las hizo llegar al Comité Central.

Los directores de provincias, en cambio, interpretaron la carta de Andreyeva como un cambio oficial de rumbo que muy pocos osaron ignorar. Tal como lo esperaba Ligachov, el artículo fue publicado en periódicos de toda la Unión Soviética. Una señal de que la vieja guardia comunista estaba con Ligachov llegó nada menos que de Berlín Oriental.

La versión alemana del *Pravda*, *Neues Deutschland*, publicó «No puedo renunciar a los principios» en su edición del 2 de abril. El aparato del Partido en Moscú también dio signos de emprender una campaña subterránea de agitación. *Noticias de Moscú* informó de que los conservadores estaban distribuyendo panfletos, entre ellos uno titulado «Información para la reflexión» que decía que la *perestroika* llevaría a «un desastre económico y a un levantamiento social, y finalmente a la esclavización del país por los estados imperialistas».

«Fueron días de terror —dijo Yegor Yakovlev, director de *Noticias de Moscú*—. Todas nuestras esperanzas y nuestros sueños estaban en juego.»

Perdida en medio de todo esto estaba la mujer en cuestión.

Nina Alexandrovna Andreyeva vivía en calle Komintern de Peterhof, un suburbio de Leningrado. Durante todo el día, los autobuses de turismo iban y venían desde el palacio de verano del zar, a un kilómetro y medio de distancia. Sin embargo, en la calle Komintern reinaba el silencio. Las tiendas estaban vacías. El aire estaba tranquilo y olía a gasolina.

Golpeé a su puerta.

Andreyeva abrió y me invitó a pasar. En cierto sentido, no cuadraba con la imagen de una polemista, al menos no físicamente. Con el pelo recogido en un moño, de ojos pequeños y cara redonda, más bien parecía una enfermera jefa, una mujer tiesa y malhumorada de cincuenta años tratando, según la ocasión, de ser amable. Yo me había anunciado previamente, pero ella parecía haber olvidado mi apellido. Se lo recordé. Con una sonrisa dura, ella repitió las dos sílabas, dándoles vueltas para hallar claves étnicas, trasladando el acento en uno y otro sentido, buscando una señal de reconocimiento. Era demasiado deferente, sin embargo, como para hacer

preguntas. Al no encontrar nada que decir, sonrió y me ofreció una taza de té y caramelos.

Camino a su casa decidí que lo mejor era no romper con la tradición de los extranjeros de visita en casa de rusos. Nina Andreyeva no era sino una tradicionalista. De modo que le obsequié una caja de chocolates alemanes y una botella de burdeos de siete dólares. «¡Qué amable por su parte!», dijo Nina Alexandrovna.

Vivía en el apartamento más pequeño que jamás hubiera visto. Había una cocina minúscula y, junto a ella, una habitación del tamaño de una cama de dos plazas que servía de sala de estar, comedor y dormitorio. Había libros por todas partes, historias del Partido y otros semejantes, y una caja repleta de cartas. Siete mil cartas, dijo, y casi todas de apoyo.

Durante un rato la conversación dio vueltas en el aire, enredada, frenética, como una avispa atrapada entre ventanas de doble hoja. El viaje en tren desde Moscú. El clima. El precio increíblemente bajo de los libros. El viaje en tren otra vez. Finalmente, la conversación se centró de algún modo en el rock-and-roll.

«¿Le gusta?», pregunté.

Las pupilas de Nina Alexandrovna se dilataron y me clavó una mirada escandalizada. El rock era un «ritmo necio —dijo—, canciones animales, imitaciones groseras del acto sexual». Había leído en las revistas de Leningrado acerca de un cantante llamado Yuri Shevchuk. «Tiene una canción titulada "Premonición de una guerra civil". ¿Qué significa eso, por Dios? Vi esta fotografía en que aparece bailando, con un par de tejanos con flecos y una chaqueta que deja ver su ombligo. De acuerdo, que lo haga, pero perdóneme, llevaba desabrochada la camisa y tenía el pecho al descubierto, y además, ¡su miembro viril era protuberante! Bailaba

exhibiendo su virilidad ante todas esas jovencitas. ¿Cómo puede usted volver a hablar de pureza después de un espectáculo así?»

La pregunta pareció flotar en el aire sin respuesta. Luego Nina Alexandrovna desarrolló su argumento. «Puede que no necesitemos una mano de hierro, pero, de todas formas, es necesario que haya orden en un país —dijo, elevando la voz para ponerse a la elevada altura del tema—. Lo que tenemos ahora no es un Estado, es una unión anarquista. Cuando existe tal unión no hay Estado, no hay orden, no hay nada. Un Estado significa, por encima de todo, orden, orden y más orden.»

Las etiquetas de la vida pública hacía ya mucho que habían dejado de tener sentido en la Unión Soviética. Si Mijail Gorbachov hubiera sido un político de finales de los años veinte y hubiera salido por Moscú a vender el cuento de la privatización del campo, de la democratización del gobierno y del Partido Comunista, del libre mercado y todo el resto de los portentos de la *perestroika*, habría sido calificado, junto con Bujarin, de desviacionista de derechas. Y finalmente lo habrían puesto contra una terapia.

«Ahora la “derecha” es izquierda y la “izquierda” es derecha, y ya nadie tiene idea de qué significa cada cosa, quién es quién», dijo Nina Alexandrovna, entornando los ojos como una adolescente.

Su esposo, Vladimir Ivanovich Klushin, un profesor de «conceptos marxista-leninistas», de cara asustadiza, estaba sentado frente a una mesa de juegos, interrumpiendo frecuentemente la conversación hasta que su mujer retomó el hilo de la discusión y lo mandó callar. Trató de dar su opinión en lo referente al problema de la izquierda y de la derecha, pero ella no le prestó atención.

«Volodya, quédate callado. Yo se lo explicaré —dijo ella—. Verá, si Bujarin hubiera sido nuestro líder, la Unión Soviética no existiría hoy día —continuó—. La Unión Soviética habría sido completamente destruida

durante la Segunda Guerra Mundial. Como persona, Bujarin era un buen tipo. Salía a esquiar con sus alumnos a las montañas y cualquiera podía hablar con él. Pero le faltaban carácter y principios. Era partidario de las granjas colectivas, pero poco a poco. Él habría alargado el proceso hasta los años cincuenta. Pero de no haber sido por las granjas colectivas a comienzos de los años treinta, en 1941 habríamos sido destruidos. Aniquilados.»

Tras esas palabras, Nina Alexandrovna sonrió de manera extraña y sirvió té y un par de minúsculos vasos de coñac.

«Desde 1985 —dijo—, el país ha estado a la espera de los resultados de las reformas de Gorbachov. ¿Y dónde están? En cuatro años, bajo Lenin el país tuvo éxito en la revolución, ganó la guerra civil y se puso a salvo de invasores extranjeros. En cuatro años bajo Stalin, el pueblo rechazó el ataque nazi y pasó a formar parte de la vanguardia de las naciones. Se necesitó aproximadamente el mismo tiempo para curar las heridas de la guerra y alcanzar los niveles de producción anteriores a esta.»

¿Y qué hay de la *perestroika*, la «genial creación de la *intelligentsia* liberal»? Un fraude. «La estructura política de un movimiento antisocialista está tomando cuerpo en la forma de sindicatos democráticos y frentes populares. Crece el número de desastres ecológicos. Hay una caída en los niveles de moralidad. Hay un culto al dinero. Se ha minado el prestigio del trabajo productivo honrado. Hemos agravado también la situación de nuestros camaradas socialistas. Polonia y Hungría nos llevan la delantera, de cabeza al abismo.»

Fue este sentimiento de horror, la terrible sensación de que el país había extraviado el camino y de que corría enceguecido hacia el olvido, lo que impulsó a Nina Alexandrovna Andreyeva a escribir su famosa carta. A su manera, ella era defensora de los «valores tradicionales» (las verdades

estalinistas caseras de la colectivización, el centralismo y la dictadura del proletariado). Dijo haber comenzado a pensar en escribir después de leer dos artículos sobre política y Afganistán de Alexander Projanov en el periódico conservador *Literaturnaya Rossiya* y en *Leningradsky Rabochy*. Projanov veía con romanticismo la gran aventura afgana, haciéndola aparecer como una gran conquista imperial. Ella estaba de acuerdo con esos artículos, pero los encontraba «deficientes».

Nina Alexandrovna me dejó con su esposo, ató un delantal a su gruesa cintura y se retiró a la cocina. Preparó un copioso almuerzo con ensaladas, patatas asadas, verdura y carne; ocasionalmente se asomaba a la sala para puntualizar las frases de su esposo.

Mientras Nina Alexandrovna cocinaba, las ventanas chorreaban y Vladimir Ivanovich volvió a la vida una vez más. En presencia de su mujer había estado casi siempre callado, como asumiendo el precio de la fama y la severidad de su esposa. En su ausencia, era libre. Mientras soltaba una gran perorata sobre «el tremendo valor de Stalin», tuve la sensación de que hablaba por los dos. En los puntos en que ella atemperaba sus comentarios acerca de Stalin, Vladimir Ivanovich era implacable. Su ausencia de fama le soltaba la lengua.

«¿Qué aprenden las generaciones jóvenes de las revistas liberales como *Yunost* y *Ogonyok*? Que Stalin era un paranoico, un sádico, un mujeriego, un bebedor, un criminal. Tratan de igualarlo a Mao Zedong, como si no se hubieran obtenido logros bajo Stalin.

»En cuanto a la represión, no puedo hablar de su verdadera dimensión, porque ahora la gente se siente con la libertad de presentar cualquier dato antiguo. Jruschov, mientras trabajaba en la comisión por esos tiempos,

descubrió que ochocientas setenta mil personas habían sido reprimidas en este país. Es un montón, pero no es un millón, ni veinte millones, ni cincuenta millones, como tratan de decir algunos. Ahora todo se basa en invenciones y maquinaciones.

»Mire —dijo Klushin con dureza—, en una guerra siempre hay víctimas. Pero yo estuve en el frente en 1943. Conocí a soldados comunes, a oficiales. Y ellos trataban a Stalin de modo diferente... La mayoría de nuestros granjeros e intelectuales respetaban a Stalin. En cualquier celebración hacían un brindis en honor del comandante en jefe, Stalin. Nadie estaba obligado a hacerlo.

»Mi propio padre fue reprimido en virtud del artículo 58 del Código Civil. ¿Y qué?»

Vladimir Ivanovich me contó la historia de cómo su padre, un ingeniero, había extraviado «cierto tipo de secreto de Estado o algo así» durante la guerra. Fue enviado a un campo de trabajos forzosos durante diez años. Vladimir Ivanovich reconocía que el castigo había sido severo, tratándose de un «desliz». «Pero, después de todo, era culpable de algo.»

«Usted —dijo señalándome con el índice—, usted representa a una generación más joven. Pregúnteles a sus padres, que tal vez pelearon en la guerra. En esa época la vida del hombre no era tan valiosa como lo es ahora. En este país estuvimos en guerra de 1914 a 1917, y luego otra vez entre 1918 y 1921. En tiempos de guerra, a veces es necesario ejecutar a la gente en casos que normalmente merecerían un simple castigo. Esto es muy cruel..., pero de no haber sido por esa crueldad, cada uno habría hecho lo que le venía en gana. Hay momentos en que se justifica la brutalidad.»

La comida estaba bien sazonada y el almuerzo duró largo rato. Los

reaccionarios rusos, según iba descubriendo, eran buenos cocineros. Nina Alexandrovna era excepcional. Habida cuenta de que en Leningrado escaseaban las provisiones y que en provincias la situación era aún peor, el almuerzo era un milagro de abundancia y preparación.

Mientras saboreaba la comida, Nina Alexandrovna se apoyó contra el duro respaldo de la silla y habló acerca de su vida.

«Nací en Leningrado el 12 de octubre de 1938 en una familia sencilla —comenzó diciendo—. Fui bautizada y aún recuerdo las campanas de la iglesia durante Pascua de Resurrección. Sentía que me elevaban a gran altura. Pero yo creo en la realidad. La religión es solo un cuento de hadas, afirma que todo lo que uno sufre aquí, en la Tierra, mañana será recompensado. El comunismo se basa en acciones concretas, en lo que uno hace hoy.

»Mis padres eran campesinos de la región de Kalinin, en la Rusia central. En 1929, al comenzar la hambruna, escaparon a la ciudad. Mi padre, mi madre y mi hermano mayor se unieron a las filas del proletariado. Mi padre contaba solo con cuatro años de educación y mi madre, con menos. La familia de mi madre era considerada clase media. Tenían diez hijos, un caballo y una lancha con un pequeño motor. Había también una vaca, pero los niños siempre padecían hambre.

»Al estallar la guerra, mi madre cavó trincheras en Leningrado. Ella y una de mis hermanas trabajaban en un hospital a donde llegaban los soldados heridos. Yo tenía tres años cuando fui evacuada de la ciudad junto con dos de mis hermanos y sus compañeros de clase. Mamá abandonó Leningrado en el último tren que salía de la ciudad. Después de eso se perdió todo contacto con Leningrado.

»Mi hermana mayor se fue al frente y fue muerta en la cuenca del Don, en 1943. Su esposo, comisario de un batallón antitanques, falleció una

semana después que ella. Mi padre estaba en el frente de Leningrado y mi hermano mayor también estaba en la guerra.

»Mis hermanas, mi madre y yo vivimos en un lugar llamado Uglich hasta 1944. Era un apartamento comunitario de veintidós o veinticuatro metros cuadrados, que compartíamos con otras dos familias. Había una mesa (siempre me pregunté por qué no se usaba como leña), una cama vacía y nada más. Ningún tiesto, ni cucharas ni vasos. Absolutamente nada. Éramos leales y conservábamos un "rincón rojo", un lugar para poner el retrato de Lenin; el mismo lugar donde los cristianos solían poner sus iconos. Un día vino alguien y nos dijo que mi hermano y mi padre, que habían servido en el batallón de artillería, habían muerto en el frente.

»En 1953, de regreso en Leningrado, oímos la noticia de que Stalin había muerto. Yo estaba en sexto o séptimo curso. Fue un momento de luto total. Todos los niños formamos en fila mientras el director nos hablaba de Stalin. Todos los profesores lloraban. La subdirectora de la escuela sollozaba tan fuerte que no pudo hablar. Todos nos quedamos de pie allí, aguantándonos las lágrimas. Fue un día lúgubre, un día de primavera sin sol. Nos pusimos nuestros abrigos y salimos hacia Nevsky Prospekt, al monumento de Catalina la Grande. Sonaba música funeraria en la radio. Todos estaban tristes y todos nos hacíamos la misma pregunta: ¿qué haremos ahora?»

La voz se le quebró. Por un momento, Nina Alexandrovna no pudo seguir relatando la historia de su vida. Luego levantó la cabeza y la meneó con fuerza, entre rabiosa y triste. Después de todo, ¿para qué seguir con el relato? Parecía que nada podría colmar las expectativas de Nina Alexandrovna. Jruschov fue un fracaso, un destructor de Stalin. Brezhnev era corrupto y necio. Y ahora, vivía en una era en que los disidentes de pronto llevaban la batuta, en que sus voces eran legales, en que Stalin era

comparado con Hitler en la televisión nacional. Al considerar esto, los ojos de Nina Alexandrovna se achicaron; una profunda rabia la dominaba.

«Stalin fue el líder bajo cuya dirección el país construyó el socialismo durante treinta años —dijo—. Éramos gente pobre y analfabeta que calzaba alpargatas. La mayoría de los campesinos eran tan pobres que apenas podían sobrevivir entre cosecha y cosecha.

»Ahora nuestros medios de comunicación mienten acerca de Stalin. Están manchando nuestra historia y borrando el mundo de millones y millones de personas dedicadas a construir el socialismo en condiciones difíciles. Decimos: "Miren cuán terribles eran nuestras vidas". Bueno, nuestras vidas eran difíciles, pero todos creíamos que viviríamos mejor y que nuestros hijos y nietos vivirían aún mejor. La gente que nada tiene puede lograr algo. ¿Y ahora qué? ¿Tenemos ahora semejante confianza y fe en el futuro? Pienso que los cuatro años de *perestroika* han minado la confianza de la gente trabajadora —y repito, gente trabajadora, gente decente, normal— porque han escupido sobre nuestro pasado.

»Un futuro impredecible no puede servir de base a una existencia normal de trabajo de la actual generación. En el pasado, una persona se iba a dormir todas las noches con la seguridad de que al día siguiente iría a trabajar y tendría atención médica gratuita; no una atención muy sofisticada, pero sí gratuita. Y ahora ni siquiera contamos con estas garantías.»

Recogimos la mesa y dimos un paseo por la calle Komintern. La comida había sido buena y la conversación, clara y franca, pero algo iba mal. Por un momento las opiniones de Nina Alexandrovna parecían corresponder a las de una mujer de su edad y sus circunstancias específicas. Había sido pobre,

había perdido a un hermano y a su padre. Había sobrevivido, y todo en nombre de Stalin. Protegida de un recuento verídico de la historia, Nina Alexandrovna tenía sentido para sí misma, durante que tanta gente había tenido sentido para sí misma durante tanto tiempo. Pero ahora se enfrentaba a una avalancha de contradicciones, a un ejército de «seudointelectuales» que afirmaban que la historia del bolchevismo era una letanía de horrores; pero eso era algo que ella no podía aceptar, se negaba a aceptarlo. Aunque era un simple instrumento, una curiosidad en medio de una lucha política mayor, Nina Alexandrovna parecía creer que era la principal luchadora del Partido, su Juana de Arco.

Se acercaba el atardecer, el momento más largo y sombrío del día. Pero justo antes de que la conversación se transformara en el acostumbrado ritual suburbano de ayudar al invitado a hallar la forma más rápida de regresar a la ciudad —¿el tren eléctrico?, ¿el ferry?—, de algún modo Nina Alexandrovna abordó el tema de los judíos. Nadie le había preguntado por ello. Ella sabía que había temas que debían evitarse ante un extraño, especialmente ante un periodista estadounidense. Fue como si hubiese estado al volante y de pronto hubiese perdido el control:

«Encienda el televisor de Leningrado —dijo—. Si lo hace, notará que están siempre alabando a los judíos, le guste o no. Lo llamarán "ruso", pero eso es solo para ingenuos. Si muestran a un ruso en la televisión, siempre es un idiota con ojos de insecto y los dientes salidos. Una caricatura. Luego mostrarán a un artista, a un pintor, a un supuesto representante del arte ruso. Pero perdóneme, no se trata de un ruso. Es un judío.

»En nuestra sociedad hay menos de un uno por ciento de judíos. Eso es muy poco. Entonces, ¿cómo es que en todas las ramas de la Academia de Ciencias, en todas las profesiones y puestos de prestigio en la cultura, la música, las leyes, todos son judíos? Fíjese en los escritores y en los

periodistas. La mayoría son judíos. En nuestro instituto, personas de todas las nacionalidades defienden sus tesis. Pero los judíos lo hacen ilegalmente. Los trabajos que entregan son simples disertaciones, pero ellos insisten en que han hecho un descubrimiento de alcance mundial. Sin embargo, no hay absolutamente nada en esos trabajos. Así es como está formado el departamento.

»Hay organizaciones sionistas que trabajan aquí. Usted debe tener eso en cuenta. Son conspiradores muy hábiles. Yo sé que nuestros profesores de Leningrado, y obtuve esta información de alguien que ya no está en el instituto, van una vez al mes a la sinagoga y les entregan dinero el mismo día en que reciben el sueldo. Y esto continúa. Es una forma de ayuda mutua constante. De esta manera los judíos siguen entrando en el instituto.

»Ni siquiera está permitido decir de una persona que es judía. ¡Ni siquiera se puede pronunciar la palabra! Se puede decir que alguien es ruso, ucraniano, ¿y por qué no judío? ¿Acaso esto devalúa a la persona? ¿Por qué esconderse detrás de otra nacionalidad? Judío y sionista significan cosas diferentes, pero todos los sionistas son judíos. La vida así lo ha demostrado, y no solo a mí.

»Entre nuestros amigos hay algunos judíos excelentes. En nuestra sociedad hay algunos judíos interesantes, profesores y economistas ilustrados. Y ellos no aceptan los puestos políticos que se están publicitando. ¿Comprende usted?»

Por supuesto, respondí. Entendía.

Nina Alexandrovna miró a su alrededor un momento. Al principio pareció un poco sorprendida de su propia audacia; luego hizo un rápido movimiento con la cabeza, como diciendo: «Bueno, terminé diciéndolo. ¿Y qué?».

Proseguimos nuestro camino. En los jardines de verano del zar nadie

conocía a Nina Alexandrovna. Conocían su nombre, tal vez, pero no su cara. Con tacones altos y una indumentaria blanca que hacía pensar aún más en la enfermera jefa, Nina Alexandrovna exhibía un andar altivo que su marido reafirmaba describiendo aquí una fuente de agua, allá un banco histórico. En cierto punto la conversación versó sobre la belleza, para derivar luego hacia los concursos de belleza en la Unión Soviética, un fenómeno nuevo. Nina Alexandrovna hizo una mueca que uno hubiera pensado que reservaba solo para el rock-and-roll.

«Lo más hermoso de una mujer es su calidez y feminidad, la riqueza de su alma, su pureza. Debe limpiar y purificar a un hombre, conducirlo y elevarlo hacia algo superior, eliminar de él todo lo que tenga de salvaje y de animal. En el acto sexual debe enriquecerlo, llevarlo más allá del deseo animal. ¡Pero estas niñas! Se desnudan hasta quién sabe dónde y menean el trasero.»

Después de esas palabras, caminamos en silencio. ¿Qué más podía decirse? Pensé que esta mujer era la ideóloga de los ideólogos. Era tanto peón como teórica, no más ignorante que sus auspiciadores, solo un poco menos política. Finalmente llegamos al muelle del ferry. Mientras yo subía a la embarcación, ella me decía adiós con la mano. Luego se volvió para dirigirse a casa, con el rostro hacia el palacio del zar y dando la espalda a occidente.

Hacia comienzos de abril, Gorbachov y Yakovlev comenzaban a ganar su batalla. Era quizá la última vez que podrían contar con el principio autoritario fundamental del Partido —la disciplina interna— para someter a los conservadores. Aunque los reformadores eran minoría tanto en el Politburó como en el Comité Central, Gorbachov fue capaz de reconducir la

situación de tal modo que desafiar al secretario general resultara inaceptable. Aún tenían el control del principal periódico del partido, el *Pravda*, y comenzaron a preparar un artículo que dejaría claro que el «golpe de Andreyeva» y sus auspiciadores habían perdido la batalla.

«El Politburó estuvo dos días revisando el artículo —dijo Yakovlev—. Todos los miembros del Politburó tenían algo que decir y manifestaron sus puntos de vista. Las opiniones iniciales de Mijail Sergeyevich fueron muy duras; emitió un juicio muy severo sobre el artículo. Como resultado de ello, como ocurre siempre con nosotros por nuestro elevado sentido de la probidad y nuestros principios, todos estuvieron de acuerdo con su punto de vista.»

Ligachov recordaba esa sesión de dos días del Politburó como una «caza de brujas de los tiempos de [Stalin]». Dijo que antes de comenzar la reunión, varios miembros del Politburó habían expresado su adhesión al artículo de Andreyeva, pero callaron bajo presión de Yakovlev y Gorbachov.

El artículo de Gorbachov, cuyo borrador fue redactado por Yakovlev, denunciaba a aquellos que buscaban «frenar» la *perestroika* o caer en la nostalgia del antiguo orden. Apareció en la página 3 de la edición del 5 de abril del *Pravda*. Al leer el artículo aquella mañana, por primera vez en tres semanas los liberales de Moscú —desde Dima Yurasov hasta Yuri Afanasyev y Yegor Yakovlev— tuvieron un breve respiro.

«Desprendernos de viejas formas de pensar y de actuar ha resultado más difícil de lo que creíamos; pero no habrá vuelta atrás —escribió Yakovlev en el artículo del *Pravda*—. El artículo [del *Sovetskaya Rossiya*] está dominado por una percepción esencialmente fatalista de la historia que riñe por completo con una visión genuinamente científica, por una tendencia a justificar todo lo que ha ocurrido en términos de necesidad histórica. Pero el

culto [a Stalin] no fue algo inevitable. Es ajeno a la naturaleza del socialismo, y solo fue posible debido a las desviaciones de los principios fundamentales del socialismo.»

Una vez superado el incidente, Gorbachov y Yakovlev hicieron como si jamás hubiera ocurrido. Al preguntárseles acerca de Ligachov, dijeron que todo estaba en orden y que había unanimidad en el seno del Politburó. Decir otra cosa sería hacerse eco de las mentiras de la prensa occidental y de sus órganos de inteligencia. Pero, mucho después, Yakovlev se mostraría más comunicativo. «¿Notó usted que el artículo del *Pravda* contra Nina Andreyeva ni siquiera mencionaba su nombre? No fue casualidad —me dijo—, fue todo parte de un proceso que iba cobrando fuerza. Al mismo tiempo, nosotros sabíamos cómo había sido organizado todo, quiénes estaban detrás del asunto, quién revisó el artículo, quién viajó a Leningrado para visitarla. De haberse tratado solo de una señora llamada Nina Andreyeva que escribía un artículo que luego era publicado, todo habría sido diferente. El artículo de respuesta no iba dirigido a ella.»

En privado, Yakovlev instó una vez más a Gorbachov a reconsiderar su actitud hacia el Partido Comunista. En diciembre de 1985, Yakovlev había redactado un memorándum confidencial para Gorbachov pidiéndole que considerara la posibilidad de dividir al Partido Comunista, para luego tomar partido por la facción más liberal. Después de todo, el asunto Andreyeva había ya demostrado cuán profundas eran en la práctica las divisiones. No podrían acelerarse los cambios mientras el peso muerto de los *apparatchiks* del Partido descansara sobre los hombros de los reformistas. De cara a un futuro más lejano tendría que considerarse la idea no solo de dos o tres partidos comunistas, insistía Yakovlev, sino de un sistema verdaderamente multipartidista.

Yakovlev sabía que, tarde o temprano, el Partido tendría que romper con

su propia historia, pues de lo contrario se derrumbaría completamente. El Partido estaba lleno de ministros y de *apparatchiks* que juraban lealtad al secretario general, pero que estaban siempre listos para traicionarlo en nombre del sistema. Años después, ya retirado, Gorbachov admitiría que incluso él no lograba comprender del todo al «monstruo» que trataba de transformar. «Al menos Ligachov mostraba la cara», diría. Había otros que simularían lealtad y luego enviarían tanques a las calles de Moscú.

7

La conspiración de los doctores

En algún momento entre el asunto Andreyeva y el inicio del XIX Congreso del Partido, en junio de 1988, comenzaron los incidentes antisemitas. En un suburbio de Moscú donde los intelectuales judíos alquilaban dachas para veranear, unos vándalos quemaron una casa e irrumpieron en otras, destruyendo ventanas y muebles y pintando esvásticas con espray en las paredes. Miembros del Pamyat y de otros grupos extremistas derribaron lápidas judías y pegaron octavillas con la consigna: «Rusia para los rusos. Organización para la Muerte de los Judíos».

Una noche recibí una llamada de Judith Lurye, una veterana *refusenik*, diciendo que ella y sus amigos estaban aterrorizados. Esa noche habían ido a la sala del Club Yauza, alquilada para una reunión de su organización cultural judía. Al llegar, encontraron la puerta clausurada y a un par de oficiales del KGB montando guardia. Un panfleto colgaba de la puerta.

«¿Cómo podemos tolerar a los cochinos judíos? —rezaba el panfleto—. Los canallas judíos se están infiltrando en nuestra sociedad, especialmente en aquellos lugares donde se pueden obtener beneficios. Piénselo. ¿Cómo podemos permitir que estos cochinos conviertan nuestro hermoso país en un montón de escombros? ¿Cómo es posible que nosotros, los hermosos,

inteligentes y grandiosos eslavos, consideremos un fenómeno normal vivir con judíos entre nosotros? ¿Cómo pueden estos cochinos y apestosos judíos usar una denominación tan altiva y heroica como “ruso”?»

Muchos de esos mismos judíos que me llamaban para advertirme también estaban publicando sus trabajos literarios y científicos por primera vez y obteniendo visados para viajar al extranjero. Algunos estaban solicitando permisos para emigrar. Habían puesto grandes esperanzas en la *perestroika*, aunque no podían bajar la guardia psicológica. Era el inicio de una ruptura histórica. La economía estaba atravesando un mal momento. Los judíos sabían que si las cosas empeoraban mucho, serían los primeros en ser culpados. Intelectuales de extrema derecha que escribían para *Nash Sovremenik* («Nuestro Tiempo») y *Molodaya Gvardiya* («Joven Guardia») estaban ya dando forma a una fanática ideología nacionalista rusa que convertía en demonios a todos los judíos y en judíos a todos los enemigos. Si llegaban a detestar a algún ruso, entonces escribían que la persona en cuestión se había cambiado el apellido, que antes era Goldshtein o Rabinovich.

Igor Shafarevich, un matemático de fama mundial que en los años setenta se unió tanto a Sajarov como a Solzhenitsyn en numerosas de causas disidentes, se había convertido en uno de los intelectuales antisemitas más peligrosos. Su largo ensayo «Rusofobia» planteaba que «la gente pequeña» —principalmente escritores y emigrados judíos— habían arruinado la autoestima de «la gente grande» —los rusos nativos— al describirlos como una nación de esclavos que se inclinaban ante el poder y la intolerancia. Los judíos, escribía, se las habían arreglado para crearse una imagen de personas razonables, cultas y europeas, y forjar una imagen de bárbaros para los rusos.

Visité a Shafarevich una tarde en su apartamento de Leninsky Prospekt.

Me miró con desconfianza y negó que fuera antisemita. Su enorme perro daba vueltas por el estudio sin detenerse un instante. Tales acusaciones, dijo, eran resultado de la «manía persecutoria» de los judíos. Shafarevich había escrito en *Nash Sovremenik*:

> Existe solo una nación sobre cuyas necesidades oímos algo casi a diario. Los sentimientos nacionales judíos son la fiebre de todo el país y de todo el mundo. Representan una influencia negativa en materia de desarme, acuerdos comerciales y en las relaciones internacionales entre científicos. Provocan protestas y huelgas, y aparecen casi en todas las conversaciones. El problema judío se ha apoderado de la gente con una fuerza incomprensible y ha eclipsado los problemas de los ucranianos, estonios y tártaros. Y en cuanto al problema ruso, evidentemente, no vale ni siquiera la pena mencionarlo.

Cuando le leí este párrafo a Shafarevich, asintió entusiasmado, como si lo oyera por primera vez. Luego dijo: «El término “antisemitismo” es como una bomba atómica sobre nuestras cabezas. Frente a la tradición de violencia contra los armenios o los rusos, es imposible incluso hablar de antisemitismo. No he sabido ni siquiera de una riña insignificante o de alguien que haya sido abofeteado a causa del antisemitismo. Resulta absolutamente incompatible con los problemas reales que existen hoy. Me asombra oír estas cosas».

Shafarevich no estaba solo. Mientras muchos escritores rusos importantes se pronunciaban en contra del antisemitismo, la directiva del Sindicato de Escritores Rusos promovía una ideología nacionalista que se basaba en el odio a los judíos. En una carta abierta firmada por setenta y dos de sus principales miembros y publicada por el órgano de la institución, *Literaturnaya Rossiya*, el sindicato declaraba: «El sionismo es el verdadero responsable de muchas cosas, incluidas las matanzas de judíos, y de cortar las ramas secas de su propio pueblo en Auschwitz y Dachau».

Durante meses recibí llamadas de amigos judíos para decirme que estaban convencidos de que pronto habría pogromos. No nuevos abusos ni ataques ocasionales, sino pogromos, una palabra que traía a la memoria las matanzas de judíos un siglo atrás en Kishinev, Odessa y Kiev, una palabra que implicaba la participación tácita del Estado. El Kremlin no hizo nada por mejorar la situación. La agencia oficial de noticias Tass presentó el caso de Natan Shcharansky, contra quien se presentaron acusaciones falsas y que tuvo que pasar ocho años en campos de internamiento antes de que se le autorizara viajar a Israel. Según Tass, Shcharansky «hace noticia otra vez» como recluta del ejército. «Al recibir su flamante uniforme israelí, declaró pomposamente que por fin ha hallado su lugar en la vida. Caminar sobre cadáveres palestinos es en realidad una campaña natural y lógica en la vida de este falso defensor de los derechos humanos.»

Era difícil juzgar el significado de estos hechos. Uno de los más antiguos dirigentes de la comunidad judía de Moscú me dijo que no había visto señales tan amenazadoras de antisemitismo en Moscú desde la época de Stalin.

Yo no le había dado gran importancia a todo esto hasta la primera noche de la Pascua judía del invierno anterior. Después de todo, ¿acaso los vándalos de mi país no habían profanado cementerios judíos? ¿Por qué iba a representar esa una amenaza mayor? Esther y yo asistimos a los servicios vespertinos en la sinagoga Coral, en sí un espectáculo deprimente. Fuera, en las escalinatas, los gusanos del KGB controlaban el ingreso de las personas en el templo. De una manera empalagosa y amenazadora, el agente de turno (vestido con el muy reconocible abrigo negro de plástico y la corbata de cuadros) hacía preguntas como si se tratara de una encuesta: «¿Cree usted en Dios todopoderoso? ¿Ha estado alguna vez en Israel?». En un automóvil, habitualmente estacionado frente al lugar, esperaba a una pareja de sus

colegas. Dentro del templo, en el recinto principal con bancos donde oraban los hombres, había solo unos pocos ancianos murmurando en yiddish, más algunos turistas curiosos de Nueva York y Buenos Aires. Los jóvenes hacía mucho que habían desestimado la sinagoga como un posible lugar de reunión u oración. Los pocos judíos observantes que aún no habían partido a Israel o a Occidente, oraban en sus hogares. Incluso aquellos a quienes no les importaba gran cosa la presencia de los hombres del KGB, pensaban que el rabino había cedido demasiado a lo largo de los años.

Sentada con las mujeres en la planta superior, Esther empezó a conversar con ellas sobre la Pascua de los judíos y descubrió que no sabían casi nada al respecto.

«Mi abuelo solía hacer todo esto —dijo una de las mujeres, remontándose en el recuerdo al siglo pasado—, pero lo he olvidado; ¿cuántas copas de vino hay que beber?»

Esther, que creció en un hogar ortodoxo y para quien el idioma y los rituales constituían una segunda naturaleza, estaba impresionada. Ella se lo explicó tan bien como pudo, pero le partía el alma comprobar cuán ansiosas estaban por saber. «¿Es verdad que no se puede comer pan durante la Pascua?», preguntó otra mujer.

Abandonamos temprano los servicios para preparar en casa el pan para una media docena de amigos rusos. Pero al llegar al automóvil noté que alguien había dibujado en la puerta polvorienta una gran «J» con un círculo alrededor. «J» de «judío». Si bien los panfletos y el vandalismo no habían logrado captar mi atención, el símbolo en el polvo ciertamente lo hizo.

Resultaba que no había ningún pogromo. Pero la angustia era auténtica. Cuando las estructuras del Estado empezaron a desintegrarse, también se desmoronó la vieja fachada de la «amistad entre los pueblos». Inevitablemente, la *glasnost* que había empezado a alimentar un debate

histórico genuino también dejaba ver los abismos de odio y los rencores históricos del imperio de Stalin. En Tallinn oí a los estonios describir a los rusos como cretinos y bestias, y los rusos califican a los estonios de colaboracionistas con los nazis. En Yerevan, los armenios estaban convencidos de que los azerbaiyanos habían «provocado» adrede el terremoto que acabó con la vida de al menos veinticinco mil personas al efectuar una prueba nuclear subterránea y que estaban a punto de emprender contra ellos una cruzada islámica más sangrienta que la matanza turca de armenios de 1915. En Bakú, los azerbaiyanos tenían la certeza absoluta de que el gobierno de Yerevan planificaba arrebatarles todo su territorio y declarar un reino armenio con la ayuda de millonarios emigrados a Los Ángeles.

Para los judíos de ciudades como Leningrado, Moscú y Novosibirsk, el nuevo rostro callejero del odio era el grupo conocido como Pamyat, «Memoria». Pamyat apareció a comienzos de los años ochenta como un grupo ligado al Ministerio de Aviación y fue organizado por unos cuantos activistas culturales para ayudar a preservar los monumentos y construcciones rusos. Pero, tras unos años de expansión, luchas internas y divisiones, la facción más vociferante, usando todavía el nombre de Pamyat, derivó en una banda de fanáticos antisemitas, un heterogéneo puñado de obreros industriales rusos, miembros del Partido, profesores, oficiales del ejército y matones. Su manejo de la imagen fue impecable y de connotación histórica. Usaban camisetas negras, símbolo que los ligaba a las Centenas Negras, una turba antisemita que llevó a cabo decenas de pogromos bajo los últimos zares.

Estando todavía en el Politburó, Boris Yeltsin concertó una reunión con representantes del Pamyat. Como secretario del Partido en Moscú, tenía que relacionarse con diferentes grupos de ciudadanos. Abandonó la reunión

disgustado. «Pamyat comenzó como algo interesante y se transformó en un mal», dijo. Nunca quiso volver a saber del grupo.

Conocí a dirigentes del Pamyat en varios departamentos y mítines en Moscú, Leningrado y Siberia. Eran todos, y no resulta sorprendente, unos supremos papanatas. Dmitri Vasiliyev, que había sido fotógrafo y actor de cine, se ufanaba de haber llegado solo hasta octavo curso en la escuela, cosa que no provocaba mucha incredulidad. En un mitin, este pequeño individuo ladró ante un megáfono durante un par de horas, atacando a los sionistas y a «aquellos que humillan al pueblo ruso». Dijo que los niños rusos se estaban convirtiendo en alcohólicos porque «fuerzas siniestras» vertían alcohol en las raciones de yogur. Los directores judíos eran culpables de una conspiración subliminal por usar estrellas de seis puntas en sus periódicos. Los arquitectos judíos, «no por casualidad», habían diseñado la plaza Pushkin de modo que la espalda del poeta apuntara a la sala de cine Rossiya. No estaba claro que Vasiliyev fuera el más peligroso de los líderes del Pamyat. Después de todo, su rival, Valery Yemelyanov, estuvo algunos años en una institución psiquiátrica después de asesinar a su esposa. Salió de allí justo a tiempo para gozar de los frutos de la nueva *glasnost*.

La ilustración más clara y razonable de las «ideas» del Pamyat que vi estaba contenida en un manifiesto de veinticuatro páginas que me entregaron. El documento estaba escrito en un tono menos histérico que los alaridos de Vasiliyev, pero denunciaba de igual modo la influencia cultural «satánica» de Occidente y un «genocidio del pueblo ruso». Los judíos y los sionistas eran responsables de las enfermedades de Rusia. Los judíos, los homosexuales y los masones eran responsables de la música rock, la adicción a las drogas, el sida y la disolución de las familias rusas. Los poemas de Brodsky, las pinturas de Chagall y la novela antipatriótica de Pasternak *Doctor Zhivago* carecían de valor, eran una mancha en la

«auténtica cultura rusa». Los rusos, decía el manifiesto, «salvaron» a los judíos en la Segunda Guerra Mundial, pero los medios de comunicación judíos siempre hacían mofa y despreciaban a los rusos y su sufrimiento: «Es como si los medios de comunicación nos dijeran que solo los judíos murieron en el frente durante la guerra».

Miembros del Pamyat hicieron circular copias de «Los protocolos de los sabios de Sión» y obtuvieron respaldo del *Literaturnaya Rossiya*, el *Molodaya Gvardiya* y de otras revistas de derechas. En Leningrado, uno de los centros más activos del Pamyat, el grupo denunció a Isaak Zaltsman, un judío que dirigió la producción de tanques soviéticos durante la Segunda Guerra Mundial, por organizar «un coro de vírgenes rusas de diecisiete años» y luego seducirlas. En todas partes, el Pamyat culpaba a los judíos por la falta de alimentos, el sexo en la televisión y el accidente nuclear de Chernobyl.

Comparado con todo lo que ocurría en el resto del imperio, la amenaza real a los judíos era relativamente insignificante. De hecho, la llegada de la *glasnost*, las nuevas facilidades para la emigración y el ambiente de tensión y temor ante un futuro incierto ayudaron a crear el momento que los judíos de todo el mundo habían esperado durante muchos años. Había comenzado un éxodo. La gran mayoría de los judíos soviéticos que deseaban viajar ahora a Israel podían hacerlo. En 1989, cien mil judíos soviéticos partieron a Israel y a Occidente. Cientos de miles más esperaban visados, invitaciones y pasajes. Gente que en el pasado parecía destinada al olvido obtenía visados para una nueva vida.

No habría una segunda «conspiración de los doctores». De hecho, el único superviviente de ese oscuro episodio, Yakov Rapoport, declaró que

no sería parte del nuevo éxodo. «Mi momento ya pasó —me dijo—. Tengo noventa y un años. Es demasiado tarde para mí. Seré enterrado aquí.» Y en verdad su historia y la de su familia parecían un símbolo de la historia y el futuro de los judíos en Rusia.

Al igual que muchos judíos de su generación, Yakov Rapoport sabía muy bien que las purgas de los años treinta no fueron una aberración del momento. La crueldad había comenzado antes de 1937 y probablemente continuaría. Stalin estaba dando rienda suelta a su odio hacia los judíos. En 1948, ordenó la ejecución de Solomon Mijoels, legendario director del Teatro del Estado Judío y líder del Comité Antifascista Judío, como presunto enemigo del Estado. Tras el asesinato de Mijoels —declarado un accidente de circulación por las autoridades—, el KGB arrestó a los principales miembros del Comité Antifascista, aduciendo un «retorno a la normalidad». Casi como un precalentamiento para la «conspiración de los doctores» y la consiguiente purga, el KGB asesinó en 1952 a veintitrés intelectuales judíos bajo la acusación de espionaje y traición. Luego, en las primeras semanas de 1953, Stalin ordenó el arresto de un grupo de nueve doctores prominentes, seis de ellos judíos; los documentos del Partido afirmaban que los médicos estaban envenenando a los dirigentes del Kremlin y encubriendo la conspiración. La paranoia asesina de Stalin se disponía a asestar un nuevo golpe. La mayoría de los historiadores coinciden en que la orden de Stalin de arrestar a los doctores fue similar al asesinato de Sergei Kirov, jefe del Partido en Leningrado, ordenado por el Kremlin en 1934 y que sirvió de preludio a una oleada de terror en masa. Jruschov dijo otro tanto en 1956 en su discurso ante el XX Congreso del Partido:

> Stalin asesoró personalmente acerca de la investigación y los métodos usados en los interrogatorios de las personas arrestadas. Fue él quien decidió que el académico Vinogradov debía

> ser encadenado y que otro debía ser golpeado. Está presente en este congreso el ex ministro de Seguridad del Estado, el camarada Ignatiev. Stalin le dijo secamente: «Si no logra hacer confesar a los doctores, le cortaremos la cabeza».
>
> Stalin llamaba personalmente al juez a cargo de la investigación, le daba instrucciones y lo aconsejaba acerca de los métodos de investigación que debían usarse. Estos métodos eran simples: golpear, golpear y volver a golpear. Poco después del arresto de los doctores, los miembros del Politburó revisamos los documentos con las confesiones de culpabilidad. Tras distribuir estos documentos, Stalin nos dijo: «Ustedes son tan ciegos como gatos recién nacidos; ¿qué va a ocurrir sin mí? El país va a sucumbir porque ustedes no saben cómo reconocer a los enemigos».

De los nueve doctores arrestados, solo Yakov Rapoport llegó a ver el advenimiento de la *glasnost*. Tuve la oportunidad de conocerlo a él, a su hija Natasha y a su nieta Vika; los visité muchas veces en el apartamento de Natasha. Hacía mucho que el anciano se había jubilado, pero su memoria era buena y su voz, tan clara como la de un hombre con la mitad de su edad. «Pensé que era mi fin, que era hombre muerto —dijo, recordando su desesperación en la prisión—. Entonces, un día me dejaron salir, aparentemente sin razón alguna. No lo comprendí, hasta que al regresar a casa mi esposa me dijo que Stalin había muerto. Así de simple; fue una suerte para mí y posiblemente para cientos de miles de judíos.»

El furioso antisemitismo de la era de Stalin y la misma «conspiración de los doctores» fueron simplemente dos episodios más entre los incontables «espacios en blanco» de las versiones oficiales de la historia soviética. Las primeras publicaciones sobre el período fueron las memorias de Yakov Rapoport en la revista *Druzhba Narodov* («Amistad de los pueblos») y las memorias de Natasha Rapoport en *Yunost* («Juventud»), ambas en abril de 1988. Padre e hija comenzaron a escribir años antes de la llegada de Gorbachov al poder. Pero no fue sino hasta 1987 cuando pensaron que pronto tal vez sería posible narrar la historia de la «conspiración de los doctores». Natasha visitó a sus amigos Trina y Yuli Daniel en el campo y les leyó su manuscrito. No podría haber elegido mejor público. Yuli Daniel,

junto con Andrei Sinyavsky, habían estado en prisión durante siete años en los sesenta y se contaban entre los primerísimos casos de disidencia. El padre de Daniel era Mark Meyerovich, un afamado escritor judío. Cuando Natasha terminó de leer, Daniel le dijo que era el momento de publicarlo.

A instancias de Daniel, Natasha llevó su manuscrito a *Yunost*, una revista mensual que se hizo famosa por publicar a los talentos jóvenes durante el «deshielo» de Jruschov. Los nuevos directores, gente relativamente liberal, quedaron impresionados. Pero se le dijo que había «demasiados nombres judíos en la historia», demasiada discusión explícita acerca del antisemitismo. Natasha se rió y contestó: «Les dije que me recordaba al chiste de los dos niños que le preguntan a su abuelo: "¿Es verdad que Cristo era judío?". Y el abuelo responde: "Sí, es cierto. En esa época todos eran judíos. Esos eran los tiempos". Bueno, durante la "conspiración de los doctores" esos eran los tiempos». Los directores dijeron que tratarían de publicarlo, pero que no querían «irritar» a los lectores. Le preguntaron a Natasha si podía recordar a «gente rusa buena que la hubiera ayudado». La reunión terminó en algo vago, sin promesas, pero sin rechazo. Los directores todavía no habían recibido la correspondiente venia de sus superiores, de modo que esperaron.

«Luego llegó noviembre y Gorbachov pronunció el discurso sobre la historia —dijo Natasha—. Incluso mencionó la "conspiración de los doctores". Dos días después me llamaron de *Yunost* para felicitarme. Habían decidido publicar el manuscrito. Y me dijeron que no pensara que la decisión "estaba vinculada con el discurso de Gorbachov". Bueno, ¡no, por supuesto que no! Consiguieron que Yevtushenko escribiera el prólogo. Escribió todo un ensayo sobre el antisemitismo, pero los directores insistieron en que debían introducirse modificaciones, ya que también había habido rusos arrestados. Había un párrafo en que hablaba de los rumores de

pogromos en 1953; decía que se preparaban campos de concentración o de trabajos forzosos para llevar allí a los judíos después de que los doctores fueran ejecutados en la Plaza Roja. Discutimos por esa frase, pero qué se podía hacer. También la suprimieron.»

A pesar de los cortes, la publicación de las memorias de los Rapoport marcó el primer ataque de la prensa contra el antisemitismo. «Dimos un paseo por la zona prohibida», dijo Natasha.

Las generaciones de los Rapoport estaban ligadas entre sí de manera natural y poco dramática. Sus relatos, incluso sus frases, convergían en una única línea de pensamiento y recuerdo. La narrativa de la familia no era más que la experiencia judía en la Unión Soviética durante el siglo XX. «Hay toda una era detrás de estos ojos —dijo Yakov—, de Nicolás II a Gorbachov.» Natasha sonrió mientras acariciaba la mano de su padre.

Existía un gran amor entre ellos, pero al mismo tiempo había tensión. «Desde los años sesenta deseé emigrar, pero mis padres se negaron a partir —dijo Natasha—. Ellos tenían miedo y no pude persuadirlos. Decidieron que era demasiado tarde para ellos y que debían morir aquí. Mi madre ya falleció. Conservo cariñosamente su recuerdo y amo mucho a mi padre, pero aun así no puedo perdonarles esto.»

Mientras escuchaba estas palabras, sin duda por enésima vez, la mano izquierda de Yakov Rapoport tembló levemente. No dijo nada; se limitó a mirar la tetera y dejó pasar el asunto. Fingió una especie de despreocupación que sus manos desmentían. Cuando Natasha empezó a hablar del miedo que tenía a que el empeoramiento de la economía «abriera las puertas» a grupos como Pamyat, Yakov dijo con valentía: «Ya lo he visto otras veces. No me asusta».

Pero volvían a temblarle las manos.

Debió de parecerle que habían cambiado muy pocas cosas. A veces, las mañanas de los fines de semana, Yakov Rapoport se asomaba a la ventana de su apartamento y veía a los chicos del Pamyat, con sus camisetas negras, exhibiendo pancartas en torno a la Iglesia de Todos los Santos. «¡FUERA JUDÍOS!» «¡ABAJO CON LA CONSPIRACIÓN JUDEOMASÓNICA!». «También lo he visto antes», dijo Yakov.

Rapoport creció en Crimea. Su primer recuerdo era un pogromo en 1905. «Tenía seis años de edad. Mi padre enseñaba ruso y matemáticas en la escuela. Estábamos en una clase de ciencias cuando los cosacos irrumpieron; la escuela fue destruida. Recuerdo los globos terráqueos hechos pedazos, había vidrios rotos por todos lados, y mi padre resultó gravemente herido. La policía trasladó los cadáveres a la morgue; creyéndolo muerto, se llevaron también a mi padre. Tuvimos la suerte de que uno de nuestros amigos lo vio allí y lo oyó gemir. Estaba inconsciente, bañado en sangre. Sus dedos y manos habían sido quebrados a garrotazos. Al tratar de protegerse el rostro, solo pudieron romperle los brazos. Tardó meses en curarse.

»Nuestro amigo trató de arrastrar a mi padre a través de la puerta de una verja hasta un coche. El director de la escuela estaba allí y gritaba: "¡Váyase de aquí, judío!". Al regresar mi padre al colegio semanas después, los demás profesores lo rehuían. Ni siquiera le hablaban, y finalmente tuvo que dejar la escuela. Esto es lo primero que quedó grabado en mi mente siendo un niño».

En su infancia, a Rapoport también le llegó la noticia del caso Beilis, de Kiev. Bajo el zarismo, el caso provocó entre los judíos una impresión idéntica a la del caso Dreyfus en Francia. En 1911, la policía de Kiev encontró el cadáver de un niño ruso de trece años. Su madre, una prostituta

pobre, acusó a «los judíos» —ese colectivo maquinador— de haber asesinado a su hijo para elaborar pan ázimo para los ritos de la Pascua judía. El «libelo de sangre» estaba muy arraigado en el folclore antisemita de Ucrania, y, por supuesto, era absurdo. Sin embargo, la policía zarista detuvo a un obrero judío, Mendel Beilis, y creía estar convencida de conseguir que lo condenaran. Bajo la atenta mirada de la prensa mundial, la acusación citó a testigos que declararan que ese tipo de asesinatos rituales estaban muy extendidos. «Era una acusación contra todos los judíos, no solo contra Beilis —dijo Rapoport—. En nuestra escuela, más o menos la mitad de la clase creía las acusaciones, y la otra mitad no.» Pero el jurado, compuesto en su mayoría por campesinos ucranianos analfabetos, hizo caso omiso del «libelo de sangre» y absolvió a Beilis.

«Fue un milagro fantástico —afirmó Rapoport—. Preguntaron a uno de los miembros del jurado por qué había votado por absolverlo y respondió, sencillamente: "Por mi conciencia". Luego descubrí que vieron rezar a los campesinos del jurado antes de que pronunciaran el veredicto. Así que, al menos en este caso, la religión era portadora de la conciencia.»

Año tras año en la vida de Rapoport, hubo ataques a los judíos en las escuelas y en los tribunales. Siempre había pogromos y amenazas de ellos. La discriminación, las amenazas de muerte y el desprecio eran el pan nuestro de cada día. Los estudiantes judíos pagaban, incluso, derechos adicionales por estudiar en las escuelas del Estado. «Mi familia jamás fue religiosa, pero todo en mi vida, en la época del zar, me recordaba mi origen», dijo Rapoport.

Alumno dotado para las ciencias naturales, Rapoport decidió estudiar medicina en Petrogrado, la ciudad de los zares, que pronto sería la de la revolución y pasaría a llamarse Leningrado. Petrogrado estaba fuera de la «Zona de Asentamiento», la única región donde podían vivir los judíos,

pero, por alguna razón, la universidad autorizó a Rapoport a estudiar allí. «Con todo, pienso que los zares eran más liberales que los bolcheviques», dijo. Rapoport llegó en 1915 y alquiló un rincón en una habitación.

Aquellos años fueron para él una mezcla de estudios de laboratorio y de revuelta callejera. Todas las mañanas, después de las clases y de visitar la morgue, iba a sentarse en la galería de la Duma, el parlamento ruso, a escuchar las acusaciones de represión e incompetencia acumuladas en contra del zar. Más tarde, salía a la calle a escuchar a Lenin predicar la revolución de los trabajadores desde el balcón del apartamento de la bailarina más rica de la ciudad. Pronto hubo levantamientos por la escasez de alimentos y protestas estudiantiles. «Yo estaba allí durante la primera revolución, la Revolución de Febrero, cuando la caída del zar —dijo Rapoport—. Iba armado con un rifle y una pistola. Junto con los trabajadores ayudé a arrestar a los ministros del zar. Fue una verdadera revolución burguesa ... Pensábamos que tendríamos un Estado constitucional, como en Francia y otros estados de Europa occidental. Pienso que no era una esperanza ingenua.

»Al principio me atrajeron las ideas de la revolución, pero luego me volví más realista. No sentía admiración por la Revolución bolchevique. La veía como una gran amenaza a causa de la masa de analfabetos que arrastraba y que odiaban a los intelectuales. Eso anunciaba la eliminación de los intelectuales. Pensaba que habría caos y tenía razón.

»Lenin estaba rodeado tanto de rusos como de judíos. No existía tal diferenciación por entonces. Había simplemente miembros del Partido, y este asunto étnico no había surgido aún. Pero había un detalle interesante que con frecuencia mucha gente elude. Recuerdo haber leído en las obras completas de Stalin, donde describe el III Congreso del Partido, que había una división entre bolcheviques y mencheviques. En el III Congreso, según

escribió Stalin, la mayoría de los mencheviques eran judíos y la mayoría de los bolcheviques eran rusos. Malinovsky, un amigo de Lenin, decía que en el Partido debería haber habido un pogromo interno. Para Stalin eso no era una broma. Stalin tomó esa sugerencia como una pauta de acción.

»En Crimea, después de la revolución, me tocó ver las cosas terribles que sufrieron los oficiales blancos. Zemlyachka y Béla Kun llegaron a Crimea y comenzaron a elaborar una lista con la gente que había tomado parte en el movimiento blanco. Les prometieron no matarlos, solo deseaban registrar sus nombres. Luego los asesinaron a todos, a muchos jóvenes entre ellos. Aquellos que dieron sus nombres fueron asesinados. Los que no, sobrevivieron. Por ese entonces comprendí lo que ocurría y quién era quién.»

Rapoport se convirtió rápidamente en un eminente patólogo en Moscú. Trató al máximo de evitar la política. Pero, cuanto más conocido se hacía en su ámbito, más difícil le resultaba permanecer al margen. Con Stalin en el poder, muchas veces se le propuso ingresar en el Partido. Rehusó una y otra vez. A finales de los años treinta tuvo problemas, en su calidad de jefe del Comité de Admisión en un instituto médico de Moscú, por no discriminar a los hijos de los «enemigos del Estado» (aquellos que habían sido arrestados o ejecutados sin razón alguna por la policía secreta de Stalin). Rapoport adivinaba que la única razón que le había permitido escapar al arresto y a la ejecución era que el país no podía permitirse el lujo de eliminar a todos sus mejores médicos. «Pero la verdad es que realmente no sé cómo escapé a las purgas —dijo—. ¿Buena suerte, tal vez?»

Durante la batalla de Stalingrado en 1943, punto culminante de la guerra para la Unión Soviética, Rapoport cedió y se inscribió en el Partido «por razones patrióticas y no políticas. Por entonces, el Partido era la única fuerza que mantenía unido al país. Lo que siempre recordaré es la entrevista

que mantuve en la sede central del Partido. Lo primero que me preguntaron fue qué era el sionismo, qué pensaba de él. Yo me enojé, pero respondí: "El sionismo es el movimiento nacional de liberación de los judíos que busca la organización de su propio Estado territorial". Quedaron atónitos».

Natasha Rapoport tenía catorce años cuando sonó el timbre de la puerta. Era la noche del 2 de febrero de 1953. Uno de los amigos más allegados a la familia, el doctor Myron Vovsi, ya había sido arrestado, y los periódicos y la radio habían comenzado una dura campaña de propaganda contra los «asesinos de bata blanca», los doctores judíos.

«Había rumores de que, a efectos de "proteger" a los otros judíos —a los "inocentes"— del odio de las masas, se estaban habilitando campos en Siberia. Pronto serían todos enviados allí —dijo Natasha—. El asunto de cómo ejecutar a los criminales fue ampliamente discutido. Círculos informados en mi clase afirmaban que serían ejecutados en la Plaza Roja. A muchos les preocupaba si la ejecución estaría abierta al público o solo a aquellos con un permiso especial. Alguien consoló a los decepcionados: "No os preocupéis. Seguro que lo filmarán". Yo tenía pesadillas en que veía a Vovsi en el patíbulo.»

Con el insistente sonido del timbre, la policía secreta llegó por su padre. Los agentes revisaron cada cajón y cada libro, y repararon en algunos volúmenes de Freud que servirían de prueba entre los antecedentes judiciales en contra de Yakov Rapoport. Durante la búsqueda, uno de los agentes se hizo una herida en un dedo. Aterrorizado de que la madre de Natasha lo envenenara con yodo contaminado, se negó a ser tratado. «Llamaron a alguna parte pidiendo un automóvil —dijo Natasha— y se

llevaron al agente, muy posiblemente a una clínica especial donde curaría su herida algún médico ruso de fiar.»

El arresto fue para Natasha lo que el pogromo de 1905 en Crimea fuera para su padre: el eje del recuerdo de lo que significa ser judío en un lugar hostil. «Stalin es un cerdo y un criminal —le dijo su madre a Natasha—, pero jamás se lo digas a nadie. ¿Entiendes?» Los amigos de Natasha hacían escarnio de ella, la señalaban en clase. Los niños del barrio se burlaban de ella, diciéndole que su padre había extraído pus de cadáveres cancerosos y lo había refregado por la piel de gente sana. Le arrojaban tomates podridos, piedras y ratones muertos. La policía confiscó todo el dinero, las acciones y las libretas bancarias de la familia. La madre de Natasha vendió los libros de Tolstoi, Pushkin y Hugo para comprar pan y leche. Natasha pasaba noches sin dormir pensando en el momento en que vendrían también por su madre.

Moscú se sumió en una histeria antisemita. Los comités del Partido se reunían en cada colegio, instituto y fábrica para denunciar a los doctores e instar a «los trabajadores» a «estar alertas» ante nuevos conspiradores judíos. En la Universidad Estatal de Moscú, Mijail Gorbachov asistió a una penosa sesión de su agrupación del Komsomol y oyó cómo un laureado coronel, veterano de guerra, denunciaba a su íntimo amigo Vladimir Lieberman. Muchos años después, en una reunión de la clase, Lieberman le dijo a un periodista: «Algunos camaradas oportunistas trataron de criticarme. Yo era el único judío en la reunión del Partido Comunista de la facultad de derecho. Gorbachov había ingresado en el Partido justo antes de ese incidente, pero fue él quien trató de impedir un ataque contra mí. Y lo hizo muy astutamente, usando algunas expresiones poco académicas. Llamó a uno de nuestros viejos y respetados veteranos “una bestia sin carácter”. Eso los paró en seco».

Pero muy pocos se rebelaron. Y muy pocos dejaron de creer que la «conspiración de los doctores» era el preludio de algo más siniestro. A las pocas semanas del arresto, los Rapoport creían muerto a Yakov. Los guardias dijeron que ya no era «necesario» llevar más comida a la cárcel. Durante las purgas, cientos de miles de familias entendían esto como una señal de que sus seres queridos estaban ya muertos.

El 5 de marzo, el director de la escuela de Natasha reunió a todos los estudiantes en un gran salón de actos. El camarada Stalin había dejado de existir, les dijo. Durante cuarenta y cinco minutos, Natasha vio cómo a su alrededor todos lloraban, sus profesores, los alumnos. Ella no podía llorar, pero trató de que no se notara demasiado. «Finalmente nos dejaron ir a casa —recuerda Natasha—. Mi amigo y yo, que volvíamos a casa, comenzamos a conversar sobre cosas completamente distintas y nos pusimos a reír. Habíamos olvidado del todo que Stalin había muerto y que debíamos guardar luto junto con los otros. Mientras reíamos, la gente a nuestro alrededor en la calle se puso furiosa, estaba en estado de *shock*. Tuvimos que correr a casa por temor a que nos golpearan allí, en la calle.»

Tres días después de la muerte de Stalin, acaecida en marzo, hubo una llamada telefónica; al otro lado de la línea, un hombre con voz áspera dijo: «Llamo a petición del profesor, quien me pidió que le avisara de que se encuentra bien y que está preocupado por su familia, ¿desea enviarle algún mensaje?».

¡Estaba vivo! Yakov Rapoport regresó el 4 de abril. Antes de subir al apartamento llamó por teléfono. «No quería que les diera un ataque al corazón al verme», dijo él. En adelante, los supervivientes de la «conspiración de los doctores» se reunieron una vez al año para celebrar ese

día como aniversario de la libertad. Cerca de treinta personas —los doctores que habían sido arrestados y una pequeña lista de otros «sospechosos»— celebraban su supervivencia y la de los judíos de Rusia.

«Ahora solo estoy yo —dijo Yakov Rapoport—. Mi familia y yo lo celebramos solos.»

Cuando Yakov Rapoport regresó a casa era un hombre agradecido. Incluso le resultaba difícil criticar los errores de Nikita Jruschov; «no después de haber liberado a cientos de miles de personas y de haberles devuelto la honra». Pero, para Natasha, la «conspiración de los doctores» fue la línea divisoria entre la infancia y la vida adulta, entre la inocencia y la alienación. El fin del complot significó la liberación de su padre, pero para ella significó un nuevo modo de pensar y de entender la confianza: «Comencé a ver toda la mentira a mi alrededor. Comencé a vivir una doble vida; una vida fuera de mi círculo, donde tenía que ser cuidadosa en lo que hacía y decía, y otra dentro de mi círculo de familiares y amigos, donde podía pensar a mi manera, mi verdadera vida, el momento en que podía ser yo misma.

»Mi actitud hacia la gente había cambiado. Eran muchos los que nos habían traicionado, gente de la que jamás habría sospechado. Dejé de creer en la gente. Comencé a entender, a entender de veras, que yo era judía. Comprendí que ser judío equivalía a ser perseguido. Pasaron años antes de que lo comprendiera, e incluso ahora, quizá, no lo comprenda del todo. A fin de cuentas, estoy privada de la historia judía, de la cultura judía, de la lengua judía.

»Para todos nosotros, esa es la parte más triste. No sabemos nada de nosotros mismos. En nuestro edificio vivió un niño judío, con rostro y

aspecto judíos. Un niñito gracioso. Llegó otro niño de Asia central y hubo una pelea entre ellos. Una madre le preguntó al niño judío por qué peleaba con el de Asia central. El niñito judío dijo: "¡Porque él no es ruso!". El pobre niño ni siquiera tenía idea de que él tampoco era ruso. Lo comprenderá por primera vez cuando llegue un ruso a buscarlo con una orden de arresto o un garrote».

El Estado y el antisemitismo persiguieron a Natasha Rapoport a lo largo de su vida y de su carrera como química. Después de la graduación, ella y los demás compañeros judíos eran enviados a trabajar en industrias, mientras el resto conseguía mejores trabajos en institutos académicos. En una ocasión obtuvo un puesto en un prestigioso instituto, pero se le dijo que no podría llegar muy alto. «No tengo nada en contra de sus capacidades, Natalya Yakovlevna, es simplemente que hay demasiados judíos en nuestro departamento —le dijo uno de los directores del instituto—. El comité regional del Partido Comunista ya está molesto con el jefe de su laboratorio por contratar demasiados judíos. Supongo que usted no querrá que él tenga más problemas.»

En 1978, presenció atónita una versión menos funesta de la «conspiración de los doctores» interpretada en el instituto de su padre. Las autoridades locales recibieron un «dato anónimo» según el cual los pacientes rusos morían, mientras que los pacientes judíos eran sanados. Las cartas acusaban a los doctores judíos del instituto de llevar a cabo experimentos al estilo nazi con sujetos rusos, y que los crímenes eran encubiertos. «En lugar de lanzar las acusaciones al cubo de la basura, las autoridades hicieron una investigación exhaustiva —dijo Natasha, mientras su padre sonreía débilmente ante lo absurdo del suceso—. ¿Puede imaginarlo? La misma vieja historia otra vez. Y adivine qué. Resultó que, después de todo, no hubo nunca tales experimentos.

»Hay algo especial en el *Homo sovieticus*, en esta nación especial: el tipo de antisemitismo aquí es único —dijo Natasha—. Aquí el antisemitismo es político, es un peso en la balanza política. Nuestro gobierno venderá a los judíos o no venderá a los judíos, los dejará ir, o no, dependiendo de lo que obtenga a cambio. Los judíos son una carta en el juego político. Y esto hace que el antisemitismo sea más peligroso, porque uno nunca sabe cómo cambiará la política y qué harán con nosotros la próxima vez.»

Natasha vio frustrados sus intentos por dejar el país y viajar a Israel o a Estados Unidos. Los israelíes le prometieron un puesto inmediato en el Instituto Chaim Weizmann de Jerusalén, pero no pudo convencer a sus padres para que partieran. Su esposo, Vladimir, también dudaba. «Es un hombre muy indeciso —dijo Natasha—. El asunto casi terminó con nuestro matrimonio. Pienso que mi vida habría sido diferente en Israel. Como científica podría haber llegado tan lejos como mis capacidades me lo permitieran. Aquí estoy atrapada, encerrada en una celda.»

Natasha estaba decidida a que por lo menos su hija Vika aprendiera a vivir y a pensar como una mujer libre. Al principio, cuando la niña llegaba cantando y llevando el ritmo de los himnos bolcheviques que le enseñaban en la escuela, Natasha se ponía furiosa. «Le decía que se callara —dijo—, pero a ella le encantaban esas canciones. Cuando traté de contrarrestar las mentiras que le contaban en la escuela y le dije que observara a su alrededor la verdadera vida que la rodeaba, empezó a llorar y a gritar defendiendo lo que se le había enseñado en el segundo y tercer cursos. Luchaba por amor a aquellas hermosas mentiras.»

Pero, a medida que crecía, Vika comenzó a entender las profundas contradicciones entre los textos de la escuela y todo lo que sabía acerca de la verdadera historia de su abuelo y del mundo circundante. Como tantos otros, creció displicente, ajena a todo lo que oliera a vida soviética oficial.

Decidió que de ser posible emigraría. «Al cumplir los trece yo ya sabía que no podría continuar aquí —me dijo Vika—. Estaba todavía en la Unión Soviética, pero sabía que era por un tiempo. El solo hecho de pensarlo me liberaba.

»No le temo a la última oleada antisemita. Esa gente es patética y existirá siempre. Me voy porque no puedo soportar más aquí: las reglas, la psicología, la gris uniformidad de todo. Si me quedo, me asfixio. A menos que un rayo me partiera en dos, podría predecir cada momento de mi vida aquí hasta el día de mi muerte. Deseo tener hijos algún día, pero no lo haré aquí. Echaré de menos a todos, pero partiré.»

Pocas noches antes de partir a Israel, ella y su madre organizaron un extraordinario espectáculo de marionetas para todos sus familiares y amigos. Cerca de setenta y cinco personas se apretujaron en una pequeña habitación. Las marionetas, con voces producidas por los amigos de Vika, representaron la historia de su propia vida y de su inminente éxodo. Al concluir, y con las marionetas ya amontonadas, algunos todavía reían mientras los demás lloraban.

Hasta el momento de su partida, Vika vio reforzadas las razones de su exilio. Esa noche, ella y Natasha conducían el pequeño Lada naranja de esta última por los alrededores de su vecindario en el norte de Moscú. Natasha echó una mirada por el espejo retrovisor y notó que las seguían. Entró en la comisaría de policía local y les dijo: «¿Qué diablos ocurre? ¿Por qué me siguen ustedes?». «Es por su propia seguridad», le dijo el policía.

Natasha estaba furiosa, pero su hija sonrió, como justificando su decisión de partir. Esa noche Vika voló a Budapest y luego tomó la combinación a Tel Aviv. Al partir Vika, Natasha dijo: «Fue la primera noche en muchas semanas que pude dormir bien».

Poco después, visité a Natasha Rapoport una vez más. Con su hija en

Jerusalén y su padre en Moscú, Natasha decía sentirse como «una mujer a medio camino». Cada vez que hablábamos, ella hacía todo lo posible por esquivar la inevitable pregunta acerca de la muerte de su padre y de su larga espera para emigrar. Finalmente ella misma sacó el tema. «Sé en qué está pensando y mi respuesta es sí. Cuando él muera, yo también partiré.»

8

Monumento

Esther no tenía la menor idea de dónde había muerto su abuelo ni de dónde lo habían enterrado. Lo más probable es que le dispararan en la nuca. Y que estuviera enterrado en una fosa común en las inmediaciones de la ciudad de Gorky. Se lo imaginaba, pero no lo sabía.

En la Unión Soviética, imperio de supervivientes del Holocausto y de hijos de supervivientes, esta incertidumbre corrosiva era una condición normal de la vida. Como escribió Hannah Arendt: «El campo de concentración, al convertir la muerte en sí en algo anónimo (haciendo imposible averiguar si un prisionero estaba vivo o muerto), le robaba a la muerte su condición de punto y final a una vida de plenitud». No estoy seguro de haber conocido siquiera a una persona sin un abuelo, sin uno de sus padres, sin un hijo, sin un amigo, sin alguien penando en sus sueños, aún fantasmal por no poder fijar su muerte en el tiempo y el espacio. El superviviente puede por lo general imaginar la muerte de manera genérica (el delantal de plástico negro del verdugo, la fosa en el lodo helado). Pero el sufrimiento continúa por no haber un final. Es como si el régimen fuera culpable de dos crímenes a gran escala: el asesinato y el asalto interminable

contra la memoria. Al hacer de la historia un secreto, el Kremlin transformó a sus súbditos en seres un poco más enfermos, un poco más desesperados.

Despiertos, todos vivían inmersos en las ruinas de sus pesadillas. En sus vidas diarias vivían en apartamentos construidos por prisioneros, navegando por canales excavados por esclavos del Estado. Una tarde en Karaganda —ciudad industrial de Kazajstán que, vista desde el aire, parece un cenicero lleno de colillas de cigarrillo—, me interné en el bosque y descubrí una escuela abandonada. Los mineros del carbón que me guiaban me mostraron los barrotes en las ventanas. «Era una escuela bastante buena, pero también un maravilloso campo de prisioneros», dijo con amargura uno de los mineros. Por «actividades antisoviéticas», su padre pasó un año en una habitación que posteriormente ocuparía el segundo curso. Las salas eran húmedas y un viento cortante se filtraba a través de ellas. En las salas de juego de la planta baja, los verdugos llevaban a cabo sus ejecuciones nocturnas. En el suelo había tuberías de desagüe para recoger la sangre, y cebras y animales salvajes en las paredes para entretenimiento de los niños.

Mucho después hice un nuevo viaje, esta vez a Kolimá, en el extremo este de Rusia, la región de los campos de concentración ubicada justo frente a Alaska. Por lo menos dos millones de prisioneros murieron en Kolimá. Los supervivientes regresaron a sus lugares de origen años atrás, pero el sitio estaba todavía encantado. Alguna vez, el norte de Rusia fue la región de las «gentes pequeñas», cazadores y nómadas: esquimales, yakuts, chukchis, yukagiris, etcétera. Un amigo me dijo que unos cien evenis vivían en el poblado de Godlya, una hora al norte de Magadán. Preguntó si me gustaría conocerlos.

Llegamos a Godlya alrededor de las ocho y media de la mañana. El poblado era un mar de lodo con algunos montones de basura, una tienda vacía, un par de casas de madera hundidas en el lodo y ese tipo de barracas

de cemento que hay en la periferia de casi todas las ciudades soviéticas. Vimos a una mujer —una hermosa esquimal de rostro redondo— caminando ebria por un charco. Nos miró con ojos extraviados y cayó sobre una de sus rodillas. Más adelante, vimos a otras personas, algunas recostadas contra la pared, y a una pareja que intercambiaba una botella sin decir nada. La mitad del poblado estaba en el suelo antes del desayuno. Las mañanas eran siempre así, me dijo mi amigo, y a la hora del crepúsculo difícilmente se hallaba a alguien despierto. Bebían vodka, ginebra, tónico para el cabello, agua de colonia, incluso insecticida. Había sido así durante años. Los evenis fueron arrojados a estos poblados tras haber cazado venados durante siglos en los bosques; en el momento de dejar de deambular se perdieron. Con el fin de crear un eveni soviético más perfecto, o un chukchi, o un esquimal, el régimen arrebató los hijos a sus padres y los «educó» en escuelas estatales, pequeños lugares malsanos ubicados en medio de la nada. Cuando los colegios terminaron con ellos, simplemente ya no quedaban evenis. Ahora hablan pésimo el ruso y no conocen el eveni.

Uno de los pocos hombres sobrios del lugar, un joven rechoncho con un brazo inútil, se presentó a sí mismo. Dijo que su nombre era Viktor. Le planteé mis preguntas más serias. «Los evenis están muriendo —dijo—. No tienen nada que hacer y beben hasta reventar. Yo hablaba eveni hasta los cuatro años. Es lo que dicen. Luego me enviaron lejos, a la escuela. No era en verdad una escuela. Simplemente, nos sentaban allí y se aseguraban de que solo habláramos ruso. De modo que la mayoría de nosotros preferíamos no decir palabra.»

Le pregunté qué esperaba de la vida y si los cambios en Moscú podrían ayudar. En ese momento estábamos rodeados de borrachos. Sus ojos estaban vidriosos y sus cabezas se bamboleaban levemente como maleza en

medio de la brisa. «Estamos acabados —dijo Viktor, mirando a sus vecinos —. Es demasiado tarde. Nos liquidaron.»

Viktor nos condujo hasta otros dos hombres. Llevaban puestos un abrigo ruso y gorras de béisbol de la Universidad de Alaska, que seguramente habían llegado a Siberia flotando por el estrecho de Bering. Eran los únicos en el lugar que trabajaban. Era un trabajo curioso. Con grandes sopletes quemaban el cuero de un enorme puerco muerto hasta dejarlo rosado y seco. Luego lo cortaban en tiras, lo freían y lo salaban. «Es muy sabroso con vodka», dijo uno de ellos. Comida de bar de carretera. Patatas fritas evenis.

Otro hombre, Pavel Trifonov, se acercó a nosotros para observar por un momento ese extraño ritual. «Este es el tipo de cosas que hacemos ahora —dijo—. El Estado no nos permite pescar y ya no quedan venados. A este poblado lo llaman "granja estatal", pero aquí no se ha sembrado nada desde hace mucho tiempo. Casi siempre hay temperaturas bajo cero. ¿Qué se supone que deberíamos sembrar? ¿Limones? Gran parte del tiempo esto es una capa de hielo.»

Le pregunté qué hacía su familia antes de establecerse en Godlya.

«Mi abuelo era trampero y cazador y hacía trueques con los japoneses —dijo Pavel—. ¿Y qué hago yo? Bueno, deambulo por aquí observando este tipo de cosas. No me siento eveni y no soy ruso. No me siento nada. Nos están matando. No, ya lo hicieron. Es un genocidio lento que ya casi toca a su fin.»

¿Cómo poner un límite a estas historias, a este sentido de lo fantasmagórico? Una tarde de invierno en Leningrado visité a Dmitri Lijachov, un distinguido profesor de literatura rusa medieval del instituto de

Leningrado conocido como Casa de Pushkin. Lijachov tenía a la sazón ochenta y cuatro años. Su oficina parecía haber sido diseñada para ignorar todo lo soviético. La sensación al entrar en la sala era lo contrario de lo que ocurre con el exiliado de la narración de Nabokov «La visita al museo», quien se pasea por un museo en Francia y se encuentra mágicamente «no en la Rusia que yo recordaba, sino en la Rusia concreta del presente». Uno entraba en el estudio de Lijachov como si se adentrara en otra época. Estaba el gran diccionario de Dal de la lengua rusa, un reloj prerrevolucionario, un sorprendente retrato de Pushkin en el lugar que debía albergar el frío rostro de un secretario general. Pero de algún modo evitaba la farsa. No era fantasía, sino un acto de atención y desafío. En una ciudad donde habían sido quemados miles de volúmenes de la biblioteca central, donde los Rembrandt colgaban, inútiles, de las paredes del Hermitage, Lijachov había creado una sala idealizada en la cual leer y pensar.

«Ante todo, me gusta el silencio —me dijo esa tarde de invierno—. Rusia es un Estado bullicioso.» Cuando era niño, Lijachov presenció las revoluciones de Febrero y de Octubre desde su ventana. Una década más tarde, tuvo una visión aún más cercana del auge de la civilización soviética, cortesía de cinco años en un campo de trabajos forzosos. Lijachov fue arrestado en 1928 por participar en un grupo literario llamado Academia Cósmica de Ciencias. Para su postulación como «académico», Lijachov presentó un trabajo humorístico acerca de la necesidad de reintegrar la letra «yat» en el idioma. Los bolcheviques eliminaron la letra como parte de la campaña de «modernización» del ruso después de la revolución. Más tarde, uno de los examinadores injurió a Lijachov por atreverse a desperdiciar el tiempo en tales cosas. «¿Qué quiere decir con eso de reforma de la lengua? —vociferó el examinador—. ¡Tal vez ni siquiera tengamos idioma bajo el socialismo!»

Lijachov pasó casi toda su condena en Solovki, un campo de trabajos forzosos establecido por Lenin en 1920 en una isla del mar Blanco. El monasterio de la isla había sido usado anteriormente como prisión, pero una simple cifra nos da alguna idea sobre la diferencia entre la represión zarista y el terror bolchevique. Desde el siglo XVI hasta el final de la dinastía de los Romanov en 1917, hubo un total de trescientos dieciséis presidiarios en Solovki. En una sola noche, la del 28 de octubre de 1929, Lijachov oyó como trescientos hombres eran asesinados a tiros.

«Era otoño y mis padres me habían venido a visitar. Habíamos alquilado la habitación de uno de los guardias —explicó una vez—. Un hombre vino corriendo a verme aquella noche, diciendo que los guardias habían ido poco antes a los barracones a buscarme. Bueno, les dije a mis padres que tenía que irme porque tenía turno de trabajo esa noche y que no debían quedarse en pie esperándome. No podía decirles que los guardias venían a buscarme para asesinarme. Me oculté detrás de un montón de leña para no darles el gusto de encontrarme.

»Mientras tanto, las ejecuciones estaban en su apogeo. No pudieron hallarme. Por lo tanto, me incluyeron en esa cifra, ya que se suponía que yo debía estar entre los trescientos. De modo que asesinaron a alguien en mi lugar. A la mañana siguiente, al salir de mi escondite, era otro hombre. Han pasado muchos años desde entonces, más de medio siglo, sesenta años de hecho, y aún no puedo olvidarlo. Exactamente trescientos hombres habían sido asesinados así, simplemente como advertencia ... Trescientos disparos, uno por cada hombre. El verdugo estaba borracho, de modo que no fue capaz de matarlos a todos inmediatamente. Sea como fuere, lanzaron todos los cuerpos dentro de un gran pozo. El verdugo es mayor que yo y aún está vivo.»

Poco después del caso de Nina Andreyeva en la primavera de 1988, me encontraba caminando por el Arbat, una zona comercial y peatonal del centro de Moscú, cuando vi a una mujer joven de veintitantos años recogiendo firmas, cosa que resultaba peligrosa incluso en 1988. Me había tocado presenciar el arresto de gente en el Arbat y cerca de la plaza de Pushkin por repartir octavillas u organizar una protesta «no autorizada». Sasha Podrabinek fue arrestado varias veces por distribuir en la calle su periódico clandestino, *Express-Jronika*.

Una media docena de personas se arremolinaban en torno a la mujer. Una pareja firmó mientras los demás se mantenían a cierta distancia escuchando, dejando pasar el tiempo. La muchacha dijo llamarse Elena y la solicitud, un fajo de hojas muy delgadas que el viento movía, era a favor de un nuevo grupo «histórico antiestalinista» llamado Monumento.

El grupo Monumento pretendía, según Elena, «dar nombre» a las víctimas de la época de Stalin; deseaban construir monumentos y centros de investigación. Cuanto más le explicaba ella al grupo, más me daba la impresión de que su objetivo era la construcción de una especie de Yad Vashem soviético, el centro conmemorativo de Jerusalén dedicado a la memoria de los seis millones de judíos asesinados en el Holocausto. Ella siguió hablando de «los nombres», de devolverle su nombre a la gente, y, estando allí de pie, recordé mi visita a Yad Vashem cerca de veinte años atrás, cuando ingresé en una inmensa y oscura biblioteca, en una sala llena de enormes volúmenes que contenían el nombre de los fallecidos. Hasta ese momento, ni siquiera había comenzado a comprender la magnitud del Holocausto. Tuve un profesor que nos pidió que imagináramos a los habitantes de cuatro o cinco barrios de Nueva York asesinados en las cámaras de gas. Pero fue tan solo en aquella sencilla sala, rodeado de los nombres de todos ellos, que pude experimentarlo. ¿Y qué había escrito

Solzhenitsyn? ¿En cuántas estimaba el número de víctimas del régimen soviético? ¿Sesenta millones?

La joven me indicó cómo obtener más información acerca de Monumento. Me dijo que debía buscar a Lev Ponomarev o a Yuri Samodurov, activista en pro de los derechos humanos y amigo de Sajarov. Lev Ponomarev vivía en la periferia de Moscú, en un barrio que tiene edificios de apartamentos por un lado y hectáreas de bosques de abedul por otro. Era un hombre de unos cuarenta años, pero representaba muchos menos. En contraste con el desgreñado intelectual ruso que describe la leyenda, Ponomarev tenía el aspecto de un astronauta, vigoroso y de cabello corto. Con su hija irrumpiendo de tanto en tanto con un chillido y con anuncios acerca del clima («¡montones de nieve!») o de la cena («¡está a punto!»), Ponomarev me puso al día en cuanto al origen de Monumento. Dijo que tanto él como la mayoría de los demás intelectuales, hombres de veinte, treinta y cuarenta años, vieron el advenimiento de Gorbachov con escepticismo. Pero cuando se liberó a Sajarov de su destierro, dijo: «Comenzamos a dejarnos convencer».

«Como mucha gente —dijo Ponomarev—, yo pensé que lo que tenía que hacerse al principio, si se quería desmantelar el sistema, era informar a la gente del número de víctimas que hubo, meterle a la gente en la cabeza la idea de que debían erigirse monumentos en honor de quienes habían perecido y que los archivos debían publicarse. Ese es el verdadero comienzo de la *perestroika*. La verdad. Y con eso el proceso se haría irreversible. Sin eso, sin que todo el mundo reconociera que el sistema estaba desprestigiado y era culpable, siempre era posible un nuevo golpe.

»En el invierno de 1987, me reuní con Yuri Samodurov. Formamos un grupo de activistas de alrededor de quince personas. Esto ocurrió en un momento en que surgían muchos grupos informales. Realizamos una

reunión general en el apartamento de alguien. Comenzamos por redactar una solicitud de una página a fin de iniciar una campaña de peticiones. Resultó muy complicado llegar a la redacción definitiva. Por ejemplo, sabíamos que millones de personas habían sido asesinadas, nadie lo dudaba, y aun así no sabíamos si incluir o no la palabra «millones» en nuestro documento. Todavía no teníamos pruebas jurídicas para fundamentarlo. No queríamos desanimar a la gente.»

Los fundadores de Monumento, grupo integrado principalmente por profesores y escritores jóvenes desconocidos, trataron primero de recoger firmas en sus oficinas. Ese parecía el camino más seguro. Pero Ponomarev y los otros descubrieron que rehusaban firmar incluso amigos cercanos a los que conocían desde hacía años.

«Muchos de ellos estaban de acuerdo con nuestros fines —dijo—, pero albergaban sospechas. Uno podía notar que se preguntaban si sus amigos de pronto se habían convertido en agentes y si la petición era una especie de trampa. De modo que decidimos seguir el camino más anónimo de salir a la calle y pedir a los transeúntes que firmaran. Y como deseábamos que nuestra solicitud tuviera fuerza legal, le pedimos a la gente que consignara tanto su nombre como su dirección. Todos teníamos dudas al respecto. Es algo terriblemente peligroso en nuestro país. El nivel de desconfianza es muy elevado. ¡Pero la gente respondió! Después de todos estos años, la gente sí estaba preparada para esto. Fue una experiencia psicológica sorprendente. Descubrimos que la gente ansiaba dar un nombre y una dirección, y eso aun sin saber si éramos o no agentes del KGB. Confiaron en nosotros.»

La gente de Monumento solía salir a la calle en grupos de tres. Uno con un cartel que ponía «Firme esta solicitud»; otro recogiendo firmas, y el tercero con una cita del discurso de Gorbachov en que afirmó que no debían

quedar «espacios en blanco» en la historia. Gorbachov aún gozaba de mucha autoridad y popularidad; por eso, dijo Lev, Monumento supuso que citando las palabras del secretario general podría mantener a raya a la policía. No siempre funcionó. Los grupos con las solicitudes a menudo eran arrestados, hasta que, misteriosamente, cada vez se hizo menos frecuente su reclusión en las comisarías de policía. Intervención divina —o del Partido—, supusieron.

Para saber si el grupo Monumento estaba destinado a convertirse en la sociedad de preservación histórica más importante, se requeriría el concurso de historiadores. Pero esa era una tarea imposible. El ámbito de la historia soviética había llegado a degradarse tanto con los años que la gente de Monumento sentía que no podía confiar en nadie; las personas en las que podía confiar, como Dima Yurasov, no eran profesionales.

Al principio hubo una excepción, un joven profesor llamado Arseny Roginsky. El padre de Roginsky fue arrestado dos veces durante el mandato de Stalin y murió en 1951, en un campo de prisioneros cerca de Leningrado, cuando su hijo mayor tenía cinco años. Claro que, como de costumbre, el KGB no se molestó en comunicar la noticia de su muerte a la familia Roginsky. Todos los meses, hasta 1955, la madre de Arseny enviaba comida a su marido a la prisión, haciendo planes para su eventual retorno. La familia supo que había muerto solo cuando recibió un telegrama informando de que los «paquetes ya no eran recibidos». Más adelante se les entregó a los Roginsky un fajo de documentos en los que se consignaba un ataque al corazón como causa de la muerte. «Cuando vi ese documento yo tenía ocho o nueve años de edad —me dijo Arseny una tarde en la sede central de Monumento—. Vi la estampilla y el sello de la Unión Soviética, y aun así supe que era falso. Nos mentían, y no les importaba cuán absurdas

resultaran esas mentiras. Fue entonces cuando decidí convertirme en historiador.»

Roginsky obtuvo su título universitario en Tartu, una ciudad universitaria de Estonia que tenía un aire al underground académico de Berkeley durante los años sesenta. El profesor más influyente allí —y tutor de Roginsky— era el historiador de la cultura Yuri Lotman. Aunque resultaba imposible dictar cursos y presentar listas de lectura sobre temas considerados «antisoviéticos», Lotman y sus alumnos abordaban la estructura de los textos literarios y culturales de un modo que todos ellos entendían como una crítica muy velada a la sociedad en que vivían. Su resistencia a usar el *novoyaz* (la «neolengua») y a clasificarlo todo dentro de las categorías marxista-leninistas era una forma de disidencia. En Tartu, entre los compañeros de clase de Roginsky estaban Natalya Gorbanevskaya, quien se unió a Pavel Litvinov en la Plaza Roja para la protesta de 1968, y Nikita Ojotin, otro de los futuros líderes de Monumento.

Después de graduarse y trasladarse a Leningrado, Roginsky corrió un gran riesgo. Fundó un grupo clandestino llamado Pamyat, o «Memoria» (que no debe confundirse con el grupo racista y nacionalista del mismo nombre). El Pamyat de Roginsky fue un precursor de Monumento. Trabajando en secreto y con amigos del movimiento disidente, comenzó a elaborar un archivo con documentos occidentales y soviéticos sobre el período de Stalin. Roginsky siguió la pauta dada por Solzhenitsyn en *El archipiélago gulag* y entrevistó a un gran número de supervivientes de los campos de concentración que le relataron sus experiencias. «Por encima de todo, deseaba probar que el estudio de la historia podía realmente existir en este país», me dijo. No fue mucho tiempo antes de que la policía y el KGB anduvieran tras él. Allanaron su apartamento siete veces, le pincharon el teléfono y lo llamaban para interrogatorios. Pero aunque el KGB

obviamente sabía en qué andaba metido Roginsky, este dificultó su acción enterrando cuidadosamente sus cintas y papeles. El KGB jamás halló pruebas, y en 1981 abandonó toda cortesía. Arrestaron a Roginsky y lo condenaron a cuatro años de reclusión en los campos de internamiento. Lo trasladaban de campo en campo para evitar que «infectara» al resto de los prisioneros con ideas antisoviéticas y para asegurarse de que jamás se sintiera demasiado cómodo. Cuando Roginsky regresó finalmente a Moscú en agosto de 1985, Mijail Gorbachov estaba en el poder. Estaba dispuesto a cometer nuevamente el mismo delito. «Tuve que asumir que la historia sobreviviría a la estupidez y la crueldad», dijo.

Durante la primavera de 1988, Monumento fue agregando miles de nombres a las listas de peticiones. Gorbachov planeaba pronunciar una conferencia a finales de junio para sembrar la semilla de un sistema político más democrático, y Monumento deseaba hallar la manera de utilizar el histórico evento para darse a conocer. Para ello, necesitaba apoyo a más alto nivel; precisaba el respaldo de gente que pudiera concitar la atención del ala reformista de la jerarquía del Partido Comunista. Los activistas necesitaban un núcleo de personas que diera cierto peso político a Monumento. Muchos de los nombres eran obvios: Sajarov, por supuesto; escritores como Ales Adamovich, Dmitri Lijachov, Daniil Granin, Lev Razgon, Anatoly Rybakov y Yuri Karyakin; el director de *Ogonyok*, Vitaly Korotich, y Boris Yeltsin, quien se había convertido en una figura mítica tras abandonar el Politburó en 1987.

Y había dos historiadores en la lista. El primero de ellos era Roy Alexandrovich Medvedev. Durante los períodos de Jruschov y de Brezhnev, hubo académicos que se esforzaron por hacer un trabajo honrado, por llevar

a cabo investigaciones al margen del sistema de reglas y archivos reservados del Partido. Mijail Gefter, otro de los tutores de Arseny Roginsky, era muy conocido entre los historiadores occidentales por sus ensayos sobre lo que él veía como la «aberración» estalinista. Los primeros intentos serios de Viktor Danilov por describir el alcance y la brutalidad de la campaña de colectivización también le habían procurado respeto en el extranjero.

Pero, mientras que los historiadores occidentales que trataban de ponderar la envergadura de la catástrofe soviética no poseían más fuentes que los documentos soviéticos publicados, la literatura y los emigrados, un solo historiador de Moscú desempeñó un papel importante en la profundización del conocimiento mundial acerca de Stalin y sus sucesores. La publicación en Occidente en 1971 de *Que juzgue la historia*, de Medvedev, dejó atónitos a los académicos extranjeros con su irrestricta denuncia de Stalin y su clara acumulación de pruebas.

Llegué a Moscú pensando que Roy Medvedev era el hombre que había que conocer. Muchos de mis predecesores, especialmente los corresponsales estadounidenses e italianos, dependían fuertemente de Medvedev para sus análisis y los chismes sobre las altas esferas: quién atacaba a quién, quién sufría un resfriado mortal en el Politburó. Las mismas fuentes del mundo de la política, de la burocracia y del periodismo del Partido Comunista que proporcionaron información para *Que juzgue la historia*, entregaban también a Medvedev píldoras de información que, para los extranjeros, era imposible hallar en otra parte.

Roy y su esposa, Galina, vivían en la calle Dybenko, en un lugar distante de la ciudad, no lejos del aeropuerto de Sheremetyevo. El minúsculo estudio de Medvedev era una meticulosa sucesión de libros y archivos; un uso eficiente del espacio impuesto por la necesidad. Las fichas en las

repisas ponían «Primeros leninistas», «Beria» o «Brezhnev». El hermano mellizo de Roy, Zhores, que había vivido en un sector de clase media de Londres llamado Mill Hill desde su exilio en 1973, había ordenado su despacho de la misma manera. Fuera palpitaba la vida de las calles de Londres, pero, dentro de su habitación, Zhores había recreado Rusia. Durante todo el tiempo de su separación, Roy y Zhores intercambiaron lo que necesitaban con la ayuda de diplomáticos y periodistas occidentales de buena voluntad. Para los libros de Zhores sobre la agricultura soviética y sobre el desastre nuclear de Chernobyl, Roy le enviaba recortes y fuentes de información; Zhores gestionaba los derechos de publicación en lengua extranjera de Roy y le enviaba paquetes de libros, gomas elásticas, sobres, carpetas, calzoncillos, calcetines y zapatos.

Antes de que Gorbachov llegara al poder, Roy Medvedev era considerado un disidente. Tras años de estudio y de enseñanza en escuelas de provincias, Medvedev se tomó el «discurso secreto» que pronunciara Jruschov ante el XX Congreso del Partido en 1956, y el aún más virulentamente antiestalinista del XXII Congreso del Partido, en 1961, como señales de autorización. Año tras año acumuló fuentes primarias de información y entrevistas a funcionarios del Partido, a supervivientes de campos de concentración y a otros testigos de la época. Como académico exploró los límites de lo posible. Pero la osadía de Medvedev era peligrosa. Para cuando terminó *Que juzgue la historia* y la hubo enviado a Occidente para su publicación, Jruschov había dejado el poder y Brezhnev había comenzado ya un movimiento de reivindicación de la imagen de Stalin.

Medvedev, que había mantenido su militancia en el Partido Comunista, pronto fue expulsado de sus filas. Pero, si bien era rechazado por la burocracia, tampoco era aceptado realmente por los disidentes. En sus memorias, Sajarov raramente realiza ataques personales, pero en diversas

apreciaciones deja claro que a comienzos de los años setenta no solo estaba en desacuerdo con el marxismo de Medvedev, sino que tampoco le merecía plena confianza. Sin decirlo directamente, se pregunta si Medvedev no tendría al menos el apoyo tácito del KGB, o algún tipo de insípida relación con este. Otros disidentes fueron mucho menos cautelosos en sus conjeturas.

Me parece difícil creer lo peor. A comienzos de los años ochenta había un guardia del KGB ante la puerta de Medvedev, y dudo que estuviera allí para regalar flores a los visitantes extranjeros. El fantasma asustaba a algunos visitantes, pero no a todos; cuando yo llegué, Roy aún ayudaba a cualquiera que se lo solicitara. Pienso que el hecho de haber perdido la reputación entre los disidentes, y luego entre la *intelligentsia*, tuvo que ver con su negativa a abandonar el marxismo, más que con algún oscuro trato con el Partido y sus órganos. Me resulta extraño que gente que en treinta años jamás se atrevió a abrir la boca, pudiera perdonarse tan rápidamente su propia cobardía y, a la vez, criticar de forma tan brutal la constancia de Medvedev. Este fue un hombre que cobró por primera vez conciencia de su condición de académico durante un interrogatorio en la prisión de Lefortovo a mediados de los años setenta.

«Dígame, camarada Medvedev, por favor —había dicho el oficial del KGB—, ¿habría escrito usted sus libros acerca de Stalin si su padre no hubiera sido enviado a los campos de concentración?»

Durante casi dos décadas antes de que se iniciara la *glasnost*, el KGB había mostrado regularmente interés por Roy y Zhores Medvedev. Zhores era el equivalente de Roy en el mundo científico; biólogo y gerontólogo, escribió acerca del abuso de la genética bajo Stalin y sobre la utilización de los hospitales psiquiátricos como prisiones para disidentes en la era de Brezhnev. En 1970, las autoridades afirmaron que Zhores sufría de

«anhelos paranoicos de reformar la sociedad», y lo recluyeron en un asilo de locos. Solo la intervención de Roy, su presión a través de académicos soviéticos y occidentales, forzó al Kremlin a liberar a Zhores a las tres semanas.

El oficial del KGB en Lefortovo ciertamente había dado con la pregunta clave. «¿Por qué?» Nadie se lo había planteado de modo tan directo ni con tan perversa intención. «Allí me di cuenta de cuán estrechamente ligado estaba mi destino al de mi padre —me dijo un día en su minúsculo estudio —. Sentado en aquella sala de la prisión lo recordé todo.»

Una noche de agosto de 1938 golpearon a la puerta. Era el preludio de la escena de siempre. Con su irreprochable eficiencia y rapidez, los hombres del KGB entraron en la habitación y se dieron a la tarea. Sentados en sus camas, los rubios y delgados mellizos intentaban dilucidar las razones del alboroto fuera del dormitorio.

«¿Por qué vienen tan tarde, camaradas?», oyeron decirle a su padre.

No lograron captar la respuesta.

Durante semanas habían notado que su padre parecía deprimido, que apenas comía. Para ellos era un misterio el motivo por el cual su padre, Alexander Medvedev, respetado oficial del Ejército Rojo y profesor de filosofía e historia en la Academia Político-Militar Tolmachev, había sido despedido de su trabajo. ¿Y por qué ese verano los habían enviado de regreso más temprano del campamento de los Pioneros? Algunos de sus familiares habían sido arrestados, pero los niños no podían comprender lo que su padre entendía demasiado bien, que el principio que definía al terror era su carácter aleatorio. No había ninguna razón para ello, excepto la crueldad —tal vez la patología— de Iosif Stalin y del sistema por él construido.

Al despertar los niños a la mañana siguiente, los visitantes aún estaban

allí, abriendo y cerrando cajones, moviendo muebles, desarmándolo todo. Se abrió la puerta del dormitorio de los niños y entró su padre. Iba vestido con traje militar pero no llevaba puesto el cinturón. Parecía no haber dormido durante días. Sin decir palabra, se sentó en la cama y abrazó a sus hijos. Había algo final y desesperado en su abrazo. Zhores me dijo que aún recordaba la sensación del rostro sin afeitar de su padre raspándole la mejilla. El terror silencioso de su padre era tan obvio, tan físico, que los tres comenzaron a llorar simultáneamente.

Pocos minutos después, los visitantes partieron llevándose a Alexander Medvedev.

Durante los primeros meses después del arresto de su padre, Roy, Zhores y su madre recibieron una serie de cartas de Alexander Medvedev. Escribía desde Kolimá, los campos de concentración del lejano este. Algunas de las cartas del padre eran luego enviadas al Comité Central del Partido Comunista, a la Corte Suprema, a la policía secreta. Todas defendían su inocencia.

«Siempre tuvimos la sensación de que nada de todo eso tenía sentido, que era un error que no podía habernos ocurrido a nosotros —dijo Zhores—. Supongo que todos sentían lo mismo cuando les llegaba la hora.»

Roy y Zhores adoraban a su padre. Había sido un profesor estricto y un modelo intelectual para ellos, instándolos a leer de todo, desde Jack London hasta los clásicos rusos. Sus cartas desde Kolimá no traicionaban ninguno de sus sufrimientos. Se concentraban, en cambio, en el futuro de los niños.

> Queridos Roy y Res:
>
> Finalmente ha llegado la primavera, un invitado poco común en esta zona del país. Estoy muy lejos de vosotros, pero en mi corazón y en mis pensamientos estoy muy cerca, más cerca que nunca. Vosotros llenáis mis pensamientos a diario y sois el objetivo y la esencia de mi vida. Estáis a las puertas de convertiros en jóvenes. Quisiera tanto estar junto a vosotros y entregaros toda mi

experiencia y libraros de los errores de juventud... Pero el destino lo ha querido de otro modo. No deseo que mi ausencia traiga tristeza a vuestra juventud.

Lo principal es que estudiéis constantemente y no os limitéis simplemente a los programas de la escuela. Utilizad vuestro tiempo ahora que vuestra percepción y vuestra memoria son especialmente agudas. Tratad de disciplinaros en vuestro trabajo, pues incluso un hombre mediocre puede lograr mucho si es disciplinado. Sois niños capaces y talentosos. Debéis aprender a pensar y a ser muy organizados. Por encima de todo necesitáis paciencia. Debéis aprender a sobreponeros a las dificultades sea cual sea su magnitud. Lamento el tono de prédica ...

Os ama,
vuestro padre

Durante el invierno de 1941, la familia Medvedev recibió una carta de Alexander diciendo que estaba en el hospital y que necesitaba vitaminas. Pocos meses después llegó de vuelta, sin abrir y timbrada, una carta que le habían enviado a Kolimá. El sobre rezaba: «El dinero es devuelto habida cuenta de la muerte del destinatario». Durante un tiempo la familia no pudo aceptar esta realidad tan obvia y continuó enviando paquetes. Pero en cada ocasión eran devueltas con el mismo sello negro.

Siendo adolescente, su madre le dijo a Roy: «No seas filósofo ni historiador. Es demasiado peligroso». Y demasiado doloroso. En los años cuarenta, mientras estudiaba en la Universidad Estatal de Leningrado, comenzó a investigar por su cuenta. Lentamente empezó a desenmascarar a quien había traicionado a su padre. En pleno auge del terror, Boris Chagin era oficial militar y agente de inteligencia del NKVD, precursor del KGB. Fue autor de numerosas cartas difamatorias en contra de sus compañeros de armas. Aquellas misivas ayudaron a enviar a muchos hombres, entre ellos a Alexander Medvedev, a los campos de concentración. Roy descubrió en Leningrado que Chagin ocupaba un prestigioso cargo en el mismo departamento de historia en el que él estudiaba. Chagin era profesor de materialismo dialéctico.

Los hermanos Medvedev se mantuvieron a distancia observando al

hombre que había traicionado a su padre. Sobre todo Zhores hizo un completo estudio de los libros de Chagin: *La lucha del marxismoleninismo contra la filosofía del revisionismo* y *La lucha del marxismo-leninismo contra la filosofía reaccionaria*. No emprendieron acción alguna. No se enfrentaron a él. Simplemente aprendieron. «Sentí desdén por él, pero no sentí ni odio ni deseo de venganza», dijo Zhores.

Años más tarde, mientras entrevistaba a supervivientes de los campos de concentración para *Que juzgue la historia*, una mujer llamó a Roy a su casa. «¿Es usted el hijo de Alexander Medvedev?», preguntó ella. Él contestó que sí, y la mujer lo invitó al apartamento que compartía con otros supervivientes de los campos de concentración de Kolimá. Allí, por primera vez, Medvedev oyó la historia de la muerte de su padre, cómo se había herido un brazo en un accidente mientras trabajaba en una mina de cobre, y cómo había sido enviado posteriormente a trabajar en un invernadero. Enfermó de cáncer y fue ingresado en la enfermería del campo de concentración. Los pacientes solo se enteraron de la muerte de su amigo cuando vieron al capataz del campo caminando como un pavo real por el patio cubierto de barro. Llevaba puesta la chaqueta oscura de lana con que Alexander Medvedev llegara a Kolimá.

A pesar de todos sus antecedentes como académico, Roy Medvedev no era hombre para Monumento, y Monumento no era para él. Aunque era miembro formal del «comité público» del grupo, Medvedev no participaba en las reuniones e incluso dudaba de su valor. Roy creía en Gorbachov y en el Partido como único cuerpo legítimo de poder. Monumento le olía a populacho, a algo que no tenía razón de ser.

El hombre que muy pronto asumió el liderazgo de Monumento como su

político-académico más importante era un reconocido hipócrita, un hombre calculador que había pertenecido al comité editorial del *Kommunist* y que fue instructor de la Escuela Superior de la Liga de Jóvenes Comunistas. Yuri Afanasyev no se hacía ilusiones acerca de su pasado. «Durante más tiempo de lo que quisiera recordar, estuve con la mierda hasta el cuello.»

Su influencia era enorme. El año en que llegué a Moscú, Afanasyev era ya el maestro de ceremonias del movimiento democrático. Prácticamente en todo encuentro al que uno asistiera —en las sesiones de la Tribuna de Moscú los sábados por la mañana, o en las charlas sobre Stalin— era Afanasyev quien estaba ante los micrófonos, moderando, presentando, exponiendo. Era un especialista en historiografía francesa, aunque más bien parecía el entrenador de fútbol americano de un instituto de secundaria por su cuello de rana y su pecho prominente. Exhibía esa seguridad en sí mismo de quien ha dirigido muchas reuniones de comité, primero en la Liga de Jóvenes Comunistas (el Komsomol) y más tarde en la oposición radical.

Su metamorfosis fue más digna de lástima que de risa. Era un hombre que jamás habría corrido el riesgo de defender a Roy Medvedev en los años setenta, pero que luego, a finales de los ochenta, lo atacó como «un reaccionario inútil». Pienso, sin embargo, que al margen de toda conjetura sobre su persona, de su aspereza, el análisis de Afanasyev acerca de la situación del país y su destino era tremendamente perspicaz. Había momentos en los que Afanasyev, por su arrolladora confianza, me hacía recordar a Norman Mailer. Sabía que su vida había estado plagada de errores, pero insistía en hacerse oír. Su campaña en favor del «retorno de la historia», sus tempranos ataques al Soviet Supremo «estalinista-bolchevique» y al propio Gorbachov, precedieron siempre a la corriente. No era muy querido —no tenía la sutileza ni la dignidad de Sajarov—, pero a menudo tenía razón. Por entonces, sin embargo, las predicciones de

Medvedev no eran tan fiables como algún día lo fueran sus chismes. Como cabía esperar, el día en que Eduard Shevardnadze renunciara como ministro de Asuntos Exteriores en 1990 y anunció una dictadura, Medvedev declaró a quienes quisieran oírle que Shevardnadze renunciaba a causa de los problemas en la república de Georgia.

Afanasyev creció en Ulyanovsk, la ciudad natal de Lenin. Su padre, un técnico de reparaciones, fue enviado durante varios años a una prisión del este de Siberia bajo el pretexto habitual: haber sustraído algunos kilos de harina de la granja colectiva para dársela a una familia pobre. «Pero lo extraño es que nosotros no lo sentimos como una desgracia o una tragedia, pues una de cada dos personas que conocíamos estaba en prisión por llevarse las sobras de la granja, o por perder un día de trabajo. Jamás conversábamos sobre Stalin, y yo no albergaba ninguna duda acerca de él», me dijo una tarde Afanasyev en su despacho del Instituto de Archivos Históricos.

Al igual que Gorbachov, Afanasyev era un niño de provincias cuyas excelentes calificaciones le valieron el ingreso en la mejor universidad del país, la Universidad Estatal de Moscú. Como estudiante, dijo Afanasyev, «yo era como cualquier otro. Memorizaba *El curso breve* como un buen joven del Komsomol, como cualquier otro comunista».

La víspera del funeral de Stalin, por la noche, en marzo de 1953, Afanasyev deambulaba por las calles próximas al Kremlin. Decenas de miles de personas se agolpaban en las calles que conducían al Salón de las Columnas, donde se velaba el ataúd de Stalin. La gente estaba histérica, presa del pánico tras la muerte de su dios viviente. Docenas de personas, tal vez centenares, murieron asfixiadas en medio de la muchedumbre enloquecida que quería acceder al salón. Afanasyev logró salir de entre la multitud. Mientras caminaba, oyó a unos borrachos cantando en un callejón.

Jamás había oído un canto tan jubiloso. Los borrachos estaban celebrando la muerte de Stalin.

«Supongo que en la vida hay una o dos veces en que ves u oyes algo que inclina tu existencia levemente en una u otra dirección. Cuando oí a aquellos hombres, bueno, de repente se manchó la pureza de mi conciencia política —dijo Afanasyev—. Sentí el primer instante de duda. No fue hasta tres años más tarde, cuando Jruschov pronunció su discurso, cuando empecé realmente a reconsiderar las cosas con mayor detenimiento, pero fue esa celebración beoda en las callejuelas oscuras de Moscú lo que me hizo empezar a dudar. Jamás volví a ser el mismo.»

Después de licenciarse, Afanasyev trabajó como dirigente del Komsomol en Krasnoyarsk, no lejos de donde su padre había estado preso. Ciertamente, él no era un radical. Creía en las «infinitas posibilidades» del Partido. Él y sus amigos hablaban acerca de las grandes perspectivas de la ideología leninista, de la gran planta hidroeléctrica que ellos —o al menos los trabajadores— construían.

«Ese entusiasmo —dijo—, duró hasta finales de los sesenta, cuando Brezhnev intentó revivir el estalinismo.»

De regreso en Moscú, Afanasyev trabajó en la dirección nacional del Komsomol y decidió seguir sus estudios de historia, especializándose en historiografía francesa. Afanasyev sabía lo suficiente como para mantenerse alejado de la historia soviética —«allí era donde estaban todos los verdaderos idiotas y complacientes»—, pero incluso en su propio campo de estudio se aseguró de glorificar lo obvio y denigrar la «influencia extranjera». Durante años sus publicaciones estuvieron dirigidas a demostrar que los historiadores «burgueses» habían malinterpretado de manera grosera la Revolución de Octubre. Básicamente, dijo, «recorría los textos en busca de sus “notorias insuficiencias”».

Pero, como tantos otros de su generación, Afanasyev desarrolló un pensamiento de doble vía. En su condición de leal servidor de la corriente oficial, fue enviado en varias ocasiones a realizar estudios a Francia. En París leyó libros escritos por disidentes y emigrados. Vivió en un ambiente académico en que podía expresarse un poco más libremente. De modo que al regresar a Moscú había cambiado todavía un poco más. De nuevo había prestado oídos a las voces en la sombra y había dado una respuesta (o al menos parte de él lo había hecho). Poco a poco se le hizo más difícil negarse a la evidencia. Su fe —lo poco que quedaba de ella— se desvanecía. Estudiantes polacos de la universidad le hablaron de las matanzas de oficiales polacos por parte de Stalin en el bosque de Katyn. Afanasyev vio como antiguos profesores de historia de la universidad eran arrestados, o al menos despedidos y silenciados, al desviarse demasiado de la doctrina.

A finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, Afanasyev era profesor titular en el instituto de Moscú y director del *Kommunist*, la principal revista teórica del Partido. Cuando Gorbachov asumió el poder, Afanasyev le escribió una serie de osadas cartas acerca de la situación de la ciencia histórica soviética, instándolo a usar su posición como secretario general para acabar con las restricciones a los estudios académicos y a abrir los archivos del Partido y del KGB. Afanasyev no obtuvo una respuesta directa, pero en 1986 fue nombrado rector del Instituto de Archivos Históricos. Rápidamente empleó su cargo para ofrecer las primeras charlas públicas criticando a Stalin y presentando caras nuevas al público, entre ellas, a Dima Yurasov.

Afanasyev estaba decidido a usar su nuevo cargo para ayudar a ampliar el estudio del pasado soviético. Aprovechando su acceso a por lo menos algunos archivos del Partido, revisó las cartas de Olga Shatunovskaya, una

mujer que había sido miembro del Comité Central del Partido Comunista bajo Jruschov. En dichas cartas, Shatunovskaya decía que había acumulado sesenta y cuatro carpetas con documentos que señalaban que, de acuerdo con datos del KGB y del Partido, entre enero de 1935 y 1941, 19.800.000 personas habían sido arrestadas, y que, de ellas, siete millones habían sido ejecutadas en las prisiones. Sus afirmaciones venían respaldadas por datos específicos que describían el número, el lugar y el año en que habían sido ejecutadas. Aun así, los archivos que ella describía habían sido declarados «perdidos». Al leer esas cartas, Afanasyev comenzó a darse cuenta de que el Partido y el KGB habían destruido probablemente muchos de los documentos más comprometedores de los archivos.

Afanasyev tuvo algunas de sus primeras confrontaciones con la jerarquía del Partido cuando comenzó a insistir en que los académicos profesionales, y no el Comité Central —ni siquiera el secretario general—, debían ser los principales historiadores del país. Aunque el discurso sobre la historia de Gorbachov en 1987 ayudó a iniciar el proceso, Afanasyev decía que tales discursos ya no podían darse. «Mientras existan estas cosas —afirmó— existirá la idea de que la historia debe ser hecha no en los archivos y universidades o por los escritores, sino más bien en los comités y congresos del Partido. De esta manera la historia se convierte en simple servidora de la propaganda política y en una extensión de las políticas del Estado, más que en una esfera de conocimiento en el ámbito de la ciencia y de la literatura. Si el poder desea afirmar su autoridad, entonces debe afirmar con sinceridad que "no estamos en absoluto ligados al régimen anterior".

»Cuando hablamos de la *perestroika* la visualizamos del siguiente modo: el modelo anterior de socialismo no sirvió, así que construyamos un nuevo modelo y llevémoslo a la práctica. Hemos comprendido todo al revés. Debemos renunciar a la idea de la construcción consciente de una sociedad

más perfecta; a toda esa cultura basada en la creencia de ciertas capacidades y oportunidades ilimitadas de la mente humana y en la capacidad de construir un modelo de sociedad socialmente organizado para luego llevarlo a la práctica.

»Los educadores y los pensadores utópicos solían creer que las oportunidades eran ilimitadas. Que la mente humana podía engendrar la idea de una sociedad justa, que esta podía descubrirse sobre una base teórica; y les parecía que aquellas teorías podían llevarse a la práctica. En otras palabras, una sociedad de justicia y prosperidad universales podía construirse con el pensamiento. Estamos viviendo ahora los últimos momentos de esa cultura. Marx y Lenin están desapareciendo. Están siendo barridos de la misma manera en que la “verdad” de los mecanismos newtonianos fue barrida por Einstein y la relatividad.»

Hacia junio de 1988, la victoria de Gorbachov en lo que se conoció como el «asunto Andreyeva» había colmado de esperanzas y de expectativas a los dirigentes de Monumento. Afanasyev y Elem Klimov, el liberal director del Sindicato de Cineastas, decidieron que el XIX Congreso del Partido era la gran oportunidad para Monumento. Habían sido elegidos como delegados al congreso, y ese era el momento de proponer la idea de Monumento a los máximos funcionarios del Partido Comunista.

Afanasyev ya había ayudado a crear la base política e intelectual para el plan de Monumento. Unas pocas semanas antes del congreso , publicó el libro político más importante de la era de Gorbachov, *Perestroika: La única salida*, una recopilación de treinta y cinco ensayos escritos por los principales intelectuales de la generación del «deshielo», hombres y mujeres que se habían convertido en portadores de la antorcha de la era de

la *glasnost*. Mientras que el libro del propio Gorbachov, *Perestroika*, estaba plagado de lugares comunes acerca del Partido, *No hay otro camino* poseía una claridad deslumbrante y abría un gran abanico de posibilidades. Publicado por la enorme editorial estatal Progreso y editado por Afanasyev, el libro parecía un manifiesto clandestino, pero estaba impreso oficialmente y en buen papel. Afanasyev, Mijail Gefter, el especialista en el Renacimiento Leonid Batkin y el periodista Len Karpinsky escribieron ensayos sobre la persistencia del estalinismo y la necesidad de evaluar el pasado con el fin de crear un futuro más humano. De una u otra manera, la necesidad de la verdad, de una visión abierta de la historia, era inherente a cada ensayo de la colección, entre ellos, el análisis de Vasily Selyunin sobre la burocracia soviética; el estudio de Alexei Yablokov sobre los desastres ecológicos; el ensayo de Yuri Chernichenko sobre el «agrogulag» del sistema de granjas colectivas o el artículo de Gavriil Popov sobre lo absurdo del sistema económico centralizado. Casi todos los autores eran académicos y periodistas que se habían mordido la lengua durante años, utilizando eufemismos, o que simplemente no habían abierto la boca. La presencia de un autor, sin embargo, honraba todo el proyecto. La simple inclusión de Andrei Sajarov y su ensayo *La necesidad de la perestroika* mostraba que existía una alianza entre los disidentes y una categoría mucho más amplia, la *intelligentsia* liberal. El artículo de Sajarov no difería mucho de sus manifiestos clandestinos; lo que sí era diferente esta vez era el público. Solo la primera tirada fue de cien mil ejemplares. Hasta regresar del exilio, probablemente no había ni diez mil personas en todo el país que conocieran el nombre Sajarov y no lo asociaran con una figura odiosa a través de las páginas del *Pravda* y del *Izvestia*. En su ensayo, Sajarov escribía que la *perestroika* «es como una guerra. La victoria es una necesidad». Decía que, para comenzar a ganar esa guerra, la cúpula

dirigente debía poner fin a la insensatez en Afganistán, auspiciar una transformación completa del Código Civil, conceder libertad de expresión y acordar una drástica reducción de las armas estratégicas y convencionales. Durante los dos años siguientes, Gorbachov seguiría casi al pie de la letra las recomendaciones de Sajarov.

Unos días después de comprarme mi ejemplar azul y plata de *No hay otro camino*, asistí a una manifestación organizada por Memorial a las puertas de un recinto deportivo de Moscú. Era un día de sol resplandeciente y la gente, en las calles, frente al estadio, se deleitó sin ambages en su libertad coreando eslóganes y portando pancartas que ponían «No a la represión política», «Muerte al estalinismo» o «La bota de Stalin todavía amenaza». Una media docena de autores de *No hay otro camino* pronunciaron discursos en la escalinata. Pero, sobre todo, me impresionó una cosa. No lejos de Sajarov, un joven llevaba una pancarta que, en ruso, decía: «Quiero llamaros a todos por vuestro nombre», el célebre verso del extenso poema «Réquiem», de Anna Ajmatova.

Durante la época del terror de Stalin, Ajmatova pasó diecisiete meses, un día tras otro, haciendo largas colas para averiguar qué había sido de su hijo, al que detuvieron en el período de purgas más intenso. «Un día me reconoció alguien —escribió en el prólogo del poema—. Detrás de mí, en la cola, había una mujer con los labios morados. Como es natural, jamás había oído hablar de mí; pero, de repente, salió del trance tan habitual que todas padecíamos y me susurró al oído (allí todo el mundo hablaba entre susurros): “¿Podría describir esto?”. Yo respond í: “Sí, puedo”. Y entonces, algo parecido a la sombra de una sonrisa atravesó lo que antes había sido su rostro.»

Reproduzco aquí algunos versos porque en ellos Monumento encontró su voz y su credo:

De nuevo las manecillas del reloj se acercan
a la hora inolvidable. Os veo, escucho, toco

a todos: al tullido que tenía que sustentar
con esfuerzo toda la cola; al moribundo;

y a la joven que agitaría su hermosa cabeza y
diría: «Vengo aquí como si esta fuera mi casa».

Me gustaría llamaros a todos por vuestro nombre,
pero han perdido las listas…

He tejido para ellos un inmenso sudario
con las tristes palabras que les oí pronunciar.

Los recuerdo siempre y en todas partes,
y si sellaran mi boca atormentada,

por la que lloran cien millones de mi pueblo,
que también me recuerden…

Y si alguna vez en este país quisieran
erigirme un monumento

consiento semejante honor,
mas con la condición de que

no lo erijan en la costa en que nací:
mis vínculos con ella se rompieron hace mucho;

ni junto al tocón de los Jardines Reales,
donde me busca una joven sombra inconsolable,

sino aquí, donde esperé trescientas horas
y donde nunca, nunca, me abrieron las puertas.

Ni la bendita muerte me hará olvidar
el grito desgarrador de las Marías negras,

el espantoso chirrido de la puerta, la anciana
que gime como una bestia herida.

Y que el deshielo de la nieve caiga cual lágrimas
desde mis párpados de bronce inmóviles,

y que las palomas de la cárcel zureen sobre mí
y los barcos desciendan lentamente por el Neva.

Unos días después de la manifestación, Afanasyev y Klimov hicieron pasar sus inmensas sacas de peticiones por las puertas del Kremlin. Era el día de la inauguración del XIX Congreso del Partido, y los miembros del aparato los miraban con desconfianza. Afanasyev y Klimov presentaron las peticiones a Gorbachov y sus asesores, y esperaron respuesta.

El último día del congreso —tras el dramático ruego de rehabilitación de Boris Yeltsin, después de una guerra acerca de la dirección de la reforma—, Gorbachov tomó la palabra y pronunció un largo discurso. Justo antes de finalizar, dijo que había sido «presentada» una idea, la que hacía eco de una sugerencia similar hecha por Jruschov en 1961: construir un monumento a las víctimas de la era de Stalin. Ahora el Partido debía finalmente aprobar la idea. Las palabras de Gorbachov sonaron artificiales, a ocurrencia tardía. Sin embargo, ese fue uno de los momentos más críticos en la vida emocional y política de la era de la *perestroika*. Aunque el Partido trataría más tarde de obstaculizar al grupo Monumento, aunque trataría de negarles financiación y lugares de reunión, el grupo había sembrado las primeras semillas de una lucha mucho más honda y más impredecible de lo que cualquiera pudiese imaginar.

9

Escrito sobre las aguas

En el preciso momento en que terminaba la manifestación de Monumento fuera del recinto deportivo, el avión de Arnold Yeryomenko aterrizaba. Yeryomenko vivía en Magadán, ciudad que alguna vez fuera la «capital» de la región de Kolimá del archipiélago gulag, ubicado en el Lejano Oriente soviético. El resto de los pasajeros llegaban rendidos tras diez horas de vuelo hasta Moscú a bordo del frío avión de Aeroflot. Lo único que se les había servido había sido un vaso de agua mineral y una raquítica ala de pollo. En cierto modo, Arnold descendió del avión «fresco como una rosa», según dijo. Llegaba a Moscú para una misión.

Yeryomenko era el líder de Iniciativa Democrática, el primer grupo político no comunista de Magadán. Los miembros del grupo decidieron enviarlo como «delegado» al XIX Congreso del Partido. «Pensamos que si la democracia está comenzando en este país, entonces debemos ser también escuchados», dijo. Los miembros hicieron una colecta y reunieron los ochocientos rublos del pasaje.

Antes de partir, Arnold me llamó a Moscú. Me dijo que había oído leer mis artículos en ruso en Radio Libertad. ¿Podíamos reunirnos? Por supuesto. Yeryomenko no solo se las había arreglado para sonar interesante

a una distancia de casi diez mil kilómetros, sino que yo también ansiaba conversar con alguien de Magadán. Magadán siempre había representado lo lejano para mí, una localidad casi mítica, más cerca de Los Ángeles que de Moscú, donde los inviernos duran diez meses y en un día agradable de enero hace cuarenta grados bajo cero. Magadán es la cuna de dos de los mejores libros jamás escritos sobre el estalinismo: las memorias de Yevgenia Ginzburg, *El vértigo* y la novela de su hijo Vasily Aksyonov, *La quema*. Magadán «era en cierto sentido la ciudad más libre de Rusia —escribió Aksyonov—. Allí vivían los deportados especiales y los contingentes especiales, que incluían aquellos clasificados como ESD ("elementos socialmente dañinos") y ESP ("elementos socialmente peligrosos"), nacionalistas, socialdemócratas, católicos, musulmanes, budistas ... gentes consideradas los esclavos más insignificantes y que, por ende, habían desafiado el destino». En junio de 1988, Magadán estaba aún vedada a los extranjeros. La única manera de llegar allí era en una visita guiada al pueblo de Potemkin con el ministro de Asuntos Exteriores. Fue en ese viaje, durante el verano de 1944, cuando el vicepresidente Henry Wallace afirmó que Kolimá era maravilloso y que el jefe de la policía secreta regional, el tristemente célebre general Goglidze, era «un hombre excelente, muy eficiente, amable y comprensivo con la gente».

Me reuní con Arnold bajo la estatua de Lenin, en la plaza de Octubre, cerca de mi edificio. De poco más de cincuenta años, con el pelo gris y finos modales, a lo César Romero, tenía la rapidez y la soltura de un boxeador del peso pluma. «¿Es usted Remnick? —preguntó él—. Venga conmigo, tengo cosas importantes que mostrarle.»

Arnold hablaba tan buen inglés que, cuando cambió al ruso, tuve la incómoda sensación de que lo hablaba con acento estadounidense. Posiblemente solo estaba distorsionando su ruso para no hacerme sentir

mal. Me dijo que había aprendido inglés en la escuela, «pero más que nada escuchando “voces extranjeras”», Radio Libertad, La Voz de América y, especialmente, la BBC. Al parecer, el sistema de intercepción había sido menos efectivo en Magadán que en Moscú. Durante la corta caminata hasta mi apartamento, Arnold me contó que había nacido en 1937, año en que comenzaron las purgas. Su padre era ingeniero y había sido asignado a Magadán por su especialidad técnica. Por aquellos días, Magadán todavía andaba escaso de barracones y puertos para los barcos cargados de esclavos que llegaban en pocos días desde Vladivostok.

«Fue una especie de *boom* urbano asociado al gulag», dijo Arnold con una sonrisa sarcástica; era «la entrada al infierno». Incluso a finales de la primavera, había una gruesa capa de hielo hasta cerca de la orilla del mar. Era en días como esos que los barcos de vapor no podían atracar en los muelles. Para alcanzar la orilla, los prisioneros, muchos de ellos descalzos y andrajosos, debían caminar más de un kilómetro y medio sobre el hielo. Una orquesta del campo de concentración se reunía sobre el hielo y solía interpretar una marcha o un vals para los nuevos prisioneros.

En cierto modo la llegada era un alivio, pues el trayecto había sido infernal. El viaje en tren desde Moscú y la Rusia europea hasta el Lejano Oriente se hacía en vagones de ganado y duraba por lo menos un mes. Los prisioneros iban tan apretujados que se decía que había quienes morían de hambre y eran hallados todavía en posición vertical al final del viaje. En los puntos de embarque en el Pacífico, los inspectores recorrían la fila buscando esclavos. Revisaban los dientes y los ojos de los prisioneros como si estuvieran comprando animales en una subasta. Les pellizcaban los bíceps y los glúteos para comprobar si después de un mes en el vagón de ganado todavía les quedaba tono muscular. En Vanino, a finales de los años

cuarenta, el NKVD tenía un contrato con empresas del Estado para abastecerlas de ciento veinte mil esclavos al año.

El resto de los prisioneros eran entonces amontonados en las bodegas de algún vapor con rumbo a Magadán. A medida que las purgas se convertían en algo permanente durante los años treinta y cuarenta, a Moscú y las demás ciudades grandes llegaban rumores acerca de dicho viaje por mar. Pero ningún rumor podía reflejar el verdadero horror del viaje. El prisionero rumano Michael Solomon escribió acerca de su conmoción al ser lanzado a las bodegas del navío *Sovlatvia* para ser enviado al norte de Magadán. Era una escena, según sus palabras, «que ni Goya ni Gustave Doré podrían haber imaginado»: miles de hombres y mujeres andrajosos, medio muertos y cubiertos de furúnculos y ampollas. «A los pies de la escalera por la que acabábamos de bajar, había un tonel gigantesco en cuyos bordes, a plena vista de los soldados que hacían guardia arriba, las mujeres estaban encaramadas como pájaros y en las posiciones más increíbles. No cabían la vergüenza ni el pudor al trepar por él para orinar o vaciar los intestinos. Uno tenía la impresión de que eran criaturas mitad mujer mitad pájaro que pertenecían a un mundo diferente, a otra época. Al ver a un hombre bajar las escaleras, aunque fuera un simple prisionero como ellas, muchas sonreían y algunas trataban de peinarse el cabello.»

Posteriormente, los oficiales embarcaban a más prisioneros, esta vez no «políticos», sino asesinos, ladrones, violadores y prostitutas. «Cuando vi a esta horda de mujeres simio tatuadas y semidesnudas invadir la bodega —escribió Yevgenia Ginzburg—, pensé que habían decidido hacernos asesinar por mujeres locas. El aire fétido resonaba con sus chillidos, sus feroces obscenidades, su risa salvaje y sus maullidos. Rondaban incesantemente estampando sus huellas, aunque parecía no haber espacio para poner siquiera un pie. Sin pérdida de tiempo, se dedicaron a aterrorizar y a

maltratar a las “damas” —a las políticas—, encantadas de descubrir que las “enemigas del pueblo” eran criaturas aún más despreciadas y humilladas que ellas. En cosa de cinco minutos, aprendimos a conocer la ley de la selva.» Había llegado la hora de alimentarse, y los guardias arrojaron una carga de pan a las fauces abiertas de las bestias confinadas en la bodega.

La matanza continuaba a diario y bajo todas sus formas. A menudo, los barcos quedaban atrapados en el hielo, lejos de la orilla, y la tripulación no tenía más opción que esperar un clima mejor y reservar las raciones de comida para ellos. La espera podía prolongarse durante semanas o meses. Miles de prisioneros morían de hambre y enfermedad. A veces los guardias dejaban los cadáveres en las bodegas junto con los vivos. Otras veces los lanzaban por la borda y permanecían varios días sobre el hielo, descomponiéndose, hasta que finalmente llegaba el deshielo y el mar se los tragaba. Mientras, la embarcación continuaba rumbo a Magadán.

Ese fue el mundo en que creció Arnold Yeryomenko, el paisaje de su infancia y de su juventud. «Los buques atracaban permanentemente —me dijo mientras tomábamos café en la cocina de mi casa—. Recuerdo las interminables colas de prisioneros, cinco mil, seis mil hombres y mujeres harapientos, exhaustos, caminando desde los barcos hasta la orilla y hasta los barracones. En las calles, los guardias los golpeaban incesantemente y a veces se oía el disparo de una pistola. A veces los muertos quedaban tirados en la calle, sin que nadie se tomara la molestia de recogerlos.»

La vida profesional de Arnold quedó truncada. Estudió ingeniería y lenguas extranjeras a comienzos de los años sesenta. Pero, por falta de dinero, intentó hacer negocios en el mercado negro. Fue arrestado y encarcelado durante diez años. Al ser puesto en libertad, no se le permitió vivir en Moscú y regresó a Magadán. La humillación de su arresto y encarcelamiento, junto con la creciente sensación de que la crueldad que

había presenciado siendo un niño era aún parte esencial del orden social de la Unión Soviética, ayudaron a hacer de Yeryomenko un tipo rabioso, un hombre político. En 1981, escribió un libro condenando al Partido Comunista y lo hizo circular en una edición *samizdat*. Esto le valió dos años más en prisión.

Cuando la *perestroika* llegó a Moscú, Arnold cometió la imprudencia de pensar que la reforma llegaba también a Magadán. Creó su grupo, Iniciativa Democrática, se plantó frente al cuartel del KGB —junto con algunos niños y amas de casa— gritando consignas. Fue despedido instantáneamente de su trabajo. El comité local del Partido y el KGB comenzaron a tratar a este ingeniero cesante y a sus jóvenes amigos de Iniciativa Democrática como si se tratara de un ejército invasor. Sus miembros fueron interceptados, acosados y en ocasiones encarcelados mediante acusaciones falsas.

Arnold me dijo que debía viajar a Magadán y comprobarlo por mí mismo. Le dije que siempre había deseado hacerlo, pero que Magadán era todavía una ciudad vetada.

«Bueno, no es necesario que viaje —dijo—, se la puedo mostrar por la televisión.» Sacó una cinta de vídeo del maletín y dijo: «¿Tiene sistema Beta o VHS?». Me explicó que uno de los miembros de Iniciativa Democrática había comprado una cámara de vídeo en un viaje a Alaska. «Es mejor que tener un periódico, lo que, por supuesto, no podemos hacer.»

Después de un momento, en la pantalla se vio a una multitud de aproximadamente dos mil quinientas personas en la plaza central. La plaza Lenin, evidentemente. Había carteles de protesta porque los principales dirigentes del Partido Comunista de la ciudad se habían apropiado de todos los cargos de delegados al congreso del Partido en Moscú. Arnold vociferaba y gesticulaba, exigiendo que el Partido, el «único detentador del poder en este país», permitiera que gente no perteneciente al aparato del

Partido, representara a Magadán ante Moscú. Otro orador apuntaba a la «Casa Blanca», el edificio relativamente elegante que era la sede del Partido, y preguntaba por qué los «comunistas acumulan siempre toda la riqueza». «¡Allí es donde vive la mafia! —aullaba el orador—. ¡Por eso es que tienen que ser protegidos día y noche por la milicia! ¡Son criminales!»

Un tercer orador exigía que un elegante hotel para funcionarios del Partido fuera convertido en una guardería. Era difícil captar todo lo que decían. La policía había ubicado una serie de altavoces cerca de la protesta, con música pop soviética para ahogar la democracia.

El momento más dramático se produjo cuando Ludmila Romanova, funcionaria del Partido local, aceptó la invitación de Arnold para dirigirse a la multitud. La joven mujer pronunció un discurso elevado, pero solo fue capaz de usar el viejo lenguaje del Partido. Les dijo a los manifestantes que se habían reunido «sin la debida autorización del Partido», pero agregó que los trabajadores serían «invitados a participar» en las discusiones sobre nuevas escuelas y los progresos en materia de derechos civiles.

«¡Estamos hartos de sus promesas!» o «¡No queremos sus palabras!» fueron algunas de las réplicas más amables.

Luego Romanova terminó con el manido argumento de la «legalidad soviética».

«Ustedes deben saber —dijo— que, de acuerdo con la Constitución, los derechos políticos otorgados a las personas no deben perjudicar los derechos de otros.» La multitud no quedó muy impresionada con su insinuación y la abuchearon hasta sacarla del estrado.

Ahora Arnold reía. Se levantó de la silla para mostrarme las ventanas de un edificio que aparecía en el rincón superior derecho de la pantalla. «Allí —dijo—, fíjese en ese edificio. Puede ver como los tipos del KGB nos toman fotografías.»

Al día siguiente, Arnold quiso hacer llegar el manifiesto y las demandas de Iniciativa Democrática al congreso del Partido. Nos detuvimos cerca del Kremlin y vimos pasar las limusinas negras que llevaban a los jerarcas del Partido al congreso. «No dejarán que me acerque al palacio», dijo Arnold.

Tras entregar sus documentos en una «sala de recepción» del Partido, fuimos a reservar billetes de regreso a Magadán. De vuelta en casa, nos sentamos frente al televisor para seguir el congreso. Parecíamos fanáticos del fútbol un día de Año Nuevo. No podíamos apartar los ojos de la pantalla. Arnold abucheaba a los conservadores y vitoreaba a los liberales.

«¿Sabe usted lo que acabará con esta gente? —dijo—. La vergüenza. Un día simplemente tendrán que agachar la cabeza.»

Como casi todos los liberales de Moscú, Arnold apoyaba el proyecto de Gorbachov de crear un nuevo poder legislativo, pero sospechaba que estaría integrado por líderes del Partido. Estaba encantado de ver la confrontación de Yeltsin con Yegor Ligachov, su exigencia de rehabilitación y su defensa de un programa de democratización que fuera más rápido y más radical. Ofuscado por la tarea que le quedaba por delante, Yeltsin, con la mandíbula desencajada, evocó en su discurso, y tal vez en su modo, nada menos que el retorno de Nikolai Bujarin y de otros viejos bolcheviques que habían sido víctimas de las purgas y su posterior reintegración bajo Gorbachov en las filas del Partido: «¡Camaradas delegados! La rehabilitación después de cincuenta años de la muerte de una persona se ha convertido ahora en la norma y parece tener un saludable efecto sobre la sociedad. Pero yo vengo a solicitar mi rehabilitación en vida».

Yeltsin atacó también a Ligachov por tratar de meterle prisas y de obstruir la reforma en general. Luego llegó el turno de Ligachov, quien replicó: «¡Boris, usted está equivocado!». Frente al enorme tórax —tipo peso pesado— de Yeltsin, Ligachov parecía un peso pluma de la calle.

Estaba furioso, y acusó a Yeltsin de sentarse en silencio en las reuniones del Politburó. Los tradicionalistas que estaban en el auditorio rugieron en señal de aprobación, mientras la mayoría del país convertía a Yeltsin en un héroe.

Yeryomenko gozaba de este espectáculo liberador. Como millones de sus compatriotas, disfrutaba viendo que el Partido comenzaba, finalmente, a desmoronarse, a exponer su corrupción y sus divisiones. Pero, ante todo, lo que emocionaba a Arnold era que Monumento hubiera obtenido una gran victoria en el congreso. Al permitir la construcción de un monumento a las víctimas del régimen, el Partido, muy a pesar suyo, iniciaba un período de arrepentimiento nacional.

«Al menos el congreso no fue un fracaso total», me dijo en el aeropuerto. Le manifesté que todavía deseaba viajar a Magadán. «Hasta pronto», dijo. Ambos reímos. La posibilidad todavía parecía muy lejana.

Aunque la victoria de Monumento en el congreso del Partido había sido dulce, incluso sus dirigentes sabían que era un triunfo demasiado fácil y superficial. «Stalin murió ayer» era el título del artículo de Mijail Gefter en la recopilación *No hay otro camino*, queriendo decir que el estalinismo lo permeaba todo y a todos en la Unión Soviética. Cada fábrica y granja colectiva, cada escuela y orfanato habían sido construidos bajo los principios estalinistas de las dimensiones gigantescas y la autoridad de hierro. En toda relación —en los negocios, en los autobuses, casi en cualquier transacción simple— la gente se trataba con cautela y desconfianza. Eso también era estalinismo. Solo por entonces la gente comenzaba a preguntarse abiertamente acerca de la eficacia de esta forma de vida. Solo por entonces se les permitía expresar sus dudas por escrito, en libros, en la televisión. «El estalinismo está profundamente enraizado en

cada uno de nosotros —me dijo Afanasyev después del congreso del Partido—. Deshacerse de ese espíritu es lo más difícil de todo. Al lado de eso, lograr que el Partido autorice un monumento no es nada.»

Conocí a un cineasta llamado Tofik Shajverdiyev, originario de Azerbaiyán, que había rodado un documental titulado *Stalin está entre nosotros*. Allí entrevistaba a estalinistas a lo largo de todo el país: a un cosaco en el río Don, a un conductor de taxi en Tiflis, al hombre que había sido guardia de Bujarin durante el juicio. En un momento de la filmación, aparece un grupo de veteranos sentados alrededor de una mesa cantando canciones de alabanza a Stalin. Los antiguos soldados parecen extasiados.

Le hablé a Tofik de mi obsesión con Kaganovich y, en lugar de una respuesta paternalista, se rió y dijo: «La comparto. Pero no quiere abrir la puerta». Últimamente, *Noticias de Moscú* y otros periódicos habían estado tratando de averiguar, mediante entrevistas y encuestas, lo que la gente pensaba de Stalin. La sola noción de una opinión política era algo nuevo. Pero las encuestas eran primitivas, y pensé que Tofik tendría una idea tan pertinente acerca de lo que significaba ser estalinista hoy como cualquier otro. ¿Quiénes eran? ¿Qué querían?

«Son pocas las personas que defienden abiertamente a Stalin —dijo Tof i k—. Pero si usted se refiere a las personas cuyo primer instinto es la pasión por el orden, entonces pienso que está hablando de no menos de la mitad de la población de la Unión Soviética. Ya ve, ahora usamos palabras de moda como «democracia» y «pluralismo», pero son pocas las personas realmente capaces de vivir sin la seguridad de un completo orden y control.

»En un sentido perverso, los disidentes y no conformistas de hoy son estalinistas. Nosotros, los demócratas, nos hemos convertido en mentalidades uniformes. Ignoramos o ridiculizamos la realidad de la calle. Pero, a su manera, los estalinistas van contra la corriente; ese aire de

disidentes, aunque parezca extraño, les confiere una suerte de dignidad. Creyeron en su gran causa y en la creación de una gran sociedad, del comunismo. Ven la democracia y el capitalismo como un sistema en que los ricos explotan a los pobres, mientras en nuestro sistema todos somos pobres. Para ellos, la falta de una mano de hierro es sinónimo de prostitución, sida, emigración a Occidente. Los estalinistas fundamentan su identidad en el recuerdo del gran hombre. Cuando un esclavo besa la mano del amo que lo azota, algo del poder de ese amo recae sobre él. Aparece la creencia en su grandeza.»

Ese espíritu permanece latente, al menos físicamente, en la República de Georgia, entre otros lugares. Como todos los periodistas en Moscú, viajé a Gori, ciudad natal de Stalin. ¡Como si eso fuera a decirme algo! Gori estaba a una hora de viaje a través de las montañas desde la capital de Georgia, Tiflis.

La obra maestra de la ciudad era una de las muestras más espectaculares de *kitsch* sobre el planeta. Con fondos de Moscú, las autoridades del Partido en Gori habían trasladado la casa materna de Stalin —una estructura de dos habitaciones— al centro de la ciudad en 1936. En un intento por convertir una choza en el Olimpo, el Partido había construido columnas neoclásicas enmarcando la casa de la infancia del gran hombre. Las habitaciones tenían la intención de revelar la modestia leninista de Stalin. Una de las habitaciones contenía una sencilla mesa de madera, mientras que en la otra había un retrato de la madre de Stalin vestida de negro. Junto a la casa estaba el Museo de Stalin, tan grandioso como las columnas. Se encontraba cerrado en «espera de una decisión», según el guardia.

La gente que terminaba el recorrido por la casa de Stalin se sentaba bajo los árboles en el parque a comer salchichas y manzanas. Ninguno de los visitantes con quienes hablé manifestó tener problema alguno con Stalin.

Dijeron que el país necesitaba precisamente a alguien como él que pusiera fin a toda la «confusión». Un obrero industrial con el que conversé me mostró un tatuaje en su pecho. Era un impresionante doble retrato de Stalin y Lenin. Le pregunté acerca de Gorbachov. ¿Había espacio para él? «¿Gorbachov? No me pondría su nombre ni siquiera en el trasero.»

Stalin nació el 21 de diciembre de 1879 bajo el nombre de Iosif Vissarionovich Djugashvili. Su padre era un alcohólico que golpeaba a su mujer. Murió joven. De niño, el cuento favorito de Stalin era «El parricida», de Alexander Kazbeg, la historia de un héroe vengativo de Georgia llamado Koba. Después de leer el libro, Stalin insistió en que todos sus amigos lo llamaran Koba. «Se convirtió en su ideal —escribió un amigo de su infancia — Los camaradas del Partido más cercanos a Stalin lo llamaban Koba, a veces hasta el día mismo en que eran fusilados.»

Stalin estudió en un seminario ortodoxo ruso. Los monjes decían que era «rudo e irrespetuoso». Su madre siempre quiso que fuera sacerdote. Cuando la visitó en 1936 —en aquel entonces era ya el líder de la Unión Soviética y planeaba la Gran Purga—, ella le dijo: «Qué lástima que no hayas sido sacerdote».

En 1895 Stalin escribió:

> Sépanlo: aquel que cae como cenizas en el suelo,
> Aquel que jamás sufrió opresión,
> Se elevará más allá de las montañas,
> En las alas de una radiante esperanza.

En 1926, su esposa Nadezhda lo abandonó. Él le rogó que regresara mientras, al mismo tiempo, ordenaba que la policía secreta siguiera sus pasos. Seis años después, tuvieron una pelea a causa de la brutalidad de

Stalin con los campesinos de Ucrania. Al concluir la escena, Nadezhda abandonó la habitación y se descerrajó un tiro. Su hija, Svetlana, diría más tarde: «Pienso que la muerte de mi madre, que él consideró una traición, despojó su alma del último vestigio de calor humano».

Stalin vivió solo durante años en el Kremlin. Uno de sus guardias dijo que intervenía los teléfonos de todos sus asesores y que se pasaba horas escuchando las conversaciones. Alexei Ribin, oficial de la policía secreta y guardia de Stalin, escribió en la revista *Sociological Research* que a este le encantaba ordenar al chófer de su limusina que se detuviera en un costado del camino para llevar a alguna anciana a su casa. «Era simplemente ese tipo de hombre», dijo Ribin.

Siguiendo la tradición homérica, el *Pravda* se refería a Stalin mediante el uso de infinidad de títulos: Líder y Maestro de los Trabajadores del Mundo, Padre de los Pueblos, Sabio e Ilustre Jefe del Pueblo Soviético, El Mayor Genio de Todos los Tiempos y Todos los Pueblos, El Líder Militar Más Grande de Todos los Tiempos y Todos los Pueblos, Corifeo de las Ciencias, Devoto Camarada de Armas de Lenin, Devoto Continuador de la Causa de Lenin, Águila de las Montañas y El Mejor Amigo de Todos los Niños.

Había muchos intelectuales occidentales que adoraban a Stalin. En 1932, en plena hambruna impuesta por el Estado, George Bernard Shaw levantó los ojos de su plato en el hotel Metropol y dijo afeminadamente: «¿Ve usted alguna escasez aquí?». Más tarde agregaría que «se había sacado el sombrero» ante Stalin «por haber producido los alimentos». En un encuentro con Stalin, lady Astor, compañera de viaje de Shaw, le preguntó: «¿Hasta cuándo continuará con la matanza de gente?». «Mientras sea necesario», le contestó Stalin.

Lady Astor cambió rápidamente de tema y le solicitó a Stalin que le consiguiera una niñera para sus hijos.

Después de su audiencia con Stalin, H. G. Wells dijo que jamás había conocido «a un hombre tan sincero, justo y honesto». El embajador de Estados Unidos en Moscú, Joseph Davies, escribió de Stalin que «un niño querría sentarse en sus piernas y un perro querría caminar a su lado».

Stalin, que era bastante bajo, quería un retrato que lo hiciera parecer alto y con poderosas manos. El pintor Nalbandian lo complació, retratándolo desde un ángulo inferior y con las manos enlazadas frente al estómago. Stalin había hecho asesinar a sus anteriores retratistas y quemar sus pinturas. Asimismo, reescribió la publicación oficial *Breve biografía de Stalin*, agregando el pasaje: «Stalin jamás permitió que su trabajo se viera manchado por la más leve insinuación de vanidad, fatuidad o autoadulación».

Stalin falleció de un ataque al corazón el 5 de marzo de 1953. Había afirmado en alguna ocasión que los tiranos que rehusaban usar el terror como arma política eran «vegetarianos». Según Roy Medvedev, las víctimas de Stalin sumaban cuarenta millones. Solzhenitsyn afirma que la cifra es aún mayor, tal vez sesenta millones. El debate ha continuado hasta nuestros días.

Fue el juicio del año. Desde el ascenso de Gorbachov, un abogado jubilado de Jarkov llamado Ivan Shekhovtsov había entablado repetidos pleitos contra diversos intelectuales y periódicos por «difamar a Stalin». Hizo de estos juicios un oficio. Dieciséis hasta la fecha. Esta vez su acusado era el *Vechernaya Moskva*, el periódico vespertino de la ciudad.

STALIN ES EL PADRE DE NUESTRO PUEBLO.
LA DIFAMACIÓN ES EL ARMA SUCIA
DE LOS ANTIESTALINISTAS.

«Saquen esos carteles de aquí», dijo el juez.

Shekhovtsov se sentó en el banco de los testigos tomando notas. Llevaba puesto un traje militar cargado de medallas. Fue artillero de tanque en los frentes báltico y ucraniano durante la guerra, y perdió parte de un pulmón en un bombardeo. Había una media docena de bancos, todos llenos con partidarios de Shekhovtsov. La mayoría eran hombres y mujeres de edad avanzada, y casi todos portaban condecoraciones y medallas de guerra. Se disgustaron por tener que deshacerse de sus carteles, y lo hicieron entre fuertes murmullos. Contenían algunas desagradables afirmaciones acerca de los judíos y los armenios, acerca de Raisa Gorbachov, acerca de Monumento. Llevaban ejemplares de periódicos de derechas, tales como *Nash Sovremenik* («Nuestro Contemporáneo»), que era de la línea dura del nacionalismo ruso, y *Molodaya Gvardiya* («Guardia Joven»), que pertenecía a la línea dura estalinista. Se especulaba si la representante del *Vechernaya Moskva* era judía. ¡Por supuesto!, concluyeron. Tenía que serlo.

«Dedicamos nuestras vidas a la construcción del socialismo, y ahora esta gente —Afanasyev, Adamovich, Korotich— se está deshaciendo del socialismo. Y con éxito», me dijo una mujer llamada Valentina Nikitina, mientras esperábamos el juicio.

También ella era una condecorada veterana de guerra. Dijo que había perdido a muchos amigos y parientes en la guerra, «la mitad de la gente que conocía», y la idea de reformar el sistema y, con mayor razón aún, desmantelarlo, era injusta. «Esta gente es como los húngaros en 1956. Están montando una contrarrevolución. La mayor parte de nuestro pueblo apoya a Stalin como constructor del socialismo. La mayoría de los *kulaks* eran judíos. La policía secreta del canal de Belomor estaba integrada por judíos. ¡El líder era judío! ¡El ingeniero jefe era judío! Solo con que los judíos se trasladaran a una región autónoma, tendrían una vida maravillosa.»

Le agradecí que compartiera sus ideas conmigo y me volví hacia Shekhovtsov. Se le veía imperioso y aburrido. Tamborileaba con los dedos en la mesa de los testigos, asegurándose de que los tres jueces pudieran observar su superioridad, incluso mientras conferenciaban. Shekhovtsov no tenía abogado; era su propio defensor.

A poca distancia, la mujer del *Vechernaya Moskva* se puso finalmente de pie y les dijo a los jueces que el abogado no podría asistir. ¿Podría obtener un aplazamiento? «Está de vacaciones», añadió de modo dubitativo.

Shekhovtsov levantó los ojos al cielo. Se oyeron risas y silbidos entre el público. Los jueces fijaron otra fecha para la audiencia.

«¡Basura, eso es!», dijo mi vecina en voz baja. Todos nos levantamos para partir.

Mientras la gente abandonaba la pequeña sala, la mujer del *Vechernaya Moskva* mantuvo la cabeza gacha y se dirigió con pasos decididos hacia la puerta.

«¡Calumniadora! —gritaba la multitud—. ¡Qué vergüenza!»

En el aparcamiento, los partidarios de Shekhovtsov sacaron sus carteles y lanzaron vítores. Me presenté a Shekhovtsov.

«Supongo entonces que desea entrevistarme —dijo—. Bueno, podría acompañarme hasta la estación. Y tal vez me vendría bien algo de comer, si no le importa demasiado.»

Le pregunté a Shekhovtsov por qué se tomaba la molestia. Por qué gastaba todo su dinero y sus energías iniciando juicios si siempre perdía. Me miró sin enojo, pero condescendientemente. Al fin y al cabo, yo era extranjero y no lo comprendía.

«Soy yo quien está recuperando la verdad histórica —dijo—. Jamás conocí a alguien que hubiera sido reprimido. Hoy, la prensa afirma que en cada hogar todos conocían por lo menos a una persona que hubiera sido

reprimida. En Jarkov, encuesté a ciento cincuenta hogares y en ninguno me dijeron que esperasen una llamada a la puerta. Las cifras que usted oye son todas sensacionalistas, difamación pura. Durante la colectivización de 1929, mi abuelo fue expulsado de su tierra y desterrado. Pero la gente nos regaló comida y vestuario y regresamos al campo a los seis meses. Durante el destierro, mi hermano murió de una inflamación en el pulmón, pero mi madre jamás acusó a Stalin. ¡Fueron los funcionarios locales! ¡Mi madre tiene ochenta y seis años y comprende esto con su mentalidad de mujer!

»Desde el punto de vista de los hechos concretos, Stalin hizo incluso más que Lenin. Probablemente porque vivió más años. Todo el tiempo recibo cartas de gente que añora la época de Stalin, la alegría por el trabajo y el amor por la Madre Patria; esa gente vivía con la frente alta y al son de canciones patrióticas. Hoy no vemos a nadie cantando. Y no se trata de que no haya canciones. Hay falta de fe. Bueno, la gente se olvida. Se les debe recordar. En los años treinta, cuando yo era miembro de los Jóvenes Pioneros y del Komsomol, había un patriotismo sin precedentes en el país. Existía un deseo de sacrificar las necesidades personales en aras del bien de la nación. La gente tenía grandes objetivos y un futuro maravilloso, por eso perseveraban. Stalin está con nosotros y Stalin vendrá. Esa era la disposición mental de toda una generación. Fuimos a la guerra con su nombre en los labios. Él tomó Rusia con un arado de madera y la dejó con una bomba atómica. Un hombre así no puede ser calumniado. Los jóvenes deben aprender su historia.»

En su juicio más célebre, Shekhovtsov acusó a Ales Adamovich, escritor bielorruso y uno de los líderes de Monumento, de calumniar a Stalin en una película titulada *Purificación*. Para Shekhovtsov, Adamovich representaba al «peor tipo de mentiroso, un hombre lo bastante mayor como para saber mejor» quién trataba de descarriar a la juventud de la Unión Soviética.

«La gente ha perdido la capacidad de aprender historia por su cuenta —dijo Shekhovtsov—. Escuchan a Korotich y a Yevtushenko. No leen las historias verídicas que han sido publicadas por el Instituto de Marxismo-Leninismo.»

¿Y Sajarov? Después de todo, Sajarov era ahora director nominal de Monumento. ¿Acaso no era de fiar?

«Bajo Brezhnev, Sajarov estuvo desterrado en Gorky, de modo que no tuvo la oportunidad de hablar de los secretos militares y calumniar al sistema —dijo—. Ahora, bajo la guía de Gorbachov, Sajarov ha vuelto. Pero en desquite trata de calumniarnos y controla el poder más grande del país, Monumento. Monumento puede convertirse algún día en un partido alternativo.»

Shekhovtsov dijo conocer a Nina Andreyeva. Opinaba que era una «trabajadora eficiente». Confirmé que se conocían cuando dijo estar perfectamente convencido de que «la mayoría de la gente que calumnia a Stalin en la madre patria es judía».

Pocas semanas después, Shekhovtsov me llamó para decirme que tenía noticias. Había ganado el juicio contra el *Vechernaya Moskva*. No es que hubiera difamado a Stalin, pero la corte dictaminó que el periódico había calumniado a Shekhovtsov al decir que había usado «métodos estalinistas» al trabajar como fiscal. El periódico publicó una larga disculpa y Shekhovtsov dijo haber obtenido una gran victoria para sí y, sobre todo, para «el buen nombre de Stalin».

«El día que abandone mi causa será el día de mi muerte», dijo.

En el juicio, fui invitado a cenar por una mujer que se describió a sí misma como una «gran amante de Stalin»: Kira Korniyenkova. Era una mujer

madura, cercana a los sesenta años. Oronda y grave, usaba gafas metálicas y llevaba el pelo recogido en un moño. Parecía una profesora de caligrafía que jamás ponía la calificación máxima. Su apartamento era sombrío y descuidado, y estaba atestado de libros. Vivía con dos loros, Tashka y Mashinka. «Hijos míos», los llamó cuando se acercó a la jaula. Nunca se casó. Nunca quiso hacerlo. «Quería ser libre —dijo—. Cuando uno vive con parientes cercanos, siempre se interponen, son un obstáculo. Yo tenía un proyecto y lo estoy cumpliendo.»

Si alguna vez tuvo una pasión, fue Stalin. «Siempre lo amé. He dedicado mi vida a él y a su memoria.» Era una mujer desconectada del tiempo. Pasaba incontables días en la Biblioteca Lenin investigando las «escandalosas acusaciones» de los académicos occidentales y soviéticos que escribían sobre Stalin. Medvedev, Solzhenitsyn, Afanasyev, Roginsky…; para ella eran todos «enemigos». Quería refutar «todo lo que dicen acerca de cómo Stalin había asesinado a millones de personas. No lo hizo. Él solo atacó a los enemigos del pueblo». Algunas veces escribía al Comité Central para protestar por uno que otro punto en la avalancha de artículos de la prensa liberal.

«Siéntase como en casa», me dijo al dejarme en el comedor con los loros. Fue a cocinar. La sala estaba repleta de cuadros de Stalin. Stalin de niño. Stalin con Lenin en Gorky. Stalin en la portada del Pravda. Stalin en uniforme militar blanco. Tenía cientos de otras fotografías en álbumes y cajas de zapatos. Tenía montones de instantáneas envueltas en cintas de seda color púrpura.

—Jamás he visto algo así —dije en voz alta hacia la cocina, como si admirase mi Matisse favorito.

—¡Oh, tengo montones! —gritó desde la cocina—. Mírelas, mírelas...

Vino corriendo por el pasillo a toda velocidad. Comenzó a revisar un

montón de fotografías.

—¡Mire! —me dijo, poniendo algunas de ellas a centímetros de mis ojos —. Cada una muestra una emoción diferente, cada etapa de la vida de ese gran hombre.

Kira se iluminó.

Como un amante de Wagner que viaja todos los años a Bayreuth, Korniyenkova hacía un peregrinaje anual a Gori. A veces iba dos veces al año: una para el aniversario de la muerte de Stalin y otra para celebrar el Día de la Victoria. «Hay mucha gente que piensa como yo. En 1979 nos reunimos allí para el centenario de su nacimiento. Pienso que más de treinta mil personas visitaron el Museo Stalin aquel día. La gente que desea construir un monumento a las llamadas "víctimas de Stalin" debería reflexionar un poquito. No es necesario construir un monumento para gente que estuvo en prisión. Eran culpables de algo. No es necesario construir monumentos para los campesinos ricos que fueron perseguidos. Deberían construir monumentos para los comunistas. Los traidores no merecen monumentos.»

Kira sirvió estofado con patatas. Mencionó, como de pasada, que dos de sus parientes habían sido enviados a los campos de concentración durante las purgas. Su crimen había sido llegar tarde al trabajo.

«Fueron debidamente juzgados», dijo Kira. Me quedé callado. Tashka y Mashinka piaron dentro de su jaula. Kira elevó la voz. «¿Acaso fue culpa de Stalin que mis tíos estuvieran bebiendo hasta tarde y llegaran tarde al trabajo? Debían ser castigados. Soy amante del orden. Creo en el verdadero orden, en una mano de hierro. Soy partidaria de un orden bajo el cual la gente sea responsable por sus actos.»

La comida estaba deliciosa, pero Kira Alexeyevna no comía. Impartía enseñanzas. Se quedaba en trance. Casi llegaba al éxtasis. «¡Ojalá los días

fueran ahora tan felices como entonces —dijo— Cuando ves un documental se aprecia lo animada que estaba la gente, lo contenta que estaba. Tenían el rostro resplandeciente. Usaban herramientas rudimentarias, pero trabajaban y adoraban trabajar. Y ahora se supone que pensamos que el trabajo les importa un pepino. A la gente siempre le parecía maravilloso contarle sus éxitos a Stalin. Yo solo tenía dieciocho años cuando Stalin estaba vivo, pero vi cómo trabajaba mi madre en aquellos años. No trabajaba porque le diera miedo algo, sino por el puro gusto de hacerlo. Los días de desfile en la Plaza Roja eran los más felices de nuestra vida.»

Le pregunté si había visto alguna vez a Stalin. Los ojos de Kira se humedecieron como si repentinamente hubieran sido barridos por el recuerdo de un amor. «La última vez que vi a Stalin fue en 1952. Recuerdo el ánimo de los trabajadores al constatar que no estaba presente ante el mausoleo de Lenin. Estaban de duelo. Pero luego apareció y usted no puede imaginar la felicidad que sentimos. Estaba bastante mayor por entonces y se lo agradecimos con mucho júbilo. Todos estábamos cumpliendo las tareas que él nos había asignado. Estábamos listos para partir a la Luna si él lo pedía. Amábamos a Stalin, creíamos en él con toda nuestra alma.»

Al preguntarle a Kira cómo había reaccionado ante la muerte de Stalin, me lo contó llorando. Después de oír la noticia, dijo, enfermó y durante días no pudo salir del apartamento.

«El día del funeral salí a la calle y se podía oír el ulular de las sirenas de todas las fábricas. Acostumbraban a hacer eso cuando un trabajador dejaba la fábrica para siempre, pero ahora ululaban por Stalin. Hoy en día no sentimos tal pasión por nuestro líder. Cada uno gana su sueldo, pero no hay comida. ¿Cómo puedo creer en estos gobernantes? Creo en las cosas concretas.»

Después de la cena, Kira me dijo que alguna vez había sido amiga

—«bueno, no amiga, pero camarada»— de algunos parientes de Stalin. Incluso había visitado a Molotov en su dacha. Molotov, según ella, tenía «los ojos de la sabiduría». Hasta que murió cuando tenía más de noventa años, Molotov les decía a todos sus visitantes que Stalin había actuado correctamente. Hubo enemigos, y los enemigos, decía, debían ser eliminados.

—Pero ¿no había habido errores? —le pregunté a Kira Alexeyevna—. ¿No cometió jamás un error Stalin?

—¿Errores? —dijo—. Sí, cometió uno. Morir demasiado pronto.

Había otro asistente al juicio de Stalin que yo deseaba conocer: el nieto de Stalin, Yevgeny Djugashvili. Había cuatro nietos de Stalin que aún vivían en Moscú: un ama de casa, un cirujano, un director de teatro y Djugashvili. Los dos primeros se excusaron. Hablé con el director de teatro, un tipo menudo y tranquilo llamado Alexander Burdansky, en su despacho del teatro del Ejército Soviético, un gran edificio en forma de estrella. Durante toda su vida había hecho todo lo posible por distanciarse de Stalin. Se cambió de nombre. («Pienso que Burdansky suena mejor que Stalin, ¿no cree usted?».) Se retiró del ejército y siempre trató de ver a Stalin «del modo en que lo haría un artista».

«Debo cargar con ese peso, pero no tengo la culpa de que haya sido mi abuelo. Yo pienso y actúo como una persona normal. Tengo que extremar mi visión acerca de Stalin. Trato de entenderlo como fenómeno. *Ricardo III*, de Shakespeare, me ayudó a entender a Stalin. No tanto la obra en sí como la biografía de Ricardo. Ricardo había nacido jorobado, pero era talentoso y despierto. De modo que el hombre deseaba demostrar su derecho a ser igual que cualquier otra persona.»

Si bien Burdansky no había logrado deshacerse en su mente de Stalin, al menos le gustaba pensar que sí lo había hecho. Jamás conocí a nadie que

hablara de Stalin con un aire tal de aburrimiento y abstracción. «Considerándolo desde un punto de vista civilizado —dijo profesionalmente—, sería ingenuo mirar a Stalin como el diablo en persona después de que todo el mundo lo viera como el amigo de todos los pueblos, los niños, los animales, la personalidad más destacada de la época, y así sucesivamente. Pienso que él llevó a la práctica correctamente las ideas de Marx. No había otro modo de hacerlo...»

Burdansky sí tuvo un momento de resentimiento público; una aparición en televisión en la que dejó claro que despreciaba a su abuelo. Despreciaba al ala estalinista de la familia. Cuando llamé a Yevgeny Djugashvili por teléfono me dijo: «Solo una cosa. No me nombre a ese papanatas de mi medio hermano. Traicionó a Stalin. A su abuelo».

Djugashvili era hijo de Yakov, quien fuera capturado por los nazis y ejecutado posteriormente sin que Stalin pudiera, o quisiera, conseguir su liberación. El día que lo conocí, Djugashvili, de cincuenta y cinco años de edad, se preparaba para jubilarse de su trabajo en el Ministerio de Defensa en Moscú y para regresar a Tiflis. El sujeto que me abrió la puerta era igual que Stalin; un poco más delgado tal vez, su bigote más parecido a un lápiz que a un cepillo, pero, aun así, la semejanza era increíble. Vestía riguroso uniforme militar y, al principio, se comportó con la formalidad de un miembro del Politburó. Entramos en una sala con varios retratos de Stalin colgados en la pared y un estante lleno de libros militares y del Partido, publicados durante la era de Stalin. Había una mesa sencilla y, sobre ella, una torre de papeles en blanco y varios lápices con buena punta.

«Bueno, veamos la primera pregunta», dijo, mirándome fijamente desde el otro lado de la mesa. No era un tipo ingenuo. No era tan tonto como para creer que un periodista estadounidense pudiera visitarlo solo para hacerle daño; en esto, creo, tenía razón. Pero no había razón para enfrentarse a él.

Simplemente le pregunté qué pensaba de su abuelo, qué pensaba de los ataques en la prensa y dentro del Partido. Era la pregunta que él esperaba.

«Siempre adoré a Stalin —dijo—. Ni el congreso, ni los libros ni los artículos de las revistas, nada podrá cambiar eso y hacerme dudar de él. En primer lugar es mi abuelo, y yo lo adoro.»

Solzhenitsyn era «una basura inmoral» y, en cuanto a Gorbachov, «el Partido ha perdido autoridad, eso es obvio. Se dice que el pez comienza a pudrirse por la cabeza. Y cuando el pez está podrido, la gente se deshace de él. Todo se mueve en esa dirección. Pienso que al final el Partido se desintegrará».

Djugashvili tenía una palabra desagradable para cada una de las personas obvias: Shatrov, Afanasyev, Sajarov, Yeltsin, los líderes de Monumento. Después llegó el turno de las obras de teatro y de los programas de televisión que difamaban a su abuelo. Ciertamente, se mantenía al día. Lo único que parecía levantarle el ánimo era su reciente participación, en el papel de Stalin, en una película de Georgia.

«¡Dicen que soy una verdadera astilla del tronco original!» Enseguida se detuvo y me miró fijamente una vez más. Por un momento pareció que Stalin estuviera allí realmente. Pero Djugashvili rompió el hechizo.

«¡Suficiente! —dijo, golpeando la mesa con la palma de la mano. En su cara se dibujó una extraña mueca—. ¡Usted me gusta! ¡Está decidido! ¡Ahora será mi auténtico huésped!»

En Georgia, un buen anfitrión muestra los alrededores de la granja y la casa de la granja a su invitado. El nieto de Stalin me mostró su cocina y luego las repisas del baño.

«¡Las hice yo mismo! —dijo, pasando los dedos por las repisas—. ¡Y aquí está la habitación... y por aquí... la sala de estar! A propósito, ¿sabe?, jamás conseguí nada por el hecho de ser nieto de Stalin. Aunque,

evidentemente, cuando necesité un apartamento envié una carta a Brezhnev. Me dieron este lugar. Y también me adelantaron en la lista de espera para un automóvil. De modo que no ha sido todo malo.»

«Y esto —dijo, entrando en la cocina— es otra vez la cocina».

Extrajo una botella guardada bajo una mesa. «Esto es cha-cha», dijo, sacando el licor. Luego me colocó una sandía entre los brazos y ambos marchamos de regreso a la sala.

«Sirva dos copas de cha-cha», me dijo. Djugashvili cortó dos gruesas tajadas de sandía con un cuchillo curvo y les echó sal. Se levantó, alzó la copa y esperó. Yo me puse de pie.

«¡Debemos beber por la amistad entre todos los pueblos!», dijo. Me pareció justo y ambos bebimos cha-cha, un trago típico de Tiflis. Al primer sorbo, la bebida no me pareció tan fuerte como el vodka ruso.

Djugashvili se levantó nuevamente. «En un hogar de Georgia el anfitrión hace todos los brindis y, en mi casa, ¡el segundo brindis es siempre por Stalin!»

Sentí que me invadían náuseas y se me debilitaban las rodillas. Pero mantuve mi copa en alto y los ojos fijos en el anfitrión. «La Unión Soviética pagó el precio de la guerra y Stalin estuvo al frente de todo —continuó—. Recibió un país subdesarrollado, con campesinos en botas de fieltro, y lo hizo grande. Y aun así lo maldecimos. ¡Esta gente debería ser castigada y sus mentiras desenmascaradas! Pienso que llegará el día en que el pueblo soviético haga una evaluación. Y entonces... a la salud de Stalin.»

«A la salud de Stalin», dije. Y que Dios me perdone.

A finales de 1988, había sedes de Monumento en más de doscientas ciudades soviéticas. Comenzaba un debate entre los miembros que

deseaban limitar el alcance de Monumento a la represión durante el período de Stalin, y aquellos que pensaban que debía extenderse desde los primeros arrestos y ejecuciones bajo Lenin hasta la muerte del escritor disidente Anatoly Marchenko en un campo de concentración, en diciembre de 1986. En otras palabras, algunos miembros de Monumento ya no hablaban tan solo de las «aberraciones de Stalin», sino de un régimen criminal.

Novy Mir, *Neva* y otras revistas comenzaron a publicar artículos que criticaban no solo a Stalin, sino también a Lenin e incluso a la Revolución. En enero de 1989, Yuri Afanasyev presidió durante dos días un congreso de Monumento. Vadim Medvedev, dirigente del Politburó, trató de impedir la reunión, aduciendo razones de «permiso» y «aprobación». Sajarov llamó a Medvedev y le informó de que el Politburó no tenía razón alguna para inmiscuirse. «Si usted nos impide celebrar nuestro acto, realizaremos el congreso en apartamentos por todo Moscú», le dijo. Medvedev cedió y el congreso se realizó. El Partido Comunista estaba comenzando a perder el control de la historia, y un partido que no puede estar seguro de su dominio sobre el pasado debe inquietarse acerca de su futuro.

Pero, aun ampliando su definición del pasado, el propósito central de Monumento seguía siendo el mismo: honrar a los muertos, devolverles sus nombres. Algunos de los historiadores más jóvenes y algunos voluntarios trabajaron por su cuenta para acumular más información sobre los arrestos, ejecuciones y destierros. Otros realizaron detallados estudios de los textos de enseñanza de historia y obtuvieron una serie de victorias fundamentales al conseguir que el Partido decidiera reescribir los textos escolares, eliminar los exámenes de ideología en la enseñanza secundaria y transformar los cursos obligatorios de marxismo-leninismo y de socialismo científico en cursos tan optativos como los de cestería.

Nadie se tomó más en serio la misión de Monumento que Alexander

Milchakov. Un periodista cuyo padre había sido secretario general de la Liga de Jóvenes Comunistas y jefe de uno de los ministerios de Industria, Milchakov se crió en la Casa del Embarcadero. Siendo un niño, vio como los guardias de los jardines llevaban algo parecido a estuches de violín. «En realidad, eran los estuches de sus ametralladoras —me dijo—. Estaban siempre listos para entrar en acción.»

Cuando lo conocí, Milchakov, que era un hombre de cincuenta años, residía aún en el apartamento de su infancia. En su calidad de figura destacada de Monumento, decidió centrar su labor periodística en una única investigación. Según consigna Roy Medvedev en *Que juzgue la historia*, cerca de mil personas eran asesinadas diariamente en la época más dura de las purgas a finales de los años treinta. Milchakov deseaba saber dónde habían sido enterrados los muertos de Moscú.

El propio padre de Milchakov fue arrestado y pasó quince años desterrado. «En la época de esos arrestos yo tenía ocho o nueve años, pero era curioso y me gustaba merodear por el vecindario. Observaba la reacción de los demás niños cuando se llevaban a sus padres. En esos días se podía reconocer el taconeo de las botas militares en las escaleras. La policía tenía el hábito de no usar jamás el ascensor. Recuerdo con claridad que se llevaron a mi padre por las escaleras, no en el ascensor. Todas las noches estábamos atentos al ruido de las pisadas. La mayoría de los padres creían de veras que había enemigos en el Partido, como también que existía una auténtica lucha política. Siempre se sorprendían de ver que alguien fuera arrestado. Pero la verdadera sorpresa se producía al ver que alguien considerado honesto resultara ser un traidor. Al ser arrestado mi padre y confiscársele sus pertenencias, recuerdo que nosotros, los niños, fuimos evacuados de nuestro propio apartamento y nos sentamos en unos trineos de madera en el jardín, y nadie, ninguno de nuestros antiguos amigos, se nos

acercó o nos habló. Dirigirse al pariente de un enemigo del pueblo era un grave pecado.»

Utilizando fuentes de información publicadas en Occidente y en la Unión Soviética, Milchakov comenzó por averiguar la ubicación de las fosas comunes más grandes en la zona de Moscú: el monasterio de Donskoi, los terrenos de una colonia del KGB en el pueblo de Butovo, el cementerio de Kalitnikovsky, ubicado cerca del mercado de mascotas de la ciudad, el monasterio de Novospassky, del siglo XIV, y la ribera del canal Moscova-Volga.

Una mañana, temprano, mi amigo Jeff Trimble, de *U. S. News & World Report*, y yo nos reunimos con Milchakov frente a la Casa del Embarcadero y nos dirigimos al monasterio de Donskoi. Las floristas, que vestían chaquetas de lino azul y estaban sentadas en las entradas, ofrecían ramos de claveles a cinco rublos cada uno. Milchakov nos condujo hacia el edificio principal del cementerio, el crematorio. Caminamos hacia la parte posterior de la edificación, donde un cuidador había encendido una pequeña fogata con basura. Unas pocas lápidas quebradas estaban repartidas por el suelo.

«¿Ve esta reja? —dijo Milchakov—. Bueno, todas las noches llegaban aquí los camiones cargados con cadáveres y depositaban a los muertos en pilas. Previamente, todos habían recibido un tiro en la nuca —ojalá fuera así— en la prisión de la Lubyanka o en el Colegio Militar. Eran amontonados en viejas cajas de madera para municiones. Los trabajadores calentaban los hornos a mil doscientos grados centígrados. Para que todo fuera más hermoso y oficial, existían incluso testigos profesionales que firmaban los diversos documentos. Después de ser quemados, los cadáveres eran reducidos a cenizas y astillas de huesos, tal vez un puñado de dientes. Por último, las cenizas eran enterradas en un gran hoyo.»

Recorrimos durante unos minutos las hileras de tumbas, elaborados

monumentos que no habrían desentonado en el cementerio de Père Lachaise de París. Nos detuvimos frente a una tumba con la inscripción: «Sepultura de cadáveres no identificados, 1930-1942». Había cuatro tulipanes de plástico enterrados en el suelo y un montón de claveles marchitados que despedían un olor avinagrado. Alguien había puesto también una pequeña figura de san Jorge a los pies del monumento. Milchakov dijo que el hoyo era un cuadrado de seis metros por lado y cinco de profundidad, que al llenarse de ceniza —«kilos y kilos de cenizas»— había sido cubierto con una capa de asfalto por la policía. Dijo que existían rumores de que Bujarin había sido enterrado en Donskoi, pero que no tenía una certeza absoluta de que así fuera.

«Cuando las purgas estaban en pleno auge, los hornos funcionaban toda la noche y las cúpulas de las iglesias y los techos de las casas estaban cubiertos de ceniza. Había una fina capa de ceniza sobre la nieve.»

Nos dirigimos en automóvil hacia el cementerio de Kalitnikovsky, lugar de entierro de miles de cadáveres. En las cercanías había una fábrica de salchichas, un lugar fétido, y Milchakov dijo: «Durante las purgas, todos los perros de la ciudad venían a este lugar. El olor que usted siente ahora era entonces tres veces peor; sangre en el aire. La gente se asomaba a las ventanas y penaba toda la noche, y los perros aullaban hasta el amanecer. De tanto en tanto, se podía ver a un perro caminando entre las sepulturas con una pierna o un brazo entre sus fauces».

En el monasterio de Novospassky, Milchakov nos enseñó la escarpada ladera cerca de la laguna donde el NKVD enterraba los cadáveres acribillados a balazos de comunistas extranjeros: John Penner, del Partido Comunista estadounidense; Herman Remmele, Fritz Schultke, Herman Schubert y Leo Fleig, dirigentes de los 842 alemanes antifascistas arrestados en abril de 1938; Béla Kun y Laiosh Madyr, dirigentes

comunistas húngaros; Vladimir Chopich, del Partido Comunista yugoslavo, y Marcel Pauker y Alexander Dobrodzhanu, de Rumanía.

«Antes crecían los manzanos sobre la ladera, pero los quemaron todos —dijo—. Llevaban a los prisioneros a una habitación del monasterio que denominaban «los baños». Desnudaban a los prisioneros, los pesaban y les disparaban en la nuca. En los registros, esto se denominaba «proceso médico». Les disparaban en posición sedente. Se abría una pequeña ventana detrás del prisionero, y el verdugo se asomaba y disparaba. Usaban este método para evitar ataques, infartos cardíacos e histeria. Amontonaban los cuerpos en una caja como si fueran lápices y los trasladaban en una carreta tirada por caballos hasta el crematorio.»

Milchakov luchaba constantemente con el KGB para que se le permitiera efectuar excavaciones en todos estos sitios. En tiempos de Vladimir Kryuchkov, el KGB de la *glasnost* estaba empeñado en una extraordinaria campaña de relaciones públicas. Kryuchkov trató de humanizar a la policía secreta, y se declaró un gran amante del teatro, de los perros y de los niños. Simultáneamente, el KGB hacía lo posible por aminorar el entusiasmo de Alexander Milchakov. Rechazaban sus solicitudes de documentos, le negaban acceso a Butovo y se aseguraban de seguirlo y acosarlo cada vez que salía a investigar. Pero cuanto más conocido se hacía Milchakov, cuanto más publicidad le daban a sus hallazgos los artículos del *Vechernaya Moskva*, más avanzaba su trabajo. El KGB no lo ayudaba mucho, pero tampoco lo frenaba.

Un par de semanas más tarde, fuimos juntos hasta el límite de la ciudad, cerca de una planta de tratamiento de aguas en la ribera del canal Moscova-Volga. Stalin ordenó la construcción de este canal casi inútil en 1932 y fue terminado en 1937. Los trabajadores eran esclavos, prisioneros, campesinos la gran mayoría, que por poseer un caballo o una vaca eran declarados

kulaks y arrestados. Genrij Yagoda, a la sazón jefe de la policía secreta, los hacía trabajar hasta morir.

Según Milchakov, cerca de medio millón de prisioneros murieron en el canal, el grueso de ellos de frío y agotamiento. Incluso en invierno no se les daba nada que ponerse, salvo una delgada chaqueta. Vivían en barracones inmundos, próximos al sitio de la construcción. Construyeron el canal de 205 kilómetros a punta de pico, pala y carretilla. Su dieta era de hambre. Los científicos han efectuado análisis de los dientes de los prisioneros. Por la forma en que se desgastó el esmalte, da la impresión de que muchos prisioneros comían corteza, raíces y pasto con el fin de complementar el pan y el magro puchero que se les daba.

Milchakov no era un tipo dado a la superstición, pero para poder hallar las sepulturas a lo largo del canal, cuando los testigos y la intuición resultaban inútiles, recurría a varitas de zahorí (de esas usadas para encontrar aguas subterráneas). Él nos había concertado un encuentro con un experto adivino cerca de una hilera de abedules. Milchakov nos aseguraba haber hallado varias extensas fosas comunes con la ayuda de ese hombre. De modo que durante un par de horas observamos en silencio cómo el adivino recorría y daba vueltas por el bosque mientras una bandada de pájaros alborotados sobrevolaba los árboles.

«Alguien más se nos unirá ahora», dijo Milchakov. Me llevó hasta un monumento en el bosque: una gran cruz envuelta con alambres de espino. Había sido erigida por Monumento para honrar a los prisioneros que murieron construyendo el canal. Junto a la cruz había un anciano encorvado que se presentó como «Sergei Burov, pensionista».

Contó que, cuando tenía diez u once años, había vivido cerca de los barracones. Todas las mañanas, al regresar del almacén, los trabajadores lo llamaban para que les arrojara pedazos de pan.

«Envolvía el pan en papel de periódico y se lo lanzaba —dijo—. A veces veía que los guardias los descubrían y les pegaban. Veía también a las cuadrillas de sepultureros. Eran prisioneros. Por su trabajo se les daba vodka para mantenerlos ebrios. Recuerdo que yo corría inocentemente alrededor de ellos, jugando y mirando cómo esos hombres vestidos de presidiarios arrojaban los cadáveres dentro de las fosas. Nuestros padres tocaron el tema diciendo: "Algún tipo de brutalidad se está cometiendo". Simplemente no tenían idea. No querían saber.»

Años después de terminada la construcción del canal, contó Burov, se encontraba caminando una mañana por ahí cerca y vio a unas familias en la ribera. Todos ellos lloraban. Enrollaban trozos de papel, cartas, y los colocaban en botellas. Taparon las botellas y las arrojaron al agua.

«Les pregunté qué hacían y me contestaron que enviaban mensajes a las personas que se habían perdido en el canal —contó Burov—. Me dijeron que tenían la esperanza de que, en el futuro, la gente encontrara las botellas, leyera las cartas y recordara; que estaban enviando los nombres de sus seres queridos al futuro. Escribieron sus nombres en las aguas.»

Segunda parte

Puntos de vista democráticos

10

Mascarada

En 1917, una vez concluido el saqueo del palacio de Invierno y con el poder ya en sus manos, a los bolcheviques les quedaba aún la tarea de conquistar un imperio, de conquistar el corazón y la mente del pueblo. Lenin afirmó que el cine era la expresión artística más importante y envió por tren a todo Rusia películas proselitistas y gente encargada de proyectarlas para hacerle propaganda a la Revolución. También Stalin se percató del valor de este nuevo arte. Si bien su principal medio de persuasión fue la pistola, le indicó al Partido Comunista que el cine era «el medio de agitación de masas más importante». De modo que, en los años que siguieron a la Revolución de Octubre, trabajadores y campesinos asistieron a proyecciones en carpas improvisadas y en vagones de ferrocarril. Vieron allí obras como *Las extraordinarias aventuras del señor Occidente en la tierra de los bolcheviques* y *La huelga*; *Octubre* y *Kino-Eye*, imbuyéndose del espíritu revolucionario.

Pero las nuevas revoluciones traen nuevos medios de comunicación de masas. En 1985, al asumir Gorbachov el poder, su principal ideólogo y propagandista, Alexander Yakovlev, declaró: «La imagen de televisión lo es todo». Yakovlev había sido embajador en Canadá durante diez años y había

pasado muchas horas frente a la pantalla viendo programas de televisión canadienses y estadounidenses. Yakovlev estudió, además, televisión en Moscú. Durante años trabajó en el departamento de ideología del Comité Central. Comprendía como nadie el poder de la televisión como medio de persuasión, coerción y homogeneización en un imperio tan vasto como la Unión Soviética.

Aunque era un país pobre, prácticamente todos los soviéticos tenían televisor. Todos eran telespectadores. Yakovlev sabía que si algún ritual podía unir a los intelectuales bálticos con los campesinos siberianos era precisamente la televisión. Por encima de todo se daba cuenta de lo esencial que resultaba *Vremya* («Tiempo»), el noticiero vespertino oficial, ritual prioritario para cerca de doscientos millones de personas cada noche de la semana.

Stalin fue un tirano no televisado, una especie de dios oriental mágico, invisible y rara vez oído. La tecnología de las comunicaciones de la época le permitía un fácil manejo de su culto. En gran medida, el culto a Stalin fue un fenómeno impreso: historias, periódicos, textos de enseñanza y carteles. Eran muy fáciles de manipular. Sus fotografías en *Pravda* eran retocadas. Sus marcas de viruela se desvanecían. Se lo veía más alto. Podía disimular su brazo lisiado.

Pero, a medida que el sistema se fue soltando un poco y la tecnología avanzaba, el pueblo de la Unión Soviética empezó a conocer más íntimamente a los dirigentes de la era post-Stalin —Jruschov y Brezhnev—, principalmente a través de la televisión y las noticias vespertinas. *Vremya* fue un invento del Comité Central en los años sesenta, un producto concebido para ser la misa mayor de un Estado ateo y cerrado. Los

ideólogos del Partido se esmeraron en esculpir las imágenes y el sonido del programa. Tras una larga búsqueda, descubrieron a su Gran Hermano en Igor Kirillov, un actor modesto y con talento para el engaño. Durante veinte años, Kirillov sería la imagen de *Vremya*. Era un tipo enjuto y con gafas, lo que le daba el inocente aspecto de un amable profesor de matemáticas. Esa era la cara pública del Kremlin.

Kirillov era el maestro de su propia voz y presencia. Usando el gesto o el cambio de entonación más sutil, convertía las declaraciones del Comité Central en revelaciones divinas; era capaz de transformar las noticias más triviales de los países capitalistas de Occidente en pecados contra la humanidad, en una mofa de todo lo bueno y decente. Pero, sobre todo, Kirillov sabía captar la atención de la gente. «Hoy en el Politburó...», comenzaba gravemente, mientras todos los súbditos escuchaban a la espera de instrucciones.

Bajo Gorbachov, Kirillov, al igual que muchos servidores de la ideología, pasó por una experiencia de conversión, fruto de la necesidad. Cuando lo entrevisté en 1991 en los estudios de televisión estatales, el Gran Hermano vestía un jersey y expresaba un arrepentimiento que no era del todo convincente. Estaba agradecido de que se le hubiese concedido una segunda oportunidad y presentaba ahora programas juveniles. Se disculpaba constantemente y llevaba el jersey como si fuera un traje de penitencia. «El jersey demuestra que he cambiado —dijo—. El sistema pudo sobrevivir gracias al servicio ideológico del Partido Comunista y de la televisión. Fue una suerte de hipnosis masiva.» De eso Kirillov parecía realmente arrepentido.

Había sido seleccionado para tan importante papel gracias a su formación en el método Stanislavsky. «Tenía una gran facilidad para convencer a la gente», me confesó. Kirillov recordó la emoción que lo embargó en 1961

cuando Jruschov declaró en la televisión que la Unión Soviética llegaría al comunismo estando él en vida. «Y mientras Jruschov pronunciaba estas palabras, salió el sol y el palacio de congresos pareció iluminarse. "Fijaos", nos dijimos unos a otros, "incluso la naturaleza cree en nuestra causa". Allí fue cuando mi esposa y yo decidimos tener nuestra primera hija. Teníamos la esperanza de que viviríamos bajo el comunismo. Ahora siento vergüenza de haber sido manipulado como una marioneta y de que, a través de mí y de la televisión, se haya engañado a la gente.»

Los productores de *Vremya* sabían precisamente cómo crear la imagen de un imperio y ganarse a la gente, o al menos confundirla. Rodearon a Kirillov del aura y de los símbolos visuales de la grandeza bolchevique. Al decidir qué música utilizar para la apertura del programa, los ideólogos de la televisión descartaron inmediatamente a Mozart y Beethoven. Utilizar música alemana hubiera sido una violación del espíritu imperial ruso.

«La apertura del programa presentaba al Kremlin como el símbolo del imperio. La idea era que la información emanara desde arriba, desde aquella poderosa cima —decía Eduard Sagalayev, que dirigió *Vremya* durante algún tiempo bajo el mandato de Gorbachov—. *Vremya* no solo era un medio para transmitir información, sino también para dictar instrucciones, en especial a los dirigentes provinciales del partido y a la población en general. Era la particular vía de conexión entre la autoridad suprema y el pueblo. Vi personalmente las cartas que las ancianas dirigían a Igor Kirillov, donde decían: "Querido Igor Leonidovich, por favor, dígale a Gorbachov que haga tal o cual cosa". Para mucha gente, Kirillov se situaba justo entre el secretario general y Dios nuestro señor. De hecho, era más que el secretario general pues, al fin y al cabo, era *Vremya* quien prescribía exactamente cómo se debía vivir. Kirillov leía los decretos del Comité Central sin ningún tipo de alteración o síntesis, pues los decretos tenían idéntica categoría a la

de los Diez Mandamientos. Era un fenómeno bíblico. ¿Cómo iba a resumir Moisés los mandamientos que Dios había entregado a los israelitas?»

El ritual de *Vremya* se repetía siempre con la máxima exactitud. Se dejaba muy poco sitio para la improvisación incluso en la era Gorbachov. Si el secretario general partía de viaje al extranjero, los productores de *Vremya* sabían con detalle cómo presentar la escena. Primero, la toma de las autoridades en el aeropuerto junto a una bandera roja con la inscripción «Larga vida al Partido»; luego, los miembros del Politburó, con abrigo y sombrero, saliendo del edificio para esperar junto al avión; a continuación, el propio secretario general despidiéndose, besando a todos y cada uno de sus camaradas en la mejilla; después, el secretario general en lo alto de la escalerilla del avión, saludando con la mano.

«Era un asunto de fe —dijo Sagalayev—. La gente se tragaba los estereotipos; para ellos, los rituales demostraban que todo andaba bien, que todo era perfecto. Incluso los besos en el aeropuerto eran motivo de orgullo y alegría. Los secretarios provinciales del Partido soñaban con el día en que aparecerían en la pantalla partiendo a Zimbabue.»

Cuando Brezhnev chocheaba, una prueba interminable para la nómina de críticos, *Vremya* empezó a hablar mal de él. Para un hombre que apenas podía ejercer el cargo, la televisión era un medio cruel. Leonid Parfyonov, un célebre presentador de televisión de la época de la *glasnost*, me contó con un leve toque de ironía que, después de Andrei Sajarov, el disidente más eficaz de los años setenta era *Vremya*. «Solo entonces el pueblo vio lo decrépitos que estaban nuestros dirigentes —decía—. Veían hablar a Brezhnev, le veían perder el hilo en los discursos, farfullando como un anciano incomprendido, y empezaron a preguntarse: "¿Es este el líder de nuestro fabuloso Estado? Nunca se le había visto así." No pocos

espectadores veían un nuevo símbolo en el deterioro de Brezhnev: el símbolo del deterioro de la propia Unión Soviética.»

Gorbachov sabía que podía valerse de *Vremya*, y de la televisión en general, para crear para sí la imagen de un nuevo tipo de zar. Su imagen, y no otra, le daría cuerpo a su política. La televisión era aún su herramienta, y podía usarla a su gusto. En su primera aparición importante como secretario general, un discurso en Leningrado, a Gorbachov se le vio tan vigoroso comparado con su antecesor, tan crítico con el *statu quo*, tan informal y desinhibido con respecto a su acento del sur y a sus deslices gramaticales, que se granjeó rápidamente el apodo de «director de la granja colectiva». En las cámaras de televisión, Gorbachov aparecía mezclándose con la multitud. Nadie sabría que el KGB había seleccionado previamente a las personas, o que los productores habían editado cuidadosamente la cinta siguiendo las instrucciones personales del secretario general. Más que a informar, el aparato mediático del Estado estaba dedicado a presentar la evolución de una personalidad y la promoción de una política, una nueva manera de hacer las cosas.

La camarilla interna del Kremlin estaba obsesionada con la imagen televisiva de Gorbachov. Según Sagalayev, justo antes de salir en antena, el mismo Gorbachov llamaba frecuentemente a los productores de *Vremya* para ultimar los detalles. No había edición, imagen visual o nota que Gorbachov y sus asesores no revisaran. «La imagen de Gorbachov —dijo Sagalayev— fue cuidadosamente planificada y organizada con la ayuda del KGB, el personal de Gorbachov y el departamento de ideología del Comité Central. Pero, por encima de todo, fueron Yakovlev y Raisa Maximovna quienes ayudaron a crear la nueva imagen del secretario general: abierto,

democrático. Querían que recordara a Lenin, ya que la imagen de Lenin era la de un hombre humilde que recibía a la gente común y a los campesinos, y que conducía un automóvil sin guardaespaldas. Querían que la *perestroika* fuera un retorno al leninismo, una forma de purificar al Partido del estalinismo y del totalitarismo.»

Todas las noches, la gente tomaba asiento frente al televisor para ver *Vremya* e, inevitablemente, Gorbachov aparecía ante ellos: hablando sorpresivamente en una reunión provincial del Partido, desplazándose entre la multitud en Nueva Delhi o en Bonn, agasajando a una delegación extranjera en una habitación con una mesa cubierta por un tapete verde y una larga alfombra roja. Gorbachov jamás fue entrevistado en el sentido occidental del término. Un nervioso locutor del Estado, cuidadosamente instruido, planteaba una pregunta vaga y abierta («Mijail Sergeyevich, ¿qué espera de su viaje a Londres?») que Gorbachov contestaba durante quince o veinte minutos. Hasta mediados de 1987, los intelectuales urbanos se sentaban cautivados frente al televisor a observar a esta nueva figura. Los intelectuales eran como los críticos de cine que asisten a una proyección de *Ciudadano Kane* después de haber estado viendo películas de serie B durante años.

A ojos de los soviéticos, la actuación de Gorbachov durante el XIX Congreso del Partido representó probablemente la culminación de su carrera televisiva. No solo leyó bien su parte, sino que también manejó la «espontaneidad» en beneficio propio, enviando a oscuros oradores para que fustigaran y avergonzaran a los miembros mojigatos del Politburó y haciendo que Ligachov se enfrentara a Yeltsin para resaltar su propia aura de centrista liberal y sabio, rodeado de exaltados y viscerales desde el punto de vista ideológico.

Jamás exhibiría Gorbachov tanta maestría; jamás volvería a poseer tal

control del espectáculo de la política. Sin embargo, durante años Gorbachov no solo fue el actor principal, el productor y el director de su comedia nocturna, sino que no tuvo competencia. *Vremya* estaba en todos los canales. Las clases de italiano del canal educativo no representaban exactamente un desafío ideológico. Durante casi cuatro años no hubo competidores políticos que acapararan la atención; nadie que tuviera acceso a la televisión. Yeltsin hizo su aparición en junio de 1988 e, incluso entonces, el blanco de su ataque fue Ligachov, no Gorbachov. El propio Sajarov no apareció mucho en pantalla hasta mediados de 1989. Y la derecha estaba todavía demasiado atada por las tradiciones de la disciplina del Partido Comunista para aparecer en televisión con ánimo de controversia.

Gorbachov era aficionado a las charlas, era un embaucador. En las conferencias y en sus encuentros callejeros, hacía gala de una pedantería incurable. No obstante su poder y su sangre fría, Gorbachov permitía algún grado de humor acerca de su persona. También esto era revolucionario. El humor político había sido siempre un elemento esencial de la vida privada en la Unión Soviética, describiendo a Brezhnev como un viejo chocho o al cadáver de Lenin como *kopchushka*, «pescado ahumado». Tales bromas, sin embargo, jamás fueron permitidas en publicaciones oficiales. En el número de marzo de 1988 de *Teatr*, el autor satírico Mijail Zadornov adoptó la voz de un residente de una ciudad recién visitada por Gorbachov. Le escribe una carta al secretario general contándole la transformación que experimentó la sórdida ciudad. «Es cierto que usted informó de su visita a nuestras autoridades locales con solo tres días de antelación —decía la carta de mofa dirigida a Gorbachov—, pero, aun así, en esos tres días se las arreglaron para hacer más por nuestra ciudad que en todos los años de poder soviético. Pintaron todos los edificios frente a los cuales se suponía que usted pasaría,

pero luego alguien salió con que usted deseaba cambiar de ruta, de modo que nuestras autoridades se vieron obligadas a pintar el resto de las casas de la ciudad. Trabajaron con tanto esmero que terminaron pintando también las ventanas.»

La broma no iba tanto dirigida a Gorbachov como al Partido Comunista y a la tradición rusa de los pueblos Potemkin. Unos años más tarde, sin embargo, a medida que la *glasnost* rebasaba el estricto control del Politburó, el humor se volvió más agudo y la paciencia del Politburó se fue agotando. A la familia de Gorbachov ya no le hacía gracia. Sobre el escenario del teatro de la Sátira, Vyacheslav Bezrukov, uno de los actores de la sátira política de Vladimir Voinovich *El tribunal*, hizo una larga y jocosa imitación de Gorbachov, con sus característicos movimientos de manos (golpes de kárate, el índice levantado), su gramática poco académica y su acento. La hija de Gorbachov, Irina, se encontraba sentada en la tercera fila y había estado disfrutando del espectáculo. Pero al comenzar Bezrukov su imitación de Gorbachov, Irina hizo un gesto de desagrado. Al caer el telón se dirigió a la salida, sin sonreír ni aplaudir.

Gorbachov no cerró ningún teatro, pero cuidó celosamente su imagen y su vida. A pesar de su política de democratización, jamás se sometió al escrutinio de una verdadera campaña política, y mucho menos al asalto de un cuerpo de periodistas hambrientos, dispuestos a revelar su «carácter». El ascenso de Gorbachov al poder ocurrió dentro del Partido Comunista, institución que valoraba la obediencia agresiva y el secreto. El iniciador de la *glasnost* mostraba poco de sí, a no ser a través de la actuación política. En cuanto a someterse a un examen no planificado de su personalidad y de su pasado, al principio Gorbachov no demostró ser más abierto que sus antecesores. Ni siquiera los periódicos y revistas más liberales se arriesgaban a publicar lo que un occidental llamaría «un perfil». Gorbachov

insistía en comunicarse directamente con el pueblo soviético, y el único filtro permitido era el diseñado y aprobado por él y su personal.

A pesar de su respaldo a la *glasnost*, de su discurso acerca de la necesidad de llenar los «espacios en blanco» de la historia, después de asumir el poder Gorbachov ocultó durante más de cinco años un hecho central de su infancia. Solo en diciembre de 1990, cuando se deshizo de la *intelligentsia* intelectual, incluidos Shevardnadze y Yakovlev, para cooperar con los más conservadores del Partido, reveló Gorbachov que sus dos abuelos habían sido reprimidos bajo Stalin. Había que escuchar con mucha atención para captar el mensaje. Tarde, una noche, la televisión central presentó un reportaje sobre una de las reuniones de Gorbachov con un grupo de escritores y periodistas importantes. De alguna manera, Gorbachov trataba de justificar su giro a la derecha, pero al mismo tiempo trataba de recuperar el respeto de la *intelligentsia*.

«Mis dos abuelos, por ejemplo —dijo Gorbachov—: uno fue denunciado por no cumplir el plan de siembra en 1933, año en que la mitad de la familia murió de hambre...»

¿Por qué entonces? ¿Por qué no había dicho nada en 1988, cuando se libraba la batalla por recuperar la historia?

«... Se lo llevaron a Irkutsk, a un campo de producción maderera, y el resto de la familia se fue hundiendo poco a poco. Y el otro abuelo fue organizador de granjas colectivas, más tarde administrador local. En aquella época era un cargo importante. Pertenecía a una familia campesina y estuvo en prisión durante catorce años. Lo interrogaron exigiéndole que admitiera lo que jamás había hecho. Gracias a Dios sobrevivió. Pero al volver a su casa la gente lo rehuía; era considerado un "enemigo del pueblo". Los parientes y seres queridos no se atrevían a visitarlo, temían que "vinieran" también por ellos.»

Era como si la familia de Gorbachov fuera un paradigma de la era de Stalin: un abuelo era castigado por no cumplir las absurdas y brutales exigencias de la colectivización; el otro, dirigente de la colectivización, había sido víctima del programa de terror indiscriminado instaurado por Stalin. «Al solicitar mi ingreso en el Partido Comunista tuve que afrontar estos hechos —me dijo Gorbachov en una entrevista posterior—. Fue un momento muy doloroso.» A lo largo de la conversación, Gorbachov dejó claro que era el líder de una generación particular con una visión particular: un hombre de mediana edad, nacido en un sistema que traicionó a su familia, pero convencido, sin embargo, de que el «auténtico» socialismo era posible, de que todavía era el «estandarte» de la nación. La tragedia de la era de Stalin y la farsa del período de Brezhnev representaban para Gorbachov no el fracaso de la ideología, sino más bien su perversión.

Pero Gorbachov no había terminado. Su revelación no era gratuita; había reservado su confesión para fines tradicionales. «Me han dicho muchas veces que es hora de dejar de jurar lealtad al socialismo. ¿Por qué debería hacerlo? Creo en el socialismo y lo impulsaré mientras pueda hablar y trabajar.» Hacia finales de 1990 las encuestas de opinión política mostraban que solo una minoría de los soviéticos —no más del 20 por ciento— compartía aún la fe de Gorbachov en la eficacia del socialismo. Pero, para Gorbachov, abandonar la «opción socialista» equivalía a una traición, a una «contrarrevolución encubierta». Los movimientos de independencia bálticos representaban una amenaza para su concepción de la Unión Soviética; la propiedad privada era una amenaza para la psicología de un pueblo al que durante años se le había enseñado a despreciarla. Dijo que combatir estas ideas foráneas, estos «últimos bastiones», era una empresa comparable a las batallas de Moscú y Stalingrado.

«¿Acaso se supone que debo dar la espalda a mi abuelo que estuvo

comprometido con la idea del socialismo? ... Y no puedo volverme contra mi padre, que defendió Kursk, que vadeó el río Dniéper con sangre hasta las rodillas y que fue herido en Checoslovaquia. ¿Debo yo, al limpiarme del estalinismo y de toda otra inmundicia, renunciar a mi abuelo y a mi padre y a todo lo que hicieron?»

En 1989 realicé un viaje a los parajes de la juventud de Gorbachov, Stavropol, una ciudad en el sur de Rusia, y a los villorios campesinos de las cercanías. Al presentarme en el hotel Kavkaz, una anciana de piernas vendadas y mirada incendiaria me impidió la entrada. Estaba sentada en una banqueta que bloqueaba la puerta. Traté de obtener una explicación por su parte, pero no fue posible.

«Tendrá que perdonarnos, pero hay una matanza allí dentro —dijo una voz a mis espaldas. Resultó ser el guía turístico local, Valentin Nizin—. Estamos exterminando a las cucarachas. Pero no se preocupe. Cuando llegue a su habitación, estoy seguro de que no se sentirá defraudado.»

Nizin tenía razón. Largas filas de cucarachas correteaban por el linóleo. Nizin, que parecía algo más que un guía turístico, tenía un gran interés por conocer el motivo de mi llegada a Stavropol «habiendo cientos de lugares que visitar en la Unión Soviética». A no ser para proteger a mis amigos y a mis fuentes de información, mientras trabajé como reportero en la Unión Soviética nunca oculté mis propósitos, ni siquiera ante personas que suponía informantes. De modo que le dije a Nizin que me encontraba allí para averiguar todo lo posible acerca del pasado de Gorbachov. No era yo el primero; Nizin me ayudó con gentileza a encontrar a antiguos amigos de Gorbachov en la ciudad. Pero al manifestarle que deseaba visitar Privolnoye, un pueblo cercano al lugar donde nació y creció Gorbachov,

Nizin pareció enfurruñado. Me informaría al respecto, dijo, y entró en su despacho.

Una hora más tarde me anunció que no podría efectuar el viaje.

—Hay cuarentena en Privolnoye —dijo—. No puede visitar el lugar.

—¿Qué tipo de cuarentena?

—Al parecer las vacas están enfermas. No quieren que un extranjero contraiga la enfermedad.

—¿Las vacas se oponen?

—No —dijo Nizin—, las vacas no.

Yo sabía muy bien lo que eso significaba y podía adivinar con quién se había comunicado Nizin. Pero estaba cansado y molesto, y llevé las cosas un poco al extremo.

—Señor Nizin, no tengo intención alguna de entrevistar a las vacas, ni tampoco de intercambiar fluidos con ellas. Avisé en el Ministerio de Asuntos Exteriores que iría a Privolnoye y no hubo objeciones; no me creo lo de la cuarentena.

—Pero la hay —dijo—. Fiebre aftosa.

O lo que fuera. Sonrió y se encogió de hombros como haciéndome ver que sabía que yo sabía pero que lo lamentaba, y que yo tendría que contentarme con la ciudad, de modo que pudiera tenerme bajo control. Era inútil y ambos lo sabíamos. Me di por vencido. Le compré una botella a Nizin, puse el despertador a las cinco de la madrugada y me fui a dormir.

Cuando me desperté estaba nevando; grandes copos que cubrían de blanco la ciudad gris. Me vestí rápidamente y pasé frente al conserje, que roncaba hundido en su silla. Los salones todavía olían a insecticida y las cucarachas aún pululaban en bandadas por el linóleo.

Una vez en la calle tuve suerte; conseguí un taxi en más o menos quince minutos, un pequeño Zhiguli color naranja con los neumáticos lisos y con el parabrisas destrozado. Perfecto. No habría sido muy inteligente llegar a la tierra de Gorbachov en un vistoso taxi amarillo. Me subí en el automóvil y le expliqué rápidamente al conductor —un joven granjero que deseaba juntar unos rublos adicionales antes del desayuno— hacia dónde deseaba dirigirme. Cuando frunció el ceño con aire de interrogación, agregué que estaba dispuesto a pagar veinticinco dólares estadounidenses, suma con la cual podría alimentarse hasta la temporada de la cosecha. Partimos.

Decidimos que sería mejor pasar por Privolnoye para echar un rápido vistazo y luego partir a Krasnogvardeiskoye, una ciudad mucho más grande donde Gorbachov asistió a la secundaria, ingresó en el Partido Comunista y se enamoró. Si todavía no me habían detectado después de conversar con gente del lugar, nos detendríamos en Privolnoye de regreso a Stavropol. Con tantos hombres del KGB merodeando, no resultaba difícil apostar a que la suerte me abandonaría; solo faltaba saber cuándo.

El camino era uno de los más hermosos que me tocaría ver en la Unión Soviética, incluidas la carretera militar georgiana a través del Cáucaso y la carretera que atraviesa el desierto de Karakum en Turkmenistán. La nieve cubría los campos como azúcar sobre una tarta de la Selva Negra. En dos horas de viaje nos cruzamos con más carretas de caballos que automóviles. Mujeres campesinas de dientes plateados, espaldas encorvadas y botas cubiertas de barro arreaban vacas al lado del camino. Tuve la impresión de que en la bondad de esos campos estaba el fundamento último del optimismo de Gorbachov. «Si entierra una varilla en la tierra por estos pagos, algo brotará», me dijo la gente en Stavropol; ahora lo creo.

Privolnoye era como cualquier otro pueblo del camino. Chozas de campesinos, ganado y campos. El aire estaba helado e impregnado del olor

de los fertilizantes, la paja y la arcilla. Había un camino asfaltado y otros de tierra, todo cerca de las sucias aguas conocidas como río Yegorlik. Un toro negro estaba atado a la verja verde que circundaba la primera escuela de Gorbachov. Patos y gansos deambulaban a lo largo del camino.

Privolnoye, cuya traducción es «libre y apacible», ya no era lo que puede llamarse un pueblo típico. No mientras el KGB mantuviera bajo estrecha vigilancia la casa blanca de ladrillos y persianas azules donde vivía la madre de Gorbachov, Maria Panteleyevna Gorbachova, una mujer robusta y amistosa que usaba gruesas medias elásticas y que andaba cerca de los ochenta años. Su acento era del sur, campesino. El KGB había hecho lo posible por mantener alejados a los periodistas, pero fue entrevistada una vez por la televisión con motivo de uno de los cumpleaños de Gorbachov. Informó a la nación de que el joven Misha había trabajado duro en el campo, que había leído todos los libros de la biblioteca de la granja colectiva y que tocaba la balalaika. «¡Y cómo cantaba!» Según gente que conocí en el pueblo y en los pueblos cercanos, Maria Panteleyevna rara vez salía ya. Algunos años más tarde, cuando su hijo estuvo a punto de renunciar, ella declaró que tal vez no sería mala cosa, ya que hacía mucho tiempo que él no había podido visitarla. Acostumbrada al ritmo y a los rostros del pueblo, Maria Panteleyevna había rechazado siempre los ruegos de Gorbachov de que se trasladara a Moscú. Contaba, eso sí, con algunas comodidades modernas que no existían cuando su hijo residía en el pueblo: televisión y cañerías. Ahora estaba demasiado anciana para cuidar de los animales. «Dijo: “Al menos déjenme al gallo, de modo que pueda levantarme por las mañanas”», me contó Georgi Gorlov, viejo amigo de la familia.

En el instante preciso en que nacía Gorbachov, en marzo de 1931, el sur de Rusia y Ucrania estaban sometidos a la campaña de colectivización y a la hambruna que trajo consigo. Según estudios occidentales, más de treinta mil personas murieron en la región de Stavropol durante la hambruna y el terror de 1931-1932. A pesar del horror de esos años, Gorbachov, como tantos «comunistas por la reforma», creía en la idea de las granjas colectivas, pero detestaba lo que Bujarin llamó los métodos al estilo «Gengis Kan» impuestos por Stalin.

Sin entrar en disquisiciones psicohistóricas, uno bien podría afirmar que el temprano sentido de hombre de éxito que animaba a Gorbachov estuvo ligado a la granja colectiva. Trabajando con su padre y con la familia de su compañero de trabajo Alexander Yakovenko, Gorbachov pasaba sus veranos como adolescente en una destartalada trilladora S-80 cosechando grano. Era un trabajo pesado y sucio, generalmente bajo el sol inclemente del sur. Para refrescarse, los jóvenes Gorbachov y Yakovenko se desnudaban y se sentaban en barriles con agua de río. Tal fue el éxito del equipo Gorbachov-Yakovenko que merecieron un titular en la edición del 20 de junio de 1948 de *El Camino de Ilych*, el periódico local: EL CAMARADA GORBACHOV SE PREPARA PARA LA COSECHA.

Al año siguiente, estando Gorbachov en la secundaria, el equipo obtuvo un codiciado honor: la Medalla de la Bandera Roja. Tal honor representó el primer peldaño de una vida dedicada al Partido. Muchos años después, ya como líder del Partido en Stavropol, Gorbachov visitaría las granjas de la región y asombraría a sus acompañantes cuando sus antiguos amigos granjeros, como el ovejero Vasily Rudenko, le daban la bienvenida con un gran abrazo y un «¡Oye, Misha!, ¿comiste ya?». Después de eso partían a la choza de Rudenko para comer vísceras gelificadas y un cuenco de *borsch*.

Después del breve y desalentador paseo por Privolnoye, nos dirigimos a la ciudad de Krasnogvardeiskoye, o «Guardia Roja». Gorbachov se conocía este camino de memoria. Cuatro décadas atrás, se levantaba temprano en la casa de sus padres, una choza de dos habitaciones hecha de barro, estiércol y paja, con cerdos y gallinas y un aseo en el patio. La cosecha había terminado. Las escuelas del pueblo abrían sus puertas. Con un fardo lleno de productos de la granja bajo el brazo, Gorbachov se encontraba con su amigo Dmitri Markov para iniciar la caminata hasta la Escuela n.º 1 de Krasnogvardeiskoye. Gorbachov alquilaba allí una cama en casa de una pareja de ancianos jubilados. Durante los fines de semana, regresaba a su casa en Privolnoye para trabajar en los campos.

El edificio de ladrillo de dos pisos de la escuela se convirtió rápidamente en el centro del universo de Gorbachov. Era el típico alumno sobresaliente de pueblo pequeño: el delegado de curso que obtenía excelentes notas, destacaba en los juegos escolares y enamoraba a las chicas más bonitas del colegio. Durante medio día deambulé por la ciudad hablando con los profesores, viejos amigos, gente de la calle. Había, evidentemente, algo absurdo en todo eso, algo salido directamente de la vieja serie de televisión *Esta es su vida*. Yekaterina Chaika, antigua profesora de química de Gorbachov, fue una de las personas que aportaron recuerdos vívidos y aún frescos. «Es un hombre de su tiempo —afirmó—, y hay innumerables factores históricos que entran en juego. Pero si desea entenderlo mejor como hombre, no es impedimento conocer sus orígenes. Como toda persona, tiene sus raíces, y esas raíces están aquí.» Otros, que probablemente ni siquiera lo conocieron, evocaban imágenes idealizadas. «¿Sabe?, pienso que Mijail Sergeyevich ni siquiera tenía esa mancha de nacimiento en la cabeza cuando vivía aquí.»

Pero hubo personas en la ciudad dispuestas a mostrarme algo. El director

del colegio era Oleg Sredni, un hombre por lo menos quince años más joven que Gorbachov. Parecía no preocuparle el hecho de proporcionar información acerca del secretario general del Partido Comunista a un extranjero que no había sido invitado.

«Desea ver las calificaciones de Mijail Sergeyevich, ¿verdad? —dijo—. Creo que las tenemos aquí, en la caja fuerte.» Sredni se dirigió a la caja fuerte, de donde extrajo un enorme y ajado libro. Lo abrió por el curso de 1950, el año de la graduación de Gorbachov, y allí, en letra formal y tinta borrosa, estaba «Gorbachov, Mijail Sergeyevich» y una fila de números. En una escala que iba del 1 al 5, siendo el 5 la nota más alta, Gorbachov exhibía una fila ininterrumpida de cincos: álgebra, literatura rusa, trigonometría, historia de la Unión Soviética, la Constitución soviética, astronomía, etcétera. La única vergüenza era un 4 en alemán. «Después de la guerra, su curso en Privolnoye se negó a seguir con el alemán, de modo que estaba en desventaja al llegar aquí —explicó Sredni en tono de reverencia—. Es por eso que obtuvo solo la medalla de plata y no la de oro.»

Excepto por el retrato de Gorbachov en el despacho de Sredni, el colegio no dedicaba grandes esfuerzos a honrar a su hijo nativo. Allí, Gorbachov era uno más en la larga lista de ganadores de medallas de oro, un futuro secretario general junto a Gennadi Fateyev, el poeta del curso. En muchos colegios de Estados Unidos, los jugadores de fútbol americano de tercera categoría reciben mayores honores. Sredni quiso asegurarse de que en los salones del centro no imperara el culto a la personalidad.

«En nuestra época había montones de retratos de Stalin. Recuerdo uno en especial, un retrato de Stalin y Mao titulado «La gran amistad» —me contó Yuri Serikov, uno de los compañeros de curso de Gorbachov y ahora

profesor de historia en el colegio—. Era absurdo, pero qué sabíamos nosotros.»

Gorbachov era un joven soviético ejemplar, con ideas y ambiciones convencionales. Era el jefe de la agrupación del Komsomol del colegio y llegó a ser candidato a miembro del Partido Comunista cuando solo tenía dieciocho años. No era un rebelde. «Se nos decía que Stalin era la perfección misma y lo creíamos —dijo Serikov—. Ese era nuestro nivel de análisis, y Mijail Sergeyevich no constituía una excepción. Jamás pusimos en duda lo que nos enseñaban.»

Después de entrevistar a quince o veinte personas en la ciudad, ocurrió lo inevitable: el KGB me interceptó. Mientras me encontraba en su despacho, Sredni recibió una llamada telefónica. «Da», respondió frunciendo el ceño. Y «da» tres o cuatro veces más, en el mismo tono de obediencia. Colgó el teléfono y levantando los ojos hacia mí dijo: «Me temo que no podré seguir hablando con usted. Espere aquí, por favor».

Evidentemente alguien había llamado a las autoridades, y fui citado al despacho del jefe adjunto del Partido Comunista, por encontrarse el jefe fuera de la ciudad por motivos laborales. El adjunto tenía cejas enormes y jamás sonreía. Al decirle que el Ministerio de Asuntos Exteriores en Moscú no había puesto reparos a mi viaje, el adjunto no dejó entrever la más mínima emoción.

—Tomará el automóvil y se dirigirá directamente a Stavropol —ordenó.

—¿Y qué hay de Privolnoye? —pregunté—. En el Ministerio de Asuntos Exteriores informé de que viajaría ahí.

—Usted sabe que hay cuarentena.

—¿Qué tipo de cuarentena?

—Lo sabe muy bien. Ya ha sido informado.

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

El adjunto pestañeó una vez, lentamente, para indicar su malestar. «No se comporte como un niño», parecía decir. No tenía tiempo. Tenía que arrasar toda una ciudad antes de terminar el año.

Antes de salir de Krasnogvardeiskoye pregunté a varias personas si Gorbachov tuvo prometida mientras estuvo en el colegio. Todos recordaban el mismo nombre: Yuliya Karagodina. «Muy hermosa, si mal no recuerdo.» «Interpretaba a Blancanieves en la obra junto a Mijail Sergeyevich.» Cuando le pregunté a una funcionaria local del Partido Comunista si tenía el número de Karagodina, sonrió con coquetería y me lo dio.

Hacía muchos años que Yuliya Karagodina se había mudado a Moscú, lugar donde se había divorciado y vivía con su madre. Enseñaba en un instituto de química. Cuando la llamé y le pedí que me permitiera visitarla, Yuliya, como me pidió que la llamara, aceptó con voz nerviosa. «Asegúrese de usar "Karagodina", mi nombre de soltera, y no le dé mi número a ningún otro periodista. Sabía que esto ocurriría tarde o temprano. Se lo contaré todo y se acabó.»

Unos días más tarde nos encontramos en un laboratorio ubicado en el sótano de su instituto. Yuliya ya no era hermosa, no podía comparársela con la mujer a quien ella veía como la triunfadora: Raisa Maximovna. Era una mujer de edad madura, maternal y dulce.

—¿Estaban enamorados? —pregunté.

—Sí, lo estábamos ambos —dijo—. Me atrajo, era magnético. Pero me molestaría que pensara que nuestra relación fue como la de los jóvenes de hoy. Simplemente no fue así. Éramos amigos íntimos y nos preocupábamos

uno del otro y nos ayudábamos. Era... ¿cómo decirle?... un tipo específico de amistad, no solamente algo ligado al Komsomol. Un amor joven, podría decirse. Nos conocimos ese septiembre en que llegó al colegio; pocos meses después nos acercamos más. Me contó una vez que le había gustado una niña rubia llamada Talia en Privolnoye, pero que eso había sido más bien un cariño propio de niños.

»Es divertido, pero cada vez que lo veo en televisión al frente del Soviet Supremo, pienso en el Misha del colegio, interpretando al Gran Príncipe en la obra de Lermontov *Mascarada*, o dirigiendo la clase matinal de gimnasia frente a un gran megáfono: «¡Listo, curso!, un, dos, tres, cuatro. ¡Un, dos, tres, cuatro!». Era temerario para alguien de su edad. Lo recuerdo corrigiendo a los profesores en clase de historia; una vez se enojó tanto con un profesor que le dijo: «¿Quiere seguir manteniendo su diploma de profesor?». Era el tipo de persona que piensa que tiene la razón y que puede demostrárselo a cualquiera, ya sea en el despacho del director o en una reunión del Komsomol.

Yuliya dijo que había crecido en un pueblo muy parecido a Privolnoye, a unos kilómetros de distancia. Su madre era viuda y profesora de escuela, y por lo tanto su situación era más modesta que la de los Gorbachov. Yuliya puso su maletín sobre la mesa y extrajo antiguas fotografías. En tomas de las jóvenes estrellas de teatro, a Gorbachov se le veía imponente en su disfraz casero y su bigote postizo. Karagodina lucía ojos grandes, delicada, un poco lejana. Tenía el aspecto de Lillian Gish en *Lirios rotos*.

Mientras Yuliya hojeaba las fotos, despacio, como una niña que cambiara cromos, decía: «Una vez ensayamos la obra *The Snowgirl*, de Ostrovsky. Y hay un momento en que la muñeca de nieve, que era yo, dice: “Querido zar, preguntadme cien veces si le amo y cien veces responderé que sí”. Dije esa frase en un ensayo con público, mientras el protagonista estaba sentado

justo allí, entre el público. De repente, Gorbachov se inclinó y me susurró al oído: “¿Es verdad?”. Dios mío. Quedé conmocionada. Apenas pude proseguir con el monólogo. Todo el mundo preguntaba qué había sucedido y allí estaba Gorbachov, al lado, sonriendo. A veces nos hablábamos con cierta brusquedad, pero yo estaba tan estupefacta que no podía responder.»

«La verdad es que era muy buen actor. Hubo incluso una época en que nos habló a mí y a nuestros amigos Boris Gladskoi y Gennadi Donskoi de apuntarnos a un instituto de teatro. Pero creo que lo que siempre quiso realmente fue ser abogado.

»En realidad jamás hablamos del futuro, excepto de que iríamos a Moscú y estudiaríamos juntos. Le diré la verdad. Si hubiésemos estado bien vestidos, bien alimentados y hubiéramos tenido todo lo que esta generación posee, entonces tal vez sí habríamos hablado de tales cosas. Pero eran épocas difíciles y nos concentrábamos en los estudios...

»Yo era muy orgullosa y pobre. Gorbachov gozaba de una situación un poco mejor. Iba mejor vestido. Durante la guerra mi familia había sido evacuada de Krasnodar a la región de Stavropol. La familia de Gorbachov tenía casa propia, en su propia tierra. A ellos no les faltaba la comida. Una vez me invitó a conocer a sus padres en Privolnoye. Le contesté que la forma en que había sido educada no me permitía hacer tal cosa. Era demasiado orgullosa. Debí de sentir que sus padres tendrían la impresión de que me estaba ofreciendo a ellos... Simplemente imaginé el modo en que me mirarían, como una niñita sencilla.

»Pero Misha sí que visitó mi casa. Al principio vivíamos en una choza muy pobre, y luego en una pequeña casa que nosotras mismas construimos. Tuvo el coraje de decirle a mi madre que yo le gustaba, pero yo le mentí diciéndole que simplemente estábamos resolviendo juntos los problemas

del Komsomol. Él pasó la noche en una pequeña cama en mi casa y yo pasé la noche en la de los vecinos.

»A veces podía ser muy frío y distante. Una vez, en una reunión del Komsomol me avergonzó ante todo el mundo en la sala del cine local. Estaba enfadado conmigo por no terminar a tiempo un pequeño periódico que sacábamos. Y, a pesar de nuestra amistad, me reprendió delante de todos diciendo que había fallado, que iba retrasada en mi trabajo. Levantaba un poco la voz, disciplinándome. Después, fue como si no hubiese ocurrido nada. Dijo: "Vamos a ver la película". Me sentí confundida. No podía entender por qué había hecho lo que hizo y se lo dije. Me respondió: "Querida, una cosa no tiene nada que ver con la otra".

»Eso me hace recordar que, años más tarde, mi madre y yo vivíamos en las afueras de la ciudad; el viaje era muy largo y casi no teníamos espacio. Por entonces Gorbachov ya era miembro del Comité Central. De modo que le escribí una carta pidiéndole que me ayudara. Deseaba que se me permitiera trasladarme al centro de la ciudad y conseguir un apartamento. Le recordé quién era yo por si lo había olvidado. Recibí la respuesta poco después; escribió simplemente que no era su área, que no era su función y que debía reclamar ante las autoridades de la ciudad, no ante él. Así de simple. Ni una palabra cálida. En lo profundo de mi corazón esperaba que me ayudara, pero supongo que quería evitar la más mínima apariencia de favoritismo.

»En la escuela todo era muy inocente. Nunca nos decíamos cosas como "te quiero". Él nunca diría nada parecido. Y en las raras ocasiones en que me pasaba el brazo por encima del hombro como diciendo venga, vamos al cine o a algún sitio, yo miraba de reojo su mano. No, no era como los jóvenes de hoy. Yo acabé la escuela antes que él y lo primero que hice fue ir a Moscú. Pero no tenía dinero y no pude encontrar ningún sitio en el que

vivir. Recuerde, eran tiempos duros, así que regresé a mi pueblo para trabajar de profesora. Siempre pensé que Gorbachov me consideraba de algún modo débil por haber vuelto.

»Cuando ingresó en la facultad de derecho de la Universidad Estatal de Moscú, me escribía cartas contándome cuánto le gustaba la capital y la abundancia de cosas y de gente fascinante. En sus cartas jamás percibí que se sintiera cohibido por ser un joven de pueblo. Me escribió muchas cartas y, más tarde, cuando me casé, mi marido era tan celoso que las quemó todas. Supongo que no imaginó que Misha sería secretario general. Me entristece mucho la desaparición de esas cartas.

»Le voy a contar lo que pasaba. Creo que al final me parecía que yo no era en realidad lo bastante buena para él, o que no encajábamos. Él tenía demasiada energía, era demasiado serio y organizado. Y más inteligente que yo. Era el centro de atención. Nos separábamos. Las cosas empeoraban. Pero al final me envió una carta con su foto, sobre la que escribió "Dum spiro spero", que en latín significa "Mantengo la esperanza mientras respire". Supongo que no quería reconocer que se estaba alejando de mi vida, así que me dije: "De acuerdo, Misha, vive y escribe como quieras, pero por lo que a mí respecta…". Acepté un empleo en el este de la Unión Soviética, muy lejos, pero antes incluso de llegar, en el camino, por así decirlo, me casé.

»A veces, las pocas personas que saben que Misha y yo éramos buenos amigos me preguntan por Raisa Maximovna. Me gusta Raisa. Desempeña muy bien su papel. Es inteligente, y es evidente que hay mucho amor entre ambos. Ella lo ayuda fabulosamente, eso está más claro que el agua. Pero no la envidio. No puedo decir que me alegre, tan solo que mi destino es mi destino. Veo las cosas con realismo. Cuando rememoro aquellos días, los considero un placentero islote del tiempo. De vez en cuando, cuando lo veo

en la televisión, me digo: “Pobre Mijail Sergeyevich. ¡Qué cansado está! ¡Y lleva el peso del mundo sobre sus hombros! ¡Ojalá pudiera tomarse diez minutos para ser solamente Misha durante un rato”. Pienso en lo agradable que era todo en aquellos tiempos. Veo la luna en el cielo, sobre los campos, y el riachuelo, y todo era adorable.»

Gorbachov llegó a Moscú en septiembre de 1950. En la Universidad Estatal de Moscú, donde estudió derecho hasta 1955, alquiló una habitación con otros seis en la residencia para estudiantes Stromynka. La ruinosa y sobrepoblada residencia había sido en el pasado un cuartel de los soldados de Pedro el Grande. Gorbachov tenía una chaqueta y un par de pantalones decentes que colgar en su ropero. «Gorbachov era de pueblo y se podría haber esperado que estuviera en peores condiciones que los jóvenes de la ciudad, pero por entonces todos éramos pobres y lo nuevo que nos rodeaba no era mejor», dijo Rudolf Kolchanov, redactor del periódico laboral *Trud*, quien compartió la habitación con Gorbachov durante tres años.

Zdenek Mlynar, comunista checo y otro de los amigos de Gorbachov en la universidad, llegó al mismo tiempo a Moscú desde Praga bajo un programa de intercambio. Recordaba un Moscú de «pobreza y atraso ... un enorme pueblo con casitas de madera» donde la gente tenía apenas lo suficiente para comer, donde «las familias, en su mayoría, vivían en una sola habitación, y en lugar de inodoro había una abertura que daba directamente a la cañería del desagüe». En sus memorias sobre la Primavera de Praga, Mlynar escribió que en aquella época, en Moscú, «lo que uno no apretaba bien fuerte con la mano, le era robado en medio de la multitud; los borrachos yacían inconscientes en las calles o bien podían estar muertos, sin que los transeúntes se percataran de ello o les importara».

Vestido con su ropa de tela tosca, Gorbachov se esforzaba tenazmente por alcanzar a los estudiantes que habían ido a escuelas superiores en la ciudad. A menudo regresaba de la biblioteca a la una o las dos de la madrugada, y luego se quedaba conversando un par de horas con sus compañeros de habitación. Mlynar, Gorbachov, Kolchanov y otros seis veteranos de guerra cerraban la puerta con llave, daban la vuelta al retrato de Stalin —en cuyo reverso aparecía una cortesana de la época del zar— y bebían y hablaban la noche entera. «Claro, a veces las cosas se ponían feas y hasta violentas —dijo Kolchanov—. Pero Gorbachov evitaba beber demasiado. En ese aspecto resultaba fastidioso. Esa habitación fue la mejor aula que tuvimos. Hablábamos de todo, desde las chicas hasta cosas más serias: la última exposición, los últimos premios artísticos o los eventos históricos. Por supuesto, un tema que jamás se tocaba era Stalin. Era demasiado arriesgado, incluso con la puerta cerrada.»

La clase de derecho estaba dominada por algunos veteranos mayores y por jóvenes como Gorbachov que habían obtenido medallas de oro en la secundaria. A diferencia de los departamentos de historia o política, el de derecho ofrecía a los estudiantes un abanico de lecturas relativamente amplio. Junto con la dieta estándar de Marx, Lenin y Stalin, los estudiantes leían importantes obras del pensamiento occidental: derecho romano, los tratados de Locke sobre el gobierno, *El contrato social* de Rousseau e incluso la Constitución de Estados Unidos. Pero esos textos eran considerados reliquias del liberalismo burgués; las lecturas medulares eran los textos estalinistas.

Gorbachov, quien más adelante, como secretario general, haría campaña en favor de un «Estado basado en la ley», se empapó de la teoría contraria: el estalinismo. Según Mlynar, «el tema de los crímenes políticos se tocaba solo en términos generales. Era sencillo, bastaba con que se aceptara el

principio fundamental de que la actividad política contraria al gobierno era comparable a cualquier forma de actividad delictiva». La disidencia entre los estudiantes era considerada un delito; decenas de estudiantes eran arrestados por desviaciones ideológicas y enviados a campos de trabajos forzosos.

Mlynar, que regresó a Checoslovaquia y ayudaría más tarde a instaurar las reformas de triste destino de la Primavera de Praga de Alexander Dubcek, vive ahora en Viena. Algunos biógrafos han encontrado una singular ironía en lo que consideran la influencia de Mlynar sobre el hombre que llegaría a ser el reformador más poderoso de la Unión Soviética y Europa oriental. Pero Kolchanov dijo que «se exagera dicha influencia. Gorbachov era intelectualmente curioso, era tolerante, pero no mostraba señales de radicalismo. No se pueden dar tales saltos. Recuerde, el estalinismo era algo muy enraizado en nosotros. Tuvimos la suerte de ser lo bastante jóvenes y lo bastante flexibles como para cambiar con el paso del tiempo».

Aun así, Gorbachov y algunos de sus amigos mostraban una inclinación por la independencia, por cuestionar la autoridad, lo que resulta sorprendente si consideramos la época. En 1952, cuando un profesor que enseñaba «Marxismo y asuntos de lenguaje» comenzó a leer directamente el texto de Stalin, Gorbachov se levantó de su asiento y dijo: «Respetado profesor, eso lo podemos leer nosotros mismos. ¿Cuál es su interpretación de la lectura; por qué no la discutimos?». Gorbachov fue citado al despacho del decano. Pero no fue sancionado. Es posible que su cargo en el Komsomol le evitara una suspensión.

Pero Gorbachov era también dirigente del Komsomol del departamento de derecho y no corría riesgos. Dos emigrados que ahora viven en Occidente y que pertenecían al curso de Gorbachov, lo recuerdan como un

integrante de la línea dura del Komsomol que pronunciaba discursos para criticar las negligencias y errores de compañeros del Partido. En un artículo que publicó en la revista de emigrados *Possev*, Friedrij Neznansky recordaba haber oído «la voz metálica del secretario del Komsomol del departamento de derecho, Gorbachov, exigiendo la expulsión del Komsomol por la falta más leve, desde contar chistes políticos hasta tratar de evitar ser enviado a una granja colectiva».

A mitad de camino en su carrera de cinco años, Gorbachov conoció a Raisa Titorenko, estudiante de filosofía procedente de Siberia. Algunos de los amigos de Gorbachov estaban en clase de danza, y Gorbachov y Kolchanov aparecieron con el claro propósito de burlarse de ellos. «Nos preparábamos para decirles: "Os hacéis llamar hombres y ya veis" —contó Kolchanov—. Pero entonces uno de nuestros amigos, Volodya Kuzmin, le presentó su pareja de baile a Mijail Gorbachov. Era Raisa Maximovna. Pienso que para Gorbachov fue un amor a primera vista. Igual que en las películas. Era una mujer impactante. Y, como creo que él se dio cuenta más tarde, era extremadamente inteligente.» A Raisa, por su parte, lo que le gustó de Gorbachov fue su «nula vulgaridad», según Mlynar.

El matrimonio tal vez fue el evento personal clave de la juventud de Gorbachov, pero el hecho político fundamental para casi toda su generación fue la muerte de Iosif Stalin, en marzo de 1953. En los años posteriores, Jruschov liberaría a cientos de miles de prisioneros y comenzaría a contar la verdad acerca de Stalin. Aunque Gorbachov seguiría el típico camino del *apparatchik* del Partido, escalando para ascender en la jerarquía y adulando a Brezhnev y sus superiores, sería uno de los miles que experimentarían cambios personales como consecuencia del XX Congreso del Partido de 1956, ocasión en que Jruschov pronunció su «discurso secreto» denunciando a Stalin. A través de un largo proceso de cambio personal e

histórico, Gorbachov reconocería la necesidad de transformar el país y sus relaciones con el mundo. «En verdad, no tenemos alternativa», diría décadas más tarde.

Pero, en el momento de la muerte de Stalin, para Gorbachov y sus amigos existía solo una confusión demoledora. «Hay un montón de cosas acerca del Gorbachov de los viejos tiempos que podrían decirse también hoy de él —dijo Rudolf Kolchanov—. Era trabajador, sabía escuchar, era tolerante, decente, pero también era muy parecido a todos nosotros. Ni siquiera era el alumno más destacado del curso. Y creía lo que se le enseñaba acerca de Stalin. No es cierto que siempre hubiera sido el gran reformador y un líder mundial a la espera de su oportunidad. Casi todos nosotros estuvimos toda la noche en el frío de la calle tratando de ver el cuerpo de Stalin en el Salón de las Columnas. Al regresar a la habitación, muy avanzada la madrugada, permanecimos sentados en nuestras camas. Tratamos de hablar, pero estuvimos más que nada en silencio, pensando. Algunos lloraban, aunque recuerdo que ni yo ni Mijail Sergeyevich lo hicimos. Estábamos acostumbrados a vivir bajo Stalin. Nos podrá parecer extraño y hasta terrible hoy en día, pero así era. Y finalmente alguien planteó la pregunta que todos teníamos en la mente: "¿Y ahora qué vamos a hacer?".»

11

Los pensadores duales

Un error muy común: tener el coraje de las propias convicciones personales; más bien, ¡es prueba de coraje «atacar» las propias convicciones personales!

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Apuntes*

Una noche, durante el invierno de 1986, dos electricistas y su escolta del KGB instalaron un «teléfono especial» en el apartamento de Andrei Sajarov. Durante seis años, Sajarov y su esposa, Yelena Bonner, habían estado viviendo por decreto del gobierno en la ciudad industrial de Gorky; al principio, el teléfono pareció solo un hito más en la vida de los desterrados. «Tal vez la prensa soviética llame para una entrevista», pensó Sajarov. Dos revistas habían ya presentado una solicitud. Dándole vueltas en su mente a la cuestión moral, Sajarov llegó a una posición de principios finamente ponderada: rechazaría toda solicitud de entrevista hasta que dejara de tener una «soga alrededor de mi cuello». El agente del KGB se dirigió a Sajarov y solo dijo: «Recibirá una llamada mañana por la mañana».

Al día siguiente sonó el teléfono. Se oyó la voz de una mujer: «Mijail Sergeyevich le hablará». Gorbachov se puso al aparato y le dijo a Sajarov que él y Bonner podían regresar a Moscú.

«Tiene un apartamento allí —dijo Gorbachov, sin una palabra de disculpa o contrición—. ¡Retome su patriótico trabajo!»

Sajarov pronunció unas breves palabras de agradecimiento y luego retomó sin pérdida de tiempo su «trabajo patriótico». Le dijo a Gorbachov que, en aras de «la confianza, la paz, así como por usted y su programa», el Kremlin debía liberar a los prisioneros políticos incluidos en una larga lista que había enviado a la jerarquía política desde Gorky. El líder soviético respondió que no estaba totalmente de acuerdo en que todos los prisioneros de la lista hubieran sido juzgados ilegalmente. Finalmente, los dos hombres se despidieron con frialdad.

Una semana más tarde, Sajarov llegaba en el tren nocturno a la estación Yaroslavl de Moscú, evento de tal importancia moral y política que evocaba otro regreso a casa de décadas atrás: el de Lenin a la estación de Finlandia. Pero nadie habría podido predecir lo que le esperaba a Sajarov en los tres años que le quedaban de vida. El exilio lo había consumido. Las amenazas del KGB, una penosa huelga de hambre, la alimentación forzosa, los ataques por sorpresa, el robo de sus diarios y manuscritos...; todo eso había mermado su salud. Ahora, mientras contestaba preguntas frente a un enjambre de grabadoras y focos de televisión, su voz se mostraba insegura y vacilante. Caminaba encorvado y tenía que recuperar el aliento en los descansillos de las escaleras. Bonner manifestó en esa oportunidad que Sajarov limitaría sus actividades. Se pondría al día en los últimos adelantos de la cosmología y se dedicaría a casos específicos de derechos humanos. Eso sería más que suficiente.

Pocos días después de su regreso a Moscú, Sajarov estaba sentado junto a la mesa de cocina de una amiga cercana, la activista por los derechos humanos Larisa Bogoraz. Otro de los invitados, el historiador Mijail Gefter,

se volvió hacia Sajarov y le preguntó: «¿Cómo te sientes, Andrei Dmitriyevich?».

Sajarov contestó con tristeza: «Resulta difícil vivir ahora. La gente me escribe y me visita, y todos esperan que los ayude de alguna manera. Pero estoy sin fuerzas».

Durante meses, Sajarov reflexionó acerca de la función que estaba destinado a desempeñar, tratando de encontrar su voz política. Algunos disidentes más jóvenes se impacientaban con las vacilaciones de Sajarov y con lo que interpretaban como un apoyo ingenuo y acrítico a Gorbachov.

Esos disidentes jóvenes tenían los elementos para conocerlo mejor, pero el resto del país no sabía prácticamente nada acerca de Sajarov. No tenían ni idea del tipo de persona que era. Hasta que regresó del destierro, lo único que la mayoría de la gente sabía de él eran las calumnias publicadas por la prensa durante años. Incluso los intelectuales vinculados al movimiento por los derechos humanos lo conocían poco. «Sabíamos que existía, pero durante años Sajarov fue casi como un mito», dijo Lev Timofeyev, un prisionero político liberado poco después del regreso de Sajarov. Pero cuando Sajarov volvió por fin a casa, su capacidad de juicio fue de conocimiento general y se transformó en objeto de confianza pública. Mucha gente a la que se le había enseñado a despreciar a Sajarov llegó a amarlo y a confiar en él. A través de él comprendieron la falsedad del antiguo proselitismo y del sistema en sí. Un aura de misterio rodeaba a Sajarov. En 1988, durante una discusión auspiciada y publicada por la revista *Ogonyok*, un grupo de intelectuales soviéticos y estadounidenses intercambiaron opiniones acerca de la infinidad de asuntos relacionados con la *perestroika*. Durante casi una hora pareció que Sajarov dormitaba, pero cuando llegó su turno denunció los errores inherentes a la última oleada de reformas políticas. Atacó especialmente la manera «poco sana» en que

Gorbachov continuaba controlando tanto al gobierno como al Partido Comunista. Nadie antes había dicho algo así, y sin embargo, al abandonar la sala, la breve exposición de Sajarov sonaba a la cordura misma.

Para los habitantes de Moscú durante esos años, la mañana del sábado estaba destinada a escuchar su voz. Sajarov estaba en todas partes. Inevitablemente, se convirtió en el jefe o líder espiritual de todos los grupos ubicados a la izquierda de Gorbachov: primero, Tribuna de Moscú, luego Monumento, y más tarde el Grupo Interregional de diputados radicales del Parlamento. Prácticamente todos los sábados por la mañana, Sajarov se sentaba en algún oscuro auditorio, generalmente en la Casa de los Académicos de la calle Kropotkinskaya, o en el Sindicato de Cineastas, cerca del hotel Pekín; dormitaba un buen rato y la cabeza le iba cayendo sobre el pecho a medida que avanzaban los discursos. Cuando finalmente llegaba su turno, Sajarov tomaba la palabra y en un ruso muy formal e incisivo, en pocos minutos llamaba la atención sobre el punto más candente, llevando invariablemente al público a pensar cada vez con mayor precisión acerca de la creación de una sociedad civil.

Con la autoridad que le confería su vida y la claridad de su pensamiento, Sajarov se convirtió en un opositor leal, en un genio moral que ahora, por fin, podía hablarle directamente a la gente. «Sajarov fue el único entre nosotros que no transigió —dijo Tatyana Zaslavskaya, una socióloga de renombre cuyos puntos de vista contribuyeron a estructurar las primeras reformas—. Para nosotros representaba la fuerza del espíritu. Los hechos de su vida, la forma en que sufrió por todos nosotros, le dieron una autoridad moral que nadie más tenía. Sin él no habríamos podido comenzar a reconstruir nuestra sociedad ni a nosotros mismos. Puede que Gorbachov no lo hubiera entendido exactamente de ese modo al permitir el regreso de Sajarov, pero lo entendería más adelante.»

Lo que distinguía a Sajarov no eran tan solo los sufrimientos que había padecido; otros habían sufrido mucho más. Y tampoco eran sus ideas; compartió las ideas de mujeres y hombres que fueron disidentes mucho antes que él: Larisa Bogoraz, Pyotr Yakir, Pavel Litvinov, Solzhenitsyn y los primeros opositores al totalitarismo ruso, Alexander Herzen, Nikolai Berdyaev, Vladimir Solovyov. «Las ideas de mi padre no eran originales —me dijo Efrem, hijo de Sajarov—. Sus ideas sobre la moralidad y la libertad ya habían sido expuestas. Fue su destino llevar la sabiduría recibida a un lugar donde aún no existía.» La historia de los años de la *perestroika* —los años entre el ascenso de Gorbachov y el colapso del Estado soviético— fue, en gran medida, la historia de un cambio interior en los corazones y las mentes de los individuos. La vida y el pensamiento de Sajarov prefiguraron dicho cambio de modo tan dramático que yo no dudaría en calificarlo de santo. Fue el ejemplo moral dominante de su época y lugar.

Sajarov fue un científico cuyas metáforas y sentido de la verdad estuvieron enraizados en una comprensión de la cosmología, el «mágico espectáculo» de una explosión termonuclear, el estudio del Big Bang. Su infalible sentido de la rectitud, como el de los moralistas científicos desde Galileo hasta Oppenheimer, se nutría de su comprensión de los problemas científicos de la luz y el tiempo, de su aprehensión instantánea tanto de las leyes del universo como de la trágica tendencia del hombre a convertir el progreso en catástrofe. Parecía tener en la mente un cuadro, incluso una melodía, de la eternidad. En una ocasión Sajarov se dirigió a su mujer y le dijo: «¿Sabes qué es lo que amo por encima de todo en la vida?». Más tarde Bonner le confiaría a un amigo: «Yo pensaba que me diría algo acerca de un poema, una sonata, o incluso acerca de mí». En cambio, Sajarov dijo: «Lo que más amo en la vida son las emanaciones lejanas de radio» (el reflejo

escasamente discernible de procesos cósmicos desconocidos que concluyeron miles de millones de años atrás).

Sajarov fue un hombre que se inclinaba por la pureza de la física teórica, pero que llegó a ser la conciencia de la Unión Soviética, actor político a pesar de sí mismo. Su física y su política surgieron del mismo pensamiento, del mismo sentido de totalidad y responsabilidad. «Puede que otras civilizaciones, tal vez más exitosas, existan un número infinito de veces en las páginas previas y posteriores del Libro del Universo —escribió Sajarov en su discurso de aceptación del Premio Nobel—. Sin embargo, no debemos minimizar nuestra sagrada misión en este mundo, donde, como tenues resplandores en la oscuridad, hemos surgido por un instante de la nada de la inconsciencia para acceder a la existencia material. Debemos dar cumplimiento a las exigencias de la razón y crear una vida digna de nosotros mismos y de objetivos que percibimos solo confusamente.»

Para casi todos los jóvenes que algún día integrarían el círculo de liberales del Partido Comunista en torno a Gorbachov, la muerte de Stalin fue el evento central de la vida moral e intelectual. Lo mismo rigió para Sajarov. Como Gorbachov, Sajarov conocía bien los horrores de la época. Siendo un niño, su tía Zhenya se enteró de la muerte de su esposo en los campos de concentración al recibir a vuelta de correo una de sus cartas: «Destinatario reubicado en el cementerio»; más tarde un amigo de Sajarov moriría en el gulag, debido a un «enfriamiento epidérmico».

Aun así, la reacción de Sajarov ante la muerte de Stalin fue absolutamente típica. Oyó la noticia mientras trabajaba en el proyecto de la bomba atómica soviética y le escribió a su primera esposa Klavdia: «Estoy bajo el influjo de la muerte de un gran hombre. Estoy pensando en su

humanidad». Incluso en sus memorias, escritas tres décadas después, Sajarov no podía pretender entender su propia reacción: «No sé cómo explicarlo. Después de todo, yo sabía lo suficiente acerca de los horribles crímenes que se habían cometido —los arrestos de gente inocente, la tortura, las hambrunas deliberadas y toda la violencia— como para juzgar a los responsables. Pero no había relacionado todos los elementos y, en cualquier caso, había mucho que desconocía. En algún lugar recóndito de mi mente existía la idea, inculcada por la propaganda, de que los grandes trastornos históricos acarrean sufrimientos inevitables: "Cuando se corta madera, las astillas vuelan" ... Pero ante todo me sentí comprometido con el objetivo que supuse que era también el de Stalin: después de una guerra devastadora, fortalecer al país para garantizar la paz. Precisamente porque yo había invertido tanto en esa causa y había obtenido tantos logros, necesitaba, como cualquier otro en mis circunstancias, crear un mundo ilusorio para justificarme a mí mismo.»

El sentido de urgencia patriótica de Sajarov tras el ataque de Estados Unidos en Hiroshima, además de la clara seducción ejercida por el mundo científico, no le dejaron otra opción que trasladarse a un desolado centro de investigación de armas en Kazajstán, conocido simplemente como la Instalación, el Los Álamos soviético. Aunque estaba inmerso en lo que llamó la «física majestuosa» de las armas nucleares —«el sustento de la vida en la Tierra, pero también el instrumento potencial para su destrucción, estaba tomando forma sobre mi escritorio»—, Sajarov podía ver el gulag a través de la valla. La Instalación, donde Sajarov vivió durante dieciocho años, estaba cerca de un campo de trabajos forzosos y todas las mañanas observaba largas filas de prisioneros yendo a pie de un lado a otro, con perros guardianes pegados a sus talones.

Sin embargo, en esos primeros años en la Instalación, Sajarov conservó

una inocencia forzada; los prisioneros y los perros guardianes eran un telón de fondo que podía ser ignorado. Pero cinco meses después de la muerte de Stalin, Sajarov inició un proceso de conversión personal y política inducido nada menos que por el estallido de la primera bomba termonuclear soviética. El 12 de agosto de 1953, desde más de treinta kilómetros de distancia, observó la explosión con los ojos protegidos por gafas oscuras. La prueba había sido un éxito, y en sus memorias Sajarov describe la visión solo en su incandescencia, sin asomo de arrepentimiento: «Vimos un relámpago y luego una bola blanca en rápida expansión iluminando todo el horizonte. Me quité las gafas y, aunque estaba parcialmente enceguecido por el resplandor, pude ver una estupenda nube de polvo púrpura». El gobierno premió a Sajarov y a su colega, Igor Tamm, con quinientos mil rublos para cada uno, dachas en el campo, en las afueras de Moscú, y el título de Héroe del Trabajo Socialista. El mariscal Kliment Voroshilov habló en nombre del Estado en la ceremonia de condecoración celebrada en el Kremlin. «Me han dicho que el trabajo de Sajarov fue especialmente sobresaliente —dijo—. Permítame besarle.»

En los meses siguientes, Sajarov comenzó a preocuparse cada vez más por los efectos de la lluvia radiactiva. Empezó en secreto a hacer cálculos para estimar el número de personas inocentes que podrían resultar afectadas en cada prueba nuclear. Roald Sagdeyev, ex jefe del programa espacial soviético, visitó a Sajarov en la Instalación tras la prueba y notó como, mientras hablaba, «este joven y distante dios de la física» hacía dibujitos de aviones dejando caer bombas. «Esas fueron las primera dudas serias», me dijo Sagdeyev. Las muertes accidentales de una niña y un soldado en el lugar del ensayo alarmaron también a Sajarov. Después de una segunda prueba nuclear en 1955, el sentimiento de haber sido cómplice de esas muertes accidentales comenzó a torturar a Sajarov.

En un banquete que siguió a la prueba, Sajarov hizo el primer brindis y dijo: «Que todos nuestros artefactos exploten con tanto éxito como el de hoy, pero siempre sobre lugares de prueba y jamás sobre ciudades».

En la mesa se hizo el silencio, recordaba Sajarov: «Como si yo hubiese dicho algo indecente». El mariscal Mitrofan Nedelin, el militar de más alto rango en el banquete, se levantó para responder al brindis, en son de contraofensiva. «Permítanme contar una historia —dijo—. Un anciano vestido solo con una camisa se encontraba orando frente a un icono. "Señor, guíame, enduréceme. Guíame, enduréceme." Su mujer, que estaba acostada en la cama, lo interrumpió: "Ora solo por la dureza, viejo, yo misma la puedo guiar dentro de mí". Brindemos por la dureza.»

Sajarov se puso pálido. Comprendió que la broma de Nedelin era una parábola. «Quiso acallar mi sentimiento pacifista y ponerme (a mí y a cualquier otro que pudiera compartir esas ideas) en mi lugar —escribió Sajarov—. Las ideas y emociones que brotaron en mí en ese momento siguen encendidas y han modificado completamente mi pensamiento.»

Finalmente Sajarov lo comprendió. Sus protestas morales no significaban nada para los hombres del Partido Comunista. El Partido estaba más allá del control incluso de un Héroe del Trabajo Socialista. De modo que Sajarov se convirtió gradualmente en un disidente. Las ideas de su disidencia, que cristalizaron en 1968 en su manifiesto *Reflexiones acerca del progreso, la coexistencia pacífica y la libertad intelectual*, anticipaban las ideas de la *perestroika*.

Pero, aunque Sajarov desempeñó el papel de líder moral de la época, no fue un hombre que tuviera poder político. Puede que sin Sajarov no hubiese existido un Gorbachov, ni una *perestroika* sin el esfuerzo de los disidentes

por mantener viva la idea de la verdad en un tiempo muerto, pero hubo otras personalidades, más difíciles de querer, más ambiguas, que gozaron del poder político que permite concretar las ideas.

Gorbachov y la gente más influyente que lo rodeaba eran personajes contradictorios; políticos, académicos y periodistas cuyas vidas estaban llenas de dudas, pequeñas victorias y tristes compromisos. Habían hecho cosas de las que se avergonzaban o deberían avergonzarse. Su ambición los llevaba a contarse mentiras y verdades a medias. Sirvieron a amos brutales sin experimentar grandes remordimientos. Estaba Vitaly Korotich, el vehemente director de *Ogonyok*, que en una ocasión llegó a sentirse tan satisfecho consigo mismo como para escribir un indecente libro sobre Estados Unidos titulado *El rostro del odio*. Estaba el poeta Yevgeny Yevtushenko, extraordinariamente presumido, escurridizo y valiente por épocas. Y estaban los asesores de Gorbachov que habían trabajado en el Comité Central bajo Andropov y que todavía lo recordaban como un oasis del libre pensamiento: el americanista Georgi Arbatov, los consejeros políticos Anatoly Chernayev, Georgi Shajnazarov y Oleg Bogomolov, y los periodistas Alexander Bovin y Fyodor Burlatsky.

Esos eran los *shestidesyatniki*, aquellos que maduraron durante el «deshielo» de Jruschov y que perdieron las ilusiones cuando los tanques rusos aplastaron la Primavera de Praga en 1968. Era la generación que despertó al horror de la era de Stalin con el «discurso secreto» de Jruschov de 1956 denunciando el «culto a la personalidad». Albergaban el sueño de un socialismo con rostro humano en Rusia. No se arriesgaron a una disidencia abierta, como lo hizo Sajarov, pero mediante su trabajo encontraron cierto grado de independencia y de cordura. Hubo académicos, como Abel Aganbegyan y Tatyana Zaslavskaya, que cambiaron la vigilancia opresiva de Moscú por la relativa libertad académica de

Novosibirsk, y periodistas como Yegor Yakovlev y Yuri Karyakin, que dejaron el *Pravda* por Praga y escribían para la revista de tendencia liberal *Los Problemas de la Paz y el Socialismo*. Los *shestidesyatniki*, especialmente los de Moscú y Leningrado, eran como una especie de enorme club flotante en el que cada uno conocía de nombre a todos los demás. Sometían a escrutinio las concesiones de los otros y establecían sutiles diferencias que carecían de sentido para alguien de fuera. El chisme en este conglomerado alcanzaba los niveles del Washington oficial o de los estudios de Hollywood. Ya trabajaran como académicos, para la prensa o en el Comité Central, daba lo mismo: todos los días había que decidir a quién proteger, cuándo retirarse, qué decir. Pensaban una cosa y decían otra, y en ocasiones, después de mentir durante un tiempo considerable, terminaban creyéndose sus propias mentiras y entonces ya no había redención.

«Gorbachov, yo, todos nosotros, éramos pensadores duales, teníamos que lograr todo el tiempo un equilibrio entre la verdad y la propaganda en nuestras mentes —dijo Shajnazarov, intelectual etéreo que estuvo junto a Gorbachov de principio a fin—. No es algo de lo que yo esté particularmente orgulloso, pero esa era la manera en que vivíamos. Era la vía alternativa entre ser disidente y darse por vencido.»

Los occidentales a menudo juzgaban con ligereza a esta gente. Procedían de países donde la libertad es un hecho y, aun así, se burlaban de los soviéticos por su afán de salvar sus familias y sus almas. El sistema los convirtió en bestias despiadadas y el espectáculo era lamentable. Al comenzar a desvanecerse el clima de temor con Gorbachov, hubo quienes se apoderaron desvergonzadamente de la tribuna pública, como si todo lo que hubieran hecho en el pasado no tuviera importancia. Algunos habían encubierto sus

aventuras ideológicas durante tantos años que resultaba difícil tomárselos en serio. Eran indecentes. Pero hubo también un grupo respetable que no solo disfrutó de su nuevo poder, sino que también comprendió sus propias contradicciones. Eran mujeres y hombres que estando en una situación difícil habían hecho cuanto pudieron y que, sin embargo, eran conscientes de distar mucho de lo ejemplar. Len Vyacheslavovich Karpinsky, columnista primero y, después, redactor jefe de *Moscow News*, era uno de los casos más pertinentes porque también era uno de los más complejos y trágicos.

Los padres de Len Karpinsky eran viejos bolcheviques. Lo bautizaron así en honor al mentor y amigo de su padre, Lenin. «El nombre de Len era bastante corriente entonces, y también del revés, Ninel; o Vladilen, en lugar de Vladimir Ilych Lenin —explicó Karpinsky—. Me alegra mucho que no me pusieran algo como Elektrifikatsiya, o cualquier otra cosa que les cayó a amigos míos.»

El padre de Len, Vyacheslav Karpinsky, pertenecía a una generación de románticos revolucionarios, los comunistas *fin de siècle*. Se afilió al Partido Comunista en 1898 y en 1903, cuando las actividades de organización política le ocasionaron problemas con la policía en la ciudad ucraniana de Jarkov, marchó al exilio. En Suiza fue asesor de Lenin y corrector. En Moscú, después de la Revolución, ayudó a Lenin a recopilar sus archivos personales del exilio y ocupó varios cargos en el *Pravda* y en el departamento de propaganda del Comité Central. Le concedieron tres medallas de Lenin y en 1962 se convirtió en el primer periodista al que se nombró Héroe del Trabajo Socialista.

Para la familia Karpinsky, vivir una revolución otorgaba una especie de realce a su existencia. Entre 1932 y 1952 vivieron en la Casa del Embarcadero con la élite del Kremlin: generales, miembros del Comité

Central y agentes de la policía secreta. Había salones de billar, piscinas y, para los pequeños, la Escuela Especial n.º 19. Cuando Len Karpinsky era niño fue amigo incluso de un par de sobrinos de Stalin. En una ocasión, en una fiesta de cumpleaños, el juego se interrumpió cuando el alfeñique picado de viruela y lisiado del brazo izquierdo —el Águila de la Montaña, el Amigo de los Niños— apareció en la entrada. «¡Niños! —anunció uno de los adultos— ¡Ha venido Iosif Vissarionovich!»

Stalin hizo un gesto con la mano y sonrió. Todos los niños permanecieron en silencio hasta que se marchó, y luego reanudaron los juegos.

Eso sucedió en 1935. En los años inmediatamente posteriores, Len contempló estupefacto como, uno tras otro, sus conocidos en el edificio perdían padres, tías, tíos, abuelos y amigos en el inmenso horno crematorio de las purgas de Stalin. Casi todas las noches, llegaban furgonetas de la policía secreta para practicar detenciones: un almirante, un profesor de marxismo-leninismo, las hermanas de un espía destinado en una embajada extranjera, etcétera.

«Llamaban a la puerta y, a continuación, desaparecían»», dijo Len. Era el mundo de la novela de Yuri Trifonov *La casa del embarcadero*; un mundo en el que «transcurría una vida absolutamente distinta» de la de la gente normal. Por entonces era un mundo en el que los revolucionarios más entregados, los ministros más serviles, se veían de repente acusados de «conspiración», de ser «infiltrados» y «enemigos del pueblo». Para lo habitual en el edificio, la familia de Karpinsky no sufrió muchas bajas. Una de sus tías y dos de sus hermanos fueron enviados a los campos. Hasta hoy, Karpinsky no entiende del todo por qué su padre, uno de esos fieles a Lenin que representaban una amenaza tan seria para Stalin, nunca fue detenido ni ejecutado. El único motivo que se imagina ahora, dijo, es que en 1937 o 1938 su padre pasó a estar medio jubilado y se retiró de la política.

Desde el momento en que la cúpula dirigente nombró director a Yegor Yakovlev, el viejo amigo de Karpinsky, el *Moscow News* pasó a ser el periódico de la generación del deshielo, la que rompió con sutileza los tabúes forjados durante setenta años. De vez en cuando yo iba a visitar a Karpinsky a las oficinas del *Moscow News*, en la plaza Pushkin, y siempre me pareció un hombre honrado, aun cuando fuera limitado como escritor; era una figura representativa cuya vida había sido, según me dijo él mismo, «el conflicto interno entre la ambición de ser un dirigente del Partido Comunista y el desarrollo casi involuntario de cierta conciencia». Su aspecto, cerúleo y demacrado, ponía de manifiesto ese conflicto. Parecía agotado a todas horas del día. Tenía el rostro alargado, surcado de arrugas y extenuado. Los dedos de la mano derecha estaban amarillos hasta sus primeras articulaciones a causa del tabaco. Cuando lo llamaba y le preguntaba cómo estaba, casi siempre decía con aspereza: «Tengo una salud pésima. Paso la semana en un hospital. Tal vez muera».

Karpinsky era tan modesto, tan irónico con sus propios fracasos y vacilaciones, que resultaba difícil creer que antes, en la cultura política soviética, tuviera la ambición de cualquier otro joven de pelo rubio que acepta un empleo como suplente en el Senado y empieza diciendo: «El día que me presenté al cargo…». Creía firmemente en el comunismo y en sí mismo, en su derecho al éxito. Cuando en 1947 ingresó en la Universidad Estatal de Moscú, empezó a trabajar de «propagandista» en fábricas y solares en construcción pocos días antes de las elecciones al candidato único del partido. «Mi cometido era conseguir que los trabajadores se levantaran a las seis de la mañana y acudieran a votar —me dijo—. Entre los propagandistas había cierta rivalidad acerca de cuál sería el grupo que terminaría antes de votar. El límite era el mediodía, momento para el cual se suponía que todo el pueblo soviético ya tenía que haber votado. Era

decisión del Partido. Se suponía que nosotros, los jóvenes de dieciocho años, realizaríamos la propaganda entre los trabajadores. Vivían en unos suburbios espantosos, en vagones de tren sin retretes, sin calefacción. Me encantaba el trabajo, aunque era algo pesado y, sí, un medio para ascender. En la universidad, Yuri Levada, que en la actualidad es un sociólogo célebre, escribió un artículo sobre mí titulado "El arribista". Y era cierto. Yo hacía todo eso pensando en llegar a la cima. En eso consistía todo: en ser uno de los jefes.

»Dicho esto, debo añadir algunas cosas en mi defensa. La sociedad de los tiempos de Stalin no daba ninguna oportunidad real a la realización o la expresión personal, salvo en el marco de este sistema perverso del Partido Comunista. El sistema destruía todos los demás canales: el lienzo del artista, la tierra del agricultor. Lo único que quedaba era el mastodóntico sistema jerárquico del Partido, ancho en la base y cada vez más estrecho a medida que se ascendía a la cima. Tenías que ser miembro del Partido simplemente para que te admitieran. Esa era la única posibilidad. Cuando te comprometes con esa labor, olvidas las consecuencias sociales y políticas y, sencillamente, lo haces. Poco a poco, este tipo de vida escinde tu mentalidad, tu intelecto. Empiezas a comprender que la vida es la vida, y que es mejor hacer algo bueno por tus vecinos que apoyarte en sus huesos para ascender. Pero todo depende de los principios morales. Supongo que las primeras dudas me asaltaron cuando en 1948 fui a la Universidad Estatal de Moscú. Un judío amigo mío llamado Karl Kantor fui atacado en el comité del Partido de la universidad al principio de la campaña antisemita de Stalin. No fue más que el comienzo de una transformación prolongada.

»Cuando me licencié, me enviaron a la ciudad de Gorky para hacer un trabajo para el Komsomol. Corría el año 1952 y a Stalin le quedaba uno de vida. Conocí a la clase trabajadora y a los campesinos de allí. Presencié la

degradación, la ruina. Vi la sociedad soviética tal como había emergido en realidad. Empezó a nacer esa "conciencia intelectual" de la que hablo. Todavía hay quien piensa, erróneamente, que la vida de *apparatchik* no genera más que conformistas y súbditos fieles al régimen. En realidad, el régimen divide a las personas en dos facciones enfrentadas: los que creen que solo pueden conseguir las cosas mediante el conformismo y el oportunismo, y quienes, gracias a una estructura mental distinta, se atreven a cuestionar la realidad circundante.

»De manera que, cuando murió Stalin, tomé plena conciencia de qué es lo que había hecho. Aun así, asistí a su funeral en Moscú por curiosidad. Me sentía como uno de esos prisioneros de los campos que arrojaban su gorra al aire y gritaban de alegría: "¡Por fin estiró la pata el caníbal!". La reacción de mi padre a la muerte de Stalin fue curiosa. Ya estaba jubilado y solo trabajaba de asesor para el Comité Central. Permanecía sentado en su despacho tecleando en una vieja Underwood que había traído de las oficinas que tenía en Suiza con Lenin. Me llamó a su estudio y me dijo: "Hijo, el camarada Stalin ha fallecido. Y, como epígono de Lenin, creó todas las condiciones para que triunfara nuestra causa". Era muy raro. Mi padre nunca se había expresado con tanta formalidad conmigo en toda su vida. Creo que habló así porque su generación siempre había cargado con el peso de promover en todo momento la línea del Partido y le parecía que su obligación era transmitirla así a sus hijos. Pero, en cierto modo, era un hombre de ochenta años que se había formado su idea del Partido antes de la revolución y viviendo en el exilio. No tenía que convencerme a mí, sino a sí mismo. Se estaba hablando a sí mismo.»

Cuando en 1959 Karpinsky regresó definitivamente de Gorky a Moscú, el

deshielo estaba en todo su apogeo. *Novy Mir*, la revista literaria y de opinión mensual de Alexander Vardovsky, publicaba textos críticos con el antiguo régimen. El propio Jruschov leyó una copia manuscrita de *Un día en la vida de Ivan Denisovich*, de Solzhenitsyn, y autorizó que se publicara en *Novy Mir*. Yevgeny Yevtushenko y Andrei Voznesensky, amigos de Karpinsky, se ganaban admiradores con sus poemas y sus recitales públicos. En diversos ámbitos del aparato del Comité Central, algunos miembros jóvenes redactaban propuestas y borradores de reforma política y económica, si bien siempre dentro de los límites de cierta ideología y cierto lenguaje. Por su parte, Karpinsky era jefe del Departamento de Agitación y Propaganda del Komsomol y director de *Molodoi Kommunist* («Joven Comunista»). Luego, en 1962, se unió al empíreo del mundo comunista adulto. Fue ascendido al consejo de redacción del *Pravda* para dirigir el departamento de marxismo-leninismo, que fundó él.

«Cuando regresé a Moscú desde Gorky, mi enfoque crítico se debilitó en cierto modo —comentó Karpinsky—. Volvía a formar parte de la élite, y no solo en calidad de hijo de mi padre, sino como un miembro auténtico. Pertenecí a la más alta *nomenklatura*, y la *nomenklatura* es otro planeta. Es Marte. No consiste solo en tener un coche o un apartamento bueno. Es darte la satisfacción continua de colmar tus propios caprichos, el modo en que un ejército de limpiabotas te permite trabajar sin esfuerzo durante horas. Todos los *apparatchiks* están dispuestos a cualquier cosa por ti. Se cumple hasta el más nimio de tus deseos. Puedes ir al teatro a tu antojo, puedes coger un avión a Japón desde tu pabellón de caza. Es una vida en la que todo fluye sin obstáculos. No, no tienes yate ni pasas las vacaciones en la Costa Azul, pero vas al mar Negro, y eso son palabras mayores. El asunto es tu relativo bienestar. Eres como un rey: te limitas a señalar con el dedo y está hecho.»

Las potencialidades de Karpinsky como miembro de la élite del Partido

Comunista carecían de límites. Es probable que algún día hubiera sido elegido para el Politburó. Era un miembro de la élite universitaria soviética; brillante, ambicioso, un legado. Una tarde, en una ceremonia celebrada en el Kremlin, Mijail Suslov y Boris Ponomarev, dos de los colaboradores más poderosos de Jruschov en la cúpula soviética, felicitaron a Karpinsky con el cumplido de que era su chico de oro, su joven promesa. Uno de ellos dijo que Karpinsky era para ellos como «un hijo del regimiento» y que le auguraban un futuro fantástico en el departamento ideológico del Partido Comunista. «Depositamos en ti nuestras esperanzas», dijo Suslov.

A base de trabajar en aquella atmósfera enrarecida, Karpinsky acabó por conocer a casi todos los personajes que representarían algo importante (de uno u otro modo) durante la *perestroika*. Se llevaba bien con Yegor Yakovlev, el biógrafo de Lenin que acabó siendo director del *Moscow News*; con Yuri Karyakin, especialista en Dostoievski y uno de los principales miembros radicales del Congreso de Diputados de los Pueblos; con Alexander Bovin, el gargantuesco periodista de *Izvestia* que promovió la «nueva interpretación» de la política exterior; con los economistas de espíritu reformista Gavriil Popov y Nikolai Shmelyov y con el sociólogo Yevgeny Ambartsumov; con Otto Latsis, hijo de un viejo bolchevique y redactor de *Kommunist*; con Gennadi Yanayev y Boris Pugo, que colaboraron en la organización del golpe de agosto, e incluso con el triunvirato rector de las reformas, Eduard Shevardnadze, Alexander Yakovlev y el propio Gorbachov.

«Conocí a Gorbachov en los años sesenta, cuando yo trabajaba en el *Pravda* y él vivía en Stavropol trabajando para la organización del Komsomol —dijo Karpinsky—. No era muy conocido en aquel entonces, pero debo decir que Gorbachov decía en aquella época las mismas cosas que dijo al principio de la *perestroika*. Fue a Moscú en viaje de negocios o

por algún otro motivo, he olvidado para qué, y nos vimos un par de horas; quedé impresionado. Hablaba de la atrocidad que representaba pagar a los cosechadores por hectáreas en lugar de por producción. Habló escuetamente del absurdo sistema de incentivos, o de su ausencia, en la economía. Era fogoso, pero en cierto modo muy racional. Y en los dos o tres primeros años de la *perestroika*, Gorbachov fue el mismo innovador que era de joven. Los proyectos innovadores siempre se circunscribían a ciertos límites, y eso, como es lógico, fue revelador más adelante. Bueno, lo comprendo. Al igual que todos nosotros, Gorbachov debía de poseer una naturaleza dual. En la mente y en el alma. Sabía bien que la idea de recompensa por el trabajo bien hecho era algo fuera de lo normal, pero no tan herético. Podíamos experimentar en ámbitos limitados como ese. Pero no se nos permitía llegar a ningún tipo de conclusiones políticas ni filosóficas según las cuales el sistema en sí fuera un fracaso. Evitábamos alcanzar semejantes conclusiones. Sencillamente éramos incapaces de pensar así. Pensar así no solo era un suicidio profesional, era una forma de desesperación. Y así, como el resto de nosotros, Gorbachov se protegía; por fuera y por dentro.»

Al principio, a Karpinsky y sus amigos no les disgustó mucho que Brezhnev y Suslov derrocaran a Jruschov en 1964. Cuando Karpinsky se enteró de la noticia, él y Yegor Yakovlev la celebraron con una botella de coñac. Hacía mucho tiempo que Jruschov había endurecido las restricciones impuestas a la prensa y las artes, y se había vuelto propenso a adoptar decisiones imprevisibles; un «voluntarismo» obsesivo, según el lenguaje del Partido. No fue hasta varios años después, cuando Jruschov era un pobre y triste anciano exiliado en su casa de campo, cuando Karpinsky lo llamó para felicitarlo por su cumpleaños. Karpinsky dijo que llamaba en nombre

de «los hijos del XX Congreso del Partido» y que Jruschov debía saber que un día la historia dejaría claro a todo el mundo la importancia de aquellas sesiones de 1956, en las que lanzó las primeras críticas contra el «culto a la personalidad» de Stalin.

«Siempre lo creí así y me complace que usted y su generación relativamente joven comprendan la esencia del XX Congreso y las medidas que puse en marcha —respondió Jruschov—. Me alegra mucho tener noticias suyas en mis últimos años de vida.»

Ni Karpinsky ni muchos otros tardaron demasiado en reparar en que Brezhnev no tenía la menor intención de llevar a cabo reformas, sino más bien todo lo contrario; estaba en ciernes un movimiento neoestalinista. Una noche, mientras cenaba con Yevtushenko y Otto Latsis, Karpinsky se puso a manifestar en voz alta lo que le estaba sucediendo a su generación, a su forma de pensar. «Teníamos la siguiente idea: cuando se cuenta con cierta educación en filosofía y con determinados antecedentes intelectuales, se empiezan a comprender las cualidades intrínsecas de la realidad, algo que denominé "conciencia intelectual". No es una conciencia natural, innata, sino una conciencia que nace de una especie de pensamiento que te vincula con una actitud moral ante la realidad. Si se comprende que en esta sociedad todo está bañado en sangre, que la sociedad misma se encamina al colapso, que es un sistema completamente inhumano… si se comprende todo eso de forma intuitiva e intelectual, entonces la conciencia no puede permanecer neutral. Fíjese, jamás asumí realmente ningún riesgo, no quise. Me sentí en cierto modo obligado por mi conciencia a dar los pasos que di. Y, obligado a darlos, jamás preví las consecuencias perjudiciales. Siempre pensaba que me libraría de ellas. Y nunca me libré.»

Karpinsky realizó su primera incursión en el submundo de lo que él denominaba los «seudodisidentes» en 1967, y constituyó una catástrofe

personal. Él y un amigo del *Pravda*, Fyodor Burlatsky, escribieron un artículo en *Komsomolskaya Pravda* para pedir, en tono eufemístico, la suavización de la censura en el teatro. Karpinsky afirma ahora que el artículo estaba «medio corrompido», sobre todo por sus razonamientos solipsistas de que el mejor modo de erradicar los sentimientos antisoviéticos en el teatro era permitir que decidiera la gente, y no los censores. Así, afirmaban los autores, los dramaturgos no tendrían motivo alguno para quejarse del gobierno, y se les despojaría de una fuente de descontento y del tema mismo. Pero el artículo, titulado «Rumbo al estreno», contenía otra idea expuesta con sencillez que causó un escándalo cuando se publicó: el culto a la personalidad, según Karpinsky y Burlatsky, solo se había criticado de forma superficial, y los censores impedían que se profundizara más en ello.

Brezhnev, que ya había iniciado la rehabilitación ideológica de Stalin, se enfureció cuando sus asesores le llamaron la atención sobre el artículo. Lo consideró un ataque personal. Casualmente, el artículo se publicó el mismo día en que un miembro del Comité Central criticó la descomunal industria armamentística del país, que había sido un feudo de Brezhnev antes de ser nombrado secretario general. Karpinsky, Burlatsky y el director de *Komsomolskaya Pravda* fueron despedidos. A Karpinsky se le asignó enseguida un puesto en *Izvestia*, pero después realizó unos cuantos comentarios críticos en una reunión del comité del Partido en ese periódico y también fue cesado de ese cargo.

Pese a la visión romántica heredada sobre el bolchevismo y su complacencia con las ventajas del poder, Karpinsky ya no podía seguir ocultando su desafección. La invasión de Checoslovaquia, en agosto de 1968, supuso para Karpinsky y muchos amigos un punto de inflexión. No se unió a los siete jóvenes manifestantes que acudieron a la Plaza Roja, y

tampoco estableció ningún vínculo estrecho con Sajarov ni ningún otro de los líderes intelectuales que habían decidido abandonar para siempre su vida entre la jerarquía por los riesgos de la disidencia política. Aun así, actuó. Bajo el seudónimo de L. Okunev, Karpinsky escribió un extenso artículo titulado «Las palabras son también actos», destinado a ser difundido únicamente entre un selecto grupo de amigos y reformadores potenciales del entorno del Partido y sus academias oficiales. (El seudónimo era una broma en clave: *Karpinsky* proviene de «carpa», y *Okunev* de «perca».) En el artículo, Karpinsky sostenía que la libertad de pensamiento, y no «las filas de soldados armados, las multitudes rebeldes, las columnas de marineros revolucionarios o una descarga del acorazado *Aurora*», pondrían en cuestión algún día al sistema soviético. Además, las estructuras y la maquinaria ideológica del Estado no serían capaces de resistirlo, pues el sistema «carece de un fundamento social sólido. No puede convencer a nadie de su viabilidad y solo perdura por su instinto de conservación. La fase de neoestalinismo que estamos atravesando no es más que la expresión visible de los "malos augurios" que sienten los pequeños tiranos. Anhelan volver al antiguo régimen, a la "fortaleza de Stalin", pero no ven más que unos cimientos decrépitos, demasiado frágiles para sustentar semejante estructura».

El artículo, como casi todos los escritos de Karpinsky, está repleto de verborrea sin digerir habituales de un *apparatchik* del Partido. Pero el artículo sobresalía no solo por sus destellos de nitidez y atrevimiento, sino también por su clarividencia. He ahí un *apparatchik* («tenemos depositadas nuestras esperanzas en usted», había dicho Suslov) que ahora ya no creía más que el propio Sajarov en la viabilidad del Estado bolchevique.

«Si se quiere, nuestros tanques fueron un anacronismo en Praga, un arma "inadecuada" —escribió Karpinsky—. "Disparaban" a… las ideas. Sin

esperanza alguna de alcanzar el objetivo. “Abordaron” la situación checoslovaca igual que en otra época determinados reptiles “abordaron” la aparición de los mamíferos. Los reptiles mordían al aire, rechinaban los dientes en el mismo aire que literalmente bullía del plancton de la renovación. Al mismo tiempo, presa de sus instintos naturales, buscaban “arsenales de armas ocultos” y ocuparon con diligencia las oficinas de correos y telégrafos. Con un puñetazo en el mentón de la sociedad más reflexiva, pensaban que habían tumbado y “apresado” sus procesos de pensamiento.»

Karpinsky también suministraba la visión «desde dentro» de alguien que identificaba en el seno de la estructura monolítica del Partido «una capa de intelectuales»: «Sin duda, la capa es muy fina y no es uniforme; se ve erosionada sin cesar por las decisiones colectivas y los ascensos y está entreverada de arribistas, aduladores, bocazas, cobardes y demás frutos del proceso de selección burocrática. Pero esa capa podría avanzar hacia una alianza con el conjunto del cuerpo social de la *intelligentsia*, su “facción parlamentaria” en el seno de la estructura administrativa. Es inevitable que la facción crezca y constituya una oposición oculta, sin forma específica consciente ahora de su existencia, pero una oposición realmente existente y muy ramificada en todos los niveles de la telaraña administrativa».

Fue esta «capa» la que se dio a conocer cuando Gorbachov accedió al poder. Los disidentes eran los más valientes y convencidos, pero en la primera etapa de Gorbachov no constituían, ni en número ni en fuerza relativa, un ejército adecuado. Los intelectuales del Partido, los institutos, la prensa y los ámbitos literario, artístico y científico, como surgidos de la nada, se tomaron poco a poco al pie de la letra las palabras del líder soviético cuando decía que estaba por nacer una era distinta. Por primera

vez, los propósitos de un dirigente del Kremlin y de la *intelligentsia* liberal tenían puntos en común.

La tragedia fue que, cuando Gorbachov asumió el poder, hubiera ya tantas vidas rotas; grandes intelectos perdidos a causa de la emigración, el alcoholismo, el suicidio, el desdén o el mero cinismo. Después de siete décadas de asesinatos y represión, era un milagro que quedara siquiera alguna *intelligentsia*. «Mucha gente quedó destrozada —afirmó Karpinsky —. Se puede uno comportar según ese pensamiento disonante durante algún tiempo, pero entonces empiezas a degenerar y a hablar solo cuando se te permite, y el resto de la conciencia y del alma se va apagando. Muchas personas no sobrevivieron a la *perestroika*. Tuvimos que crear un sistema moral interno, y no todo el mundo podía sustentarlo indefinidamente. Solzhenitsyn hablaba de ello en su artículo "Vivir sin mentira". Yo entendía su punto de vista, y tratábamos de no vivir con mentiras, pero no siempre podíamos conseguirlo. Si se ignoran por completo las normas del Estado y se adopta una actitud de disidencia absoluta, entonces no se puede tener familia, no se sabe de dónde conseguirá uno el dinero del alquiler, y sus hijos tendrán que echarse a la calle a mendigar. Cumplir este principio de no vivir nunca bajo la mentira en todos los aspectos es sencillamente imposible, puesto que uno vive en una determinada época.

»Comparados con las personas que no temían ser encarceladas, mis amigos no eran unos héroes. Nos absteníamos de realizar acciones directas. Esa postura era en sí misma una concesión. Pero era una de esas concesiones que se hacen cuando se comparte jaula con un león. Es comprensible, pero no algo de lo que se pueda estar orgulloso. Cuando yo mismo me encontré en la situación de tener que decir lo que sentía, lo hice. Simplemente, me cuidé de no ponerme yo mismo la soga al cuello. Utilicé el tono de las fábulas de Esopo. Tuve que recurrir a insinuaciones sobre el

progreso, pero nada más. Lo que publicábamos no hacía más que dar una pista de nuestros auténticos pensamientos.»

Pero «Las palabras también son actos», de Karpinsky, iba mucho más allá de formular moralejas como las de Esopo. En 1970 Karpinsky entregó una copia de su texto a Roy Medvedev, el historiador marxista. Una noche, Medvedev llamó a Karpinsky y le dijo que el KGB había registrado su apartamento y se había llevado todos los manuscritos que encontró, incluido «Las palabras también son actos». Durante años, Karpinsky fue ajeno al problema en que se había metido. Rebotó de un puesto a otro, de un instituto de sociología a editar obras marxistas-leninistas en la editorial Progreso. Pero en 1975, cuando lo sorprendieron trabajando en el manuscrito del libro de su amigo Otto Latsis *En vísperas de un gran avance*, que era un análisis de la colectivización y del estalinismo, el KGB le mandó una citación. Como es natural, el interrogador era un viejo amigo: un tipo del Komsomol llamado Filipp Bobkov, que se había convertido en una de las figuras más infames de la policía secreta soviética. Karpinsky trató de apaciguar a Bobkov. «Cuando antes venías a verme había té y galletas —le dijo—. Hoy ni siquiera me ofreces té. No es muy elegante.» A Bobkov no le resultó gracioso. Había entregado los documentos inculpatorios al Comité de Control del Partido Comunista, y Len Karpinsky, hijo del amigo de Lenin y gran esperanza del Partido, fue expulsado. Por su parte, Suslov consideró que la transgresión de Karpinsky era una traición personal.

En adelante, Karpinsky hizo lo que pudo para ganarse la vida; entre otras cosas, encargar cuadros y monumentos en nombre de una agencia estatal, por lo que recibía una paga exigua. Mantuvo sus amistades, hablaba de política y vivía por temporadas en la dacha que había heredado de su padre. El momento de la toma de conciencia sobre el que había escrito en «Las

palabras también son actos», la aparición de la disidencia como un hecho de la vida política y cultural, parecía a años luz.

Incluso después de que Gorbachov asumiera el poder, Karpinsky no se imaginó jamás que los cambios pudieran producirse con tanta rapidez. Y al principio no fue así. Si bien los liberales del Politburó consiguieron la dirección editorial del *Moscow News* para Yegor Yakovlev, el amigo de Karpinsky, y le recomendaron que transformara esa gacetilla gratuita para turistas, publicada en ruso y en algunas otras lenguas, en una «tribuna de la reforma», la *glasnost* fue al principio un proceso emprendido a base de señales e insinuaciones. Hoy en día, leer una pila de números del *Moscow News* entre 1987 y 1988 es perderse en una maraña de lenguaje sin sentido. Al principio, los obstáculos fueron inmensos y las victorias, casi insoportablemente arduas de obtener. Cuando los redactores del *Moscow News* quisieron publicar un simple obituario del poeta emigrado Viktor Nekrasov, el mismísimo Politburó tuvo que promulgar una autorización, y lo hizo después de mucho debate.

«Pero, aun así, el cambio fue enorme —decía Karpinsky—. La diferencia entre el "deshielo" y la *glasnost* era una diferencia de temperatura. Si con Jruschov la temperatura era de dos grados positivos, la *glasnost* la elevó a veinte. Inmensos bloques de hielo simplemente se derretían, y ahora hablábamos no solo del culto a la personalidad de Stalin, sino de leninismo y de marxismo, la esencia del sistema. No se parecía en absoluto a la época de Jruschov. Aquello fue solo una pequeña abertura a través de la cual solo se veía el culto a Stalin. No hubo cambios reales. Y, como vimos, se podía invertir su curso. La burocracia, el Partido, el KGB, todo el aparato represivo de la *intelligentsia* y la prensa seguían en su sitio.»

Para Karpinsky, el *Moscow News* constituyó la apertura a un público y una rehabilitación. En marzo de 1987 publicó un artículo extenso, «Es absurdo vacilar ante una puerta abierta». Al igual que otros de sus textos liberales anteriores, alcanzaba unos resultados desiguales. Karpinsky se aseguraba de arremeter contra Occidente por lo que consideraba que era una preocupación falsa por los disidentes soviéticos, pero también subrayaba un aspecto fundamental sobre el que el gobierno centraba cada vez más su atención, pero que raras veces se trataba en público: era preciso ahondar en la crítica de Stalin iniciada en 1956. La reforma carecería de sentido sin un análisis concienzudo de los problemas «centrales» del país y de la descomposición de su historia y sus cimientos.

Karpinsky quería reintegrarse en el Partido no solo para reivindicarse personalmente, sino también para intervenir en lo que todavía era la institución central del poder político. Sin embargo, en una reunión con el presidente de la Comisión de Control del Partido, un representante de la línea dura, Mijail Solomontsev, se mofó de Karpinsky. De una gruesa pila de papeles recopilados evidentemente por el Partido y el KGB, Solomontsev extrajo una copia de «Las palabras también son actos» y, sosteniéndola en alto, gritó: «¡Usted todavía no se ha desarmado ideológicamente! ¡En nuestro partido no ha cambiado nada!».

Pero las cosas sí que habían cambiado. Las acusadas divisiones ideológicas en el seno del Partido se habían convertido entonces en un secreto a voces, en una guerra abierta, y el truco estaba en recabar el apoyo de los poderosos liberales de la jerarquía. Tres viejos amigos, Yuri Afanasyev, Nikolai Shmelyov y Yuri Karyakin, presentaron en el XIX Congreso Extraordinario del Partido, celebrado en junio de 1988, una petición de rehabilitación de Karpinsky. Con la ayuda de sus viejos conocidos Alexander Yakovlev y Boris Pugo, la táctica funcionó. Al año

siguiente, Len Karpinsky formaba parte del equipo habitual de columnistas del *Moscow News*; un chico de oro, dice él, «de cierta edad».

12

Los hombres del Partido

Geidar Aliyev era un hombre humillado. En 1989, y después de dos décadas como jefe del Partido en Azerbaiyán, había sido destituido de su cargo en el Politburó de Gorbachov, vilipendiado en las columnas del *Pravda* y reducido a compartir el asiento trasero de un destartalado sedán Volga con un periodista estadounidense. Los hombres más destacados del Partido —Karpinsky, Yakovlev e incluso el propio Gorbachov— le habían dado la espalda. «¡Cuando nombramos secretario general a Gorbachov no sabíamos adónde nos llevaría!», afirmó. Las presiones habían acabado con Aliyev. Había sufrido un ataque al corazón; su tez era de una palidez mortecina. Se quejaba de lo pobre que era ante quien quisiera escucharlo. Pero Aliyev tenía aún cierto encanto empalagoso; era una parodia de la parodia de William Powell sobre ese tipo de personajes. «Debería sentirse honrado —me dijo, mientras conducíamos a Moscú desde su dacha en el pueblo de Uspenskoye—. No suelo conceder entrevistas.»

Siendo aún joven, las ambiciones de Aliyev casi se fueron al traste al ser acusado de abusos sexuales. Se libró de ser expulsado del Partido por un solo voto en la correspondiente sesión disciplinaria. Desde luego que no hubo proceso «legal» posterior. El juicio del Partido era suficiente. En

1969, en su calidad de jefe del KGB de la república, Aliyev lanzó una «cruzada contra la corrupción». Solo intentaba purgar a sus enemigos y promoverse a sí mismo y a su clan. Alcanzó un éxito espectacular. Una vez instalado en la cúspide del poder, Aliyev gobernó Azerbaiyán con la misma eficacia que la familia Gambino manejaba el puerto de Nueva York. La mafia del caviar del mar Caspio, la mafia del petróleo de Sumgait, la mafia de las verduras y de la fruta, la mafia del algodón, las mafias del transporte y de las aduanas...; todas le rendían cuentas, lo enriquecían, lo homenajeaban. Aliyev llegó incluso a controlar la vida intelectual de Azerbaiyán. Entregó la presidencia de varios institutos y departamentos académicos a sus parientes, permitiéndoles a su vez cobrar decenas de miles de rublos a los docentes en busca de un empleo que valiera la pena.

La estructura del Estado en Azerbaiyán —y en toda la Unión Soviética— era en sí una mafia. La gestión del poder y de la propiedad por parte del Partido no se veía entorpecida ni por elecciones ni por la ley. Los administradores de la «justicia socialista» eran falsos puntales que tenían por misión crear la apariencia de una sociedad civil. Generalmente estos jueces, capitanes de policía y fiscales estaban bien alimentados y no movían un dedo, a menos que fuera para reclamar su parte del botín.

Había, por supuesto, algunos hombres honrados en la estructura del Partido. En un famoso incidente en Azerbaiyán, un fiscal llamado Gamboi Mamedov trató de investigar la corrupción en la cúpula del Partido Comunista. Aliyev lo despidió y lo denunció. Más tarde, en una sesión del Parlamento de la república, un enfurecido Mamedov logró apoderarse del micrófono y vociferó: «El proyecto del Estado es una estafa, al igual que el presupuesto, y también esos informes sobre el éxito económico son un montón de mentiras, y...». La policía sacó a Mamedov del estrado y lo empujó a un pasadizo oscuro. Rápidamente, diecisiete leales legisladores se

pusieron de pie para defender a Aliyev. «¿Contra quién pelea, Gamboi? —exclamó Suleiman Ragimov, un escritorzuelo y diputado mercenario—, Dios nos envió a su hijo en la forma de Geidar Aliyev. ¿Acaso se opone usted a Dios?» El Parlamento, como un solo hombre, estalló en una gran ovación.

Cuando Gorbachov asumió el poder en 1985, se convirtió en jefe de jefes, en el dirigente de un Politburó del Partido Comunista donde los líderes, en su mayoría, eran descarados sultanes de la mafia, hombres como Aliyev, de Azerbaiyán, Viktor Grishin, de Moscú, Grigori Romanov, de Leningrado, Dinmujamed Kunayev, de Kazajstán, o Vladimir Shcherbitsky, de Ucrania. En Rusia, la consanguinidad no tenía el peso que sí poseía en Azerbaiyán o en Asia central, pero la jerarquía del Partido y la manera en que controlaba toda actividad económica tenían un peso equivalente. El Comité Central estaba también plagado de «almas muertas», mercenarios del Partido cuya única misión era proteger los privilegios de sus miembros. Hacía mucho tiempo que todos ellos utilizaban la pobreza de la ideología leninista en beneficio propio. En un Estado donde la pobreza era patrimonio de todos —en otras palabras, de nadie—, el Partido Comunista era propietario de todo, desde los muelles de Odessa hasta los naranjos de Georgia.

Aliyev, como los demás, sabía que el único imperativo de estabilidad bajo Brezhnev era engordar al amo. Leonid Ilyich no necesitaba que su pueblo gozara de verdadera prosperidad o felicidad para sentirse satisfecho. Le bastaban los informes de sus pares. Mientras los documentos oficiales que pasaban por su escritorio informaran acerca de grandes logros y proyectos realizados, él quedaba complacido.

Por supuesto, que la tradición de rendir tributo era aún más de su agrado. Cuando Brezhnev visitó Bakú, la capital de Azerbaiyán, Aliyev le obsequió

un anillo de oro con un enorme diamante solitario, una alfombra tejida a mano que apenas cabía en el vagón comedor del tren, y un retrato del secretario general con piedras preciosas incrustadas «a efectos de ornamentación». Con ocasión de una visita oficial en 1982, Aliyev construyó un palacio para uso de Brezhnev con toda la grandeza *kitsch* del Centro Kennedy de Washington. El gran hombre durmió allí un par de noches, y luego el palacio fue clausurado. Durante esa misma visita, Aliyev le regaló otro anillo que simbolizaba, mejor que cualquier mapa, la visión del mundo del Kremlin: una enorme piedra preciosa que representaba a Brezhnev, el Rey Sol, rodeada de quince piedras más pequeñas que representaban a las quince repúblicas de la Unión. «Como planetas en órbita alrededor de su sol», según explicó Aliyev. Esta obra maestra de la joyería fue bautizada «La Indestructible Unión de Repúblicas de la Libertad». Al recibir el anillo y escuchar la cuidadosa explicación de Aliyev, Brezhnev derramó lágrimas de gratitud frente a las cámaras de televisión.

Mientras duró, este sistema de luces y sombras sirvió bien al Partido. Ahora, sin embargo, Aliyev, acostumbrado a las espaciosas limusinas Zil mientras estaba en el poder, tenía las rodillas apretadas contra el asiento delantero.

«¡Qué mal vivo! —suspiró mientras corríamos por la carretera que une Moscú con los pueblos donde la élite del Partido tenía sus dachas—. Mi pensión es insignificante. Créame, usted jamás trabajaría por una suma tan pequeña. ¿El conductor? ¿El automóvil? No son míos. Solo tengo derecho a pedidos de vez en cuando.»

Mientras ocupó su cargo, Aliyev se acostumbró a los trajes confeccionados por el sastre del Kremlin y a envíos regulares de artículos electrónicos japoneses. Se había acostumbrado a los cigarrillos

estadounidenses y a las delicias de las granjas y tiendas especiales administradas por el KGB. Ahora su mundo era confuso y estaba amenazado. «Gorbachov dice que está a favor de la renovación del socialismo y contra el capitalismo —expresó Aliyev—. Perfecto. Pero ¿qué clase de renovación? ¿Qué quiere decir? ¿Una democracia social? Eso no es socialismo. ¿Qué es exactamente su socialismo? Nadie lo sabe. Ya no tienen ni idea de qué es el socialismo y están todos viviendo en las nubes. Ustedes, los estadounidenses, quieren que todos se conviertan a su sistema, y cuantas más cosas haya aquí del agrado de George Bush, mejor. Pero ¿acaso Bush es Jesucristo o algo por el estilo?»

Durante algunos minutos proseguimos en medio de un agradable silencio hasta la plaza Pushkin. De pronto, entre la neblina del atardecer apareció el resplandeciente futuro: un par de arcos amarillos y una cola de rusos hambrientos. Aliyev sonrió burlonamente.

«¡McDonald's! —exclamó—. Allí está la *perestroika* que ustedes tanto aman.»

El aparato del Partido Comunista era la mafia más gigantesca que el mundo haya conocido. Conservaba su monopolio sobre el poder con un falso consenso y una falsa Constitución que respaldaba con la fuerza del KGB y de la policía del Ministerio del Interior. Los beneficios también eran atractivos. El Partido había enviado dinero al exterior y vendido los recursos naturales de manera tan obvia —incluidas las vastas reservas de oro del país— que, justo después del fracaso del golpe de Estado de agosto, el jefe de finanzas del Partido echó una mirada al futuro y se lanzó al vacío desde un balcón.

La corrupción del Partido en la época de Brezhnev no fue una excepción,

un asunto de manzanas podridas que contaminen la canasta utópica. Una investigación judicial arrojaría más de una acusación. «Si se tratara tan solo de uno de los líderes anteriores, el nuevo gobierno podría fácilmente presentarlo como la oveja negra, una triste excepción a la regla general —afirmó Arkady Vaksberg, el principal escritor legal del semanario *Literaturnaya Gazeta*—. Pero se trata de un asunto que involucra a todos (o casi todos) los miembros de las administraciones anteriores regidas por ancianos autocráticos. Desde una perspectiva histórica, el denunciarlos solo llevaría a una única e inexorable conclusión; el carácter criminal del Partido y de todo el sistema político que permite que los delincuentes lleguen al poder y que los protege fanáticamente de la exposición pública.»

De distintas maneras, el terror bajo Stalin reflejaba las tácticas de la mafia. Usaba la violencia como instrumento de coerción y disciplina; fomentaba una atmósfera de secreto y de sospecha generalizada, y había hombres «hechos» (los *apparatchiks* del Partido) y la apariencia exterior de los negocios legítimos (embajadas, diplomáticos, comercio, etcétera). Con la disminución del terror bajo Jruschov y luego Brezhnev, los «negocios» del Partido Comunista se convirtieron en un auténtico negocio. «A veces uno tiene que dar rienda suelta a su mala sangre», le dice Richard Castellano a Al Pacino en *El Padrino*. Pero después de una guerra total, la mafia siempre sueña con un período de cooperación, de relaciones que sean rentables, estables y, siempre, «simples negocios». Durante la era posterior a Stalin, la ideología no fue tanto un sistema de creencias o de conducta cuanto un tipo de lenguaje, una contraseña entre los hombres «hechos»; si uno aprendía a hablar correctamente el idioma, podía compartir el botín. «Por encima de todo, lo que distingue al comunismo contemporáneo es la nueva clase de propietarios y de explotadores», escribió el disidente yugoslavo Milovan Djilas poco después de la muerte de Stalin.

Pero fue durante la era que siguió a la muerte de Stalin, y una vez concluido el violento período de colectivización e industrialización, cuando se conformaron las estructuras mafiosas del Partido. Vladimir Oleinik, investigador de la oficina del fiscal general de Rusia y famoso por su honestidad, publicó extractos de su diario en la *Literaturnaya Gazeta* que describían el rápido crecimiento de los negocios de la mafia durante los años sesenta, una pirámide de corrupción que tenía su base en el Comité Central del Partido Comunista y entre los ministros, para llegar hasta los mismos carniceros, panaderos y sepultureros, cada uno de los cuales sacaba su tajada. Oleinik describía cómo un miembro del Comité Central engrosaba su cuenta bancaria vendiendo cargos en los ministerios por cincuenta mil rublos cada uno.

La mafia controlaba miles de negocios; incluso los negocios menores tenían cierto atractivo para ella. En Asia central me describieron el negocio del zumo de fruta. Los trabajadores pagaban enormes sumas por manejar las máquinas de zumo en la templada región de las repúblicas del sur. Mientras atendían las máquinas, se apoderaban de grandes cantidades de pulpa que luego vendían por su cuenta en otro lado. Robaban también dinero de las cajas de caudales. Estos trabajadores usaban parte del dinero para pagar a los capataces; los capataces, por su parte, les pagaban a los ayudantes del ministro, los ayudantes del ministro le pagaban al ministro... y así hasta llegar a la cima de la estructura del Partido.

En esa misma región, hasta los altos cargos del Partido y las distinciones estaban en venta. La revista *Smena* («Cambio») informó de que el cargo de secretario regional del Partido en Asia central costaba ciento cincuenta mil dólares, y una Orden de Lenin, equivalente soviético de la Medalla de Honor del Congreso de Estados Unidos, costaba entre ciento sesenta y cinco mil y setecientos cincuenta mil.

No es que para el pueblo soviético este mar de corrupción fuera un secreto mayor que el de la existencia de la mafia para los comerciantes de Nueva York, quienes se ven obligados a pagar dinero a cambio de protección. La mafia estaba en todas partes; no se podía vivir en esa tierra sin sentir sus tentáculos. Una tarde, la niñera que cuidaba a nuestro hijo llegó agotada y deprimida a trabajar. Su madre había fallecido, pero lo que más la deprimía era el enorme esfuerzo y el gasto para sepultarla (proceso que a ella le costaba tanto como enriquecía a la «mafia del cementerio» y a sus padrinos del Partido).

«Sabía desde el principio que implicaría un gran desembolso —dijo Irina —. Se supone que tenemos derecho a un funeral gratuito. Pero eso es una broma. Lo primero que hicimos fue ir al banco. Luego hubo que llevar el cuerpo a la morgue. Se nos dijo que las morgues estaban llenas y que no podían hacerse cargo del cadáver. A pesar de eso, los encargados lo hicieron al pagarles doscientos rublos. Luego fueron cincuenta rublos por la vestimenta.

»Después, el encargado del funeral nos dijo que no tenía un ataúd del tamaño adecuado y que solo podríamos conseguir uno de más de dos metros. Mi madre medía apenas un metro cincuenta de altura. Por ochenta rublos conseguimos lo que necesitábamos. Luego los sepultureros dijeron que no podían cavar la tumba hasta las dos de la tarde y eso aunque el funeral estaba programado para las diez de la mañana. Nos costó dos botellas de vodka y veinticinco rublos a cada uno. El conductor del autobús para el funeral dijo que tenía otro ese día y que no podría atendernos. Pero por treinta rublos y una botella de vodka podíamos resolver el problema. Lo hicimos. Y así con el lugar de entierro, las flores y todo lo demás. En total nos costó dos mil rublos sepultar a mi madre. El ingreso familiar de tres

meses. ¿Es así como se supone que deben funcionar las cosas? Para mí es como vivir bajo la ley de la selva.»

En Occidente, el hampa se desenvuelve por regla general en ámbitos en los que no existe una economía legal —las drogas, el juego, la prostitución — y crea una economía sumergida. A veces, cuando puede compra a uno o dos políticos, la mafia interviene en contratos gubernamentales y gestiona programas de protección. Pero en la Unión Soviética no había transacción económica que estuviera libre de corrupción. Era como si todo el país estuviese regido por una gigantesca familia del hampa; casi todas las relaciones económicas eran, de alguna manera, relaciones de la mafia. Entre una orden ministerial de producir, por ejemplo, diez toneladas de carne y la compra que hacía Ivan Ivanov de un kilo de ternera, había innumerables oportunidades de obtener algún beneficio. Nadie podía darse el lujo de evitar, al menos, cierto grado de complicidad. Este era uno de los hechos más degradantes de la vida soviética; resultaba imposible ser honrado. Y toda la «propina» terminaba, de hecho, enriqueciendo al Partido Comunista.

«Mire, es muy simple —me contó Andrei Fyodorov, que abrió el primer restaurante cooperativa de Moscú en 1987—. La mafia es el Estado mismo.»

Antes de inaugurar su restaurante, Fyodorov trabajó durante veinticinco años en el negocio de los restaurantes estatales. Una mañana, frente a una taza de té en su comedor vacío, Fyodorov me contó cómo funcionaban las cosas en su antiguo lugar de trabajo, el restaurante Solnechny, un enorme salón estatal para banquetes. «El juego comenzaba los viernes a las nueve de la mañana, cuando llegaban los inspectores. Pronto comprendí que no estaban interesados en la situación del restaurante. Luego establecimos buenos contactos en el sentido de entregarles diversos alimentos, proporcionarles mesas en el lugar, saunas, etcétera. El director simplemente

me decía qué servicios prestarles. Ya ve, toda persona que trabaja en los servicios está siempre preso de un anzuelo. Digamos que el sueldo del director es de ciento noventa rublos al mes. Esa suma no alcanza para vivir, y uno se ve obligado a aceptar sobornos. Pero el sistema de sobornos en la Unión Soviética está reglamentado. No hay que ser demasiado voraz. Un director de restaurante no puede meterse en el bolsillo más de dos mil o tres mil rublos al mes. Si comienza a ganar más, entonces surge la preocupación dentro del sistema y en cinco o seis meses aparecerán inspectores nuevos, lo que significa que uno puede ser arrestado por violar el código de sobornos.

»La cosa parte de la base hacia arriba. El soborno pasa de los camareros al jefe de los camareros, continúa con el subdirector y luego con el director, hasta llegar finalmente a los distintos funcionarios del Partido y organismos contables. El mismo sistema rige para los cafés, las sastrerías, las terminales de taxi y las barberías. El que no paga soborno durante más de seis meses está perdido.»

Hasta su intempestivo arresto hace algunos años, la figura más rimbombante de la mafia en el país era Ajmadzhan Adylov, un Héroe del Trabajo Socialista. Dirigió durante veinte años la organización del Partido en la rica región del valle de Fergana, en Uzbekistán. Adylov era conocido como el Padrino y vivía en una extensa propiedad con pavos reales, leones, caballos pura sangre, concubinas y una mano de obra esclava de miles de hombres. Adondequiera que fuera, Adylov iba acompañado de sus cocineros personales y una cocina rodante. Durante el almuerzo comía siempre lechón asado. Hacía encerrar a sus adversarios políticos en una prisión subterránea secreta y los torturaba cuando lo estimaba necesario. Su técnica favorita la aprendió de los nazis. Con temperaturas bajo cero, ataba

el hombre a un palo y lo rociaba con agua helada hasta que muriera congelado.

Adylov afirmaba ser descendiente de Tamerlán el Grande, lo que, considerando su afición por los rituales y la crueldad, su mezcla de crueldad ancestral y bolchevique, parece una descripción adecuada. A menudo se sentaba a dictar sentencia, como si estuviera en un trono, bajo un retrato de la deidad del Estado, Lenin. En una ocasión en que un mercenario del Partido llamado Inamzhon Usmanjodzhaev fue designado para un alto cargo en Uzbekistán, tuvo que presentarse ante Adylov para que diera su aprobación. Como prueba de lealtad, Adylov le ordenó que ejecutara a un informante. Pero no fue capaz de apretar el gatillo. Adylov no podía excusar tan patética muestra de debilidad y solo se ablandó cuando Usmanjodzhaev le suplicó que lo perdonara y, de rodillas, limpió servilmente con la lengua los zapatos del Padrino.

A los habitantes de Uzbekistán, Brezhnev solo les pedía algodón y, por encima de todo, estadísticas fantásticas sobre el algodón. El fraudulento negocio del algodón era gigantesco, incluso elegante. Brezhnev le pedía al «heroico pueblo» de Uzbekistán que cosechara, por ejemplo, un veinte por ciento más de algodón que el año anterior. Los trabajadores, por heroicos que fueran, no tenían posibilidad alguna de cumplir la orden. (¿Cómo podían hacerlo si las cifras del año anterior habían sido groseramente infladas?) Pero los dirigentes locales del Partido comprendían la situación. Aseguraban a Moscú que todo había resultado según lo planeado. ¡Incluso mejor! Los ministerios centrales de Moscú pagaban grandes sumas de dinero por la cosecha récord y los dirigentes republicanos se embolsaban el dinero adicional. A Brezhnev, por su parte, se le hacía la boca agua imaginando los regalos que le llegarían, vía aérea, desde Bujara, Samarkanda y otros centros de Uzbekistán.

Entre las mafias del Partido más famosas de la Unión Soviética —las de Georgia, Crimea, Moscú, Kazajstán y Azerbayán—, la de Uzbekistán hacía gala de cierto talento. Sharaf Rashidov, el jefe del Partido en la república, era un sibarita con pretensiones literarias. Se creía novelista. Para cumplir sus ambiciones contrató a dos negros de Moscú, Yuri Karasev y Boris Privalov, quienes se encargaban de la redacción. El producto resultante era publicado en ediciones que causarían una profunda envidia a Judith Krantz. Rashidov sabía también cómo satisfacer sus apetitos. El Primero de Mayo, tras saludar durante horas a las multitudes desde el estrado, bajaba a un sótano situado bajo el estrado, donde, según palabras de Vaksberg, había mesas «repletas de manjares festivos y de encantadoras jovencitas dispuestas a devolverle la perdida primavera». Rashidov recibió diez veces la Orden de Lenin, y al morir en 1984 fue sepultado en una ceremonia faraónica en el centro de Tashkent, cerca del Museo Lenin. Durante años la gente llevaba ramos de rosas y claveles hasta su tumba. Los líderes de Uzbekistán percibieron los nuevos vientos políticos que soplaban desde Moscú y trasladaron la tumba a una remota villa. Pero el legado de Rashidov sobrevivió. En 1988, los funcionarios del Partido perdonaron a 675 personas que habían sido condenadas por su participación en los escándalos de corrupción durante la era Brezhnev.

Eran los años de juerga bajo Brezhnev, y Uzbekistán, en modo alguno, tuvo el monopolio de lo grotesco. En la región de Krasnodar, bastión de la mafia en el sur de Rusia, el costo de afiliarse al Partido oscilaba entre tres mil y seis mil rublos. Vyacheslav Voronkov, el alcalde de la ciudad balneario de Sochi, contrató a un arquitecto armenio para que construyera una fuente musical en el salón de su mansión estatal. Pagando algunos kopeks, los turistas podían escuchar un aria completa en la fuente del dirigente. Cuando los jefes del Partido Comunista iban de pesca, había

buzos que se sumergían en el agua y enganchaban peces en los anzuelos. Cuando iban de caza, había alces, ciervos y venados, criados especialmente, a los que se les hacía deambular por el campo a una distancia apropiada. Todos se divertían de lo lindo. Cuando el rey de Afganistán visitó el balneario de Tajik en la garganta del Tigre, se encargó de acabar con el último tigre del Caspio del país.

Las felicitaciones mutuas, los festines y los banquetes de boda, la piedad y la rectitud, todo olía a cultura de la mafia. Yegor Ligachov, quien más tarde sería formalmente el segundo de a bordo de Gorbachov y su principal rival conservador, en 1981 dijo en un congreso, del Sindicato de Escritores Soviéticos: «Camaradas, no se imaginan la felicidad que representa para todos nosotros el poder seguir con nuestro trabajo y lo bien que funciona todo bajo el liderazgo de nuestro querido Leonid Ilyich. ¡Qué maravilloso clima político y moral se ha creado en el Partido y en el país con su llegada al poder! Es como si hubieran brotado alas en nuestras espaldas, por usar una metáfora al estilo de ustedes, los escritores».

En Kazajstán, república más extensa que toda Europa occidental, Dinmujamed Kunayev mostraba cierta benevolencia hacia sus parientes y —cosa rara en un hombre de la mafia— hacia su esposa. Arkady Vaksberg confirmó una historia acerca de la felicidad conyugal de Kunayev que me fue relatada la primera vez que estuve en Alma-Ata.

La esposa de Kunayev sufrió un ataque de celos al saber que la mujer del secretario del Partido en Magadán había sido agasajada con un juego de té japonés extremadamente caro. Magadán, un antiguo centro de campos de trabajos forzosos en el Lejano Oriente, tenía un acceso único a los productos japoneses; pero la señora Kunayev no escuchaba razones. Esos

platos y tazas tenían que ser suyos. Las reglas de etiqueta del Partido no permitían que Kunayev simplemente encargara el juego de té a Japón o Siberia. Sería demasiado obvio. Incluso enviar a un asistente a Tokio era considerado indecoroso.

«Había que hallar una forma, por supuesto —escribe Vaksberg—. Y fueron tales la originalidad y el refinamiento que se hicieron merecedores de unas páginas en la historia de la mafia soviética.» Kunayev no podía llegar y mandar su avión privado, un Tupolev 134, en esa misión. Las reglas del Partido dictaminaban que el avión privado de un miembro del Politburó debía estar siempre listo para sesiones de emergencia en Moscú. De modo que Kunayev les pidió a sus asistentes que elaboraran un informe oficial en virtud del cual el motor del avión necesitaba una reparación. Esto le permitiría solicitar otro avión mientras el primero era «reparado».

Las reglas también señalaban que después de una reparación, un miembro del Politburó no podía usar el avión hasta que hubiera completado veinte mil kilómetros de vuelo. «El objetivo de tan brillante ardid era claro —escribe Vaksberg—. Algunos de los ayudantes más cercanos a Kunayev estaban felices de asumir el papel de *kamikaze*. Diseñaron una ruta que, entre idas y venidas, completaba los veinte mil kilómetros requeridos. Habría escalas en Krasnoyarsk, Irkutsk y Jabarovsk. Regresarían vía Petropavlovsk-Kamchatsky, puesto que habría resultado imperdonable visitar el Lejano Oriente soviético sin darse una vuelta por los géisers y por un volcán activo. En todas partes eran recibidos al más alto nivel; después de todo, eran enviados del mismísimo Kunayev. Los que habían logrado trepar hasta el poder poseían una increíble pasión por dejar registros fílmicos de su deleite. Gracias a esta pasión, podemos apreciar con nuestros propios ojos lo que fue el viaje. En todas partes los recibían con banquetes opíparos, con el tradicional *shashlik* y una amplia variedad de vodkas,

saunas y la magnífica caza de jabalíes, alces y venados, puestos especialmente a tiro.

»No es necesario decir que la primera dama no participó en el viaje. Al igual que a su esposo, no se le permitía correr riesgos innecesarios. Sin embargo, los felices *kamikazes* regresaron con un avión cargado de regalos del Lejano Oriente soviético y de Siberia. No solo trajeron varios juegos de té, sino también equipos de sonido y de vídeo japoneses, pieles y tallas en raros cuernos de venado (lo más fino de la artesanía indígena), miles de conservas de cangrejo del Pacífico y otros productos del mar. Todo esto fue traído a Alma-Ata a modo de trofeo.»

Después de tres décadas como jefe del Partido en Kazajstán, Kunayev fue forzado a renunciar en 1986 por «razones de salud». Una vez retirado, vivía frente a una plaza que llevaba su nombre. En el centro de la plaza había un enorme monumento coronado por la cabeza del gran hombre esculpida en granito. El edificio, en el número 119 de la calle Tulebayeva, parecía un motel de segunda categoría de Miami Beach. Además de Kunayev, vivían allí los dos más altos dirigentes del Partido.

La primera vez que traté de conocer a Kunayev, simplemente me acerqué hasta su casa y esperé un golpe de suerte. No fue una buena estrategia. Me detuvo un guardia del KGB y me dejó claro, con la mano en el arma, que un paso más hacia la residencia de Kunayev me costaría caro. De modo que probé una táctica más convencional. A través de un periodista kazajo, un hombre particularmente obediente que conocí en Moscú, solicité una entrevista con Kunayev, para lo cual adjunté una lista de preguntas del estilo: «¿Cuáles son los principales logros de Kazajstán bajo el poder soviético?». Mientras esperábamos la respuesta de Kunayev, fuimos

invitados a comer al apartamento de los suegros del periodista. Fue una larga tarde. A su suegro le hizo efecto el coñac que llevé de regalo y habló durante horas amorosamente de la «mano de hierro» de Stalin. Comimos todos cordialmente de un plato que, según se me dijo después, eran «deliciosos fideos» mezclados con corazón de caballo desmenuzado. Mi anfitrión me aseguró que sabía a pollo. Se equivocaba.

Finalmente llegó la llamada de Kunayev. Nos recibiría al día siguiente a las once de la mañana.

Éramos cuatro personas y llegamos a la casa con cinco minutos de adelanto.

—¿Adónde van? —preguntó el guardia.

—Tenemos una entrevista con Kunayev.

—Imposible —dijo el guardia.

—Así es. Una entrevista a las once. Nos está esperando.

—¡Documentos!

Mostramos nuestros documentos y el guardia se dirigió al teléfono. Habló durante unos instantes y regresó con una sonrisa triunfal.

«El estadounidense no puede entrar», dijo. No parecía algo negociable.

A todas luces, los ministros de Moscú no tenían interés en otorgar una tribuna pública a Kunayev, y mucho menos a través de un periódico estadounidense. Permitían que Kunayev viviera en un relativo esplendor entre sus amadas colecciones de encendedores y de armas extranjeras, pero no querían ser responsables de su resurrección. Gorbachov ya había tenido problemas a causa de Kunayev. Al destituirlo en 1986, Gorbachov cometió el error de nombrar en su lugar a un ruso, Gennadi Kolbin. Era exactamente lo que Kunayev necesitaba, y se valió de un nacionalismo latente para lograr su cometido: su clan fomentó manifestaciones antirrusas y anticolonialistas. Gorbachov corrigió enseguida su error, reemplazando a

Kolbin por un kazajo, Nursultan Nazarbayev. Este incidente debió haberle bastado al Kremlin para comprobar que, contrariamente al mito, la Unión Soviética no había resuelto sus problemas nacionales; en cambio, los abusos de medio siglo habían creado un imperio de resentimiento. Alma-Ata fue el preludio de una serie de movimientos que Moscú no se esperaba.

Esperé en la calle. Una hora más tarde los periodistas de Kazajstán salieron radiantes de la casa de Kunayev. «Kunayev ha lamentado que usted no haya podido entrar —dijo uno de ellos—. «Ha afirmado: “Parece que no tengo poder ni siquiera en mi propia casa”.»

Pensé que no conocería jamás al capo caído en desgracia. Sin embargo, ese mismo día, mientras entrevistaba a otro funcionario de Kazajstán, uno de los periodistas entró en la sala, me dio una palmada en la espalda y me dijo: «Prepárese». Había llamado a Kunayev y estaba todo arreglado para que nos reuniéramos en la calle, frente a la Casa de Reposo del Partido Comunista.

Media hora más tarde llegó un Volga no muy distinto del modesto automóvil de Aliyev. Kunayev bajó del asiento trasero. Tenía una complexión enorme y cabello canoso; vestía un traje de rayas. Usaba gafas oscuras y llevaba el tipo de bastón tallado que le confería su autoridad a Mobutu. Su sonrisa era una mezcla de arrogancia y condescendencia, la sonrisa de un rey. Antes de que pudiera preguntarle algo, se lanzó a un monólogo sobre tal o cual aniversario de Kazajstán y sobre la producción de trigo y la necesidad de preservar los monumentos del Estado bolchevique. «Yo jamás me desvié —nos recordó con solemnidad—. Pertenezco a la línea leninista del Partido. Jamás lo olviden.» Juramos que no lo haríamos.

Cuando logré plantear mis preguntas formales, acerca de Gorbachov y

cuestiones políticas, Kunayev se rió de todas, jugueteó con el mango caoba de su bastón y retomó el hilo de su monólogo.

Todavía había mucha gente en Kazajstán que deseaba que Kunayev regresara a la política. «¿Está usted preparado para un regreso?», pregunté. «No me opondría —respondió—. Que la gente lo decida. Pero mañana, debo decírselo, estaré ocupado. Iré a cazar patos. Me encanta cazar patos.»

El ocaso de la mafia del Partido comenzó con la muerte de Brezhnev y el breve reinado de Yuri Andropov. Aunque Andropov fue culpable de muchas cosas —siendo la más notable su campaña brutalmente eficiente contra los disidentes mientras dirigía el KGB—, representaba un regreso a la tradición de ascetismo leninista. Andropov era profundamente corrupto, una bestia. Nadie que haya estado al frente de la embajada en Budapest durante la invasión soviética de 1956 puede ser declarado inocente. «De algún modo siempre pensé que Andropov era el más peligroso de todos, simplemente porque era más inteligente que el resto», me dijo Alexander Yakovlev.

Pero la principal virtud de Andropov fue la indignación que manifestó ante la corrupción y descomposición que se había vuelto endémica bajo Brezhnev. Mientras fue jefe del KGB, Andropov dirigió una amplia investigación sobre los negocios del Partido y sobre el estado general del sistema económico del país. Después de la muerte de Brezhnev, y en sus pocos meses como secretario general, Andropov ordenó el arresto de algunos de los mafiosos más destacados del Partido y de la policía. Fue tal el terror de los peores elementos del aparato del Partido, que una serie de funcionarios de alto rango se quitaron la vida.

Los demás seguidores de Brezhnev en la cúpula no se vieron muy afectados cuando Andropov cayó seriamente enfermo. Para la mafia del

Partido resultaba insoportable la idea de un pensamiento reformista que amenazara sus privilegios. Tal como escribió Solzhenitsyn en 1991: «La corrupta clase dirigente —los muchos millones de miembros de la *nomenklatura* del Estado y del Partido— no es capaz de renunciar voluntariamente a ninguno de los privilegios que ha alcanzado. Han vivido de manera vergonzosa durante décadas a expensas de la gente y quieren seguir haciéndolo».

De no haber sido por esas ansias de poder y privilegio, Gorbachov podría perfectamente haber ocupado el cargo de secretario general un año antes. Arkady Volsky, ex asistente de Andropov y miembro destacado del Comité Central, me dijo que los seguidores de Brezhnev en el Poltiburó le entregaron el poder al moribundo *apparatchik* Konstantin Chernenko y no a Gorbachov, protegido de Andropov. En diciembre de 1983, Andropov se encontraba en el hospital, aquejado de problemas renales y envenenamiento de la sangre. Sus asistentes se turnaban para visitarlo en el hospital, adonde le llevaban importantes asuntos y documentos. Un sábado, antes de un pleno del Comité Central que se celebraría el martes, Volsky visitó a Andropov en su habitación del hospital del Kremlin para ayudarlo a redactar un discurso. Andropov no estaba en condiciones de asistir al pleno y había designado a uno de sus hombres para que leyera el discurso en su nombre.

«Las últimas líneas del discurso decían que los miembros del Comité Central debían ser ejemplares en su conducta, incorruptibles, responsables de la vida del país —dijo Volsky—. A ambos nos gustó esa frase ... Andropov me entregó después una carpeta con el borrador final y dijo: “El material tiene buen aspecto. Asegúrese de prestar atención al apéndice que agregué”. En ese momento no tuve tiempo de mirar lo que había escrito. Cuando tuve oportunidad de hacerlo, vi que había agregado un nuevo

párrafo al pie de la última página, en tinta y con mano temblorosa. Decía lo siguiente: “Los miembros del Comité Central saben que no estoy en condiciones de asistir al pleno. Tampoco puedo asistir a las reuniones del Politburó ni a las de la secretaría [del Comité Central]. En consecuencia, creo que Mijail Sergeyevich Gorbachov debería ser designado para presidir las reuniones del Politburó y de la secretaría”.»

Volsky sabía muy bien lo que esas palabras significaban; el secretario general recomendaba a Gorbachov como su sucesor. Volsky sacó una fotocopia del documento y la puso en su caja fuerte. Entregó el original a la jerarquía del Partido asumiendo ingenuamente que sería leído en el pleno. Pero, durante el encuentro, ni Chernenko, ni Grishin, ni Romanov ni ninguno de los otros sospechosos habituales del círculo de Brezhnev hicieron mención de los deseos expresos de Andropov. Volsky pensó que se trataba de un error. «Me dirigí a Chernenko y le dije: “Señor, había un apéndice al final del texto”. Me contestó: “Olvídese del apéndice”. Luego me dirigí a su asistente Bogolyubov y le dije: “Klavdy Mijailovich, había un párrafo en el discurso de Andropov...” Me llevó aparte y dijo: “¿Quién se cree usted, un sabio? ¿Piensa que se juega la vida en esto?” Le contesté: “En tal caso tendré que telefonear a Andropov”; a lo cual replicó: “Entonces será su última llamada telefónica”.»

Andropov se puso furioso al saber lo ocurrido en el pleno, pero era poco lo que podía hacer. Ni siquiera Lenin pudo nombrar a su sucesor; además, los seguidores de Brezhnev en el Politburó eran demasiado poderosos. Al morir Andropov, en febrero de 1984, Chernenko se convirtió en el secretario general, el testaferro ventrílocuo de la mafia del Partido.

Como concesión a la línea de Andropov, y obviando las objeciones de algunos de sus propios consejeros, Chernenko convirtió formalmente a Gorbachov en el segundo hombre del Politburó. Este resultó ser un serio

error táctico. Chernenko desempeñó sus funciones solo durante trece meses, y buena parte de ese tiempo estuvo enfermo y sin poder. Mientras Chernenko se apagaba, Gorbachov se consolidaba en el poder. Dirigía las sesiones del Politburó y se ganó el apoyo de dos figuras clave, el ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, y el jefe del KGB, Viktor Chebrikov. Realizó también su famoso viaje a Inglaterra, donde impresionó favorablemente a Margaret Thatcher y a la prensa mundial. Al morir Chernenko, en 1985, Gorbachov contaba con el apoyo de los secretarios más jóvenes del Partido y de unos pocos miembros clave de la vieja guardia, incluido Gromyko. Estaba en situación de descabezar cualquier oposición potencial de los dinosaurios de la mafia.

Gorbachov, por su parte, ascendió al poder sin mancha de sangre o corrupción, un caso insólito en un líder de la Unión Soviética. Pero incluso esto era relativo. Como líder del Partido en una zona turística en el Cáucaso, vecina de la célebre región de Krasnodar, tuvo que haber estado al tanto del modo de operar del Partido tanto en Moscú como en el seno de la estructura local. En el mejor de los casos, resulta improbable que no adulara a Brezhnev, ya fuera en su condición de jefe del Partido en la región de Stavropol, en el sur de Rusia, o como miembro del Comité Central en Moscú. Roy Medvedev, leal hasta el final, le dijo a un reportero de *La Stampa*: «Creo que Brezhnev recibía regalos incluso de Stavropol».

«¿Le obsequiaba Gorbachov anillos de oro a Brezhnev como lo hacía Aliyev? Por supuesto que no —me explicó Arkady Vaksberg—. Pero, por otro lado, ningún secretario provincial del Partido podía sobrevivir, y mucho menos avanzar, en caso de ignorar el cumpleaños y cosas por el estilo de sus superiores. Incluso un "honrado" secretario del Partido que llegara a Moscú debía traer regalos para sus superiores, como algunas cajas

de buen vino. Nadie podía escapar a ello. Era parte de la vida del Partido Comunista.»

En vísperas del Año Nuevo de 1989, los responsables de la censura prohibieron la transmisión del popular programa de televisión *Vzglyad* («Vista») por «razones estéticas». Vaksberg afirma que dicha razón estética fue que Galina, la hija de Brezhnev, relataba que Raisa Gorbachov había tratado de conseguir favores de Leonid Ilych y había hecho numerosos obsequios a la familia Brezhnev, entre ellos un lujoso collar. Pero Vaksberg también recuerda que después de publicar en la *Literaturnaya Gazeta* un artículo titulado «Flujos primaverales», en el cual denunciaba la negligencia de los ministros mientras la cosecha se pudría en los campos, la publicación recibió una reprimenda del departamento de ideología del Comité Central. En el preciso momento en que el director apremiaba a Vaksberg para que se retrajera, Gorbachov llamó para expresar sus felicitaciones por esa cruzada contra la corrupción.

Pero Gorbachov sabía que una auténtica investigación acerca de la corrupción en el Partido era imposible. En primer lugar, el Partido, que presidía, lo mataría antes que permitir tal cosa. En segundo lugar, incluso si pudiera llevar a cabo semejante investigación, Gorbachov tendría que afrontar una vergüenza obvia: la profundidad de la descomposición del Partido. A cambio de ello, hizo un gran gesto simbólico. Yuri Churbanov, yerno de Brezhnev y jefe adjunto del Ministerio del Interior, fue acusado y enjuiciado por aceptar más de un millón de dólares en sobornos mientras trabajaba en Uzbekistán. Durante el juicio, Churbanov admitió haber aceptado un maletín con casi doscientos mil dólares. «Quise devolver el dinero, pero ¿a quién? —dijo—. Me habría resultado embarazoso tratar el asunto con Rashidov», jefe republicano del Partido. Churbanov fue condenado a doce años de prisión en un campo cerca de la ciudad de

Nizhny Tagil, y el secretario personal de Brezhnev, Gennadi Brovin, fue condenado a nueve años de prisión, también por corrupción.

Como Andropov, Gorbachov creía en su capacidad para dirigir el Partido y reformarlo. En un período de cinco años destituyó y reemplazó a los mafiosos más notorios del Politburó: Kunayev, Aliyev y Shcherbitsky. Pero, al igual que jamás pudo distanciarse lo suficiente de una ideología desacreditada, con el paso del tiempo la incapacidad de Gorbachov para deshacerse del lastre de la *nomenklatura* y de su deuda política con el KGB dañó su reputación a los ojos de un pueblo que era cada vez más consciente de la corrupción y del engaño imperantes.

Mientras tanto, una nueva hornada de políticos veía los errores de Gorbachov como una oportunidad. Telman Gdlyan y Nikolai Ivanov, investigadores que contribuyeron a condenar a Churbanov, se convirtieron en los diputados más populares del Parlamento, simplemente por la fuerza de sus ataques públicos al Partido. En sus investigaciones acerca de la corrupción bajo Brezhnev, Gdlyan e Ivanov se volvieron famosos por su maltrato a los testigos, la elaboración de pruebas falsas y otras ilegalidades. Rechazaban estas acusaciones con una sonrisa despectiva. Gdlyan, en especial, era un salvaje. Un día me contó que Yegor Ligachov, segundo del Politburó, había aceptado «sin duda alguna» por lo menos sesenta mil rublos de un funcionario de Uzbekistán. Cuando le pedí pruebas, Gdlyan rió como si tal cosa careciera de importancia.

Boris Yeltsin fue el maestro del ataque populista, utilizando el descaro y la corrupción imperantes en el seno del Partido para desacreditar a toda la jerarquía, incluido Gorbachov. En sus *Memorias*, libro que gozó de gran popularidad en Rusia, Yeltsin describe las casas «forradas de mármol» de

los miembros del Politburó, sus «porcelanas, piezas de cristalería, alfombras y candelabros». Dirigiéndose a un público que vivía hacinado en apartamentos comunales, describía su propia casa mientras estuvo en la cúpula del Partido, con su sala de cine privada, su «cocina lo bastante grande como para alimentar a un ejército» y sus muchos baños, tantos que «perdí la cuenta». Y escribía: «¿Por qué no ha podido Gorbachov cambiar todo esto? Pienso que se debe a su carácter. Le gusta vivir bien, rodeado de comodidades y lujos. Su esposa lo ayuda en esta empresa».

A veces, Yeltsin parecía el Huey Long Jr. de la política soviética, un populista teatral. Basándose en la política del resentimiento, se ganó el afecto de un público indignado. Tras ser expulsado del Politburó por atreverse a desafiar a la cúpula dirigente en 1987, Yeltsin siguió siendo miembro del Comité Central, con todos los privilegios que ello implicaba. Sin embargo, en una entrevista conmigo, en su modesto despacho del Ministerio de la Construcción, Yeltsin aseguró haber renunciado voluntariamente a su dacha, a sus envíos de alimentos y a su automóvil. «¡Se acabó todo!», me dijo con el orgullo del convertido. Durante un período muy breve, Yeltsin se aseguró de que los moscovitas lo vieran por la ciudad conduciendo un pequeño sedán. Más tarde, sin embargo, al regresar al poder, Yeltsin no vivía peor que Gorbachov. Poseía una dacha espléndida, solía organizar una caravana real de limusinas y hacía pública exhibición de su afición por un juego tan proletario como el tenis. Los elegantes trajes de Yeltsin y sus corbatas de seda probablemente le habían costado unos buenos rublos.

Como Gorbachov, Yeltsin era un provinciano ambicioso que había hecho carrera en el Partido Comunista. Al igual que el primero, en diferentes oportunidades había pronunciado discursos alabando la sabiduría de Leonid Brezhnev y la eterna bondad del Partido. Pero mientras que Gorbachov

había pasado toda su vida laboral en el Partido, Yeltsin se incorporó tarde. Se afilió a él para progresar en la agencia constructora estatal de Sverdlovsk. En su autobiografía, Yeltsin rememora con ironía el absurdo examen oral al que tuvo que someterse ante el Comité Central local para ser aceptado como miembro: «[El examinador] me preguntó en qué volumen de *El capital*, Marx se refería a las relaciones dinero-mercancía. Puesto que jamás había leído con detenimiento a Marx y, por supuesto, no tenía la menor idea del volumen o número de página del libro en cuestión, y que tampoco sabía lo que eran las relaciones dinero-mercancía, respondí inmediatamente, medio en broma: "Volumen dos, página 387". Es más, lo dije rápidamente, sin detenerme a pensar. El examinador replicó con sabia expresión: "Bien dicho, conoce bien a Marx". Después de eso fui aceptado como miembro del Partido».

Tras su caída del Politburó, no hubo afirmación que efectuara que no fuera de una ampulosidad sin límites. En las entrevistas, Yeltsin sugería con gesto burlón que el KGB podía matarlo con un fusil de rayos de alta frecuencia que paralizaría su corazón. «Unos segundos y se acabó todo», me dijo. Su paranoia resultaba cómica, pero comprensible. Los dirigentes del Kremlin lo despreciaban. El Comité Central creó un comité para someterlo a investigación e hizo publicar historias terribles en la prensa oficial para desacreditarlo.

Con su negativa a desaparecer de la escena, para el Partido Comunista, Yeltsin era un disidente intolerable. En eso residió su importancia vital, su primera gran contribución al colapso del régimen. A pesar de los denodados esfuerzos del Kremlin, la historia de la política soviética diría que fue Yeltsin —vanidoso, cómico, inteligente y grosero— quien aceleró el proceso de reforma política: la destrucción del carácter monolítico del Partido Comunista. Desde que Yeltsin atacara a Yegor Ligachov durante el

pleno del 21 de octubre de 1987 y los rumores de este ataque se hicieran públicos en Moscú, la apariencia de unanimidad e invencibilidad, el código hermético de la disciplina y lealtad del Partido, comenzaron a tambalearse. Aunque durante meses los detalles del pleno se mantuvieron en secreto, Yeltsin se convirtió rápidamente en un mártir. Una actriz que participaba en una obra sobre los establos del rey Augías, *La séptima hazaña de Hércules*, se plantó en medio del escenario y, abandonando su papel, acusó al público de sentarse ociosamente mientras un nuevo Hércules, venido para purificar la ciudad, había sido difamado y perseguido. Hubo manifestaciones en la Universidad Estatal de Moscú. Pequeños grupos políticos independientes como el Club para la Iniciativa Social exigían pruebas al gobierno sobre el caso Yeltsin, y varios miembros del club denunciaron que eran seguidos por hombres en pequeños automóviles.

Después de fracasar en su intento por recuperar su cargo y su buen nombre dentro del Partido durante el XIX Congreso, Yeltsin llevó al público su campaña de revancha y a favor de la rehabilitación. Su furia, su irreflexiva franqueza, actuaban como un narcótico sobre un pueblo que veía al partido que había gobernado durante siete décadas —el partido de Aliyev y de Kunayev— como un secreto siniestro. Ante cualquier periodista o multitud que quisiera escucharlo, Yeltsin denunciaba la «timidez y las medidas a medias» de Gorbachov y los «oscuros motivos» de Ligachov.

Por su parte, el Partido Comunista no solo comprendía el significado de los ataques de Yeltsin, sino también lo que su éxito político acarrearía para el Partido. La influencia de Yeltsin representaba una amenaza para el aparato y para el control que ejercía sobre la economía y el sistema de tributos de la mafia.

Desde que aparecieron las primeras empresas cooperativas en 1987, el Partido hizo todo lo posible por destruir el nuevo movimiento que en

apariencia había auspiciado. Un dirigente conservador del Comité Central, Ivan Polozkov, se hizo célebre por luchar contra las empresas cooperativas semiprivadas en la región de Krasnodar. Clausuró más de trescientas cooperativas en la región, tildándolas de «mal social, tumor maligno». Bajo Vladimir Kryuchkov, y so pretexto de erradicar la corrupción, el KGB lanzó una campaña contra las empresas privadas. Pero Kryuchkov jamás intentó investigar a los magnates de las plantas militares del Estado, hombres que pronto se convertirían en sus principales aliados en la campaña contra las reformas radicales. Los conservadores sabían también que podían jugar con la psicología de un pueblo acostumbrado a la «igualdad en la pobreza». Sabían que podían generar amargos resquemores entre los millones de trabajadores y granjeros colectivos dando publicidad a los abusos bajo la nueva economía «mixta». Presentaban a la nueva hornada de hombres de negocios como vividores (vividores que invariablemente eran judíos, armenios o georgianos), como hombres que se volvían millonarios comprando productos subsidiados por el Estado y revendiendo luego los mismos productos por un precio tres o cuatro veces superior.

No se puede negar que la primera generación de hombres de negocios en Rusia no fue un ejército de ángeles (como no lo fueron los primeros Rockefeller o Carnegie). El chantaje, el robo y los sobornos eran endémicos. Pero, para el Partido y el KGB, lo que estos empresarios y vividores representaban no era tanto el mal, o el capitalismo, sino más bien la competencia. Y eso era intolerable. Lev Timofeyev, periodista y activista político que entre 1985 y 1987 estuvo en un campo de prisioneros por escribir un libro sobre la corrupción rural, exigía de forma irónica que los miembros del Partido «se transformaran en propietarios, terratenientes o accionistas».

«Déjenlos que obtengan beneficios y los reinviertan, permítanles salir a

competir y hacerse ricos. Permítanles ser útiles por fin. Tienen todo el derecho a hacerlo. La única condición es que no les impidan a otros hacer lo mismo —escribió—. Desafortunadamente, los funcionarios del Partido difícilmente tendrán éxito como propietarios de tierras o empresas. Carecen de las cualidades necesarias para convertirse en honrados empresarios, y es por eso que quienes poseen estas cualidades les inspiran tanto temor. No se detendrán ante nada para prolongar los días de su corrupto poder y aún son lo bastante poderosos como para hacerlo.»

13

Pobres gentes

Allí, en un rincón lleno de humo que para el pobre hace las veces de habitación, un obrero despierta de su sueño. Toda la noche ha soñado con un par de botas...

FEDOR DOSTOIEVSKI, *Pobres gentes*, 1845

La primera vez que viajé a Rusia, en 1985, visité Moscú en un autocar turístico repleto de ruidosos socialistas británicos. Eran altos y delgados compañeros de viaje que calzaban zapatos ortopédicos y vestían impermeables de plástico que se plegaban dentro de un bolso «no más grande que la palma de la mano». Reclamaban por el pésimo desayuno —*kasha* helado, mal café, camareros impertinentes—, aunque sabían que no debían hacerlo.

Nos instalamos en nuestros asientos y el autocar emprendió camino al norte, hacia el monasterio de Zagorsk. La guía turística, que hablaba inglés con la afectada formalidad de un espía de película, nos instruía acerca de la unión «ideal» entre el ateísmo y la libertad religiosa en la Unión Soviética. «Es la conjunción de lo social y lo espiritual», dijo crípticamente, aunque con una sonrisa. Los pasajeros no tenían ni valor ni interés por presionarla. Limpiaban las ventanillas empañadas por el vaho a través de las cuales podían ver cómo Moscú salía a trabajar en una mañana de colores sombríos.

A cierta altura de la avenida de la Paz nos detuvimos frente a una luz roja. En la oscuridad pude distinguir a una mujer con un andrajoso abrigo que pedía limosna en un portal. Estaba encorvada y escondía el rostro. Extendía la mano hacia los transeúntes. Según alcancé a ver, había unas cinco monedas de un kopek en su palma, aunque, a juzgar por la manera en que todos pasaban ante ella, era probable que hubiese puesto las monedas allí como señuelo. Una mujer que estaba sentada detrás de mí levantó la mano y le pidió una explicación a la guía. «A diferencia de lo que ocurre en Londres, ¿no se encarga el Estado de los pobres?», preguntó la mujer.

«Este es un espectáculo bastante inusual —dijo la guía mirando por la ventana más tiempo de lo que debía—. De hecho, es muy probable que la mujer que están viendo sea extranjera. O una gitana.» Eso fue todo. La guía se ruborizó y todos nos sentimos incómodos por ella. Continuamos todos en silencio hasta llegar al centro de la santidad rusa.

Esos eran los últimos días de ilusión en la Unión Soviética. Bajo Brezhnev, Andropov y Chernenko, el régimen flotaba en un inmenso mar de ingresos fruto del petróleo. En el punto más álgido de la crisis energética mundial y en los momentos que la siguieron, el Estado saqueó las vastas reservas de petróleo de Siberia, Azerbaiyán y Kazajstán, proporcionando a Moscú el dinero necesario para financiar el gigantesco complejo militar-industrial. El resto de la economía era un desastre y funcionaba por arte de magia y engaños, pero, mientras el precio mundial del crudo permaneciera alto, al Kremlin poco le importaba. Todavía había suficiente riqueza como para llenar las tiendas con cuatro tipos de queso, botas baratas para el invierno y vodka de tres rublos.

Sin embargo, cuando Gorbachov asumió el poder en marzo de 1985, el

boom del petróleo se había acabado. La economía de la ilusión había muerto. La Unión Soviética entraba en la era de la alta tecnología con las manos vacías y sin esperanzas de competir. Apenas era capaz de sobrevivir. La situación la resumía muy bien el chiste de moda: «¡La Unión Soviética fabrica los mejores ordenadores! ¡Son los más grandes de todo el mundo!». Aunque Occidente tardó en darse cuenta, su gran enemigo de la guerra fría era peligroso y estaba en bancarrota. «El Alto Volta con misiles», en palabras de Xan Smiley, del *Daily Telegraph*.

Al principio era difícil formarse una idea de la pobreza, cuantificarla. En 1988 había muchos más artículos en la prensa acerca de la salud mental de Stalin que sobre las personas sin hogar, la mortalidad infantil o la malnutrición. Era como si la prensa estuviera vagamente de acuerdo con la visión de Edmund Wilson acerca del Moscú de medio siglo atrás. «Uno percibe gradualmente que, aunque la vestimenta de la gente es gris, hay poca o ninguna miseria; aunque no hay barrios elegantes en la ciudad, tampoco los hay que estén degradados. No se presentan visiones chocantes en las calles; ni gente tirada en el suelo, ni enfermedades horribles ni ancianos escarbando en la basura. Jamás vi nada que se pareciera a un barrio pobre o a una zona sucia.» Pero ahora la decrepitud se veía por doquier. Las señales de pobreza que Wilson no pudo, o no quiso ver, eran ahora generalizadas y no podían obviarse. Uno se enfrentaba a la pobreza en cada esquina, en cada ciudad y pueblo.

Una tarde de invierno me escapé de una protesta frente a las oficinas del *Noticias de Moscú* y me refugié en una cafetería en la calle Gorky. Tenía frío y hambre, de modo que compré un cuenco de *borsch* aguado y me senté frente a una de las mesas colectivas.

«¿Necesita una cuchara?» La mujer que estaba junto a mí sonreía con la boca llena de dientes metálicos. Me pasó su cuchara, un artefacto endeble y

sucio, pero una cuchara a fin de cuentas. Me contó que se llamaba Yelena y que durante los últimos ocho años había vivido en estaciones de ferrocarril y en aeropuertos. En verano dormía en alguna plaza en los alrededores de Moscú. «A veces me gano cinco rublos diarios fregando el suelo de los trenes que llegan a Moscú —dijo—. Ahora estoy sin blanca y todas mis pertenencias son lo que ve, el abrigo y la ropa que llevo puesta.» Yelena me contó que algunas de sus amigas habían sido expulsadas de sus apartamentos por sus maridos o compañeros y que no tenían adónde ir. Había escrito cartas solicitando ayuda al Partido Comunista y jamás había recibido respuesta.

Un amigo de Yelena, un hombre sin vivienda llamado Leonid, se sentó junto a nosotros. «Escribí a Mijail Gorbachov, a Andrei Gromyko, a todos —dijo—. Exijo mi derecho a trabajar y a vivir bajo la garantía de la Constitución de la Unión Soviética. Yelena asintió. «Ya ve, hay miles como nosotros en esta ciudad, miles.»

«Para serle franco, es probable que gane más dinero recogiendo botellas vacías por veinte kopeks que lo que ganaría trabajando en una obra en la ciudad —dijo Vitya Karsokos, quien se ganaba la vida escarbando en la basura—. Mi mayor problema es que tengo que dormir en las estaciones de ferrocarril, o en un vertedero dentro de alguna caja. Si pudiera conseguiría un trabajo en la ciudad, pero se necesita suerte.»

Durante años, mientras la televisión todavía mostraba documentales sobre la gente de la calle de Nueva York como una advertencia contra el capitalismo, la policía de Moscú intentaba en vano mantener a su propia gente de la calle fuera del alcance de la vista. Pero, al crecer el número de personas sin vivienda, sus esfuerzos resultaron estériles. Los *bomzhi* de Moscú —acrónimo que describe a los «sin lugar declarado de residencia»— dormían en cementerios, estaciones de ferrocarril, solares en obras y

subterráneos. Un reducto favorito era el piso superior vacío de los edificios de Moscú, con sus conductos para la ventilación y tuberías para la calefacción. Había alcohólicos, niños abandonados, enfermos mentales..., gente que había caído víctima del infierno burocrático y que había perdido todo derecho a un lugar en la lista de espera para un apartamento. Los *bomzhi* trabajaban a veces por dinero, y en otras ocasiones por una botella de vodka. Se los podía ver por las tardes en las licorerías ayudando a descargar el camión que distribuía vodka. Recolectaban botellas vacías en las plazas y en los contenedores de basura y las cambiaban por dinero. En los aeropuertos y estaciones de ferrocarril, los *bomzhi* ayudaban a los conductores a conseguir pasajeros y luego obtenían un pequeño porcentaje. En Moscú, le reservaban a la gente un lugar en la cola para entrar a las tiendas, y en Asia central trabajaban durante la época de la cosecha en los campos de algodón.

En la estación de Kazán de Moscú, un vagabundo llamado Alik dijo que no dejaría de desquiciarme hablando por los codos hasta que le comprara una botella. Le propuse que fuéramos a una tienda y se colocara en la fila del vodka. Cuando dejó de reírse dijo: «Deme solo treinta rublos». Me arrancó los billetes de la mano y se marchó por la acera. Caminamos veinte metros hasta que Alik encontró lo que buscaba. Una mujer fantasmagórica que llevaba un abrigo raído introdujo la mano en su bolsillo y se llevó a cabo el intercambio silencioso. Alik aceleró el paso y nos dirigimos hacia un lugar con un letrero que ponía «CAFÉ». Nada más franquear la puerta, desenroscó el tapón y vació la botella de litro en unos pocos tragos majestuosos. «Por la mañana me gusta tomar algo de patata», dijo, y a continuación salió a toda prisa cantando.

Alik era un hombre menudo y llevaba una barba de dos semanas. Guardaba una muda de ropa embutida en un conducto de ventilación de la

estación. Decía que se negaba a trabajar recogiendo envases vacíos. «Es demasiado humillante. ¿Qué soy, un perro? Le voy a decir lo que hago. Cuando necesito dinero, lo cojo. ¡Alguien tiene unos rublos y, de repente, ya no los tiene!» Alik había pasado casi veinte años en campos de concentración y en el destierro por sus aventuras como carterista. Cada vez que lo ponían en libertad, regresaba a «la vida de la estación». Carecía de permiso de residencia —«en Moscú no soy nadie»—, y los hospitales y centros para alcohólicos no lo aguantaban mucho tiempo. Él no facilitaba las cosas. Era un borracho asqueroso. A veces se pasaba tres o cuatro días sin comer; «solo porque no puedo tolerar nada». Era irascible, obsesivo. Por momentos se volvía un sentimental, un autodidacta que recitaba poemas de Pushkin y cantaba las odas del gran bardo Vladimir Vysotsky, gritándotelas a la cara como si se trataran de una maldición.

«Mi padre y mi madre trabajaban de sol a sol simplemente para mantenernos —dijo Alik sentado en un patio desocupado—. A mi hermano lo mataron en Hungría en el 56. Tenía diecinueve años. A veces creo que, si él hubiera sobrevivido, mis primeros años no habrían empezado como lo hicieron. Me escapé cuando tenía dieciséis o diecisiete años, me marché a Kazajstán. Pasé hambre, así que birlé mi primer bolso. Así es como empezó mi estancia en la cárcel. Pasé cinco años en el campo de Tashkent para adolescentes. Desde entonces siempre he andado cerca de la cárcel. Te sientas en una celda, haces veinte minutos de ejercicio y tienes hambre, tumbado allí, sobre el cemento frío. Así empecé a enfermar. Los *bomzhi* se pasan las veinticuatro horas del día en esos sitios, y nosotros siempre tenemos miedo de que nos apalee la policía, día y noche. Ahora no tenemos sitio a donde ir. Le digo todo esto en nombre de los vagabundos soviéticos, a quienes se castiga por su suerte. Sin derechos, sin permiso de residencia,

sin nada. Es duro cuando sales de la cárcel. Es como si fueras un ciudadano de tercera y nadie necesitara que vivieras.»

A veces, Alik dejaba de hablar y empezaba a murmurar y a entonar una canción de Vysotsky sobre un hombre al que envían a la cárcel y nunca vuelve a ver a su amada. Luego la interrumpió, dejó la mirada perdida y tomó otro trago de una botella nueva.

«¿Y cómo rompemos este ciclo? Sencillamente, no lo sé. Uno de mis colegas se acercó a mí el otro día, ayer quizá, y dice que me va a romper la cara si no dejo de beber, a lo que le dije: "Hijo de puta, no puedo dejarlo. No puedo". Trabajé algo en Uzbekistán, pero no duró mucho. Nunca consigo llevarme bien con los jefes. Una vez también trabajé en un oleoducto. No he trabajado ni un solo día en Moscú. Para mí, trescientos rublos al mes y un apartamento, y lo haré perfectamente. Pero no lo tengo. Así que, ¿adónde voy a ir? Dímelo tú.»

Hacia 1989, describir a la Unión Soviética en términos de una pobreza abismal a escala nacional ya no era asunto de venenosos ideólogos extranjeros. Incluso los órganos periodísticos del Partido Comunista se lanzaron a investigar el deterioro de la vida cotidiana. El *Komsomolskaya Pravda*, periódico de la juventud del Partido, acusaba al sistema soviético señalando que, antes de la revolución de 1917, Rusia ocupaba el séptimo puesto a escala mundial en consumo per cápita. Ahora ocupaba el lugar septuagésimo séptimo, «justo después de Sudáfrica y antes de Rumanía».

«Si comparamos la calidad de vida de los países desarrollados con la nuestra —decía el periódico—, debemos admitir que, desde el punto de vista de una sociedad civilizada desarrollada, la inmensa mayoría de la población de nuestro país está por debajo del umbral de pobreza.»

El pueblo comenzó a establecer un vínculo entre sus difíciles circunstancias y el fracaso de la cúpula del Partido Comunista. En las calles, la gente atribuía a «la mafia» toda escasez y desigualdad; solo los extranjeros cometían el error de pensar que el término se refería exclusivamente a los hampones en la base de la estructura delictiva.

Durante algún tiempo, los ministros del Kremlin fijaron el umbral de pobreza en 78 rublos al mes (un nivel bajísimo). Pero nadie, ni siquiera el propio gobierno, se tomó en serio el umbral de pobreza oficial. La mayor parte de los funcionarios y académicos de Moscú y de Occidente afirmaban que había que duplicar la cifra. Es decir, cerca de 131 de los 285 millones de ciudadanos soviéticos debían ser considerados pobres. «Durante décadas luchamos por llevar a la vida diaria la idea de la igualdad universal —escribió el economista Anatoly Deryabin en el periódico oficial *Molodoi Kommunist*—. ¿Qué hemos logrado entonces en todos estos años? Solo el 2,3 por ciento de las familias de este país puede ser declarado rico; y cerca del 0,7 por ciento ha obtenido su riqueza de modo fraudulento ... Cerca del 11,2 por ciento puede considerarse clase media o acomodada. El resto, el 86,5 por ciento, es, simplemente, pobre. Lo que tenemos es igualdad en la pobreza.»

La pobreza en la Unión Soviética no era la pobreza de Somalia o de Sudán; no necesariamente se traducía en vientres hinchados y hambruna, sino más bien en una condición común de necesidad. El autoengaño y aislamiento de la Unión Soviética fueron de tal magnitud durante tanto tiempo que la pobreza parecía normal. Aun así, casi nadie, salvo la élite del gobierno, podía ignorar la miseria generalizada. «Incluso los “millonarios” jefes de las granjas no tienen agua caliente», me dijo un granjero de Turkmenistán dedicado al cultivo de algodón. O, como escribe Joseph Brodsky: «El dinero no tiene nada que ver con el asunto, ya que en un

Estado totalitario las diferencias de ingreso no son grandes; en otras palabras, cada persona es tan pobre como su vecino».

Los mineros de la región septentrional de Vorkuta no tenían jabón para quitarse el carbón de sus caras; las madres de la isla de Sajalin, ubicadas en el Lejano Oriente, daban a luz en habitaciones alquiladas por falta de maternidades; los pobladores de Bielorrusia recolectaban restos de metal y grasa de cerdo para comprar zapatos. Se publicaron algunas cifras que comenzaron a arrojar cierta luz sobre el alcance del problema: el soviético medio tenía que trabajar diez veces más que el estadounidense medio para comprar medio kilo de carne; los aparejadores de Tyumen, región petrolera de Siberia con más recursos que Kuwait, vivían en chozas o en destartalados remolques, a pesar de las temperaturas de cuarenta grados bajo cero; incluso los funcionarios del Partido estimaban que había entre 1,5 y 3 millones de personas sin hogar, más de un millón de desempleados solo en Uzbekistán y una tasa de mortalidad infantil un 250 por ciento superior a la de la mayoría de los países occidentales, casi igual que la de Panamá.

Estaba también la pésima calidad de los productos: los zapatos de plástico, el agua mineral sulfurosa o las construcciones a punto de desplomarse. La decrepitud de la vida cotidiana constituía una irritación tanto para el alma como para la piel. Las toallas se volvían ásperas al primer lavado, la leche se avinagraba en un día y los automóviles recién comprados se averiaban. La principal causa de incendio en los hogares de la Unión Soviética era la explosión de aparatos de televisión. Todo esto mantenía a la gente en un estado permanente de frustración y ansiedad.

La *glasnost* significaba también reconocer todo esto. A veces este reconocimiento tomaba la forma de un artículo en el periódico que exhibía cierto talento y una ironía rusa que desinflaba la pomposidad soviética. La

Exposición sobre los Logros Económicos, una especie de gran Centro Epcot estalinista cerca de la torre de televisión de Moscú, había exhibido durante años muestras de los triunfos soviéticos en las ciencias, la ingeniería y la carrera espacial. Una gigantesca estatua de Vera Mujina, *Obrero y niña de granja colectiva* (pecho y bíceps prominentes, ojos protuberantes), presidía la entrada, dando a los ciudadanos la sensación de que eran parte de una camada de proletarios musculosos, producto de la ingeniería social y genética. Pero con la *glasnost* los directores se volvieron humildes y organizaron una muestra asombrosamente franca: «La Exposición de Productos de Mala Calidad».

En la exposición, una larga y solemne fila de soviéticos pasaba ante una deslumbrante muestra de fracasos pasmosos: lechugas podridas, zapatos rotos, ollas oxidadas, cometas hechas pedazos, latas de pescado abolladas y el broche de oro: una botella de agua mineral con un minúsculo ratón flotando en su interior. Todos los productos habían sido comprados en tiendas del vecindario. «Era hora de inyectarle un poco de realidad a la escena», me dijo uno de los guías. La muestra era implacable, una inmisericorde redefinición del realismo socialista. En la sección de vestuario, había flechas rojas para destacar las mangas desiguales, los colores desteñidos y las suelas rotas. Una pieza de joyería exhibía el sencillo rótulo «Horrendo», y nadie lo puso en duda.

«Déjeme que le cuente un pequeño secreto —me dijo, Alexander Klebko, un trabajador del transporte, mientras hacíamos cola para ver las frutas podridas—. Esto no está nada mal. Los productos de la mayoría de las tiendas son peores. O simplemente están vacías.»

Ashjabad

Un cuarto de siglo después de la muerte de Stalin, el estalinismo seguía siendo letal. En las casas de barro en la periferia de Ashjabad, capital de Turkmenistán, los niños eran las primeras víctimas de la pobreza. En esta región, morían cada año miles de niños en el transcurso de su primer año de vida. Muchos otros sufrían más lentamente, debilitados por el calor y las aguas infecciosas, por los pesticidas de los campos de algodón, por una dieta a base de pan, té y sopa. «Me considero bastante afortunada. Di a luz cinco veces y solo perdí a uno de mis hijos», dijo Elshe Abayeva, una mujer de treinta y un años que parecía veinte años mayor. Algunos de sus hijos jugaban en un montículo de barro y basura mientras ella cortaba hierba con una guadaña. Los vecinos de Abayeva, los Karadiyev, habían tenido menos suerte. «Cinco niños vivos y tres muertos; dos al nacer y uno al mes —dijo el padre—. En Turkmenistán es así todo el tiempo. Peor es en los pueblos.»

En el interior de la choza de dos habitaciones de los Abayev, las escasas bombillas estaban cubiertas de polvo y las moscas revoloteaban alrededor de los niños. Estos estaban sucísimos y sus ropas, hechas jirones. Pesadas piedras impedían que volara el techo de latón de la casa y del gallinero. El esposo de Elshe, Aba Abayev, ganaba ciento setenta rublos al mes trabajando como técnico para la televisión estatal; menos de seis rublos diarios para mantener a una familia de seis. Los Abayev habían estado esperando desde 1975 para que se les asignara un apartamento en la ciudad. «Cuando nació ese niño, era una fría mañana de invierno —dijo Aba Abayev—. Nadie tiene teléfono aquí y no hay hospitales o doctores en los alrededores. Corrí dos o tres kilómetros hasta el teléfono público y llamé. Parecía que el bebé se estuviera muriendo, o quizá estaba muerto ya. Los médicos tardaron más de una hora en llegar aquí. Para entonces el niño había muerto. Así es como se desenvuelven nuestras vidas aquí. Para serle

franco, no tengo esperanzas. Y para mis hijos no creo que las cosas cambien, a menos que incluso empeoren.»

En Turkmenistán, la tasa oficial de mortalidad infantil en 1989 fue de 54,2 niños por cada 1.000 nacimientos, diez veces superior a la de la mayor parte de los países de Europa occidental y más de dos veces y media la de Washington D.C., ciudad que posee la tasa de mortalidad más alta de Estados Unidos. Turkmenistán estaba más o menos al mismo nivel que Camerún. En regiones muy pobres, como Tashauz, en el norte, la tasa alcanza las 111 muertes por cada 1.000 nacimientos. Muchos expertos de Moscú y de Occidente sostenían que incluso estas cifras subestimaban el problema. Señalaban que en las repúblicas de Asia central, el 60 por ciento de las muertes infantiles quedaban sin registrar.

Los niños enfermaban por muchas razones, pero la causa principal era el «monocultivo» del algodón, la obsesión por cosechar algodón a cualquier precio. Al trabajar en los campos de algodón, los niños a menudo bebían aguas envenenadas con pesticidas y minerales tóxicos. En las regiones cercanas al mar de Aral, que un proyecto irracional de regadío de los campos de algodón ha arruinado y secado, era tal la cantidad de veneno en el agua potable que los niños lo ingerían al beber leche materna. En ocasiones, incluso recurrir a un doctor podía resultar peligroso. Durante el primer año de vida, a los niños de Turkmenistán se les administraba un promedio de entre doscientas y cuatrocientas inyecciones, comparadas con las entre tres y cinco que recibe un niño estadounidense. Los doctores simplemente administraban a los niños todo lo que tenían. En un plazo de pocos años, el efecto de las vacunas era casi nulo.

Todos los defectos del sistema soviético durante décadas —la centralización del poder, la ausencia de responsabilidad e incentivo, el triunfo de la ideología sobre la racionalidad, el dominio del Partido y de su

policía— eran aún más evidentes en Asia central. El sistema se conocía como «socialismo feudal», una jerarquía soviéticoasiática encabezada por los jefes del Partido Comunista y por los directores de las granjas colectivas.

En el Instituto para la Salud de las Madres y de los Niños de Ashjabad, el pediatra jefe, Yuri Kirichenko, trataba a decenas de pacientes al día. Frente a la puerta de Kirichenko, las mujeres de Turkmenistán, muchas de ellas encinta, recorrían la sala y esperaban durante horas para ser recibidas. Algunas de las embarazadas tenían cerca de cincuenta años y habían tenido ya una docena, o más, de hijos. Debido al legado tribal, había un alto índice de matrimonios entre primos cercanos y otros parientes. Muchas mujeres rechazaban el control de la natalidad y muchas daban a luz dos veces al año, creyendo que más niños traerían mayor riqueza («más manos, más rublos»). Por supuesto, el Estado incentivaba las altas tasas de fecundidad, suponiendo que se traducirían en mayores cosechas de algodón.

Kirichenko dijo que hacía veinticinco años que era miembro del Partido Comunista, pero que se estaba planteando renunciar después de leer lo que la jerarquía del Partido había provocado en la región. «Siempre se nos hizo creer que nuestro sistema era el mejor, que nuestras vidas eran las mejores, y ahora descubrimos todo lo contrario —dijo—. Esto no es África, los niños no mueren de hambre de manera tan evidente, pero ya no hay manera de esconderlo: somos pobres y estamos sufriendo. Es evidente que el control de la natalidad es una necesidad y que hay que educar a la gente. Pero como miembro del Partido, y me duele decirlo, la verdad es que aquí la pobreza está ligada a la política. El noventa por ciento de la culpa radica en el sistema, en la burocracia, en el sistema de mando, en la centralización. No hay escapatoria.»

En Ashjabad, los funcionarios del gobierno y de sanidad hicieron lo

posible por convencerme de que su horrorosa mortalidad infantil era «temporal» y de que no tenía relación alguna con la política. Estaban furiosos por que hubiese siquiera mencionado el problema. Solicité a los funcionarios locales que me permitieran visitar varias de las granjas colectivas, al oeste de Ashjabad. Denegaron la mayoría de mis solicitudes aduciendo que la zona estaba muy cerca de la frontera con Irán. Finalmente me autorizaron a visitar Bajarden, que estaba también cerca de la frontera, pero evidentemente no tan cerca como para que me tentara visitar Teherán.

La granja colectiva Mir era un espectáculo patético. Una madre con su hija, inmunda y de mirada perdida, se encontraban junto a la verja. Un perro roñoso dormía en el camino, con las moscas revoloteando alrededor de sus llagas. La «oficina de administración» era un cobertizo con unos cuantos escritorios viejos, una repisa semivacía y un retrato de Lenin. En una pequeña choza cerca de allí entablé conversación con una joven soltera de veinte años llamada Aino Balliyeva. Cosechaba algodón en los campos y dijo conocer los peligros del trabajo, que sin lugar a dudas ingería pesticidas y defoliadores que algún día afectarían a sus hijos. «Pero ¿qué puedo hacer? —me dijo—. Yo quiero tener hijos, porque eso es la vida. Y en cuanto al resto, simplemente no sé qué hacer.»

Como si estuviera esperando su turno, se acercó una patrulla con las luces encendidas. Dos policías uniformados nos dijeron a mí y a mi amigo —un fotógrafo ruso, Edik Gladkov— que nos encontrábamos en una «zona restringida» y que debíamos «acompañarlos». En el cuartel de policía fuimos interrogados por un par de agentes y luego por un rubio oficial ruso que claramente pertenecía al KGB. Como un necio, le dije al oficial que si llamaba a los funcionarios en Ashjabad confirmarían que había solicitado permiso para visitar Bajarden. Llamó y, por supuesto, los mismos funcionarios le dijeron que no habían otorgado permiso alguno y que, de

hecho, ni siquiera recordaban haberme conocido. Edik señaló con el dedo un letrero en la pared; bajo un retrato de Lenin decía: «Socialismo es control». Después de algunas horas regresamos a Ashjabad, esta vez escoltados por la policía.

En Turkmenistán conocí a un hombre valiente. Se llamaba Mujamed Velsapar, un escritor joven que había sido criado en una familia de ocho hijos cerca de la ciudad de Mary, al este de Ashjabad. Dijo que no supo que había crecido en la pobreza sino hasta mucho más tarde, cuando ya era un joven y conoció la riqueza relativa de Moscú. «Y esa es la estructura mental de casi todos los habitantes de Turkmenistán: "Tenemos pan, tenemos té, tenemos techo, estamos vivos; por lo tanto no somos pobres" —me dijo una tarde—. Esta gente no tiene puntos de comparación. Hay setenta y tres periódicos en la república, y ninguno de ellos posee grado alguno de libertad.»

En 1989, Velsapar, junto con algunos cientos de escritores, periodistas y obreros de Ashjabad, organizaron Ogzibirlik, un grupo en defensa de la democratización con dos propósitos centrales: traer la *glasnost* a Turkmenistán e impulsar un cambio económico radical para poner fin a lo que denominaban «el ciclo de pobreza y de colonización de nuestros recursos». Miembros de Ogzibirlik se reunieron con dirigentes nacionalistas en las repúblicas bálticas soviéticas para aprender sobre el desarrollo de los movimientos de masas. Los activistas de Ogzibirlik atribuían la ruina de Asia central a la exigencia, impuesta durante décadas por los estrategas de Moscú, de que las repúblicas transformaran gran parte de sus tierras en campos de algodón. El monocultivo del algodón, dirigido por los estrategas de Moscú y los mandamases de Asia central, trajo de todo a la región, desde

la trágica tasa de mortalidad infantil hasta la desaparición del mar de Aral. Los gobernantes del imperio ruso jamás habían mostrado tanta crueldad. Al parecer, Ogzibirlik era incapaz de desafiar al jefe del Partido Comunista, Saparmurad Niyazov, y a su bien organizado aparato. Velsapar dijo que había sido interrogado en diferentes ocasiones por funcionarios del Partido. «Me decían abiertamente que habían estado escuchando mis conversaciones telefónicas y luego hacían acusaciones terribles.»

Pero Velsapar logró soliviantar al Partido. Su arma fue un breve artículo en *Noticias de Moscú*. «Resulta difícil de creer —comenzaba el artículo—, pero la mayoría de los niños de Turkmenistán se encuentran hoy en estado de desnutrición.» El artículo no era más que un resumen de la crisis de la mortalidad infantil, pero para las autoridades locales fue una humillación. No tanto porque expusiera los horrorosos detalles de la mortalidad infantil en la región —habían aparecido ya otros artículos de ese tipo en los medios locales—, sino porque fue publicado fuera de Turkmenistán, en un periódico que era leído por la *intelligentsia* y por Gorbachov mismo.

«¡Una infamia! —exclamó ante mí Geral Kurbanova, vicepresidenta del Fondo para la Infancia en la república—. Nadie pasa hambre aquí. ¡A la gente de Turkmenistán le encanta comer! ¿Pobres? Ah, tienen montones de dinero, automóviles; dos automóviles a veces. Podrían comprar comida si quisieran, pero prefieren comprar alfombras y ropa cara.» La camarada Kurbanova era la versión local de esos demagogos estadounidenses que no hacen sino hablar de los «ricos pobres» que se compran Cadillacs con cupones para comida.

Lo que aumentó la indignación fue la fotografía de un niño demacrado de dos años llamado Guichgeldi Saitmuradov que ilustraba el artículo de Velsapar. La imagen era impactante, parecía sacada de las peores hambrunas africanas (ojos hundidos en los que afloraba la desesperación,

un esqueleto que apenas podía sostenerse en pie). Varias personas corroboraron el destino del niño: tras repetidos viajes a un hospital cercano a la granja colectiva de sus padres, murió en 1988. Sin embargo, antes de la muerte del niño, Jummet Annayev, médico e investigador titular del Instituto para la Salud de Madres y Niños, efectuó un viaje de estudio a la región. Informó de que durante los diez últimos años había habido escasez de carne, mantequilla, pollo y otros alimentos, que se había abusado de los pesticidas y los defoliadores, y que los servicios médicos eran inadecuados. Cuando vio a Guichgeldi en una clínica, le pidió a alguien que tomara las fotografías que más tarde fueron publicadas en *Noticias de Moscú*.

«Una aberración», dijo Dmitri Tessler, viceministro de Sanidad de la república, quien calificó de «aventurero» a Velsapar y de «demente» a Annayev. El periódico de la república jamás publicó el artículo, pero sí incontables denuncias tres veces más extensas.

Después del incidente en Bajarden, el ministro de Asuntos Exteriores de la república me dijo que era hora de conocer una granja colectiva «típica». Me llevaron a una llamada Turkmenistán Soviético, justo en las afueras de Ashjabad. El director de la granja tenía un parecido con Burl Ives en su papel de Big Daddy en *La gata sobre el tejado de cinc*. Hombre barrigón, vestido con traje liviano y sombrero panameño, Muratberd Sopiyev era uno de los hombres más poderosos de la república. Había sido «elegido» director de Turkmenistán Soviético durante treinta años consecutivos. «Aquí en la granja tenemos democracia —afirmó—. A menudo le digo a la gente que puede elegir a otro candidato, pero siempre me contestan: “¡Oh, no! ¡Jamás! ¡No hay motivo!”, y hasta ahí llega la cosa.»

Sopiyev dijo que la tasa de mortalidad infantil en su granja «no era tan

mala» como en el resto de la república —«cuarenta y cinco por cada mil»—, pero esa cifra todavía duplicaba la de Washington D.C. Como el resto de los líderes de Turkmenistán, Sopiyev veía el «triunfo del socialismo» como el camino para escapar de la pobreza.

«Debemos seguir alcanzando, incluso superando, las metas de los planes quinquenales —dijo—. No necesitamos la propiedad privada. No en este país. Solo traería explotación. Nadie lo desea. Sabemos que en los países capitalistas hay gente muy, muy pobre. Nosotros no tenemos eso. Proporcionamos vivienda, gas, educación, asistencia médica, todo de forma gratuita. Tampoco necesitamos un sistema multipartidista. Solo traería el caos. Necesitamos al Partido Comunista y debemos seguir su línea. Ese es el camino a la riqueza.»

Dicho esto Sopiyev subió a su automóvil y le indicó a su chófer que lo llevara hasta un ministerio, lugar donde la república recibe sus instrucciones desde Moscú.

Spasskaya

En plena temporada primaveral de cultivo, Edik Gladkov y yo visitamos los pueblos agrícolas ubicados en las afueras de Vologda, en el norte de Rusia. A mediodía, con el sol sobre nuestras cabezas y un clima ideal, conducíamos a través de campos y campos (todo vacío, todo sin arar, todo sin cultivar). Había tractores y camiones parados inútilmente, varados en el barro. Nos detuvimos frente a la reja de una de las granjas estatales más grandes de la región de Vologda, la Prigorodni Sovjoz, que supuestamente producía verduras y ganado.

La ironía de siempre nos recibió a la entrada: un desteñido retrato de Lenin y una bandera harapienta («Seremos testigos de la victoria del trabajo

socialista»). Seguimos avanzando hasta el centro de la granja, su cuartel central, su almacén y sus barracones de cemento de tres pisos. Todo parecía abandonado: los campos, el camino... ¿Dónde estaban todos? No en los campos, ciertamente. En las repisas del almacén no había nada, excepto berenjenas y tomates enlatados.

«La mayoría de la gente viaja a Vologda a comprar comida —nos dijo el contable—. Posiblemente anden ahora en la ciudad.»

¿Y de dónde llegaban los alimentos a Vologda? ¿Por qué no había alimentos allí en la tienda?

El contable levantó los ojos al cielo. Nos explicó pacientemente, como si hablara a un par de idiotas, los problemas de la granja. El ministerio aún no repartía las semillas. Los salarios eran bajos, de modo que nadie quería hacer el trabajo. No podían conseguir repuestos para la maquinaria. Y así durante media hora. «Como ven, no hay nada que hacer.»

Los granjeros y sus familias que no estaban en Vologda haciendo cola para conseguir alimentos, estaban en sus apartamentos de cemento. Todos tenían televisor y estaban todos frente al aparato mirando el mismo concurso televisivo.

Un miembro de la granja que demostró rabia e iniciativa era un joven llamado Yuri Kamarov. Dijo que, de los cientos de personas de la granja, él era el único que pensaba que la idea de repartir algo de tierra entre los campesinos conduciría a algo positivo. Todos en la granja tenían padres y abuelos que habían estado en prisión, que habían padecido hambre o que habían sido deportados por albergar sueños de propiedad y prosperidad. «Pienso que soy el único verdadero creyente aquí, el único», nos dijo Kamarov. Tenía veintisiete años y soñaba con tener ganado y verduras en un terreno que era poco más que un lodazal lleno de escombros. Todos los días después de la jornada, Kamarov trabajaba solo construyendo una casa

para su esposa y su hija. Los vecinos se acercaban y se reían. Otros amenazaban con destruir su proyecto. Kamarov era víctima de una terrible envidia, producto de años de servidumbre bajo los zares y los secretarios generales, envidia encerrada en el clásico chiste soviético: muere la vaca de un granjero, pero un gran espíritu le concede un deseo. ¿Y cuál es el deseo? «Haz que muera también la vaca de mi vecino», contesta el granjero. Kamarov perseveraba a pesar de todo. Consiguió un préstamo de veinticuatro mil rublos, lo que significaba que: «Estoy endeudado hasta el cuello por el resto de mi vida. Ese es el juego. Déjelos que se rían. Tal vez tengan razón y nada cambie —dijo el auténtico creyente—, pero es hora de que comience a vivir una vida de verdad, como la que llevaba mi abuelo antes de comenzar el desastre».

El legado de la colectivización estaba presente en toda la Unión Soviética. Solo en la región de Vologda había más de siete mil pueblos «arruinados», ciudades fantasma de viviendas derruidas y tierras abandonadas que alguna vez fueron granjas en funcionamiento. Durante décadas, los jóvenes habían estado abandonando los pueblos devastados en busca de un salario decente. Se iban a las plantas textiles y fábricas de máquinas y herramientas de Vologda. Como para otros que partieron antes que ellos, su búsqueda de la utopía industrial resultó infructuosa. Solo hallaban trabajos miserables en plantas textiles y vivían en enormes dormitorios comunes.

Edik y yo nos detuvimos por algunos días en un pueblo cercano a Vologda, una hilera de veinte casas cuyo nombre era Spasskaya. Detrás de una iglesia abandonada, el cementerio se iba llenando. Más o menos cada seis meses llegaba un trabajador de la ciudad, pedía una pala y cavaba una sepultura. Hacía veinticinco años que no se había producido un nacimiento

en Spasskaya. Pueblo próspero antes de la Revolución, ahora era poco más que un conjunto de cabañas derruidas, un cementerio y roderas en el barro.

Mariya Kuznetsova, una anciana de ojos fieros y maliciosos, se pasó la vida cuidando de sus gallinas y parloteando con los vecinos a través de una destruida cerca de pino. Quedaban diecisiete personas en Spasskaya. En una época hubo cientos. A los setenta y cinco años, Mariya era una de las personas más jóvenes. «En invierno —me dijo—, miramos hacia las otras casas. Si no sale humo de alguna chimenea, generalmente quiere decir que otro de nosotros ha muerto.»

Mariya nos contó que vivía de una pensión de menos de tres rublos diarios. No mucho tiempo atrás, antes de que se fijaran las nuevas pensiones, los granjeros jubilados recibían un rublo diario. La alimentación de Kuznetsova consistía principalmente de pan, leche, macarrones, sopa de coles, patatas y grasa salada. Si necesitaba ver un doctor o ir al almacén, tenía que caminar más de tres kilómetros por el camino de barro y piedras para tomar un autobús que «pasa cuando le da la gana». Dijo que durante el invierno, cuando las temperaturas llegan a los treinta o cuarenta grados bajo cero y la nieve se amontona, «somos prisioneros».

«Escuchamos la radio y todo lo que dicen acerca de la “tierra para los campesinos” y de las granjas privadas, pero ¿quién va a hacer el trabajo? —dijo—. ¿Quién va a salvar el campo? Una generación debe transmitir a la siguiente lo que sabe y lo que ha conseguido. Pero todo eso se ha derrumbado. Todos partieron hace mucho a las ciudades. Las granjas colectivas son un desastre. Ya no queda nada. Todo está perdido.»

Anatoly Zamojov, vecino de Kuznetsova, se asomó por la ventana de su cabaña y emitió un sonido gutural. Al oír el nombre de Moscú escupió. «Le diré algo acerca de Moscú —dijo, dando una rabiosa calada a un pestilente cigarrillo—. Antes de los bolcheviques mis padres y sus padres vivían

decentemente. No eran ricos, de ninguna manera, pero tenían comida, una vaca y una mesa que podían llamar propias. Se suponía que después de la colectivización todos debíamos formar una gran familia. Pero todos tenían algo contra el otro, todos sospechaban de los demás. Mire lo que somos ahora, una gran ruina en descomposición. Ahora cada uno vive para sí. Nadie visita a nadie para la Pascua de resurrección. Deje que me ría, todo esto es un gran chiste.»

Durante la colectivización, según me contó la gente de Spasskaya, la policía llevó a un sinnúmero de campesinos a un conjunto de campos de trabajos forzosos, al norte del pueblo. La policía arrancó las cruces e iconos de las iglesias y usó las naves y sótanos como cárceles. En la región de Vologda, veinticinco mil niños murieron en las iglesias en un período de tres meses. En cuestión de unos cuantos años se había destruido una completa red de relaciones sociales, la vida del pueblo. Los «dueños de la tierra» se convirtieron de pronto en servidores del Estado, privados de su religión, de sus tradiciones y de su voluntad.

El desprecio de los bolcheviques por los campesinos tenía sus raíces en la obra de Lenin, quien los llamaba *myelki khozyaichiki* —algo así como «pequeños terratenientes»—. Antes de la Revolución, según estimaciones de Solzhenitsyn, el campesinado constituía más del 80 por ciento de la población eslava. Hoy en día, muchos de los «pequeños capitalistas» que no están en fosas comunes, en búnkers urbanos o en pueblos moribundos, viven en los *inter-nats*, residencias para ancianos administradas por el Estado.

No lejos de Spasskaya, había unos cien pobladores que vivían en los *inter-nats* de la ciudad de Priluki, cerca de un monasterio abandonado. El lugar era administrado por una mujer amable y de buenas intenciones llamada Zoya Matreyeva. Ella y su reducido personal hacían lo que podían

por mantener limpio el lugar, atender a los enfermos y a los moribundos y, llegada la hora, disponer funerales decentes. Había vivido en la zona durante muchos años y nos dijo que los ancianos solo añoraban la vida del pueblo antes de su decadencia. Los historiadores soviéticos y occidentales han descrito cabalmente las difíciles condiciones, la ebriedad y la mojigatería de los pueblos prerrevolucionarios, aunque parece imposible que alguien pudiera sentir nostalgia por esos tiempos. Imposible, hasta que los supervivientes describen lo que vino después, a comienzos de los años treinta.

«Tenemos aquí a personas del Partido Comunista, gente que trabajó la mitad de su vida y más en las granjas colectivas, pero no hallará a uno solo que crea en la colectivización —dijo Matreyeva—. Hablan de las vacas y pollos que tenían, de cómo les pertenecían y los cuidaban. Luego todo eso se acabó.»

El comedor del *inter-nat* era un lugar sombrío con suelo de linóleo, luz fluorescente y un retrato de Lenin. Las desdentadas y robustas ancianas, con la cabeza cubierta por un pañuelo, arrastraban los pies al desplazarse hasta sus asientos. Los hombres comían en una sala aparte y solo había unos cuantos (prácticamente todos habían fallecido en la Segunda Guerra Mundial). Cada puesto tenía un plato de sopa, una pequeña cuchara y dos pequeños trozos de pan. Zoya Matreyeva, leal empleada del Estado durante cuarenta años, interpeló a las ancianas...

«¡Abuelas! —dijo—. Tal vez quieran contarles a nuestros visitantes lo que recuerdan de los viejos tiempos. Aquellos viejos tiempos antes de que estuvieran en las granjas colectivas.»

Las ancianas dejaron de revolver la sopa y levantaron la vista. «Estas gigantescas granjas colectivas mataron a los pueblos y no dejaron nada a cambio», dijo una de ellas, y comenzó un parloteo generalizado.

«Seis familias de nuestro pueblo fueron arrancadas del lugar y jamás las volvimos a ver.»

«En mi pueblo solo había ciento veinte casas. Ahora quedan diez, y los únicos que viven allí son personas que usan la casa solo los fines de semana para escapar de la ciudad. Se dedican a la jardinería, no siembran.»

«Me pasé la vida alimentando a algo llamado Estado. Al menos, ahora, el Estado me alimenta a mí.»

«Mis nietos no sabrían qué hacer con un pedazo de tierra. Incluso mis propios hijos tienen dificultades para distinguir entre un caballo y una vaca. ¿Son estos los nuevos "dueños de la tierra"?»

«Se supone que una generación le debe enseñar a la siguiente cómo vivir. Una generación debería construir algo que le permita seguir adelante a la siguiente. Todo eso fue arrancado de raíz. Destruido. ¿Piensan que se puede reconstruir eso en un día? ¿En cinco años?»

Al cabo de un rato las mujeres se calmaron. De alguna manera, parecían estar contentas de tener a un visitante que les hiciera un par de preguntas, pero, a medida que sus recuerdos salían a la luz, las mujeres se mostraban hoscas y cansadas. Se pusieron a comer.

Magnitogorsk

En lo más álgido de la Gran Depresión, un joven socialista de Filadelfia, John Scott, decidió abandonar sus estudios académicos y unirse a la creación de lo que por entonces *The Nation* llamaba «el experimento social más gigantesco del mundo». Scott llegó a Moscú en 1932 en busca de un futuro prometedor. Los burócratas de Stalin rápidamente enviaron a Scott y a cientos de jóvenes socialistas estadounidenses a uno de los «proyectos

para héroes» del primer plan quinquenal, a «La Montaña Magnética», la ciudad siderúrgica de Magnitogorsk, en los Urales.

En Magnitogorsk, Scott se encontró con una ciudad que era una enorme obra de construcción: trabajadores con jornadas de dieciocho horas y familias que vivían en carpas y en barracones destartalados. La gran mayoría de los trabajadores de Magnitogorsk no estaban allí por compromiso ideológico con el «brillante futuro» del socialismo; habían sido obligados a ir. Muchos de ellos eran granjeros que habían sido arrancados de sus tierras durante la campaña de colectivización. Scott vio a sacerdotes con sotana cavando con picos y carretillas, y vio a trabajadores morir aplastados por las vigas. Pero en sus memorias sobre su trabajo en Magnitogorsk entre 1932 y 1938, *Behind the Urals*, Scott recuerda, sin embargo, una «ciudad llena de vitalidad ... Miles de personas soportaban las más grandes penurias a fin de construir altos hornos; muchos de ellos lo hacían con pasión, con un entusiasmo ilimitado del que me contagié desde el día en que llegué».

Magnitogorsk se convirtió en una leyenda de la guerra. Por haber producido el acero de la mitad de los tanques y de un tercio de la artillería usada para derrotar a los nazis, la gente comenzó a referirse a las fábricas como «la tumba de Hitler». Pero Magnitogorsk siempre se rigió por una mentalidad de guerra. Los principales responsables —los ministros de Moscú— medían el éxito desde un punto de vista puramente cuantitativo. Jamás tuvieron en cuenta que otros países estaban comenzando a producir aleaciones de acero modernas que reducían el peso de un refrigerador de ciento ochenta a cincuenta kilos; nunca les preocupó que la polución hubiera alcanzado niveles tales que una nube de veneno sobre la ciudad reducía la luz solar en un 40 por ciento. Pero la Fábrica de Acero Lenin, el

horno más grande del mundo, continuó funcionando en un ignorante aislamiento. Y la orden siempre fue «¡más acero!».

«Magnitogorsk es una clásica ciudad estalinista —me dijo Alexei Tuplin, corresponsal del periódico local *Obrero de Magnitogorsk*—. Construimos aquí una enorme empresa autónoma que rechazó todo desarrollo cultural, económico y político del mundo civilizado. Existíamos y seguimos existiendo en aras de una máquina que ni siquiera funciona.» Cuando en los años sesenta el primer ministro Alexei Kosygin propuso un gran proyecto que reemplazaría los anticuados hornos de reverberación por técnicas de conversión más eficientes usadas en todo el mundo a partir de los años cincuenta, Brezhnev y el resto de la jerarquía calificaron el proyecto de demasiado caro. «Todo lo que querían era producir más acero —me dijo Dmitri Galkin, director de la planta en la era de Brezhnev—. Era lo único que les importaba.»

Estuve una semana en Magnitogorsk como invitado del juez de instrucción de la ciudad, Oleg Yefremov. Oleg tenía poco más de cuarenta años y lo aquejaba una tos permanente. No fumaba. Sufría, como casi todos los ciudadanos de Magnitogorsk, del hábito de respirar. «Debería dejar de tomar aire», dijo.

Nos despertamos temprano y nos dirigimos en un vehículo hasta la cumbre de un cerro para contemplar desde lo alto la ciudad industrial más grande que yo jamás hubiera visto. La Fábrica de Acero Lenin se extendía once kilómetros a lo largo de la ribera izquierda del lago Factoría. La planta funcionaba día y noche, y producía dieciséis millones de toneladas al año. Las chimeneas jamás dejaban de lanzar veneno, una mezcla de humo amarillo, gris, verde y azulado que cambiaba de color según la luz. De acuerdo con un informe del Comité para la Protección Ambiental, las industrias de la ciudad arrojaban anualmente un millón de toneladas de

productos contaminantes. «Somos cuatrocientas treinta mil personas, lo que significa más de dos toneladas para cada uno», dijo Yuri Zaplatkin, director del comité. Las fotografías de los satélites muestran que las fábricas han generado una zona de aire y suelo contaminados de doscientos kilómetros de largo por sesenta y cinco de ancho. En invierno, una costra negra cubre la nieve; en verano, la hierba crece en tristes manchones de color amarillento.

Oleg dijo que, en una u otra época de sus vidas, el 90 por ciento de los niños de Magnitogorsk sufría enfermedades relacionadas con la polución: bronquitis crónica, asma, alergias e incluso cáncer. El Comité para la Protección Ambiental informó de que entre 1980 y 1990 se duplicaron las malformaciones. Oleg hizo examinar los cadáveres en la morgue de la ciudad: un trabajador con los pulmones destruidos y una niñita muerta de asma, de insuficiencia cardíaca, o de ambas enfermedades a la vez.

Oleg vivía en el «lado bueno» de la ciudad; el «lado malo» era el que recibía el viento procedente de la planta, la «ribera izquierda». Uno de los peores barrios de la ciudad era el más antiguo, la plaza de la Quincallería. Allí el aire era especialmente pestilente y cargado de gases, hasta tal punto que se podía sentir el sabor del polvo en la lengua. En uno de los barracones había ancianas en cada habitación que miraban fijamente por la ventana y niños tan sucios como los niños callejeros de los barrios de Lima. A las ocho de la mañana, en la clínica de la plaza de la Quincallería, decenas de niños recibían rayos ultravioleta y bebían su «cóctel de oxígeno» diario, una infusión viscosa de zumo de frutas, hierbas y azúcar a la que se le agregaba oxígeno. Los pacientes más ancianos iban solo para inhalar oxígeno de un tubo.

En la sección de atención pulmonar de la misma fábrica, la doctora Natalya Popkova me dijo que había atendido a miles de trabajadores y a sus

hijos, enfermos a causa de «lo que la planta nos entrega». «Los pacientes, todos ellos, sienten rabia contra la empresa —afirmó—. Conocen la razón de su enfermedad, pero ¿qué alternativa tienen? ¿Adónde pueden ir?»

Los *apparatchiks* que administraban la empresa gestionaban con pericia cualquier conflicto político con los trabajadores. La fábrica era propietaria de todo en la ciudad, desde el sistema de alcantarillado hasta los automóviles en las calles; los directores de la fábrica mantenían un estricto control sobre los abastecimientos y la distribución de los productos que obtenían gracias a acuerdos de trueque con Occidente. Cuando las empresas de Alemania Occidental o Japón ofrecían televisores, lavadoras y aspiradoras a cambio de acero, los jefes usaban esos artículos para comprar a los trabajadores. «Somos gente pobre —dijo Viktor Seroshtanov, juez de la corte municipal—. Si usted nos arroja un pequeño trozo de carne, un videocasete, o cualquier cosa, estaremos felices. En cierto modo, las empresas extranjeras que hacen transacciones con la fábrica están contribuyendo a una especie de sistema colonial.» Cuando el Partido Comunista detectó la posibilidad de una huelga en 1989, previno a los jefes de la fábrica, quienes rápidamente vendieron barriles de cerveza barata a los obreros. Cuando la amenaza de huelga se desvaneció, lo mismo ocurrió con la cerveza. «¿Qué se supone que debo hacer al respecto? —me dijo un obrero de la fábrica llamado Viktor Oyupov—. ¿Debo rebelarme y no comer? ¿Y entonces qué?»

Era imposible escapar a la trampa, tan difícil como escapar al sistema en sí. A pesar de todo el entusiasmo por la *glasnost* y por el nuevo Parlamento existente en las grandes ciudades, la gran mayoría de la gente de la Unión Soviética se sentía atrapada, como piezas de un sistema que no solo los oprimía sino que, además, era incapaz de proporcionarles un nivel de vida mínimamente decente. «Nuestros obreros son soldados, tropas que sirven a

una máquina —dijo Oleg Valinsky, miembro liberal del Ayuntamiento de la ciudad de Magnitogorsk—. Usan los zapatos que les da la fábrica. Se matan trabajando y luego regresan a casa. Se les ha arrancado el espíritu. Hemos creado una ciudad de robots.»

14

El lado oculto de la Revolución

La vida subterránea avanzaba ahora estruendosamente alrededor de ellos, con los diputados corriendo de aquí para allá todo el tiempo, arrastrados por caballos al trote. La oscuridad estaba sembrada de innumerables lámparas.

ÉMILE ZOLA, *Germinal*

Durante los primeros años de la *glasnost*, *Noticias de Moscú*, *Ogonyok* y el resto de la prensa liberal solo habían aludido tangencialmente a la conexión existente entre los setenta años de gobierno del Partido Comunista y el calamitoso estado del país. El año de los milagros en Europa, 1989, le dio a la gente de la Unión Soviética la primera oportunidad para que establecieran ellos mismos esa conexión. El 26 de marzo, el pueblo votaría en unas elecciones multipartidistas para elegir al nuevo Congreso de los Diputados del Pueblo. A pesar del consejo de Alexander Yakovlev de dividir al Partido, de separar a los progresistas de la mayoría conservadora, Gorbachov creía que, fortaleciendo al gobierno mediante la creación de ese nuevo congreso, podría limitar gradualmente el papel de los miembros regulares del Partido.

En los meses previos a la votación, asistí a muchos encuentros y debates, en Moscú, en Leningrado, en los estados bálticos y en las provincias rusas.

Los temas variaban un poco. En los estados bálticos el énfasis se ponía en la soberanía, en distanciarse aún más de Moscú; en las provincias rusas, se hacía hincapié en las tiendas vacías, en la economía diaria. Pero el tema recurrente era la libertad, el aprendizaje de la democracia. Enfrentada por primera vez a la perspectiva de elegir políticamente, la gente estaba confundida y alborotada. No tenían experiencia previa en auténticos debates o elecciones, pero aun así aprovecharon de inmediato la oportunidad. En ningún lugar fue más evidente esta situación que en mi propio distrito electoral —el distrito de Gorbachov—, la Región Octubre de Moscú.

Una tarde de enero, después de que saliera el primer turno, los burócratas y obreros de la fábrica de máquinas y herramientas Proletariado Rojo se reunieron con su jefe y director, Yuri Ivanovich Kirillov, quien los esperaba en el estrado para darles la bienvenida. Por primera vez Kirillov era todo sonrisas, empalago y empatía. Parecía el anfitrión de un espectáculo de variedades vestido con el traje ina - decuado. Con su apretón de manos señorial y los hombros echados hacia atrás, daba señales claras de estar esperando que los 325 «electores» que representaban a los seis mil obreros se levantarían como un solo hombre para nombrarlo como su candidato para las elecciones de marzo de 1989.

Los obreros colocaron sus pesados abrigos de lana debajo de las sillas, se instalaron y rápidamente eligieron un secretario y un presidente. Entonces el presidente invitó a la tribuna a un capataz de la fábrica llamado Nikolai Blinkov. Blinkov leyó un largo y formal discurso, hablando de las «grandes responsabilidades» que acompañaban a la reforma política. «En el pasado se cometieron numerosos errores en la designación de los candidatos —dijo —. Esa es la razón de que estemos tan nerviosos ahora.» Luego, sin más ni más, propuso el nombramiento de Yuri Ivanovich Kirillov. En primera fila, y rodeado de sus ayudantes, Kirillov cruzó suavemente las piernas y sonrió

sintiéndose dueño de la situación. Las elecciones se desarrollaban a la perfección, tal como lo había planeado. El nacimiento de la democracia sería maravilloso.

«Este hombre —dijo Blinkov señalando a Kirillov—, este hombre es un simple obrero soviético. A él los aplausos no lo seducen.» Blinkov alabó la «magnífica labor» de Kirillov durante los dos años que fue director de la fábrica, su «extraordinaria facilidad para resolver conflictos», su «extraordinaria» relación con los trabajadores, su «fantástica» capacidad para recordar el nombre de cada uno de ellos. El aplauso fue estruendoso en las primeras filas, cerca de Kirillov, y más apagado en las filas de atrás.

Un hombre se levantó y formuló a Blinkov la primera pregunta impertinente de la tarde. «¿Se han propuesto otros candidatos?»

Se produjo un momento de tenso silencio. La pregunta claramente no formaba parte del programa. Blinkov pestañeó y luego atinó a mirar hacia la primera fila; en sus ojos había pánico. Pero los ciudadanos de la primera fila no podían hacer nada por él, y Kirillov menos que nadie. No habían previsto lo complicada que podía ser la democracia más de lo que el propio Blinkov lo hiciera.

Blinkov reconoció lo obvio: «Cuando me dirigía hacia aquí, se me informó de que en ninguno de los colectivos de trabajo se habían propuesto otros nombres».

El director hizo bajar a Blinkov del estrado y entregó la palabra a una serie de empleados de Proletariado Rojo para que recitaran las alabanzas de Yuri Ivanovich. «Desde el preciso momento en que entró por la puerta, nuestro director era ya un organizador bien formado —dijo un obrero llamado Sergei Judyakov—. Y gracias a él, nuestra fábrica tiene una casa de descanso para los trabajadores en Crimea.» Un dirigente del Komsomol

ensalzó la «fidelidad de nuestra juventud a Yuri Ivanovich». Un capataz describió la «generosidad de espíritu» y «gran inteligencia» del director.

Y así sucesivamente. Durante casi una hora, la reunión pareció una versión de masas del Comité Central de Brezhnev hacia 1978, una mezcla de empalagosa alabanza y largo aburrimiento. Durante todo el tiempo, a Kirillov se le veía relajado en su asiento y exhibía su majestuosa sonrisa.

Pero entre el último discurso y lo que tendría que haber sido el llamamiento a una elección unánime, se desató la tormenta. Un ingeniero llamado Viktor Oskin pidió subir al estrado. «Usted no está en el programa», lo increpó el presidente. Pero tras algunas rechiflas y comentarios a gritos acerca de «aprender la democracia», Oskin consiguió el micrófono.

«Se me ha ocurrido una pregunta —dijo—. Yuri Ivanovich tiene ya muchas funciones. ¿Cómo encontrará el tiempo para trabajar como diputado en el Parlamento?»

Nadie podía dar crédito a tal despliegue de imprudencia. «¡Abandone la tribuna!», gritó alguien. «¿Quién le pidió que hablara? ¡Váyase!» «¡Sáquenlo!»

Oskin no se dejó intimidar. Acercó la cara al micrófono y gritó por encima del ruido.

«Todos ustedes dicen que Yuri Ivanovich es muy buena persona —dijo —. Se comportan como si no hubiera problemas en nuestra fábrica. Este hombre desempeña demasiadas funciones. Debería dejar algunas. Se nos ha estado diciendo que deberíamos tener dos o tres candidatos, y una vez más tenemos solo uno. Se supone que estamos hablando de democracia, pero tenemos un solo candidato.»

Hubo rechiflas y abucheos, aunque un buen número de los presentes se mantuvieron en silencio, o asintieron levemente como si estuvieran de

acuerdo. Algo había ocurrido; se había producido una ruptura. Oskin se dejó caer en la silla y sus amigos le dirigían miradas furtivas.

A continuación un hombre joven pidió permiso para hablar. Dijo que su nombre era Konstantin Yasovsky y que representaba a un colectivo de trabajo. «¡Nuestro colectivo no desea aprobar a Yuri Ivanovich!», exclamó.

Por su parte, Yuri Ivanovich se retorcía ahora en su asiento de la primera fila como si sufriera cólicos.

Yasovsky continuó: «No conocemos su programa ni lo que hará. ¿A favor de qué está él? ¿En contra de qué? Nuestra opinión es que lo necesitamos como director de la fábrica, pero nada más que eso».

Los abucheos silenciaron a Yasovsky y la corriente de hostilidad lo hizo deslizarse hasta su asiento. Pero luego hubo algunos vítores aquí y allá y después rechiflas, seguidas de discusiones en ciertos puntos de la sala. Claramente, la reunión se estaba descontrolando. Un director adjunto sentado en la primera fila hizo un gesto y el presidente retiró el micrófono de su soporte diciendo: «Bueno, pienso que es hora de votar».

Ahora había un buen número de votantes en la sala que sabían que algo andaba mal. El presente se parecía demasiado al pasado. Esta vez no se dejarían engañar. No serían ignorados. Llovían los insultos. Por supuesto, nadie se hacía ninguna ilusión. Era evidente que no habría candidatos alternativos ni rebelión. Pero al menos existía el sentimiento, la exigencia, de que había que honrar el nacimiento de la democracia.

«¿Votación? —exclamó alguien desde la parte posterior de la sala—. Hemos estado levantando la mano durante toda la vida. Dejen que el hombre nos diga quién es y a favor de qué está antes de entregarle nuestro voto.»

De modo que Yuri Ivanovich Kirillov, finalmente, tomó la palabra. Dijo que no le molestaban las críticas, «aunque no resulta muy agradable

escucharlas allí, desde mi asiento». No mencionó plataforma alguna durante su larga divagación. Su única idea en pro de la reforma a escala nacional era su «firme intención de construir un centro de ocio para los trabajadores de la fábrica de máquinas y herramientas Proletariado Rojo».

El aplauso fue respetuoso. El presidente retomó el control y se procedió por fin a la votación. Kirillov obtuvo trescientos ocho votos; hubo diez votos en contra y siete abstenciones. Las manos se alzaban lentamente, más bien concediendo que apoyando. Después de todo, ¿qué alternativa tenían? Nadie estaba preparado para rebelarse. Aún no existía la idea. No allí, al menos, ni todavía. Los silbidos, la insistencia en escuchar al candidato, habían sido rebelión suficiente. Los electores salieron silenciosamente del auditorio, culpables y abatidos como si supieran que no habían hecho lo correcto y sin saber cómo proceder.

El Partido Comunista, por supuesto, había redactado las leyes electorales para las elecciones de 1989 de modo que aseguraran la gran mayoría de los escaños parlamentarios. Y así fue. Más del 80 por ciento de los 2.250 diputados eran miembros del Partido Comunista, la mayoría de ellos secretarios, oficiales del ejército y otras personas leales al Partido. La razón era simple. A cada grupo importante del Partido, desde el Komsomol hasta los Coleccionistas de Sellos, se le garantizó un número de escaños. Solo un tercio de los diputados procedería de elecciones abiertas. En las regiones conservadoras, especialmente en Asia central, las elecciones con un candidato único constituyeron la norma, no la excepción. «No fueron unas elecciones democráticas —me dijo Sajarov—. Fue una seudodemocracia arreglada. Los únicos oasis de democracia fueron aquellos lugares donde el sistema era de alguna manera imperfecto.» En los pocos lugares donde las

elecciones fueron imperfectas —es decir, abiertas—, los candidatos del *establishment* del Partido fueron derrotados. Miembros del Comité Central, almirantes, generales, *apparatchiks* de todo tipo..., todos ellos sufrieron la humillación del rechazo público.

Fue lo que sucedió en la Región de Octubre, donde el camarada Kirillov fue uno entre media docena de *apparatchiks* que ni siquiera se acercaron al triunfo. La lucha se dio entre un popular —aunque no muy inteligente—, comentarista de televisión e Ilya Zaslavsky, un ingeniero textil que no había cumplido todavía los treinta años. Zaslavsky usaba bastón para caminar y hablaba en un murmullo que resultaba apenas audible. Con una plataforma electoral que favorecía una reforma general y que ponía énfasis en los derechos de los discapacitados, Zaslavsky ganó con facilidad.

En mayo, al inaugurarse el Congreso, Zaslavsky era uno entre muchos liberales jóvenes que habían entrado en política solo porque veían, finalmente, a un líder en quien pensaban que se podía confiar. Zaslavsky, Arkady Murashev y Sergei Stankevich, de Moscú, nacionalistas de los estados bálticos, Armenia y Georgia, ecologistas de Ucrania, Bielorrusia y Siberia...; todos ellos habían visto las elecciones como una apertura. El período justo anterior y posterior al primer Congreso fue una época de euforia. Eran días en que los demócratas radicales pensaban que la reforma del Partido no solo era posible, sino el único camino para el cambio. En cierto modo, una contrarrevolución reaccionaria parecía teórica, remota.

Esa primera sesión del Congreso deparó una serie interminable de sorpresas. En los minutos de apertura del Congreso, Sajarov se acercó al podio para pronunciar el primer discurso. Posteriormente, el mismo Sajarov haría propuestas específicas para la creación de un sistema multipartidista y la promulgación de un «decreto con fuerza de ley» que llevaría a una democracia constitucional. Pero en esa ocasión mantuvo sus observaciones

en un plano general. Daba la impresión de que se esforzaba por proporcionar un modelo de paciencia y apertura. Pero enseguida el debate en el Congreso subió de temperatura, como si la crisis de setenta años no pudiera esperar ya más; lo que siguió fue un estallido de debates públicos y de revelaciones. Un ex levantador de pesas olímpico, Yuri Vlasov, atacó al KGB, diciendo que la policía secreta manejaba un «imperio subterráneo» en la Unión Soviética y que no se había modificado absolutamente nada. Un profesor de derecho de Leningrado, Anatoly Sobchak, criticó a los generales y funcionarios del Partido que habían planeado y dirigido el ataque contra una protesta pacífica en Tiflis, en abril de 1989, que dejó por lo menos diecinueve muertos. Yuri Karyakin, experto en Dostoievski, pidió la retirada de los restos de Lenin del mausoleo en la Plaza Roja y un «funeral decente». Los liberales del Congreso empezaron también a dejar claro que criticarían a Gorbachov, e incluso que se le opondrían, cuando lo consideraran necesario. Cuando Gorbachov fue presentado para ser elegido como presidente de la legislatura, un oscuro delegado del norte de Rusia, Alexander Obolensky, se designó a sí mismo. «No se trata de ganar —dijo —. El asunto está en crear una tradición de oposición política y de competencia.»

La actividad en los pasillos durante los frecuentes recesos era casi tan dramática como los discursos en el interior de la sala. Al principio, los periodistas soviéticos miraban con asombro cómo los reporteros occidentales asediaban a los hombres más poderosos del país con cámaras, grabadoras y libretas de apuntes. En pocos días, los soviéticos adquirieron la misma destreza. Por primera vez en sus carreras, los miembros del Politburó y los dirigentes militares y del KGB eran sometidos a incómodos interrogatorios. Durante décadas nadie se había atrevido a preguntarles acerca del clima, y mucho menos acerca del desgaste del Partido

Comunista. Ahora ni siquiera podían ir al baño o a los comedores sin que un enjambre de periodistas les pidiera una opinión o una explicación.

Gorbachov aprendió rápidamente el arte de controlar la situación. De modo accidental o premeditado, Gorbachov aparecía entre el tumulto de periodistas justo después de los descansos de la hora de almuerzo, decía lo que tenía que decir y luego desaparecía. Por supuesto, *Vremya* publicaba sus comentarios in extenso, otorgándole tanto el papel de presidente como el de comentarista de su creación política.

Sajarov, por su parte, soportaba las entrevistas con pensativa paciencia. Las luces de las cámaras, así debió de entenderlo, eran parte de la democracia moderna. Todos hablaban y hablaban. O casi todos. Durante días aceché a Viktor Chebrikov, director del KGB hasta 1988. Tenía una expresión ceñuda y el porte de un emperador romano. Pocos diputados se atrevían a acercársele mientras circulaba por los pasillos. Aquellos que lo saludaban eran agarrados del codo y llevados hasta un rincón privado. Chebrikov no hablaba donde otros diputados o extranjeros pudieran oírle. Seguí sus pasos, pero al principio me alejó como si fuera un molesto mosquito. Cuando me negaba a irme decía: «Hablaremos mañana». O «después del próximo descanso». Finalmente, hacia el final de la sesión dijo: «Señor Remnick, no habrá entrevista». Era extraño, pero jamás le dije mi nombre.

Nadie en el país podía sustraerse a esas sesiones televisadas del Congreso de los Diputados del Pueblo. Jamás ningún periódico, ni película, ni libro, ni obra de teatro tuvo antes un efecto político tan inmediato sobre el pueblo de la Unión Soviética. Las sesiones fueron transmitidas en directo durante dos semanas, hasta que las fábricas y granjas colectivas informaron de que ya no se trabajaba. Todos se aglomeraban en torno al aparato de televisión y los transistores. La gente simplemente no daba crédito a lo que oía. Aunque

los diputados reformistas representaban una clara minoría —no más de trescientos o cuatrocientos de un total de dos mil quinientos—, eran mucho más inteligentes para llegar hasta el micrófono, y Gorbachov ansiaba escucharlos. Solo en aquellos casos en que alguien excedía los límites impuestos por la concepción oficial de lo que era la *perestroika* —siendo la exigencia de Sajarov de que el Partido Comunista renunciara al poder el caso más famoso—, Gorbachov perdía la paciencia y llamaba al siguiente orador. Gorbachov dirigía su Congreso con la ligereza y superficialidad con que Sam Rayburn manejaba su Cámara de Representantes en Estados Unidos. Cuando las críticas de Sajarov excedieron la tolerancia de Gorbachov, dejó de lado toda consideración democrática; simplemente apagó el micrófono y envió a Sajarov a su asiento.

Los reformistas tenían un sentimiento de triunfo y de caminos que se abrían. Mientras se desarrollaba la sesión habían visto a la cúpula dirigente china ordenar el asesinato de cientos de manifestantes pacíficos en Pekín, y tenían la sensación de que por primera vez el líder de la Unión Soviética no era ese tipo de carnicero. Vitaly Korotich, el director de *Ogonyok*, caminó conmigo hasta el Kremlin hablando del «terremoto» que les esperaba a los conservadores, de cuánto había cambiado el país en solo dos semanas. «El pueblo de este país siempre ha temido a los que están en el poder —me dijo Korotich—. Quizá ahora sean los poderosos quienes teman al pueblo.» Hacia el final de la sesión era imposible encontrar a los conservadores del Politburó. Estaban molestos y cansados de tanta crítica y confrontación. Hacían libre uso de sus entradas y salidas privadas y custodiadas, y rara vez se les podía ver dirigiéndose entre el Salón de Congresos y sus limusinas.

Pero, a pesar del alborozo que trajeron las elecciones y de la catarsis que significó el Congreso, nadie sabía adónde llevaría todo eso al país. La era de Gorbachov fue un acto de improvisación en que se alternaron los

momentos de torpeza y de acierto. Hasta entonces la política del país se había desarrollado de forma oculta. La política había sido asunto del Kremlin, de las sesiones a puerta cerrada y no televisadas del Politburó y del Comité Central. La brecha entre el Estado y el individuo era infranqueable. Incluso las enormes protestas callejeras de Yereván y los estados bálticos pasaron casi desapercibidas en los principales periódicos del Partido.

Pero esta vez todo el mundo había visto en directo la angustia acumulada durante setenta años. Se habían familiarizado con las ideas y personalidades no solo de los líderes del país, sino también de Sajarov, Zaslavsky y Afanasyev. Habían visto como una culta mujer estona, Marju Lauristan, desafiaba la autoridad de Gorbachov como si fuera algo casi... normal. Habían visto incluso como un taxista llamado Leonid Sujov subía al estrado y advertía a Gorbachov de que, «al igual que Napoleón», estaba bajo la influencia de su propia «Josefina», su esposa Raisa. Otro diputado le exigió a Gorbachov que respondiera por su nueva y cara dacha en la costa de Crimea. Hasta entonces el poder del Kremlin había funcionado basándose en el misterio y el poderío, pero el Congreso había puesto fin a todo eso en un extravagante espectáculo televisivo de dos semanas de duración. El Congreso mostraba algo nuevo, una revolución desde abajo. Pero ¿qué forma tomaría?, ¿quién la conduciría y cuándo?

Poco más de un mes después de que el Congreso finalizara sus sesiones y de que Moscú cayera en el sopor del verano, la *perestroika* escapó de control, primero en las minas de carbón de Siberia y luego en todas las minas del país, de Ucrania y Vorkuta hasta la isla de Sajalin. Después de julio de 1989, el Kremlin jamás volvería a tener la certeza de ser el maestro

de ceremonias. Después de julio de 1989 terminó la ilusión de una «revolución desde arriba» dirigida por Gorbachov.

La «revolución desde abajo» comenzó cuando un grupo de mineros del carbón de la ciudad siberiana de Mezhdurechensk abandonaron el trabajo en la mina Shovikovo liderados por el dirigente Valery Kokorin. La principal queja era el jabón. Los mineros se quejaban además del estado de la maquinaria, de que el trabajo fuera miserable y estuviera mal pagado, de que la alimentación fuera escasa y de que no se les otorgaran beneficios adicionales. Pero lo que más les fatigaba era la suciedad en cada pliegue de su cuerpo, la imposibilidad de llegar a casa de vuelta del trabajo y darse un baño. No había jabón.

A lo largo de toda la cuenca de Kuznetsk en Siberia —en Mezhdurechensk, Prokopievsk, Novo-Kuznetsk y Kemerovo— los mineros habían estado refunfuñando entre dientes durante años. Jamás se habían arriesgado a llevar su protesta más allá del estrecho círculo de sus familiares y amigos. Su pobreza —como la de los trabajadores de las granjas de Turkmenistán, o la de los trabajadores siderúrgicos de Magnitogorsk— se consideraba simplemente un hecho natural. Pero doce horas después de iniciada la huelga en Mezhdurechensk, casi todas las minas de la cuenca de Kuznetsk estaban también paralizadas. «No puede imaginarse lo increíble que resultaba todo esto. Habiendo comenzado casi de la nada, en pocas horas el asunto alcanzó una gran magnitud», me dijo uno de los mineros de las minas de Severovo. Pronto la huelga se extendió a Vorkuta, en el extremo norte, a la cuenca del Don en Ucrania, a Karaganda, en el norte de Kazajstán, y a Sajalin, en el Lejano Oriente.

Gorbachov apareció en la televisión visiblemente afectado y exhausto, aunque fingiendo un total dominio de la situación. No le quedaba más opción que ponerse de parte de los huelguistas, que describir a las huelgas

como una manifestación saludable de una joven democracia y luego rogar que terminaran antes de que a los obreros ferroviarios, a los trabajadores de las granjas colectivas o a los obreros del petróleo se les metiera la idea en la cabeza. No sería capaz de controlar a una nación entera en pie de guerra. Ni siquiera los conservadores de la jerarquía soviética podían ignorar a los mineros. Los mineros tenían el poder de paralizar la industria pesada y de forzar al Kremlin a considerar la posibilidad de un largo y frío invierno.

Tras viajar seis horas en avión y media hora en automóvil a través de la taiga siberiana hasta la ciudad de Kemerovo, di mi primer vistazo a la rebelión de la clase trabajadora. En Armenia había visto a cientos de miles de manifestantes en las calles y casi la misma cantidad en Lituania, Estonia y Letonia. Pero jamás vi nada tan dramático como aquello, nada que ilustrara de modo tan directo la desintegración del Estado de los trabajadores y el cambio que se estaba produciendo en la mente de un amplio sector de la población.

Bajo el implacable sol de la tarde, había mineros en ropa de trabajo, miles de ellos, sentados en la plaza central de Kemerovo, frente a la sede del gobierno local y del Partido Comunista. ¡LEVANTAOS Y MOSTRAD VUESTRA RABIA!, ponía un cartel. ¡LA CUENCA DE KUZNETSK NO ES UNA COLONIA!, rezaba otro. Cuando algunos de los funcionarios locales del Partido tomaron el micrófono para decirles a los mineros que las huelgas estaban afectando a los ancianos y escolares, fueron abucheados hasta que abandonaron el estrado. La prensa local del Partido condenó las huelgas, pero un presentador del canal de televisión Kuzbass Día a Día informaba todas las noches acerca de las huelgas en todo el país.

Los mineros de Siberia poseían un sentido innato de los medios de comunicación y de lo que es la imagen. Actuaban para la poderosa televisión y lo sabían. Aunque no estaban trabajando, asistían a las

reuniones vestidos como mineros, cubiertos de polvillo de carbón, provistos de sus cascos y con las botas y la ropa sucias. Al llegar la noche creaban una imagen aún más espectacular al encender sus lámparas de minero. Daba la impresión de que decenas de miles de enormes luciérnagas hubieran invadido la plaza y entrado en frenesí. Los oradores pronunciaban sus discursos al pie de la estatua de Lenin más grande de la ciudad. A nadie se le escapaba la ironía.

Al principio, solo unos pocos comités de huelga pedían un sindicato al estilo de Solidaridad. Las demandas iniciales eran económicas: más jabón, detergente, pasta de dientes, salchichas, zapatos y ropa interior, más azúcar, té y pan. Lo que estaba en discusión era la jornada semanal de trabajo y las vacaciones, no Gorbachov. Para los mineros, Gorbachov todavía representaba una gran posibilidad, un personaje íntegro. Casi todos se cuidaban de alabarlo, o al menos de mostrar por él cierto respeto. Uno de los oradores, Pyotr Kongurov, miembro del comité de huelga de Prokopievsk, dijo que, aunque las condiciones ambientales y los niveles de vida representaban todavía «una fuente de desesperación» en la ciudad minera, «la gente no culpa a Gorbachov. La gente sabe que la huelga es posible gracias a él. Pero al mismo tiempo seguimos esperando, y no podemos esperar eternamente».

Se habían producido huelgas anteriormente en la Unión Soviética; la de conductores de autobús en Chejov o la de pilotos de aviación, que se negaron a volar hasta que mejoraran las condiciones de seguridad. Pero el simbolismo de la huelga de los mineros resultaba extraordinario. Los mineros representaban la vanguardia del proletariado, un bastión de los viejos tiempos. Encontrarse frente a la gran multitud de mineros congregados en la plaza Lenin era como estar frente a un retrato de lo que un día se denominó «las masas». Y ahora las masas abandonaban el trabajo

y afirmaban que el socialismo no les había dado nada, ni siquiera una pastilla de jabón.

Enseguida llegó a Siberia desde Moscú la noticia de que el Ministerio del Carbón iba a prometer más suministros, salarios más altos y otras ventajas. En una concentración multitudinaria celebrada en la plaza de la ciudad de Kemerovo, los mineros se reunieron para conocer los detalles y votar. Escucharon promesas de los emisarios de Moscú según las cuales muy pronto aterrizarían aviones cargados al máximo con jabón, carne, manteca de cerdo, aceite de cocina y detergente. Los salarios subirían y se alargarían las vacaciones. La mayoría de los mineros sintió alivio. Al menos por ahora, habían encontrado el límite de su atrevimiento y estaban dispuestos a regresar al trabajo. Estaban dispuestos a creer a Moscú. Algunos advirtieron de que el acuerdo se rompería, que Moscú estaba «listo para recurrir a sus viejos trucos», pero, cuando llegó el momento de votar, casi todo el mundo coincidió en poner fin a la huelga. Decenas de miles de manos se alzaron en el aire para votar afirmativamente, para aceptar el acuerdo.

Esa noche, a las minas de Yagunovsko bajaron trabajadores para realizar el primer turno. Parecían contentos de regresar, pero cautelosos, como si ya hubieran perdido la convicción en la decisión de volver. «Llevo aquí abajo, en estas minas, treinta y nueve años, y volveré a salir sin dudarlo si Moscú intenta reírse de nosotros —dijo un tunelador llamado Leonid Kalnikov—. Yo creía en el comunismo, nuestro gran sueño de antaño, y ahora creo en el poder de la huelga. No tenemos mucha experiencia en este aspecto, pero estamos preparados para aprender.» Kostya Doyagin, que llevaba siete años trabajando en las minas de las inmediaciones de Kemerovo, dijo que con el acuerdo de treinta y cinco puntos alcanzado entre el Kremlin y los comités

de huelga locales «hemos conseguido una pequeña victoria. Pero sigue siendo pequeña. Tenemos que esperar a ver si cumplen». Los mineros no hicieron demasiado aquella noche. La mayoría permaneció en los alrededores de las oficinas y abajo, en los pozos, hablando de lo que había sucedido en los días anteriores.

Hasta con el apacible clima veraniego, las aldeas próximas a las minas de Yagunovsko eran lugares deprimentes, más miserables que cualquier otro que hubiera visto en Virginia Occidental o en el norte de Inglaterra. Los mineros y sus familias vivían en cabañas de madera diminutas, en chozas equipadas con una pequeña chimenea o, la mayor parte de las veces, en bloques de viviendas de dos o tres plantas conocidos como «barracones». Las familias se hacinaban en los apartamentos y no lograban mantenerlos limpios. Nadie sacaba la basura. No había agua caliente. La canalización de agua corriente era deficiente; en invierno, eso significaba hacer una excursión fuera del hogar con unas temperaturas de cuarenta grados bajo cero. Los hombres confesaban que a ellos y a sus esposas los humillaba tener que hacer el amor en las mismas habitaciones donde sus hijos dormían, o fingían dormir. No podían comprar ningún tipo de anticonceptivo durante meses.

«El médico abortista es el hombre más ocupado que hay fuera de la mina», me contó una mujer. Los niños de las aldeas parecían no tener juguetes y deambulaban por las calles jugando a ser soldados, lanzándose palos y piedras. Estaban mugrientos y ya les amarilleaban los dientes. La dentadura de sus padres ya estaba descompuesta, y los más afortunados tenían fundas de oro o plata resplandecientes. Todos parecían mayores de lo que eran. Los hombres de más de cincuenta años que acababan de empezar a cobrar la pensión habían quedado encorvados y enjutos por haberse arrastrado por las galerías de la mina empujando una vagoneta desde que

tenían quince años. Llevaban chaquetas y gorras grasientas. Cuando les estrechabas la mano, parecía la de un boxeador, áspera y almohadillada, hinchada por el trabajo. Tenían la mirada perdida y nublada de humores acuosos. Las mujeres, al menos las que trabajaban a cielo abierto, parecían tener algo más de ánimo, pero tampoco demasiado. Eran mujeres que, a partir de determinada edad, habían visto enfermar a sus maridos o venirse abajo y morir.

Era una vida miserable. Cerca de las minas vi a un pilluelo de diez años mendigando monedas. Había cartillas de racionamiento para aceite de cocina, mantequilla, vodka, carne, macarrones y panceta. Había cartillas, pero no siempre los artículos en sí. La principal tienda de ultramarinos próxima a las minas de Yagunovsko no tenía más que tomate en conserva, harina de avena y repollos podridos. La gente no pasaba hambre, pero no comía lo suficiente. Muchos me decían que sobrevivían a base de pan y macarrones. Las salchichas eran un manjar quincenal. Una mañana, el taxista que me llevaba dio un giro brusco y alocado y casi se estrelló contra un árbol. Se apartó a un lado de la carretera. Estaba desorientado y lo sabía. Se disculpó diciendo: «Llevo una temporada larga sin comer demasiado».

Las farmacias estaban vacías, a menos que se tuvieran en cuenta las botellas de sanguijuelas y los botes de aspirinas. Una anciana llamada Irina Shatojina que trabajó bajo tierra como especialista en ventilación, me dijo que uno de sus amigos sufrió un pequeño infarto y no logró conseguir el medicamento que necesitaba. «Por eso ahora es un vegetal», dijo.

Si en la vida de los mineros había otros placeres más allá de la buena conversación y la familia, no los vi. El placer más evidente los mataba: por la mañana, los mineros jubilados hacían cola ante un camión de vodka y, segundos después de haber pagado la cuenta, vaciaban las botellas. Cuando no podían conseguirlo de verdad, elaboraban algún brebaje con cualquier

cosa, desde tónico para el cabello hasta guisantes enlatados. Vi a un borracho tirado en la calle bebiendo agua de un charco.

Por todas partes, el aire estaba cargado de gas. Alrededor de las minas, las hojas de los árboles estaban cubiertas de una capa de polvo gris. En Kemerovo había un estanque tan contaminado de residuos tóxicos que los trabajadores del Ayuntamiento se deshacían de los perros callejeros arrojándolos al agua. Al cabo de pocos días habían desaparecido hasta los huesos.

Las propias minas simulaban ser oficinas. Obstaculizando la vista de los ascensores y las bocaminas, siempre había un edificio de ladrillo donde los ingenieros y los administradores tenían sus cubículos y los trabajadores tenían sus taquillas y duchas. Se vivía la ilusión de «ir a trabajar» en lugar de la de descender directamente al infierno.

Una tarde conocí a unos cuantos hombres en las oficinas de las minas de Yagunovsko y les pregunté dónde podía encontrar al director. Quería obtener autorización para bajar al pozo de la mina.

«¿Por qué quiere perder el tiempo con el director? —dijo uno de ellos—. Sencillamente le contará un montón de mierda y le dejará seguir. Venga con nosotros.»

Los mineros me llevaron a la sala de taquillas. Me quedé en ropa interior y me dieron un equipo de trabajo completo. Sin la menor burla ni condescendencia, me enseñaron a envolverme los pies con vendas largas y blancas y a ponerme unas botas de caucho negro. Los trajes de los mineros estaban hechos de un grueso tejido ignífugo, un lienzo basto, y resultaban curiosamente ligeros; había guantes de goma gruesos que te hacían sudar las manos, un casco de plástico, una botella de oxígeno para emergencias y una linterna de repuesto. Los mineros se embutían en sus trajes con

facilidad; habían pasado la mayor parte de las horas que habían estado despiertos vestidos así y bajo tierra, desde que eran adolescentes.

Descendimos ruidosamente un tramo de escaleras y fuimos hacia los ascensores de la mina número 6. La puerta de hierro se cerró con estruendo y, apretados hombro con hombro, iniciamos un descenso de cuatrocientos metros por el interior de la tierra siberiana. Treinta mineros vestidos con monos grasientos se miraban primero las botas, y luego las abolladuras del techo. Irritables, todavía medio dormidos, arrastraban los pies y se agitaban. Tardamos un rato en llegar a donde estaba el carbón. Los haces de luz de los cascos escudriñaban nerviosamente la oscuridad. No se hablaba, solo se tosía y se oían algunos bostezos prolongados. El ascensor descendía cada vez más y me dolían los oídos, hasta que me pitaron. Las paredes de hierro repiqueteaban contra el hueco de la mina. Por fin, llegamos al fondo y la puerta se abrió a un laberinto de corredores de piedra tenebrosos. Una bofetada de aire frío procedente de los ventiladores nos golpeó en la cara. Era el aire más fresco que había respirado desde que llegué a Siberia.

«A veces, esta ciudad apesta tanto que el aire de aquí abajo es mejor que el de arriba», dijo Leonid Kalnikov. Tenía la cara negra antes incluso de que hubiera empezado la jornada de trabajo, y supuse que la mía también lo estaba. Mientras caminábamos por un largo túnel, Kalnikov dijo que tenía sesenta años y que seguía trabajando porque su familia no podría sobrevivir con la pensión. No le quedaba más remedio. No tenía ilusiones; «seguramente me caeré muerto aquí uno de estos días», decía sin autocompasión. Cuarenta años antes había sido un hombre joven y musculoso, y había contribuido a construir este pozo cavando hasta atravesar la roca y poniendo puntales de acero. «Ahora casi todo el carbón se ha acabado —dijo—. Quedan algunos años, pero la mina está casi

muerta. No soy tan impaciente como para querer quedarme hasta que salga la última mena. Pero tal vez no me quede otra alternativa.»

Durante la huelga se había descuidado la mina. El laberinto de galerías, túneles y pasadizos se había inundado de agua, lo que dificultaba aún más caminar. Mientras avanzábamos por la galería principal, el agua empezó a llegarnos hasta las pantorrillas. El suelo era fangoso como el lecho de un estanque y, al cabo de unos minutos, se me llenaron las botas de pedazos de carbón, tan afilados que empezaron a rebanarme los tobillos y a producirme ampollas en las plantas de los pies. Ningún minero dijo una palabra al respecto. Durante el trayecto nos cruzamos con otros hombres, muchos de ellos de más de cincuenta y sesenta años de edad, embutidos en grietas y fisuras de apenas medio metro de altura. Estaban tumbados boca arriba o realizando alguna otra contorsión, picando la veta de carbón o reparando algún elemento de la estructura de sustentación. Cuando abrían la boca les entraba carbonilla dentro. Quienes llevaban trabajando una hora o más estaban absolutamente tiznados y lo único que se les veía en la penumbra era la linterna, los ojos y los dientes. Me asomé a un rincón y vi a tres mineros, unas figuras tenebrosas entre las sombras, que no se movían ni hablaban. Estaban cumpliendo el descanso de diez minutos.

Después de una larga caminata, no sabría decir qué distancia recorrimos, llegamos a una vagoneta diminuta, un artilugio de acero que se desplaza sobre unos raíles a través de las galerías de la mina. El «metro» nos llevó por la mina otros seis kilómetros más allá, traqueteando y bamboleándose por algo parecido a la Séptima Avenida de Nueva York del lugar. «Es casi la última oportunidad que tenemos para relajarnos en todo el día», dijo uno de los mineros mientras se desplomaba en su asiento y echaba una cabezadita. Durmió ruidosamente y, luego, se despertó con un respingo cuando el encargado de los frenos puso fin a la ensoñación.

Una vez comenzado el trabajo no es posible relajarse. Hacerlo, bajar la guardia, podría significar un accidente espantoso, una explosión o un derrumbamiento. Los mineros vivían con ese temor continuamente. Todos los años morían unos cuantos hombres en todas las minas a causa de accidentes «menores», esos de los que nunca se informa en las noticias, los que no son espectaculares. Era el mes de noviembre cuando se produjo la última explosión en la mina. Vladimir Gaponyuk, que había pasado veinticuatro años «bajo tierra», me dijo que recordaba el extraño ruido sordo que produjo. «Se parecía mucho al silencio, pero sabías exactamente lo que había pasado.» Alguien infringió una norma de seguridad, un torrente de metano entró en contacto con una chispa y, al final, murieron aplastados cuatro mineros. «Sufrimos accidentes similares sin parar —decía Gaponyuk—. Perdemos a un par cada año.» Fuera de la galería de la mina había dos carteles: ¡VIVA LA LABOR DEL XXVII CONGRESO DEL PARTIDO y NECESITAMOS TU ESFUERZO, PERO LO QUE MÁS NECESITAMOS ES QUE VIVAS.

Valentina Alisovna, perteneciente al comité del Partido de la mina, fue una de mis guías. Me observaba escuchar y recoger por escrito la abrumadora e interminable letanía de quejas: las durísimas condiciones de trabajo, el riesgo, la insatisfacción ante una vida sin propósito aparente. Fuera o no dirigente del Partido, parecía avergonzada y, en cierto momento, se le inundaron los ojos de lágrimas. «Lamento decir que vivimos como cerdos, pero es verdad —afirmó—. La mina es obsoleta. Cuando volvemos a casa no tenemos electricidad. Nos cae agua por todas partes. No soy capitalista, pero es evidente que este sistema no ha hecho nada por nosotros.» Todos los mineros escuchaban y asentían. El comentario de Alisovna quedó suspendido en el aire húmedo y frío. Yo creía que aquello no había sido una huelga política. Eso es lo que me habían dicho. Nadie

decía nada, y nos arrodillamos para arrastrarnos por otro túnel. El aire del ventilador silbaba entre la roca.

Por la tarde, mientras otras cuadrillas de mineros trataban de limpiar las galerías de agua y barro para volver a poner en marcha la extracción, el comité de huelga de Yagunovsko se reunió en una cabaña de madera donde se encontraba la oficina del comité del Partido Comunista. Los comités de huelga de todo el país se habían convertido en el núcleo del poder político en las minas. El Partido y los sindicatos oficiales estaban condenados. Seis hombres y Valentina Alisovna se sentaron en torno a una mesa en la que el inevitable retrato de Lenin los contemplaba desde lo alto. Un cartel colgado en la pared rezaba: EL PARTIDO ES LA MENTE, EL HONOR Y LA CONCIENCIA DE NUESTRA ÉPOCA. Todo el mundo estaba nervioso. Tenían la sensación de que toda la Unión Soviética y el resto del mundo habían visto las imágenes de las minas de Siberia, Ucrania y otros lugares, pero el comité de huelga no tenía la menor idea de lo que sucedería después. Su voz no transmitía ninguna complacencia, sino tan solo la sospecha de que estaban a punto de ser traicionados, la convicción de que había más huelgas, de que quedaban muchos problemas por delante.

—Verá —dijo uno de ellos—, pasará mucho tiempo antes de que tengamos en el bolsillo algún dinero gracias a esta huelga. Debemos estar atentos.

Las palabras resonaron por la sala y fueron adquiriendo cada vez mayor premura e indignación.

—Nadie presta ninguna atención al hecho de que esta mina es la peor de toda la región de Kemerovo. Está agotada. Hay dos pueblos que alimentar y

vamos a quedarnos sin carbón en pocos años. A algunas minas no les queda ya nada en absoluto.

—Tenemos que hablar del trabajo redundante. El 60 por ciento de nosotros trabaja y el otro 40 por ciento se pasa el día sin hacer nada, «supervisando» o fumando arriba.

—No es verdad. La gente se está dejando el espinazo aquí abajo.

—Nos hace falta un frente unido. Evidentemente, nuestro sindicato no sirve para nada. Y no podemos alzarnos solos, no somos más que un pequeño comité. Los mineros tenemos que unirnos, fundar un auténtico sindicato o algo así.

—El Politburó no puede hacerlo todo por nosotros. La *perestroika* tiene que avanzar más rápido. Tal vez tengamos que cambiar los neumáticos.

—Ha llegado el momento de deshacerse de los jefes. No los necesitamos.

—Tenemos que responder dos preguntas sencillas: de qué vamos a vivir y qué hacemos ahora.

La reunión duró una hora.

Luego paseé con el jefe de turno de la mina número 6, Anatoly Shcheglov, un hombre muy corpulento con una sonrisa repleta de dientes de oro. Había empezado la jornada a las seis menos cuarto de la mañana. Se despertó en su isba, una cabaña de troncos situada a tres kilómetros de la mina, y echó un vistazo al *Kuzbass*, el diario matutino, en busca de más noticias sobre las minas que todavía seguían en huelga. Su domicilio estaba en el número 2 de la avenida del Segundo Plan. Shcheglov dijo que en verano era más fácil salir de la cama. El sol ya estaba alto. «Al menos, se puede salir sin que te llegue la nieve a la cintura y de noche», afirmó.

Por entonces el huerto que cultivaba delante de la puerta estaba

exuberante, verde de albahaca y pepino. Shcheglov decía que comía mucho pepino, «crudo o en vinagre, no hay mucho más». Abrió el frigorífico, un trasto viejo y achaparrado que zumbaba, y buscó algo para cenar. Estaba lleno de la comida que tenía la suerte de poseer: una ristra de salchichas grisáceas, unos cuantos huevos, un repollo, un trozo de carne de cerdo del que, al menos, tres cuartas partes eran grasa, y media botella de vodka. Era afortunado porque las tiendas estaban casi vacías. Cerca, en el Almacén de Frutas y Verduras número 6, al que se consideraba el mejor de la ciudad, Anatoly fue a buscar algo más para comer. Los artículos disponibles eran los siguientes: repollos medio parduscos, tomates pasados, envases de zumo de tomate y sardinas, sal y botes de repollo encurtido. Y en la tienda de «artículos» estatales de la calle Johann Sebastian Bach había más repollos medio parduscos, más tomates pasados, eperlanos, cinco pollos pálidos, paneras de pan blanco y sacos de maíz seco. Allí se decía que para conseguir algo mejor necesitas *blat*, un «enchufe». El único modo de conseguir algo mejor era negociar, intercambiar una botella de algún brebaje casero por una bolsa de zanahorias decentes, o una pieza de coche por un trozo de carne.

«El único método alternativo consiste en comprar en el mercado privado —dijo Anatoly—, y los precios son prohibitivos para todo aquel que no sea un pez gordo del Partido, la gente que tiene las dachas carretera abajo.»

A casi un kilómetro de donde vivía Shcheglov había un campo de prisioneros, la Prisión 1648-043. A diario, los convictos (ladrones, violadores y asesinos) eran transportados en vagonetas desde sus celdas a la «zona», el campo de trabajo, y viceversa. Los habitantes de la ciudad despreciaban la prisión, sobre todo porque cuando se ponía en libertad a los convictos, según decían, aceptaban un empleo en las minas y fábricas cercanas y muchos de ellos volvían a delinquir. «Pero no estoy tan seguro

de que sea malo —decía Shcheglov—. En nuestra mina hay tres tipos de esos que fueron presos. Uno de ellos apuñaló a su esposa en el vientre. Otro golpeó a alguien en la cabeza; creo que lo mató. Y la esposa del tercero estuvo implicada en alguna clase de escándalo y él la mató a palos. Pero cumplieron la condena. Trabajan perfectamente.»

Durante los años de Stalin, el padre de Shcheglov fue recluido diez años en un campo de trabajos forzosos sin haber cometido delito alguno. Anatoly recordaba el día en que murió Stalin y como todo el mundo, incluso quienes tenían padres y amigos en los campos, lloraron como si el mundo se hubiera acabado. «Fue en marzo de 1953. Yo era un joven pionero y siempre llevábamos esas bufandas naranjas. Nos las cambiaron por otras negras. Y cuando los profesores empezaron a llorar, nosotros también. Los niños siempre imitan las emociones de sus padres.»

Shcheglov no era en modo alguno un radical. Se enteró de la noticia de que los mineros de Vorkuta, en el norte de Rusia, seguían en huelga y exigían el fin del mandato constitucional del Partido. «No estoy seguro de que eso esté bien», dijo. Era un hombre confiado que solo manifestó un minúsculo grado de ironía cuando le pregunté por los efectos que la carbonilla había tenido en él después de trabajar tanto tiempo en los pozos. «¿Mis pulmones? —preguntó, aspirando una larga bocanada de una colilla —. Los médicos siempre nos dicen que tenemos los pulmones bien. Nos hacen un chequeo anual. ¿Por qué no iba a confiar en los médicos? Si no se puede confiar en ellos, ¿en quién si no?»

Durante años, su sueño había sido muy sencillo: dejar de trabajar a los cincuenta años más o menos, cobrar la pensión y mudarse a las afueras de la ciudad, a la taiga, el inmenso bosque siberiano. Lo que esperaba él de la huelga, según dijo, era simplemente tener la oportunidad de vivir «decentemente», de tener una pastilla de jabón o pasta de dientes cuando lo

necesitara, de comer un trozo de carne al que se pudiera calificar de tal, de llevar un par de zapatos que le duraran seis meses y de tener alguna posibilidad de obtener algún beneficio si, gracias a un milagro, su brigada lograba arrancar de la mina número 6 algo más de carbón. Y luego, cuando llegara el momento, se trasladaría al bosque, donde había buena pesca, el aire estaba limpio y se vivía en la superficie. «Estoy acostumbrado a la oscuridad —afirmó—. Pero ya está bien.»

Los mineros de Siberia carecían de un líder claro, de un Lech Walesa. Los sindicatos eran una farsa. No cumplían la función de proteger a los trabajadores, sino la de asegurar su pasividad y obediencia al Partido. Ese había sido el proyecto de Lenin, que había calificado a los sindicatos al estilo occidental de «poco visionarios, egoístas, obcecados, mezquinos y pequeñoburgueses». En cambio, afirmó que bajo el socialismo los sindicatos serían «correas de transmisión» del Partido. Una de las primeras cosas que hicieron los mineros durante la huelga fue marginar a los líderes de los sindicatos y crear comités de huelga. Siguiendo el ejemplo de los mineros, trabajadores de todo tipo crearon «clubes de obreros» en los estados bálticos, en Bielorrusia, en Ucrania y en ciudades como Magnitogorsk, Sverdlovsk y Chelyabinsk.

Pero no había un Lech Walesa. Es probable que Walesa fuera un fenómeno exclusivamente polaco, una figura capaz de unir a los trabajadores, al clero y a los intelectuales urbanos. Anatoly Malijin era lo más cercano a un Walesa dentro del movimiento de mineros soviéticos, pero, debido a lo extenso del país, su influencia la ejercía principalmente en el oeste de Siberia.

Malijin era un elocuente tunelador de Novo-Kuznetsk. Tenía el aspecto

musculoso, alicaído y fatigado de alguien que ha jugado demasiado al fútbol americano durante un año. Tenía poco más de treinta años y aparentaba diez más. El único pelo que le quedaba era una especie de tonsura de monje. Malijin decía que era «enemigo congénito del pueblo», una broma amarga. Su abuelo, un cosaco, fue arrestado en las purgas de 1937, y como hijo de un «enemigo del pueblo», su padre fue deportado a Siberia. La madre de Malijin, originaria de Ucrania, fue también deportada.

Malijin dijo que durante años había llevado la misma «existencia inconsciente» que su padre y que el resto de la gente que los rodeaba. Jamás se les pasó por la cabeza protestar, y mucho menos amotinarse. Los mineros eran siervos en un sistema patrimonial en que el amo era el Partido Comunista y sus instrumentos eran las escuelas, los sindicatos y los directores de mina. «Nuestro sistema y nuestra propaganda no dejaban que la gente se desarrollara como personas, que hiciera preguntas. Se nos educaba para que nada nos interesara —me contó Malijin—. No teníamos ni la más remota idea de cómo se administraba el Estado. Votábamos en las elecciones sin saber de qué se trataban. Nos decían: "Tú eres un pobre hombre, una porquería, ¿por qué deberías preocuparte? Haz simplemente lo que el jefe te diga". Ese era el principio que nos regía: "Yo soy el jefe y tú eres un idiota". Si uno trataba de protestar, incluso tímidamente, se le enviaba enseguida a trabajar al peor lugar. Era aplastado, humillado. Aún somos perros con tres tipos de collares: verde, amarillo y rojo. Son los colores de los pases para la mina, que nos pueden cambiar o arrebatar a la menor violación. Todos infringen las reglas en alguna oportunidad —es la única manera en que se puede trabajar con los equipos que tenemos—, de modo que si uno no es del agrado de los jefes se valen de eso, y uno no puede volver a trabajar jamás. Aquellos que trataban de mantener su dignidad eran aplastados y expulsados.»

»Esta no es vida. No tenemos tiempo para divertirnos. No tenemos ropa decente. Se nos va la vida simplemente en alimentarnos y alimentar a nuestros hijos. El turno comienza a las seis de la mañana, de modo que hay que levantarse a las cuatro y media. Uno parte a la mina, trabaja ocho horas bajo tierra y la vida se le va en trabajar. Cuando uno vuelve a su casa está tan exhausto que simplemente se derrumba. Durante los fines de semana hay tareas que hacer en la casa. Casi el único gusto que nos damos es un par de copas de cerveza por la mañana, después de completar el turno de noche. Eso es todo. Y entonces uno se jubila, si aún no ha muerto en un accidente. Pocos años después a uno se le revientan los pulmones o se le para el corazón. Y adiós. Uno está muerto.»

En los meses siguientes visité minas de Ucrania, Sajalin y Kazajstán. Cuando resultó evidente que Moscú no cumpliría —o no podía cumplir— el acuerdo económico, oí a cada vez más mineros hablar de una huelga política. Ya no creían en el sistema. Pero ya había oído exactamente lo mismo la tarde anterior a mi regreso a Moscú desde Kemerovo. Otro de los trabajadores de la mina número 6, Ivan Narashev, me invitó a su casa. Su choza, ubicada en el número 6 de la calle Krupskaya, era pequeña y sencilla. Apenas podía controlar su rabia. Había votado en contra de volver al trabajo. «Deberíamos haber aguantado hasta ver el dinero sobre la mesa —dijo—. Debimos habernos comportado como todos y haber esperado hasta que consiguiéramos exactamente lo que deseábamos.» Inclinado hacia delante en su silla de pino, Narashev afirmó que los «peces gordos» del Partido estaban tratando de acabar con la huelga con «palabras bonitas y no con hechos». Recordaba haber estado una tarde en la plaza de Kemerovo,

en el momento más álgido de las reuniones para la huelga general, y haber visto al jefe local del KGB, merodeando cerca del estrado de los oradores.

«Verás, tengo apenas treinta y siete años y estoy dispuesto a solicitar una jubilación anticipada —dijo—. Me ha saturado. Diez años bajo tierra es suficiente para mí. Me gustaría comprarme un automóvil, meter a mi esposa y mis hijos en él y largarme de aquí, irme a alguna parte donde el aire no nos queme los ojos. Debimos haber organizado estas huelgas años atrás. Hemos sido destruidos por el estalinismo y por los secuaces de Brezhnev. Ahora estamos preparados para un líder que no sea Gorbachov, una persona como Boris Yeltsin. Yeltsin es un hombre de hechos concretos. ¿Cómo es posible que hasta ahora nuestros dirigentes se hayan comido toda la carne y nos hayan dejado solo los huesos para chupar? Tal vez todo sería distinto si Yeltsin ocupara el lugar de Gorbachov.»

Lo que más lo enfurecía era la sensación de que la huelga no sería la gloriosa victoria que todos en la mina número 6 auguraban, sino una humillación más, como las salchichas grises y la falta de electricidad. Todavía no era posible vislumbrar que la huelga de julio de 1989 representó el primer paso, y el más espectacular, en la creación de un nexo entre la rebelión de la *intelligentsia* en las ciudades y de los nacionalistas de las repúblicas, y el levantamiento político de los obreros a lo largo y ancho del país. «Piense un momento en este país —me dijo Ivan Narashev mientras la habitación se iba sumiendo en la oscuridad—. Nuestros dirigentes siempre nos han dividido, nos han aplastado. Es lo que están haciendo ahora y volverán a gobernar.»

15

Postales desde el imperio

Valentin Falin pertenecía a las altas esferas del Comité Central y estaba siempre dispuesto a servir al Partido. Pero este hombre fatigado se enfrentaba ahora a una misión imposible. Con revoluciones democráticas fraguándose en Europa oriental y evidencias de lo mismo en Lituania, Letonia y Estonia, se le había encargado presentarse ante la prensa y negar la existencia de un imperio soviético.

Hacía ya mucho que el Kremlin había renunciado a sus intentos de reinar en Europa oriental. «Tomamos esa decisión entre 1985 y 1986 —me dijo Yegor Ligachov—. Teníamos ante nosotros el ejemplo de Afganistán.» Esto no quiere decir que el Kremlin viera con satisfacción el triunfo de Solidaridad o de otros partidos no comunistas en Europa del Este. Los funcionarios del Kremlin simplemente se negaban a creer que los europeos del este se estuviesen rebelando por iniciativa propia. Ligachov me dijo que, de no haber sido por los «provocadores» occidentales, los europeos del este habrían elegido un «socialismo reformado» y no una democracia «burguesa». La jerarquía soviética esperaba para Europa oriental lo mismo que anhelaba para sí: la victoria del ala liberal del Partido Comunista. «Tengo confianza —dijo Gorbachov en una entrevista que otorgó a *The*

Washington Post en la primavera de 1988—, en que la gran mayoría del pueblo polaco desea seguir el camino que siguió el país tras la Segunda Guerra Mundial.» Pero independientemente de cuán defraudado estuviera el Partido Comunista con la revolución en Europa del Este, no podía permitirse el lujo de intervenir; no si deseaba el apoyo de Occidente para la reconstrucción de la economía soviética.

Sin embargo, Moscú tenía el firme propósito de no desmembrar la unión, el «imperio interno». La preservación de la URSS, había dicho repetidamente Gorbachov, era «un último bastión»; pero, en realidad, su estrategia se basaba en la amenaza de utilizar la fuerza y en el falaz argumento de que todas las repúblicas, incluidas las bálticas, se habían integrado a la Unión Soviética de manera plácida y voluntaria. A pesar de todas sus pretensiones democráticas, Gorbachov jamás consideró que la Unión Soviética fuese un imperio, un producto de las conquistas zarista y bolchevique; la consideraba más bien una «unión multinacional». Dicha unión se mantenía no solo sobre la base de lazos económicos, una historia común y vínculos matrimoniales, sino también por un inefable sentido de comunidad. Gorbachov se percibía a sí mismo como un unitarista soviético y a los partidarios de la independencia de las repúblicas, como nacionalistas retrógados condenados a perpetuar las luchas tribales. «Nosotros miramos al futuro y ustedes miran al pasado», les dijo a los lituanos.

Para preservar la unión, el Partido estaba incluso dispuesto a distorsionar los hechos históricos. Los líderes de los movimientos de independencia de los estados bálticos, respaldados por casi todos los historiadores occidentales de renombre, afirmaban que Letonia, Estonia y Lituania cayeron bajo la esfera de influencia soviética como resultado de un pacto secreto entre el Kremlin y los nazis. El pacto entre Molotov-Ribbentrop de agosto de 1939 dividió subrepticiamente a Europa en esferas de influencia

soviética y alemana. Uno de los acuerdos secretos otorgó a Moscú el control sobre Letonia, Estonia y parte de Polonia y Rumanía. Un segundo acuerdo, firmado un mes más tarde, otorgó al Kremlin el control sobre Lituania. En 1940, Stalin anexionó los estados bálticos a la unión y obligó a sus parlamentos títere a «solicitar admisión» en ella. Y ahora Valentin Falin, jefe del departamento internacional del Partido, se encontraba en el centro de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores diciéndonos que, incluso si hubo tales acuerdos, el asunto carecía de importancia. Que eso no tenía nada que ver con la «realidad actual». Las excusas de Falin habrían hecho ruborizar a un escolar. Era como si estuviera diciendo que el perro se había comido los acuerdos secretos del Pacto Molotov-Ribbentrop.

Al comenzar la *perestroika*, Gorbachov tenía al menos cierta noción del deterioro de la economía nacional y de la dificultad de crear políticas semidemocráticas en un Estado totalitario. Pero tanto él como sus colegas apenas tenían conciencia alguna del problema de las nacionalidades. En diciembre de 1986 Gorbachov destituyó al jefe del Partido en Kazajstán, Dinmujamed Kunayev, y lo reemplazó por un ruso, Gennadi Kolbin, sin imaginar siquiera que la gente de la república se opondría a su nombramiento. De hecho, las protestas que se produjeron en la capital de la república, Alma-Ata, forzaron a Gorbachov a sustituir a Kolbin por un oriundo de Kazajstán. Pero el incidente no impresionó demasiado al Kremlin. Para Gorbachov, incluso las protestas masivas en Armenia y Azerbaiyán a comienzos de 1988 eran un asunto de interés local, una insignificante disputa sobre Nagorno Karabaj que podía ser resuelta reemplazando a la jerarquía local del Partido. No percibió ninguna amenaza real. Después de todo, ¿acaso los manifestantes de Yereván no portaban retratos de Gorbachov?

Pero los bálticos se expresaron con mayor claridad; sus exigencias eran

más fáciles de discernir. Las primeras protestas estuvieron relacionadas con el medio ambiente, y luego con la necesidad de preservar las lenguas y culturas bálticas. Lentamente, los bálticos se volvieron más políticos, adquirieron mayor confianza en sí mismos. Hacia comienzos de 1989, los políticos más populares no eran comunistas, y en mayo, los parlamentos de Estonia, Letonia y Lituania declararon cada uno su soberanía. No estaba claro lo que significaba, o podía significar, el término «soberanía». Incluso los líderes de los principales grupos de oposición —Sajudis en Lituania y los frentes populares en Estonia y Letonia— plantearon el tema de la independencia total como un objetivo remoto; al hablar de independencia lo hacían en el tono expectante de un grupo de científicos que discuten la colonización de Marte. «No podemos dejarnos llevar por la ilusión», dijo Marju Lauristan, dirigente del Frente Popular de Estonia. Y Lauristan menos que nadie. Su padre había sido uno de los dirigentes comunistas de Estonia que acogió con los brazos abiertos la anexión de Stalin.

Al principio, el Kremlin no percibió una amenaza en las repúblicas bálticas. Eran, al fin y al cabo, un «caso especial»; estados minúsculos absorbidos por la Unión Soviética más de veinte años antes de la Revolución bolchevique. El temperamento desempeñaba también un papel importante. Los bálticos eran gente tranquila y medida, razonable. Sus protestas, comparadas con las enormes y bulliciosas marchas de Yereván, Bakú o Tiflis, eran tan pacíficas como una marcha para salvar a las ballenas. Los bálticos eran de alguna manera «más europeos» que el resto de la Unión Soviética, y Gorbachov incluso pensaba que su tradición de granjas y pequeñas empresas podía servir de saludable ejemplo para Rusia.

Pero el ejemplo báltico no fue un modelo para la revitalización de la URSS; constituyó más bien un modelo para su derrumbe. En los tres años que les costó obtener la independencia, los bálticos jamás usaron la

violencia, solo la obstinación. Fue ese mismo temperamento —la tranquila confianza de Sajarov a gran escala— lo que caracterizó su revolución. Ninguna de las otras repúblicas se organizó tan bien o pensó con tanta precisión y frialdad.

A primera vista, la idea de que Lituania se enfrentara a Moscú hacía pensar en un episodio de *El ratón que rugía*. Era demasiado absurdo como para darle crédito. Las oficinas centrales de Sajudis, un pequeño edificio cerca de la catedral católica de Vilnius, la capital de la república, estaban repletas de voluntarios emprendedores. Tenían un par de ordenadores, un fax, teléfonos vía satélite y hermosos carteles que mostraban a ciudadanos bálticos cogidos de las manos y cantando. Una tarde observé como una joven en sandalias que tarareaba una canción de Tracy Chapman enviaba comunicados de prensa por el télex a agencias de noticias de todo el mundo. Anunciaba una protesta en agosto para conmemorar el quincuagésimo aniversario del Pacto Molotov-Ribbentrop. Pensé en lo alegre que se la veía comparada con la imagen bolchevique tradicional de un «verdadero» revolucionario: barbudos sudados en el Smolny denunciando el «faccionalismo», Lenin hablando desde un automóvil blindado, el hedor de cigarrillos malos... Y, sin embargo, esa joven era maestra de todos ellos; desempeñaba un papel vital en la creación de un movimiento de masas que acabaría liberando a Lituania y que serviría de ejemplo para el resto de la Unión Soviética.

En sus apariciones públicas, los líderes de los frentes populares de las repúblicas bálticas mostraron una gran habilidad para hacerse eco de la propia retórica de Gorbachov y aplicar luego el principio a su situación. Cuando el Comité Central emitió un amenazante comunicado dirigido a los bálticos, los grupos del frente popular de la región emitieron a su vez un comunicado que recordaba al discurso de Gorbachov ante las Naciones

Unidas. «Hace ya mucho que quedó atrás la época en que la fuerza militar podía resolverlo todo. Los tanques no constituyen tan solo un argumento inmoral, sino que ya no son omnipotentes. Lo principal es que un viraje de esta índole situaría a la Unión Soviética, de una vez y para siempre, en la categoría de los estados totalitarios más retrógados.» Los pueblos de Letonia, Estonia y Lituania eran plenamente conscientes de que, para Moscú, el precio de la violencia podía ser mucho mayor de lo que había sido en 1956 o 1968; esta vez Moscú no ocultaba que necesitaba la ayuda de Occidente para sobrevivir. Un imperio en bancarrota se vería forzado a reducirse. Dicha ecuación les daba confianza a los bálticos, confianza que se desvanecía solo cuando los gobiernos de Occidente se mostraban débiles o lentos en su apoyo. «¿Cómo puede haber una "amenaza" de tanques, cuando ha habido tanques soviéticos en los estados bálticos durante cincuenta años? —dijo Trivimi Velliste, presidente de la Sociedad del Patrimonio Estonio—. Los tanques no les servirán de ayuda, ni siquiera si los trasladan a las calles de nuestras ciudades. Lo único que harán será causar problemas a nuestros trabajadores encargados de reparar las carreteras. La India utilizó la resistencia pasiva y logró finalmente la independencia. En cuanto a ese tipo de estrategia podemos aprender mucho de la India.»

En Lituania sobre todo, era posible apreciar esta estrategia con gran claridad. Según el dicho, los estonios eran el cerebro del movimiento; los letones, la columna organizativa y los lituanos, el corazón, la fuerza moral. El líder principal de Sajudis, y más tarde presidente de la república, era Vytautas Landsbergis, un hombre de una autoconfianza y probidad casi irritantes, y un académico temperamental que enloqueció a Gorbachov e incluso a George Bush con su desdén por el «juego político» y su negativa a transigir en el plano moral. Musicólogo del conservatorio de Vilnius,

Landsbergis no era menos pedante que el mismo Gorbachov. Cuando el Parlamento lituano —en lo que pareció un momento de fantasía— abordó el tema de un himno nacional, Landsbergis se enfrascó en un largo discurso acerca de que la canción no podía cantarse, como era tradicional, en fa sostenido. «Nadie puede cantar tan alto», dijo, y luego se lanzó a una larga disquisición.

Como muchos otros intelectuales de los estados bálticos, Landsbergis no había llevado la peligrosa vida de un disidente político. Pero, a diferencia de los intelectuales de Moscú que trabajaban en el interior del Partido y veían su reforma como el único camino para alcanzar un cambio, Landsbergis se mantuvo distante del oficialismo. En los años que precedieron a Gorbachov, consideraba que la única acción política posible era la preservación de la cultura lituana. «Si podíamos mantener vivas la lengua, nuestra religión y la cultura, todo aquello que Moscú trataba de aniquilar, entonces teníamos una oportunidad», dijo. La disidencia cultural de Landsbergis era un asunto de familia. Su abuelo materno, Jonas Jablonskis, fue un lingüista que luchó por la supremacía de la lengua lituana después de que fuera prohibida por el zar; su abuelo paterno, Gagrielus Landsbergis, fue arrestado y deportado por el gobierno zarista por escribir para un periódico clandestino, y su padre, Vytautas Landsbergis, fue un arquitecto durante la independencia de Lituania que participó en la resistencia contra la ocupación nazi. En los «años de estancamiento» durante el régimen de Brezhnev, el propio Landsbergis trató de preservar la cultura lituana estudiando la música del compositor Mikalojus Ciurlionis.

Al presentarse la oportunidad política en 1989, Sajudis y Landsbergis lideraron una revolución cultural, un resurgimiento de la memoria histórica. Me encontraba en Vilnius para presenciar un acto político que se convertiría, en los años siguientes, en el símbolo máximo del retorno de la

historia. Vi a miembros de Sajudis arrancar, tras una votación en el Parlamento, los letreros que ponían «Calle Lenin» de la vía principal de Vilnius, para reemplazarlos por otros que ponían «Calle Gediminais», en homenaje a uno de los grandes duques de la historia lituana. El nombre de la carretera entre Vilnius y Kaunas fue cambiado de avenida del Ejército Rojo a avenida del Voluntario, en conmemoración de los voluntarios que pelearon por la independencia de Lituania en 1918. Los domingos por la mañana, la televisión lituana retransmitía una misa católica en un nuevo programa, *La gloria de Cristo*. Los jóvenes abandonaron el Komsomol y los Jóvenes Pioneros. El Partido Comunista de Lituania incluso celebraba sus sesiones en lituano, un gran distanciamiento respecto a aquellos días en que las sesiones se efectuaban en un ruso a menudo torpe, la «lengua soviética».

Los visitantes occidentales, aún impregnados de «gorbimanía», iban cada vez con mayor frecuencia a Vilnius con la esperanza de poder zanjar las diferencias entre el Kremlin y Sajudis. Sin importarle cuán distinguido fuera el visitante, Landsbergis agradecía tales intentos con una aburrida condescendencia. «Somos un país ocupado —me dijo una vez—. Simular que estamos agradecidos por un poco de democracia, llamar a una suerte de plebiscito para probar nuestro compromiso con la independencia, hablar con Gorbachov como si no se tratara de un líder extranjero, es vivir una mentira ... Es muy simple. Somos un país ocupado. Solo ahora podemos decirlo, evidentemente, pero jamás nos hemos considerado una parte auténtica de la Unión Soviética. Eso es algo que Gorbachov no comprende del todo. Nos gusta su *perestroika*, pero es hora de que sigamos nuestro propio camino.»

En la práctica, la estrategia de las repúblicas bálticas era atrozmente sencilla. Decían la verdad y luego presionaban al Kremlin para que fuera

consecuente con su propia retórica moralista. Tal como lo hiciera Gorbachov, las repúblicas bálticas definían su rumbo aclarando primero los hechos históricos. Los acuerdos secretos del Pacto Molotov-Ribbentrop dejaban claro que los estados bálticos habían sido ocupados como parte de una negociación geopolítica con los nazis. El segundo paso era un asunto de lógica: si la ocupación de 1939 había sido ilegal, entonces seguía siéndolo; por lo tanto, los estados bálticos solo necesitaban reafirmar su independencia. Una vez establecida ya esta lógica de la revolución, los demás líderes de la región siguieron la estrategia de Landsbergis y se referían a Moscú como un Estado extranjero. Casi todos los representantes bálticos en el Parlamento soviético se declararon de pronto «observadores interesados» en lugar de diputados. Jugaron también una suerte de juego moral con Gorbachov al insistir en su bondad, en su carácter distintivo. «En los estados bálticos vemos en Gorbachov al "buen zar" y tratamos de simular que el "zar no sabe", que sus ministros hacen de las suyas —dijo Andres Raid, periodista de televisión de Tallinn—. En cierto modo se trata de un juego político en que utilizamos el nombre de Gorbachov. Él representa un ancla para nosotros, un escudo, un refugio. Está claro que no coincidimos en muchos puntos, pero tratamos de ignorarlos en lo posible. No hay nadie más que se preocupe por nosotros en la jerarquía política. A nadie más podemos acudir en busca de ayuda.»

Los bálticos estaban decididos a demostrar que eran más fuertes que el Kremlin, que su certeza moral los llevaría a la victoria o a la aniquilación. Tal vez fuera eso lo que les otorgaba su confianza. Y lo que los diferenciaba del resto de la Unión Soviética era que los lituanos, los estonios y los letones tenían, y recordaban, un pasado de independencia al menos intermitente. Los lituanos, por ejemplo, habían estado bajo dominación danesa, teutona, sueca, rusa y nazi, pero con períodos de libertad, el más

reciente entre 1918 y 1940. En el período de dominación más reciente, bajo la Unión Soviética, Stalin deportó a cientos de miles de lituanos a Siberia y los «reemplazó» por trabajadores rusos. Pero ahora los líderes bálticos no estaban dispuestos a aceptar una situación intermedia, ya que sería acceder a una continuación de la ocupación. Y tenían razón. El Kremlin poco a poco se fue dando por vencido. El 23 de julio, en su calidad de presidente de un comité de investigación legislativo, Alexander Yakovlev reconoció lo obvio: los acuerdos secretos habían existido. A Landsbergis la situación no dejó de causarle cierta gracia. «Esta revelación ha causado un tremendo impacto en el país», declaró. Una vez más la historia había regresado.

Pocos meses después del anuncio de Yakovlev, tuve la oportunidad de atisbar la peor pesadilla de quienes habían soñado alguna vez con una Unión Soviética imperecedera.

A comienzos de octubre de 1989, Gorbachov visitó Berlín para participar en la celebración del aniversario del Estado germano oriental. Miles de alemanes orientales cruzaban la frontera para escapar hacia Alemania Occidental, Hungría, Checoslovaquia y Austria. Pero el líder de Alemania Oriental, Erich Honecker, era tan obstinado como todos los dictadores de Europa del Este; era el tipo de tirano que podía comenzar un discurso con: «Si yo muero...». Tenía toda la intención de sobrevivir a Gorbachov y a la presión a favor de un cambio. Para hacerse entender, Honecker orquestó una gran ceremonia de Estado en presencia de Gorbachov: un día de discursos en el palacio de gobierno, un desfile militar a paso lento y fuegos artificiales. Una noche, decenas de miles de miembros de las juventudes del Partido marcharon a través de las calles de Berlín portando antorchas y cantando canciones socialistas. (A las pocas semanas estarían cruzando el

muro de Berlín para comprar carne y cantando alabanzas a los dioses Nike y Reebok.)

La visita de Gorbachov a Berlín fue uno de sus momentos más gloriosos, el tipo de sutil evento diplomático para el que estaba especialmente dotado. Un año después, cuando en Moscú fue necesario hacer gala de una gran entereza, cuando la política democrática exigió poner fin a las manipulaciones de trastienda, Gorbachov vaciló y se equivocó. Boris Yeltsin llenó el vacío. Pero para la presente ocasión Gorbachov era el hombre indicado. En público actuó con diplomacia, siguiendo la línea de la cúpula dirigente de Alemania Oriental. En sus propios discursos y comentarios jamás mostró diferencias con su anfitrión. Besó con ganas a Herr Honecker en los labios. Pero en el fondo ese fue el beso de despedida. En privado dejó claramente entrever que, si la cúpula dirigente no iniciaba sus propias reformas, terminaría derrotada y difunta. Para la ocasión, Gorbachov esgrimió uno de sus aforismos favoritos: «La vida se encarga de castigar a aquellos que no actúan a tiempo». Lo repitió allí a donde iba y su portavoz tuvo buen cuidado de destacar estas palabras en una rueda de prensa.

Palabras de esta índole pueden encender la chispa de una revolución. Como dijera el cantautor y disidente germano oriental Wolf Bierman sobre la frase de Gorbachov: «El lugar común más manido, dicho en el momento adecuado, se convierte en un hechizo mágico». Fueron muchos los factores que condujeron al colapso del régimen de Alemania Oriental —la actuación a lo largo de la frontera, disensiones en el seno del Politburó, el surgimiento de grupos opositores—, pero la observación de Gorbachov le permitió a la gente conocer la postura del Kremlin, centro del imperio. A las pocas horas de su regreso a Moscú estalló un violento enfrentamiento entre manifestantes que vociferaban «Freiheit! Freiheit!» y la Stasi en la

Alexanderplatz. Según informaciones radiofónicas, las protestas eran mucho mayores en Leipzig. Puede que Erich Honecker no prestara mucha atención a las palabras de Gorbachov, pero el pueblo de Alemania Oriental sí lo hizo. El 9 de noviembre, justo un mes después de la visita de Gorbachov, cayó el muro de Berlín.

Vivir en cualquier punto entre Bonn y Moscú en 1989 era ser testigo de una fantasía política de un año de duración. Se tenía la impresión de poder deambular por la historia mientras se iba al banco o se paseaba a orillas del mar. Esther y yo habíamos comprado pasajes para viajar a Praga durante la semana de Acción de Gracias, pensando que tendríamos tiempo de ver la ciudad, visitar a algunos amigos y relajarnos. Hubo poca oportunidad de hacerlo. El día en que llegamos dejamos nuestras maletas en el hotel y luego caminamos hacia la plaza Wenceslao, donde había una manifestación de no menos de doscientas mil personas exigiendo el fin del régimen comunista. Un par de días después, en una manifestación aún más grande, observé desde mi ventana como, a un metro y medio de distancia, Alexander Dubcek anunciaba su regreso a Praga tras dos décadas de infamia.

El regreso de Dubcek era en sí un hecho bastante asombroso —Dubcek era la personificación de la Primavera de Praga de 1968—, pero más asombroso aún resultaba el hecho de que el hombre pareciera anticuado. Las multitudes rugieron cuando apareció en el balcón, pero, al oírlo, el entusiasmo se apagó rápidamente. El suyo era todavía el viejo sueño del «socialismo con rostro humano». Las decenas de miles de estudiantes que dirigieron la revolución de 1989, que irrumpieron en las fábricas y sacaron a los obreros para que se les unieran en las plazas de la ciudad, veían en él a

un abuelo bienintencionado, pero levemente fuera de lugar. Dubcek sonaba como si se hubiese quedado detenido en el tiempo desde el momento en que fuera arrestado por las autoridades soviéticas en 1968. Su lenguaje era aún rígido y sus cadencias, metronómicas. Como los artículos de Len Karpinsky, el discurso de Dubcek no podía escapar al hábito del eufemismo, a la pomposidad y al cliché tan propio del Partido Comunista. Ese día, cuando terminó su discurso en la plaza Wenceslao, el aplauso fue tan solo un gesto de cortesía.

Con cada protesta, la voz de Václav Havel se volvía cada vez más ronca, pero sus expresiones de libertad y pasión trascendían el lenguaje muerto de los periódicos oficiales y de los comunicados del Partido. Era como si, a través de escribir y hablar clara y honestamente, Havel ayudara a mantener vivos los principios y el lenguaje que triunfarían inevitablemente sobre el régimen. Su oposición consistía en actuar fuera del sistema, en actuar honradamente. ¡Qué afortunados eran los checos de tener entre ellos una voz como esa! Havel no era menos héroe que Sajarov o Walesa, y su grandeza, como la de estos, provenía de la absoluta fe en sí mismo y en la rectitud de su causa.

En Praga leí una recopilación de cartas que Havel le enviara a su esposa, Olga, desde la prisión. Estaban llenas de temas filosóficos, de la búsqueda abstracta de las razones de la existencia y la fe, pero me sentí igualmente conmovido ante su descripción de la rutina de la vida en prisión; sus lecturas de la biografía de Max Brod sobre Kafka y *Herzog* de Bellow; sus progresos en inglés y alemán; sus hemorroides; el placer de fumar dos cigarrillos al día e intensificar ese placer fumando frente a un espejo; sus razones para vivir, y sus razones para mantener viva la esperanza. Pero, por encima de todo, admiré su descripción de la manera insidiosa en que el

régimen de Praga (o el de Moscú o Pekín) había transformado el lenguaje en algo «ingrávido», distorsionándolo, pacificándolo y corrompiéndolo.

«Las palabras que no están respaldadas por la vida no tienen peso —escribió Havel—, lo que quiere decir que las palabras pueden ser silenciadas de dos maneras: ya sea dándoles un peso tal que nadie se atreva a pronunciarlas en voz alta, o bien quitándoles todo el peso y transformándolas en aire. En ambos casos el efecto final es el silencio: el silencio del hombre medio loco que constantemente escribe apelaciones a las autoridades mundiales mientras todos le dan la espalda, y el silencio del ciudadano orwelliano.»

Como hombre del teatro, durante las semanas que duró la revolución Havel dio sus ruedas de prensa sobre el escenario. El 24 de noviembre, después del discurso de Dubcek en la plaza, Havel y este último se presentaron ante la prensa en el teatro Linterna Mágica e incluso entablaron un debate sobre el socialismo. Dubcek se inclinaba por un socialismo «purificado», una vez depurado de las «deformaciones» socialistas. Un tema gorbachiano, familiar. Havel dijo que no podía ya hablar de «socialismo», que era una palabra, una idea, que había sido despojada de todo sentido. Al cabo de una hora de haberse iniciado este encuentro entre generaciones, el hermano de Havel subió al escenario, donde acababa de representarse la obra *Minotauro* de Dürrenmatt. Susurró algo al oído de Havel. Una radiante sonrisa iluminó el rostro de Havel, que interrumpió a Dubcek con gesto amable.

«El Politburó ha renunciado en pleno», anunció Havel.

De pronto hubo champán y copas por todas partes.

Havel y Dubcek se pusieron de pie y brindaron por una Checoslovaquia libre.

Telón.

En el epílogo, unas semanas más tarde, Havel hizo su aparición no sobre el escenario, sino en la televisión estatal. Era ahora el presidente de Checoslovaquia. «Ciudadanos —anunció—, ¡vuestro gobierno os ha sido devuelto!» No era teatro. Era la realidad.

En la Unión Soviética, los líderes de los movimientos a favor de la independencia de las repúblicas celebraban el fin del imperio externo. Salvo en Rumanía, donde la revolución terminó en un baño de sangre y en ambigüedad política, la liberación del este de Europa fue un proceso que se dio casi con fluidez. Pero los líderes de los movimientos a favor de la independencia tuvieron buen cuidado de no dejarse llevar por la idea de que su propia libertad estaba próxima. Las señales desde el Kremlin hacían pensar todo lo contrario. En *Sovetskaya Kultura*, Gennadi Gerasimov, astuto portavoz del Kremlin, escribió que Occidente observaba con «placer maligno» los movimientos independentistas de las repúblicas bálticas. Tales movimientos, señalaba de manera siniestra, «amenazan nuestras reformas y están provocando el uso de una "mano de hierro"».

A comienzos de 1990, tras haber terminado la oleada de revoluciones en Europa Oriental, Eric Foner, un historiador estadounidense, dirigió un seminario con sus estudiantes de historia de la Universidad Estatal de Moscú. Foner era especialista en la guerra civil de Estados Unidos y esa tarde, cuando asistí a su clase, discutía con sus alumnos los paralelismos entre Gorbachov y Lincoln, y sus esfuerzos por mantener cohesionada una unión. Durante un rato, Foner y sus estudiantes compararon a los dos líderes, pero los estudiantes pronto comenzaron a hablar acerca de cómo veían a su país en el plazo de un año. Todos predijeron un colapso y todos temían que el viejo régimen tratara de resistir hasta el final.

«La Unión Soviética es un gran imperio y no estamos frente a su desintegración —dijo Igor, un estudiante de Bielorrusia—. Suponiendo que a los treinta años todavía no haya muerto en una guerra civil, pienso que lo que quedará será Rusia, el territorio original. Eso es lo que le ocurrió al imperio romano, ¿no es así? Se vino abajo. Solo espero que ocurra sin prisas y de modo pacífico.»

«Siento temor —dijo Alexander Petrov, un estudiante ruso—. El Partido Comunista y el KGB todavía tienen el poder en sus manos. Pueden crear el caos si lo desean. Y si hay violencia dirán que tuvieron que hacerlo para preservar la paz.»

Sus miedos y sus visiones del futuro diferían, pero todos los estudiantes de Foner creían sin lugar a dudas que la Unión se derrumbaría. «El antiguo régimen no solo está obsoleto, está muerto.»

Mientras viajaba por la Unión Soviética, las opiniones respecto de cuándo y cómo había muerto el antiguo régimen diferían. Los uzbecos de Tashkent y Samarcanda me dijeron que la revelación entre 1988 y 1989 de cómo Moscú había convertido toda Asia central en una extensa plantación de algodón, destruyendo de paso el mar de Aral y casi toda otra área de la economía, había representado el punto de inflexión. Para los estados bálticos, el «descubrimiento» oficial de los acuerdos secretos del pacto nazi-soviético fue el momento decisivo. Pero fue en Ucrania donde encontré el evento más cohesionador, la metáfora absoluta para el fin del último imperio sobre la Tierra.

En un viaje a la ciudad de Lvov, en el oeste de Ucrania, en 1989, me reuní con pequeños grupos de nacionalistas que prometían que «algún día» su república de más de cincuenta millones de habitantes, la más grande

después de Rusia, lucharía por su independencia y que causaría un daño mucho mayor a la unión que el que pudieran causar los minúsculos estados bálticos. Conocían bien la historia. «Para nosotros —escribió Lenin alguna vez—, perder Ucrania sería perder nuestra cabeza.» Bogdan y Mijail Horyn, hermanos que habían permanecido largo tiempo en prisión por sus actividades a favor de la independencia antes de que Gorbachov asumiera el poder, afirmaron que, si bien una Ucrania postsoviética independiente podía parecer todavía algo muy lejano, el viejo régimen se había derrumbado, práctica y metafóricamente, a la 1.32 de la mañana del 26 de abril de 1986, momento en que se produjo el accidente nuclear de Chernobyl. Aquel devastador instante estuvo desde el comienzo envuelto en un halo místico. Semanas después del accidente, la gente se dio cuenta de que *Chernobyl* significa «ajenjo» y recordó las Revelaciones, 8,10-11: «Una gran estrella cayó del cielo, llameando como una antorcha; y cayó en un tercio de los ríos y los manantiales. El nombre de la estrella era Ajenjo; y un tercio de las aguas se convirtieron en ajenjo y los hombres morían en gran número pues estaba envenenada».

El accidente de Chernobyl encarnaba toda la maldición del sistema soviético: la decadencia y la arrogancia, la ignorancia premeditada y el autoengaño. Antes de partir a Chernobyl, concerté una cita con Anatoly Alexandrov, el físico que diseñó el modelo de reactor de Chernobyl. Alexandrov tenía más de noventa años, y era el decano de la ciencia soviética. Había sido director de la Academia de Ciencias y director del Instituto Kurchatov de Energía Nuclear. Durante la era de Brezhnev, Alexandrov había escrito que las plantas nucleares eran absolutamente seguras y que debían construirse tan cerca de los centros de población como fuera posible para resolver de este modo los problemas de calefacción durante el invierno.

El despacho de Alexandrov era más grande que cualquiera de los que hubiese visto antes, más grande incluso que la mayoría de los despachos palaciegos del Kremlin. Él y un grupo de sus principales asesores e ingenieros estaban sentados en semicírculo y hablaban del accidente. No, él no sentía remordimientos. Sí, el reactor estaba en perfecto estado y los informes sobre futuros accidentes eran absurdos. «Si había uno o dos defectos, ya estaban arreglados.» Y en cuanto a los informes de que cientos, si no miles de personas morirían con el paso de los años a causa de la radiactividad, Alexandrov levantó sus enormes y envejecidas manos y las agitó burlonamente. «Oh —dijo—, es una exageración tremenda. ¡No hay que preocuparse tanto!»

Aún hay muchas razones para preocuparse. La explosión de Chernobyl liberó una nube radiactiva diez veces más mortal que la radiación que siguió a la explosión de Hiroshima. Hubo niños en la región que absorbieron una radiación equivalente a mil rayos X para el tórax. Más de seiscientos mil trabajadores participaron en las faenas de limpieza, un trabajo mortal, y más de doscientas mil personas fueron evacuadas de la región, pero solo después de una demora de treinta y seis horas y tras absorber peligrosas cantidades de radiactividad. Hay miles de personas en Ucrania, Bielorrusia y otras repúblicas que ingieren alimentos sembrados en suelo radioactivo y que beben agua contaminada. En la granja colectiva Petrovsky de Narodichi, el director de la granja informó de que sesenta y cuatro animales habían nacido a lo largo de 1987 con serias malformaciones: vacas sin cabeza, extremidades, costillas u ojos, y cerdos con cráneos anormales. En 1988 las cifras continuaron aumentando. Solo recuerdan tres o cuatro casos como esos antes del accidente. *Noticias de Moscú* informó de que las lecturas de radiación en la zona indicaban niveles treinta veces superiores a lo normal, pero esos animales de las granjas

locales aún eran alimentados con forraje de campos contaminados. La gente de la región recibía del Estado treinta rublos al mes como subsidio; un dinero que la gente llamaba «bonificación para el ataúd». Las diferentes burocracias parecían no preocuparse por los peligros de la radiación o creer en ellos. Hacia 1990, más de ciento ochenta toneladas de carne contaminada fueron enviadas a Siberia y al norte de Rusia desde plantas procesadoras en Bryansk, donde las salchichas eran hechas de carne de cerdo y vacuno cuya radiación era diez veces más alta de lo normal.

«Chernobyl no era como el sistema comunista. Eran una y la misma cosa —dijo Yuri Shcherbak, un médico y periodista que dirigió la lucha en Ucrania para dar publicidad a los riesgos médicos y ecológicos del accidente—. El sistema se comió nuestros huesos tal como lo hizo la radiación, y el poder hizo todo lo que estuvo a su alcance por encubrirlo todo, para hacerlo desaparecer.»

Desde el momento en que los ingenieros en la sala de control del reactor n.º 4 de Chernobyl informaron acerca de un desastre de incalculable magnitud, sus superiores se negaron a actuar. Los principales burócratas de Chernobyl repitieron una y otra vez la misma ficción: que había ocurrido una «desgracia» pero nada tremendamente grave, que el reactor no había resultado destruido. Hicieron llegar rápidamente esa ficción a los dirigentes de Moscú. Al día siguiente, la gente de Chernobyl, Pripyat y los pueblos vecinos realizaron los actos cotidianos bajo una nube radiactiva. Los niños jugaron al fútbol en medio del polvo radiactivo. Hubo dieciséis bodas al aire libre auspiciadas por la Liga de Jóvenes Comunistas. Varios ancianos pescaron en aguas contaminadas y luego comieron ese pescado. Cuando sus ingenieros le informaron de que el nivel de radiación en la planta era un millón de veces superior a lo normal, Viktor Bryuchanov, el director de la planta, dijo que estaba claro que el medidor no funcionaba y que había que

desecharlo. Durante más de un día, Boris Shcherbina, un viceprimer ministro, rechazó toda sugerencia de una evacuación masiva. «El pánico es peor que la radiación», dijo. El mundo se enteró de la gravedad del accidente solo cuando científicos escandinavos informaron acerca de los acusados incrementos de los niveles de radiación. Aun cuando se encontraban evacuando a sus propias familias, los funcionarios del Partido Comunista ucraniano insistieron en efectuar el desfile anual del Primero de Mayo; los niños de Kiev levantaron polvo radiactivo para celebrar las victorias del socialismo. Tras largas obstrucciones en el Politburó y un estricto control de la información sobre el desastre, Gorbachov apareció en la televisión para hablar de Chernobyl exactamente dieciséis días después del accidente, y gran parte de su intervención la dedicó a denunciar a la prensa occidental.

«Mientras el reactor se incendiaba —escribió Grigori Medvedev, un ingeniero que había trabajado en Chernobyl— se quemaba el grafito, lanzando al cielo millones de curios de radiactividad. Sin embargo, el reactor no fue lo único que explotó. Un tumor, escondido por mucho tiempo en nuestra sociedad, acababa de reventar: el tumor de la complacencia y de la autoadulación, de la corrupción y del proteccionismo, de la estrechez de miras y del privilegio autoprotector. Ahora, mientras se descomponía el cadáver de una era pasada —la era de la mentira y de la decadencia espiritual—, el aire se llenaba de la pestilencia de su radiación.»

Con posterioridad al accidente, el viceprimer ministro Shcherbina firmó un decreto de carácter secreto, aplicable entre 1988 y 1991, en que se prohibía a los médicos soviéticos especificar la radiación como causa de muerte. El mismo Shcherbina, quien estuvo expuesto a altas dosis de radiación, murió en 1990. En el certificado de defunción se consignó «no especificada».

Una mañana, en Kiev, un funcionario de Spetsatom, una de las burocracias de limpieza, me pasó a buscar en un furgón y nos dirigimos al norte de Chernobyl. Ya me había tocado visitar ciudades «detenidas en el tiempo»: La Habana, con sus hoteles de la era de Batista desmoronándose, o Rangún, con sus relojes detenidos, sus coches ingleses remozados y su platería inglesa oxidada en el hotel Strand en el centro de la ciudad. Generalmente, lo que uno veía era un colonialismo decadente aparejado con la pobreza del régimen local. Chernobyl era otra cosa, una especie de despojo del sistema soviético, una horrible metáfora para la era que comenzó con la revolución de 1917 y que ahora tocaba a su fin. Pasamos por una serie de puestos de control, nos cambiamos a un furgón «radiactivo» y nos dirigimos a la «zona fantasma». En la ciudad de Pripyat había edificios abandonados, deteriorados como todos los edificios de la Unión Soviética. Los trabajadores y administradores de la planta vivían allí. Era un paisaje lunar de plazas de juego abandonadas, automóviles, autobuses y vagones de ferrocarril semienterrados, campos desiertos. Después del accidente, mucha gente necesitada de dinero desenterraba los coches y vendía las piezas radiactivas o simplemente conducía el automóvil completo hasta Kiev. Conocí a ancianos que habían sido evacuados, pero que ahora habían regresado a la «zona» para vivir y morir. Nunca se habían creído nada de lo que el Estado les dijera, así que ¿por qué iban a hacerlo ahora? Bebían té envenenado y comían patatas envenenadas. A algunos cientos de metros de distancia estaba el reactor n.º 4, ahora cubierto con capas de hormigón. Los ingenieros todavía trataban de resolver cómo eliminar el peligro casi eterno que representaba el cuerpo central. El hormigón no duraría para siempre.

La mayoría de las personas que aún vivían en «la zona» eran obreros de limpieza, y la mayoría de ellos permanecían «dentro», trabajando durante

quince días y regresando luego a Kiev u otras ciudades para recuperarse durante quince días. Esa era la norma. Pero había también quienes estaban tan dedicados al proyecto de limpieza que rara vez abandonaban la «zona», salvo para visitar a sus familiares durante uno o dos días al mes. El director de Spetsatom, Yuri Solomenko, y el ingeniero jefe, Viktor Golubyev, permanecieron en la «zona» y afirmaron que se quedarían ahí hasta que el Sarcófago —nombre dado al reactor n.º 4— estuviera «completamente limpio». Una vez, mientras entrevistaba a los dos hombres, Golubyev se excusó. Tenía otra reunión. En cuanto salió de la habitación, Solomenko me dijo que su amigo «estaba totalmente acabado». Al oír la noticia del accidente de Chernobyl mientras trabajaba en una planta nuclear en Cuba, Golubyev se ofreció como voluntario para ayudar a extinguir el fuego. En esa operación de rescate absorbió tanta radiación que su piel se volvió de un color marrón intenso y tuvo que ser sometido a una intervención quirúrgica. Solomenko explicó que el cuerpo de su amigo se había «degradado de forma terminal». Sin embargo, no abandonaría Chernobyl hasta que el daño fuera subsanado.

«Chernobyl era como cualquier lugar del imperio —dijo Yuri Shcherbak —. Lo único que mediaba entre nosotros y el olvido total eran algunas buenas personas, unos cuantos héroes que dijeron la verdad y arriesgaron sus vidas. De no ser por el peligro que representa, deberían dejar en pie la planta de Chernobyl. Sería el gran monumento al imperio soviético.»

16

La isla

En la isla de Sajalin conocí a un hombre libre. Su nombre era Nikolai Batyukov, un seudointelectual convertido en pescador itinerante. Tenía solo un vago conocimiento del fervor político desatado a miles de kilómetros, en Moscú. No tenía gran cosa que decir acerca de Gorbachov o de Yeltsin, o de cualquier otra figura política de la capital. «Como usted puede ver, mantengo la distancia», me dijo.

Batyukov era una de las pocas personas que conocí en Rusia que parecía satisfecho con la vida que había elegido. Hombre de unos cincuenta años, varias décadas atrás había sido, en el vago sentido ruso del término, un intelectual, un estudiante serio, pero simplemente no vio «ningún futuro» en una vida dedicada al pensamiento, «no en este país, no en la Unión Soviética». Renunció a todo para vivir como pescador «independiente, semilegal». «La única manera de ser libre en este país era escapando —dijo—. No podía escapar a Tokio, de modo que lo hice a los montes.»

Durante los meses más templados, Batyukov se iba a los bosques de pinos frente al mar de Ojotsk, un territorio tan escarpado y hermoso como la costa del norte de California. Pescaba salmones y cangrejos y vendía su pesca en los mercados de la capital, Yuzhno-Sajalinsk. Batyukov tenía una

barba gris de ermitaño y decía que hoy día se sentía más rendido que de costumbre. Había estado recogiendo redes repletas de salmones todo el día; era la temporada estival. Por todas partes había más pescado que el que se pudiera capturar. Lo que le enfurecía era ver las «redes del gobierno», las que habían tendido por toda la costa los barcos de pesca del Estado, rebosantes de pescado podrido, de salmones grandes y majestuosos que se habían vuelto grisáceos y se habían echado a perder mientras los capitanes haraganeaban en el mar a la espera de que Moscú les diera la orden de izar el pescado a bordo. Esas redes de pesca contenían al menos setenta y cinco mil kilos de salmón, calculaba Batyukov, pero como los burócratas locales tenían que esperar la orden de los burócratas centrales de la «cadena de mando central», una captura valorada en un millón de dólares se convertiría enseguida en poco más que tripas, espinas y escamas podridas. «¿Es concebible mayor tontería?», preguntó.

Como si quisiera hacer entender mejor el desastre a sus invitados, Batyukov preparó uno de los banquetes de pescado más espléndidos que he probado. Lo cocinó todo al aire libre, en una fogata, en cazuelas de latón abolladas y una sartén vieja. Trabajaba con destreza y rapidez; era el gourmet de los quince minutos. Comimos una sopa de pescado tan exquisita como las marsellesas, un puñado de cangrejos espinosos al vapor, caviar de salmón de un rojo brillante untado en pan, unos vasos de vodka casero y unas tazas de *chaga* caliente, un té con aspecto de chocolate hecho a base de savia de abedul. La mayoría de los habitantes de la Unión Soviética engordaban a base de salchichas de mala calidad, patatas y mantequilla. Batyukov, en cambio, había forjado claramente su majestuosa barriga con alimentos más refinados.

«Vivo como me place —dijo—, pero solo lo logro manteniéndome oculto y marginado. En su país yo sería un trabajador, tal vez un empresario. Aquí

soy una especie de bandido. Un pescador bandido. De modo que, por supuesto, me gusta lo que oigo en la radio acerca de Sajarov y la *glasnost*. Perfecto. Pero lo voy a creer cuando lo vea. Dígame, usted que ha estado en Yuzhno-Sajalinsk, ¿cree que las cosas son diferentes ahí? ¿Cree que hay algún lugar para un hombre libre como yo?»

En 1890 Chejov dejó atrás sus triunfos literarios en Moscú y viajó en ferrocarril y por río a las colonias penitenciarias y a los pueblos pesqueros de Sajalin. «Esto parece el fin del mundo —escribió en su diario a medida que se acercaba a la costa—, y ya no queda otro lugar a donde ir.» En tiempos de Chejov, Sajalin era la Australia de Rusia, una colonia penal tan distante que parecía la definición misma del destierro. En los campos de prisioneros reinaban la crueldad y la violencia arbitraria; un prisionero mató a un guardia sádico ahogándolo en masa de pan en fermentación. Las condiciones de trabajo eran miserables. Los trabajadores del carbón comían velas y madera podrida mientras los ministros del zar enviaban el salmón y el caviar de la isla al extranjero. Chejov visitó Sajalin para trabajar como censor, para hablar con los prisioneros y vagabundos, y para escribir un largo y extrañamente desapasionado relato de la vida del lugar, *La isla*. Sajalin le pareció un lugar tan lejano como la Patagonia; para Chejov, Sajalin era tanto una idea como un lugar, una representación de la inmensidad de Rusia y del alcance del zar. En su censo descubrió a un pueblo que elegía nombres que de algún modo reflejaban su lejanía y su condición. «El apellido más común era Nepomnyashchy [“No recordado”]. He aquí algunos de los nombres de los vagabundos: Mustafa Nepomnyashchy, Vasily Bezotechestva [“Sin padres”], Franz

Nepomnyashchy, Ivan Nepomnyashchy, Yakov Bezpozvaniya [“Sin nombre”], Vagabundo Ivan...»

Los campos de prisioneros del zar fueron clausurados hace mucho tiempo. Stalin eligió un lugar más cercano pero menos accesible, Kolimá, como lugar para sus asesinatos. El régimen hizo todo lo que pudo por sovietizar la isla de Sajalin, construyendo apartamentos minúsculos y desaseados en Yuzhno-Sajalinsk y granjas colectivas en los puertos y en provincias. El gobierno pobló la isla ofreciendo un salario extra a los mineros, pescadores y granjeros.

Sajalin era considerada una frontera limítrofe y, por lo tanto, hasta pocos meses antes de mi visita, en el verano de 1989, la isla estaba vedada a los extranjeros e incluso a los ciudadanos soviéticos no residentes. Cuando estuve ahí, Sajalin estaba plagada de puestos de control. Las tropas fronterizas del KGB las integraban unos muchachitos con puñal al cinto. Quedaban atónitos ante la presencia de extranjeros; un día era un reportero del *Washington Post* y al día siguiente, un vendedor de ordenadores coreano. Esto les parecía una invasión, pero ahora tenían órdenes de dejarnos pasar.

Viajé a Sajalin para ver si las reformas políticas de Moscú habían prendido en este lejano lugar del país. Cuando llegué a la isla ya había habido un despertar. Los primeros problemas para el aparato local del Partido surgieron en mayo de 1988, cuando un centenar de personas organizaron una protesta frente al teatro Chejov de la capital, para acusar al jefe del Partido, Pyotr Tretyakov, de distribuir apartamentos entre sus familiares y de mantener sus propias listas de apadrinados. La policía y el KGB rodearon a los manifestantes, pero estaban demasiado sorprendidos y confundidos como para actuar. El Partido trató de negarlo todo. Admitir la protesta habría sido crear toda «una situación». Eso era intolerable,

impensable. A la mañana siguiente, los periódicos oficiales cumplieron con el gesto de rigor: hablar de «un puñado de extremistas». Luego el asunto fue completamente ignorado.

Pero más adelante, como sintiendo la brisa de Moscú, los demócratas locales organizaron protestas incluso más grandes en las plazas y calles de Yuzhno-Sajalinsk. La cúpula del Partido de la isla se puso de pronto a la defensiva. Apareció un cartel jubiloso en la avenida Lenin: DESHACEOS DE LOS BURÓCRATAS Y DADLES UNA PALA. Tretyakov, jefe del Partido, hubiese respondido, pero no recibió respaldo de Moscú. Fue destituido por el Comité Central y abandonó Sajalin en un avión de transporte militar. Jamás regresó a la isla. Entretanto, los nuevos líderes del Partido fueron lo suficientemente perspicaces como para detener la construcción de la nueva y costosa sede principal y anunciar que era el pueblo quien debía decidir el destino del edificio: un hospital o una escuela. De hecho, en todos los lugares de la Unión Soviética que visité en 1989 y 1990, el Partido Comunista estaba siempre en estado de «construcción interrumpida». Hubo muchas sedes que jamás abrieron sus puertas y que fueron transformadas en escuelas y hospitales, o quedaron vacías y oscuras, habitadas por fantasmas.

Esta pequeña revolución se convirtió rápidamente en una leyenda para la isla. Fue denominada «los sucesos de mayo», un eco distintivo de los legendarios «sucesos de julio» que condujeron al levantamiento bolchevique de octubre de 1917. Gorbachov se mostró tan complacido con la señal de un despertar en estas tierras lejanas que les dijo a los reporteros: «Finalmente la *perestroika* ha llegado a Sajalin».

Pero, pese al triunfalismo de Gorbachov, el Partido aún no sopesaba la profundidad de la rabia que sentía la gente hacia las viejas estructuras de poder y la hegemonía de Moscú. El Comité Central reemplazó al viejo *apparatchik*, Tretyakov, por uno nuevo, Viktor Bondarchuk. La isla de

Sajalin esperó tan solo unos meses para dar a conocer su opinión sobre el camarada Bondarchuk. En las elecciones para ocupar el asiento de Yuzhno-Sajalinsk en el Congreso de los Diputados del Pueblo, un oscuro y quejumbroso periodista llamado Vitaly Guly barrió a Bondarchuck. Guly había sido un ardoroso niño del Komsomol que había recorrido responsablemente la isla predicando la ideología comunista, pero a mediados de los ochenta había sufrido una transformación radical. Ahora, con poco menos de cuarenta años, era el autor de muchos de los reveladores artículos que condujeron a los «sucesos de mayo».

Una tarde dimos un paseo en el pequeño Moskvich de Guly «para conseguir votantes». Deseaba hablar con los trabajadores sobre el Congreso y las huelgas de los mineros. «No puedo decir todo lo que deseo en mi periódico [*Sovetsky Sajalin*] de modo que tendrán que oírlo de mi propia boca.» Los caminos por lo general eran pésimos, pero de pronto nos encontramos en una carretera tan suave como las autopistas alemanas. Guly se rió y dijo: «¿Quiere saber por qué es tan suave la carretera? Este es el camino que va desde la sede del Partido, en el centro de la ciudad, hasta donde tienen sus dachas todos los peces gordos. Necesitaban un buen camino y con eso bastaba. ¡Estuvo construido en un santiamén! En cuanto al resto de nosotros...».

Proseguimos en dirección a una planta pesquera y de procesamiento de caviar en la península de la Libertad. Para llegar hasta allí tuvimos que pasar por un nuevo puesto de control del KGB, una ruinosa cabina de hormigón con dos guardias adolescentes y una radio donde sonaba a todo volumen «I saw her standing there». El guardia introdujo la cabeza por la ventanilla. Nos pidió la documentación. Mientras los revisaba seguía llevando el ritmo de la música con el pie.

«Perfecto —dijo—. Estábamos esperando extranjeros. Sigan adelante.»

Tras recuperarme de mi asombro ante el espectáculo del caviar —mujeres vestidas de blanco introduciendo los dedos en recipientes llenos de una maravillosa y pegajosa sustancia— pude concentrarme en la facilidad con que Guly se mezclaba con los trabajadores. Tenía el don de escuchar sus demandas, recordar sus nombres y reírles las gracias. Muchos de los trabajadores se referían a la primera sesión del Congreso simplemente como «el espectáculo», el «gran espectáculo de Moscú», y solicitaban información sobre asuntos inmediatos: sus salarios y viviendas. Una mujer no tuvo reparos en decirle a Guly que el principal método de control de la natalidad en la isla era el aborto, para lo cual había que contratar a un doctor y alquilar una habitación en un hotel.

Guly les dijo que estudiaría la posibilidad de construir una clínica y de que la gente tuviera acceso al control de la natalidad en la isla. Pero tanto la mujer como Vitaly Guly sabían que solo el Partido Comunista tenía el poder de introducir cambios. Y no haría nada. Guly y sus votantes intercambiaron afables sonrisas y se despidieron.

Guly se dirigió furioso al automóvil. «Sajarov tiene razón —dijo—. Soy miembro del Partido, pero el Partido debe desaparecer. Lo demás son minucias.»

Pero el Partido seguía existiendo y era aún omnipotente, sobre todo en una provincia distante como Sajalin. El Partido había amañado las elecciones para poder llenar el Congreso con sirvientes obedientes. En lo sustancial, dichos sirvientes eran oscuros y hábiles mercenarios que poco sabían de lo que significaba «la *perestroika*», «la *glasnost*» o la «democratización». Desde los días de Stalin habían estado oyendo al Kremlin jactarse de su democracia, de su constitucionalismo; después de todo, la Constitución

redactada en tiempos de Stalin no parecía menos gloriosa que la versión estadounidense de 1789. Pero poco importaba. Hacía ya mucho que las palabras, y más aún las consignas, habían perdido su significado. Lo que en realidad significaba algo era la pertenencia. Ser miembro del aparato del Partido lo era todo.

Durante mi estancia en Sajalin, pasé el tiempo entre un anfitrión y otro, entre Guly y un dichoso entrometido llamado Anatoly Kapustin. Ambos eran diputados del Congreso, pero eran hombres muy diferentes. Kapustin no fue elegido por la gente de su región, sino que ocupó un puesto especialmente reservado para los miembros del Partido y los funcionarios de sindicatos laborales. Según las críticas más amables vertidas en la ciudad, era un tipo complaciente, un *apparatchik* de tres al cuarto que había luchado por ascender desde las minas de carbón hasta un cómodo trabajo en la burocracia sindical. No era un personaje desagradable, incluso era más amistoso que Guly. Kapustin ansiaba gustar. Tenía una voz profunda y su apretón de manos era enérgico. Sonreía constantemente, como un maniático. Pero ahora se hallaba en serios problemas. Después de su triunfo en las elecciones estaba pasando un pésimo verano.

«Las cosas están fuera de control —me dijo Kapustin—, y eso no es bueno.»

Habían estallado huelgas en las minas de carbón de Sajalin, y Kapustin hacía todo lo posible por hacernos ver que estaba «trabajando en estrecha colaboración con la clase obrera». Una mañana vimos cómo trataba de negociar una salida en una reunión con cerca de ciento cincuenta mineros en la sede del sindicato en Yuzhno-Sajalinsk. Kapustin hizo todo lo posible. Ofreció «apertura», como Gorbachov. Imitó los movimientos de manos de Gorbachov e incluso su forma de apoyarse en el atril. Pero no convencía. El pobre hombre estaba demasiado lastrado por su magro talento, su

currículum y su elección —ambos de dudoso origen—, y sus hábitos de pensamiento y de expresión. Era una caricatura, un fervoroso parlanchín del aparato del Partido. Su nuevo papel de «hombre de la *perestroika*» le iba grande. No resultaba más convincente a ojos de los mineros que ante sí mismo. Kapustin era una suerte de extra del teatro de variedades a quien se le pedía representar el papel de Hamlet en el Old Vic con solo una hora de ensayos. Se sabía algunas líneas —«¡Trabajaremos juntos, mano a mano!» —, pero no engañaba a nadie. Los mineros lo escuchaban con resignación y aburrimiento, y a veces lo abucheaban.

Más tarde a Kapustin se le veía confundido y triste. Pensaba que se había esforzado. Pensaba que había sido valiente. «Yo estaba acostumbrado a marcar el paso —me explicó—. Los de arriba decían lo que había que hacer y yo lo hacía. Decían simplemente: "Kapustin, haga esto", y yo lo hacía. Ahora, si veo que algo está mal trato de dar mi opinión.» Pero no era suficiente.

Cerca de allí, en el pasillo, uno de los dirigentes de la huelga, Vitaly Topolov, dijo que hacía grandes esfuerzos para trabajar con Kapustin, pero que las perspectivas no eran buenas. «Supongo que era un *apparatchik*, pero Gorbachov también lo fue durante el gobierno de Brezhnev. Aún tengo esperanzas.»

Kapustin daba tumbos. Condujimos hasta Sinegorsk, una pequeña ciudad minera construida por los japoneses cuando tenían el control de la isla en 1905. En ese lugar, en el despacho del director de la mina, Kapustin de pronto se sintió cómodo. Esos eran sus amigos, los burócratas marginalmente competentes, marginalmente honrados. Todos ellos lamentaban el paso del tiempo y se disculparon por los pocos emparedados de jamón y por el agua gaseosa.

«Es una lástima que no sea la época de Brezhnev —dijo uno de los

directores de la mina—. En aquella época lo habríamos recibido con un banquete.»

Su incompetencia no era resultado de la arrogancia, sino de una absoluta falta de comprensión. No tenían ni el más mínimo conocimiento de los principios económicos. El director de la mina se quejaba de que la producción había caído un 50 por ciento, pero al mismo tiempo hizo toda una alabanza del sistema de planificación central y de la red de órdenes y subvenciones estatales. El hecho era que su mina estaba mal equipada, era primitiva y posiblemente estuviera muerta. Era un lugar de trabajo peligroso y un desastre ecológico, y jamás sería rentable en una economía normal.

Después del almuerzo, Kapustin nos invitó a efectuar un recorrido por la mina; resultó ser peor que todo lo que había visto en Siberia, Ucrania y Kazajstán. La mina era un horror. No había ascensores y los pozos eran brutales y estrechos. Había mineros que tardaban dos horas en deslizarse y arrastrarse sobre piedras para llegar hasta sus puestos de trabajo. La espalda y las piernas me quedaron cubiertas de llagas, y me sentí más dolorido que si hubiera corrido quince kilómetros. Hasta que se organizó la huelga, a los obreros no se les pagaba por este tiempo de «traslado»; se rompían el espinazo cuatro horas al día a cambio de nada. «Y lo hemos traído a la mejor mina que tenemos por aquí —dijo el director—. Esta está seca. En las demás el agua le escurre a uno todo el día sobre la espalda.»

Fuera, por fin a la luz del día, Kapustin se limpió el tizne de los ojos y adoptó nuevamente una expresión estilo Gorbachov. Una veintena de trabajadores exhaustos y aburridos daban vueltas por el lugar. Querían irse a casa, pero se les dijo que esperaran. «Estoy aquí para conocer sus problemas —dijo Kapustin torpemente—. Explíquenme, por favor, sus problemas.» Una expresión divertida asomó en el rostro de los hombres; era la expresión de un estudiante de secundaria cuando el profesor trata con

gran esfuerzo de parecer moderno. Solo deseaban volver a casa y meterse en la bañera. No estaban de humor para representar un papel para un mercenario como Anatoly Kapustin.

Sin embargo, durante unos días, Kapustin me gustó. Se esforzaba mucho por ser admirado y la recompensa por adular era casi nula: un salario un poco mejor y unas vacaciones de verano mejores. Como miembro del Congreso era el equivalente soviético de un parlamentario, pero, en la práctica, ningún estadounidense —y mucho menos un miembro de la Cámara de Representantes— habría aceptado llevar la vida de Kapustin. Vivía casi tan mal como cualquier persona en la Unión Soviética.

Un par de días después de nuestro viaje a la mina, Kapustin nos llevó a un enorme barco pesquero. Pensé que tendríamos la oportunidad de ver cómo operaba un barco estatal, de saber por qué a pocos kilómetros de distancia se pudrían en las redes tantas toneladas de salmón. Pero a Kapustin el tema no le interesaba. Era muy amigo del capitán del barco y, como dijo Kapustin, «es hora de que matemos el tiempo y nos relajemos. Ustedes se relajan a veces en Estados Unidos, ¿no es así?».

Nos llevó al camarote del capitán, una habitación recubierta de madera, de sorprendente elegancia. La mesa ya estaba puesta con loza de porcelana, cubiertos de plata, platos llenos de comida y una media docena de botellas: champán de Georgia, cerveza de Ucrania y vodka. No había modo de escaparse. Ya estábamos a bordo, y yo solo rogaba que el mar permaneciera en calma.

Sorprendentemente, Kapustin era peor bebedor que yo. Después de tres vodkas declaró su eterna lealtad a Yegor Ligachov y a la «sabiduría» de la línea dura del Partido. Las huelgas eran un insulto, la propiedad privada era

inadmisible y los movimientos independentistas de los estados bálticos, una traición. Un trago más y tildó a Sajarov de «fariseo», «antisoviético» e «inútil». «¿Quién diablos se cree que es? —dijo Kapustin, con el rostro ensombrecido—. El hombre habla demasiado. Es un propalador de calumnias y rumores.»

Montó un espectáculo y yo, para mi sorpresa, estaba sorprendido. Muchos *apparatchiks* del Partido se habían esmerado en mostrar su mejor cara para mí, el periodista extranjero, y en multitud de situaciones diferentes. Pero ahora Kapustin se expresaba sin pudor. El vodka y los días que habíamos pasado juntos tuvieron un efecto estimulante. Era un hombre que sentía instintivamente la amenaza moral y política que Sajarov representaba para él y para el Partido. Sajarov y sus seguidores amenazaban la existencia misma del Partido, el poder del Kremlin, el modo de manejar las cosas. «Sajarov y su camarilla creen que no los comprendemos, pero no es así. Los comprendemos. Demasiado bien», dijo Kapustin.

17

Pan y circo

Cuando Edward Gibbon escribió la historia de la decadencia y caída de Roma, se basó en la palabra escrita, en memorias, en la épica y en la historia como fuentes primarias. Sin embargo, más que a las bibliotecas, los investigadores del colapso del imperio soviético deberán recurrir a las cintas de vídeo. Y en esta revolución del vídeo, Anatoly Kashpirovsky desempeñó el papel de Rasputín, el sabio maldito.

En los mil años de historia rusa siempre ha habido curanderos, místicos y «locos sagrados». Generalmente adquirían importancia en épocas de cambio, de desastre y desorientación. Agatías, historiador del siglo VI, recuerda a «charlatanes y profetas nombrados a sí mismos errando por las calles» después de un terremoto en Bizancio. «La sociedad —escribió—, jamás deja de producir una desconcertante variedad de estas personas en tiempos de desgracia.» En los últimos años del régimen zarista, Rasputín, un siberiano analfabeto, convenció a los Romanov de sus poderes mágicos. La familia real estaba convencida de que Rasputín curaría de su hemofilia al heredero del trono.

Pero mientras que la influencia de Rasputín se circunscribía a la familia del zar y a la alta sociedad, Kashpirovsky era un hombre que le hablaba al

mundo entero. Sus «sesiones» de sanación llegaban a más de trescientos millones de telespectadores en la Unión Soviética y en Europa del Este, y llenaba grandes salas de conciertos y estadios de fútbol. El espectáculo médico de Kashpirovsky había existido durante años, pero fue solo a finales de 1989, cuando la economía tocó fondo y la gente comenzó a hablar de una nueva «época de problemas», cuando los funcionarios del Partido Comunista encargados de administrar la televisión estatal decidieron que había llegado el momento de ofrecer una gran distracción, un curandero de vídeo.

Tuve la oportunidad de ver los primeros programas de Kashpirovsky y, como todo el mundo, quedé prendado de inmediato: un logo anunciaba la «telesesión». Kashpirovsky apareció en la pantalla vestido enteramente de negro. Lucía la mirada alterada y el corte de pelo de Brando en *Julio César*. Comenzó describiendo su método para llegar al «bioordenador» dentro de sus «pacientes», explicando cómo había curado a «cientos de miles, quizá millones» de personas de sus tumores, hernias y afecciones cardíacas. Hablaba extremadamente lento, en voz baja e incluso amenazadora. Se atribuía éxitos médicos jamás conocidos en la «historia de la humanidad», curas exitosas de casos de impotencia, frigidez, ceguera, calvicie, enfisemas, quistes ováricos, cálculos renales, soriasis, eccemas, várices, cicatrices, tuberculosis, asma, diabetes, alergias, tartamudez, astigmatismo y, en cuatro casos «documentados», de sida. Era a la vez Dios y Ponce de León: miembros amputados y dientes extraídos que volvían a crecer por medio de la sugestión; pelo canoso que se vuelve oscuro y brillante. Gracias a él, una mujer de setenta años comenzó a menstruar otra vez y la madre de Gorbachov se recuperó de su artritis. Y estaba también la dieta Kashpirovsky: uno de sus pacientes había perdido ciento sesenta kilos, «y

sin que la piel quedara flácida ni nada». O eso fue lo que aseguró el doctor... lo que aseguraba él.

La banda sonora irrumpía ahora con una avalancha de música barroca con sintetizador.

«Deje su mente en blanco —murmuró Kashpirovsky—. Deje de lado todas esas metas y ambiciones. Cierre los ojos. No importa cuál sea su reacción emocional, no la rechace. Y tendrá diferentes tipos de reacciones emocionales. Nuestro silencio es como una pausa, una pausa sin palabras. Las palabras no importan. No hay esfuerzo involucrado en esto. Es difícil de entender, porque durante toda su vida a la gente se le ha enseñado que debe tratar de comprender... Olviden todo... Escuchen la música... No sientan temor ante el proceso que se inicia en su interior... Si algo se mueve, no le presten atención.»

El hombre parecía no pestañear jamás, y durante largos intervalos no decía nada. Solo fijaba la mirada y sonreía un poco, tontamente, como sonríe el invitado de un tirano medio borracho que trata de mostrarse fascinado con todo lo que dice.

«Algunos de ustedes ven bosques, montañas. Uno... dos... tres... Otros tienen recuerdos tristes. Cinco... seis... Otros hacen planes para mañana, sopesando, sopesándolo todo. Siete...»

Al llegar a «diez», Kashpirovsky había desaparecido. «La sesión ha terminado», anunció.

Estábamos curados.

Desde sus primeras sesiones televisadas, la popularidad de Kashpirovsky —el culto a su persona— no tuvo rivales. Todos conocían su nombre y lo consideraban un genio o un hombre en quien se podía confiar. Una vez me

dijo que conservaba un archivo con más de un millón de telegramas y cartas de pacientes agradecidos. Colegialas y jubiladas le sugerían que harían cualquier cosa por estar cerca de él. Mujeres ancianas le escribían diciendo que habían cambiado su *krasny ugol* («rincón rojo») sacando el tradicional retrato de Lenin y reemplazándolo por el suyo. Los vendedores ambulantes de provincias vendían carteles del zar Nicolás II, John Lennon, Jesucristo y Anatoly Kashpirovsky. Era probablemente la única persona en Kiev con tres automóviles en el garaje y una abultada cuenta bancaria. Los periódicos que buscaban desenmascarar al personaje lo hacían corriendo un riesgo evidente. Cuando el semanario *Literaturnaya Gazeta* publicó un artículo en que calificaba a Kashpirovsky de peligroso charlatán, fue tal la avalancha de protestas que el director no se atrevió a publicar un segundo artículo.

Había quienes veían en Kashpirovsky no solo a un sanador de estrías y quistes, sino también de naciones, cosa que él no negaba. «Si yo fuera presidente, después de mi muerte la gente besaría las huellas de mis pasos, porque me mezclaría con ella y trabajaría por sus intereses», me dijo. Su electorado era incierto; sin embargo, insistía Kashpirovsky, era numeroso. «Ucrania es demasiado pequeña para mí.»

La primera presentación de Kashpirovsky fue a finales de 1989, con una serie de seis sesiones televisadas a escala nacional. Con el surgimiento de los movimientos independentistas y la revuelta de los trabajadores, la *perestroika* se le escapaba de las manos a Gorbachov. El sistema de sanidad pública era un matadero, con funcionarios que afirmaban solo disponer de un 30 por ciento de los medicamentos básicos. Faltaban incluso las aspirinas y la penicilina. Se informaba acerca de hospitales sin agua potable y doctores que operaban a la luz de una vela. Kashpirovsky surgió precisamente al principio de este período de inseguridad extrema, confusión y búsqueda espiritual. Y al igual que ocurriera tan frecuentemente en la

historia rusa, el resquebrajamiento dio lugar a un creciente interés por la magia negra, las profecías y la brujería. La *bogoiskatelstvo*, la búsqueda de Dios, conducía en Rusia no solo a las iglesias, las mezquitas y las sinagogas, sino a fraudes como Rasputín y Kashpirovsky.

Siempre, incluso durante las purgas, existieron curanderos y místicos de pueblo en Rusia. En su decrepitud, Leonid Brezhnev invitó en secreto al curandero Dzhuna Davitashvili para que aplicara su magia en el Kremlin. Pero ahora no había tabúes, nada que ocultar. Durante la era de Gorbachov había ancianas que vendían brazaletes de cobre en las plazas de las ciudades, jurando que funcionaban como vacunas contra el sida; había horóscopos en los periódicos del Partido Comunista, y la agencia oficial de noticias Tass anunció que gigantescos «humanoides» y un diminuto robot que volaba en un «objeto con forma de plátano» habían aterrizado en la ciudad de Voronezh. Los testigos describían la nave en cuestión como una «enorme esfera brillante» y a las «dos o tres» criaturas, como de «tres o cuatro metros de altura pero con una cabeza muy pequeña». En Moscú, un curandero llamado Alan Chumak aparecía en el programa *120 minutos*, equivalente soviético de *Today*, un show de Estados Unidos. Moviendo las manos como si acariciara a un gato invisible, Chumak «cargaba» con «energía de sanación» los vasos de agua y botes de crema que la gente ponía frente a la pantalla del televisor.

«Estoy en contacto con otro mundo», me dijo Chumak. Introdujo la mano en una bolsa de basura y sacó uno de sus «innumerables» telegramas:

> Sinceramente agradecido. Sufría de taquicardia crónica y gastritis. Los médicos no podían curarme. Ahora, gracias a usted vivo sin medicamentos. Gracias, Sergei de Novocherkassk.

Seguí a Chumak mientras se dirigía al aparcamiento de su edificio para sanar a unas cien personas que lo esperaban ahí. Este era un suceso que se

daba dos veces por semana, dependiendo del clima. Se había congregado una gran multitud. Algunas personas levantaban fotos de sus hijos o padres enfermos, con la esperanza de que el curandero pudiera irradiar su energía a través del medio fotográfico. Chumak se paró en lo alto de las escaleras e invitó a la gente a acercarse y dejarse tocar por su aura. Hizo solo una advertencia: no podía curar a ningún ex funcionario del Partido Comunista. «Sus almas están demasiado endurecidas», afirmó.

Por supuesto, Kashpirovsky consideraba a Chumak «un charlatán» y a sí mismo por encima de toda esa magia de andar por casa. Él era «el» doctor, un sacerdote secular de la mente y del cuerpo. «El título de "doctor" me queda pequeño —me confesó una noche antes de la sesión—. Eso es un juego de niños. No es sanación. Yo tengo una Gran Idea. Pero no quiero desplazar a la religión. ¿De qué sirve que Jesús haya caminado sobre las aguas hace dos mil años? ¿En qué le ayuda a esta gente?» Se acarició la barbilla meditando acerca del origen de tan maravilloso don. «Es muy probable que el poder espiritual que animaba a Jesús habite dentro de mí —musitó—, y pienso que en cincuenta años más seré recordado como un santo.»

Kashpirovsky estudió psicología en Vinnitsa, ciudad de provincias de Ucrania, y trabajó allí en un hospital durante veintiocho años. Tenía un salario insignificante, y para ganar cien rublos extra al mes trabajaba de noche, cargando camiones con cemento y tablones. Durante una época fue un fanático levantador de pesas y boxeador, e, incluso entonces, con poco más de cincuenta años, era vanidoso físicamente; aseguraba que «puedo derrotar a cualquier campeón del mundo». Pero en 1975, según dijo, había sufrido de graves desórdenes pancreáticos y estuvo al borde de la muerte.

Permaneció en un hospital de Ucrania durante un año y luego decidió partir a Sajalin, donde deambuló comiendo, como Juan Bautista, una galleta al día. «Gracias al hambre me curé», dijo.

Pero fue solo en 1988 cuando Kashpirovsky comenzó a experimentar públicamente con la hipnosis y sanaciones masivas. Presentó cinco telesesiones en Kiev y aseguró que, gracias a él, miles de niños dejaron de orinarse en la cama. Su técnica era entonces tan oscura como ahora, una sanación por medio de la palabra en que el curandero de alguna manera restituía el equilibrio orgánico del cuerpo. «La felicidad y la tristeza tienen una suerte de base material, una base bioquímica. Cuando siento miedo, produzco un montón de adrenalina. Cuando estoy deprimido, produzco más —dijo al principio de una charla—. Las puertas se abren dentro de usted y usted acepta información. Usted no sabe cómo se abren esas puertas (ese es mi método), pero la información entra, ya no puede salir. Para sanar el cuerpo yo penetro más allá de la mente, en lo más profundo del ser. La marca permanece.

En 1988 el jefe de la televisión soviética era Mijail Nenashev, un torpe *apparatchik* que declaró que el objetivo principal de la televisión era tranquilizar y dar confianza a las masas con problemas. En Kashpirovsky, que gozaba del respaldo de la jerarquía del Partido Comunista ucraniano, Nenashev halló la voz que inspiraba tranquilidad y confianza. Lo contrató para sesiones que eran transmitidas no solo en la Unión Soviética, sino también en Bulgaria, Polonia, Israel, Checoslovaquia y Escandinavia. «En un país donde ni siquiera se consiguen aspirinas, uno comienza a esperar un milagro», me dijo Yelena Chekalova, crítica de televisión para *Noticias de Moscú*. «Junto con eso llega este hombre y le ofrece a usted una salida fácil, un milagro. Es un fenómeno inherente a un país pobre y miserable —me dijo Leonid Parfyonov, un respetado locutor—. El papel de Kashpirovsky

es similar al que desempeñó Gorbachov en 1985 y 1986. Incluso tienen gestos similares. En los discursos de ambos hay enormes vacíos; sin embargo, sus palabras magnetizaban e inspiraban confianza.»

La exhibición de psiquismo más teatral de Kashpirovsky tuvo lugar en un «puente televisivo» entre Kiev y la capital de Georgia, Tiflis. Una mujer llamada Lesya Yershova requería una intervención abdominal en un hospital de Tiflis. Rechazando la anestesia, autorizó a Kashpirovsky para que la hipnotizara por televisión desde Kiev. El espectáculo fue grotesco.

«Simplemente cierre los ojos y cante “El álamo”», le dice Kashpirovsky a la pobre mujer. Esta de hecho emitió unas notas vacilantes. «¡Cierre los ojos! ¡Está flotando! —dice Kashpirovsky—. ¡Su estómago y su columna están adormecidos! ¡Cierre los ojos!... Sí, sí, usted puede sentir los instrumentos quirúrgicos en su cuerpo, pero usted se siente bien. ¡Pronto estará todo bien! La gente me preguntará si está usted dormida. ¿Lo está?»

«No —contesta ella mansamente—. Siento que alguien le hace algo a mi cuerpo.» Así era, efectivamente. La operación requiere una incisión de cuarenta centímetros.

Al finalizar la intervención, Kashpirovsky les dice a los televidentes: «Ahora todos los que han presenciado esta operación pueden ir al dentista y someterse a una extracción. No sentirán el más mínimo dolor. Se lo aseguro».

Kashpirovsky aseguraba haber hecho historia médica —«no, ¡espiritual!»— con su actuación. Pero luego la paciente se rebeló. Lesya Yershova les dijo a los reporteros que en realidad había sentido «dolores monstruosos» durante la operación y que había cooperado solo porque «no quería perjudicar a Kashpirovsky».

Yuri Savenko, el presidente de la Asociación Psiquiátrica Independiente, dijo que la participación del Ministerio de Sanidad en los programas de

Kashpirovsky era una estafa y que formaba parte de una conspiración más amplia del Partido Comunista para fomentar el pan y el circo. No era el único que creía que el Partido utilizaba las transmisiones para distraer la atención y aliviar el dolor de la gente. «Entre el pueblo ruso —dijo—, el cristianismo es superficial. Es gente muy pagana. Llevan a cabo los ritos sin comprender su esencia. En la situación política actual el misticismo aumenta, y con un nivel cultural tan bajo, adquiere formas crueles.» Savenko dijo que uno de sus colegas tenía «información fidedigna» de que las sesiones de Kashpirovsky no solo no habían curado a la gente de sus enfermedades, sino que habían provocado casos de psicosis en algunos rusos. Pero no hubo investigación alguna. Tanto los periodistas como los médicos encontraron muy difícil atacar a una figura cuya popularidad era tal que en 1990 varios periódicos le otorgaron el título de «hombre del año» y cuya celebridad era mayor que la de cualquier político o estrella de cine. Savenko dijo que el único recurso que les quedó a sus «amigos» psicólogos y psiquiatras era la burla. «Sé de algunas personas que para mofarse de Kashpirovsky le enviaban cartas que decían cosas como: "Gracias a usted mi muñón amputado ha crecido cinco centímetros". Luego esperaban a que él las leyera en público como testimonio.»

En gira, Kashpirovsky llenaba salas de concierto, fábricas e incluso estadios de fútbol. Sus cintas de vídeo pasaban de mano en mano, como lo hicieron un día los manuscritos de Solzhenitsyn. En las provincias, donde poca gente tenía acceso a un reproductor, las salas de vídeo o cine organizaban «Las noches de Kashpirovsky» y exhibían las cintas del gran hombre. Como empresario, este tráfico clandestino no era del todo de su agrado. En una cinta grabada en Estados Unidos, un mensaje del propio Kashpirovsky

reemplazaba la advertencia del FBI de que copiar la cinta constituye un delito. Decía: ¡Advertencia! ¡La duplicación de esta cinta hace que pierda sus propiedades medicinales!».

Tuve la ocasión de ver a Kashpirovsky en Moscú y en su gira mundial por Occidente. Era siempre lo mismo: una mezcla de *new age* delirante y beatlemanía. Una noche en Nueva York, en una escuela de la sección Pelham Parkway del Bronx, Kashpirovsky se escondió en un rincón tratando de evitar las miradas de los corpulentos y perfumados inmigrantes *babushka* que entraban en el auditorio. El curandero estaba de pésimo humor. Algunas noches atrás, en Queens, su actuación había sido un éxito. El nivel de adulación había sido perfecto. «Creo en usted como en un dios —le había dicho una mujer—. Alguien debería azotar a sus enemigos. Gracias a Dios que nos lo ha enviado. Usted es un dios en la Tierra». Otro hombre arrojó su bastón y comenzó a cojear alegremente alrededor del escenario, expresando sus agradecimientos en ruso. Kashpirovsky aceptaba estas demostraciones y adulaciones como un deber. Se mostraba aburrido. Por supuesto que existía un «culto a Kashpirovsky», reconoció el propio Kashpirovsky, pero no es «como si yo fuera a sugerirles que hagan volar una planta nuclear ... No vayan a creer que soy una repetición de Stalin, o algo por el estilo».

Pero esa vez Kashpirovsky tenía el aspecto abatido de un condenado a muerte. Estaba seguro de que todo saldría mal. Su apoderado, Mijail Zimmerman, corría de un lado para otro, frenético porque el micrófono chirriaba, porque su estrella estaba melancólica. «Anatoly Mijailovich es como un gran instrumento —decía Zimmerman—. A veces simplemente no está afinado.»

Kashpirovsky sentía la desesperación de todo aquel que afirma ser un profeta. El mundo, el propio universo, no estaban preparados para recibir

sus maravillas. «La humanidad aún no está preparada para su salvación —dijo—. No existe todavía la técnica. Imagínese que todos estuvieran en perfecto estado de salud, nadie muriese y la gente siguiera reproduciéndose. ¿Adónde irían? Los demás planetas aún no son habitables. Es una suerte de ley.»

Una vez que estuvo sobre el escenario, Kashpirovsky hizo un valiente esfuerzo, pero ese día no estaba de humor. ¡Qué podía importarle el inadecuado universo! El infierno, como dijo Robert Frost, es un auditorio a medio llenar. Estaba irritado porque se habían vendido pocas entradas. Estaba acostumbrado a trescientos millones de telespectadores y a públicos de veinticinco mil personas. Ahora tendría que conformarse con apenas trescientas, y eso si tenía suerte. Recitó sus logros y teorías con el falso entusiasmo de un vendedor de tupés en un programa nocturno de televisión. Luego comenzaron los testimonios. El cuello de una mujer había dejado de sufrir de tortícolis. Aleluya. Otra mujer había dejado de sufrir de reumatismo y su pelo canoso había recuperado su color natural. «Me siento como si tuviera treinta años y no sesenta», dijo. Parecía tener setenta. A Kashpirovsky apenas le interesaban los milagros que había provocado. Su mirada estaba clavada en el reloj de la pared y, tras de un intervalo decente, anunció que era hora de comenzar la sesión, la música del sintetizador y el murmullo frente al micrófono, la sanación. Pero incluso eso, su plato fuerte, resultó desabrido.

Mientras recorría los pasillos, Kashpirovsky hablaba con dureza a las personas que no cerraban los ojos, a las que se movían en sus asientos. «¡No me mire! —le gritó a una mujer—. ¡Me está irritando! ¡Aléjese de mí!»

De pronto, la música subió de volumen y Kashpirovsky enrojeció de ira. «¿De dónde habéis sacado esa música? —le ladró a su ayudante que estaba

en el tablero de control—. ¡No es música para seres humanos! ¡Es el tipo de música que tocan para el desfile del Primero de Mayo! ¡Más suave! ¡Baja el volumen!»

Al terminar, Kashpirovsky esperó sobre el escenario mientras abuelas, madres y niños se abalanzaban frenéticamente sobre él para conseguir un apretón de manos de la estrella y su aura sanadora. Algunos trataban de arrinconarlo para describir sus cánceres, sus jaquecas y sus tumores. «Miren, no soy un doctor común y corriente —respondía con gesto cansado —. No me describan sus enfermedades concretas.» Algunas veces, cuando los achacosos y los enfermos se acercaban hasta él con sus quejas y sus dolores, Kashpirovsky era aún más específico. «Tómese unas cuantas pastillas», les decía.

18

El último gulag

> El país que publicará mis libros no será el mismo país que me desterró. Y a ese país regresaré con toda certeza.
>
> ALEXANDER SOLZHENITSYN

Una tarde del verano de 1988, Yelena Chukovskaya dirigía una visita guiada por el pequeño museo dedicado a la vida y obra de su abuelo en el pueblo de Peredelkino, el escritor de literatura infantil y eminente profesor de literatura Kornei Chukovsky. Uno de los turistas se detuvo ante una pequeña fotografía de Solzhenitsyn, un amigo de la familia. «¿Por qué no regresa Solzhenitsyn a su país? —pregunta el turista—. ¿Qué está esperando?»

Yelena quedó atónita. «La ingenuidad y el desconocimiento implícitos en esa pregunta me dejaron sorprendida —me dijo—. Y los más jóvenes no tenían ni idea de quién era Solzhenitsyn. Había transcurrido una generación desde su exilio, y para ellos se había convertido en poco más que una leyenda; había sido casi olvidado en su propio país.»

Ese verano, la *glasnost* de Gorbachov había abierto las puertas a muchos

de los clásicos «antisoviéticos»: *Réquiem*, de Anna Ajmatova, *El corazón de un perro* de Mijail Bulgakov, *Doctor Zhivago* de Boris Pasternak, o *Vida y destino* de Vasily Grossman. Después de un cómico caso judicial, el gobierno había autorizado incluso *Lolita* de Nabokov. Pero de Solzhenitsyn, nada. El Politburó no le daba el visto bueno. Interrogué a Yegor Ligachov, el rival conservador de Gorbachov, acerca de Solzhenitsyn, y dejó claro que hacía mucho tiempo ya que el Politburó no podía tolerar a un escritor —especialmente a un escritor exiliado y todavía con vida— para quien el reinado del Partido Comunista representaba un crimen y una catástrofe absoluta. Ligachov agregó que, si bien no era crítico literario, era perfectamente capaz de detectar la obscenidad cuando la tenía ante sus ojos. Ligachov tenía la misión de presentar un informe al Politburó acerca de Solzhenitsyn, y se describió a sí mismo como un *apparatchik* que pasaba noches en vela leyendo la obra completa, desde *Un día en la vida de Ivan Denisovich* hasta los volúmenes históricos conocidos como *La rueda roja*. «Como sabe, son un buen número de páginas», dijo con orgullo.

Lo que más le indignaba a Ligachov, y lo que durante algún tiempo también había molestado a Gorbachov, era el despiadado retrato que hacía Solzhenitsyn de Lenin, mostrándolo como un revolucionario fanático, como el creador de un sistema basado en el terror de Estado. «¡Después de todo Lenin es nuestro! —exclamó Ligachov—. Compartimos su visión, el leninismo, y debemos defenderlo.»

Pero ¿por qué debía decidir el Politburó y no el lector? pregunté.

Ligachov frunció el ceño y rechazó la pregunta con disgusto. Total, siempre había sido así. Fue el propio Jruschov quien, tras un largo día de lectura, autorizó a *Novy Mir* a publicar *Un día en la vida de Ivan Denisovich*. Y fue Jruschov quien dirigió la campaña contra Pasternak. Decidir era un derecho exclusivo del Partido.

—Tenemos cosas sagradas, como ustedes —dijo secamente Ligachov.

—Pero ¿por qué usar la censura para imponerlas?

—De acuerdo, perdóneme, pero tenemos una psicología diferente, una visión distinta del mundo —dijo levantando la voz—. Yo lo respeto a usted y usted debería respetarme a mí. Para mí, Lenin es sagrado.

Pocos días después del incidente en el museo de Peredelkino, Yelena Chukovskaya se sentó frente a su escritorio decidida a «hacer algo, y rápido». Escribió un breve artículo bosquejando los hechos de la vida de Solzhenitsyn y apelando al gobierno para que le devolviera su ciudadanía. Lo envió luego a la *Revista de libros*, un semanario de buena reputación entre la *intelligentsia*. El acto de Yelena surgió de forma espontánea; se inscribía en la tradición familiar. Su madre, Lydia Chucovskaya, estableció un precedente en los años setenta, al dirigirse al Sindicato de Escritores y, con gran riesgo, jurar ante ellos que, a pesar de sus diabólicas denuncias, Solzhenitsyn regresaría a Rusia. Por ello, Lydia Chucovskaya fue denunciada y se prohibió la circulación de su extraordinaria novela personal acerca de las purgas, *Sofia Petrovna*. Ahora Yelena reiniciaba la batalla. Unas horas después de recibir el artículo, el director de la *Revista de libros*, Yevgeny Overin, asumió un riesgo enorme. Aceptó el artículo y decidió incluirlo en el número del 5 de agosto bajo «responsabilidad del director», un paso extraordinario que quería decir que no esperaría a la aprobación de la censura.

El artículo de Yelena causó un tremendo impacto. A su casa y a las destartaladas oficinas de la *Revista de libros* llegaron miles de cartas y telegramas de apoyo. Los funcionarios del Comité Central informaron de que también ellos habían comenzado a recibir más y más cartas exigiendo

la rehabilitación de Solzhenitsyn y de su obra. El artículo de Chucovskaya y la respuesta que recibió eran señales que indicaban algo políticamente posible y moralmente necesario. Otras publicaciones se sumaron rápidamente a la lista. Los directores de *Rabochoye Slovo* («La Palabra de los Trabajadores»), un oscuro boletín de los trabajadores ferroviarios de Ucrania, tomaron la iniciativa, convirtiéndose en la primera publicación no clandestina que publicaba a Solzhenitsyn en casi tres décadas. El 18 de octubre, los 45.500 suscriptores del periódico oyeron la voz del profeta, el llamamiento de Solzhenitsyn a los jóvenes en 1974, año en que fue desterrado, a «vivir sin mentira»: «Hay que reconocerlo: no estamos todavía lo suficientemente maduros como para marchar por las plazas y gritar la verdad, o para expresar abiertamente lo que pensamos. No es necesario. Es peligroso. Pero debemos negarnos a decir lo que no pensamos. Ese es el camino que hay que seguir, el más fácil y el más accesible, el que nuestra inherente y profunda cobardía nos permite.»

Desde su hogar en Cavendish, Vermont, Solzhenitsyn trató de controlar los términos de su regreso. Los directores de *Novy Mir* se comunicaron con el autor solicitando su autorización para publicar dos de sus primeras novelas, *El pabellón del cáncer* y *El primer círculo*. Solzhenitsyn se negó, insistiendo en cambio en que publicaran *El archipiélago gulag*. *El archipiélago gulag* no era solo un monumento a los millones de víctimas del régimen soviético, sino que era además el libro que, una vez publicado en el extranjero, provocó su arresto y posterior exilio en Occidente. La exigencia de Solzhenitsyn era también una forma de desmentir la última versión oficial del pasado soviético. A diferencia de la visión gorbachiana según la cual el socialismo se había desviado de sus objetivos iniciales, y en la que Stalin aparecía como el gran culpable, los tres volúmenes de

«investigación literaria» de Solzhenitsyn afirmaban que el sistema de los campos de trabajos forzosos había comenzado con Lenin.

Los directores aceptaron la exigencia de Solzhenitsyn. Ahora tenían que negociar con un ente igualmente difícil: el Partido Comunista. Al principio, los directores de *Novy Mir* pensaron que podían actuar sin consultar al Partido e incluir subrepticiamente a Solzhenitsyn en las páginas de la revista, de forma casi clandestina.

En la portada del número de octubre de 1988 de *Novy Mir*, apareció un aviso enigmático anunciando simplemente que Solzhenitsyn había autorizado la publicación de «algunas de sus obras» a partir de 1989. Pero el departamento ideológico del Comité Central, que tenía informantes en la rotativa de *Izvestia* donde se imprimía *Novy Mir*, intervino rápidamente. A medianoche los trabajadores de la imprenta recibieron la categórica orden «detengan el trabajo» de un funcionario anónimo del departamento ideológico del Comité Central. «Los impresores estaban indignados», me dijo Vadim Borisov, el director de *Novy Mir* que trabajaba en estrecha colaboración con Solzhenitsyn. «Sentían un gran respeto por la *glasnost*, por la democracia y por el nombre de Solzhenitsyn. Estaban furiosos, e invitaron a los periodistas de la prensa y de la televisión a visitar la imprenta y presenciar lo ocurrido. Pero no acudió nadie.» Los impresores tuvieron que retirar más de un millón de portadas e imprimirlas nuevamente, sin la noticia sobre Solzhenitsyn. Solo algunos suscriptores, principalmente en Ucrania, recibieron la revista tal como había sido impresa originalmente.

No mucho después, Vadim Medvedev, quien reemplazó a Ligachov como ideólogo principal del Partido, atacó a Solzhenitsyn por su «desdén» hacia Lenin y el sistema soviético. Tanto *El archipiélago gulag* como *Lenin en*

Zurich, les dijo a los periodistas en una rueda de prensa, «minan los cimientos sobre los cuales descansa nuestra vida actual».

Sin embargo, esos cimientos se desmoronaban rápidamente. El ímpetu de la *glasnost*, alimentado ahora por las publicaciones de Solzhenitsyn en la *Revista de libros*, *Rabochoye Slovo* y otras revistas, así como por los rumores del incidente en *Novy Mir*, no podía contenerse o ignorarse. *Novy Mir* estaba ahora en posición de ejercer presión. El principal director, Sergei Zalygin, era un personaje contradictorio. Hombre de más de setenta años y con aspecto de duendecillo, había «seguido las reglas del juego» durante los años de Brezhnev, transigiendo y dejando de lado sus principios con tal de permanecer a flote. Como en el caso de Len Karpinsky en *Noticias de Moscú*, o de Vitaly Korotich en *Ogonyok*, a Zalygin todo eso le seguía pesando. Me dijo que la *glasnost* representaba su última oportunidad. Trataría de rectificar sus errores. Zalygin adoptó una estrategia de desafiante persistencia. Durante seis meses seguidos, incluyó en las galeradas para el siguiente número la conferencia que pronunció Solzhenitsyn al recibir el Premio Nobel, y durante seis meses la censura la hizo retirar. Alexander Tvardovsky, una figura legendaria durante el «deshielo», había usado la misma estrategia cuando dirigió *Novy Mir* en los años sesenta. Zalygin inició también una silenciosa campaña entre varios miembros del Politburó, incluido el propio Gorbachov. Zalygin sabía que existían fuertes discrepancias ideológicas en el seno de la cúpula dirigente —especialmente en asuntos relacionados con la historia y con la *glasnost*— y estaba dispuesto a esperar su oportunidad. Y sabía, por encima de todo, que Gorbachov se encontraba en una posición extremadamente difícil. Muchos de sus partidarios de la clase media y de la *intelligentsia* estaban perdiendo la paciencia y se sentían defraudados con la reforma. Cualquier nuevo obstáculo a la publicación de Solzhenitsyn solo podía comprometer

aún más su popularidad. Sin embargo, en su calidad de leninista declarado, de «comunista comprometido» que dependía del apoyo del aparato del Partido, Gorbachov tendría que encontrar una forma aceptable de revocar la medida y, al mismo tiempo, de no parecer cercano a un escritor que despreciaba al sistema.

Una tarde de junio de 1989, Medvedev citó a Zalygin en su despacho en el Comité Central. La reunión, según me contó Vadim Borisov, fue «extremadamente desagradable», y Zalygin tuvo la clara impresión de que la publicación de la obra de Solzhenitsyn podía sufrir una demora indefinida. Al día siguiente, el Politburó celebró su reunión habitual de los jueves. Para sorpresa de algunos miembros del Politburó, Gorbachov sacó a relucir «el problema Solzhenitsyn». Sugirió que el Sindicato de Escritores de la Unión Soviética decidiera el asunto.

El equipo de *Novy Mir* no sabía qué esperar del sindicato, organización famosa por su cobardía. Muchos de los dirigentes que aún mandan en el sindicato habían orquestado a comienzos de los años setenta las campañas de difamación contra Solzhenitsyn que lo llevaron al exilio. Zalygin y Borisov se instalaron incómodos en sus asientos en la Casa Central de los Escritores.

El primer orador fue el primer secretario del sindicato, Vladimir Karpov, un veterano servidor del régimen. Karpov era uno de esos novelistas vendidos que, a cambio de una irrestricta obediencia, obtenían la publicación de sus libros, un gran apartamento y una dacha. Solo un año antes, Karpov les había dicho a los periodistas en una rueda de prensa que Solzhenitsyn jamás sería bienvenido en la Unión Soviética a menos que renunciara a sus puntos de vista: «Si alguien desea regresar y participar en nuestro proceso de reforma, entonces es bienvenido. Pero si una persona ha mentido hasta la exageración y ha difamado a nuestro país en el extranjero,

y desea regresar y hacer lo mismo aquí, entonces no hay lugar para esa persona». Seguro que Karpov adoptaría la postura del Kremlin, pensó Zalygin. Pero ¿cuál era la postura del Kremlin?

«Camaradas —comenzó Karpov—, en el pasado teníamos una cierta opinión de Alexander Isayevich, pero ahora las cosas han cambiado...»

Un gran sentimiento de alegría invadió a Borisov. La larga espera había terminado. La conferencia que pronunció Solzhenitsyn al recibir el Premio Nobel apareció en el número de julio de 1989 de *Novy Mir*, junto con el anuncio de que las primeras partes de *El archipiélago gulag* serían publicadas en agosto. La editorial del Estado, Sovetsky Pisatel, anunció que lanzaría una edición en varios volúmenes de sus *Obras escogidas*. Después de un largo exilio, Solzhenitsyn había regresado.

Pocos días después de recibir por correo el primer «número Solzhenitsyn» de *Novy Mir*, asistí con mi amigo Lev Timofeyev a la versión teatral de *Un día en la vida de Ivan Denisovich* en el Estudio Independiente. No había avisos ni carteles en la ciudad. El Estudio Independiente era un grupo desconocido y pobre que trabajaba en un húmedo sótano, justo a la vuelta de uno de los edificios más siniestros de Moscú: Petrovka 38, el cuartel central de la policía del Ministerio del Interior.

Tras los bastidores conocí al actor principal, Yuri Kosij. Se había afeitado la cabeza y vestía una de las inmundas y harapientas chaquetas que usaban los prisioneros en los campos durante la era de Stalin. ¿Era posible que ahora los prisioneros de los campos de trabajos forzosos fueran, como los excéntricos coroneles ingleses o los libertinos franceses, «personajes» sobre los escenarios de Moscú? Sin embargo, Kosij rápidamente señaló que la obra lo tocaba de forma personal. Durante los ensayos podía oír en su

interior la voz de su padre, que había pasado diez años en los campos de trabajos forzosos de Kolimá. «He representado a personajes de Chejov, Shakespeare, todo tipo de papeles —dijo Kosij—. Pero jamás con tanta naturalidad. Es como si hubiera interiorizado la existencia de Ivan Denisovich a través de mi padre.»

Como en la novela, la obra comenzaba con el toque de diana de las cinco de la mañana y terminaba con Ivan Denisovich conciliando el sueño «plenamente satisfecho». Y, como en la novela, el Ivan de Kosij vivía un día —uno de cientos— plagado de pequeñas humillaciones, brutalidades y pequeños triunfos del espíritu. El escenario era lúgubre, con alambres de púas recubriendo los conductos de la calefacción, con tierra esparcida sobre el suelo de hormigón. La luz era vacilante, incluso a mediodía, como las tardes de invierno en Siberia.

A ratos la producción resultaba recargada, pero Lev se sintió profundamente conmovido. Idolatraba a Solzhenitsyn. Lev estuvo más de dos años en un campo de trabajos forzosos en Perm, en los Urales, y pasó seis meses en una celda de aislamiento. Era un prisionero de los tiempos de Gorbachov que fue liberado tras la «oleada de amnistía» que siguió al regreso de Sajarov a Moscú y a la cumbre de las superpotencias en Reykjavik. Ningún escritor significaba tanto para él como Solzhenitsyn. Había leído *El archipiélago gulag* en una edición clandestina, y la sola evocación de ciertos pasajes acerca de la vida espiritual del prisionero lo ayudó a soportar su reclusión. «Alexander Isayevich asestó un notable golpe al sistema —dijo—. *El archipiélago gulag* es la condena penal y espiritual de una sociedad enferma.»

Sobre el escenario, Ivan Denisovich comenzaba a conciliar el sueño. Durante unos instantes la oscuridad envolvió a la sala; luego las luces se encendieron suavemente y se oyó un sorprendido aplauso. La gente se puso

lentamente de pie, todos cansados y estirando los miembros, sorprendidos de encontrarse en un teatro y pensando, de pronto, en cosas comunes y corrientes: el camino a casa y cómo comprar algo de leche y pan para el desayuno. Pero una fuerte emoción embargaba todavía a Lev. Mientras caminábamos por la calle me dijo: «Ese olor, ese olor a cuero mojado, a lana mojada y a sudor, es el olor de los campos de prisioneros. Me hace volver atrás en el tiempo».

Hacia 1990, los prisioneros políticos se convirtieron en una nueva camada de políticos. En Ucrania, los nacionalistas eligieron a ex prisioneros políticos para que dirigieran sus destinos: Bogdan y Mijail Horyn, Stepan Jamara, Vyacheslav Chernovil. Conocí al filólogo Levon Ter-Petrossian en Yereván una semana después de ser liberado de la prisión; dos años después fue elegido presidente de Armenia. En Georgia, el ex prisionero político Merab Kostava era un hombre de gran popularidad, y su muerte en un accidente automovilístico causó una gran conmoción; lo lloraron durante varios días. Un hombre muy inferior, Zviad Gamsajurdia, llenó el vacío. Gamsajurdia era un paranoico, un necio que no merecía confianza alguna, pero era, después de todo, camarada de Kostava. Esa fue su arma. Fue elegido presidente de Georgia, pero tras un golpe de Estado se vio forzado a abandonar Tiflis. Un protegido de Sajarov, el biólogo Sergei Kovalev, prisionero durante muchos años en los Urales, se convirtió en un dirigente clave en el Parlamento ruso. Como diputado, se encontró de pronto vistiendo traje y visitando las prisiones para enseñar a los mandos los rudimentos de la decencia y de los derechos humanos.

Según las principales organizaciones de derechos humanos de la Unión Soviética y de Occidente, la última isla del gulag, el último campo para

prisioneros políticos, era un complejo en los montes Urales llamado Perm-35. Anatoly Shcharansky, Vladimir Bukovsky, Sergei Grigoryants, Timofeyev y Kovalev estuvieron todos ellos algún tiempo en Perm. Luego el número de prisioneros políticos se redujo tanto que algunos de los campos de prisioneros de Perm habían cerrado sus puertas y se habían fusionado en uno solo, Perm-35.

Perm era una clásica ciudad soviética; esto es, una masa urbana imposible de distinguir de cientos de otras, con una avenida Lenin y calles anchas y llenas de baches, y bloques de apartamentos tan feos y uniformes que de solo verlos daban ganas de llorar. Durante mucho tiempo, Perm estuvo cerrada a los periodistas. Como muchas ciudades de los Urales, era un centro de producción militar. Pero ahora Perm era una ciudad abierta, y llegar al campo de prisioneros no representaba ningún problema. Acompañado de un periodista local que había conocido en Moscú, llamamos al jefe de la policía. El Ministerio del Interior de la región estaba por entonces hastiado de las visitas ocasionales de periodistas o miembros del Congreso. El coronel Andrei Votinov, al frente de las fuerzas de seguridad, era un sujeto astuto e inocuo. Quería que le explicara «qué diablos» me impulsaba a conducir durante cuatro horas para visitar «una ratonera». Tras explicarle mis válidas razones, le pregunté en qué condiciones se encontraba Perm-35.

«Ya verá —dijo—. Es exactamente como Suiza.»

Me dijeron que regresara al hotel y esperara.

A las ocho de la mañana del día siguiente, el comandante Nikolai Dronin, un agente de la ley que no sonreía, llamó a mi puerta.

«Estamos listos para ir a la prisión.»

El viaje hasta Perm-35 duró cuatro horas, pero agradecí el aburrimiento. En Moscú, e incluso en los viajes a otras capitales de república, era fácil

perder el sentido de la extensión del país. Aquí se podía entender cómo tantos centenares de islas en el archipiélago gulag podían pasar inadvertidas, perdidas entre bosques y pueblos mineros, y en lo alto de las montañas. Todas las trivialidades sobre el tamaño de la Unión Soviética —las once franjas horarias, el número de veces que cabría Francia en Kazajstán, etcétera— adquirían verdadero sentido solo al conducir durante horas y horas. En los Urales, como en muchos otros lugares, Rusia parecía una frontera sin límites, salvaje y enorme, con solo algunos lugares poblados, ciudades construidas velozmente, lugares inhabitables donde vivían decenas de millones de personas, no tanto pueblos como agrupamientos de población, mano de obra concentrada alrededor de centros de trabajo: aserraderos, plantas químicas, minas de carbón, etcétera. A lo largo de todo el camino vimos campesinos conduciendo carretas de madera cargadas de carbón y mujeres jorobadas cargando con sus pesados sacos por el camino. Podríamos haber viajado durante una semana o más hacia el este y habernos topado con el mismo espectáculo.

Finalmente apareció un desvío, primitivo y sin señalización. «El camino hacia Perm-35», dijo el comandante.

Mi anfitrión sería el teniente coronel Nikolai Osin, que había dirigido el campo de prisioneros desde su creación en 1972. Shcharansky, Bukovsky, Marchenko, Stus, Orlov, Timofeyev: todos conocían a Osin. Shcharansky, especialmente, recordaba el pálido fulgor de sus ojos y el color rojizo de su rostro. «Osin era un hombre enorme y flácido —escribió Shcharansky—, de ojos pequeños y párpados hinchados, que parecía haber perdido largo tiempo atrás el interés en todo lo que no fuera la comida ... Pero era un maestro de la intriga que había aventajado a muchos de sus colegas en el camino a la cima ... Pude comprobar que gozaba de su poder sobre los prisioneros y que le gustaba verlos sufrir. Pero jamás olvidaba que los *zeks*

—los prisioneros— eran, por encima de todo, un medio de hacer carrera, y sabía cómo ceder terreno en un contexto de crisis.»

Una vez que a Shcharansky se le negó el permiso para celebrar hanukkah, este se declaró en huelga de hambre. Osin quería evitar un escándalo y propuso un rápido acuerdo: si Shcharansky ponía fin a la huelga de hambre, sería autorizado a encender sus velitas de hanukkah. Shcharansky estuvo de acuerdo, pero exigió que cuando pronunciara las oraciones de rigor, Osin permaneciera ahí con la cabeza cubierta y, al final, dijera «amén».

«Bendito eres tú, Señor, por permitirme encender estas velas —comenzó Shcharansky en hebreo—. Permíteme que encienda muchas veces las velas de hanukkah en tu ciudad, Jerusalén, junto a mi esposa, Avital, y junto a mis familiares y amigos.»

Inspirado por la presencia de Osin, Shcharansky agregó: «Y que llegue el día en que todos nuestros enemigos que hoy planean nuestra destrucción se sitúen ante nosotros y escuchen nuestras plegarias y digan, “amén”».

«Amén», repitió Osin.

Shcharansky difundió rápidamente la noticia de la «conversión» de Osin en Perm-35. Esto le valió unos días de aislamiento, pero Shcharansky no pudo resistir la tentación. Hoy vive en libertad en Israel. Tras su liberación, su madre rebuscó entre las fotografías de su hijo en Jerusalén. Deseaba enviarle un pequeño recuerdo al teniente coronel Nikolai Makarovich Osin.

Perm-35 era un lugar muy pequeño: apenas quinientos metros cuadrados, unos pocos barracones, torres de vigilancia y alambres de púas por todas partes. Osin estaba allí para recibirnos, y era tal como Shcharansky lo había descrito: inmensamente gordo y con ojos apagados y despiadados. Subimos

algunas escaleras y pasamos junto a algunos carteles de propaganda del Partido —¡El Socialismo es Orden!—, hasta llegar a su oficina. Osin tenía un amplio escritorio y un mullido sillón; se presentó a sí mismo como un ejecutivo y satisfecho funcionario. Era humilde solo en el tamaño de su fuerza de trabajo. Solo quedaban dieciséis hombres a su cargo. El Ministerio del Interior planeaba deshacerse de los prisioneros políticos y traer a «toda una población» de delincuentes comunes: violadores, asesinos y ladrones.

«De modo que es hora de jubilarse —dijo el comandante, inclinándose en la silla—. Viviré de una pensión a partir de fin de año.»

Osin intentó, aunque no pudo, ocultar su desprecio por los últimos acontecimientos de la historia soviética, el caprichoso vaivén de una sociedad civil que lo convertía en una reliquia del pasado totalitario. Durante años había infligido castigos a poetas disidentes, sacerdotes y matemáticos. Era, por usar la expresión de Stalin, un «eslabón en la cadena» ejemplar. Cumplía órdenes y «todos los prisioneros eran iguales para mí». Iguales bajo la anarquía.

«Mire, hablan de prisioneros políticos, pero aquí jamás hubo —dijo Osin —. Había leyes y estaban condenados bajo esas leyes, y eso era todo. Habían traicionado a su madre patria. Luego las leyes cambiaron, pero eso es otra historia.» No mostraba señales de arrepentimiento, ni siquiera de duda. «¿Qué debo lamentar? —afirmó—. Traían a la gente porque era culpable según la ley y yo seguía órdenes. Fue el trabajo que elegí, y cumplí con mis obligaciones. Hice lo que se necesitaba de mí. Pienso que aquí las condiciones de vida de los prisioneros son mejores que las de algunas personas que viven en libertad. Tienen carne, después de todo.» En ese momento Osin se sujetó el estómago y una carcajada sacudió su cuerpo. Todo un espectáculo.

Osin no estaba completamente ocioso. Los tribunales aún consentían las intrigas políticas de los jefes locales y regionales del Partido Comunista. De todas las ramas del gobierno, el sistema judicial era posiblemente el menos afectado por la reforma. Pero la mayoría de los casos que quedaban no eran, según la jerga de los expertos, casos políticos «puros». De hecho, Gorbachov y la administración de Perm-35 afirmaban que en el país ya no existían los prisioneros políticos. «La mayoría de los casos que quedan son mixtos, gente que trató de abandonar ilegalmente el país, gente que mantenía contactos ambiguos con grupos extranjeros —dijo Sergei Kovalev, ex prisionero político que se convirtió posteriormente en presidente del Comité de Derechos Humanos del Parlamento ruso—. Estoy dedicado fundamentalmente a estudiar la duración de sus condenas. Gente con diez y quince años en un campo de prisioneros por tratar de remar en una balsa hasta Turquía... es absurdo.»

Como un buen anfitrión en la inauguración de una casa, Osin se levantó de su sillón y dijo: «¡Bien! ¡Permítame mostrarle el lugar!».

La visita guiada de Osin, con mucho énfasis en la calidad de la pintura y de la limpieza de los suelos y baños, fue significativa mientras no vimos prisioneros.

«Salieron a trabajar», explicó Osin.

Le pregunté cuándo regresarían.

«Vamos a almorzar», contestó Osin.

Y eso hicimos; una comida que desafiaría la imaginación de los prisioneros: sopa de coles, pan integral, ensalada, pollo, puré de patatas, zumo de fruta. Acto seguido, como turistas apurados, salimos para continuar nuestra visita. Vimos la enfermería. Vimos los barracones donde dormían los hombres. Pero de pronto, mientras Osin nos mostraba la

firmeza de las camas, un hombre de mediana edad con la cabeza afeitada y traje de prisionero se acercó corriendo por el pasillo.

—¡Debo hablar con usted! ¡Me están golpeando!

—Yasin —dijo Osin de mal humor, con los ojos todavía fijos en el colchón. El comandante apretó los labios. Su cuello enrojeció.

—¡Debo hablar con usted! —dijo Yasin.

Los guardias forcejeaban con el hombre tratando de hacerlo regresar al cuarto donde mantenían a los prisioneros. Le pregunté si podía hablar con el hombre, identificado luego como Valery Yasin. El comandante levantó los ojos al cielo y esbozó un gesto con la mano como para decir que Yasin era un hombre mentalmente desequilibrado y que no valía la pena escucharlo. Pero ordenó: «Tráiganlo de vuelta».

Los guardias trajeron a Yasin de vuelta. Estaba sin aliento y su piel era pálida y estaba húmeda. Había entrado y salido de prisiones, hospitales psiquiátricos y campos de prisioneros como Perm-35 durante más de quince años. Se le había acusado de salir ilegalmente del país, de negociar con extranjeros. Debía permanecer prisionero hasta el año 2003. El caso de Yasin, según un funcionario de Helsinki Watch, era turbio («Los aspectos políticos y delictivos están entremezclados, son confusos»). Sin embargo, no se podía dudar de la furia de Yasin. Sus palabras brotaban entre jadeos.

«Durante siete años me negué a salir de paseo o salir a la calle. Esa fue mi protesta. Exigí también permanecer solo en una celda individual. Estaba desesperado, convencido de que me matarían. Me golpeaban. Exigían pruebas que el KGB necesitaba. Querían que cooperara con ellos y decían que de otro modo me dejarían morir.

»Estaba desesperado y me corté las venas. Me golpearon y me metieron en una celda de aislamiento. Eso fue en febrero. Perdí un litro y medio de sangre. Estaba medio muerto, y en ese estado me arrastraron hasta la celda

de aislamiento, que era extremadamente fría, y me lanzaron allí desnudo. Fue una orden del teniente coronel Osin.»

Osin, sentado ahí cerca, entrecerró los ojos. No dijo nada. Un guardia apostado cerca de la puerta exclamó: «¡Déjenlo que diga por qué se cortó las venas!».

«Tengo un documento en el que dice por qué me corté las venas —dijo Yasin—. Actuaron como bárbaros. El 10 de diciembre, día de los Derechos Humanos, me raparon la cabeza. Me golpearon, me retorcieron las manos, me retorcieron los brazos. Así es como celebran aquí el día de los Derechos Humanos.»

El guardia dijo: «Solo puede dejarse crecer el pelo tres meses antes de ser puesto en libertad. ¿Cuánto falta para su liberación?».

«Mi pelo estaba ya corto», contestó Yasin.

«Si alguien aprueba una nueva ley, tal vez entonces no sea necesario afeitarle la cabeza —dijo el guardia—. Hasta ese momento, si usted se niega a hacerlo de forma voluntaria tendremos que hacerlo a la fuerza.»

Osin permanecía en silencio.

Yasin transpiraba. «De modo que así es como se rigen por la ley —dijo —. Esposan y golpean a la gente bajo el pretexto de que uno opondrá resistencia. La gente está obligada a someterse a este humillante procedimiento. En todo el mundo, afeitarle a uno la cabeza se considera una humillación.»

Con un movimiento imperioso de la mano Osin ordenó que sacaran a Yasin de la habitación. Solicité hablar con otros prisioneros. Osin me dirigió una mirada furibunda, pero aceptó. El primer hombre que pedí ver fue a Yuri Pavlov, quien había sido condenado a siete años por espionaje. El hombre que conocí no parecía capaz de hacer una llamada internacional. Estaba completamente aletargado; se le había diagnosticado algún tipo de

«lesión cerebral». Lo interrogué acerca del trato que recibían los prisioneros en Perm y contestó mecánicamente: «Hay mejorías. Recuerdo cómo era antes y puedo compararlo con el presente. Cuando estaba en Perm-35 con Timofeyev era mucho peor. Ahora mis quejas son más que nada médicas». Pavlov pidió que le recordara su nombre a Timofeyev y salió lentamente por la puerta.

Entonces los guardias trajeron al último prisionero de mi lista, Vitaly Goldovitch, un físico que había trabajado como investigador y que había sido acusado de traición y de otros delitos al tratar de escapar a Turquía remando en una balsa por el mar Negro. Goldovitch estaba nervioso, le temblaban las manos. Pasaban meses sin que recibiera visitas, sin otra compañía que la de los guardias y el resto de los prisioneros. Nadie le había dicho que vendría un periodista y ahora de su boca las palabras brotaban a medio pronunciar. Para tratar de calmarlo le repetí lo que había afirmado Pavlov respecto a que el trato había mejorado últimamente. Pero Goldovitch dijo que eso no tenía sentido, que él era maltratado y castigado constantemente.

Agregó que, de todas formas, hacía un esfuerzo por «vislumbrar a los seres humanos que se esconden tras los uniformes de los guardias. Puedo percibir que algunos de ellos son buenas personas, pero están psicológicamente destruidos. Casi no hay gente libre en la Unión Soviética». Osin escuchaba con aburrida condescendencia. Una vez más, torció el gesto para indicar que la acusación era una simple fantasía, locura. ¿Quién estaría dispuesto a creer que ocurrían esas cosas en Perm-35?

Cuando dejamos a Goldovitch le pedí a Osin que me permitiera ver las celdas de aislamiento. Prácticamente todos en Perm-35, casi todos los prisioneros políticos en la historia de la Unión Soviética, habían pasado algún tiempo en esos lugares.

«¿Es realmente necesario?», me preguntó Osin.

Enojado, Osin salió afuera, abrió una enorme reja y me señaló una pequeña cancha cubierta de nieve y barro. Había porterías de fútbol en cada extremo de la pista. «Instalaciones deportivas —dijo con disgusto—. Aquí pueden jugar al fútbol, al vóleibol, a lo que quieran. No creo que en el lugar donde usted vive las prisiones tengan este tipo de instalaciones, ¿no es así?»

Osin abrió la puerta de un pequeño cobertizo con un pasillo estrecho y una serie de pequeñas celdas; las celdas de castigo. Por esta vez —quizá para contentar al visitante de turno— estaban vacías. En todas había un tablón de madera que servía de cama, «¿Ve? —dijo Osin—. No es tan terrible.» Cuando hablamos, Goldovitch había dicho que pasó más de un año en una celda de castigo tras una rebelión en Perm-35 en 1989. Algunos presos se negaron a trabajar, a presentarse a los recuentos y a llevar su nombre en la solapa de la camisa. «Nos negamos a hacer todo aquello que se nos exigía como si fuéramos soldados —explicó—. Queríamos hacer esta revuelta dentro de la ley, en el marco de la ley. Después de aquello hubo nueve personas que acabaron en celdas de aislamiento.

»Es difícil, pero uno se acostumbra. La celda tiene tres metros de largo, por uno de ancho y dos de alto. La celda es como la ropa. Uno siente frío, pero en tres días el calor de tu propio cuerpo ayuda a que uno se mantenga templado. Para evitar volverse loco uno camina todo el día, no duerme, busca cosas pueriles, como llenar las grietas de la pared con papel. O lavar el pañuelo una y otra vez. Uno reflexiona mucho y eso ayuda.»

Osin cerró la puerta de golpe y me acompañó hasta el automóvil. Se despidió y no sonrió.

Durante el viaje de regreso a la ciudad, el comandante Dronin comenzó a hablar de política, de la «anarquía» imperante en el país.

«Pronto habrá una dictadura —dijo con cierta satisfacción—. No serán

los órganos del Partido Comunista los que asuman el poder, serán los verdaderos órganos: el KGB. Tratarán de desarrollar la economía, pero impondrán una disciplina estricta.»

¿Como en tiempos de Stalin?, pregunté.

«No, eso fue demasiado duro —dijo—. Pero quizá como en tiempos de Brezhnev o de Andropov.»

Dronin mantuvo fija la mirada en el paisaje mientras el campo de prisioneros se fundía con la blanca neblina detrás de nosotros. Tenía los ojos abiertos, pero parecía soñar.

Tercera parte

Días de revolución

19

«Mañana es día de batalla»

Los hechos históricos se transforman en mitologías históricas, pero nunca antes había podido comprobar lo rápida que es esta evolución. Todo lo que presenciaba en Moscú, Vilnius, Siberia y demás lugares instantáneamente trascendía «los hechos» (las reuniones, las manifestaciones, los reportajes periodísticos, las transcripciones y las grabaciones). No había relato, conflicto o levantamiento que no adquiriera una dimensión mítica: el drama de la venganza protagonizado por Gorbachov y Yeltsin, el drama de David y Goliat entre Lituania y el Kremlin, o el irónico drama del proletariado de las minas de carbón. Aún mayor estatura mítica cobraba la presencia de un santo entre los necios y los vanidosos, entre los humillados y los ofendidos. Sajarov era el descubridor del fuego (la bomba de hidrógeno) que había renunciado a su don; el hombre que emprendió el rescate de la tierra de Nod cuando eso era una empresa quijotesca; el que volvió del exilio para entregar su sabiduría y hostigar al zar.

Pero también estaba el hombre de carne y hueso, y hacia finales de 1989 Sajarov había agotado la última gota de su sangre y de su energía. Tenía sesenta y ocho años y su rostro era frágil como un pergamino. Hablaba en un murmullo arrastrado. No podía subir más de siete u ocho escalones sin

ahogarse; su espalda estaba encorvada. Sin embargo, las demandas sobre su tiempo y sus energías iban en aumento. Recibía ahora más visitas en su apartamento de la calle Chkalova que en los años setenta, cuando la mesa de cocina de Sajarov era el eje del movimiento por los derechos humanos. Ahora, ya no había nada que impidiese visitarlo y todos acudían: periodistas, cineastas, amigos, extranjeros, acólitos, adjuntos y eruditos extranjeros.

Al permitir el regreso de Sajarov, acto que ocasionó gruñidos en la *nomenklatura* del Partido, Gorbachov desempeñó el papel de zar bondadoso y benevolente. Se sentía orgulloso de sí mismo. Pero Sajarov se negó a complacer la vanidad de Gorbachov. Incluso en la primera conversación telefónica desde Gorky, Sajarov le recordó a Gorbachov la muerte de un prisionero político, su gran amigo Anatoly Marchenko, y exigió la liberación de una larga lista de reclusos. Sajarov obró como lo hacen los santos; alababa tibiamente al zar cuando este tomaba una decisión correcta, pero nunca le daba tregua. El respaldo de Sajarov era condicional; sus decisiones no se basaban en las realidades en el seno del Partido —si bien las conocía a la perfección—, sino en un conjunto de reglas morales que cabían en dos pequeñas tablas de piedra.

Sajarov respetaba a Gorbachov y lo consideraba un político valiente, pero no estaba dispuesto a rendirle pleitesía. Durante la primera sesión del Congreso, Gorbachov cedió en múltiples ocasiones la palabra a Sajarov, pero cuando este trató de presionar a Gorbachov para que respaldara un «decreto sobre el poder» que pusiera fin al monopolio del Partido Comunista, la respuesta de Gorbachov fue altanera y despectiva. Los santos producen irritación, y Sajarov irritaba profundamente a Gorbachov. Aun sin tener en cuenta las miradas de furia y el tono prepotente de la voz de Gorbachov, la grabación de la sesión es una prueba contundente de ello:

GORBACHOV: De todos modos, es hora de que termine, Andrei Dmitriyevich. Su tiempo se ha agotado.

SAJAROV: Estoy terminando. Estoy dejando argumentos de lado. Hay mucho que no he dicho.

GORBACHOV: Ya basta. Su tiempo ha concluido. Lo siento, pero eso es todo.

SAJAROV: (inaudible).

GORBACHOV: Eso es todo, camarada Sajarov. ¿Respeta usted al Congreso?

SAJAROV: Sí, pero más respeto al país y a la gente. Mi mandato se extiende más allá de los límites de este Congreso.

GORBACHOV: Muy bien. ¡Eso es todo!

SAJAROV: (inaudible).

GORBACHOV: Le solicito que termine. Debe concluir. ¡Eso es todo! Llévese su discurso, por favor. (Aplausos en la sala.) Le pido que se siente. Enciendan el otro micrófono.

Había una parte de Gorbachov que no podía dejar de sentir un profundo respeto por Sajarov, incluso envidia; pero también lo irritaba profundamente el que un hombre al que se había dignado devolverle la libertad fuera, de alguna manera, intocable, incontrolable. Sajarov daba la impresión de estar por encima de la política, incluso cuando tomaba parte en un acalorado debate. Cuando Sajarov fue duramente atacado por un veterano de guerra de Afganistán y abucheado por los partidarios de la línea dura, algunos telespectadores llamaron para manifestar su preocupación por que Andrei Dmitriyevich sufriera un ataque al corazón. Pero era un hombre sereno, absolutamente sereno. Tal vez fuera esa cualidad la que enfurecía a Gorbachov. Cuando el semanario *Argumenti i Fakti* publicó una encuesta en que Sajarov aparecía de lejos como el político más popular del país, Gorbachov perdió los estribos. Incluso amenazó con despedir al director.

Era muy sencillo: Sajarov representaba la dura e ineludible verdad. Una tarde, durante esa primera sesión del Congreso, Sajarov solicitó una reunión en privado con Gorbachov. En sus memorias, Sajarov recuerda la espera que precedió a la reunión.

«Podía ver la enorme sala del palacio de Congresos, ahora en penumbra y vacía. Había guardias frente a las puertas. Finalmente, una media hora más

tarde, salió Gorbachov en compañía de [su adjunto, Anatoly] Lukyanov. Lukyanov no entraba en mis planes, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Gorbachov parecía cansado, como también lo estaba yo. Acercamos tres sillas hasta la mesa del podio. Durante la conversación Gorbachov se mantuvo muy serio. La sonrisa que habitualmente me reservaba —medio bondadosa, medio condescendiente— nunca asomó a su rostro.

«Le dije: "¡Mijail Sergeyevich!, no soy yo quien debe decirle lo mal que están las cosas en el país, lo insatisfecha que se encuentra la gente. Hay una crisis de confianza en el país que afecta a la cúpula y al Partido. Su autoridad y su liderazgo personal están por los suelos. La gente ya no puede vivir de promesas. En situaciones como esta, es casi imposible optar por un camino intermedio. Tanto el país como usted se encuentran en una encrucijada; o acelera el proceso de cambio o trata de conservar el sistema de mando administrativo con todas sus cualidades. En el primer caso debe utilizar el respaldo de la 'izquierda', puede estar seguro de que cuenta con muchas personas valientes y llenas de energía. En el segundo caso, usted mejor que nadie sabe quiénes lo respaldan, pero no le perdonarán jamás el intento de *perestroika*".»

En otras palabras: establezca una alianza con los radicales, que están en lo correcto; los *apparatchiks* del Partido, el complejo industrial-militar, todos ellos son sus enemigos, haga lo que haga. No importa cuánto tiempo los mime, al final lo traicionarán. No se engañe. Pero el mensaje de Sajarov no caló en Gorbachov.

Poco después de que estallaran las huelgas en Siberia, Sajarov, Yeltsin, Yuri Afanasyev y el economista Gavriil Popov crearon una facción radical de oposición en el cuerpo legislativo, el Grupo Interregional. Ese hecho no hizo más que aumentar las tensiones entre Gorbachov y Sajarov en la

siguiente sesión del Congreso, en diciembre de 1989. Gorbachov cedió una vez más la palabra a Sajarov, pero cuando el discurso adquirió un tono demasiado radical, lo interrumpió de forma arrogante. «¡Eso es todo!», ladró Gorbachov cuando Sajarov quiso presentarle los miles de telegramas que pedían el fin del monopolio del Partido sobre el poder. En la privacidad de su casa, Sajarov estaba tan desesperado por «las medidas a medias» de Gorbachov que redactó en un cuaderno su propuesta de una Constitución en que vislumbraba una comunidad euroasiática donde la participación sería voluntaria y el Partido Comunista, solo uno entre tantos. Al igual que sus ensayos de 1968 anticiparon las ideas de la *perestroika*, su Constitución se avanzaba a lo que un día parecería la cordura misma. («Si hubiésemos escuchado más cuidadosamente a Andrei Dmitriyevich, tal vez habríamos aprendido algo», diría Gorbachov tres años más tarde).

En la tarde del 14 de diciembre, el Grupo Interregional celebró una reunión en el Kremlin. Sajarov parecía agotado, y dormitó durante gran parte de los discursos. Yeltsin declaró más tarde que Sajarov «estaba claramente enfermo», pero en ese momento nadie dijo nada y la sesión siguió su curso. En su discurso, Sajarov manifestó que le desesperaba la actual política de «medidas a medias» y que una fuerza de oposición era el único medio para acelerar el proceso de reforma. Afirmó que el gobierno de Gorbachov «conduce el país a la catástrofe y alarga en exceso el proceso de la *perestroika*. Durante este tiempo el país se hundirá irremisiblemente, la ruina será total. El único camino, la única posibilidad de cambio, es radicalizar la *perestroika*». Instó una vez más a Gorbachov a que derogara el artículo 6 de la Constitución, que confería al Partido Comunista el monopolio sobre el poder. En vez de dirigirse a su casa después de la sesión, Sajarov acordó reunirse con unos periodistas kazajos en un hotel cerca del Kremlin para lo que sería una larga entrevista.

De vuelta en su apartamento, Sajarov le dijo a su esposa, Yelena Bonner, que bajaría a su estudio. Quería dormir una siesta antes de escribir un nuevo discurso. Le pidió a Bonner que lo despertara a las nueve. Todavía le quedaba mucho trabajo por hacer antes de la mañana. «Mañana —sentenció — es día de batalla.»

Cuando Bonner bajó para despertar a su marido, lo encontró tendido sobre el suelo del pasillo; estaba muerto. «El sistema totalitario probablemente acabó con él —diría Vitaly Korotich más tarde—. Solo me alegro de que, antes de morir, Sajarov le asestara un golpe mortal al sistema. Si Dios envió a Jesús para expiar los pecados de la humanidad, entonces algún dios marxista envió a Andrei Sajarov para pagar por los pecados de nuestro sistema.»

A las nueve de la mañana del día 15, a medida que los diputados iban llenando la entrada del palacio de Congresos, todos ya conocían la noticia o se enterarían en ese momento. Los hombres y mujeres más cercanos a Sajarov estaban visiblemente afectados. De pie, solos o en compañía de amigos, guardaban silencio, fumando y mirando por las ventanas que daban sobre las iglesias y agujas del Kremlin. Yuri Karyakin, el especialista en Dostoievski que junto con Sajarov había sido uno de los fundadores del grupo de estudio Tribuna de Moscú, me dijo que el país había perdido a «su perfecto compás moral». Yeltsin recorría los pasillos con la mirada ausente, hasta que algunos de nosotros lo interrogamos acerca de Sajarov. Yeltsin pareció aliviado de tener una tarea por delante, de enfrentarse a las cámaras y las libretas de notas. «Debemos llegar hasta el final del camino que Sajarov trazó. Estamos en deuda con el nombre de Sajarov, con la persecución que sufrió», dijo, en el tono de un hombre que habla consigo mismo.

Impulsado por su constante necesidad de complacer a la mayoría de los

diputados presentes en la sala, Gorbachov jugó a la política. Tardaría muchos años en reconocer plenamente la influencia de Sajarov, y ahora ni siquiera anunció la noticia ni hizo comentario alguno desde el estrado. Expresó su pesar ante el semanario liberal *Noticias de Moscú* pero se negó a hacerlo frente a ese público. Dejó pasar la ocasión. En cambio, Vitaly Vorotnikov, un hombre de gran prestigio en el Politburó, se levantó para decir que «uno de los más grandes científicos y una eminente figura pública», Andrei Dmitriyevich Sajarov, había fallecido. Reconoció que: «su contribución a la capacidad de defensa del Estado ha sido enorme y única». Pero cuando abordó el tema de la política, Vorotnikov se expresó mediante eufemismos: «El análisis objetivo de varios aspectos de su actividad tendrá que hacerlo la historia». No se habló del movimiento disidente o de la nueva oposición, ni se dijo nada acerca de su liderazgo moral o de su ejemplo.

Luego nos pusimos de pie y guardamos un minuto de silencio.

A continuación, Gorbachov simplemente dejó que Vorotnikov prosiguiera con el programa previsto. Los miembros del círculo de Sajarov expresaron su sorpresa por que no se clausurara la sesión y se decretara un día de duelo nacional. Ilya Zaslavsky, el ingeniero de treinta años que había quedado inválido en la infancia, se arrastró sobre sus muletas hasta el podio. Era el representante de la Región Octubre de Moscú. Antes de la sesión, Zaslavsky se había acercado a Gorbachov pidiéndole que decretara un día de duelo en honor a Sajarov. Gorbachov se negó, aduciendo que «no era la tradición». Por lo tanto, en ese momento Gorbachov sabía muy bien lo que Zaslavsky quería decir, y, antes de que el joven diputado pudiese abrir la boca, Gorbachov lo increpó duramente: «¡Siéntese!». Pero Zaslavsky no se movió. Gorbachov le ordenó de nuevo que se sentara. Y nuevamente Zaslavsky se mantuvo firme, esperando que cesaran los

murmullos de los diputados para tomar la palabra. Desde un costado del escenario se acercó un esbirro que trató diestramente de «ayudar» a Zaslavsky a regresar hasta su escaño. Zaslavsky le clavó una mirada fulminante, la mirada de un boxeador que mide a su presuntuoso adversario en la otra esquina del cuadrilátero. El hombre volvió cobardemente a su lugar. Gorbachov estaba ahora ante la disyuntiva de tener que obligar a un joven inválido a volver a su asiento por el delito de querer hablar a favor de un santo caído o ceder. Fue una escena impactante, e incluso desde mi asiento, en la galería, pude apreciar (con la ayuda de un par de binoculares) la furia en los ojos de Gorbachov. Pero finalmente cedió. Zaslavsky exigió un día de duelo y el presidente dijo que se consideraría la sugerencia. Nunca fue considerada.

Más tarde Zaslavsky me comentó el episodio. «Pensé que era mi deber no volver a mi escaño. Hay momentos en que una persona tiene que decir lo que lleva dentro. Sajarov era la conciencia de nuestro país. Siempre sentí una profunda admiración por él y era mi deber hacer ese gesto. Al principio de la sesión me acerqué a Gorbachov y le pedí que decretara un día de duelo nacional, pero me dijo que no podía hacerlo porque iría en contra de la tradición. Al parecer, tenemos un procedimiento establecido para estos casos: a un secretario general le corresponden tres días de duelo, a un miembro del Politburó le corresponde uno y a un académico, ninguno. Gorbachov me dijo que, de acuerdo con los precedentes, no habría duelo. Pero todos los demás países estarán de duelo. ¿Y nosotros?»

Entretanto, los partidarios de la línea dura en el Congreso no podían ocultar su profundo desdén por Sajarov. También ellos desempeñaron un papel en el relato mítico: el de los incrédulos, los paganos enardecidos en contra del santo. Se habían mofado de él cuando estaba frente a la tribuna, y ahora que estaba muerto no sentían más que desprecio. Tatyana

Zaslavskaya, la socióloga que había asesorado a Gorbachov en materia de opinión pública antes de que accediera al poder, me dijo que se sentía profundamente avergonzada y asqueada al oír «los comentarios burlones y repugnantes del aparato» sobre Sajarov. Cuando finalmente se anunció que la sesión se suspendería durante algunas horas el día del funeral, los conservadores abuchearon. La hipocresía cundía por todas partes. La agencia Tass, que había calumniado a Sajarov en vida acusándolo de ser un «agente extranjero» y un «avaro», ahora lo colmaba de elogios en sus cables. Hubo incluso un anuncio que ofrecía un vídeo exclusivo de los últimos días de Sajarov para los canales de televisión extranjeros por la suma de mil quinientos dólares. Y no fue el único episodio sórdido. Yevgeny Yevtushenko persiguió a los corresponsales en el Congreso para entregarles una copia (en ruso y en inglés) de un poema que acababa de escribir en honor a Sajarov. «Tal vez le interese publicarlo en la página editorial», ofrecía.

La gente de Moscú transformó rápidamente el apartamento ubicado en el número 48 de la calle Chkalova en un santuario. Las personas iban para depositar claveles sobre los escalones de la entrada. Alguien colocó una fotografía de Sajarov sobre la pared y, como si no bastase con este icono, hubo quienes rodearon el retrato con velas y flores. Uno de los primeros dolientes que se concentraron ante el edificio colocó un grueso cuaderno a la entrada para que la gente escribiera sus mensajes de despedida. «Hemos quedado huérfanos —expresaba un mensaje—. Sin usted, no hay quien nos defienda o defienda a nuestros hijos.» «Caiga la deshonra sobre los asesinos —decía otro—. Perdone los sufrimientos que le causamos. Perdónenos porque los que ahora hablan bien de usted no fueron capaces de hacerlo mientras estuvo con vida. Las palabras no sirven de nada, y no fuimos

capaces de protegerlo mientras estuvo entre nosotros. Pero conservaremos por siempre jamás su recuerdo. Perdónenos.»

En el piso de arriba, Bonner estaba rota por el dolor. Con el cuerpo de su marido todavía en el apartamento, tuvo que pasar por el infierno de organizar el funeral con Yevgeny Primakov, un hombre de Gorbachov. Finalmente, una destartalada ambulancia llegó hasta el lugar y estacionó en el barro, junto a la limusina de Primakov. Tres enfermeros de batas sucias subieron hasta el apartamento, sujetaron firmemente el cuerpo a una camilla y bajaron a pie los siete pisos hasta la ambulancia. Luego Bonner tuvo que enfrentarse a los reporteros. Asomó la cabeza por la puerta y perdió el control. «Todos ustedes hicieron lo posible para que Andrei muriera. Ustedes, con sus llamadas día y noche, y no dejándonos jamás vivir ni trabajar en paz. ¡Compórtense como seres humanos! ¡Déjennos solos!»

Bonner era una mujer de temperamento incendiario, pero también ella era digna de una profunda admiración. Le resultaba indispensable a Sajarov, era el león frente a su puerta. Lo protegía, lo inspiraba, y él amaba su ferocidad. En su labor en pro de los derechos humanos, Sajarov y Bonner formaban un equipo. Sufrieron, tanto física como psicológicamente, en igualdad de condiciones. El KGB hostigaba a los Sajarov de cualquier forma imaginable, incluso enviándoles «tarjetas de Navidad» con grotescas imágenes de cuerpos mutilados y monos con electrodos en la cabeza. Sus hijos y nietos recibían constantes amenazas. Tass, *Izvestia* y *Pravda* difundieron un sinfín de calumnias. En Gorky, un grupo de rufianes armados asaltó su apartamento. Después de amenazar con convertir el lugar en «un Afganistán», uno de los hombres se volvió hacia Sajarov y le dijo: «No estará aquí por mucho tiempo. Lo llevarán a un sanatorio donde tienen los instrumentos para transformar a la gente en idiotas». Un «historiador» llamado Nikolai Yakovlev escribió un libro acusando a Bonner de ser una

«bandolera sexual ... que se había abalanzado sobre el viudo Sajarov». En uno de los episodios más memorables de la historia de la caballerosidad rusa, Sajarov —el buen, el gentil Andrei Dmitriyevich— se enfrentó a Yakovlev y le cruzó el rostro de una bofetada.

«Un año atrás, Yelena Georgiovna y yo viajamos juntos a París para asistir a una conferencia sobre derechos humanos —le contó Lev Timofeyev a Esther durante el velatorio—. Andrei Dmitriyevich acababa de llegar de Estados Unidos y nos reunimos en el aeropuerto. Habían dejado de verse durante un mes y medio, y el rostro de ambos se encendió como si fueran recién casados. Eran rostros que irradiaban claridad y juventud. No veían sino al otro. Los reporteros parecían estar de más, y yo me sentí como un intruso que asiste al encuentro de dos enamorados.»

Primakov le ofreció a Bonner un funeral de secretario general para Sajarov. Su cuerpo podría reposar en la Sala de las Columnas, frente al Kremlin (el mismo lugar donde se habían exhibido los cuerpos de varios jefes bolcheviques en el pasado). Bonner se negó. Quería algo menos oficial, y único para Sajarov. Escogió el palacio de la Juventud, un enorme recinto ubicado en la Komsomolsky Prospekt.

A la mañana siguiente, el día amaneció tan desolado y frío que dolía el pecho al respirar. Esther y yo nos reunimos con Flora y Misha Litvinov y algunos de sus amigos, y caminamos por el hielo hasta el palacio de la Juventud. Habíamos llegado al velatorio con una hora de antelación y nos asombró ver que ya había una larga fila de miles de personas. Entre la gente de la fila, había quienes habían venido desde Leningrado, Armenia y Siberia. Había adolescentes y niños, ancianos y ancianas que sufrían terriblemente bajo el frío. Algunos esperaron durante tres y cuatro horas, con el rostro enrojecido y los labios agrietados por el frío. Pero esperaron.

En el interior, Sajarov yacía en un féretro revestido de rojo y negro. A los

pocos instantes de abrirse las puertas, se amontonaron las flores a sus pies. Yelena Georgiovna se sentó en un costado, junto a sus hijos y otros familiares venidos de diferentes puntos de Rusia y Estados Unidos. Yeltsin, Timofeyev, Sergei Kovalev y muchos otros permanecieron junto al féretro a modo de guardia de honor. Y durante las cinco horas siguientes, la gente desfiló a paso lento junto al féretro en lo que parecía una marea humana.

«¡Perdónenos! —exclamó una mujer al pasar—. Perdónenos, Andrei Dmitriyevich.»

Yelena Georgiovna se acercó hasta el féretro y se inclinó sobre su esposo, le besó la frente y le acarició la mejilla con los nudillos de la mano. Permaneció largo tiempo de pie junto al féretro, apoyada sobre un codo y con la cara escondida entre las manos.

Si el día del velatorio en el palacio de la Juventud fue testimonio del dolor que causó la muerte de Sajarov, el día siguiente trajo la prueba de la dimensión política de su pérdida.

A las nueve y media del día 18 de diciembre, una fila de limusinas negras estacionaron frente en la entrada principal del edificio de la Academia de Ciencias en Leninsky Prospekt. Gorbachov y media docena de miembros del Politburó salieron de sus vehículos y subieron las escalinatas frente a un estandarte de Lenin que ponía: BAJO EL ESTANDARTE DEL MARXISMO-LENINISMO, LA CÚPULA DEL PARTIDO COMUNISTA, ADELANTE HACIA LA VICTORIA DEL COMUNISMO! ¡PROLETARIOS DEL MUNDO, UNÍOS! El aire estaba un poco más templado, y había una mezcla de llovizna y gruesos copos de nieve que se derretían al tocar el suelo. Algunos minutos más tarde llegó el cortejo fúnebre, un Mercedes de la policía guiando a unos cuantos autobuses amarillos decrépitos. Mientras el féretro de Sajarov era bajado de

uno de los autobuses, Bonner intercambió unas breves palabras con Gorbachov y otros miembros del Politburó. Le dijo a Garbachov que con la muerte de Sajarov había perdido a su adversario más leal. Gorbachov le preguntó si había algo que pudiera hacer por ella. Bonner contestó que sí: Monumento todavía no había sido inscrito oficialmente como organización nacional. Se hará, prometió Gorbachov.

Un miembro de la guardia de honor levantó la cubierta del féretro. Gorbachov se despojó de su gorro de piel y se colocó frente al ataúd. Los demás miembros del Politburó se quitaron el sombrero y se apostaron junto a su secretario general. Permanecieron en silencio durante dos o tres minutos, con los ojos fijos en el pálido y noble rostro de Sajarov. Alguien sostuvo un paraguas negro sobre el féretro. Luego, con dos rápidas sacudidas de cabeza como para indicar «es suficiente», Gorbachov señaló que el momento de recogimiento había concluido. El grupo entró en la Academia de Ciencias y todos estamparon sus firmas en un grueso libro. El secretario general escribió «M. S. Gorbachov» con grandes trazos, y el resto del Politburó firmó más abajo con letra más modesta.

Antes de que Gorbachov abandonara el recinto, un reportero le formuló una pregunta acerca del Premio Nobel de la Paz que recibiera Sajarov en 1975, galardón que el régimen de Brezhnev había interpretado como el humillante respaldo a una traición de Estado.

«No cabe duda de que lo merecía», afirmó Gorbachov.

A primera hora de la tarde, el cortejo fúnebre avanzó lentamente desde el Instituto de Física donde había trabajado Sajarov hasta el aparcamiento del complejo deportivo Luzhniki, cerca del río Moscova. Yo me encontraba a unos metros del autobús principal. La puerta trasera estaba abierta y Bonner iba sentada en un banco junto al ataúd. Yeltsin caminaba delante de mí. Incluso en ese momento ya se vislumbraba que Yeltsin era la persona

indicada para asumir el liderazgo de la oposición política. Sin embargo, Yeltsin sabía que Sajarov y las personas cercanas a él lo miraban con desconfianza. No era uno de ellos. Después de todo, había sido miembro del Politburó. Si bien Yeltsin gozaba de una gran aceptación como populista, deseaba ampliar su esfera de influencia, aprender de los demócratas radicales y asegurarse su respaldo. Al caminar detrás del ataúd de Sajarov, Yeltsin buscaba identificarse con aquello que no era, pero que le gustaría ser.

La marcha se prolongó durante horas, y al llegar a Luzhniki pude apreciar la enorme cantidad de gente que había venido a despedirse de Sajarov; unas cincuenta mil personas llenaban el amplio aparcamiento. Pero, mucho más impresionante que el tamaño de la multitud, era que por primera vez se vislumbraba la posibilidad de un movimiento democrático unificado en la Unión Soviética. Hasta entonces, los mineros, los grupos proindependencia y la *intelligentsia* de Moscú y de Leningrado habían funcionado por separado, con algunos esfuerzos de coordinación en el mejor de los casos. Pero ahora pude ver banderas de los países bálticos, la tricolor rusa, estandartes a favor del movimiento Ruj por la independencia de Ucrania, mineros de Vorkuta, estudiantes, etcétera. También había letreros con un enorme «6» tachado, exigiendo que se derogara el artículo 6 de la Constitución, que garantizaba el «papel preponderante» del Partido Comunista en la sociedad.

Por los altavoces se oyó «Adiós a la Madre Patria», de Oginsky. Entre los oradores había antiguos prisioneros políticos —Kovalev y el sacerdote disidente Gleb Yakunin, entre otros— y los políticos que entonces tendrían que comenzar a llenar el enorme vacío: Yeltsin, el líder lituano Vytautas Landsbergis, el profesor de derecho de Leningrado Anatoly Sobchak, Ilya Zaslavsky, Yuri Afanasyev, Gavriil Popov. El ataúd de Sajarov fue

levantado hasta el camión donde se encontraban los altavoces, y Bonner, que llevaba puesto el sombrero gris de Sajarov, permaneció junto a los micrófonos, fumando incansablemente. Tomó la palabra solo en una ocasión, solicitándoles a los presentes que hicieran lugar para los que llegaban a fin de que la ceremonia se desarrollara de forma pacífica y segura. Para un ciudadano soviético la alusión era clara: en los días que siguieron a la muerte de Stalin, la multitud que se había agolpado frente al Salón de las Columnas estaba tan descontrolada por la emoción que cientos de personas murieron aplastadas. Digno tributo a un guerrero.

Dmitri Lijachov, experto en literatura rusa y el más antiguo de los diputados del Congreso, fue el primero en tomar la palabra: «¡Respetada Yelena Georgiovna, familiares, amigos, colegas y estudiantes de Andrei Dmitriyevich! ¡Respetados camaradas! Estamos aquí reunidos para honrar la memoria de un gran hombre, un ciudadano no solo de nuestro país, sino del mundo entero. Un hombre del siglo XXI, un hombre del futuro. Es por esto que fue tan incomprendido.

»Fue un profeta, un profeta en el antiguo sentido de la palabra. Es decir, un hombre que exhortaba a sus contemporáneos a una renovación moral en aras del futuro. Y, como todo profeta, no fue comprendido. Fue expulsado de su propia ciudad».

Afanasyev dijo que, en el futuro, la unión de las fuerzas democráticas debería llevar el nombre de Sajarov. El padre Gleb Yakunin comparó a Sajarov con un santo; otros mencionaron a Martin Luther King, Gandhi y Tolstoi. Landsbergis dijo que en la plaza de la Catedral de Vilnius las campanas de las iglesias tañían en homenaje a Sajarov. Durante los discursos había gente que sostenía una vela y sollozaba. Cuando la oscuridad comenzó a invadir el aparcamiento, el servicio se interrumpió. La enorme multitud partió en dirección a las estaciones de metro y las paradas

de autobús. Nunca antes había visto guardar silencio a un grupo tan grande de personas.

El entierro tuvo lugar una hora más tarde, en las afueras de Moscú, en Vostryakovskoye, un cementerio en medio de un bosque de pinos. Había comenzado a nevar y el aire estaba fragante a pino y a nieve. Una banda militar tocó la «Marcha fúnebre» de Chopin y el «Traumerai» de Schumann. La tumba de Sajarov, recién abierta y profunda, se encontraba entre dos altos pinos y junto a la fosa de la madre de Bonner, Ruf. Bonner dejó caer un cigarrillo sobre la tierra húmeda. Retiró el delgado paño blanco que cubría el rostro de Sajarov, lo besó por última vez, lo cubrió nuevamente y se alejó. Pero no pudo soportarlo. Regresó, lo besó una vez más y no se movió más de su lado. Yo me encontraba cerca de Timofeyev, que estaba firmemente de pie y con la barba surcada por las lágrimas. La música finalmente cesó. Dos trabajadores sellaron el féretro y lo bajaron a la tumba. Bonner arrojó un poco de tierra y ramas de pino sobre el ataúd. Los sepultureros cubrieron el hoyo y Bonner observó en silencio, fumando. Se acercaron luego los dolientes y tapizaron el suelo de flores, claveles rojos y rosas amarillas. Permanecieron en silencio. No había nada más que hacer. La lluvia comenzó nuevamente a caer.

Durante todo el día y los días que siguieron, sentí un vacío en mi interior. Era el sentimiento que se experimenta ante la muerte de un ser querido. Muchos conocidos en Moscú sentían lo mismo, e incluso con mayor intensidad después de haber vivido tantos años bajo el régimen. En marzo de 1953, cuando los hechizados habitantes de la Unión Soviética se enteraron de la muerte de Stalin, preguntaron: «¿Y ahora qué?». Ahora el sortilegio se había roto, pero la pregunta era la misma. «¿Y ahora qué?»

Sajarov era el mejor de todos. Su espíritu, su capacidad de razonamiento, su moralidad y paciencia se elevaban muy por encima de lo común. Valentin Turchin, colaborador de Sajarov, tanto en el campo de la física como en el de los derechos humanos, recordaba un típico episodio.

«Era septiembre de 1973, poco después de la infame carta de condena a Sajarov firmada por cuarenta académicos. Me encontraba sentado junto a los Sajarov (en la cocina, como siempre) hablando de la carta. Los Sajarov acababan de regresar de sus vacaciones a orillas del mar Negro y Yelena me relató un incidente que les había ocurrido unos días antes de partir. Estaban tomando el sol cuando un hombre se acercó corriendo hasta Andrei Dmitriyevich, le expresó lo contento que estaba de conocerlo, estrechó su mano y repitió varias veces lo afortunados que eran de contar con una persona como él.

"¿Quién era esa persona?", preguntó Yelena cuando se hubo alejado el hombre. Andrei Dmitriyevich respondió que era el académico fulanito. Tres días más tarde, cuando fue publicada la carta de los cuarenta, el académico se encontraba entre los signatarios. Yelena, que por lo general es muy emocional, hablaba con indignación y desprecio, lo que ciertamente se justificaba. Miré a Andrei Dmitriyevich; ¿cuál era su reacción? Típico de él, el episodio no le causaba indignación. Estaba pensando en lo sucedido.»

Su muerte representaba una pérdida incalculable para la Unión Soviética.

20

Ilusiones perdidas

Alexander Yakovlev pensó que era hombre muerto. Estaba tendido en medio de un pantanoso campo de batalla cerca de Leningrado, con el cuerpo y las piernas acribillados por las balas nazis. El día era oscuro y glacial y el pánico lo invadía. Era un muchacho de pueblo, tan enfermizo de niño que su madre esperó dos años antes de registrar su nacimiento. Ahora tenía dieciocho años, era teniente en la 6.ª Brigada de los infantes de marina bálticos y estaba a punto de morir. Lo único que lo podía salvar en ese momento era la tradición de los infantes de marina soviéticos: no debía quedar nadie en el campo de batalla, ni los heridos, ni siquiera los muertos. La tradición lo salvó. Cinco compañeros de Yakovlev atravesaron corriendo el campo para rescatar su cuerpo. Los cuatro primeros fueron abatidos a tiros. El quinto alzó en brazos a Yakovlev y corrió sin descanso. Lo lograron. Yakovlev volvió con muletas a su hogar en las afueras de Yaroslavl. Su madre sufrió tal conmoción al ver el estado en que volvía su hijo que este sintió que le había fallado. Había tres hermanas menores que alimentar y el país estaba en ruinas. ¿Qué haría con su vida?

Medio siglo más tarde, cuando ya se lo conocía como el principal consejero de Gorbachov y el arquitecto intelectual de la *perestroika*,

Yakovlev les relató a un grupo de estudiantes de la Universidad Estatal de Moscú cómo él, un adolescente herido en el campo de batalla y veterano de guerra, se había convertido en un miembro del Partido Comunista. Se matriculó en un instituto pedagógico y soñó con dedicarse a la enseñanza. Pero en 1944 también se había afiliado al Partido. Con millones de activistas del Partido muertos o aún en los campos de batalla, los jefes locales se apresuraron a entrenar a jóvenes comunistas para que engrosaran las filas. Instaron a Yakovlev a que se dedicara a la labor política y dejara la academia. «Luego, después de algunos años, comenzaron a reclutar gente para la Escuela Superior del Partido —le relató Yakovlev a su público—. Fui llamado a una entrevista en el comité regional del Partido. No sabía lo que querían de mí. En esos tiempos, todo se desenvolvía en una atmósfera de gran secreto. Se me pidió que me sometiera a varios exámenes, que aprobé, para luego convertirme en estudiante de la Escuela Superior del Partido. Así comenzó todo.»

Para los estudiantes liberales de Moscú en febrero de 1990, Yakovlev era la única figura del Politburó en quien se podía confiar, incluido Gorbachov. Para ellos, el Partido Comunista era algo del pasado. Ya nadie hacía exámenes sobre la historia del Partido; los que se especializaban en ella lo hacían con el distante interés de un antropólogo que estudia la vida de los caníbales. Abajo, en el pasillo principal de la universidad, los estudiantes ya no llenaban los murales con las citas más famosas de Lenin y de Stalin; creaban clubes en honor a los Beatles, Iron Maiden, autores rusos prohibidos y el béisbol estadounidense. Pero eran jóvenes y deseaban saber lo que significaba haber vivido una pesadilla.

Yakovlev se presentó ante los estudiantes como un típico representante de su generación. Él y sus compañeros se habían lanzado a la batalla con el grito «¡Por Stalin! ¡Por la Madre Patria!». Creían en el «esplendoroso

futuro» que les había prometido el Partido. En Korolyovo, el pequeño pueblo donde creció Yakovlev, nadie tenía ni la más remota idea de la enorme tragedia que azotaba al país. Cuando un tío abuelo de Yakovlev fue expulsado de sus tierras y deportado en los años veinte, nadie comprendió que eso era parte de una enorme campaña de colectivización que acarrearía la muerte de millones de personas. Circulaban pocos periódicos, y los que había eran una sarta de mentiras. Mucha gente de la región, incluida la madre de Yakovlev, era iletrada; su padre había disfrutado de cuatro años de enseñanza en una escuela ortodoxa rusa, y su madre no había recibido formación alguna. Fue tan solo un golpe de bondad y lealtad lo que salvó al padre de Yakovlev de ser aplastado por la maquinaria de las purgas.

«El comisariado militar de nuestro distrito estaba a cargo de un hombre llamado Novikov. Resultó que había sido comandante del pelotón de mi padre durante la guerra civil. Era una persona extraordinaria. Recuerdo que solía recorrer el pueblo montado en su caballo, entablando conversación con los niños y los reclutas. Era la única persona de la jefatura del distrito que conocíamos. Un día se acercó hasta nuestra casa y golpeó a la ventana con el mango del látigo. Mi padre no estaba en casa, y Novikov le dijo a mi madre: "Dígale que debe asistir a la conferencia (recuerde cuidadosamente mis palabras) y que la conferencia durará por lo menos tres días. Regresaré más tarde".

»Mi madre no comprendió nada. Cuando fue a entregarle el mensaje a mi padre, él la interrogó varias veces, sobre todo acerca de la última frase, "regresaré más tarde". Mi padre metió algunas cosas dentro de una bolsa y se dirigió a un distrito vecino, a casa de Raya, la hermana de mi madre, "a la conferencia". Le dijo a mi madre dónde podría encontrarlo en caso de necesidad. Mamá era una mujer tranquila, una campesina.

»Esa noche, golpearon a la puerta y preguntaron por mi padre. Mamá

contestó:

»—Fue a la conferencia.

»—¿Qué conferencia?

»—No lo sé —respondió ella—. No me lo dijo.

»Los hombres se fueron. Volvieron a la noche siguiente.... Y después de tres días, apareció Novikov. Ese era el tipo de amistad que se forja en el frente. No todo era inhumano. Luego Novikov le dijo a mi madre que era hora de avisar a su esposo para que regresara. ¡La conferencia había terminado! Mamá me envió en su busca.»

Años más tarde, Yakovlev comprendió que, probablemente, el comité local del Partido tenía un «plan» que llevar a cabo: matar a un número determinado de personas en un número determinado de días. Al no encontrar a Nikolai Yakovlev, hallaron a otra persona en su lugar.

En 1956, Yakovlev estaba viviendo en Moscú y trabajando en la sede del Comité Central. Como joven instructor —de hecho, el más joven del edificio— recibió una invitación para asistir en calidad de observador al XX Congreso del Partido en el Kremlin. Se sentó en la galería y escuchó a Jruschov leer su revolucionario informe acerca del culto a la personalidad de Stalin. A medida que Jruschov describía las purgas en el Partido y en las filas del ejército, los delegados sufrieron una fuerte conmoción. Los que habían sido cómplices se sintieron humillados, y los que habían permanecido ignorantes estaban horrorizados. «Reinaba un silencio sepulcral. La gente no se atrevía a intercambiar miradas. Recuerdo estar sentado en la galería, y desde ahí arriba se oía solo una palabra, la misma palabra una y otra vez: «sí». Era lo único que se repetía: «sí». Nadie conversaba. La gente solo sacudía la cabeza. Lo que escuchamos no penetró en nosotros de inmediato. Era muy difícil, muy difícil de asimilar. Era especialmente difícil para aquellos que no se habían refugiado en el

cinismo, que todavía teníamos ideales y que, sin embargo, desconocíamos la verdad.»

Jruschov realizó un acto heroico en el XX Congreso, me dijo Yakovlev. Pero la tragedia fue que «nunca pudo dar el siguiente paso hacia la democratización ... Instintivamente, comprendía que era necesario avanzar, pero estaba hundido hasta los tobillos en el cenagal del pasado y no podía zafarse. Años más tarde, escribió en sus memorias que se arrepentía de no haber avanzado. Pero las memorias no compensan la vida de un hombre».

A los treinta y pocos años, Yakovlev era jefe adjunto del departamento de ciencia y cultura del Comité Central, y comenzó a familiarizarse con «esa fuerza cruel», el aparato del Partido. Cuando ingresó en el Partido era un ideólogo romántico, una persona que creía en el leninismo y en el nuevo «deshielo». Pero se encontró inmerso en el más orwelliano de los mundos, un mundo de amenazas veladas, códigos de conducta y privilegios herméticos, de comedia negra. Asistió a una reunión en la que un jefe de departamento acusó a alguien de trotskismo en relación con sus tareas de supervisión de la cría de ganado, y también Yakovlev se vio envuelto en los «pequeños embrutecimientos» de una vida en el aparato. «Por ejemplo, en una ocasión recibí un premio por el comentario de una película que nunca vi —dijo, recordando un incidente en la organización del Partido en Yaroslavl—. El "centro" envió una orden para que se publicara un comentario de la película *La batalla de Stalingrado* en todos los periódicos. Llamaron al director y le dijeron que el comentario debía aparecer en la edición del día siguiente. La película no había llegado a la región y nadie la había visto. Llamamos al distribuidor local de películas, y resultó que tenía una lista de los actores y conocía el guión. Escribí el artículo basándome en esa información. Conocía a algunos de los actores por haberlos visto en otras películas y pude explayarme acerca de la maestría con que habían

sabido interpretar a su personaje o algo por el estilo. Huelga decir que escribí un comentario favorable.»

Antes de 1985, Yakovlev compaginaba las labores propias de un académico con las de un *apparatchik*. Después de obtener un título universitario en historia y filosofía, el Partido consideró que era lo suficientemente de fiar como para ser enviado a Nueva York a realizar estudios en la Universidad de Columbia durante un año. Los compañeros de Yakovlev en la universidad lo recuerdan como una persona doctrinaria y a la defensiva, pero de gran curiosidad intelectual. Viajó a lo largo y ancho del país y escribió una tesis sobre la política del New Deal, programa que más tarde sería una suerte de inspiración para la *perestroika*. Yakovlev disfrutó de la experiencia, pero quedó tremendamente impresionado por la ignorancia de los estadounidenses respecto de la Unión Soviética. Solía contar la anécdota de un neoyorquino que le preguntó si todos los rusos tenían cuernos.

Cuando Brezhnev ascendió al poder, el trabajo de Yakovlev en Moscú tomó un rumbo curioso. Gozaba de gran estima en el departamento de propaganda del Partido —el departamento que controlaba la televisión y la prensa—, pero comenzaba a ser considerado una persona poco de fiar. En 1966, cuando los escritores Andrei Sinyavsky y Yuli Daniel fueron arrestados, Mijail Suslov, la «eminencia gris» de Brezhnev, le pidió a Yakovlev que se hiciera cargo de «la parte propagandística» del juicio. El caso de Sinyavsky y Daniel fue uno de los primeros juicios contra disidentes, y a Yakovlev le inspiró una profunda repugnancia. Sin embargo, Yakovlev no tenía la intención de expresar abiertamente su rebeldía. Valoraba demasiado su carrera y sus comodidades como para arriesgarlas. Aun así, Yakovlev le dijo a Suslov que del juicio debía hacerse cargo otro

departamento. «Le dije que yo no estaba lo bastante informado como para participar —me expresó Yakovlev—. No fue precisamente lo que podríamos llamar un acto de gran valentía.» Después de esto y de «excusas» igualmente sutiles por parte de disidentes como Sajarov y Lev Kopelev, «el equipo de Brezhnev comenzó a tratarme con gran desconfianza», agregó Yakovlev. Se negaron a nombrarlo jefe del departamento a pesar de que desempeñaba las funciones de director.

En los años setenta, Yakovlev incluso echó una mano a un joven dirigente del Partido del sur de Rusia, Mijail Gorbachov, quien contrataba brigadas de estudiantes durante la temporada de la cosecha. «Organizaba estas brigadas y les pagaba un salario, lo que se consideró ideológicamente incorrecto —dijo Yakovlev—. Se trataba claramente de un hombre fuera de lo común e hice lo que pude por él.»

En su calidad de polemista del Comité Central, Yakovlev escribió una serie de monografías y libros de propaganda, diatribas sobre el «imperio» estadounidense y la «ideología imperial». Incluso editó un volumen con los «documentos del Pentágono», sobre la injerencia de Estados Unidos en Vietnam. Estas labores fueron enormemente apreciadas por el Comité Central. Pero Yakovlev puso fin a su carrera como propagandista del Partido al escribir un largo y mordaz artículo contra el nacionalismo ruso. En noviembre de 1972, el semanario *Literaturnaya Gazeta* publicó en dos páginas enteras el artículo «En contra del antihistoricismo». Yakovlev fustigó a los nacionalistas de línea dura por instaurar un «culto al campesinado patriarcal», por idealizar el pasado prerrevolucionario. El artículo iba especialmente dirigido a los escritores de *Molodaya Gvardiya* («Guardia Joven»), para quienes el auge de la *intelligentsia* occidentalizada, tanto fuera como dentro del Partido, constituía una grave amenaza al «espíritu nacional» de Rusia. Yakovlev expuso su argumentación en el

lenguaje ritualista de Lenin, atacando a los escritores por su «enfoque ajeno a las cuestiones de clase y sociales», pero hizo también una velada defensa del «intelectualismo», término que implicaba salirse de los postulados del pensamiento oficial.

El artículo causó un profundo disgusto a Brezhnev y sus ideólogos. Estaba claro que Yakovlev no tenía cabida en el aparato del Comité Central. En un intento de evitar el castigo de la cúpula dirigente, se inventó uno. Sondeó la posibilidad de una misión diplomática, tal vez en un país de habla inglesa. El asunto estuvo resuelto en cuestión de horas. Yakovlev fue enviado a Canadá, y permaneció allí durante diez años, tanto en calidad de embajador como de exiliado.

En la embajada en Ottawa, Yakovlev mejoró su inglés y se empapó de los libros, los artículos y la cultura pop que lo rodeaban. Se reunía regularmente con funcionarios, diplomáticos e intelectuales canadienses, y continuó con su oficio de escritor. «Canadá fue una experiencia maravillosa, fue una salida para mí», me dijo Yakovlev. Fue también en Canadá donde nació su amistad con Gorbachov. En mayo de 1983, Gorbachov era una de las principales figuras del Politburó. Viajó a Canadá y recorrió el país en compañía de Yakovlev, desde las cataratas del Niágara hasta Calgary, en un viejo aeroplano Convair. Se reunieron con granjeros y hombres de negocios, pero las conversaciones más importantes tuvieron lugar entre ambos. Dedicaron largas horas al análisis de los desastres que le aguardaban a la Unión Soviética, a la podredumbre del sistema económico, a la falta de apertura en el mundo periodístico, científico y cultural. «El punto de acuerdo más importante —me dijo Yakovlev— fue la idea de que no podíamos seguir viviendo de ese modo ... Hablamos sin tapujos de absolutamente todo, y comprendí que encarnaba a un nuevo tipo de

dirigente. Fue una experiencia increíble, tanto política como intelectualmente.»

Yakovlev deseaba volver a Moscú, y en manos de Gorbachov estaba el concederle su deseo. Pasado un mes, Yakovlev se convirtió en el director de uno de los centros de pensamiento más prestigiosos y liberales de Moscú, el Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales (IMEMO).

Para los sovietólogos occidentales que trataban de comprender la orientación del equipo que iba conformándose alrededor de Mijail Gorbachov, tanto antes como después de que asumiera el poder en marzo de 1985, Yakovlev constituía una figura enigmática. Los que hojearon *Al borde del abismo*, libro escrito por Yakovlev durante los primeros años de la era Reagan, lo catalogaron como un partidario de la línea dura, una figura que no contribuiría a la mejora de las relaciones soviético-estadounidenses en un futuro cercano. Los eruditos que buscaban señales de flexibilidad en el incipiente equipo de Gorbachov, no las encontraron en el trabajo de Yakovlev. *Al borde del abismo* está escrito en el tono de uno de esos panfletos que la Liga Joven Espartaco distribuía en las universidades estadounidenses hace veinte años. En un tono rabioso heredado de *¿Qué hacer*?, Yakovlev describía Estados Unidos como un país insípido con una «ideología mesiánica» y deseoso de vigilar y «dominar al mundo». John Wayne, los telepredicadores, la «prensa burguesa» y Norman Podhoretz le parecían enfermizos. A juicio de Yakovlev, Estados Unidos era una «visión deplorable. Una democracia deplorable. Desafortunadamente, hay muchos estadounidenses que conservan intactas ciertas ilusiones. Están acostumbrados a creer que eligen a legisladores, benefactores y defensores de sus ideales, y les horroriza descubrir que algunos se vendieron mucho tiempo atrás. Este es un hecho incontrovertible. Sin embargo, los medios de propaganda burgueses se esfuerzan por demostrar lo contrario ... La

idealización de la brutalidad, la aprobación de la violencia, la exaltación de las proezas sexuales y del asesinato como fenómeno común y corriente son características distintivas de los medios de comunicación y de la cultura ... El típico héroe de los estadounidenses (en el cine, en la televisión, en libros, revistas y periódicos) es un gángster, un detective o un sádico».

Sin embargo, en retrospectiva, *Al borde del abismo* mostraba que Yakovlev leía libros y artículos serios acerca de Estados Unidos. Sus lecturas incluían desde revistas como *Foreign Affairs* e *International Security* hasta las memorias de Henry Kissinger. Además, hacía gala de un sentido del humor más afilado que la mayoría de los guerreros ideológicos: «Hay quienes afirman que, de todos los papeles superficiales que protagonizara Reagan en sus tiempos de actor, el más logrado de todos fue el de compañero de un chimpancé llamado Bonzo. Esta película es muy recordada por el público. Algunos manifestantes de Toronto, Canadá, que salieron a la calle para protestar contra las políticas militaristas de Reagan, enarbolaban carteles amonestando a los estadounidenses por haber elegido al chimpancé equivocado».

Años más tarde, cuando lo interrogué acerca de sus libros anteriores a la *perestroika*, Yakovlev me contestó que tanto ellos como su autor eran «prisioneros de los tiempos». «Si no hubiese viajado a Estados Unidos y Canadá, jamás habría escrito esos libros sobre Norteamérica —me dijo—. Pero soy un hombre impulsivo, y me dolía leer periódicos y libros que criticaban a mi país. Por ejemplo, sé que soy un inválido. Pero cuando la gente me repite todos los días “eres un inválido, eres un inválido”, me pongo furioso. Y les grito: “¡Ustedes son los inválidos! ¡Ustedes son los imbéciles!”.»

Desde el momento en que Gorbachov accedió al poder, Yakovlev se convirtió en un instrumento esencial, si no en el principal, de cada idea, política o gesto progresista, que salía del Kremlin. Yakovlev era una *rara avis* en la cúpula dirigente del Partido Comunista. A diferencia de la mayoría de los hombres del Politburó, jamás gobernó una república o una región, o siquiera una planta industrial; jamás había estado a la cabeza de una de las grandes instituciones, como el ejército o el KGB. «La verdad es que no sabía nada acerca del quehacer diario o de la política práctica», me dijo Yegor Ligachov, el principal rival de Yakovlev en el Politburó.

Yakovlev era simplemente el hombre junto al dirigente, un simple intelectual de cejas crispadas y gruesas gafas susurrando al oído del secretario general. «Séneca para el Nerón de Gorbachov —me dijo un amigo ruso—, o tal vez Aristóteles para Alejandro Magno.» En todo caso, resultó que detrás del lenguaje dogmático y la furia de *Al borde del abismo* se ocultaban una inteligencia fuera de lo común y un fuerte deseo de remodelar la Unión Soviética. Yakovlev se impregnó del New Deal, de la *Crítica de la razón pura* de Kant, de los primeros socialistas y de textos bastante menos exaltados en busca de respuestas. Una tarde, Vitaly Korotich fue al Kremlin para hablar con Yakovlev acerca de un número de *Ogonyok*, y le sorprendió descubrir que el ideólogo del Partido Comunista le había encomendado a su equipo de auxiliares la tarea de «estudiar» un vídeo de *En busca del arca perdida* al parecer para entender las peculiaridades de los medios de comunicación y de la autoimagen estadounidenses. Se desconoce si la antipatía de Yakovlev por John Wayne incluía también las aventuras más políticamente aceptables de Harrison Ford.

Entre 1985 y 1990, Yakovlev alcanzó innumerables logros. Ayudó a redactar los principios de la política exterior del «nuevo pensamiento». Al

prescindir del clásico enfoque leninista que lo explicaba todo en función de la lucha de clases, el «nuevo pensamiento» proporcionaba un fundamento ideológico para todo, desde la retirada de Afganistán y el acercamiento a Estados Unidos hasta la política de no intervención en Europa oriental.

Yakovlev fue el ingeniero de la revolución cultural conocida como *glasnost*; utilizó su poder para que publicaciones como *Ogonyok* y *Noticias de Moscú* quedaran en manos de directores liberales. Los dirigentes de las repúblicas, desde Armenia hasta los estados bálticos, sabían que contaban con el respaldo de Yakovlev. En una reunión del Politburó en 1988, el jefe del KGB, Viktor Chebrikov, dijo que los frentes nacionales bálticos conspiraban para alentar una contrarrevolución. Yakovlev, que acababa de volver de la región, afirmó que no había amenaza alguna, «solo las manifestaciones de la *perestroika* y de la democratización». Como historiador del Politburó, encabezó las comisiones que rehabilitaron a exiliados y prisioneros políticos, investigó el asesinato de Kirov en 1934 y «descubrió» las actas secretas del Pacto Molotov-Ribbentrop.

Como ideólogo, los predecesores de Yakovlev habían sido hombres como Mijail Suslov, dogmáticos que se dedicaban a imponer la fe. A Yakovlev se lo acusó de haber dejado de lado esa fe. Tanto él como Gorbachov partieron de la idea de «limpiar» al socialismo y al Partido; lo que no tenían claro era cómo hacerlo ni las consecuencias que tal acción podría acarrear. La verdad es que, desde el principio, Yakovlev, Gorbachov y Shevardnadze —los principales reformistas en el Politburó después de la renuncia de Yeltsin en 1987— actuaron a ciegas y haciendo frente a un huracán conservador.

«Hablando en términos generales —me dijo Yakovlev—, partimos de la idea de que había cosas que podían mejorarse: más democracia, elecciones, más información en los periódicos (limitada, pero un poco más abierta), el aparato administrativo debía mejorarse, la centralización debía ser menos

estricta, el poder debía redistribuirse hasta cierto punto, las funciones del Partido y del gobierno tal vez debían separarse. Pero se pueden encontrar estos axiomas democráticos desde 1917, incluso bajo Stalin. Incluso entonces se hablaba de la "democracia socialista" como un ideal. Pero los discursos son discursos. En 1985, comenzamos por primera vez a actuar de tal modo que los hechos reflejaran nuestras palabras. Pero apenas estas palabras se transformaron en algo real, el proceso adquirió su propia lógica, que fue la que dictó los siguientes pasos. La *perestroika* adquirió una lógica propia, que dictaba lo que había que hacer. Esta lógica nos llevó a la "conclusión" de que el concepto de mejora no nos serviría de nada. Se puede arreglar un automóvil, ponerle aceite, apretar algunas tuercas y seguir conduciendo. Pero con un organismo social no siempre se puede hacer eso. No basta. Resultó que había que volver a empezar.

»Las disputas ideológicas comenzaron de inmediato, en 1985. Tuvimos grandes desacuerdos en relación con la *glasnost*. El ala reformista tenía su propia visión de la *perestroika*, y el ala conservadora pensaba que bastaba con introducir algunas modificaciones. Pensaban que había que cambiar unas cuantas cosas, pero conservando el aparato del Partido. Fue entonces cuando hicieron su aparición los tributos al espíritu conservador: las inspecciones en las fábricas estatales, la campaña contra el alcohol... No eran sino fórmulas administrativas y no tenían nada que ver con una verdadera economía. Por ejemplo, probamos esa... ¿cómo la llamamos? *jozrashchet*... contabilidad de costes regional o local... o como se llame. ¡Pura basura!

»Después de perder dos años y medio, comenzamos a idear un nuevo tipo de sociedad, una reestructuración radical sobre principios enteramente nuevos, y nos dimos cuenta de que era una tarea mucho más ardua de lo que

habíamos previsto ... No fue el Partido, no tuvo nada que ver con el concepto de *perestroika*. Fue obra de un grupo reducido de personas.»

En 1989, Ligachov y el ala ortodoxa del Partido Comunista culparon a Yakovlev, Gorbachov y Shevardnadze de radicalizar la *perestroika* hasta el punto de crear un Estado «burgués», de abandonar «el enfoque de clase» en materia de política, de fracasar en la creación de un modelo para el futuro. «Algunos de los conservadores dicen ahora que un grupo de aventureros comenzó la reestructuración sin un concepto claro —señaló Yakovlev—. Pero imagine lo que hubiera sucedido si simplemente nos hubiésemos encerrado en un despacho y hubiésemos creado un programa radicalmente nuevo. ¡Fue lo que hizo Marx y mire adónde nos llevó! El punto de partida debería ser la vida, y luego ir haciendo los ajustes necesarios. Nuestro problema es que estamos inertes, pensamos en función de dogmas. Incluso si la realidad nos está diciendo que hay que cambiar las cosas, siempre buscamos verificarlo en un libro antes de actuar.

»Supongamos que Ligachov hubiese llegado al poder. ¿Habría iniciado la *perestroika*? Sí. Pero habría sido al estilo Andropov: restablecer la ley y el orden en la economía, pero solo con métodos administrativos. Pero lo habría hecho. Puede incluso que el resultado hubiese sido mejor. Mejores condiciones, más pan, más grano. Pero el antiguo sistema basado en el temor habría quedado en pie, con la misma falta de democracia y con relaciones antihumanas».

Durante los primeros años de la *perestroika*, Yakovlev fue precavido en el uso de la terminología. Como político leal, no quería ir más allá de las expresiones públicas del propio Gorbachov. Sin embargo, hubo ocasiones en que Yakovlev desempeñó el papel de pantalla y enfureció al aparato del

Partido. «Desde esos primeros discursos cuidadosos fui objeto de constantes ataques. Bastaba con que mencionara la palabra «mercado» [en 1988] y me atacaban. Ahora todos hablan del mercado. Pero en esos días había que envolver cada palabra en papel de regalo.»

La propuesta más radical de Yakovlev en los primeros tiempos en el poder fue desmantelar el sistema unipartidista. En el memorándum secreto que envió a Gorbachov en diciembre de 1985, Yakovlev propuso, como primer paso hacia la creación de un sistema democrático multipartidista, que el Partido Comunista se dividiera en dos facciones, progresistas y conservadores. Dicha división sería admitir lo obvio: el Partido se mantenía unido por medio de la mentira y la ocultación. Yakovlev esperaba que esta acción tendría el efecto de eliminar o silenciar a los elementos más conservadores del Partido. Siguiendo la honrosa tradición rusa, mostraría quién era quién. Pero Gorbachov conocía el Partido por lo menos tan bien como Yakovlev, y rechazó la idea por ser absolutamente insensata, demasiado peligrosa. ¡Podríamos perderlo todo —le dijo a Yakovlev—. Verás, el Partido puede ser reformado, pero hay que hacerlo de forma paulatina.»

Ya en julio de 1989 el Partido estaba demostrando ser inmodificable. Los principales reformistas que todavía militaban en el Partido amenazaban con abandonarlo, cientos de miles de miembros ya lo habían hecho. Por su parte, Yakovlev era atacado continuamente por el *Pravda*, el *Sovetskaya Rossiya* y los demás órganos del Partido. Decidió por lo tanto que era hora de dejar a un lado el papel de regalo. Era hora de afrontar la triste historia del Partido y su dudoso futuro. Yakovlev escogió una ocasión extraordinaria para su «revelación»: un discurso en julio de 1989 en honor del bicentenario de la Revolución francesa.

Frente a un público integrado por miembros del Partido, intelectuales y

visitantes extranjeros, Yakovlev ahondó en su análisis del pasado. Gorbachov ya había denunciado los «crímenes» de Stalin, pero ahora su álter ego lanzaba un ataque contra los mitos fundacionales de la Unión Soviética. Afirmó ante su público que la Revolución bolchevique se había transformado rápidamente en un reinado del terror, reinado mucho más feroz que el basado en el empleo que hicieran los jacobinos de la guillotina.

«La idealización del terror se hizo patente durante la Revolución de Octubre», dijo Yakovlev. Los bolcheviques se inspiraron en el modelo del terror de 1793 y «creyeron fielmente en el poder de purificación de la violencia ... una salvación para el país y para el pueblo ... La edificante sed de libertad degenera en la delirante fiebre de violencia que en último término extingue la llama de la revolución».

Luego Yakovlev estableció un paralelismo entre Lenin y Stalin, lo que todavía era considerado radical incluso entre los intelectuales que no pertenecían al Partido. Oírlo en boca del principal ideólogo de la *glasnost*, de la *perestroika* y del «nuevo pensamiento» en política exterior, era absolutamente impensable. «Hoy, cuando nos planteamos la acuciante pregunta de cómo fue posible que este país y el Partido de Lenin aceptaran la dictadura de la mediocridad y soportaran los abusos de Stalin y el derramamiento de ríos de sangre inocente, es obvio que uno de los factores que abonaron el suelo para el autoritarismo y el despotismo fue la creencia en la posibilidad de imponer el desarrollo social e histórico, como también la idealización de la violencia revolucionaria que se nutre de la tradición revolucionaria europea.»

En otras palabras, la llegada de Stalin no constituyó una aberración, sino que fue el resultado directo del «romanticismo revolucionario» de Lenin, en que la violencia era idealizada como instrumento de la lucha de clases y como una fuerza purificadora. Hasta la *perestroika*, incluso los historiadores

más radicales de la Unión Soviética negaban este hecho. Para Roy Medvedev, Stalin representaba una ruptura patológica con el leninismo. Algunos historiadores occidentales tendían a suavizar, o a negar, la crueldad de Lenin. Pero las evidencias eran innegables, y nadie lo sabía mejor que Yakovlev, presidente de la Comisión de Historia del Politburó. Como señalan los académicos emigrados Mijail Heller y Alexander Nekrich, los primeros europeos que utilizaron el término «campo de concentración» fueron Lenin y Trotsky, y fueron también los primeros en poner en práctica el concepto. Tres meses después de que Trotsky utilizara el término, el 9 de agosto de 1918 Lenin envió un telegrama al Comité Ejecutivo de Penza, exigiendo que los dirigentes rojos locales iniciaran «una campaña de terror contra los kulaks, sacerdotes y guardias blancos; hay que confinar a todos los elementos sospechosos en un campo de concentración en las afueras de la ciudad».

Yakovlev exigió que el Partido reconociera su pasado y renunciara a los viejos métodos. «No podemos cambiar nuestra historia, pero nosotros sí que podemos cambiar —aseveró—. La idea de la violencia como comadrona de la historia se ha agotado, como también se ha agotado la idea del poder dictatorial que se basa en la violencia.»

Para Yakovlev, este fue un discurso enormemente difícil de pronunciar, pues había desempeñado diferentes funciones dentro del Partido Comunista desde después de la guerra. Dijo que había albergado sus primeras dudas acerca de la cúpula dirigente soviética al ver la recepción que les dispensaba Stalin a los prisioneros de guerra que volvían, enviándolos directamente a los campos de trabajos forzosos por temor a su «influencia extranjera». Su forma de pensar había evolucionado radicalmente desde esos días, como también lo había hecho el pensamiento de muchos hombres y mujeres de su generación; pero sabía muy bien que la mayoría de los

funcionarios del Partido no habían sufrido una gran transformación. A pesar de su aparente obediencia al vocabulario de la era de Gorbachov —«perestroika», «aceleración», «democratización» y demás—, se resistían profundamente a un cambio fundamental del sistema político. En el discurso sobre la Revolución francesa, Yakovlev reconoció este punto: «La necesidad de una profunda renovación es fruto de los tiempos, pero, por otro lado, está siempre más allá de ellos. Acceder a una nueva espiral de civilización es un proceso que acarrea dolor. Se generan fuertes dramas por la inercia de las estructuras sociales existentes, la negativa a captar las cosas nuevas y la impaciencia revolucionaria».

Yakovlev incluso trató, de forma tangencial, de abordar «el problema» de cómo las revoluciones devoran a sus propios hijos, con el objetivo de tranquilizar a los derechistas y expresarles que no se desataría una persecución contra los enemigos. No fustigó a sus antagonistas, sino que más bien les lanzó una advertencia. «Un Partido que se alimenta de mitos y de vanas ilusiones —agregó— está perdido.»

A comienzos de 1990, el derrumbamiento del monolito del Partido Comunista era inminente. Sajarov había desaparecido, pero su exigencia de acabar con el control absoluto del Partido sobre el poder había sido tomada como consigna por la oposición democrática. Sin embargo, restaba convencer a Gorbachov. Las propuestas de Sajarov o de Yakovlev —y el surgimiento de nuevos partidos en el país— no eran lo bastante convincentes. Era necesario que recibiera un golpe en la cabeza para atreverse a emprender una acción contra el Partido. Como de costumbre, para los lituanos fue un placer poder propinarle esta paliza.

En enero de 1990, Gorbachov viajó a Vilnius, confiado en que

encontraría una salida para la alarmante situación. Estaba convencido de que podría imprimir un ritmo más lento a la carrera hacia la independencia y convencer a la sección lituana del Partido de que volviera al redil. Yakovlev ya había estado en Vilnius y afirmó que sería «inmoral» negar ante los lituanos que Moscú todavía estaba al frente de un imperio coercitivo. Gorbachov no estaba de acuerdo. Regañó a Algirdas Brazauskas, el jefe del Partido, por romper con la organización y por dejar que «los románticos profesores» del frente popular Sajudis adquirieran tanto poder. En Vilnius, la furia y confusión de Gorbachov se pusieron de manifiesto en cada reunión y encuentro. Gorbachov se había mostrado satisfecho mientras los elementos progresistas del país le iban a la zaga, pero ahora sus seguidores de siempre iban por delante de él, y eso era intolerable. Gorbachov había perdido el control del mundo político.

En un momento del viaje, Gorbachov se encaró con un obrero que llevaba un letrero con la consigna «Independencia total para Lituania».

—¿Quién le ordenó que escribiera ese letrero? —preguntó Gorbachov con voz enojada.

—Nadie. Fue idea mía —contestó el obrero.

—¿Quién es usted? ¿Dónde trabaja? —le espetó Gorbachov—. Y qué quiere decir con eso de independencia total.

—Quiero decir lo que teníamos en 1920, cuando Lenin reconoció la soberanía de Lituania, porque ninguna nación tiene el derecho de imponerse sobre otra —contestó el obrero.

—Al amparo de nuestra gran familia, Lituania se ha convertido en un país desarrollado —le dijo Gorbachov—. ¿Cómo pueden decir que somos explotadores si Rusia les vende algodón, petróleo y materias primas, y no precisamente a cambio de divisas?

El obrero interrumpió a Gorbachov.

—Los lituanos teníamos una moneda fuerte antes de la guerra. Ustedes nos la quitaron en 1940. ¿Y sabe usted cuántos lituanos fueron enviados a Siberia en los años cuarenta y cuántos murieron?

Gorbachov finalmente no pudo soportar tanta impertinencia.

—No deseo hablar más con este hombre —dijo—. Si estos son las actitudes y los lemas de la gente de Lituania, les esperan tiempos difíciles. No quiero hablar más con usted.

Raisa trató de calmar a su esposo.

—Cállate —le respondió ásperamente.

El último día de su estancia en Lituania, Gorbachov finalmente tuvo que inclinarse ante la evidencia. Un año atrás se había referido a la idea de un sistema multipartidista con el término *chepuja* («basura»). Ahora dijo: «No debemos temerle a la idea de un sistema multipartidista como el demonio le teme al incienso. No veo tragedia alguna en un sistema así si es de utilidad para la gente».

A esas alturas, Gorbachov sabía que si no se enfrentaba al Partido podía desembocar en una tragedia. Veía lo ocurrido con Jaruzelski en Polonia, Honecker en Alemania Oriental y los Ceausescu en Rumanía. Gorbachov no necesitaba esforzarse demasiado para comprobar que en la Unión Soviética se acumulaban las mismas tensiones. En todas partes había prisas por limpiar la casa. En la ciudad de Chernigov, en el norte de Ucrania, la gente se aglomeró alrededor de un vehículo accidentado y descubrió que el conductor, que estaba ebrio, era un importante funcionario del Partido. Resultó que el funcionario llevaba en su vehículo un cargamento de exquisiteces que no se habían visto en la ciudad durante años. El funcionario presentó su renuncia. En Volgogrado, la cúpula del Partido tuvo

que renunciar en masa cuando miles de personas protestaron por la construcción de casas especiales para los funcionarios locales. En la ciudad siberiana de Tyumen, los dirigentes del Partido dimitieron después de haber sido acusados en masa de corrupción. Y en Leningrado, el ex miembro del Politburó y jefe local del Partido Yuri Solovyov fue expulsado de él después de que cientos de personas protestaran frente a su casa exigiendo saber cómo había adquirido un Mercedes-Benz por nueve mil rublos cuando el precio normal era de alrededor de ciento veinte mil.

El 4 de febrero de 1990, un día glacial en Moscú, alrededor de doscientas cincuenta mil personas marcharon por el Anillo de los Jardines, por la calle Gorky y hacia el Kremlin para celebrar una manifestación en la plaza Manezh que atemorizó a los dirigentes tras las grandes murallas de ladrillo. Era la manifestación más grande que se hubiese visto en Moscú desde el advenimiento del régimen soviético y no tenía nada de pacífica. La pancarta «BURÓCRATAS DEL PARTIDO: NO SE OLVIDEN DE RUMANÍA» era una de tantas para refrescar la memoria. Mientras la muchedumbre aplaudía con las manos enguantadas y zapateaba para combatir el frío, Yuri Afanasyev se encaramó sobre un camión y gritó frente a un micrófono: «¡Viva la pacífica revolución de febrero de 1990!». La alusión no escapó a nadie: fue la revolución de febrero la que derribó al zar, al orden establecido, en 1917. El Comité Central tenía programado reunirse en una asamblea plenaria y votar algunos días más tarde para decidir el destino del artículo 6, la cláusula que garantizaba la primacía del Partido en la vida pública. Por primera vez, la oposición estaba segura de tener la victoria en sus manos. «Cuando [los miembros del Comité Central] entren en el Kremlin el lunes por la mañana, ojalá que recuerden a los cientos de miles de personas que vemos aquí reunidas», exclamó Vladimir Tijonov, jefe del sindicato de cooperativas. En su discurso, Yeltsin vociferó que esa sería «la última oportunidad» de

Gorbachov. Y la muchedumbre —una mezcla de socialdemócratas, socialistas democráticos, verdes, monárquicos, hare krishnas, veteranos de guerra, amas de casa y estudiantes— rugió en señal de aprobación.

En el pleno, Ligachov y varios miembros del Comité Central se quejaron de la «pérdida» de Europa oriental, del «caos» que reinaba en las calles. Pero acabaron por ceder. El 7 de febrero de 1990, el Comité Central aprobó una plataforma que efectivamente abría el camino para un sistema multipartidista. La verdad es que no tenían otra opción. Habían visto a las multitudes. Habían leído las pancartas y el futuro que prometían.

Yakovlev nunca dejó de ser leal a Gorbachov, pero ahora estaban claramente distanciados en materia de ideología y de táctica, especialmente en lo que se refería al Partido. «Soy un comunista convencido», seguía repitiendo Gorbachov. Pero, para Yakovlev, el socialismo significaba poco más que la idea de un Estado del bienestar, un gobierno que «podía proteger a la gente contra la calamidad y la desgracia». Su actitud hacia Lenin comenzó a volverse cada vez más crítica. «Sí, ya lo creo que cambió —me dijo—. Como afirma la Biblia: la sabiduría acarrea mucho dolor... [Lenin] fue un político de gran talento. No cabe duda de ello. Pero estaba orientado solo hacia el poder y nada más que hacia el poder. Todo lo demás le estaba subordinado. Pensaba que la moral no desempeñaba papel alguno en la revolución del proletariado.»

El Partido programó un congreso para julio; un congreso que Yuri Afanasyev predijo que sería su «funeral». En las semanas que precedieron al acontecimiento, la prensa del Partido redobló sus ataques contra los reformistas del Partido, describiéndolos como «traidores» al socialismo y al Estado. Invariablemente, los objetivos eran Yeltsin y Yakovlev. En el propio

congreso se hizo entrega a los diputados de unos folletos con los comentarios realizados por Yakovlev en una entrevista con las facciones radical y conservadora. Las «respuestas» mostraban a un Yakovlev que hacía gala de deslealtad hacia Gorbachov, insultante con el ejército e incluso más radical de lo que era. Más tarde, un comité investigador descubrió que el responsable del folleto era el general Igor Rodionov, el mando militar que obtuvo fama nacional al encabezar el ataque en Tiflis contra un grupo de manifestantes pacíficos.

Yakovlev raramente aparecía en público, y prefería permanecer junto a Gorbachov e influir en el curso de los acontecimientos con sus consejos. Pero en el congreso subió a la tribuna para defenderse y su intervención fue formidable. Después de desenmascarar el folleto que lo acusaba, mostró otro que había estado circulando entre los delegados del Partido, una fotocopia del periódico *Russky Golos* («La Voz Rusa»). Decía: «Necesitamos a un nuevo Hitler, no a Gorbachov. Lo que hace falta es un golpe militar. Todavía queda mucho terreno en Siberia a la espera de los "entusiastas" que han enterrado a la *perestroika*».

«Mi nombre está ahí —dijo Yakovlev—. Así es, siberianos, esperen la llegada de nuevos prisioneros al gulag. Esto es lo que está sucediendo, camaradas. Se ha lanzado una gran ofensiva y todos los medios, incluso los delictivos, están siendo utilizados en esta campaña. Es verdad, todo esto deja cicatrices en el alma, pero quiero decirles a los organizadores de esta bien orquestada campaña y a quienes se esconden detrás de ella: podrán acortar mis días pero no podrán silenciarme.»

La desesperación de Yakovlev con el Partido lo llevó a cuestionar incluso la propia viabilidad del marxismo. Al poco tiempo, comenzó a anunciar a

todos aquellos que quisiesen escucharlo que la intolerancia de Lenin era tan grande como la irrelevancia de Marx. «La vida se ha encargado de demostrar lo contrario —declaró al periódico *Rabochaya Tribuna* («Tribuna del Trabajador»)—. Por ejemplo, Marx anunció que habría revoluciones en varios países capitalistas de Europa al mismo tiempo. Esto no sucedió. Hubo una revolución en Rusia, pero incluso aquí fue producto de una extraña mezcla de circunstancias. Marx dijo que el capitalismo era un sistema podrido que impedía el progreso científico, tecnológico y social. También en eso se equivocó ... Pero ese ni siquiera es el punto principal. La vida corrige muchas teorías. El problema es que aquí, en Rusia, se efectuó un experimento. Se intentó crear un nuevo modelo de sociedad y ponerlo en práctica bajo condiciones que eran inadecuadas para el socialismo. Con razón hubo que recurrir al terror para imponer la nueva forma de vida.»

El 20 de agosto de 1990, Gorbachov firmó un decreto rehabilitando a todas aquellas personas que habían sido víctimas de la represión en los años veinte, treinta, cuarenta y cincuenta, y revocó las órdenes que habían despojado de su nacionalidad a los disidentes. El Partido, por supuesto, consideró que se trataba de un acto excesivamente generoso por su parte. Pero esa noche, en el noticiero *Vremya*, Yakovlev pronunció una corta alocución digna de Sajarov o de Havel. Dijo que los dos decretos del presidente constituían, «a mi parecer, actos de constricción ... Cuando decimos que estamos rehabilitando a alguien, como si estuviéramos perdonándole sus pecados, eso huele a astucia y a hipocresía. No le estamos concediendo el perdón. Nos estamos perdonando a nosotros mismos. Nosotros somos culpables de que otros hayan vivido en la opresión y la calumnia durante años. Somos nosotros quienes nos estamos rehabilitando a nosotros mismos, no a aquellos que defendían otras convicciones e ideas.

Ellos solo deseaban el bien y la libertad para nosotros, y los dirigentes de nuestro país respondieron con maldad, prisiones y campos.

»Ahora que respiramos aires de libertad, va siendo cada vez más difícil para nosotros recordar los hechos que ocurrieron en un pasado remoto y no tan remoto. Hubo cientos de miles de juicios brutales, gente que fue fusilada, gente que se quitó la vida, personas que ni siquiera sabían de qué se las acusaba, pero que fueron aniquiladas ...

»Para nosotros, no constituyen un reproche; son más bien una dura advertencia para todos aquellos que todavía sienten nostalgia por el pasado, para aquellos que añoran el reinado del terror ... Quiero prestar una especial atención al trágico destino de nuestros campesinos, quienes pagaron con su sangre por la criminalidad del régimen de Stalin. No se trata tan solo de una represalia sin precedentes contra los campesinos que interrumpió el devenir de la sociedad, sino que también llevó al Estado a una crisis. Jamás la historia conoció tanto odio contra el hombre.»

21

La Revolución de Octubre

Mientras el Partido zozobraba, tuve la ocasión de conocer a uno de sus últimos sumos sacerdotes. Vyacheslav Shostokovsky, aliado de Yakovlev y de Yeltsin, era el director de la Escuela Superior del Partido, el centro de formación más importante para jóvenes leninistas. En un par de meses acabó con la labor de miles de ideólogos, despidiendo a miembros de la facultad, contratando a profesores más jóvenes y revisando el programa académico para incluir ideas y pensadores nuevos. De pronto, los alumnos estaban leyendo a Mill y a Locke junto con Marx y Lenin. Gran parte de lo que leían sobre historia soviética provenía de ediciones extranjeras o clandestinas; no había tiempo para esperar a que las editoriales del Partido se pusieran al día en relación con el resto del mundo. Era una misión desesperada. Una tarde Shostokovsky me dijo que, o bien le infundía nueva vida al Partido con una cosecha de jóvenes socialdemócratas, «o pereceremos».

«Avanzamos hacia una democracia multipartidista, hacia un mercado político, y el Partido Comunista simplemente no está listo para encarar semejante situación —me dijo—. Me temo que el propio Gorbachov no está listo para esta apertura.»

Después de mi entrevista con el decano, me dirigí a la salida. En el pasillo, me topé con un letrero escrito a mano que anunciaba «una película estadounidense esta noche en el salón Lenin». El título no aparecía en ninguna parte, pero acudí de todas maneras. El salón Lenin estaba abarrotado. Las luces se apagaron y los rostros de Michael Douglas y Charlie Sheen aparecieron en la pantalla; la Escuela Superior del Partido presenta *Wall Street*.

Si no hubiese sabido todavía que la ideología comunista estaba muerta, me habría enterado en el momento de los créditos finales. Los jóvenes acólitos, presumiblemente la nueva generación de sacerdotes leninistas, reaccionaron ante esa moraleja del mundo financiero estadounidense de un modo que hubiese hecho derramar lágrimas al pobre Oliver Stone. No la interpretaron como una advertencia acerca de los peligros de la avaricia, ni tampoco como una tira cómica propagandística que busca encauzar a los mejores y más inteligentes hacia una vida de bondad y trabajo social. En absoluto. Expresaron en voz alta su admiración y codicia por los artículos que aparecían en el filme: la limusina (con bar y televisor incluidos), la máquina para hacer sushi, el *steak tartar* en el «21», los fabulosos cuellos de las camisas Turnbull & Asser que lucía Michael Douglas. ¡Esas camisas fueron todo un éxito! Cuando Charlie Sheen recorre su nuevo apartamento en el East Side, con los enormes ventanales y la impresionante vista, los suspiros de los jóvenes leninistas eran audibles en la sala.

«Se acabaron los modelos. Se acabó el dogma —me había dicho Shostokovsky—. Ahora solo podemos hablar de objetivos.» Precisamente. Ahí estaba absolutamente claro cuáles eran los objetivos. El clímax de la película llegó cuando Douglas, en su mejor imitación de Ivan Boesky, pronuncia la frase: «Zhdanost eto jorosho!» («¡La avaricia es loable!»). Los

comunistas se volvieron locos. Hubo exclamaciones de aprobación. De aprobación sincera.

En el momento en que abandonábamos el salón Lenin, el joven que estaba junto a mí, Muen Tang Kong, un estudiante de intercambio venido de Vietnam, me dijo: «Lo único que puedo decir en este momento es que el comunismo es la contradicción del capitalismo ... creo. Y el Partido es la vanguardia. Es lo que estamos estudiando en este momento. Es todo muy confuso. Pero la película es excelente, ¿verdad?».

Las elecciones locales habían sido fijadas para los primeros días de marzo de 1990 y prometían una nueva vanguardia de alcaldes y funcionarios. Parecía injusta una prueba tan súbita para un sistema multipartidista todavía en pañales. Los comunistas tenían los recursos, el dinero y, cuando todo lo demás fallaba, tenían al KGB para mantenerlos a flote. La mayoría de los partidos nuevos constaban de unas cuantas decenas de personas en un auditorio alquilado pronunciando discursos aburridos. A veces ofrecían bocadillos.

Pero los demócratas confiaban en la victoria. Durante esas primeras semanas tras la caída del sistema de partido único, un joven político, Ilya Zaslavsky, de Moscú, hizo una sorprendente promesa durante su campaña. Les aseguró a los electores de la Región de Octubre que, si era elegido presidente del consejo local, revertiría nada menos que siete décadas de desastre económico. «Construiremos el capitalismo en un solo distrito», afirmó. La alusión era clara. Zaslavsky se opondría a la gran ambición de Stalin de construir «el socialismo en un solo país».

Ciertamente se trataba de una ambiciosa promesa de campaña. Solo se le podía desear la mejor de las suertes. Los mismos *apparatchiks* del Partido

Comunista que visité poco después de mi llegada seguían gestionando la Región de Octubre con singular incompetencia. Al igual que el resto de las personas en el vecindario, me asombró el deterioro: los montones de basura sin recoger, las tiendas vacías y los edificios decrépitos, las construcciones abandonadas. El distrito parecía un tugurio. En este sentido, se asemejaba a casi cualquier lugar del país. Ahora, el remedio que proponía Zaslavsky era el tipo de libre empresa que Lenin calificara de «parasitismo ... cosa del pasado».

Los dirigentes de la oposición democrática —incluido Zaslavsky— consideraban que el Parlamento nacional era tan solo un foro para debates televisados. Sabían muy bien que, en el mejor de los casos, la mayoría de los diputados rendían pleitesía a Gorbachov y que, en el peor, eran partidarios potenciales de la línea dura. Después de esa explosión inicial de drama y de *glasnost* durante la primera sesión, los radicales perdieron toda esperanza de que el Congreso intensificara el programa de cambios políticos o económicos o lo aplicara más rápido. Así es que, ahora, los principales reformistas de Rusia habían desviado el foco de su atención de la política nacional a la política local. Rusia Democrática —una alianza que incluía desde el grupo Monumento hasta el último partido socialdemócrata — esperaba llenar con su gente los municipios y los soviets, o consejos regionales. Los frentes populares del Báltico, Asia central y la Transcaucasia esperaban lograr lo mismo. Así como Yeltsin deseaba obtener un escaño en el Parlamento ruso y servirse de la institución como base de poder, Zaslavsky pretendía hacer lo mismo «en el ámbito de la calle».

Como organizador de Rusia Democrática, Zaslavsky era asesor no solo de los candidatos de la Región de Octubre, sino de toda la ciudad. En un país que tenía poca experiencia electoral y que desconocía las estrategias

publicitarias de Occidente, Zaslavsky contrató a encuestadores, ofreció seminarios sobre técnicas de campaña e incluso consiguió psicólogos para elaborar los folletos de la campaña. Se puso en contacto con conocidos escritores que usaron sus propios contactos para que se imprimieran los folletos cuando las principales imprentas del Partido se negaron a hacerlo.

Discapacitado, un poco sarcástico y condescendiente, Zaslavsky no era un político natural. Sus profesores, sus jefes en la planta textil donde trabajaba e incluso sus padres no podían comprender que hubiese llegado a ser político, y mucho menos uno de los rostros más conocidos en Rusia. Tenía apenas treinta años. Pero los electores no olvidaron su gesto cuando exigió un día de duelo nacional para Sajarov; y nunca olvidaron que, cuando Gorbachov le ordenó sentarse, Zaslavsky había desobedecido. Ahora, todos los candidatos reformistas al Ayuntamiento de Moscú o a los consejos regionales buscaban su respaldo y su talento organizador.

Zaslavsky obtuvo la victoria en la Región de Octubre. El consejo local se llenó de candidatos de Rusia Democrática, quienes rápidamente eligieron a Zaslavsky para el cargo de presidente regional. Su victoria personal fue una más entre centenares para Rusia Democrática y otros grupos reformistas del país. Mucha gente votó por la democracia. Yeltsin fue elegido para el Parlamento ruso, y era obvio que trataría de convertirse en su presidente. El economista Gavriil Popov se convirtió en el alcalde de Moscú. Anatoly Sobchak, el profesor de derecho, que se convirtió en una estrella del Congreso, era ahora alcalde de Leningrado. Una vez más, hubo un breve período de euforia en los lugares políticamente más activos de la Unión Soviética, un sentimiento de apertura y de confianza. Cuando visité a Sobchak en Leningrado, había ocupado un enorme despacho en el palacio de Mariinsky. Sin embargo, no dejó de sorprenderme que conservara un enorme retrato de Lenin colgando a sus espaldas.

Al salir del despacho, le susurré a un auxiliar: «¿Qué hace ese retrato ahí?». Se rió. «No le preste atención —me dijo—. Cuando quisimos sacarlo nos encontramos con una enorme mancha en el empapelado. No tenemos presupuesto para cambiar el papel.»

Durante sus primeros meses en el cargo, Zaslavsky se familiarizó en profundidad con el legado del Partido Comunista. El Partido, que tenía un control absoluto sobre cada tienda y fábrica, sobre cada comisaría y brigada de incendios, había dejado que la Región de Octubre se hundiera en la ruina; una situación típica a lo largo y ancho de la Unión Soviética. Los suministros de alimento eran erráticos; había días en que incluso las panaderías estaban vacías. La escasez de vivienda era acuciante. Mucha gente vivía en estudios del tamaño de una despensa, o en apartamentos comunitarios con un baño para quince o veinte personas. Al leer los registros del distrito, Zaslavsky descubrió que la gigantesca estatua de Lenin en la plaza de Octubre había costado veintitrés millones de rublos, de los cuales siete habían salido del presupuesto local. Entretanto, la basura podrida se acumulaba en las calles, y los médicos de los hospitales estatales locales ganaban la mitad de lo que ganaba un conductor de autobús.

Una noche por semana, Zaslavsky se sentaba en su despacho cerca de la plaza de Octubre para escuchar las quejas de los residentes. Viudas, pensionistas borrachos y parejas jóvenes se sentaban en los estrechos bancos de la entrada y esperaban su turno. Sentarse junto a Zaslavsky desde las seis de la tarde hasta pasada la medianoche era oír el catálogo de los fracasos «del socialismo en un solo país»:

«Ilya Iosifevich, mi esposo y yo estamos divorciados, pero todavía tenemos que compartir el mismo apartamento de una sola habitación. Estamos en lista de espera para uno nuevo desde 1978…»

«Ilya Iosifevich, mi madre murió esta semana, pero dicen que la única

forma de enterrarla es sobornar al gerente del cementerio. No tengo dinero para sobornar a nadie…»

«Ilya Iosifevich, mi hijo padece leucemia, pero los doctores dicen que no hay nada que hacer. Dicen que el único lugar donde puedo obtener tratamiento es en Occidente. No tenemos visado y no tenemos dinero…»

Zaslavsky se hundía en su silla, no tanto por las quejas —todo el mundo conocía los problemas— sino por la cantidad, por el peso de su responsabilidad. Poco a poco iba perdiendo la confianza en sí mismo. Se sentía impotente y triste. Después de volver a escena en el Congreso de los Diputados del Pueblo, Yeltsin también me permitió sentarme en su despacho, y si bien las quejas eran similares, a menudo podía encontrar alguna solución. Aunque los *apparatchiks* despreciaran a Yeltsin, tenían que escucharlo. Había sido miembro del Politburó y era miembro del Comité Central. Yeltsin podía descolgar el teléfono y conseguir prácticamente lo que fuera para sus electores: un apartamento, una silla de ruedas o un visado para visitar a una hija en Varsovia, todo ello fruto de su inmensa autoridad y de sus conexiones como antiguo miembro de la jerarquía del Kremlin. En cambio, a Zaslavsky no le quedaba sino hojear el creciente legajo de papeles y quejas a que sus electores lo sometían. A todos les decía que analizaría el problema, que haría lo que estuviera en sus manos. Escribió cartas, hizo llamadas. Pero el sistema en que confiaba lo consideraba su enemigo.

Zaslavsky sabía que para lograr un verdadero cambio era necesaria una reforma política y económica que rebasara los límites de la Región de Octubre. Entretanto, apenas podía mirar a los ojos a sus electores. «Piensan que soy su última esperanza —me dijo una noche entre dos visitas—, y es tan poco lo que puedo hacer... ¿Cómo les digo que tendrán que esperar durante años?»

Al principio, los logros de Zaslavsky fueron tan solo simbólicos. La ley exigía que todo partido nuevo se registrara y todos los partidos nuevos de la ciudad y de toda Rusia eligieron hacerlo en la Región de Octubre porque otorgaba más facilidades. Prácticamente todos los sábados había un partido que celebraba su congreso inaugural en la Región de Octubre. «Empezó a parecer un poco absurdo. Ya habíamos inscrito a tres partidos democratacristianos diferentes antes de iniciar cualquier reforma económica», dijo Grigori Vasiliyev, un economista de treinta y dos años a quien Zaslavsky nombró jefe del *ispolkom*, o comité ejecutivo de la región.

Zaslavsky también se percató de que la *glasnost* estaba lejos de fomentar la libre expresión y, por lo tanto, inscribió y ayudó a fundar periódicos que eran demasiado pequeños o demasiado radicales para obtener apoyo de la burocracia del Partido o de sus imprentas. Sergei Grigoryants, un editor clandestino a quien Gorbachov describió como un parásito en una entrevista con *The Washington Post*, pudo ocupar un pequeño edificio y editar su revista *Glasnost* sin injerencias del Partido o del gobierno. Zaslavsky también abrió una librería en el vestíbulo de la sede regional en la calle Shabolovka donde se podían conseguir revistas editadas por emigrados, como *Kontinent* y *Possev*. Más adelante, auspició la inauguración de quioscos de periódicos en las estaciones del metro.

El distrito de Octubre comenzó también a librar una batalla con la organización del Partido Comunista que había manejado los asuntos durante tanto tiempo. Zaslavsky se deshizo de todos los símbolos comunistas presentes en la sede de la calle Shabolovka —los bustos de Lenin, los martillos y las hoces—, y luego sacó a la burocracia del Partido. Les asignó unos cuantos despachos en mal estado en un piso alto y los despojó de sus líneas telefónicas internas.

«Que se las arreglen —afirmó—. Esta gente no tiene más derecho a usar

este edificio que los democratacristianos o la asociación local de coleccionistas de sellos.»

Zaslavsky y sus colegas sabían lo que había que hacer, pero necesitaban por lo menos la apariencia de un consenso antes de hacerlo. Estuve presente cuando Zaslavsky informó al cuerpo de policía local de que la entidad encargada de contratar y despedir a los agentes era el municipio y no la burocracia del Ministerio del Interior. Presencié el momento en que trató de explicarles a un grupo de asombrados obreros que era hora de que participaran en los beneficios de la fábrica, que las plantas ineficientes o contaminantes debían clausurarse y ser reemplazadas por fábricas que «funcionen de forma limpia y fabriquen cosas necesarias para la población». Zaslavsky también sabía que la creación de un verdadero mercado se traduciría en un alza de los precios, desempleo, quiebras y en el fin de los salarios relativamente equiparables, y así lo dijo. Era un hombre frío y honrado, y la respuesta que generaba nunca era sosegada o entusiasta. Una tarde, en una fábrica de maquinaria, Zaslavsky se sentó en el podio bajo un enorme letrero —¡El nombre y la obra de Lenin perdurarán siempre!— y una vez más lo inundaron las quejas:

«¿Qué hará con todos esos azerbaiyanos que han instalado puestos en nuestros mercados?»

«¡Esos vendedores de kebab están haciendo una fortuna a expensas nuestras. Compran toda la carne y la venden a tres o cuatro veces el precio original!»

«¡No queremos ser las ratas de laboratorio del capitalismo!»

Era comprensible que los trabajadores estuvieran más preocupados por los problemas cotidianos que por los grandes designios y las nuevas revoluciones de Octubre. Zaslavsky trató de explicar la diferencia entre el mercado negro y el verdadero mercado, la necesidad de competencia,

regulaciones, incentivos. No llegaba a ninguna parte. «¡Si hubiese sabido todo esto, jamás habría votado por usted!», exclamó uno de los trabajadores.

Al final de la sesión, Zaslavsky y Vasiliyev parecían cansados y deprimidos. La euforia de los días de campaña se desvanecía rápidamente. «Nunca comprendimos lo arraigada que está la psicología del bolchevismo en cada uno de nosotros —me dijo el auxiliar Ilya Gezentsevei—. Cuanto más presionamos, más se vuelve contra nosotros esa psicología.»

Forcejearon durante meses. Aun así, la planificación económica de Zaslavsky y de Vasiliyev comenzó lentamente a dar dividendos. La primera inspiración genial fue convertir la Región de Octubre en el Delaware de Moscú. El consejo regional aprobó medidas que facilitaron la instalación de empresas privadas en la región. Sin las trabas de la burocracia del Partido y de los sobornos, las empresas llegaron a raudales. Más de cuatro mil quinientas pequeñas empresas se inscribieron en la región en los siguientes doce meses, prácticamente la mitad de todas las nuevas empresas privadas de Moscú. Abrieron restaurantes, corretajes, agencias comerciales, laboratorios de investigación privados, empresas constructoras, bufetes de abogados y una tienda de artículos electrónicos. Cobrando como impuesto un porcentaje de las ganancias comerciales, la Región de Octubre pudo hacer crecer su presupuesto de setenta y tres millones a doscientos cincuenta millones de rublos en un año.

La Región de Octubre fue un escaparate de las primeras señales de una economía de mercado: las ambiciones, los rápidos beneficios, el crimen, la avaricia desatada... La «Revolución de Octubre», como la bautizaron los periódicos locales, fue una mina de oro para un emprendedor como German Sterligov, un joven de veinticuatro años que había abandonado la universidad y se había proclamado uno de los pioneros del capitalismo

soviético. Creó un negocio de intercambio privado de mercancías y le puso el nombre de su perro, Alisa. Así de simple. Al cabo de seis meses me dijo que valía «millones y millones de rublos». Sterligov amasó su fortuna en el vacío que dejó el colapso del antiguo sistema basado en las órdenes. A medida que el sistema se deterioraba, a los constructores se les hacía cada vez más difícil conseguir ladrillos y a los camioneros conseguir aceite o gasolina. Alisa colmaba los vacíos que los antiguos ministerios no querían o no podían llenar. Cuando lo visité en su agencia de valores en Leninski Prospekt, actuó como un pequeño sultán. Lo rodeaban jovencitas rubias con faldas ajustadas, los ángeles de Sterligov. «Son mis asistentes», me dijo mientras sonreía con malicia. Sus proyectos eran ambiciosos y los estaba materializando. Sterligov era dueño del primer equipo profesional de hockey sobre hielo y fundador del Club Jóvenes Millonarios, un lugar donde sus colegas magnates se reunían y hacían grandes planes. «Y otra cosa —me dijo mientras su secretario se inclinaba para encenderle un Marlboro—, vamos a hacernos cargo del hipódromo de Moscú y traer a la gente del Kentucky Derby para poner en marcha carreras internacionales.»

A medida que amasaba una fortuna, el corazón de Sterligov se fue endureciendo. «¿Por qué habría de compadecer a los pobres y a los flojos? —me dijo—. Compadecer a los enfermos y a los débiles, de acuerdo, pero si el resto prefiere vivir en la pobreza, que Dios los ayude. Si quieren ser esclavos... bueno, cada esclavo tiene su dignidad ante Dios. Pero es el individuo quien construye la historia, no la masa. Es solo cuando la masa ignorante toma parte en el proceso histórico que todo se vuelve un desastre.

»Mi generación desprecia el sistema. Destruyó a toda persona o cosa que tocó. Este era el Estado más rico del mundo y quedó reducido a escombros. Pero la gente mayor no nos entiende. Sus ideas ya no valen para nada. Están

tan acostumbrados a ser iguales en la pobreza que suponen que el que tiene dinero es un ladrón.»

Sterligov no era un magnate solitario. El periódico *Tochka Zreniya* («Punto de Vista») informó de que a finales de 1990 había por lo menos ciento cincuenta mil «millonarios en rublos» en la Unión Soviética. «Pero mire, en este momento un millón de rublos en el mercado libre son veinticinco mil dólares. ¿Realmente es tanto dinero? —me dijo Sterligov—. Y no tengo un solo rublo disponible. Todo está metido en el negocio.»

Después de nuestra conversación, uno de los hombres de Sterligov me guió por el «centro de operaciones», que estaba repleto de agentes y de ángeles. «Bienvenido al futuro», me dijo Yevgeny Gorodentsov, un corredor de Alisa que acababa de cerrar un negocio de ladrillos que le dejaba una comisión de setecientos cincuenta mil rublos. Tenía veintiún años. Los corredores hablaban de Sterligov como si se tratara de un dios (una deidad con un toque de locura). Su gente me recordó los círculos del ciudadano Kane. Sabían que podía fracasar, pero querían estar cerca de algo extraordinario y nuevo. Las ambiciones de Sterligov eran desaforadas y sin límite, una mezcla del Chicago de los años veinte y la fábrica de mitos de P. T. Barnum. La última vez que estuve con Sterligov, proyectaba comprar un enorme terreno, a doscientos cuarenta kilómetros de Moscú, y construir un «minipaís occidental», con fábricas, colegios y universidades acreditados, aeropuertos y helipuertos, antenas parabólicas y «un televisor japonés para cada persona».

Tal vez la principal característica de la riqueza de Sterligov era la envidia y el hostigamiento que generaba. Una vez por semana, los inspectores de policía revisaban las cuentas de Alisa. El KGB también lo rondaba. Para evitar que los estafadores exigieran dinero a cambio de protección, Sterligov, su esposa y su pequeña hija cambiaban permanentemente de

domicilio. Y los mismos peligros acechaban a cualquiera que tuviera éxito en el nuevo mercado. De los doce nuevos miembros del Club de Jóvenes Millonarios, solo Sterligov se atrevía a revelar su nombre. Hubo muchos que expresaron su interés por afiliarse, pero temían ser secuestrados o atacados. *Glasnost*, el semanario del Partido Comunista, publicó un artículo acusando a Sterligov de albergar «un odio patológico hacia el comunismo», de una historia personal de chantaje y de una «verdadera falta de inteligencia». Los ataques provenían de todas partes. Fue tal el éxito de Alisa durante sus primeros seis meses de existencia que sus rivales afirmaron estar seguros de que Sterligov trabajaba con el KGB. Había rumores de que uno de sus tíos era ministro.

Sterligov, como la mayoría de los plutócratas, se inmunizó contra la crítica y se convenció de que la envidia los corroía a todos. «Todavía es pecado ser rico en este país —sentenció—. Pero cambiaremos esa forma de pensar. No tomará mucho tiempo.»

Más que rabia, era asombro lo que esta joven y nueva generación suscitaba entre los liberales de treinta o cuarenta años. Mi amigo Alex Kahn, un crítico musical de Leningrado, creció en círculos semidisidentes leyendo obras en *samizdat* y escuchando música pirateada de John Lennon. Ahora, lo que atraía a los jóvenes era el dinero y la posibilidad de enriquecerse. «Cada mes, cada semana que pasa se ven más de estos tipos en la ciudad —me dijo—. Mi generación, la gente de treinta y cuarenta años, veneraba las ideas y los ideales prohibidos. Nuestros modelos eran los poetas y los bardos. Estos tipos no quieren saber nada de todo eso. Lo que más anhelan es una sociedad que funcione.»

Los jóvenes millonarios eran gente arrogante, hombres jóvenes (nunca

mujeres) sin un código de conducta o un lenguaje en común. Capitalistas primitivos, en palabras de Marx. Los partidarios de la línea dura despreciaban a esta nueva raza y los liberales los consideraban una necesidad, un primer paso hacia una vida material decente. «Algunos de ellos son una panda de tipos vulgares, pero para crear riqueza se necesita a esta gente. No podemos pretender que los ángeles hagan el trabajo sucio —dijo Igor Svinarenko—, un reportero del principal periódico del mundo empresarial soviético, *Kommersant*. Estos hombres de negocios que se vuelven ricos vendiendo carne podrida u ordenadores de mala calidad, ganarán dinero y construirán y echarán a andar fábricas y tiendas. Puede que algunos sean unos bárbaros o hagan cosas mal hechas. Pero también educarán a sus hijos, tal vez los envíen a estudiar a Harvard. Y luego los hijos volverán con sus grandes ideas y dirán: "Papá, eres un truhán". Harán las cosas de forma más refinada. Tratarán de expiar sus culpas. Será el punto de partida de una nueva sociedad.»

Si hubo un modelo para los jóvenes millonarios ese fue Artyom Tarasov, un magnate del comercio exterior de cuarenta y tantos años que era blanco constante del KGB y de la policía por sus supuestas exportaciones ilegales de capital. Tarasov fue el primer millonario soviético que hizo alarde en público de su riqueza, describiendo incluso sus transacciones de bienes raíces y sus viajes al extranjero en una rueda de prensa en el Ministerio de Asuntos Exteriores. En una ocasión sugirió públicamente que Gorbachov debería vender a los japoneses las islas Kuriles, que estaban en litigio. Furioso, Gorbachov amenazó con ponerle una demanda, y las investigaciones del KGB aumentaron. En 1990, Tarasov pasaba la mayor parte de su tiempo en la Riviera francesa pescando y esperando el momento propicio para regresar. «Ha sido fascinante observar a esta generación, a estos jóvenes Tarasov, y está claro que, más que del dinero como fin en sí

mismo, disfrutan del juego —afirmó Vladimir Aleksanyan, un emigrado que poseía una empresa de exportaciones e importaciones con oficinas en Palo Alto (California) y Moscú—. Trabajan dieciséis y dieciocho horas al día. Tienen una mentalidad totalmente diferente a la de cualquier persona que conocí doce años atrás, antes de salir del país. Hablan idiomas extranjeros. Vienen a Estados Unidos y alquilan coches, se mueven. Son absolutamente temerarios. Hablan de alquilar aviones de transporte militar para llevar mercancías, y ni siquiera se dan cuenta de que para alguien con más de treinta años esto suena inaudito.»

Anton Danielets, de veinticuatro años, zar de los servicios informativos y de las agencias inmobiliarias en Leningrado, era un típico ejemplar de esta nueva raza. Era un ingenuo de cara redonda con la gracia bovina de un Jackie Gleason joven. En el año 1991 aseguraba tener una fortuna de entre veinte y treinta millones de rublos y un millón y medio de dólares en bancos extranjeros. Danielets utilizó una moribunda institución comunista, el Komsomol, para construir su imperio. Durante la fiebre de las primeras empresas cooperativas en 1987 y 1988, abrió un «videocine» con ayuda del Komsomol, y en un año obtuvo beneficios personales por valor de quinientos mil rublos. Estudió administración de empresas con una copia pirateada de un texto publicado en el extranjero. Una de las primeras cosas que hizo fue contratar los servicios de un abogado «para guiarme por la espesura de las leyes». Decía que el secreto para hacer negocios en medio de «la guerra de leyes» entre Moscú y las repúblicas, entre las ciudades y los distritos, era saber quién era el dueño de qué, quién tenía el derecho a conceder licencias.

Recorriendo Leningrado desde la mañana hasta la noche en un viejo Fiat soviético, utilizó rápidamente sus ahorros para alquilar y vender valiosas propiedades y poner en práctica algunas de sus ideas. Alquiló un viejo local

con una piscina cubierta y un gimnasio que la ciudad había descartado y lo transformó en un centro deportivo que se hizo popular entre los nuevos millonarios y la comunidad extranjera. Vio que los negocios florecían y creó un centro de información financiera, una suerte de Dow Jones en Leningrado. Creó un periódico popular, *Nevskoye Vremya* («Tiempos del Neva»), y compró una imprenta que pertenecía en el pasado al Partido Comunista local. En Siberia, los Urales y Karelia comerciaba con materias primas «siempre que el negocio tenga buena pinta». Tenía más de mil empleados trabajando para él. Después de un tiempo, Danielets decidió finalmente que el asiento trasero de su automóvil no era el lugar indicado para su sede corporativa y, por la suma de trescientos mil rublos, compró la mansión de tres pisos en el número 47 de la calle Herzen, hogar de infancia de Vladimir Nabokov.

«Mis antepasados también eran hombres de negocios, alta burguesía, y vamos a hacer que este lugar vuelva a ser lo que era —dijo Danielets, señalando las habitaciones inmortalizadas en las memorias de Nabokov, *Habla, memoria*—. Pienso en este lugar como un vínculo con lo que perdimos y aquello que queremos recuperar. La gente olvida que antes de la Revolución existió un mundo comercial ruso. Ahora somos nada más y nada menos que un país del tercer mundo. Quiero recuperar lo que teníamos. Así es que, cuando la gente me propone proyectos interesantes, yo invierto, a veces en efectivo y otras veces con equipamiento o espacio.

»Todo el mundo sabe que los avispados del Partido Comunista están tratando de forrarse antes de abandonar el escenario. Mi actitud es la siguiente: que lo hagan. La mayoría es gente tan estúpida que ni siquiera sabe lo que son los verdaderos negocios. Son los jóvenes quienes harán el trabajo en los próximos años. Estamos construyendo imperios, pero no imperios del mal.»

En la teoría marxista clásica, los estadios iniciales de la acumulación de riqueza producen «síntomas patológicos». En la Unión Soviética, el principal de estos síntomas fue el rápido aumento del crimen y del bandidaje: extorsiones, estafas piramidales, asesinatos aislados y e incendios premeditados. Zaslavsky y la policía se enfrentaron a problemas de criminalidad en todo el distrito, especialmente en los sectores con nuevas empresas privadas. Sin embargo, por alguna razón, me resultó más fácil establecer contacto con la mafia en Leningrado.

Alex Kahn me dijo que conocía a una persona que vendía ordenadores «y de todo» en un pequeño local en la Región Vasilievsky de la ciudad. El hombre de negocios, cuyo nombre era Alexander, nos dijo que nos apareciéramos a las dos de la tarde con una o dos botellas de whisky escocés —«Johnnie Walker, si pueden conseguirlo»— y que «tal vez podríamos conocer a algunas personas interesantes». Afortunadamente, la tienda para extranjeros en el Astoria estaba bien surtida de Johnnie Walker.

La oficina se venía abajo; era una habitación llena de telarañas, pedazos de madera, polvo, un escritorio y un teléfono. Alexander rápidamente precisó que el whisky no era para él y que «en vista de las circunstancias» prefería que yo no mencionara su apellido. Rápidamente comprendí el porqué.

Al cabo de unos cinco minutos llegaron cuatro tipos musculosos. Se hacían llamar «La institución de caridad». Venían a cobrar la «donación» de cinco mil rublos que Alexander les entregaba semanalmente. Yo hice entrega del whisky. Alexander les dio un paquete, y los chicos de «La institución de caridad» sonrieron felices. Dijeron que estarían encantados de conversar conmigo.

«Hay quienes dicen que somos gángsters —me explicó un ex atleta llamado Sergei—. Nosotros lo vemos de otro modo: protegemos a la gente.

Persuadimos a las personas para que acepten nuestra protección.» Sergei me dijo que en ocasiones utilizaban pistolas y metralletas adquiridas en el mercado negro como elementos de persuasión. Pasha, un malhechor enjuto que «se volvió un poco demente» luchando en Afganistán, explicó cómo él y sus socios hacían negocios durante esta etapa que los economistas llamaban «el período de transición» entre una economía socialista centralizada y un mercado libre, y que la banda denominaba «El salvaje Oeste» y «Chicago en los años treinta»: «Primero se le explica el asunto al hombre de negocios en cuestión. Lenta y cuidadosamente. Luego, si no entiende el tipo de pagos que debe efectuar, recibe una paliza. Pero una paliza profesional. Un par de costillas rotas, un par de noches en el hospital. El siguiente paso consiste en meterlo dentro de un automóvil y llevarlo hasta un bosque donde le entregamos una pala. Le decimos que empiece a cavar su propia tumba. Generalmente, en ese momento dejan de oponer resistencia».

No había modo de saber si el relato era verídico o simplemente una bravuconada. Pero, en cualquier caso, este tipo de chantaje era frecuente, así como también los asesinatos. Alexander, que tenía unos treinta años y un aspecto nórdico, hacía grandes esfuerzos por controlar el temblor de su cuerpo mientras los hombres hablaban. De tanto en tanto me lanzaba una mirada furtiva. Para aumentar el nerviosismo, Sergei emitió una de esas carcajadas dementes que Robert de Niro usó con tanto éxito en la película *Malas calles*. Al parecer, los gestos eran tan importantes como las Reebok que llevaban puestas. Sergei confesó que había visto las películas *Érase una vez en América* y *Uno de los nuestros* en el aparato de vídeo de «La institución de caridad». «Así es como aprendemos muchas de nuestras tácticas», me dijo.

Con el auge de la empresa privada, la vida le sonreía a «La institución de

caridad». Extorsionaban a todo el mundo, desde los dueños de quioscos de periódicos hasta los grandes almacenes que vendían artículos importados. «Solo que el precio es diferente», añadió Sergei. «Cuando tenga unos dos o tres millones propios, entonces tal vez me interesen los principios —dijo Pasha—. Más adelante tendré tiempo de sobra para comprar una granja y llevar una vida tranquila.»

Después de que «La institución de caridad» abandonara el local, Alexander nos dijo que entregar dinero a cambio de protección era «hoy en día parte de la vida de negocios». El único otro gasto que tenía era la factura telefónica. «Este país está en transición, es una época difícil y no existen las reglas, no hay estabilidad —dijo—. Conozco a un sujeto que no pudo efectuar sus pagos y fue torturado con un hierro al rojo vivo. El 99 por ciento de los hombres de negocios de la ciudad, incluyéndome a mí, violan un montón de reglas. Impuestos, restricciones de divisas, las leyes de empleo. Tenemos que infringir la ley si queremos lograr algo. Así es que los sobornadores saben que no podemos oponer resistencia. Es inútil llamar a la policía. Es decir, a menos que uno quiera pasar el resto de sus días en prisión. O enterrado en el fondo de un canal...»

Durante la era de Brezhnev, la personificación de las relaciones comerciales sórdidas era el *tolkach*, el hastiado representante de fábrica que recorría el país para conseguir los suministros que su firma necesitaba. Los sobornos y regalos eran sus bienes de intercambio. Si era de Moldavia, llevaba cajas de vino para convencer a sus clientes; si venía de Astracán, era caviar negro. Pero el *tolkach* era solo el rostro cómico de un sistema degradado y viciado. La corrupción permeaba a la economía centralizada de arriba abajo: desde el gerente de la carnicería del Estado que vendía su mejor carne en el

mercado negro hasta los miembros del consejo de ministros que mentían acerca de los niveles de producción para conseguir favores del secretario general.

A pesar de la reforma, ese legado de cinismo y anarquía era todavía parte del sistema. «La pauta de la "doble honradez" que ha imperado durante setenta años ha llevado a un deterioro de los principios éticos —dijo Vladimir Aleksanyan, el emigrado que se dedicaba a las importaciones y exportaciones—. La gente roba en su puesto de trabajo. Se olvida de un contrato cuando es necesario. La falta de honradez está muy arraigada. Cuando una persona en el mundo de los negocios es honrada, es porque ha tomado la decisión consciente, y generalmente temporal, de ser honrado. No existe un sentimiento arraigado de la ética.»

La corrupción era algo que se daba por sentado. Los funcionarios y hombres de negocios me contaron que en el distrito Kirov de Leningrado los comerciantes rápidamente descubrieron que, para un simple trabajo de remodelación de un edificio o para conseguir una ubicación decente para un quiosco, había que sobornar al arquitecto del distrito. Finalmente la policía capturó al arquitecto, Timur Kuriyev, cuando estaba cobrando nueve mil rublos en un baño público. Uno de los grandes escándalos en la era de Gorbachov se denominaba «la quiebra útil». En un esfuerzo por promover la creación de empresas cooperativas semiprivadas, el gobierno concedió cuantiosos préstamos a bajos tipos de interés para iniciar actividades. Algunas cooperativas utilizaron el dinero para financiar negocios y empresas de servicios. Pero otros, que no creían que el período de liberalización durara más de unos pocos meses y que querían amasar una fortuna rápida, tomaban el dinero y, cuando llegaba el momento de pagar el préstamo, anunciaban: «Lo siento, pero el negocio quebró». El banco solo podía retener el 12 por ciento del magro salario estatal del deudor. Cada vez

que se iniciaba una nueva forma de comercio, surgía también un nuevo negocio sucio. Después de que Sotheby's celebrara su primera subasta de pintura soviética moderna en Moscú en julio de 1989, los traficantes del mercado negro descubrieron una nueva fuente de ingresos. Los artistas soviéticos me dijeron que un hombre que se hacía llamar Oleg Petrovich —alias *el Gitano*— apareció con sus secuaces en varios estudios de artistas exigiendo la entrega de obras que se venderían por una buena suma de dólares en el extranjero. «Algunos amigos míos resultaron muy perjudicados y me dijeron que cuatro o cinco pinturas mías estaban en la lista del sujeto, obras específicas que aparecían en el catálogo de Sotheby's —me dijo Lev Tabenkin, un pintor de Moscú que había vendido muchos de sus lienzos en el extranjero—. Son muy sistemáticos. Hasta ahora no me han molestado, pero la verdad es que no he estado trabajando mucho en mi estudio últimamente.»

El teniente Nikolai Mirikov, jefe del Departamento de Investigaciones de la policía de Moscú, afirmó que la evolución de la situación económica, la conversión a una economía de mercado, se traduciría en un vertiginoso aumento del índice de criminalidad. Dijo que, si bien necesitaba cinco mil efectivos de policía para hacer frente al aumento de los índices de criminalidad, había perdido a más de mil oficiales en los dos últimos años. «La mayoría se va a trabajar a las cooperativas, donde su salario es mucho más alto», me explicó. Los oficiales del KGB, algunos del más alto nivel, a menudo optaban por una jubilación anticipada para usar sus contactos en la economía oficial y clandestina y convertirse en hombres de negocios. En ocasiones, el policía entraba en el mundo de los negocios sin haberse despojado de su uniforme. El periódico *Kommersant* informó de que un detective de Moscú fue sorprendido sobornando a los vendedores callejeros;

les exigía un pago de diez mil rublos al mes. En 1990, la ciudad había nombrado detective del año a ese mismo oficial.

En la Región de Octubre y otros lugares, los hombres de negocios me explicaron que era fácil ganar millones de rublos. Primer paso: conseguir un préstamo a corto plazo de unos diez millones de rublos. Segundo paso: «lavar» los rublos; es decir, transformarlos en dólares. Uno de los métodos más comunes es comprar bonos a un tercero por dinero adeudado en divisas «semifuertes», como rupias o yuans. El bono, por el que uno ha pagado una suma desorbitada, hace que la transferencia a dólares sea mucho más fácil. Tercer paso: comprar artículos (reproductores de vídeo japoneses, ordenadores de Hong Kong, tejanos estadounidenses). El volumen y una etiqueta extranjera son mucho más importantes que la calidad. Cuarto paso: lo más fácil es vender los artículos a un intermediario, a una tienda o una empresa. Hay que asegurarse de que los precios sean absurdos; los consumidores soviéticos están desesperados y la demanda no conoce límites. Quinto paso: cobrar el dinero y pagarle al banco. Si todo funciona bien, en tres o cuatro meses uno habrá engrosado su cuenta con unos cuantos millones.

Sonaba fácil. Pero luego conocí a Oleg Falkovich.

Un hombre de gran tamaño y astucia, Falkovich trabajó durante veinticinco años en la economía estatal de Siberia y del Lejano Oriente antes de dedicarse a la compraventa privada de materiales de construcción, ropa y equipos de vídeo. A la postre pasó a ser comprador para una compañía llamada Arto, que proyectaba ganar millones de rublos revendiendo equipos de vídeo en el mercado soviético. Falkovich entró en contacto con otra firma, Terminal, que acordó conseguir los televisores y

los reproductores de vídeo de los proveedores japoneses. Sin embargo, unas cuantas semanas más tarde Terminal informó de que el negocio en Tokio había fracasado y Falkovich tuvo que darle la mala noticia a Arto. Arto señaló que eso se traduciría en pérdidas millonarias porque había suscrito préstamos a corto plazo con altas tasas de interés. Los jefes de Arto informaron a Falkovich de que la tarea de recuperar el dinero recaía sobre él.

Falkovich me contó lo que sucedió a continuación, una historia que luego fue confirmada por otras fuentes. Una tarde de primavera, tres hombres lo obligaron a subirse a un vehículo y lo llevaron hasta el hotel Rossiya, cerca del Kremlin. «En cuanto llegamos al hotel comenzaron a amenazarme, diciendo que, a menos que firmara un contrato por la entrega de cinco millones de rublos, me violarían, me matarían, matarían a mi esposa y a mi hija. Esto continuó durante días. Pero cuando entraron en contacto con mi familia firmé. Hubiera firmado cualquier cosa.»

Falkovich logró comunicarse telefónicamente con uno de sus socios y este entró en contacto con algunos de sus conocidos de la mafia de Uzbekistán para que viajaran a Moscú a rescatar a su jefe. El equipo voló a Moscú y golpeó a la puerta de la habitación del hotel. Pero Rustam Azimov, el líder uzbeko, reconoció a uno de los tres hombres como un viejo amigo y colega. «Fue una pesadilla —me dijo Falkovich—. En vez de rescatarme, Rustam me entregó a los hombres y les dijo: "Una vez que le hayáis sacado los cinco millones, nosotros le sacaremos un par más".»

Al final, la policía llegó al hotel Rossiya y envió a todo el mundo a su casa. Más tarde, arrestaron a los tres hombres a quienes Falkovich acusó de secuestro. Pero los hombres fueron puestos en libertad después de tres días de interrogatorio; la policía dijo que no había suficientes pruebas. «Falkovich declaró que los tres hombres trataban de extorsionarlo y ellos lo

negaron. La situación era muy confusa», dijo Genri Reznik, el abogado de Arto.

Entretanto, Falkovich aseguró que era «hombre muerto». Trasladó a su familia desde su hogar en Magadán a un lugar secreto, y espera poder emigrar a Estados Unidos. Al no tener parientes allí es difícil que le otorguen un visado. «No puedo seguir viviendo de este modo —me dijo Falkovich—. En un mundo normal, estas cosas se arreglan con contratos o, si es necesario, se va a juicio. Estas cosas seguirán sucediendo en este país hasta que tengamos verdaderas leyes, verdaderos negocios, y no esta locura que tenemos ahora.»

A pesar de los «síntomas patológicos» del nuevo capitalismo, Zaslavsky y compañía no tenían intención alguna de refrenar sus ambiciones. Eran triunfadores. Dmitri Chegodayev, de veintisiete años, presidente del comité de medios de comunicación del distrito, mantuvo reuniones con inversores extranjeros para poner en marcha un sistema de televisión por cable de treinta y dos canales que incluiría un «canal Octubre». «Queremos vincularnos con Europa a través de la televisión por cable», declaró. Hubo reuniones para decidir cómo atraer a los inversores extranjeros, a las «sanguijuelas capitalistas» de la leyenda estalinista. El plan más ambicioso —que, según los leales al Partido Comunista, rayaba en la megalomanía— era crear un enorme centro de negocios en la plaza Gagarin, similar al barrio de La Défense de París. Se llegaron a redactar importantes documentos. El centro debía incluir hoteles de lujo, edificios de oficinas, aparcamientos subterráneos, un centro de exposiciones, un centro informático y de comunicaciones, un centro comercial, y un complejo médico.

Pero en el verano y el otoño de 1990 tuvieron lugar otros sucesos. La prensa del Partido Comunista comenzaba a insinuar que habría una contrarrevolución. De pronto, los más destacados defensores del mercado libre en el país —incluido Zaslavsky— se encontraron bajo fuego enemigo. Como la propia Unión Soviética, Zaslavsky se internaba en las nubes de tormenta de una economía de mercado sin un plan de vuelo ni una pantalla de radar. Su visión del futuro —un mundo de mercados de valores, centros informáticos, y grandes centros comerciales— chocó de frente con las insuperables barreras de la costumbre y de la inestabilidad; la obstinada psicología de un pueblo acostumbrado a la «igualdad en la pobreza». Tal vez un poco antes que en el resto del país, los radicales líderes del mercado libre de la Región de Octubre se toparon con los límites de la tolerancia de la gente. Las nuevas empresas comenzaban a suscitar sentimientos airados entre algunos trabajadores del distrito. Hubo algunas manifestaciones. Algunos de los partidarios de Zaslavsky comenzaron a volverse en su contra. «Mucha gente del distrito veía que, mientras empresas como Alisa se enriquecían rápidamente, ellos todavía tenían que seguir haciendo cola para conseguir comida, así que comenzaron a exigir: "¡Queremos nuestra parte!" —dijo Gezentsevei, el asistente de Zaslavsky—. Mucha gente no podía comprender que la función de un gobierno no es la de cuidar de la gente, como los padres cuidan de sus hijos. Lo que tratábamos de hacer era generar las estructuras, las posibilidades para que todos pudieran trabajar y progresar.»

Para Zaslavsky no fue ninguna sorpresa que muchas de las cartas en su contra, por no mencionar los artículos en la prensa nacionalista, fueran antisemitas. A medida que iba aumentando el *boom* comercial y que el

salario promedio alcanzaba para comprar cada vez menos, el resentimiento se fue canalizando en esa dirección. Toda persona que tuviera un poco más era un judío. Las quejas y murmuraciones se oían en los autobuses, en las calles, en los bancos de las plazas. Incluso fue tema de reuniones públicas y manifestaciones. El 6 de junio de 1990, en el salón cultural Octubre Rojo de Moscú, se reunieron setecientos miembros del Movimiento Ortodoxo del Pueblo y el odio alcanzó niveles insospechados. «¡Declaramos que los judíos son colectivamente responsables del genocidio del pueblo ruso y de otros pueblos en nuestro país! —manifestó Alexander Kulakov, uno de los oradores—. Exigimos que a los judíos se les prohíba abandonar el país antes de que un tribunal del pueblo ruso haya decidido su destino. Expresamos nuestra solidaridad con el mundo árabe, que se enfrenta a este flagelo. También expresamos nuestra solidaridad con el pueblo alemán. ¡Los judíos jamás fueron víctimas del pueblo alemán! Los alemanes fueron víctimas del engaño de los judíos.»

Grupos como el Frente de Trabajadores Unidos, Madre Patria y Unidad profirieron gruñidos similares, todo en nombre de la «justicia proletaria» y del llamamiento a la guerra de clases. Zaslavsky me mostró algunas de las cartas que había recibido en que la palabra *zhid* («judío») era más frecuente que las comas. Era como si ahora integrara el «bando de los malos» en una perversa guerra de clases, un foco del resentimiento social. El *Nash Sovremenik*, *Moscow Worker* y *Molodaya Gvardiya* eran las publicaciones que respaldaban esta extraña amalgama de nacionalismo, neoestalinismo y resentimiento, que rápidamente llegó a conocerse como «bolchevismo». «Nos encontramos ante una paradoja —escribió Richard Kosolapov en *Moscow Worker*—. En una época en que se amplía la brecha entre ricos y pobres se prohíbe, al mismo tiempo, el enfoque de clases, contrastándolo falsamente con los valores humanos universales. Se nos repite de forma

insistente que es necesaria la fraternidad entre los mineros del carbón y la nueva clase de los millonarios ... a pesar de que toda nuestra experiencia histórica nos habla de la inevitabilidad del conflicto.»

Cuando Zaslavsky inició su mandato, a comienzos de 1990, tenía el respaldo de más de cien de los ciento cincuenta diputados de la Región de Octubre, pero al llegar el invierno solo contaba con unos cuarenta. Los demás, con la ayuda de varias organizaciones del Partido Comunista, comenzaron a conspirar en su contra. El *Sovetskaya Rossiya*, órgano del Partido Comunista de Rusia, comenzó a publicar artículos en que acusaba a Zaslavsky de incompetencia, de un «anticomunismo agresivo» y de quitarle el poder a la gente para entregárselo a unos cuantos jóvenes millonarios. «Zaslavsky no es el hombre que creíamos que era —dijo Alla Vlasova, miembro conservador del consejo—. Se ha vuelto arrogante. Solo escucha a las personas de su círculo. Tiene que irse.»

La falta de experiencia y una cierta dosis de arrogancia también proporcionaron armas a los enemigos de Zaslavsky para la batalla política que se avecinaba. Resultó que algunos miembros del comité ejecutivo de la ciudad eran también hombres de negocios. El adjunto de Vasiliyev, Shota Kakabadze, era el presidente del bufete Asistente, que realizaba labores jurídicas para la región. A pesar de que los abogados insistieron en que no cobraban por el trabajo municipal, fue inevitable dar la impresión de que existía un conflicto de intereses. «Comenzamos a ser víctimas de nuestra propia estupidez y falta de experiencia», declaró Chegodayev.

El error más grande de Zaslavsky fue la forma en que gestionó la privatización de miles de parcelas de tierra y nuevas empresas. La Cámara Municipal de la Propiedad Urbana estaba a cargo de la subasta y venta de

tierras para fomentar la creación de empresas, hoteles o fábricas que se adecuaran a los planes de la Región de Octubre para el futuro. Zaslavsky comprendió el dilema de mezclar los sectores estatal y privado, pero argumentaba que esto se hacía a menudo en los países en vías de desarrollo. «Y hay que asumir que eso es lo que somos —dijo Zaslavsky—, un país en vías de desarrollo que posee armas nucleares.» El Alto Volta con misiles. Los enemigos de Zaslavsky se le echaron encima acusándolo de desviar las ganancias hacia sus amigos. Si bien la acusación nunca pudo probarse, lo perjudicó enormemente. De pronto, el joven político que había comenzado su carrera con una imagen intachable era tachado de corrupto.

Para empeorar las cosas, Zaslavsky recibió un varapalo de un poderoso adversario. Durante meses, Zaslavsky había estado diciéndole a la prensa e incluso al público extranjero que Gorbachov era «una causa perdida» a quien se le concedía demasiado crédito por haber impulsado la *perestroika*. Afirmó que había sido la estrategia de Ronald Reagan de negociar por medio de la fuerza lo que había puesto de rodillas al Kremlin. «Nunca olvidaré lo que Gorbachov hizo al principio —dijo Zaslavsky—, pero sería un error seguir poniendo todas nuestras esperanzas en un solo hombre. A Dios gracias, ya hemos superado esa etapa.» Gorbachov, quien en ese momento estaba alineado con la derecha, asistió a una reunión de la sección moscovita del Partido Comunista y criticó duramente a quienes «dicen ser demócratas». Fue uno de sus discursos más conservadores durante un invierno conservador en el Kremlin. Gorbachov afirmó que Zaslavsky, sobre todo, lo había desilusionado.

En la helada tarde del 13 de febrero de 1991, los adversarios de Zaslavsky convocaron una reunión del consejo e incluyeron en el orden del día una votación para retirarle su confianza. Sin embargo, para destituir a Zaslavsky, necesitaban un quórum de noventa y nueve diputados. La única

estrategia que le quedó a Zaslavsky fue bloquear el quórum, dejar a su gente fuera de la sala. Permaneció en su despacho del segundo piso mientras sus adversarios lo hacían pedazos en el auditorio.

«¡Zaslavsky se ha pasado todo el verano en Estados Unidos. Está aprendiendo a destruir nuestro sistema político, económico e ideológico!», vociferó Alla Zhokina.

«Los emisarios de Zaslavsky recibieron entrenamiento en Estados Unidos —dijo Gennadi Markov—. Toda su gente está bien situada.» Yuri Mazenich dijo que el equipo de Zaslavsky «trató de establecer un régimen totalitario basándose en la toma arbitraria de la propiedad regional».

Desde las cinco de la tarde hasta cerca de la medianoche se oyó una denuncia tras otra. Aunque faltaban cinco personas para el quórum, la moción de censura se llevó a cabo de todas formas. Setenta y ocho diputados votaron a favor de la renuncia de Zaslavsky. Todo indicaba que la «Revolución de Octubre» no llevaría al esplendoroso futuro del «capitalismo en un solo distrito». Zaslavsky se encontraba sentado en su despacho, exhausto. Lo rodeaban los recuerdos de su ascenso a la fama: las baratijas y curiosidades de su viaje a Estados Unidos, sus ayudantes, que lo adoraban, y el mapa del futuro (la esplendorosa región que veía en su imaginación). La revolución había llegado a un punto muerto.

«Parece que esta partida va a ser muy larga», comentó.

22

¡Primero de Mayo!, ¡Primero de Mayo!

Me desperté temprano el Primero de Mayo de 1990, día de la celebración anual del trabajo, de sol y de *kitsch*. El tiempo era espléndido, una agradable sorpresa en la siempre gris ciudad de Moscú. Los rumores señalaban que en el pasado, en sus intentos por domar los cielos y la tierra, el Partido Comunista hacía fumigar las nubes para que lloviera antes y después, pero nunca durante el desfile.

El Primero de Mayo era una caricatura de lo que estaba sucediendo en el país. Uno podía instalarse en la Plaza Roja y contemplarlo todo desde allí. Durante el gobierno de Stalin, la celebración de mayo convertía el culto a la personalidad en una actividad comunitaria. Cada carroza y pancarta, cada canción y estandarte, tenían por finalidad ensalzar su grandeza. Bajo Jruschov y Brezhnev la atmósfera seguía siendo grotesca, pero más alegre. Los logros del trabajador eran por lo menos tan importantes como la figura del líder.

En 1988 hubo todavía algunos retratos de los dirigentes del Politburó y lemas aprobados por el Comité Central («¡Aceleración!») flotando en el aire, pero Gorbachov redujo la ceremonia a un espectáculo de masas, una producción digna de un intermedio durante el Sugar Bowl: hombres

musculosos lanzando pesas doradas al aire, ninfas y gimnastas moviendo la cintura en honor de la clase trabajadora. Sovietiana inocua. Los estandartes ya no proclamaban la vanidad nacional. Después de todo, el país se venía abajo y era de conocimiento público. La prensa no hacía sino repetirlo a diario. Ese año me topé incluso con Yeltsin mientras este se disponía a subir a su modesto automóvil. No se lo había visto en Moscú desde su caída del poder, casi un año atrás, y ese era probablemente su último momento de timidez. Sí, dijo con una enorme sonrisa, se encontraba de lo más bien. Pronto tendríamos noticias suyas.

En 1989, los lemas se habían transformado en una pasta dulzona. «¡Paz para todos!», decía uno. O el conmovedor «¡Estamos tratando de renovarnos!». Era todo tan inocente. La ideología se había esfumado. Ya no había letreros que pusieran «nuestros cohetes son más grandes que los suyos», ni alardes acerca de los índices de producción de magnesio, ni retratos del Tío Sam pisoteando al tercer mundo. Un imperio con millones de ojivas nucleares ansiaba ahora demostrar que se había convertido en un anciano desdentado. La Unión Soviética vivía una manía de autorepresentación.

En 1990, Gorbachov decidió dar cuenta de la nueva oleada de jóvenes políticos en las diferentes legislaturas, ayuntamientos y consejos ciudadanos. El Kremlin anunció que el alcalde liberal de Moscú, Gavriil Popov, estaría en la tribuna del mausoleo de Lenin, junto a los miembros del Politburó y algunos selectos personajes de gobierno. Yuri Prokofiyev, el increíblemente torpe dirigente de la organización del Partido en Moscú, declaró que los obreros no serían obligados a asistir a las celebraciones. Dijo que ese año el Primero de Mayo sería «absolutamente voluntario». Se recomendaba solamente que la gente no portara carteles con lemas «anticonstitucionales». Se suponía que el comentario sería: «¡Qué gran

gesto! ¡Qué dirigentes tan generosos y liberales!». Pero, como de costumbre, más que la generosidad era el temor lo que impulsaba al Partido. Decidieron celebrar el desfile solo a cambio de un acuerdo con Rusia Democrática, Monumento y otros grupos según el cual no habría «contramarchas» en la ciudad. En Leningrado, el Partido no estaba dispuesto a asumir riesgos de ninguna índole; simplemente canceló el desfile.

La mañana era radiante; un sol fuerte y luminoso y una brisa tibia acariciaban los rostros, que comenzaban a perder la blanca palidez del largo invierno. En el trayecto desde la plaza de Octubre hasta la Plaza Roja, vi a un grupo personas que llevaban la bandera lituana y estandartes plegados. No le di vueltas al asunto. Llegué temprano a la tribuna, me compré un helado y charlé con los demás reporteros. Se oyeron algunas melodías pop soviéticas y «Veremos llegar ese día», de Pete Seeger.

Finalmente llegó la hora de dar inicio a las ceremonias. Como siempre, los periodistas prestaron mucha atención al orden en que los dirigentes subían las escaleras del mausoleo de Lenin hasta la tribuna. Yeltsin y Geidar Aliyev me habían comentado que Gorbachov, al igual que un empresario del béisbol, antes de iniciar el espectáculo le asignaba a cada dirigente el lugar que debía ocupar. «Por lo general lo escribía en una tarjetita o en un papel», me dijo Yeltsin. También me explicó que, cuando se reunía el Politburó, durante las pausas para almorzar los miembros se sentaban en el orden que les hubiera sido asignado para el Primero de Mayo.

Los reporteros todavía considerábamos que era importante observar quién hablaba con quién y, por encima de todo, quién se encontraba ausente. Esto se llamaba «observación soviética». Por lo menos para mí, el ritual perdió su aura con la revelación de que debajo del mausoleo había un laboratorio encargado de controlar la temperatura y el grado de deterioro

del «Lenin viviente». Debajo del laboratorio había un gimnasio donde los guardias se ejercitaban durante su tiempo libre. De alguna manera, el solo hecho de imaginar que un joven con espinillas de Chelyabinsk levantaba pesas en las entrañas del territorio sagrado, despojaba de todo misterio a la gran procesión y a los dirigentes que la observaban.

Durante alrededor de una hora, las celebraciones del Primero de Mayo transcurrieron sin incidentes. Gorbachov observaba con sonrisa principesca y aburrida, como si le complaciera poder vivir ese evento sin crisis. Desfilaron primero los obreros y miembros de los sindicatos oficiales; sostenían letreros que reflejaban el temor a que una economía de mercado los dejara sin puestos de trabajo o en la bancarrota. «Basta de experimentos», ponía uno. «La economía de mercado es poder para la plutocracia», afirmaba otro. «Abajo con la propiedad privada» rezaba un tercero. Aunque sus lemas reflejaban las consignas del ala derechista, esos trabajadores merecían toda nuestra simpatía. Habían vivido durante décadas en un mundo de garantías (aunque magras) y de verdades absolutas (aunque falsas), y ahora todo eso había sido puesto en duda, recortado. Se sentían amenazados en lo más profundo de su ser.

La multitud se movía de izquierda a derecha, del edificio de ladrillos del Museo de la Revolución hacia los adoquines de la Plaza Roja, y luego por la pendiente junto a la catedral de San Basilio hacia las grises aguas del río Moscova. Pero, de pronto, la marcha comenzó a quedar sin integrantes. Volvimos la mirada hacia la izquierda y vimos una nueva aglomeración de gente, pero estaban a la espera y parecían... diferentes. ¿Qué era eso? Había banderas lituanas, banderas de Estonia y la tricolor rusa de la era zarista. Se oyeron gritos, más gente joven, una atmósfera completamente diferente. Algo estaba a punto de suceder. Se podía palpar. Todos lo sentíamos. Esas eran las personas que, de no haber pactado con el Partido, hubiesen

protagonizado «contramanifestaciones». El Partido pronto se arrepentiría de su genial idea.

Los demócratas comenzaron a marchar hacia la plaza y los carteles se volvieron visibles desde la tribuna. Ya había visto esos mismos carteles en otras manifestaciones, pero ¿en la Plaza Roja? ¿En presencia de Gorbachov?

«¿Socialismo? ¡No, gracias!»

«Comunistas: no se hagan ilusiones. Están en bancarrota.»

«El marxismo-leninismo, al basurero de la historia.»

«¡Abajo el Politburó! Presenten la renuncia.»

«¡Ceausescus del Politburó: fuera de sus sillones y a las prisiones!»

«¡Abajo el imperio y el fascismo rojo!»

No había retratos de los miembros del Politburó, pero sí numerosos carteles con la fotografía de Yeltsin («¡Cuéntales, Boris!») y de Sajarov («Conciencia de la nación»). Luego apareció el símbolo más impactante de todos: banderas rojas soviéticas a las que se les había arrancado la hoz y el martillo (un eco de las banderas opositoras en las calles de Bucarest durante el levantamiento de diciembre de 1989). Los manifestantes se detuvieron y se volvieron hacia el mausoleo de Lenin. Ahora había miles de personas en la plaza agitando el puño y coreando «Doloi KPSS!» («¡Abajo el Partido!»). «Doloi Gorbachov!» y «Doloi Ligachov!». Pedí prestados unos binoculares y estudié los rostros de los hombres en la tribuna. (Más tarde pude verlos más de cerca en la televisión.) Ligachov sacudía la cabeza furioso, con el rostro serio como en un funeral. Yakovlev estaba impávido. Popov estaba absolutamente sereno, incluso complacido, aunque vacilaba en demostrarlo en esa compañía. Gorbachov, como siempre, se mostraba dueño de sus emociones. Mientras decenas de miles de personas lo criticaban, su rostro no reflejó ni la más mínima señal de ira. Recordé a

otros hombres en situaciones similares, lo confundido y asustado que se veía a Ceausescu cuando oyó a los primeros manifestantes desde su balcón. La actuación de Gorbachov era tan impactante como la propia manifestación. Observaba y observaba, y a veces intercambiaba algunas palabras con la persona situada junto a él, como si este fuera el desfile del Primero de Mayo más común. ¡Como si fuera normal!

Daba la impresión de que la confrontación podía durar horas. Los manifestantes estaban listos para permanecer en la Plaza Roja todo el día. Nos quedamos todos allí, observando, quietos como lagartijas al sol. Los hombres del mausoleo no se movían. Seguían ahí como si observaran otra cosa, otro desfile en vez de su propio juicio. Finalmente, alguien dio la orden de encender los altavoces del Kremlin y se oyeron lemas patrióticos y música marcial. Pero no podían silenciar los gritos y las canciones de la Plaza Roja, que adquirían fuerza por momentos. Esa plaza les pertenecía y nadie los sacaría de ahí. En el centro de la plaza, un sacerdote ortodoxo ruso de larga barba alzó un enorme crucifijo y exclamó: «Mijail Sergeyevich, Cristo se ha levantado».

Finalmente, después de veinticinco minutos de este espectáculo, Gorbachov hizo una señal con la cabeza, giró sobre sus talones y bajó de la tribuna. ¿Qué más podía hacer? Todos, incluido Popov, lo siguieron. Más tarde visité a Popov en el ayuntamiento y le pregunté qué habían experimentado tanto él como Gorbachov estando ahí en el mausoleo.

«Para mí fue interesante —dijo—. ¿Para Gorbachov? Yo diría que la palabra es... incómodo.»

También conversé con Yegor Ligachov y me confesó que el incidente lo había impactado profundamente. «No solo a mí, sino también a Mijail Sergeyevich. Todos compartíamos el mismo sentimiento —me dijo—. Por un lado, permitimos que todas las fuerzas desfilaran por la Plaza Roja y se

expresaran. Por otro, fuimos testigos de expresiones tan extremistas, de una agresividad tan manifiesta, que si esta gente llegara al poder y nosotros organizáramos una manifestación de esa índole, seríamos enviados directamente de la Plaza Roja a la prisión. No me cabe duda. Observé durante largo rato y Mijail Sergeyevich se acercó a mí y me dijo: "Yegor, probablemente es hora de poner fin al acto". Y yo dije: "Sí, es hora". Y nos fuimos. Fue algo incivilizado. Le dije a Mijail Sergeyevich: "Hemos presenciado una vez más el deplorable estado en que se encuentra el país". Esas fueron mis palabras exactas.»

Después de que Gorbachov y los demás abandonaran sus puestos sobre la tumba de Lenin, caminé hasta la plaza y me mezclé con los manifestantes. Los animaba una sensación de poder. «Puede que la cúpula dirigente trate de minimizar lo que ha sucedido aquí hoy y declare que se trata del desahogo de un grupo de extremistas, pero es algo mucho más profundo. Gorbachov ha hecho mucho, pero cuando se trata de nosotros, los radicales, les vuelve la espalda a sus aliados naturales», me dijo Alexander Afanasyev, uno de los manifestantes. Tenía la cara cubierta de sudor, excitada por los acontecimientos del día. Un joven llamado Vitaly Mindlin, que llevaba un cartel prolituano, me dijo: «Me han obligado a asistir a estas marchas durante años, y esta es la primera vez que acudo de forma voluntaria, actuando de acuerdo con mis creencias. Puede que Gorbachov se haya sentido ofendido por nuestra franqueza, pero tenemos que correr el riesgo. No podemos seguir actuando como si fuéramos súbditos. Nos mandamos a nosotros mismos. Ahora es el pueblo quien dicta el momento, no Gorbachov».

Por supuesto, el Partido hizo esfuerzos para que el país no tuviera noticia de las manifestaciones. La televisión oficial le dio cobertura a la primera hora del desfile, pero cuando los radicales entraban en la Plaza Roja la

transmisión se interrumpió. Por descontado, la *glasnost* se opuso a cualquier intento de controlar la información. Los periódicos más liberales publicaron toda la información acerca de los acontecimientos del Primero de Mayo y el público se enteró no solo de lo sucedido en Moscú, sino también de las manifestaciones anticomunistas en Europa oriental y de las manifestaciones «antiimperio» en Ucrania. El Partido había sido humillado casi en todas partes. En Lvov, centro del movimiento de independencia ucraniano, los manifestantes llevaban iconos de la Virgen María y carteles que ponían: «URSS, cárcel de las naciones». El alcalde de Lvov, Vyacheslav Chernovil, no pudo dejar de aplaudir. Había pasado la mayor parte de su vida adulta como disidente y prisionero político. «Feliz Primero de Mayo —les decía a todos—. Feliz Primero de Mayo.»

Algunos días más tarde, a Alexander Yakovlev le tocó la poco envidiable tarea de comparecer ante la prensa. Yendo en contra de todo lo que representaba, el hombre más liberal del régimen denunció las manifestaciones del Primero de Mayo como «una ofensa» y «una monstruosidad». Yakovlev desempañó el papel de demagogo y apuntó a los pocos estrafalarios de la marcha, veteranos de guerra con retratos de Stalin, y monárquicos con iconos de Nicolás II. Dio a entender que esos lunáticos eran la corriente principal de la manifestación y luego declaró pomposamente que lo que habíamos presenciado ese día eran las fuerzas «antirreformistas» que trataban de asustar a los buenos dirigentes del Kremlin. ¡Qué extraña y terrible debió de ser esta tarea para Yakovlev! Yuri Prokofiyev, jefe del Partido de Moscú, fue más sincero al expresar su enfado. Dijo que los lemas de las multitudes eran ofensivos y que «excedían los límites de la decencia. Calumniaron a los dirigentes del país, al Partido Comunista y al presidente, y entonaron cánticos groseros que rayaban en la obscenidad. El objetivo de esa gente era explícito: arruinar la celebración

con el veneno de la confrontación». ¡Qué frase! «¡Cánticos groseros que rayaban en la obscenidad!»

La prensa del Partido denunció la «falta de gusto» de la manifestación, como si los manifestantes hubiesen empleado un tenedor de pescado para comer carne. Gorbachov, por su parte, se mantuvo alejado del tema. ¿Qué podía decir? ¿Lo que sintió estando de pie allí, en el mausoleo? ¿Qué sintió Lyndon Johnson mientras se encontraba en la Casa Blanca y oía los gritos provenientes del parque Lafayette: «¡Oye, oye, LBJ! ¿A cuántos chicos mataste hoy?». A su perversa manera, Johnson se consideraba un hombre que hacía el bien, que trabajaba por los pobres, que les dio una oportunidad a los negros. Y ahora era un asesino de críos, un demonio. La indignación de Gorbachov el Primero de Mayo debió de ser aún más profunda. Había desafiado a muchas instituciones y a un sistema mucho más monstruoso de lo que un ciudadano estadounidense de hoy día pudiera imaginar. Sus maniobras, sus intentos de erosionar el poder del Partido y construir lentamente instituciones democráticas representaban el triunfo político de una era. Nunca hubo ningún zar o secretario general que arriesgara tanto su persona o su poder. Y ahora todo había salido mal. Día a día la gente de la Unión Soviética iba desarrollando un pensamiento propio. Esto alegraba a Gorbachov —por lo menos en principio—, pero la realidad de una nueva psicología, independiente y desafiante, lo confundía, lo hacía refugiarse en los fundamentos del poder tradicional. No escuchaba a quienes le decían lo que no quería oír. Los únicos hombres que lo adulaban eran precisamente aquellos que un día lo traicionarían. Su tragedia había comenzado.

La prensa liberal siempre se quejaba de la falta de gente joven en política. Yo lo encontraba extraño. El Primero de Mayo, la Plaza Roja estaba repleta

de hombres y mujeres de treinta, veinte e incluso menos años. A diferencia de Karpinsky, Afanasyev, Yakovlev y Gorbachov, hombres que habían sido educados en el sistema y que luego comenzaron un largo despertar después de la muerte de Stalin, los jóvenes nunca habían creído en el sistema. No creían en el comunismo o en el Partido. No creían en el futuro. Según describió el fenómeno un documento secreto del Politburó fechado el 19 de mayo de 1990, existía ahora en la sociedad soviética «una falta total de respeto por los órganos del poder estatal».

Los años de Gorbachov no representaban una etapa negativa para los jóvenes, sino más bien una oportunidad para llenar el vacío, para transitar de un cinismo desesperanzado hacia algo que se parecía a la vida moderna en toda su multiplicidad. Para los jóvenes, las órdenes y pretensiones del sistema existente constituían un mundo del absurdo, un reino de mentiras tan cómico que era para morirse de la risa.

El adoctrinamiento oficial comenzaba desde el primer año de colegio. El primer día de clases, el director reunía a todos los niños en el auditorio y les decía: «Tenéis la gran suerte de vivir en este país donde todos los niños son felices». Las primeras palabras en sus silabarios eran «Lenin», «Madre Patria» y «mamá». La portada incluía una fotografía del mausoleo de Lenin, y en los años sesenta, en la última página de todos los libros de texto, había un retrato de Jruschov con la leyenda: «Nikita Sergeyevich, defensor de la paz. Su mensaje a los pueblos es: "¡Vivamos en paz!"». El día de la Revolución, los niños eran declarados *oktyabritsti* («niños de Octubre»), y lucían distintivos en forma de estrella con pequeñas fotografías de Lenin como un querubín. En su ensayo «Menos de uno», Joseph Brodsky traduce la experiencia de la escuela bajo el régimen en dos oraciones: «Es una sala grande con tres filas de escritorios, un retrato del líder en la pared detrás de la silla del profesor, un mapa con dos hemisferios, de los cuales solo uno es

legal. El niño se sienta, abre su maletín, coloca su pluma y su cuaderno sobre el escritorio, alza la cara y se prepara para oír tonterías».

Durante el verano, los niños con más suerte iban a campamentos de pioneros donde jugaban a juegos de guerra con rifles de juguete y donde representaban todos los días «El sitio de Sebastopol» en competiciones nocturnas. Se los educaba con singular mojigatería. Durante la era de Brezhnev, el semanario *Ogonyok* recomendaba que «las jóvenes deben aprender a respetarse a sí mismas, pues así no habría necesidad de promulgar leyes que prohibiesen besarse y abrazarse en las calles. El recato de una mujer aumenta la energía sexual del hombre, pero la falta de pudor los repele y conduce al fracaso de la relación íntima». En 1980, un investigador estadounidense publicó *Sex in the Soviet Union* («Vida sexual en la Unión Soviética») y citó un artículo en la prensa oficial que afirmaba que las relaciones sexuales antes del matrimonio causaban desórdenes neuróticos, impotencia y frigidez; otro artículo decía que «la duración ideal del acto sexual» era de dos minutos, y que un hombre que posponía la eyaculación para aumentar el placer de su compañera estaba realizando un acto «tremendamente dañino» que podía provocar «impotencia, neurosis y psicosis». Todo esto mientras muchas jóvenes rusas, a falta de un sistema de control de natalidad eficaz, se sometían a un aborto tras otro.

La gente que creció bajo Brezhnev se doblaba lentamente bajo un gran peso invisible. «De pura flojera, la mayoría se refugiaban en el conformismo, en un sentimiento de desesperanza —me dijo una noche el crítico musical Alex Kahn—. Cuando tenía dieciocho años y estaba en mi primer año de universidad, estaba recogiendo manzanas en una granja colectiva y hablaba todos los días con un amigo en los campos. Recuerdo que llegamos a la conclusión de que estábamos viviendo bajo la dictadura más sofisticada que jamás haya existido sobre el planeta. La fuerza de la

propaganda era tal que nunca podría haber una revolución desde abajo. Yo sabía de la existencia de Sajarov y otros disidentes, pero eran islas pequeñas y remotas. El sistema había permeado a toda la sociedad. Estaba en todas partes. Nadie era torturado, como en la Edad Media o durante el régimen de Stalin... o por lo menos no muchos, pero no se podía escapar al sistema, lo invadía todo. Solo se podía hablar abiertamente con los amigos íntimos, e incluso eso no siempre era seguro.»

Pero la gente de la generación de Alex y aún más joven creció sin esa sensación de miedo permanente que sus padres habían padecido. La «era del estancamiento» exigía obediencia, pero no te pedía romperte el espinazo, ni siquiera entregar el alma. Por primera vez, había una generación que empezaba a distanciarse del sistema y lo consideraba todo con desdén; veía con extrañeza y espanto todo lo que había sucedido antes. Su relación con el Estado y sus instituciones era netamente irónica.

Lo que parecía salvar a las personas era el germen de las amistades, la sensación de independencia e intimidad que lograban ofrecer las largas noches de conversación. Mis tutores en este aspecto fueron, sobre todo, una cuadrilla de amigos en la treintena con una relación tan estrecha durante muchos años que incluso ahora me resulta presuntuoso decir que yo formaba parte de su círculo. Al menos yo era una especie de tangente del círculo de Masha Lipman y su esposo, Seriozha Ivanov, y de Masha Volkenshtein y su marido, Igor Primakov. Eran de esas personas que se veían entre el público en las reuniones de Monumento o de la Tribuna de Moscú, o bromeando y sin prestar mucha atención en alguna concentración masiva en las afueras de Moscú. Seriozha era historiador, Igor era sismólogo, Masha Lipman era traductora y Masha Volkenshtein, encuestadora. No eran famosos, pero conocían a gente que sí trataba a tal artista famoso o tal político reformista. De los cuatro, a quien más conocía

yo era a Masha Lipman, ya que finalmente vino a trabajar para el *Post*. Cuando por fin tuvimos la valentía de dejar de contratar a los informadores autorizados por el KGB que el Ministerio de Asuntos Exteriores nos enviaba, Masha se puso a trabajar como investigadora y traductora, desplazando por fin a una arpía de las altas esferas.

Casi todas las noches, cuando nos reuníamos, la conversación versaba sobre política. Supuse que siempre era así en una ciudad en revolución. Pero, al cabo de un rato, Masha y Seriozha hablaban de sus familias y de episodios típicos para la gente culta de su generación.

«Mi abuelo materno, David Rabinovitch, nació en Jarkov, en la Zona de Asentamiento, y le fascinaron las ideas proletarias —me contaba Masha—. Era el típico intelectual judío, un entusiasta de la nueva era y de un arte nuevo. Era músico. Cuando llegó a Moscú y se licenció en el conservatorio, impartió clases de economía política marxista y perteneció a la Asociación Rusa de Músicos Proletarios. Aspiraba a una nueva cultura proletaria y adoraba a Mayakovsky. Para los judíos, la Revolución representaba la idea del fin de la Zona de Asentamiento. La abuela era una actriz que estudió con Meyerhold y que trabajó en su teatro de la Revolución. Mi abuelo conoció a Shostakovich y mi abuela interpretó el papel de una vendedora de sostenes y corpiños forrados de piel en una obra de Mayakovsky.

»Era increíble. Ellos y sus amigos desarrollaron un estilo revolucionario incluso en la forma de vivir en casa. No tenían platos, no tenían auténticos muebles. Decidieron que aquello era demasiado burgués y lo dejaron todo en Jarkov. También se deshicieron de las fiestas de cumpleaños, las bodas y los árboles de Navidad. Por burgueses. Mi abuela encontró unos cuantos tablones y restos de madera para hacer una mesa, y pidió al super que la hiciera. Consideraban que las botas de fieltro rusas tradicionales, las *valenki*, también eran burguesas, de modo que los niños caminaban por la

nieve y el barro calzando unos zapatos de piel finos, llorando de frío. Simplemente se burlaban de todas las tradiciones del viejo orden. Así que obligaban a mi madre a que los llamara por su apellido y comían directamente sobre papel de estraza.»

Sin embargo, el abuelo materno de Masha fue enviado a un campo acusado de espionaje. Se había reunido algunas veces con un periodista norteamericano. Sobrevivió y regresó a casa tras la muerte de Stalin. Su abuelo paterno no tuvo tanta suerte. Alexander Levit fue un revolucionario que trabajó en el Komintern y asistió al XVII Congreso del Partido en 1935. Usaba el seudónimo de Tivel. Al año siguiente del congreso, fue detenido y desapareció. Durante los procesos de Moscú, la abuela de Masha puso la radio y oyó la voz de uno de los acusados, Karl Radek, prestando testimonio. «Fue Tivel quien se dirigió a mí para proponerme matar al camarada Stalin», dijo Radek. La abuela de Masha directamente se desmayó. «Sabía que aquello era el final.»

La historia de la familia de Seriozha era menos dramática y, tal vez, más corriente. «Puedo poner fecha con facilidad a mis primeros recuerdos nítidos. Mis padres me habían mandado a dormir. Estaban llegando invitados. Mi tío sacó una copia mecanografiada de *Paris Match*, que había publicado fragmentos de las palabras de Jruschov donde contaba la historia de la muerte de Stalin. Yo estaba en la cama, temblando de curiosidad. Tenía la puerta entornada y escuché. Recuerdo que estaba muy interesado, aunque mis padres trataran de combatir mi interés. Sabían que era un peligro indefinido.

»Cuando tenía trece años, mantuve algunas fuertes discusiones políticas con mis padres, sobre historia, sobre bolchevismo y sobre conformismo. Yo insistía en que el bolchevismo era un error que había ocasionado un sufrimiento incalculable. Lo supe desde el principio. Escuchaba “las voces

del extranjero” aunque estuvieran sometidas a fuertes interferencias. Había que aguardar a que cesara todo ese prolongado zumbido. Pero se oía mejor la radio en el campo, donde no había tantas interferencias como en el centro de Moscú.»

Cuando tenía más o menos la misma edad, explicó Masha, estaba en una clase de noveno curso en que estaban leyendo *Crimen y castigo* y la discusión pasó a centrarse en un acontecimiento político, momento en que Masha reparó en que se estaba alejando muy lenta e inexorablemente de la mítica infancia soviética. «Levanté la mano y dije que yo pensaba que matar un alma humana estaba prohibido y, es más, que no había nada tan valioso como una vida humana. Nadie coincidió conmigo en clase. Hubo quien dijo: “¿Y qué pasa si esa persona es un enemigo?”. El maestro me acusó de suscribir un “concepto abstracto de humanismo”. En la siguiente reunión de padres, ese profesor informó a mi madre con toda determinación: “No se preocupe, yo batallaré con ella”.»

Cuando era adolescente, Masha escuchaba con atención las conversaciones de la mesa de la cocina. Sus padres vivían en los márgenes de la disidencia. Conocían a gente que conocía a Solzhenitsyn. Iban a visitar a Nadezhda Mandelstam, la gran memorialista; como siempre, Mandelstam recibía a sus invitados en la cama, con bata y cubierta de cáscaras de pipas y ceniza de cigarrillo. Masha escuchaba las cintas de música clandestina de sus padres —el *magnitizdat*— de Alexander Galich y Bulat Ojudzhava. «Las cintas eran un secreto. No todos mis amigos tenían reproductor, así que venían a escuchar otras cosas. En una ocasión, una chica abrió un cajón y vio la cinta con el rótulo de “Galich”, y jamás olvidaré el pánico de aquel instante. Estaba segura de que íbamos a acabar en el KGB.»

Masha y Seriozha recorrieron los mismos círculos durante los años de

Brezhnev. Cuando se conocieron, descubrieron que ambos adoraban el mismo libro, la epopeya cómica de Venedikt Yerofeyev *Moscú-Petushki*. «Ese era el libro que contaba nuestras vidas, el dolor que conllevaban y también la ironía —dijo Masha—. Era un libro que contaba un intento de fuga cuando no hay salida.» Sus amigos eran estudiantes, hombres y mujeres jóvenes que vivían al borde de la disidencia, embebidos de libros y conversaciones. «En el colegio y en la universidad, ser un intelectual significaba que estaba siempre con alguien, charlando, bebiendo y hablando de lo borracho que estabas la noche anterior —explicó Masha—. Ahora me parece una vida desprovista de sentido. Se pensaba que despreciar los estudios y saltarse las clases era el culmen del buen gusto. Un empleo se valoraba en función de la frecuencia con la que pudieras llamar diciendo que estabas enferma sin perderlo.»

«Mi elección de profesión fue una modalidad de fuga —dijo Seriozha—. Yo en realidad quería ser diplomático, pero descubrí en qué desembocaba eso. Luego, periodista. En 1971 mi escuela me envió prácticamente a holgazanear al periódico *Moskovski Komsomolets*, y descubrí enseguida que era imposible ser periodista y buena persona. Las vías de escape de los intelectuales eran harto conocidas: la física teórica (si lograbas evitar la investigación militar) o el estructuralismo. Pero también se podía ser *dvornik*, cuidador o ascensorista, y dedicarte a leer durante la inmensa cantidad de tiempo libre que tenías. Era un poco más fácil ser científico, pero en el ámbito de las humanidades siempre había que vigilarte por el fantasma de la ideología. Así que eso es lo que hice. Me apresuré a adentrarme en el pasado, el pasado remoto de los bolcheviques: Bizancio.»

Los círculos de intelectuales urbanos que Masha y Seriozha conocían tan bien jugaban a fugarse y a diferenciarse tanto en el estilo como en lo sustancial. A diferencia de sus abuelos bolcheviques, que llevaban una vida

de ascetas, aquellos intelectuales occidentalizados insistían en la importancia de los buenos modales, de una cortesía casi afectada según la cual los varones abrían la puerta a las mujeres y les ayudaban a ponerse el abrigo. Empleaban un vocabulario ligeramente recargado, todo lo alejado que se pudiera imaginar del burdo discurso politizado de *Pravda* e *Izvestia*. «Hubo una época en que incluso se besaba la mano de una mujer para saludarla —dijo Seriozha—. No podía haber nada más opuesto al “¡Salud, camarada!”.»

La huida real solo era posible con la emigración. Y aun cuando Masha y Seriozha vieron ir camino del aeropuerto a muchos de sus amigos, ellos no podían soportar la idea de marcharse, de vivir fuera de la lengua y la cultura rusas, de obligar a sus hijos a imaginar su condición de rusos desde una distancia monumental. «Fui muchas veces a por los formularios y las solicitudes, pero finalmente no podía imaginarme a mí mismo bajando de un avión en otro país y diciéndome: “Donde estoy ahora es donde pasaré el resto de mi vida”. No podía.»

Y así fue como dedicaron sus vidas a una nueva Rusia y trataron de comprender la patología de la vieja. «Igor citaría a Paul Tillich, que decía que hay dos grandes temores: el miedo a la muerte y el miedo a la inmensidad, a la falta de sentido —comentó Seriozha—. La muerte y el sufrimiento son iguales para todos, pero la falta de sentido significa cosas distintas en las diferentes culturas. Europa escogió la inexorabilidad de la muerte como principio y se negó a construir nada duradero, de modo que la vida concluye con la defunción y carece de sentido. Otras culturas anteriores y las actuales culturas orientales optan por otra explicación. Una posibilidad es crear algo que dure para siempre, una forma de eternidad. Así que en esto coincidimos y no existe la muerte. Cuando algunas células de un órgano mueren en el organismo, este sigue viviendo porque el conjunto

es social y no individual. El problema de la muerte se resuelve. La idea de que el individuo tiene fronteras idénticas a las fronteras del yo es nueva; nació con la idea de Descartes "pienso, luego existo". Si le preguntáramos a un miembro de la cultura de la antigua Roma o de la Europa medieval si cree que la vida humana coincide con la vida de un ser humano, nos diría que no.

»Así sucedió con la cultura rusa. Y en Rusia, esta mentalidad medieval ha pervivido hasta hace muy poco. Los siervos fueron liberados en Europa a mediados del siglo XV, pero en Rusia sucedió a mediados del siglo XIX. La idea de comunidad era más importante; así, la unidad física duraba eternamente. La idea de que el individuo tenía un valor absoluto en sí mismo no apareció en Rusia hasta el siglo XIX y lo hizo por mediación de las influencias europeas, pero quedó atrofiada porque no había sociedad civil. Esa es la razón por la que los derechos humanos nunca han estado en el candelero. El obispo metropolitano Hilarión estableció con claridad el principio en el siglo XI con su "Sermón sobre la Ley y la Gracia", donde deja patente que la gracia es superior a la ley; hoy día se puede apreciar lo mismo en nuestros nacionalistas destacados, como Projanov, pues su versión de la gracia es superior a la de la ley. La ley es en cierto modo inhumana, abstracta. Las tentativas de revisar este principio fueron derrotadas. La Revolución rusa fue una reacción de una simplificación absoluta. Rusia descubrió su respuesta simplista y fanática, y se ganó su apoyo. Lo que vivimos en la actualidad es un gran avance. Vivimos en la Edad Media.»

Los jóvenes que se manifestaron en la Plaza Roja el Primero de Mayo habían cambiado no solo en términos intelectuales. La gran mayoría eran

personas comunes y corrientes, si es que ser trabajador, estudiante u operador de ascensores es ser común y corriente. Tal vez porque los intelectuales y los artículos que escribían eran probablemente la mejor expresión de los tiempos, el fenómeno de la *perestroika* tenía que ver también con el principio del placer, el Ello libre de tapujos. El Ello del sexo, de la libre expresión, del rock-and-roll, del materialismo, el Ello de las historias en los periódicos sensacionalistas.

La guerra de Afganistán, por ejemplo, era tan solo uno de los motivos que llevaban a tantos jóvenes a despreciar todo aquello que oliera a vida oficial soviética. Cada vez más, el peor insulto que uno podía oír era *sovok*, «soviético». Llamar *sovok* a alguien equivalía a decir que era retrógado, débil, flojo, hipócrita. Después de presentar a Occidente como el infierno del imperialismo y de la gente sin hogar, la televisión soviética ahora ofrecía versiones románticas de un paraíso accesible. La película *La pequeña Vera*, con su visión brutalmente realista de la vida familiar soviética, fue un éxito, pero al final la gente se cansó de verse retratada en el espejo de sus miserias. La industria cinematográfica estatal rápidamente comprendió que la forma de llenar los cines era comprar películas de Hollywood; películas de surf, películas de acción de tercera categoría, *Porky's II*, cualquier cosa que prometiera una diversión barata.

En Leningrado, conocí a un hombre ya no tan joven llamado Kolya Vasyn. Era un disidente genuino de la era de Brezhnev, pero su disidencia no se traducía en un culto a Thomas Jefferson o a John Stuart Mill, sino a Chuck Berry, Keith Richards y, sobre todo, a John Lennon. «Hay muchas cosas que pueden liberar a las personas —me dijo mientras escuchábamos una cinta de *El álbum blanco*—. Para mí fue la libertad de la voz de John Lennon.» Desde los años sesenta, tanto él como sus amigos habían estado coleccionando cintas de rock pirateadas y escuchándolas con el mismo

placer furtivo y la misma sensación de revelación que los intelectuales que leían a Sajarov en ediciones clandestinas. Me contó que cuando empezó a escuchar música rock no se conseguían discos, y que era la época en que los casetes eran difíciles de encontrar. «Teníamos amigos que trabajaban en clínicas y que robaban las placas usadas de rayos X —me dijo Kolya—. Uno de nosotros tenía una máquina primitiva para fabricar discos, y se podía copiar la música haciendo surcos en las placas. Así es que uno podía estar escuchando a Fats Domino en la placa de rayos X de la fractura de cadera de alguien. Lo llamábamos música "en los huesos".»

El apartamento tamaño ropero de Kolya Vasyn, lleno de recuerdos de los Beatles y con una grabadora enorme, se transformó para los amantes del rock en el equivalente de la cocina de Sajarov. Todo personaje o grupo importante del rock o del jazz en Leningrado —el Liverpool de la Unión Soviética— pasaba por su apartamento, hablaba toda la noche e, inevitablemente, terminaba durmiendo tirado en un rincón. El panorama local de la música rock era bastante interesante: Kolya, Alex Kahn y otros crearon un club de rock en la calle Rubenshtein y Acuario; el grupo de Boris Grebenshikov era tan innovador como muchos de los grupos occidentales. Pero lo más importante no fue la versión soviética del rockand-roll, sino la forma en que el rock abrió las puertas a un mundo más amplio.

El régimen soviético siempre mostró una honda preocupación por los atractivos de la cultura pop occidental. Incluso los ideólogos más aburridos, hombres que nunca habían viajado más allá de Minsk, sabían de algún modo que James Brown y los Rolling Stones eran casi tan peligrosos como Helsinki Watch y La Voz de América. «El enemigo está tratando de explotar la psicología juvenil con programas dudosos», afirmó en 1983 Konstantin Chernenko en un pleno del Comité Central. El *Komsomolskaya Pravda*,

periódico del Partido dirigido a la juventud, dijo del rock: «Los que muerden este anzuelo caen en las garras de adversarios ideológicos que siembran en las mentes inmaduras las semillas de una forma de vida ajena a nuestra sociedad». Pero, para 1989 y 1990, el *Komsomolskaya Pravda* facilitaba información acerca de Pink Floyd, los Talking Heads y el fenómeno *jeep-jope* («hip-hop»). Durante mi viaje a Perm para visitar el campo de prisioneros, oí un sonido proveniente de un puesto de verduras; era la primera vez que oía a un rapero ruso.

El rock trajo consigo la ropa sexy, las Reebok, los anuncios y McDonald's. Para los ideólogos y nacionalistas nostálgicos de un pasado ruso imaginario, «Purple Rain» y Metallica constituían una amenaza más seria que la idea de una bolsa de valores en la plaza de la Revolución. Ahora, incluso los conservadores estaban dispuestos a reconocer que el país necesitaba riqueza, pero en cualquier edición del *Moldaya Gvardiya* o de *Nash Sovremennik* uno podía leer polémicas acerca del peligro que representaba la música rock, de cómo había marginado a la música eslava tradicional. «El rock en directo se ha convertido en el flagelo y en el veneno de nuestras vidas —escribieron Valentin Rasputin, Vasily Belov y Yuri Bondarev, eminentes novelistas y conservadores culturales—. La música pop, con sus vibraciones monótonas y huecas, con sus textos absurdos y su falta total de poesía, está empujando a los jóvenes a un vacío espiritual.» Me dijeron incluso que el Politburó frunció el ceño ante el nacimiento de una cultura rock en la Unión Soviética. La visión de Alexander Yakovlev era lo que se entiende por liberalismo. «No es exactamente mi tipo de música, pero no creo que la solución sea prohibirla», declaró. Por su parte, Ligachov quería impedir que se le otorgara un visado de entrada a Elton John. No estoy seguro de cuál habría sido la orden extrema que Yegor

Kuzmich habría dado si en la cola de control de pasaportes hubieran estado Public Enemy o Ice-T.

La mayoría de los hombres del Kremlin no habían viajado nunca a Occidente, o, si lo hicieron, fue dentro de la «burbuja» de una visita oficial. No era casualidad que los dos hombres que habían viajado extensamente por Occidente antes de llegar al poder eran también las principales figuras de la reforma oficial: Yakovlev y Gorbachov. Solo Dios sabe lo que los partidarios de la línea dura imaginaban que le sucedería a la Unión Soviética si Occidente se trasladaba a Oriente. Pero uno podía adivinarlo. Cuando un joven activista llamado Roman Kalinin registró un periódico gay en el Ayuntamiento de Moscú en 1990 y publicó avisos personales y algunos artículos bastante moderados acerca de la vida gay en Moscú, el *Pravda* acusó al periódico *Tema* de informar a los necrófilos dónde encontrar cadáveres y a los pedófilos dónde contratar los servicios sexuales de niños. Kalinin comenzó a distribuir octavillas para una manifestación en defensa de los derechos de los homosexuales: «Transformemos la Plaza Roja en el Triángulo Rosa».

Para la generación más veterana que finalmente había renunciado al sueño comunista, Occidente representaba la tierra de su derrota, un paisaje llamativo del éxito. Era como si todos los sueños de la utopía se hubiesen desvanecido y hubieran quedado varados entre McDonald’s y el gulag. ¿Qué podían hacer sino pedir un Big Mac?

Pero, para los jóvenes, Occidente era la encarnación del sueño. Comparados con la decrepitud que les rodeaba, los problemas de Occidente parecían risibles. Claro que se había idealizado a Occidente, pero ¿por qué no? ¿Cómo podía uno siquiera empezar a hablar del debilitamiento de la

economía estadounidense con una mujer de treinta años que tenía que seguir viviendo con el hombre del que se había divorciado cinco años atrás porque no había a donde mudarse? Hacia 1990, uno de los libros más vendidos en los quioscos era *Cómo encontrar trabajo en Estados Unidos*. Le seguía de cerca *Cómo encontrar trabajo en Europa*. Este apetito por todo lo occidental le rompía a uno el corazón. Durante un par de semanas observé la filmación de *La casa Rusia*. El director, Fred Schepsi, situó la novela de John le Carré contra los más predecibles fondos de tarjeta postal. Decenas de jóvenes rusos desempeñaban funciones varias: traductores, técnicos, etcétera. Hablé sobre todo con una joven, Kira Sinyeshikova, que ayudaba a los estadounidenses a comunicarse con los rusos del equipo. La observé mientras ella observaba a Hollywood. La observé mientras se solazaba en el resplandor de Michelle Pfeiffer. La organización, el equipo, el trato que recibían las estrellas...; todo eso llenaba de admiración a Kira. Después de unos días, comenzó a causarle gracia la forma en que los estadounidenses pensaban que estaban «capturando la verdadera Rusia» al filmar la Plaza Roja, las catedrales de Zagorsk, los radiantes parques de Leningrado. Unas pocas semanas después de que el rodaje finalizara, Kira volvió a su trabajo como guía turística en el Museo de la Revolución de Leningrado. Habíamos acordado almorzar juntos ese día, y me incorporé a una de sus visitas guiadas. Era a última hora de la mañana y conducía a un grupo de aburridos turistas de Voronezh y Siberia. Les habló acerca de los fantásticos documentos que ahí se conservaban, de la colección «única» de recuerdos de Lenin. A los turistas les daba lo mismo y a Kira le importaba aún menos. Rara vez he visto una mirada tan vacía.

Lo occidental abrió las puertas de todo un mundo. Esa primavera de 1990 pasé algunas tardes en las colinas de Lenin, donde los japoneses habían construido una cancha de béisbol bastante decente para la Universidad

Estatal de Moscú. Me senté en las gradas con un muchacho de la ciudad de Sioux llamado Bob Protexter que había venido desde Iowa para entrenar al equipo de béisbol.

«Me enteré por el *Sports Illustrated* —me dijo—. Estaba sediento de aventura, pero ¿qué diablos podía hacer en Tahití? Así es que decidí que era mejor venir aquí a enseñarles a los rusos a jugar al béisbol.»

Cuando se desató la locura del béisbol en 1986, ello causó una honda preocupación entre los tradicionalistas. Parecían no recordar que la locura del baloncesto en los años setenta no había tenido consecuencias funestas para el país. Sin embargo, *Izvestia* publicó un editorial en que afirmaba que el béisbol era un juego extranjero y que el *lapta* ruso era mil veces superior. De hecho, agregaba el periódico, el béisbol era un derivado del *lapta*. Sergei Shachin escribió que el *lapta*, que data de los días de Ivan el Terrible, llegó a California con los emigrados rusos que se radicaron ahí en el siglo XIX. De ahí nació el béisbol. Más tarde Shachin reconoció que se trataba tan solo de «una suposición».

Los soviéticos estaban preparando un equipo con sus mejores jugadores para una gira por Estados Unidos; si bien se les veía inexpertos, no carecían de talento. La cancha estaba llena de ex lanzadores de jabalina, ex jugadores de waterpolo y ex jugadores de hockey. Richard Spooner, amigo de Protexter, era el Johnny Appleseed del béisbol en Moscú. Durante el día trabajaba para un consorcio de negocios estadounidense, y dedicaba los fines de semana a predicar la sabiduría de los reglamentos del béisbol. Spooner consiguió guantes, pelotas, cascos e incluso cintas de vídeo de los Dodgers de Los Ángeles para su equipo, los Químicos, de la Sociedad Química Mendeleyev. Cuanto más estudiaban las cintas, más imitaban los rusos los tics y los comportamientos de sus hermanos estadounidenses. Se rascaban, escupían y mascaban chicle. Eso sí, tomó algún tiempo. En un

partido, uno de los jugadores cogió el tabaco para mascar Red Man que se le había obsequiado y lo engulló como si fuera chocolate. Vomitó y pasó el resto del partido dando vueltas por la cancha completamente mareado.

«Ahora saben mascar y escupir a la perfección, pero hasta ahora no han adoptado la tradición de agarrarse las bolas antes del tiro», dijo Protexter.

Vadim Kulakov, *catcher* del equipo de Spooner, era un fanático de Gary Carter. «Si alguna vez tengo un hijo —me dijo—, lo llamaré Gary, por el gran Gary Carter.» Kulakov se encrespaba el pelo para imitar el aspecto de querubín de Gary Carter. En el terreno de juego, tenía el mismo estilo frenético, el mismo excéntrico sentido de la garra que Míster Garra. Y cuando salía de viaje con su equipo, Vadim Kulakov le entregaba a su novia un cromo de Gary Carter «para que no se olvide de mí».

Hasta entonces ningún ruso había logrado un *home run* en la cancha de la Universidad Estatal de Moscú. Nadie había logrado una buena curva y el *slider* era todavía una aspiración lejana. Pero sus *fieldings* eran bastante buenos. Esos chicos de las granjas colectivas eran diestros en el juego defensivo. Sin embargo, lo más precario era la capacidad para tomar decisiones. Las disputas entre jugadores eran frecuentes. «Lo decidimos todo juntos —me dijo el entrenador soviético, Vladimir Bogatyryov—. A pesar de todo lo sucedido, todavía perdura la mentalidad colectiva aquí, en Rusia.»

Era grato comprobar que, a pesar de todos los obstáculos, los jugadores rusos habían desarrollado un buen sentido del estilo. La mayoría de los jugadores usaban gorras de los principales equipos, aunque había uno que llevaba puesta una de Minute Maid y otro, como en la peor pesadilla del KGB, llevaba una gorra con el logo «Radio Libertad». Uno de los entrenadores diseñaba la nueva estrategia de juego en la portada de una vieja edición del *Novy Mir*. Durante algún rato observé la acción junto a

Bill el «Hombre del Espacio» Lee, de los Boston Red Sox. Lee estaba encantado con los jugadores, la forma en que se esforzaban por adquirir no solo los mecanismos sino también las poses, como si supieran de forma instintiva que las peculiaridades del juego estadounidense no eran irrelevantes, sino su parte más hermosa. Trató de enseñarles a los lanzadores que debían respetar el montículo, cuidarlo «como si fuera su propia casa, su despacho». Y ellos adoraron al Hombre del Espacio.

«Le diré lo siguiente, hablando como un auténtico estadounidense que les tiene simpatía a los rusos: espero que ganen este partido —me dijo Bill Lee —. Porque, si aprenden a jugar, descubrirán que es mucho mejor que trabajar. Piense en cualquier cosa. La música, por ejemplo. Cuando puedan encender el televisor y ver a Joe Cocker cantando “Hombre civilizado” con cincuenta mil personas enloquecidas que se han quitado la camisa y gritan con frenesí, bueno, dirán: “¿Sabes?, quiero eso. Debo tenerlo”. Y lo mismo con el béisbol. Quieren lo que nosotros tenemos. ¿Y por qué diablos no?»

23

El Ministerio del Amor

No me entró el gusanillo del espionaje hasta que llegué a Moscú. En la universidad se rumoreaba que un profesor podía espiarte por trabajo, como habían hecho los profesores comunistas de Cambridge con Philby, Burgess y Blunt. Jamás tuve noticia de que sucediera, pero supongo que era la idea. Cuando era reportero en Washington, me sentí ridículo en las pocas ocasiones en que me encargaron escribir sobre el espionaje y sus pormenores. Inevitablemente, alguien alimentaba en ti una dosis de engaño: una «primicia» que adquiría una siniestra relevancia política, una narración atractiva elaborada en el sótano de alguna embajada. En una ocasión escribí un reportaje sobre una desertora soviética, la esposa de un funcionario de la embajada. Traicionó a su país y cayó en brazos de un vendedor de coches de segunda mano. En los titulares de prensa y en todas partes se la conocía como «la mujer de la peluca rubia». En la televisión llevaba peluca y unas grandes gafas de sol. Más adelante firmó un contrato de seis cifras por escribir un libro. Yo sabía que alguien me había tomado el pelo. Pero ¿quién?

En Moscú se sobreentendía que nosotros, los extranjeros, éramos vigilados minuciosamente por el KGB. La gente hablaba de que había

reporteros que debían abandonar Moscú sin elegancia después de que les hubieran mostrado fotografías de 20 x 25 centímetros de sí mismos en plena actividad sexual con alguien que no era su esposa. Por dramáticos que los acontecimientos acabaran siendo en Moscú, nuestros amigos y parientes de Estados Unidos querían saber sobre todo cómo se siente uno cuando está siendo espiado, vigilado. Una vez convertido en algo rutinario evitar toda mención de nuestros amigos soviéticos, una vida bajo vigilancia no supone nada especial o casi nada, como cuando un brazo se te duerme un poco y te olvidas de él hasta que lo tocas. Sobre todo, dejabas de preocuparte. Arrogante y estúpidamente, uno se sentía invulnerable. Adelante. Dejémosles escuchar. La guerra fría se había terminado, ¿no es verdad?

Vladimir Kryuchkov, nombrado jefe del KGB en 1988 en sustitución de Viktor Chebrikov, realizó grandes esfuerzos para convencer al mundo de que había creado un servicio secreto más bondadoso, más indulgente. El Ministerio del Amor, como lo bautizara Orwell. Siguiendo el ejemplo de Gorbachov, Kryuchkov trató de «humanizarse» a sí mismo y a la institución que representaba. Describió para la prensa su gran amor por la obra de Bellini *Norma*. Si Van Cliburn se trasladara a Moscú, dijo, el KGB le construiría un magnífico apartamento. Kryuchkov incluso trató de granjearse la simpatía de la clase trabajadora. «La vida del presidente del KGB no es un camino de rosas», les dijo a los editores del *New Times*. Tanto trabajo y tan poco tiempo para hacerlo. Concedió ruedas de prensa. Contestó preguntas (cuidadosamente seleccionadas) en un programa de televisión. Se reunió con visitantes extranjeros. Hubo incluso visitas guiadas por la Lubyanka en que los guías se detenían frente a vitrinas con absurdos aparatos de espionaje (teléfonos incrustados en suelas de zapatos y

cosas así) Kryuchkov jamás mencionó que había ayudado a planear la invasión de Budapest en 1956 y la de Praga en 1968. Esto no concordaba con su nueva imagen.

Sin disminuir sus efectivos o eliminar a un solo espía o guardia fronterizo, Kryuchkov se había embarcado en una de las más curiosas campañas de relaciones públicas de la historia, tratando de mostrar que el aparato de espionaje de Dzerzhinsky, Yezhov, Beria y Andropov estaba auténticamente al servicio de la legalidad y de la reforma democrática. Una tarde, la prensa fue invitada al centro de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores para ver un documental sobre el «nuevo KGB», en el que los oficiales intercambiaban recetas de comida y actuaban en general como los personajes que aparecen en las películas estadounidenses para atraer nuevos reclutas. Kryuchkov no solo ansiaba adornar el presente, sino también limpiar el pasado. «La violencia, la inhumanidad y la violación de los derechos humanos siempre han sido ajenos al trabajo de nuestros servicios secretos», declaró al periódico italiano *L’Unità*. Si bien la era de Brezhnev «no fue la mejor de nuestra historia», Kryuchkov insistió en que el KGB había actuado «de acuerdo con la legislación vigente».

El autobombo de Kryuchkov nacía de la necesidad. Por primera vez durante su historia, el KGB estaba sujeto a la crítica pública. Yuri Vlasov, ex levantador de pesas olímpico, tomó la palabra en el Congreso de los Diputados del Pueblo en mayo de 1989 y denunció al KGB como un vasto «imperio subterráneo» que había estado utilizando a sus tropas y prisiones para liquidar a los mejores y más destacados elementos de cada generación soviética desde la revolución. Vlasov, un Hércules con gafas de concha, dijo que el KGB era «el arma existente más poderosa del aparato» y que debía estar sometido al estricto control del nuevo Parlamento. Huelga decirlo, nunca antes había sucedido algo así, y mucho menos en televisión y en vivo

y en directo. Kryuchkov reconoció que había reaccionado «con desagrado» ante el discurso de Vlasov, «pero luego me dije: debo reflexionar acerca de lo que está sucediendo ... Este hombre simplemente desconoce los muchos proyectos en que estamos involucrados y lo que planeamos para el futuro. Si todo el pueblo soviético es tan ignorante como él, entonces mucha gente debe de estar pensando del mismo modo». Agregó que, después de todo, los informes occidentales que presentaban al KGB como una fuerza reaccionaria y contraria a las reformas, no tenían «fundamento alguno ... El KGB y el ejército están ambos muy vinculados al pueblo. Aceptan totalmente el programa de la *perestroika* promulgado por el Partido Comunista y están listos para respaldarlo y defenderlo».

Kryuchkov debía de estar realmente convencido de que engañaba a todo el mundo. Sus estratagemas de relaciones públicas no le causaban la más mínima vergüenza. Hombre del viejo orden, estaba seguro de que podría controlar el nuevo. Tenía la arrogancia de alguien que una vez fuera telespectador y que estaba seguro de comprender lo que veía. En 1990, el KGB incluso abrió una oficina de prensa y encomendó a un general «facilitar las relaciones de prensa». En una ocasión, Kryuchkov invitó a todas las corresponsales de Moscú para una «entrevista», en que las trató con toda la galantería que un sinvergüenza puede mostrar. Elegantes camareros les trajeron a las damas su regalo de despedida: botellas de champán soviético y dos volúmenes encuadernados en cuero rojo con la historia de los servicios secretos soviéticos, autografiados por el propio Kryuchkov. ¿Qué pretendía con todo esto? ¿Acaso Kryuchkov esperaba que las reporteras se sentaran a escribir artículos comparando al KGB con la Liga de Mujeres Votantes?

Una mañana, en la portada del *Komsomolskaya Pravda* apareció la fotografía de una hermosa joven acompañada del titular «SEÑORITA KGB».

La joven, Katya Mayorova, era poseedora del único «título de belleza de las fuerzas de seguridad» de todo el mundo. Era una fotografía curiosa. La joven se colocaba un chaleco antibalas con gesto seductor. El artículo decía que la camarada Mayorova pronto aparecería en el programa de televisión *Buenas tardes Moscú* para hacer algunos «comunicados» acerca de las operaciones del KGB. El artículo afirmaba que Katya usaba su chaleco antibalas con «una suavidad exquisita, como si luciera un modelo de Pierre Cardin». Más allá de su aspecto físico, entre sus muchos encantos se contaba el «poder derribar al enemigo con un golpe de kárate».

Telefoneé al centro de prensa y pregunté si podía entrevistar a la señorita KGB. Pensé que la gente de la sede del KGB en la Lubyanka lo tomaría como una broma. Pero diez minutos más tarde me llamaron, confirmando la hora para una entrevista en la sede del KGB.

—¿Puedo traer mi cámara fotográfica? —pregunté.

—Esperamos que la traiga —fue la respuesta.

A la hora fijada aparqué frente a uno de los edificios en la plaza Lubyanka. Le di mi nombre a la recepcionista y me senté a esperar la audiencia con la reina. Entretanto, observé que cada cierto rato entraba gente de la calle e introducía un sobre o incluso un paquete de documentos en un gran buzón. Era donde la gente depositaba sus peticiones y sus quejas. Era una amarga advertencia de lo que había sido este lugar... de lo que todavía era. Recordé la novela de Lydia Chukovskaya, *Sofia Petrovna*, su relato de los días pasados tratando de averiguar lo que le había sucedido a su esposo; recordé los días que pasó Ajmatova haciendo cola, esperando conocer el destino de su hijo. E imaginé la escena en el piso de abajo al final del día: unos cuantos agentes sentados alrededor de la caldera, riendo y echando las cartas al fuego.

«¿Señor Remnick?»

Se trataba de Katya Mayorova, quien lucía espléndida en un jersey de angora y un par de ajustados tejanos italianos.

En presencia de un «oficial de prensa» del KGB, Katya respondió a mis preguntas (o no lo hizo). Dijo que el concurso se había desarrollado en privado y que incluso el número de participantes era un secreto. Supongo que el hecho de que jamás hubo concurso alguno era algo tan obvio que ni siquiera valía la pena mencionarlo. Pero para una persona entrenada en «métodos para matar» por la organización más temida del mundo, Katya era encantadora. Estaba haciendo un trabajo sensacional. Con su mezcla de dulzura al estilo Señorita Estados Unidos y una velada sensación de peligro, satisfacía algún tipo de fantasía que no pude identificar. ¿Qué era? ¿La Verdugo Rosa? ¿Mata Hari? No, dijo, no «necesariamente salgo solo con hombres del KGB». Sí, la verdad es que había estado recibiendo muchas llamadas desde que apareciera el artículo en el *Komsomolskaya Pravda*. «Los hombres son iguales en todas partes», añadió, entornando los ojos. Cuando le pedí que posara para una fotografía, se acercó a una estatua de Feliks «de Hierro» Dzerzhinsky, el fundador de la policía secreta, y, apoyándose sobre el mármol, sonrió seductoramente.

Se estaba haciendo tarde y yo quería asistir al acto de la plaza Lubyanka. Los principales demócratas de la ciudad iban a inaugurar el primer gran monumento a las víctimas del régimen: una enorme piedra traída desde Solovki, un campo de trabajos forzosos que Lenin creó en una isla del mar Blanco. Le pregunté a Katya si asistiría a la ceremonia. Se sonrojó, pero luego recobró la compostura con una respuesta que debía de haber aprendido en el manual de la campaña de relaciones públicas del KGB. «También murieron miles de inocentes agentes del KGB —dijo ella—. Así

es que visitaré el monumento esta noche. Considero que el monumento también me pertenece. Pertenece a todos nosotros.»

Fuera caía la nieve y comenzaron a congregarse los primeros manifestantes. Llevaban letreros que ponían: «El KGB jamás podrá lavar la sangre de sus manos» y «¡El KGB debe responder ante la justicia!». Lentamente, varios cientos de personas se reunieron alrededor de la piedra mientras caía la noche. Se dio inicio a la ceremonia. Yuri Afanasyev, en representación del grupo Monumento, tomó el micrófono y con una voz que se oyó por toda la plaza Lubyanka dijo: «Nunca antes un régimen había pasado setenta años librando una batalla tan brutal contra su propia gente. Benditos sean los que murieron en los campos y que pasaron hambre y frío». Oleg Volkov, un ex prisionero de Solovki, señaló con el dedo la estatua de Dzerzhinsky y afirmó que había llegado la hora de «derribar a los falsos ídolos». Sacerdotes de oscuras casullas oraron junto a la roca. La gente depositó flores sobre el monumento y derramó lágrimas. Otros sostenían velas y escudaban la llama con las manos para que el viento no la apagara. Los automóviles que pasaban aminoraban la marcha para contemplar de cerca la extraña ceremonia. La nieve empezó a caer con más fuerza, y uno de los amigos más íntimos de Sajarov, el activista en defensa de los derechos humanos Sergei Kovalev, lanzó una advertencia. Dijo lo que todos necesitaban oír, que «nada ha cambiado todavía, que nosotros, el pueblo, todavía estamos aquí abajo, y ellos, los del KGB, están todavía allá arriba».

No había mentira demasiado grande para Vladimir Alexandrovich. Cuando un corresponsal del *New Times* le preguntó si el KGB tenía expedientes de los ciudadanos soviéticos, Kryuchkov fue categórico: «Pregúntele eso a un

hombre del KGB y se morirá de la risa. Puede que ese tipo de cosas sucedan en otros países, pero no aquí».

El «nuevo KGB» de los tiempos de Gorbachov les arrojaba historias de espionaje a los corresponsales como si fueran alpiste y era imposible resistirse. Incluso antes de la llegada de Kryuchkov, permitieron que un periodista británico pasara unos días interrogando al desertor Kim Philby. Philby, una rata que se hacía pasar por ratón, desempeñó a la perfección su papel de honorable inglés, explayándose acerca de su servicio a los ideales y quejándose del retraso con que recibía sus ejemplares del *Times* y del *Independent*. La verdad es que Philby era un borracho, y el KGB lo trató como un patético adicto cuya cuña necesitaba ser reemplazada cada cinco minutos. Cuando en 1988 Philby murió, el KGB se las arregló para dar a conocer de forma muy selectiva el lugar y la hora del funeral. Algunos periódicos británicos publicaron la noticia como si fuera el acontecimiento más importante del siglo.

Con Kryuchkov, la campaña de relaciones públicas se amplió. Un funcionario del departamento de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores —con toda seguridad miembro del KGB— me hizo saber que, si lo deseaba, podía «tomar una taza de té y conversar» con Yevgeny Ivanov. En el lenguaje de la prensa británica de aquellos días, este era el Yevgeny Ivanov, el «misterioso hombre eslavo», que compartió el lecho de Christine Keeler, quien le «arrancó valiosos secretos» al ministro de la Guerra, John Profumo, y «derrocó al gobierno *tory*». Al programar la reunión con Ivanov, el KGB demostró tener un sentido de la oportunidad digno de un agente publicitario de Nueva York. En ese preciso momento se exhibía de nuevo la película *Escándalo* en Gran Bretaña y Estados Unidos. El filme era una gran atracción, tanto por sus imágenes de orgías como por su temática, la decadencia y caída del ministro.

Esperé a Ivanov en la oscura cafetería del Ministerio de Asuntos Exteriores, preguntándome qué aspecto tendría y cómo se comportaría este personaje de novela de espionaje. Había sido el «granuja rojo» de una historia que ya casi nadie recordaba. Corría el año 1963. Bajo la tutela del osteópata Stephen Ward, Christine Keeler y su amiga Mandy Rice-Davies se valieron de sus encantos para saltar a la fama. Profumo, el ministro de la Guerra, casado con la actriz Valerie Hobson, tuvo un romance con Keeler y cayó en desgracia después de mentirle al Parlamento. Cayó aún más bajo cuando Keeler declaró que también había compartido el lecho de Ivanov, un agente del KGB que trabajaba en la embajada de Londres como agregado militar soviético. Más tarde, Keeler se volvió rica contando su historia. Su protector, Ward, se suicidó. Y así sucesivamente.

Un hombre mayor de ropas arrugadas se acercó hasta la mesa. Arrastraba tímidamente los pies y parecía triste, como si estuviese perdido y no se atreviera a preguntar cómo llegar hasta la puerta de salida.

«Soy Yevgeny Ivanov —dijo—. ¿Me siento? ¿Sí?»

En la leyenda sobre el asunto Profumo, Ivanov hablaba perfectamente el inglés y tenía refinados modales. Lord Astor disfrutaba con su presencia. Pero el hombre sentado ante mí apenas hablaba inglés y agradeció enormemente el poder expresarse en ruso.

«Slava Bogu», suspiró. «A Dios gracias.»

Le conté que en Occidente *Escándalo* había tenido buenas críticas y que la película había hecho renacer el interés por el caso Profumo y por el nombre de Yevgeny Ivanov. «Su nombre está en los periódicos. Es usted nuevamente famoso», le dije.

«Bah, bah, ¿por qué le interesa tanto esta historia a la gente? —me contestó—. ¿Para qué reabrir esta sucia historia? Nuestras relaciones con los ingleses son cada día mejores. Thatcher y Gorbachov acaban de

reunirse. Esperamos la visita de la reina Isabel, queremos verla y escucharla. ¿Para qué remover entonces el barro de hace veinticinco años? ¿Quién puede beneficiarse con ello?»

Ivanov me dijo que había trabajado en el Ministerio de Defensa «analizando documentos» hasta 1982 y luego para Novosti, la agencia de prensa que era también un conocido centro del KGB. No especificó cuáles eran sus funciones en Novosti. A pesar de la aparente falta de interés de Ivanov por los días más notorios de su vida, dijo que pensaba escribir sus memorias.

Le pregunté si alguna vez se había acostado con Keeler. ¿La había convencido para que le revelara las confidencias hechas por Profumo?

«¡Jamás, jamás, jamás! —fue la réplica de Ivanov—. ¿Mi relación? Absolutamente ninguna. Jamás le presté atención a esa mujer. Se lo digo con toda sinceridad. Jamás. ¿Qué tenía ella de especial? Bueno, de acuerdo, tenía las piernas largas, pero incluso en Moscú hay muchachas así.

»Hay gente que afirma que le pedí que obtuviera información acerca del lugar y el tipo de armas nucleares que serían entregadas a Alemania Occidental. Eso es una tontería. Yo mismo podría haberlo averiguado solo con preguntarlo. No era ningún secreto que yo, en mi calidad de agregado militar, de soviético, estaba interesado en esas armas nucleares y en la fecha en que le serían entregadas a Alemania. ¡Y me acusaron de espía!»

Ivanov dijo que pensaba que había sido víctima de una conspiración que no tenía nada que ver con su persona ni con la Unión Soviética. Cuando se supo la noticia, me dijo, rápidamente se dio cuenta de que todos sus «viejos amigos» del Parlamento británico se negaban a hablar con él o a ser vistos en su compañía. Había llegado el momento de partir.

«Me fui de Londres y una semana más tarde la “historia de la vida” de Keeler estaba en la prensa —me dijo Ivanov—. No sé si ella asistió alguna

vez a la universidad, pero no pudo haber escrito todo eso por su cuenta. No podría haberlo imaginado sola. Todo fue preparado de antemano. Algún grupo estaba interesado en la caída de Profumo. ¿Qué grupo? No lo sé. Tenía enemigos y necesitaban pruebas para comprometerlo.»

Ivanov se encogió de hombros. Toda su persona era un encogimiento de hombros. Me recordaba a un jugador retirado que había terminado su carrera con un tiro errado, un mal pase en el último partido. Era famoso cuando la verdad es que hubiese sido más feliz en el anonimato. Se encontraba comiendo conmigo porque alguien le había dicho que tenía que hacerlo, porque serviría a algún interés. «Supongo que ahora podría viajar a Gran Bretaña, pero no me interesa», afirmó. Le pregunté por qué no. «Hay demasiada prensa en Inglaterra. Si viajo a Inglaterra y Christine Keeler se entera de que estoy allí, llamará a la prensa y volverá a repetir: "Me acosté con él". Necesita más dinero y aprovecharía mi visita a Londres. Simplemente no vale la pena.»

Así es que escribí mi artículo. Unos meses más tarde Ivanov recibió un generoso adelanto de una editorial extranjera. Estaba dispuesto a contarlo todo. ¿Se había acostado con Keeler? ¿Había hurtado secretos del Ministerio de la Guerra? Por supuesto que sí, escribió Ivanov. ¡Por supuesto!

Algunos meses más tarde, durante una interminable rueda de prensa en el Ministerio de Asuntos Exteriores, sentí una mano en el hombro y alguien me informó de que tenía una importante llamada telefónica. Era el general Karbainov, el oficial de prensa del KGB, preguntando si acaso me gustaría conocer a Edward Lee Howard.

Howard era el primer agente de la CIA que había desertado a la Unión

Soviética y al KGB. En 1983 fue obligado a renunciar a la CIA por considerarse que su conducta privada ponía en peligro la seguridad de la agencia. La CIA estaba también convencida de que Howard había vendido a gran una cantidad de «activos» clave en Moscú, entre ellos a un experto en aviación que a la postre fue ejecutado por espionaje. Howard desertó en 1986; se refugió en una embajada soviética de Europa oriental, probablemente la de Budapest.

Karbainov me dijo que regresara a mi casa y esperara una llamada «para confirmarlo todo» al mediodía.

Llegué a mi apartamento en cinco minutos. El teléfono sonó exactamente al mediodía.

«¿Conoce el reloj de cuco del Mezh? —dijo la voz, utilizando el apodo de los extranjeros para referirse al Hotel Internacional Mezhdunarodnaya—. Nos encontraremos debajo del reloj de cuco mañana a las diez y media de la mañana.»

Tuve tiempo para soltar un rápido «de acuerdo» antes de que la comunicación se cortara (como sucede siempre en estos casos).

Así es que, una vez más, la vida imitaría a la ficción barata. O al revés. Qué duda cabe: al concertar una cita con *The Washington Post*, Howard y probablemente el KGB se embarcaban en otro de sus juegos de «inteligencia internacional». Y, sin embargo, parecía un juego harto absurdo.

El sábado por la mañana, exactamente a la hora fijada, bajo el monstruoso reloj de cuco con un gallo de cobre en la parte superior, un hombre que no era ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni feo ni apuesto, me dio unos golpecitos en el hombro.

«Hola. Soy Ed Howard —dijo—. Encantado de conocerlo. ¿Vamos?»

En la era de la *glasnost*, el hotel Internacional era el único lugar en toda

la Unión Soviética que tenía cierta semejanza con el Estados Unidos del mundo de los negocios. Había «áreas para conversar», un atrio con ascensores de vidrio, tiendas bien surtidas, restaurantes con buena comida. Otro mundo.

«Me gusta porque se parece a uno de esos centros comerciales de Estados Unidos —me dijo Howard—. A veces almuerzo en el restaurante alemán del piso de arriba, y también me gusta mucho la heladería.»

Howard se dirigió con paso rápido hacia la puerta de salida. Se le veía nervioso, inquieto. Pero no corría ni ocultaba el rostro. El vestíbulo estaba lleno de occidentales, hombres de negocios de aspecto cansado que recorrían los pasillos a la espera de la siguiente reunión. Era posible que uno o dos de ellos recordara a Howard, aunque fuera vagamente, como el protagonista de un escándalo ocurrido muchos años atrás, un hombre que humilló a la CIA y al FBI cuando escapó a su vigilancia en Nuevo México y partió para el santuario soviético. Posiblemente; o tal vez no. Nadie parecía prestarle especial atención.

¿Cómo era posible que un desertor, una persona acusada de vender secretos al KGB, pudiera pasearse tranquilamente en público? Se lo pregunté. ¿No temía acaso que algún agente de la CIA de la embajada de Estados Unidos tratara de eliminarlo? ¿No podía suceder que lo reconociera algún vendedor de ordenadores de Tacoma quien de pronto lo señalara diciendo: «Oiga, ¿no es usted...?».

«Nunca —me dijo Howard—. Si usted les preguntara a mil personas en las calles de Washington D.C., o en cualquier ciudad estadounidense, "¿quién es Ed Howard?", novecientas noventa y nueve nunca sabrían quién soy, y mucho menos qué aspecto tengo.»

¿Y la CIA?

«Tienen cosas mejores en que emplear su tiempo.»

En la calle, Howard abrió la puerta trasera de un Volga negro, el vehículo preferido de la mayoría de los funcionarios de rango medio del Partido Comunista, de los militares y del KGB.

«Vamos a la dacha», pronunció Howard en pésimo ruso, y el chófer del KGB, cuyo inglés era sin duda perfecto, se alejó de la Kutuzovsky Prospekt en dirección a las afueras de Moscú. El chófer escogió deliberadamente una ruta indirecta hasta la casa de Howard. Tomaba las curvas a alta velocidad y nos espiaba continuamente por el retrovisor.

Howard puso los ojos en blanco y le dijo al chófer que al regresar no era necesario que tomara el mismo camino. El chófer claramente no era solo eso, pero asintió con un leve movimiento de la cabeza sin contradecir a Howard.

El País de las Dachas, por lo menos el sector donde vivía Howard en el pueblo de Barvija, era una mezcla de chozas de campesinos y chalets de ladrillo y vidrio pertenecientes a la élite del poder soviético. No lejos de la casa de Howard vivía el popular pintor y antisemita Ilya Glazunov; su chalet era una monstruosidad de ladrillos de varios pisos. Las casas de los alrededores pertenecían todas a oficiales del KGB, hombres del Partido Comunista, generales retirados.

Nos detuvimos frente a una elegante casa de ladrillos de dos pisos rodeada por una reja. En el patio delantero había dos cobertizos, uno para el Volga y el otro para el Volvo de Howard. Una pareja de jubilados ocupaba una pequeña choza en el terreno; la mujer cocinaba y hacía la limpieza para Howard, y el hombre cuidaba del jardín y cultivaba manzanas, fresas y patatas. La pareja llamaba a Howard Ivan Ivanovich, «Don Nadie». En el patio trasero había una caseta de guardias donde dos hombres del KGB mantenían una estrecha vigilancia las veinticuatro horas del día. Dentro de la propiedad había dispositivos infrarrojos para detectar la presencia de

intrusos. Howard, quien poseía además un espacioso apartamento cerca del Arbat en el centro de Moscú, no tardó en burlarse de sus propietarios como rusos torpes e incapaces. Señaló la ventana del segundo piso. «Nunca terminaron la construcción ahí arriba. Típico. Probablemente se les acabó el dinero a mitad de camino.»

Por dentro, la casa estaba equipada con muebles soviéticos de buena calidad y con un vídeo y un equipo de música occidentales de primera. Había dos dormitorios, una gran sala de estar y un estudio. El techo de la sala era muy alto. La biblioteca de Howard era escasa: *Lenin: su vida y obra*, la Biblia, *Ruso para todos* y una novela negra de Len Deighton. Me dijo que cuando viajaba al centro de la ciudad compraba el *USA Today* y el *Newsweek*, y que el KGB lo había suscrito al *National Geographic*, *Money* y *Computer World*. Para pasar el tiempo, Howard jugaba al ajedrez con los guardias o se sentaba frente al televisor para ver uno de sus trescientos videocasetes. Howard tenía dos ordenadores en su estudio; me dijo que los utilizaba para su trabajo como «consultor económico» en un banco soviético. También le encantaba jugar a videojuegos en el ordenador. «Este es mi favorito, SDI —dijo—. Es software creado en Estados Unidos. La premisa es que el KGB se ha apoderado del país y está listo para atacar a Occidente. Hay que pelear contra el KGB. Siempre gano. Pero mis amigos siempre pierden.»

En un país donde la pobreza era generalizada, Howard vivía como un pachá, básicamente a expensas del KGB. «Sí, estoy cómodo», suspiró, como si fuera un periodontólogo que tratara de quitar importancia a lo que le ha costado su nueva sala de juegos. Howard dijo que le pagaban quinientos rublos al mes por su trabajo en el instituto y que recibía algunas míseras comisiones en divisas por su trabajo en el banco. Tenía acceso a las tiendas diplomáticas donde los occidentales hacían sus compras. Pero negó

que el KGB jamás le hubiese pagado grandes sumas de dinero a cambio de información o por su mera presencia como desertor-trofeo.

«Cuando llegué a este país traía una maleta con ropa —me dijo—. Cuando comencé a trabajar dijeron que había que asegurar que el muchacho tuviera buena ropa. Eso fue lo que dijo Kryuchkov. Me entregaron una suma para comprar ropa. Unos dos mil rublos. Además, me financiaron durante los tres primeros meses, mientras arreglaba mi situación. No fue mucho dinero. No quiero precisar la cantidad exacta.»

La presencia de los guardias no parecía molestarlo, como tampoco el tener gente permanentemente pegada a sus talones. «El KGB es responsable de mi seguridad. Se toman su trabajo en serio. A veces me sermonean acerca de por qué no me tomo en serio la seguridad y cosas por el estilo —dijo—. Pero es mi decisión. Fui yo quien decidí traerlo hasta la dacha hoy. Kryuchkov dijo: "Es su decisión". No les gusta, pero afirman que es mi responsabilidad. Tenemos una buena relación y los respeto en cuanto a las medidas de seguridad que me proporcionan... siempre y cuando me den la libertad para operar. Bueno, «operar» no es la palabra indicada, pero sí el espacio para moverme, para asociarme con quien me plazca, de hacer lo que quiero, entonces está bien. Y me lo dan.»

Howard me dijo que incluso tenía libertad para viajar cuando quisiera. En los últimos cuatro años había viajado por Europa oriental, Nicaragua, Cuba, México, Francia y Canadá, «como diversión». Dijo que había visitado a su esposa y a su hijo en Minnesota, y que incluso había viajado a Cuba. Supuse que mentía, que alardeaba por alguna compleja razón, algún juego de espías. Y cuando se lo planteé, se puso extrañamente irritable. «Cuba tiene hermosas playas —dijo—. ¿Ha visitado alguna vez las playas cubanas?»

Howard era un chico de pueblo, de Nuevo México, que creció leyendo novelas de James Bond. Trabajó para el Peace Corps en Colombia y para la Agencia Internacional para el Desarrollo en Perú; fue así como empezó su afición por los viajes (y también por la cocaína). En 1980, cuando tenía veintiocho años de edad, mantuvo una entrevista de trabajo con la CIA. «Tengo que reconocer que me atraía el aura de la aventura», admitió. Al principio Howard tenía una imagen idealizada de la CIA. «Pero luego, después de conocer a algunos agentes en el Servicio Exterior, pensé que eran humanos, igual que el resto de nosotros. Les gusta pasarlo bien.»

Con su título de administración de empresas obtenido en una universidad estadounidense, Howard pensó que haría carrera en el extranjero trabajando en el área económica, «investigando las cuentas de la gente y cosas por el estilo». En vez de ello, en 1982 la CIA puso a Howard en el «oleoducto» para el puesto de Moscú. «Cuando le conté a mis compañeros que iba a Moscú se quedaron boquiabiertos. "¡Ah, Moscú!" Bueno, pensé yo, me aguantaré y luego podré elegir mi próximo puesto, Zurich tal vez.» Howard pasó varios meses en Virginia y en Washington perfeccionándose en técnicas de contraespionaje, colocando trozos de película en diversos objetos y aprendiendo a no pestañear. Aprendió términos como «activos mojados» (la terminología rusa para los espías liquidados), «frascos de miel» (mujeres utilizadas como cebo sexual) y «cuervo» (homosexuales como cebos). Se enteró de que la agencia conservaba los nombres de sus «activos vivos» en Moscú en sobres negros en una caja fuerte situada en un sótano.

A Howard le encantaba recordar esa parte de su vida. «Ah, muy monástica y todas esas cosas». Pero luego fracasó en las pruebas del polígrafo y tuvo que renunciar. Según fuentes de la CIA citadas en el libro de David Wise *El espía que escapó*, Howard comenzó a exhibir conductas

extrañas, telefoneando a la embajada de Estados Unidos en Moscú y dejando mensajes para el jefe de la CIA. Más adelante, también reconoció que había pasado varias horas frente al consulado soviético en Washington y que había sopesado la posibilidad de «hacer una visita». Asimismo, realizó algunos viajes a Viena que nunca pudo explicar. En ese entonces Viena era prácticamente un campo de batalla del espionaje debido a su privilegiada situación en Europa central y a su antigua condición de ciudad dividida en los días de *El tercer hombre*.

Cuando la CIA obligó a Howard a renunciar, lo hizo basándose en pruebas de sus problemas personales, especialmente su condición de bebedor empedernido. Cuando se reunió conmigo en el hotel llevaba una bolsa con dos botellas de licor. «Para las visitas», me dijo.

«Creo que mis problemas con la bebida fueron producto de varios factores relacionados con el estrés, especialmente en la CIA —explicó—. Y tuve algunos problemas de adaptación aquí, no cabe duda de ello. Ahora consumo cerveza. Tuve que reconocer que soy incapaz de medirme con el licor. Y eso es un gran paso. La última vez que bebí en exceso me deprimí tremendamente.»

Fue solo después de que el espía soviético Vitaly Yurchenko desertara a Occidente e informara a la CIA acerca de Howard cuando la CIA compartió el secreto con el FBI y Howard fue puesto bajo vigilancia. En esa época Howard vivía en Santa Fe y trabajaba para el cuerpo legislativo de Nuevo México. Entrenado por la CIA en el contraespionaje, Howard pronto se dio cuenta de que estaba bajo vigilancia. Dijo que sus sombras eran «necios e incompetentes». «Podía ver siempre al mismo tipo junto a mi casa. De verdad. Y luego viajé a Seattle. Vi caras conocidas en el vuelo a Los Ángeles, luego en el vuelo a Seattle, y luego nuevamente en Santa Fe.»

Howard negó haber mantenido contactos con el KGB hasta el momento

de desertar, en junio de 1986. Sintiéndose muy presionado y consumiendo grandes cantidades de alcohol, Howard sintió que no podía permanecer en Estados Unidos. En septiembre de 1985 protagonizó su escapada. Utilizó una vez más las técnicas que aprendiera durante su entrenamiento con la CIA. Con su esposa conduciendo el vehículo, la noche del 21 de septiembre, Howard se dejó caer rodando por la puerta del acompañante. Un muñeco inflable ocupó su lugar. Luego desapareció. Mientras su esposo comenzaba una odisea por Latinoamérica y Europa, que terminó con su deserción a la Unión Soviética, Mary Howard estuvo sometida a largos interrogatorios por parte del FBI. Según David Wise, reconoció que su esposo había cobrado ciento cincuenta mil dólares en una cuenta de un banco suizo y que había enterrado una cierta cantidad de Krugerrands y lingotes de plata en una caja de municiones. También confesó que el KGB había pagado el viaje que hizo su esposo a Viena en septiembre de 1984. Sin embargo, Howard afirmó que nunca había mantenido contacto con la Unión Soviética o con el KGB hasta el momento de su deserción. Cada vez que surgía el tema de ese período, Howard bajaba la mirada y decía: «Por favor, dejemos el tema del año 85».

Por lo que a Estados Unidos se refería, Howard gozaba de un exquisito sentido de *Schadenfreude*. Disfrutaba con el tema de los micrófonos que el KGB colocó en la embajada de Estados Unidos en Moscú y con el célebre incidente de los marines que alternaron con espías soviéticas con nombres como Gran Raya. Howard dijo: «Lo encontré sumamente gracioso, cómico. Creo que al final un solo tipo terminó en la cárcel. El resto eran simplemente marines jóvenes, normales, de sangre caliente. Estaban pasando un buen rato con unas chicas soviéticas. ¡Ja! ¡Ja!»

A veces, Howard actuaba como si la entrevista fuera una tarea difícil impuesta por un tercero. Pero en otras ocasiones se ponía a la altura del tema, especialmente en lo que a su propia inocencia se refería. Fue extraño oírlo hablar acerca de otro caso de espionaje de aquellos tiempos: la familia Walker, de la marina de Estados Unidos, que vendió códigos y otros secretos militares a los soviéticos. Las palabras de Howard dejaban entrever una buena dosis de amargura y cierto relativismo moral. «Deberían responder por sus delitos, pero en el negocio de la inteligencia es muy difícil diferenciar entre lo que es un delito, y lo que no lo es. Puede que en lo que se refiere a este tema esté tratando de escabullirme, pero, Dios mío, es como un salón lleno de espejos, quiero decir, es muy difícil moralizar...»

Fuera, el largo y gris sábado transcurría lentamente. En un comienzo, Howard desempeñó muy bien su papel, mostrando incluso una dosis de cinismo acerca de la campaña de relaciones públicas «más amable» del KGB. «Los estadounidenses deben darle el mismo crédito que le dan a las campañas de prensa de la CIA.» Pero, a medida que pasaban las horas, Howard comenzó a aburrirse de su papel, a aburrirse con su propia historia. Después de todo, este hombre no era más que un comparsa en el drama de las superpotencias. Además, ¿acaso la guerra fría no había terminado? ¿Quién necesita de Ed Howard? No era Kim Philby o George Blake; no había nada romántico en el caso Howard. Su deserción no era fruto de grandes ideales o del deseo de hacer fortuna; desertó y probablemente vendió secretos impulsado, sobre todo, por el pánico y la rabia.

Regresamos a Moscú y almorzamos en el restaurante alemán en el segundo piso del hotel Internacional. Howard troceaba solemnemente su pollo al horno. Alrededor nuestro, los hombres de negocios reían y levantaban sus jarras de cerveza hablando de sus vuelos a Copenhague, París y Londres. Se sentían aliviados de regresar a casa.

Howard dijo que pensaba asentarse algún día con su familia en un «país neutral». «Los soviéticos me han ofrecido la posibilidad —dijo—. Considero que es una opción viable.» Entretanto, «desde el punto de vista material, tengo prácticamente todo lo que deseo». Incluido el acceso a las canchas de tenis del Comité Central.

El segundo dormitorio de la dacha de Howard estaba repleto de enormes peluches y otros juguetes. Explicó que eran para su hijo, Lee. Hasta ahora, Lee Howard solo sabía que su padre hacía «trabajo financiero» en Moscú. «Supongo que algún día le explicaré toda la historia. No sé a qué edad, pero lo haré. Tendrá que evaluar la situación en relación con lo que sabe acerca de mí como persona, si lo he tratado bien, si lo he educado bien, si le quiero. Y al final, después del impacto inicial, creo que podremos desarrollar una buena relación. Mire por ejemplo a los hijos de Kim Philby. Solían visitarlo regularmente. Vinieron a su funeral y todo lo demás.»

Finalmente, Edward Lee Howard no tuvo nada más que decir. Había llegado la hora de regresar a la dacha. «Supongo que llamarán esta noche para saber cómo anduvieron las cosas», me dijo. Probablemente ya lo sabían. Pero ¿qué importancia podía tener? Telefoneé algunos días más tarde y Howard estaba completamente borracho. No tenía ni idea de quién era yo.

Sajarov siempre había dicho que, en comparación con la jerarquía del Partido Comunista, los hombres del KGB eran gente relativamente honrada y bien educada, incluso terreno fértil para las tendencias reformistas. Razonaba que los analistas y agentes del KGB viajaban y leían mucho, y que conocían mejor que nadie la verdadera dimensión de la desesperación en la Unión Soviética y las realidades más allá de sus fronteras. El

argumento de Sajarov tenía sentido, pero no lo comprendí en profundidad hasta que pasé un sábado en el cine de la Kalinin Prospekt donde se llevaba a cabo el congreso inaugural de la facción liberal del Partido, Plataforma Democrática.

Durante toda la mañana los discursos habían sido predecibles, pronunciados por las personas predecibles. Para junio de 1990, faltando unas pocas semanas para el XXVIII Congreso del Partido, ya no era ninguna novedad que el PCUS contaba con un buen número de demócratas. A decir verdad, en Rusia la gran mayoría de los principales dirigentes reformistas eran todavía miembros del Partido, incluido Yeltsin. Pero sucedió algo extraño. Uno de los dirigentes de Plataforma Democrática pidió que los asistentes prestaran especial atención porque un invitado especial —Oleg Danilovich Kalugin, ex general del KGB— había decidido tomar la palabra. Kalugin tenía el rostro anguloso y la fría mirada de un espía de película. Parecía un Zbigniew Brzezinski más joven. Su discurso fue poco teatral, pero igualmente impactante. Describió su carrera como agente del KGB, incluidas sus tareas como agregado de prensa en la embajada en Moscú y como jefe de contrainteligencia extranjera en la capital. No proporcionó muchos detalles en ese momento, pero más adelante me dijo que había ayudado a dirigir la famosa red de espías Walker y que había sido designado «socio interlocutor» de Kim Philby en Moscú. «Después de todo, no me gané todas estas medallas por mi trabajo como *boy scout*.»

El mensaje de Kalugin era sencillo: a pesar de cualquier campaña de relaciones públicas para demostrar lo contrario, el KGB continuaba infiltrando todo centro de trabajo, iglesia, sindicato de artistas y grupo político de la Unión Soviética. Al mismo tiempo, muchos oficiales del KGB, especialmente los más jóvenes, podían ser calificados como

«disidentes», o por lo menos como gente que estaba en desacuerdo con las políticas y ambiciones de Vladimir Kryuchkov.

«El papel del KGB no ha cambiado. Tiene una nueva imagen, pero sigue siendo el mismo caballo viejo —dijo después del discurso—. El KGB está en todas partes, es omnipresente, y esto sigue siendo verdad hoy. Mientras sea un instrumento del Partido Comunista, seguirá haciéndolo. No asesinamos a nadie por motivos políticos, pero podemos asesinar a una persona destruyendo su imagen. Miles y miles de vidas humanas y carreras han sido destruidas por maquinaciones del KGB.»

Como especialista en inteligencia exterior, Kalugin hablaba perfectamente inglés, árabe y alemán. Como estudiante de intercambio en la Universidad de Columbia, trabó amistad con un compañero ruso, Alexander Yakovlev. Cuando estuvo en Nueva York, Kalugin incluso recibió publicidad en el *New York Times*. Max Frankel, quien años más tarde se convirtió en director ejecutivo, redactó un perfil de Kalugin como «hombre que hace noticia». Lo describía como un «joven de verdadera personalidad», a quien le gustaba ocultarse detrás de los bastidores del Lincoln Center y tomar fotografías de las bailarinas «a veces en poses poco graciosas».

Algunos días después del discurso, fui a visitar a Kalugin a su apartamento en Kuntsevo, un distrito relativamente tranquilo de Moscú. Kalugin y su esposa, Ludmila, vivían en un edificio especial del KGB. Había varios Volgas de color negro estacionados fuera, listos para llevar a los funcionarios a trabajar a la Lubyanka y Dios sabe a dónde más. Era uno de los apartamentos más confortables que hubiese visto en Moscú, repleto de artefactos occidentales, un perro de bronce, una Cenicienta de cerámica e innumerables recuerdos de una vida dedicada al KGB.

«Cuidado con ese cenicero —me advirtió Kalugin—. Me lo regaló uno

de los mejores dictadores africanos.»

Kalugin se consideraba un gran bibliófilo. «Mire esto —me dijo, señalando un ejemplar de *Pabellón del cáncer* de Solzhenitsyn, encuadernado en cuero rojo—. Siempre me gustó. Lo hice encuadernar especialmente. Fíjese en las letras de oro.» Había también novelas de espionaje, *Europa por cinco dólares al día*, Ajmatova, Gumilyev y una buena selección de libros del KGB, entre ellos el famoso *Libro blanco*, que se usaba en la era de Brezhnev, Andropov y Chernenko para difundir mentiras acerca de la vida personal y política de los *refuseniks*. Mientras me mostraba sus libros, Kalugin me contó que en 1971 se había convertido en «enfermero» de Kim Philby. «Kim había estado bebiendo en exceso. Su vida estaba hecha trizas. Fue idea de Yuri Andropov que ayudara a Philby. Solía ir a visitarlo una vez al mes. Yo era el responsable de su seguridad, de su bienestar, hasta que murió en 1988. Fui el primero en depositar una corona sobre su tumba.» Me mostró un ejemplar de las memorias de Philby, *Mi guerra silenciosa*. En la guarda del libro, Philby había escrito: «Para Ludmila y Oleg, con profunda gratitud y felices recuerdos ... de un viejo amigo, Kim».

Desde luego, los vecinos estaban «algo molestos» con Kalugin por el discurso que pronunció en la reunión de la Plataforma Democrática. Hacía años que Kryuchkov, que vivía en un edificio incluso mejor, estaba sumamente disgustado con Kalugin. En 1987, este le envió una carta a Gorbachov advirtiéndole de que el KGB estaba fuera de control. Escribió que el personal del KGB debería ser reducido por lo menos a la mitad y que la organización debería estar sometida al estricto control del cuerpo legislativo, «como sucede en los países civilizados». En 1989 escribió un artículo para la revista *International Life* en que criticaba al KGB por sus operaciones en el extranjero. El artículo solo identificaba al autor como un

general de división «que se ocupó durante muchos años de la actividad diplomática». Tres meses antes de su «revelación», Kalugin fue informado de su jubilación inminente, a la edad de cincuenta y cinco años.

Las revelaciones de Kalugin sobre el KGB no eran un secreto para el mundo; como tampoco lo fueron las revelaciones de Yeltsin sobre el Partido Comunista. Que Kalugin considerara la estrecha relación entre Gorbachov y Kryuchkov como un «mal presagio» no tenía nada de original. Pero el rango de Kalugin le otorgaba cierta autoridad y resultaba humillante para los hombres en el poder. He aquí un general de división de la policía secreta contándole a todo el mundo que el KGB seguía siendo la espina dorsal de un Estado totalitario. Sí, era posible que estuviera jugando a algo. Pero ¿por qué? ¿Qué podía ganar?

Dos semanas después de su discurso durante la convención de Plataforma Democrática, la agencia Tass dio a conocer la noticia: Oleg Kalugin había sido despojado de su rango militar y de sus condecoraciones por orden del presidente, Mijail Gorbachov. Los militares que dieron la orden de disparar sobre un grupo de manifestantes pacíficos no habían recibido castigo alguno, pero Kalugin quedaba fuera del servicio. Fue una racha de viento frío en un año que se volvería aún más gélido. O bien Gorbachov actuaba por cuenta propia o estaba bajo la presión del KGB. Era difícil decidir qué opción era peor. Comoquiera que sea, el Ministerio del Amor todavía seguía en pie.

24

Septiembre negro

> Aquello que ha sido escrito con una pluma
> no puede ser cercenado con un hacha.
>
> Proverbio ruso

Bajo la luz del amanecer, el sacerdote del pueblo abrió el portón y se encaminó hacia el andén del tren, que se encontraba a unos ochocientos kilómetros de distancia. Era domingo y el padre Alexander Men tomó —como siempre— el tren de las 6.50 desde la aldea de Semjoz, cerca de Zagorsk, hasta su parroquia en Novaya Derevnya, un pequeño pueblo a cincuenta kilómetros de Moscú. Le esperaba un día lleno de actividades: escuchar confesiones, celebrar bautizos y una conferencia por la tarde.

El padre Alexander, un hombre robusto de cincuenta y cinco años con una espesa barba negra surcada de gris, era un guía espiritual de la iglesia ortodoxa rusa. Algunos de sus seguidores lo comparaban con Sajarov, «un Sajarov espiritual». A diferencia de muchos sacerdotes y autoridades eclesiásticas, Men mantuvo su independencia durante los años de Brezhnev. Se negó a colaborar con el KGB. Enseñaba la Biblia de forma clandestina y

publicaba sus trabajos de teología en el extranjero bajo un seudónimo. Tuvo que soportar el hostigamiento, largos registros de su casa e interrogatorios, amenazas de muerte por correo y amenazas contra su mujer y sus dos hijos. Todo por ser un sacerdote honrado y servir honradamente a su rebaño. Pero logró sobrevivir. Le dijo a su hermano Pavel que en ese momento se sentía como «una flecha que ha salido finalmente disparada del arco».

En los viejos tiempos, las reuniones del padre Alexander con intelectuales como Solzhenitsyn, Nadezhda Mandelstam y Alexander Galich habían sido un secreto. Ahora, a pesar suyo, se había convertido en figura una central del renacimiento de una iglesia degradada, Durante los dos últimos años había podido predicar y dictar conferencias en iglesias y auditorios, incluso en la radio y la televisión, y todo ello sin experimentar temor. La noche anterior, Men había pronunciado una conferencia en Moscú en la que se refirió a la búsqueda espiritual como un ascenso interminable: «Escalamos sin aliento. No accedemos fácilmente a la verdad. Miramos hacia abajo y sabemos que nos espera todavía un arduo ascenso. Recuerdo las palabras de Tenzing, quien escaló el monte Everest con los británicos. Dijo que la única forma de aproximarse a una montaña es con respeto. Esto mismo se aplica a Dios. La verdad es una puerta que permanece cerrada para aquellos que la abordan sin respeto».

El padre Alexander era un hombre incansable y ese día quería comenzar temprano el domingo. Siguió caminando en dirección al tren por el sendero de asfalto que atravesaba el bosque de Semjoz. En ocasiones, el angosto camino había demostrado ser peligroso. Habían ocurrido violaciones y algunas palizas. Sucedía a veces que los borrachos del pueblo se internaban en el bosque con sus botellas y hostigaban a la gente. No mucho tiempo atrás, las autoridades locales habían cortado algunos árboles para despejar el sendero y hacer menos peligroso el camino hasta el andén. Sin embargo,

un par de semanas atrás, Men le había pedido a su joven asistente, Andrei Yeryemin, que lo ayudara a encontrar un lugar donde pernoctar los días en que daba clases o conferencias hasta tarde. Dijo que se había vuelto peligroso caminar tarde por la noche. «Me sorprendió oírle decir esto después de todo lo que había pasado en 1981 y 1982, cuando su vida peligraba en todo momento», dijo Yeryemin. Pero no se trataba tan solo de eso. En los últimos tiempos se podía detectar un tono de fatalismo en la voz del sacerdote. Le reveló a un amigo que no le quedaba mucho tiempo de vida. No agregó explicación alguna a estas enigmáticas palabras.

De pronto, desde detrás de un árbol saltó un individuo blandiendo un hacha y se abalanzó sobre Alexander Men. Un hacha: el tradicional símbolo ruso de la Revolución, el arma de Raskolnikov en *Crimen y castigo*, uno de los símbolos del grupo neofascista Pamyat. El hacha golpeó a Men en la parte trasera del cráneo. Más tarde, la policía declaró que, antes de internarse en el bosque, el asesino se había apoderado del maletín del sacerdote. El padre Alexander, sangrando profusamente, caminó tambaleándose por el camino y recorrió treinta metros hasta el portón de su casa en la calle Parkovaya. En el camino se topó con dos mujeres que le ofrecieron ayuda. Declinó la oferta y prosiguió su camino. Desde su ventana, Natasha Men vio un cuerpo en el suelo, junto al portón. La silueta se incorporaba penosamente para presionar el timbre. En la penumbra no pudo distinguir de quién se trataba. De pronto lo reconoció. «¡Gospodi!» («¡Dios mío!»). Llamó a una ambulancia. Algunos minutos más tarde su esposo había fallecido.

El asesinato de Alexander Men, ocurrido el 9 de septiembre de 1990, fue un presagio inquietante, un augurio casi sobrenatural de tiempos difíciles. Y se

produjo justo cuando las expectativas políticas parecían estar creciendo una vez más.

Durante todo el verano, la impresión fue que Gorbachov se preparaba para acelerar el ritmo de las reformas, aunque fuera para mantenerse a la par con los acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor. A medida que una república tras otra, incluida Rusia, se inspiraba en el ejemplo de los estados bálticos y declaraba su soberanía, Gorbachov tomó la drástica medida de aliarse con Yeltsin para preparar un programa económico radical que fomentara la creación de un mercado y, más importante aún, que redistribuyera el poder desde «el centro» hacia las repúblicas. En una dacha oficial, en las afueras de la ciudad, un viejo y astuto economista llamado Stanislav Shatalin y un orondo mago de los principios de mercado llamado Grigori Yavlinsky urdieron el desmantelamiento del sistema. Y lo hicieron empleando un tono civil y un lenguaje burocrático. A primera vista, el «plan de los quinientos días» era una receta ambiciosa y sorprendentemente sencilla para comenzar a sanear una economía en ruinas. No fueron muchos los que creyeron en el plazo de los quinientos días. Seguramente se necesitaría más de un año y medio para que los solares vacíos de Moscú se transformaran en centros comerciales. Cuando le pregunté a Shatalin cuánto tiempo se necesitaba para que la Unión Soviética accediera a lo que se considera una economía moderna, este replicó: «¿Mi versión optimista?». «Sí, sea optimista», le contesté. «Generaciones», fue su respuesta. No, todavía habría que esperar mucho tiempo para que existiera un Silicon Valley en los Urales y para que la gente de Siberia oriental se paseara por los pasillos de un supermercado escogiendo detergentes Tide, Ajax y Solo. Eran los principios inherentes al plan de los quinientos días los que lo hacían tan revolucionario, tan inmediato. La aplicación del plan implicaba el cierre o la conversión de cientos de plantas militares, el auge de la

propiedad privada, fuertes recortes del presupuesto del ejército, de la policía, del KGB. ¿Qué implicaba esto para los señores del sistema? Muy sencillo. Era el fin.

Cuando Gorbachov regresó de sus vacaciones anuales junto al mar Negro, informó al Parlamento de que se «inclinaba» por darle su respaldo al plan. Los partidarios de la línea dura no necesitaron oír más. Había comenzado la lucha por su supervivencia política, una guerra que causaría estragos durante los siguientes once meses. El jefe del KGB, Vladimir Kryuchkov, amontonó docenas de informes sobre el escritorio de Gorbachov insistiendo en que el plan de los quinientos días no era más que un intento promovido por Occidente de aplastar al socialismo, destruir al Partido y debilitar al país. En varias reuniones, los jefes del Partido y el complejo industrial-militar amenazaron con rebelarse contra Gorbachov si este aprobaba finalmente el plan. Se cocía un intento de golpe, pero Gorbachov era un hombre tan vanidoso, tan convencido de su poder para afrontar tanto las maquinaciones del sistema como las pasiones de la gente, que pensó que podría mantenerlo todo bajo control, arreglar las cosas con la misma facilidad con que había manejado el asunto de Nina Andreyeva en 1988.

Un documento del Politburó, con fecha del 12 de marzo de 1990, reveló el oscuro y profundo presentimiento que embargaba a los integrantes de la cúpula del Partido Comunista y su intento de exagerar la situación para fomentar medidas de emergencia. «La conciencia popular se está radicalizando —expresaba el memorándum—. Crece la desconfianza en las estructuras oficiales y administrativas. Las críticas hacia la “partocracia” y el aparato local y central se vuelven más incisivas ... Las fuerzas de oposición intentan explotar la situación. Existen planes para tomar el poder que promueven la utilización de medios que son claramente

antidemocráticos; medios como la presión, los mítines y la táctica de la "mesa redonda", que es totalmente antidemocrática.» El memorándum agregaba que «las fuerzas saludables de la sociedad desean que se tomen medidas tajantes basadas en la ley ... Hay que utilizar todos los medios propagandísticos para impedir que se siga desacreditando al ejército, al KGB y a la policía ... Hay que desarmar ideológicamente a la oposición y desacreditarla frente a la sociedad».

Para miles de creyentes y no creyentes de la ciudad de Moscú, el primer presagio del difícil año que se avecinaba llegó con un golpe de hacha en el pueblo de Semjoz. Cuando recibí la noticia del asesinato de Alexander Men no aquilaté la importancia del hecho, ni la del propio hombre. Era un sacerdote de pueblo cuya iglesia se encontraba a una hora de Moscú. Sin embargo, en los días que siguieron al asesinato oí una y otra vez lo mucho que había significado para la gente.

En teoría al menos, la *perestroika* ejerció su influencia liberadora tanto en el ámbito del espíritu como en la vida política y económica. Después de siete décadas de ateísmo dogmático, el régimen puso fin a la persecución de los fieles y de las instituciones consagradas al culto. De pronto, la palabra *bogoiskatelstvo* —«la búsqueda de Dios»— se puso en boga. Abundaban los personajes fraudulentos, como Anatoly Kashpirovsky, pero se vislumbraban al mismo tiempo señales prometedoras. Las iglesias ya no eran tan solo el refugio de ancianas con recuerdos de infancia de un mundo zarista. Las clases de religión no eran consideradas una actividad para disidentes. Gorbachov devolvió a la Iglesia ortodoxa rusa sus monasterios y catedrales en ruinas. Se reabrieron sinagogas y mezquitas. Pero, del mismo modo que los intentos de reforma política chocaban con un muro tras otro de resistencia, el despertar de la vida religiosa no podía, en un instante, trascender una historia de represión política. La *nomenklatura* de la Iglesia

ortodoxa rusa, creada por los ideólogos y los funcionarios del Partido, era por lo menos tan fuerte como la propia *nomenklatura* del Partido.

La historia de la subordinación del espíritu a la autoridad estatal se remonta a muchos siglos antes de que apareciera el primer bolchevique. A diferencia de la Iglesia católica, que desarrolló sus propias estructuras independientes después de la caída del imperio romano, la Iglesia bizantina dependió siempre del Estado. Los emperadores bizantinos presidían todos los sínodos de la Iglesia y eran considerados «Dios en la Tierra». Como un signo de tiempos venideros, los grandes duques del primer ducado de Moscú exhortaron al clero a revelar el secreto de la confesión, especialmente si así lo requería la seguridad del Estado. Ivan el Terrible torturó a los sacerdotes y condenó a un metropolitano a cadena perpetua. La palabra «zar» es una forma eslava de la palabra «césar», pero Iosif Volotsky, un eminente filósofo de la religión, escribió que el zar era simplemente el más destacado de todos los sacerdotes. Cuando Napoleón se reunió con Alejandro I, en Prusia Oriental, el francés exclamó: «Veo que hace usted las veces de emperador y de papa al mismo tiempo. Qué útil».

Los bolcheviques despreciaban a la Iglesia ortodoxa rusa por considerarla una encarnación de la antigua Rusia. Lenin planificó una utopía sin alma. Pero cuando la Revolución se vio ante la necesidad de movilizar a millones de personas iletradas, no podía predicarles a Marx. Como heredero espiritual del Estado ruso, el Partido debió haberse aliado con la Iglesia, no destruirla; ponerla de rodillas pero no cortarle la cabeza. Stalin era un buen conocedor del eco que encontraba en el alma rusa la voz de la Iglesia. Para asegurarse la lealtad de la población durante la guerra, más que a la ideología comunista apeló al sentido místico de pertenencia a la Gran Rusia, a la Santa Rusia con sus guerreros Nevsky, Suvorov y Kutuzov. En sus discursos radiofónicos al país, Stalin dejaba de lado el lenguaje del

ateísmo. Trajo de vuelta a algunos sacerdotes de los campos de internamiento y les dio un empleo y un salario decentes. Hizo las veces de emperador y de papa. Qué útil. Y cuando finalizó la guerra con Alemania, se desató nuevamente la guerra contra la religión. La destrucción de iglesias, el encarcelamiento de sacerdotes, rabinos y muftíes, y la persecución de los creyentes como «enemigos del Estado» volvieron a iniciarse.

Alexander Men nació en una familia judía. Su padre era no creyente, y su madre se convirtió a la ortodoxia rusa. En un país donde la religión y la cultura judías han sido combatidas con mayor rigor que la Iglesia, muchas familias de la *intelligentsia* gravitaron hacia la Iglesia ortodoxa rusa. Probablemente, les resultaba más fácil vivir su identidad rusa que su judaísmo. Para Yelena, la madre de Men, la Iglesia constituía un refugio. En palabras de Pavel, hermano de Men y programador informático: «En nuestra familia la búsqueda religiosa era un empeño personal. Como muchas personas de nuestro país que se sentían decepcionadas con lo que veían a su alrededor, nuestra familia trató de encontrar en la vida interior una forma de salida». Yelena Men llevaba a sus hijos a orar bajo la tutela de un honrado sacerdote, llamado Serafim, que logró escapar de las autoridades trasladándose permanentemente de casa en casa. La llamaban «la iglesia de las catacumbas». La mayoría de los feligreses eran creyentes que habían sido llevados a los campos de internamiento, gente que había perdido a familiares y amigos debido a su fe.

«Alexander presenció a su alrededor una forma elevada de vida moral, la gente de Dios —me explicó Pavel Men—. Al cumplir los doce años tomó la decisión de prepararse para el sacerdocio. Abordó al sacerdote de la zona y

le preguntó qué debía hacer para poder ingresar algún día en el seminario. El sacerdote replicó que Alexander no era "uno de los nuestros". Se refería al hecho de que era judío. Pero Alexander se propuso superar esa forma de pensar.» De niño y durante su juventud, Men encontró libros religiosos en tiendecillas rurales, «ahí, entre los clavos y los animales». Comenzó a leer a los grandes filósofos de la religión de comienzos de siglo, escritores como Vladimir Solovyov, Sergei Bulgakov y Nikolai Berdyaev, quienes escribían en oposición espiritual a los bolcheviques. Esas lecturas, dijo Men en una ocasión, «me inocularon contra el culto a Stalin. Me estremecí mientras leía».

Siendo joven, Men partió a estudiar biología en un instituto de la ciudad siberiana de Irkutsk, a orillas del lago Baikal. Ahí, su mejor amigo era otro ortodoxo, un estudiante pelirrojo y temperamental llamado Gleb Yakunin. Men y Yakunin compartían una pequeña casa de madera. Men había llevado consigo baúles repletos de libros, y él y Yakunin pasaron muchas noches en vela junto a una desvencijada mesa de cocina hablando de temas prohibidos, o por lo menos no recomendados por la ley soviética. Hablaron de la farsa en que se había transformado la biología soviética, de asuntos de ética cristiana y de cómo esta se contraponía a las reglas bajo las cuales vivían. «El ruso, como usted seguramente habrá podido observar, puede ser una persona muy perezosa y poco ambiciosa —me dijo Yakunin—, pero Alexander sabía exactamente lo que quería. Le interesaban todos los temas, y lo guiaba un propósito. A diferencia de lo que me ocurría a mí, siempre supo que quería servir a Dios, sin importarle las consecuencias.»

Un día los dos jóvenes de la ciudad, que en palabras de Yakunin parecían «un par de elefantes blancos», entraron en una iglesia de pueblo. Alguien informó al KGB local de la presencia de esas extrañas criaturas. Al hacer pública su fe religiosa, los jóvenes arriesgaban sus carreras académicas. El

director del instituto le prohibió a Yakunin terminar sus estudios y quiso expulsar también a Men. Pero los estudiantes, sintiendo los primeros aires del «deshielo» tras la muerte de Stalin, se declararon en huelga para apoyar a Men, negándose a asistir a las clases o a las conferencias. Men pudo obtener su título.

Yakunin y Men volvieron a Moscú para seguir cada uno su propio camino. Yakunin se convirtió en el padre Gleb, un sacerdote y político disidente imperturbable que escribía cartas al Kremlin y a la jerarquía eclesiástica exigiendo reformas religiosas. Ello le valió nueve años en campos de internamiento y el exilio interno. Durante el gobierno de Gorbachov, Yakunin volvió del destierro en 1990 y fue elegido miembro del Soviet Supremo de la República rusa.

Men se convirtió en un disidente espiritual, un camino menos peligroso que el de Yakunin, pero también muy arriesgado. «Cada hombre tiene su propio talento, su propio camino, y yo me volqué en la política religiosa —dijo Yakunin—. Alexander poseía otros dones. En una Iglesia que padecía de inaccesibilidad, tenía la capacidad de dar a conocer, de hacer llegar a la gente las enseñanzas de la Iglesia.» La disidencia de Men se traducía en ser un sacerdote honrado, inflexible e íntegro; se traducía en proporcionarle al individuo los medios para la rebelión interna y espiritual. Mientras su amigo Yakunin organizaba grupos políticos para defender los derechos de los creyentes, Men buscaba inspirar una suerte de disidencia espiritual en sus feligreses, una independencia de espíritu. Era un hombre de fe, pero también un hombre independiente y un hombre de Dios. Sobre todo para los intelectuales urbanos, Men se convirtió en el vínculo con los pensadores religiosos y los filósofos de comienzos de siglo como Bulgakov y Solovyov, quienes se mantenían apartados de esta trágica tradición de servilismo y oscurantismo. Incluso en los días más aciagos bajo Brezhnev,

los intelectuales de Moscú peregrinaban los domingos al pueblo de Pushkino para escuchar las palabras de Alexandr Men. Las visitas multitudinarias solo crecieron con la gradual erosión del temor bajo Gorbachov.

«En general, creo que la política es algo transitoria y yo quería trabajar de forma menos transitoria», declaró Men al periódico *Moskovski Komsomolets* poco antes de su asesinato. «Me considero una persona útil a esta sociedad, que, como cualquier sociedad, requiere de fundamentos morales y espirituales.» En una ocasión Men expresó: «El disentimiento es la forma que tiene el individuo de proteger su derecho a percibir la realidad a su manera, sin doblegarse ante la opinión de las masas. Cuando un individuo cuestiona las opiniones de la masa, hace gala de su independencia natural, de su libertad. Es solo al desaparecer la capacidad individual para emitir juicios cuando prevalece la ley de la muchedumbre y el individuo se transforma en una partícula de materia fácilmente manipulable».

Después de un largo período en que fue sometido varias veces a interrogatorio por el KGB, en la era de Gorbachov Men de pronto se vio transformado en un teólogo público. Pronunciaba conferencias en salas de reuniones y hablaba en la radio. Enseñaba religión en el Instituto de Archivos Históricos, el puesto de avanzada de Yuri Afanasyev para académicos no conformistas de Moscú. Los jóvenes que asistían a sus conferencias las grababan, y luego hacían circular las cintas por el país. Algunos días antes del asesinato, los funcionarios de la nueva cadena de televisión de la República rusa estaban discutiendo la forma de darle un espacio a Men por lo menos una vez por semana para hablar de temas religiosos.

«Este era un hombre que podía hablarnos a todos, desde Sajarov hasta la persona más humilde», dijo la escritora Yelena Chukovskaya. Natalya

Ivanova, una crítica literaria, señaló: «En un país donde el régimen logró eliminar, mediante una suerte de grotesca ingeniería genética, a sus mejores mentes, a sus almas más honradas, Men sobrevivió para enseñar, para convertirse en un ejemplo».

Todo esto fue cercenado con un hacha en los bosques de Semjoz. Andrei Bessmertni, joven cineasta e «hijo espiritual» del padre Alexander, dijo que Men «podría haber llegado a miles de jóvenes». Men, señaló, había visto como en un momento en que la fe en el «esplendoroso futuro del comunismo» se había desvanecido, los jóvenes habían iniciado una búsqueda espiritual. Para sobreponerse a un profundo cinismo, a la sensación de que la historia no les había proporcionado ningún elemento que les sirviera de guía, la gente joven había vuelto la mirada hacia el propio interior, en busca de sí mismos más que en pos de una nueva sensación política. «Estos tiempos no reflejan tan solo el ansia de comprarse el último par de vaqueros y una hamburguesa de McDonald's —señaló Bessmertni—. Hay personas que realmente desean darle un sentido a su vida, que buscan alimento espiritual.»

El día del funeral, miles de personas, entre ellas autoridades espirituales de Occidente, llenaron los alrededores de la iglesia de Novaya Derevnya. En manos de Men se colocó una pequeña Biblia y un crucifijo de oro. La gente sollozaba y muchos se dejaron caer de rodillas al suelo para orar. Varios de los sacerdotes ortodoxos que durante la vida de Alexander Men habían hecho todo lo posible por ignorarlo o marginarlo, lo cubrieron de elogios y alabanzas. «Se me revolvía el estómago al escucharlos», dijo Yeryemin.

El panegírico que parecía expresar de forma más elocuente los sentimientos de los seguidores y admiradores de Men fue publicado una

semana más tarde en *Ogonyok*. El artículo, escrito por un joven periodista llamado Alexander Minkin, reveló que Men, como sacerdote honrado y carismático y, más aún, de origen judío, tenía muchos enemigos: los antisemitas de Pamyat, los conservadores fanáticos de la Iglesia ortodoxa rusa, la policía y el KGB. Minkin estaba convencido de que el asesinato no era simplemente un hecho fortuito, un asalto que terminó mal, el acto grotesco y demente de un borracho. Estaba convencido de que se trataba de un asesinato cuya intención era amedrentar a cualquier persona que se atreviera a desafiar al sistema. Un ladrón, escribió Minkin, «ataca a una mujer con joyas en la calle o a un hombre bien vestido con una billetera repleta. Pero la gente rica no sale a trabajar a las seis de la mañana del domingo. Los ricos no viven en Semjoz ... La humanización y la democratización son solo una de las caras de nuestro sistema. La otra es el asesinato. Hemos estado liberándonos del miedo, pero el hacha es un instrumento para recordarnos nuestro miedo. Nos están recordando que estamos indefensos». Minkin comparó el asesinato de Men con el del sacerdote defensor de Solidaridad Jerzy Popieluszko, perpetrado en 1984 por la policía secreta polaca («un acontecimiento que logró que de una vez por todas la gente se rebelara contra las fuerzas del poder en Polonia»). Pero en la Unión Soviética, escribió Minkin, «mientras la gente hace cola habla de cualquier cosa. Nos hemos hundido aún más en el fango que nuestros hermanos del "campo socialista" en Europa oriental. Peor para nosotros. No nos hemos rebelado, no nos hemos indignado ... Este es un momento crucial en nuestra historia y todavía no hemos cobrado conciencia de ello. ¿Qué haremos cuando finalmente lo hayamos comprendido?».

Cuarenta días después del asesinato, el día en que, según la fe ortodoxa, el

alma del muerto asciende a los cielos o desciende a los infiernos, cogí el coche y me dirigí a la iglesia de Novaya Derevnya. Incluso entonces, semanas después del funeral, la gente transitaba por el polvoriento sendero hasta la iglesia para detenerse un momento frente a la tumba y colocar allí flores frescas. Las flores marchitadas olían a vino añejo, afrutadas y ácidas. Cerca de la tumba encontré a una mujer de ochenta años llamada Maria Tepnina. Había conocido a Alexander Men desde que era un niño; conocía a toda la familia. Mantuvo los ojos clavados en la tumba y su rostro se ensombreció de tristeza y confusión. Después de permanecer allí un tiempo en silencio, bajo una tenue lluvia que nos empapaba, Tepnina me invitó a entrar en su casa. Vivía junto al camino que conducía hasta la iglesia del padre Alexander. La mitad del suelo estaba cubierto de patatas recién cosechadas, las paredes estaban tapizadas con retratos de familia y pequeños iconos.

Tepnina me contó que durante muchos años ayudó a Men con su trabajo de oficina. «Recibía cartas de amenaza constantemente. Simplemente las arrojaba a la basura, nunca les prestó atención. Lo acusaban de todo, desde insultar a la Iglesia hasta estar al servicio de las fuerzas del orden. Cosas terribles, y él no les daba mayor importancia.»

Entre 1946 y 1954, Tepnina estuvo en un campo de trabajos forzosos cerca de la ciudad siberiana de Kemerovo y luego fue desterrada a Krasnoyarsk. En los campos conoció a sacerdotes y creyentes, «gente santa». Vio como bautizaban clandestinamente a las personas en sus celdas, a sacerdotes fusilados que antes de caer daban gracias al Señor. Sin embargo, dijo ella, nunca conoció a nadie que poseyera el don de la empatía como Men. Y quiso pasar su vejez cerca de su iglesia. Ahora trataba de encontrarle sentido al asesinato. «Creo que era un verdadero apóstol, y todos los apóstoles terminan sus vidas como mártires —dijo—. Tal vez

haya una cierta justicia en todo esto. Toda su vida el padre Alexander se preparó para algo así, al atreverse a hablar desde las profundidades de su alma.»

Otra de las feligresas de Men, Tatyana Sagaleyeva, entró en la casa y se sentó junto a nosotros. Acababa de mudarse desde el cercano pueblo de Abramtsevo a la casa de Tepnina. Había venido para estar más cerca de la iglesia de Men y para cuidar de su anciana amiga. Y ahora sollozaba, rabiosa. «El asesinato del padre Alexander es un acontecimiento místico, no un mero asesinato ni un accidente —señaló la mujer—. Dios se ha llevado a este hombre de entre nosotros, un guía espiritual que se encontraba en la flor de la vida. Su presencia era un milagro. Este era un hombre que, a pesar de todo, a pesar de un Estado ateo y violento, podía penetrar en el sufrimiento de un gran escritor como Solzhenitsyn o de una sencilla mujer como yo. Y de pronto desaparece. ¿Cómo comprenderlo? ¿Por qué Dios nos lo arrebató? ¿Por qué ahora?»

Un día después del asesinato de Alexander Men, un convoy de paracaidistas de la División Ryazan se dirigió al norte, camino de Moscú, a doscientos kilómetros de distancia. Eran las tres de la madrugada. Horas más tarde, tres docenas de aviones militares transportando a dos regimientos en uniforme de combate aterrizaron en la pista de Ryazan. La División Dzerzhinsky, una unidad de élite del KGB, también estaba en alerta de combate.

Durante los días posteriores a que el periódico *Komsomolskaya Pravda* difundiera la noticia, hubo rumores de que los militares habían protagonizado un ensayo de golpe de Estado. Yeltsin compareció ante el Parlamento ruso y afirmó: «Están tratando de convencernos de que se trata de maniobras pacíficas relacionadas con el desfile militar del día de la

Revolución del 7 de noviembre. Pero existen serias dudas acerca de esta versión». Un portavoz de los militares declaró que las maniobras no eran tales. Los soldados simplemente se encontraban en los campos ayudando a la gente a cultivar patatas, lo que llevó al *Komsomolskaya Pravda* a preguntarse por qué un grupo de soldados que hacía eso requería portar ametralladoras AK-47 y chalecos antibalas.

Hasta entonces, yo había pasado muchas noches en Moscú oyendo los sombríos pronósticos de un amigo ruso tras otro. Cada nuevo acontecimiento, cada atisbo de dificultad, era visto de un algún modo como parte de una vasta conspiración asesina. Durante largo tiempo, me sentí como Earl Warren asistiendo a un interminable debate entre teóricos para esclarecer el asesinato de Kennedy. Me llevó algún tiempo llegar a comprender que en Moscú el hecho de ser paranoico no significa que no se avecine la tormenta. Vivir en un mundo totalitario y no ser paranoico —o por lo menos pesimista— constituía en sí una locura. ¿Cuándo habían demostrado ser benignos los acontecimientos en este país?

Como habríamos de descubrir en los próximos meses, primero en Vilnius y en Riga y más tarde en Moscú, había una conspiración en marcha, y era la conspiración más abierta y más imprudente que uno pudiera imaginar. La lucha de los partidarios de la línea dura por el poder comenzó mediante la presión, mediante señales pasajeras, momentos fortuitos de terror psicológico. Tal vez no sabríamos jamás quién había asesinado a Alexander Men... pero podíamos imaginarlo. No sabríamos jamás lo que las tropas estaban haciendo en Ryazan... pero podíamos imaginarlo.

Lo extraño de esos tiempos consistía en que la prensa también tenía libertad para imaginar. La tertulia política no era ya un juego de salón que se realizaba a oscuras entre amigos de confianza. Una semana después del «ensayo» de Ryazan, un conocido escritor, Andrei Nuikin, publicó un

artículo en *Noticias de Moscú* bajo el título «Golpe militar». Nuikin citaba las palabras de uno de los cabecillas del grupo radical Escudo, quien le informó de que «el mando de las fuerzas armadas ya tenía un plan para tomar el control de la situación en el país». Nuikin señaló que el plan consistía en iniciar el golpe, probablemente en el Lejano Oriente, con la toma de una emisora de televisión y de los periódicos, y con la «neutralización» de los periodistas extranjeros y su capacidad para divulgar información. El simpatizante de Escudo afirmó que los militares no justificarían el golpe mediante una campaña directa contra las reformas de Gorbachov, sino mediante el argumento de que las tensiones étnicas estaban fuera de control, de que la economía se venía abajo, de que el socialismo peligraba y de que la situación requería medidas de emergencia. Nuikin escribió que no poseía prueba alguna de que, efectivamente, los militares estuvieran planeando un golpe, pero añadió que los liberales «tenían buenas razones para someter a consideración los medios para responder a estos hechos».

El tercer presagio de septiembre llegó el día 18 con el correo de la mañana. El *Komsomolskaya Pravda* incluía un suplemento especial, un ensayo de dieciséis mil palabras bajo el título: «¿Cómo podemos revitalizar Rusia?». El autor era Alexander Solzhenitsyn y este ensayo marcó un hito, ya que durante tres décadas Solzhenitsyn no había podido publicar nada nuevo en un periódico soviético.

El artículo parecía provenir de ultratumba, como si de pronto Herzen o Dostoievski hubiesen publicado desde el más allá un manifiesto sobre el estado de cosas. Por entonces las obras de Solzhenitsyn se publicaban en todas partes, pero eran escritos de los años sesenta y setenta, ensayos

históricos acerca de la tragedia del siglo XX redactados en un lenguaje del siglo XVIII. Algunos de estos escritos despertaron gran interés; otros más tardíos, especialmente el ciclo de novelas históricas *La rueda roja*, produjeron tedio. Pero, en cualquier caso, el propio Solzhenitsyn era una ausencia gigantesca, una leyenda que llevaba una vida fantasmal en algún lugar que bien podría haber sido un palacio en la montaña en Brunei. Y este era un factor de gran importancia. En Rusia, la presencia del autor era casi tan importante como la presencia de su obra. Escritor tras escritor —Vasily Aksyonov, Sasha Sokolov, Yuz Aleshkovsky, Vladimir Voinovich— regresaban, por lo menos para realizar largas visitas, para establecer contacto con su público y con la lengua que habían perdido. Aun en el exilio, siempre habían escrito para «el hogar».

Pero Solzhenitsyn vivía recluido y mudo. Era una leyenda. Los intelectuales rusos se debatían entre la fascinación y el rechazo ante la extraña forma de vida que llevaba el escritor en los bosques de Cavendish, Vermont. Cada nuevo detalle captaba su imaginación. Solzhenitsyn vivía en una buena casa, aunque no era una escandalosamente opulenta, y había colocado una cerca alrededor de su propiedad para protegerse de los visitantes y de los vehículos. Aun así, en Moscú a menudo oí a la gente hablar del «castillo» de Solzhenitsyn y de la «gran muralla» que lo rodeaba. Cuando el escritor llegó a Vermont, habló durante veinte minutos en una asamblea local y pidió disculpas por la cerca. Afirmó que antes de instalarla llegaban hasta su casa numerosas personas «sin invitación ni previo aviso ... Y así, durante cientos de horas hablé con cientos de personas y mi trabajo se vio perjudicado».

Que Solzhenitsyn insistiera en llevar una vida casi monacal parecía increíble, especialmente en Estados Unidos, donde la publicidad era moneda corriente. Solemne, altivo, incluso de una probidad excesiva,

Solzhenitsyn tenía la desfachatez de hacer que gran parte del panorama literario contemporáneo pareciera vagamente frívolo. Su literatura era de dimensiones gigantescas, proveniente de otra era. Carecía de ese elemento de equilibrio que en los tiempos modernos representa la ironía. En cambio, en sus poco frecuentes declaraciones públicas, hacía gala de un frío sarcasmo. En los debates políticos, su tono más usual era el desprecio. Clamaba contra «la cobardía» de Occidente y el «estiércol líquido» de la cultura pop en la altiva voz de otra era. Jeremías fue sin duda un personaje heroico, pero difícil de amar. Nunca ofrecía disculpas. «La tarea esencial del escritor es reconstituir la memoria de su gente asesinada. ¿No es acaso tarea suficiente para un solo escritor? —le dijo Solzhenitsyn a su biógrafo, Michael Scammel—. Asesinaron a mi gente y borraron su memoria. Y yo estoy sacándola a la luz del día totalmente solo. Desde luego, hay cientos como yo en la Unión Soviética que podrían hacer lo mismo. Bueno, no les tocó a ellos; me tocó a mí. Estoy haciendo el trabajo de cien hombres, y no hay más que decir».

Desde mi punto de vista, Solzhenitsyn tenía una clarividencia absoluta acerca de su misión y de su lugar en el mundo. Sin importar cuán tediosos puedan parecer algunos de sus últimos escritos sobre la revolución, *El archipiélago gulag* no desaparecerá jamás de la historia de la literatura rusa o de la historia de Rusia. Jamás un solo libro, incluidas las novelas de Orwell, contribuyó tanto a que se derrumbaran las ilusiones de Occidente; nunca libro alguno hizo más por la educación del pueblo soviético y por socavar el régimen. Así pues, ¿a quién le importaba que hubiera construido una cerca? ¿A quién le importaba si algunos de sus libros no siempre daban en el clavo? Pero el precio que hubo de pagar Solzhenitsyn por su sentido de la misión y su falta de modestia fue la burla. Tanto en Estados Unidos como en Rusia, la gente bromeaba acerca del «complejo gulag» de

Solzhenitsyn. Se decía que ansiaba el aislamiento de las prisiones y que sus prisiones eran inventadas. Era un monárquico, un antisemita, un paranoico. Voinovich publicó *Moscú 2042*, una novela satírica cuyo personaje principal, cruce entre un imán fundamentalista y un ermitaño de Virginia Occidental, es el vivo retrato de Solzhenitsyn. Solzhenitsyn se sintió profundamente herido. «Mienten acerca de mi persona como mentirían acerca de un muerto», sentenció alguna vez.

Por su parte, Alexander Isayevich se atenía a su calendario de trabajo. Trabajaba entre doce y catorce horas al día frente a su escritorio, llenando cuadernos con una letra diminuta que había adoptado en prisión para poder ocultar sus manuscritos. También trabajaba reuniendo archivos sobre la revolución y en la obtención de un fondo para ayudar a los supervivientes del gulag. En agosto de 1990 le fue devuelta la ciudadanía. El primer ministro ruso, Ivan Silayev, prácticamente le suplicó a Solzhenitsyn que volviera a casa «en aras de los intereses del Estado y de su destino futuro ... Su regreso a Rusia es, a mi parecer, una de esas acciones que nuestra tierra natal necesita tanto como el aire». Parecía extraño que Solzhenitsyn todavía no se pronunciara acerca de los acontecimientos en la Unión Soviética. Cuando finalmente accedió a concederle una entrevista al semanario *Time*, impuso unas duras condiciones: no aceptaría preguntas sobre Gorbachov o sobre política, solo literatura.

«Cómo podemos revitalizar Rusia» causó un enorme impacto. Después de tan prolongado silencio, Solzhenitsyn trabajó durante todo el verano en su ensayo y luego lo publicó en un periódico que contaba con entre veinticinco y treinta millones de lectores. (Al día siguiente apareció también en el semanario *Literaturnaya Gazeta*, lo que amplió la cobertura a cuatro millones de personas más.)

El texto comenzaba con voz profética:

El reloj del comunismo ha marcado su última hora.
Pero la estructura de hormigón todavía no ha sido demolida en su totalidad.
En vez de ser liberados, podemos caer aplastados bajo los escombros.

Ese preámbulo, y el ensayo en su totalidad, estaban escritos en un tono muy similar a la «Carta a los líderes soviéticos» que enviara al Kremlin el año anterior a su exilio. «Vuestro más caro anhelo —le había escrito a Brezhnev— es que la estructura de nuestro Estado y de nuestro sistema ideológico no cambien jamás, que se perpetúen a través de los siglos. Pero la historia no funciona así. Todo sistema, o bien encuentra la forma de desarrollarse, o en caso contrario se desmorona.» En ese momento le hablaba a un país que estaba embarcado simultáneamente en ambos procesos, si bien el colapso tenía una faz despiadada y el desarrollo se mostraba irregular. Después de una nueva y enérgica descripción del «ciego y maligno» desastre bolchevique —el asesinato de millones de personas, el aniquilamiento del campesinado, el envenenamiento del medio ambiente, la degradación moral y espiritual del país—, expuso lo que llamó «una propuesta tentativa», pero que más parecía el vaticinio de un convencido profeta: «Esta es mi visión: debemos proclamar con voz clara y firme las tres repúblicas bálticas [Estonia, Letonia y Lituania], las tres repúblicas transcaucásicas [Georgia, Armenia y Azerbaiyán], las cuatro repúblicas centroasiáticas [Kirguizistán, Uzbekistán, Turkmenistán y Tayikistán] y también Moldavia, si esta república se siente más unida a Rumanía, estas once, definitivamente deben separarse para siempre...

»No tenemos la energía necesaria para lidiar con la periferia, ya sea económica o espiritualmente. ¡No tenemos la energía para gestionar un imperio! Y tampoco la necesitamos, dejémoslo a un lado: nos está aplastando, nos está agotando y está acelerando nuestro fin».

El ensayo no mencionaba a Gorbachov por su nombre ni le otorgaba

ningún crédito. En cambio, la crítica, resonante y cargada de sarcasmo, comenzaba en la tercera palabra del título, *obustroit*, un juego con la palabra *perestroika*. Gorbachov y el Partido Comunista usaban la palabra *perestroika* para referirse a la «reconstrucción» o remoción del socialismo después de la «distorsión» del leninismo que hiciera Stalin. El verbo *obustroit* utilizado por Solzhenitsyn podría traducirse como «reconstituir», «arreglar», «recomponer», «hacer más cómodo», «organizar», o de forma más libre, «revitalizar». El eco irónico de *perestroika* y el uso de «Rusia» en vez de «Unión Soviética» dejaba claro desde un comienzo que el programa de Solzhenitsyn tenía poco que ver con la idea de Gorbachov de un «socialismo democrático con rostro humano» o con el mantenimiento de un «Estado multiétnico». Solzhenitsyn no mostraba más que desdén por los esfuerzos de Gorbachov. Los acontecimientos de los últimos cinco años se reducían prácticamente a nada: «¿Qué nos han traído cinco o seis años de la tanta cacareada *perestroika*? Una patética reorganización del Comité Central. Un rápido ensamblaje de un sistema electoral artificial, fabricado para que el Partido Comunista se perpetúe en el poder. Leyes negligentes, confusas e indecisas...».

Inmediatamente después de la publicación del ensayo, llovieron las quejas desde diferentes sectores. El lenguaje, tan lleno de palabras arcaicas, sonaba artificial, recargado. A los kazajos los enfureció el que Solzhenitsyn considerara que la parte norte de la república era, esencialmente, rusa. Los ucranianos, en especial, dejaron claro que su objetivo era la independencia, no una unión eslava. Y no hay que olvidar la faceta excéntrica de Solzhenitsyn, el puritano convencido de que Rusia seguía los pasos de Gomorra porque era incapaz de vivir sin televisión: «Nuestra juventud, que ha sido descuidada por la familia y por la escuela, está creciendo orientada hacia la emulación bárbara de cualquier cosa atractiva que le llega de

lugares foráneos, si no hacia el crimen. El histórico Telón de Acero protegía magníficamente al país de todo lo bueno que hay en Occidente ... Sin embargo, ese telón no llegaba hasta abajo, y es por ahí que el estiércol líquido de la degradante y embrutecedora "cultura pop", de las más vulgares vestimentas y de la excesiva exhibición pública se filtró hasta nosotros. Nuestra juventud, empobrecida e injustamente desheredada, se ha alimentado vorazmente con esos desechos».

Este aspecto de Solzhenitsyn me parecía tan marginal como las opiniones retrógradas de Tolstoi sobre la mujer y el sexo que aparecen en *La sonata Kreutzer*. Pero lo más importante fue que los fanáticos de derecha, los monárquicos y los nacionalistas de camisa negra, los antisemitas del movimiento Pamyat, se sintieron profundamente decepcionados por el ensayo. Esta gente buscaba un respaldo al poder autoritario, y el mensaje que les llegó fue un claro y decidido apoyo a la democracia y a la propiedad privada. Lo que les llegó fue un llamamiento a desmembrar el imperio que veneraban.

El ensayo contenía serias equivocaciones y juicios errados. Solzhenitsyn no había logrado, por ejemplo, captar la profundidad con que los ucranianos creían en su propia y característica identidad, lo mucho que aspiraban a tener una capital en Kiev, no en Moscú. Y, como de costumbre, Solzhenitsyn se creó problemas con el tono desmedido de sus palabras, con su grandiosidad. De alguna manera, la fuerza de su deseo de un Estado eslavo ahogó su admisión de que sí, por supuesto, eran los propios ucranianos los que debían decidir si querían unirse a Rusia.

El crítico más curioso de Solzhenitsyn resultó ser el propio Gorbachov. Pocos días después de la publicación de «Cómo podemos revitalizar Rusia», un miembro del Soviet Supremo le pidió al presidente que expusiera sus comentarios. (¡Vaya idea! ¡El secretario general le responde a

Solzhenitsyn en el Parlamento!) Ante una cámara de pronto silenciosa, Gorbachov expresó que, después de haber leído dos veces el ensayo, lo embargaban sentimientos «contradictorios». Las opiniones de Solzhenitsyn «sobre el futuro del Estado —dijo Gorbachov— se encuentran muy lejos de la realidad, están construidas fuera del contexto del desarrollo de nuestro país y son de carácter destructivo. Sin embargo, el artículo de esta indudablemente gran persona contiene ideas interesantes». ¡Un espléndido halago dado con el revés de la mano! Pero luego Gorbachov sintió la necesidad de distorsionar las palabras de Solzhenitsyn para explotar el recurrente estereotipo de sus opiniones. Solzhenitsyn, afirmó Gorbachov, «se quedó en el pasado, en la Rusia de antaño, en la monarquía zarista. Esto no me parece aceptable». Fue un momento de demagogia para presentarse a sí mismo como un singular demócrata moderno.

El 15 de octubre, Gorbachov recibió el Premio Nobel de la Paz.

El 16 de octubre, después de que los altos mandos del KGB, de la policía, del ejército y de la industria de defensa dejaran claro que no tolerarían un reordenamiento radical del poder económico, Gorbachov retiró su apoyo al plan de los quinientos días. Gorbachov se había doblegado ante aquellas personas que temían perderlo todo si el país sufría una reforma. Una vez que hubo tomado esta decisión, la gente de la Unión Soviética comprendió claramente que Gorbachov se había alineado con la derecha. Al cabo de poco comenzaría a deshacerse de todos los reformistas de su equipo, comenzaría a hablar con desprecio de los «supuestos demócratas». Ignoraría una intentona golpista tras otra, siempre confiado en que servía a la causa de la reforma. La contrarrevolución, que se inició con un golpe de hacha asesino, comenzaba a cobrar ímpetu.

«Cuando Mijail Sergeyevich rechazó el programa del plan de los quinientos días, estaba rechazando la última oportunidad para llevar a cabo una transición civilizada a un nuevo orden —puntualizó Alexander Yakovlev—. Fue probablemente el peor, el más peligroso error que pudo cometer, porque lo que siguió fue nada menos que una guerra.»

25

La torre

La mañana de diciembre de 1990 en que Eduard Shevardnadze renunció como primer ministro, yo me encontraba en Riga para reunir información acerca de una serie de incidentes «sucios» cuyo objetivo eran los movimientos de independencia bálticos. Habían estallado explosivos cerca de varios monumentos, el tipo de incidente que permitía al ejército y al KGB responsabilizar a los «radicales» y justificar la implantación de «medidas de emergencia» para «restablecer una atmósfera de estabilidad». Ya existía el vocabulario para manejar este tipo de situaciones. ¿Y cómo no habría de ser así? Solo necesitaban estirar el brazo, sacar un manual del estante y buscar en «putsch, cf. Praga 68, Budapest 56 *et al*». El guión ya estaba escrito. Lo único que necesitaban ahora era el expediente, el pretexto.

Shevardnadze sabía mejor que nadie lo que estaba ocurriendo. Durante meses había visto como los militares trataban de engañarlo, como trataban de ridiculizarlo frente a Occidente con sus juegos en los estados bálticos, como arruinaron su negociación en materia de armas moviendo los tanques y misiles de modo que los estadounidenses los detectaran con sus satélites y culparan a Moscú de mala fe. Shevardnadze y Yakovlev presenciaron como

Lukyanov, presidente del Soviet Supremo, y Kryuchkov, jefe del KGB —ese par de grises mellizos siameses—, asistían a las reuniones del Politburó y trataban de lavarle el cerebro a Gorbachov. Trataban de convencerlo de que los «supuestos» demócratas y los simpatizantes de la independencia báltica buscaban tomar las ciudades de Vilnius, Riga, Tallinn, Tiflis, y el mismo Kremlin mediante una insurrección armada. Y Gorbachov escuchaba cada palabra, asintiendo sabiamente. Esos eran hombres en los que confiaba, eran los hombres del Partido, los hombres que había conocido desde los primeros tiempos. Seguro, eran un poco más conservadores, pero hablaban el mismo idioma, el idioma del Partido, y sabían lo que era la disciplina.

El día en que renunció Shevardnadze, pasé toda la mañana en las oficinas editoriales de *Diena* («El Día»), el principal periódico proindependencia de Riga. La ola derechista se había desatado y los reporteros abundaban en anécdotas de provocaciones e intimidaciones. En la sala de prensa se respiraba inquietud. La habitación tenía esa atmósfera de sala de espera cuando los familiares aguardan noticias del paciente que está en cuidados intensivos. Repetían que algo terrible estaba a punto de suceder. Tenía que ser así.

Y sucedió. Uno de los mecanógrafos que escuchaba la sesión del Congreso en la radio, palideció de pronto y se quitó lentamente los audífonos. Abrió la boca, pero no pudo pronunciar palabra alguna.

«Tal vez no lo he oído bien —murmuró en voz baja—. Dejadme probar otra vez.»

Cerró los ojos y escuchó.

«Shevardnadze —musitó el hombre—. Renunció. Dijo que venía la dictadura. Que estaba convencido de ello.»

Shevardnadze había advertido de que «venía la dictadura» y de que los

demócratas se habían dispersado para ocultarse «en los matorrales». Exceptuando a su familia y a un par de ayudantes, Shevardnadze no le había informado a nadie acerca del contenido de su discurso. A medida que hablaba, su espeso acento de Georgia se volvía más acusado por la ira y el sentido del momento que lo animaban. Gorbachov, presente en la sala, sufrió la misma conmoción que los demás asistentes. Una cosa era que los intelectuales de Moscú se sentaran a la mesa para hablar de una dictadura inminente, y muy distinta era que Shevardnadze, una figura por todos reconocida y segundo hombre en el mando, pusiera fin a su carrera. ¿Qué sabía realmente este hombre, él, que estaba en posición de saberlo todo?

Las personas que se encontraban en la sala de prensa del *Diena* estaban profundamente consternadas. Desde que los tres estados bálticos habían proclamado su independencia medio año atrás, se habían afirmado en el orgullo de ser independientes. No necesitaban pedir permiso, o convocar a un referéndum, o prestar mucha atención a las políticas de Moscú, porque Moscú estaba muy lejos, era una potencia extranjera. Ese orgullo era ahora insostenible, pertenecía al pasado. Los gobernantes bálticos siempre habían confiado en las palabras de Shevardnadze (en la medida en que se podía confiar en alguien de Moscú), y ahora este hombre les decía que sus peores temores se habían hecho realidad. La dictadura estaba a la vuelta de la esquina, y una actitud o un lenguaje orgullosos, no importaba cuán inventivos o asertivos fueran, no podrían impedir la brutal acusación.

A la mañana siguiente, tomé el vuelo para Moscú y me dirigí directamente al Kremlin. En el palacio de Congresos, manadas de oficiales del ejército se pavoneaban por el vestíbulo. Antaño, los generales y almirantes siempre se habían reunido cerca del guardarropa, lejos de las cámaras y de los

periodistas. Permanecían rezagados cerca de la puerta formando pequeños grupos color verde oliva y azul marino. Se los oía reír con mayor frecuencia que a los demás diputados. Después de todo, eran camaradas. Se conocían de toda la vida. Este asunto de la democracia no era más que una tontería, una diversión. Pero ahora llenaban el vestíbulo, realizando declaraciones a la prensa, repitiendo en tono seguro cuánto respetaban a Eduard Amvrosievich, asegurando, mi querido amigo americano, que no hay nada que temer, que todo está bajo control, que no debe preocuparse por golpes de Estado o virajes a la derecha. Todo está en orden. Sergei Ajromeyev, consejero militar de Gorbachev —y un mariscal tenido en alta estima por el almirante del Pentágono William Crowe—, se rió entre dientes cuando lo interrogué acerca de un golpe militar.

«¿Cuántas veces tendremos que repetirlo? —replicó—. ¡Relájense! ¡Dejen de inventar fantasías!»

En el piso de arriba, junto a las mesas del buffet, mercenarios del Partido Comunista engullían caviar, salmón ahumado, pasteles y té subvencionados por el Estado. Creyendo que nadie los observaba, compraron diez emparedados más y los guardaron en sus maletines, para no pasar hambre más tarde.

Entretanto, los radicales hacían la marcha del patíbulo, de un extremo a otro de los pasillos. Vitaly Korotich, con su pícara sonrisa ahora desvanecida, manifestó que tanto él como sus amigos habían comenzado a hacer planes «para el viaje a Siberia». Se trataba de una broma a medias. Afanasyev tenía los ojos más hundidos que de costumbre. Los bálticos, aquellos que todavía no habían emprendido el viaje de regreso, fumaban incansablemente cerca de los baños. En su discurso, Shevardnadze había dicho que «la democracia prevalecería». Advirtió, sin embargo, que los demócratas y los radicales eran gente desorganizada, dividida, egocéntrica y

poca cosa. Lo estaban arriesgando todo. Sus palabras eran crípticas, pero dejó claro que ya no contaban con la autoridad moral de Sajarov, ya no se encontraba entre ellos, o con la fuerza política de Gorbachov, que estaba en duda.

Finalmente, hacia el final del congreso, uno de los demócratas tuvo un momento de elocuencia que permitió comprender el sentido del gran gesto de Shevardnadze. Ales Adamovich, un veterano de guerra, el escritor más conocido de Bielorrusia y fundador de Monumento, se levantó de su escaño en la primera fila, subió los peldaños hasta el estrado y se asió firmemente el atril como para conservar el equilibrio. Gorbachov, afirmó Adamovich, «es el único gobernante en la historia soviética que no se ha manchado las manos con sangre, y todos quisiéramos recordarlo así». Luego volvió un instante la cabeza hacia atrás, como si quisiera dirigirse directamente a Gorbachov. «Pero llegará el momento en que los militares provocarán un baño de sangre, y luego se lavarán las manos ensangrentadas en su traje. Y la gente lo señalará como el culpable de todo. En Occidente se lo considera un genio de la política. Me gustaría que ejerciera usted su sabiduría otra vez. En caso contrario perderá la *perestroika*.»

A decir verdad, esta ya parecía haberse perdido. Día tras día, los partidarios de la línea dura efectuaban sus maniobras, y lo hacían de forma abierta, sin disimulo. Gennadi Yanayev, *apparatchik* de inteligencia limitada, mujeriego y borracho, era ahora vicepresidente. Shevardnadze fue reemplazado como primer ministro por Alexander Bessmertnij, hombre liberal, pero sin la autoridad ni la fuerza de su antecesor. El KGB y el Ministerio del Interior se habían arrogado el derecho de patrullar las calles de las principales ciudades. Yazov habló en la radio para quejarse de las

muchas provocaciones y advirtió de que asestaría duros golpes donde y cuando lo estimara necesario. Kryuchkov anunció esa noche que tal vez tuviera que derramar sangre para mantener la paz en las repúblicas. Y Anatoly Lukyanov, «Lucky Luke», el espeluznante presidente del Soviet Supremo, siempre estaba dispuesto a entregarles la palabra a los coroneles y a los dementes de Soyuz («Unión»), la facción de extrema derecha que pedía a diario la cabeza de Gorbachov y la implantación del estado de emergencia.

Eran tiempos sombríos y todo hacía suponer que se volverían aún más difíciles. Yakovlev declaró que la derecha estaba protagonizando una contrarrevolución «vengativa y rencorosa», un eco de *La hija del capitán* de Pushkin. Pero, en vez de renunciar, Yakovlev se alejó silenciosamente de la órbita de Gorbachov. Este ya no lo escuchaba. ¿Qué podía hacer? Cuando le pregunté a Yakovlev lo que opinaba del nombramiento de Yanayev, Yakovlev sonrió con cansancio y contestó: «El presidente es un hombre sabio, así que estoy seguro de que se trata de una sabia decisión». Pero mucho más tarde, cuando pudo permitirse palabras menos crípticas, Yakovlev me dijo que ese invierno había percibido alrededor de Gorbachov un «extraño silencio», como si los ministros tan solo simularan obedecer al presidente, para luego hacer lo que querían. Lentamente, Gorbachov se iba convirtiendo en un rehén. Sus ministros contaban con que el poderoso deseo del hombre por conservar su puesto les permitiría mantener el control a ellos.

Sobchak, el alcalde liberal de Leningrado, era una de las cabezas más frías entre los demócratas, y cuando me lo encontré en el palacio Mariinsky, sede del gobierno local, resumió en pocas y concisas palabras lo que estaba sucediendo. «Estamos presenciando la transición de un sistema totalitario a un sistema democrático, y las fuerzas de la dictadura y de la democracia

conviven unas al lado de las otras», —expresó—. Bajo estas condiciones, el peligro de una nueva dictadura, de golpes militares o del uso de la fuerza militar contra la población, es absolutamente real.» Estas palabras contenían un oscuro presagio. Y, sin embargo, nada había sucedido todavía.

En el invierno de 1990-1991, Moscú se había convertido en el sueño de un fanático de la prensa. Las columnas de Len Karpinsky y *Noticias de Moscú* eran solo parte del botín del día. Habiendo empezado de cero, del lavado de cerebro de la prensa del Partido Comunista, Moscú se transformó en la ciudad con los periódicos más apasionantes desde Nueva York después de la guerra. El «deshielo» de Jruschov se tradujo en una liberalización que dio lugar a algunas cuantas obras de verdadera literatura. La *glasnost*, en cambio, fue un período en que prevaleció el periodismo, la investigación, el sensacionalismo, los comentarios y los reportajes exclusivos.

Al principio, *Noticias de Moscú* y el semanario *Ogonyok* constituían los pilares más obvios de la *glasnost*. Pero, a medida que la *glasnost* fue evolucionando hasta una genuina libertad de prensa, la perspectiva democrática se amplió. Hubo periódicos que trabajaron sin aliento para apoyar la causa radical, especialmente el *Komsomolskaya Pravda*, con una tirada de veinticinco millones de ejemplares. *Literaturnaya Gazeta* publicó una mezcla de critica cultural, análisis político y el sorprendente trabajo de investigación de Yuri Shchekochijin sobre el KGB. *Argumenti i Fakti*, con una tirada de treinta millones, constituía una suerte de tablón de anuncios con artículos de doscientas palabras y boletines. *Izvestia* era un periódico sólido, y en lo que a periodismo sensacionalista se refiere estaban *Top Secret*, con sus historias de crimen («¡Asesinato en la calle Kutuzovsky!»), y el *Megapolis-Express*. El malicioso *Kommersant*, editado por Vladimir,

hijo de Yegor Yakovlev, cubría el naciente mundo de los negocios, informando a los jóvenes empresarios de qué clan de la mafia gobernaba cada distrito y cómo conseguir ordenadores baratos en el mercado negro. En las estaciones de ferrocarril y en las esquinas de las calles se efectuaba el intercambio de revistas pornográficas, hojas mimeografiadas neobolcheviques y ejemplares de *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas* de Dale Carnegie.

Para los partidarios de la línea dura existía el *Sovetskaya Rossiya*, que publicó la carta de Nina Andreyeva en 1988 y los manifiestos clave que llevaron al golpe que estaba por llegar. Y también estaba *Dyen* («El periódico de la oposición espiritual»), editado por Alexander Projanov, un chiflado militarista-teocrático conocido afectuosamente como «El ruiseñor del Estado Mayor». Entre los servicios de cable, la agencia Tass, el Gran Hermano de los teletipos, estaba tan fosilizada como el programa de noticias de la tarde *Vremya* o *Pravda*. Entretanto, Interfax y otras agencias en algunas de las repúblicas llegaron a desarrollar la misma actividad febril que Associated Press en un buen día de trabajo. El principal reportero de Interfax, Vyacheslav Terejov, era un reactor vestido con traje marrón que fustigaba a los políticos y enviaba despachos desde la hora del desayuno hasta la medianoche.

Hasta 1988 o 1989, *Noticias de Moscú* conservó su carácter iconoclasta, siempre tumbando ídolos antes de que lo hicieran los reformistas en el poder. Ligachov afirmó que *Noticias de Moscú* era un periódico *ersatz*, y no es de extrañar. *Noticias de Moscú* representaba claramente la voz de los liberales en el Politburó. Pero esta falta de una verdadera independencia por parte de *Noticias de Moscú*, sus vínculos con el propio Gorbachov, fueron elementos que comenzaron a actuar en su contra en 1990 y 1991. A medida que el país se diversificaba y que las ideas de la *intelligentsia* liberal acerca

del futuro de la sociedad y de la política se volvían más radicales que las de Gorbachov, *Noticias de Moscú*, dirigido por Yegor Yakovlev, comenzó a parecer excesivamente tímido y casi ridículamente empeñado en proteger a su primer patrocinador.

«Sin advertirlo, Yegor estaba transformando *Noticias de Moscú* en el *Pravda* —señaló Vitaly Tretyakov, en ese entonces adjunto de Yakovlev—. Así como el *Pravda* era la tribuna de los viejos poderes, quería que *Noticias de Moscú* fuera la tribuna del nuevo poder, la voz del centro izquierda, la voz de Gorbachov en el Politburó. Cuando me convertí en adjunto de Yegor, comencé a observar la cantidad de visitantes y de llamadas que recibía del Comité Central, y era obvio que el periódico no funcionaba de forma independiente. Len Karpinsky era mucho más radical que Yegor, pero *Noticias de Moscú* solo podía ser tan radical como Yegor lo permitiera. Yegor tiene la personalidad de un dictador, lo cual puede que sea necesario, pero siempre quería estar en posesión de la verdad última, estaba convencido de tener todas las respuestas. Nadie podía dar un paso en *Noticias de Moscú* sin el consentimiento de Yegor. No se podía mencionar a Lenin, por ejemplo, porque Yegor pensaba que sabía todo lo que era necesario saber. Y luego estaba Gorbachov: no podíamos criticarlo sin tapujos. ¿Y qué podía hacer alguien como Len Karpinsky? Después de todo, fue Yegor quien sacó a Len del anonimato y le dio un empleo.»

En el verano de 1990, millones de personas estaban abandonando las filas del Partido Comunista. El Partido, que se autoproclamaba el «iniciador de la *perestroika*» —una afirmación vergonzosa considerando la sangre que teñía sus manos—, había perdido el poder de convencer a muchos de sus miembros de que respaldaba una reforma radical. En *Noticias de Moscú*, Tretyakov propuso que los hombres del periódico que integraban el comité del Partido renunciaran de inmediato. Pero Yakovlev se negó, debían

permanecer en él. Como de costumbre, Yakovlev obtuvo la mayoría de los votos, incluido el de Karpinsky.

Vitaly Tretyakov se sentía cada vez más distanciado de sus colegas en el periódico. A los treinta y nueve años de edad, no pertenecía a la generación de Gorbachov, y no formaba parte del entorno bolchevique ni tenía los contactos con el Partido de tantos *shestidesyatniki*. Sus padres eran obreros. Tretyakov había trabajado durante años en esas revistas de propaganda en papel satinado que los órganos de prensa del gobierno producían a granel: *Vida Soviética*, *Études Soviétique*s, *Mujer Soviética* y demás. Sus años en *Noticias de Moscú* fueron «un regalo», pero decidió que había llegado la hora de renunciar. «Mi idea era comenzar algo nuevo, un *Noticias de Moscú* mejorado», fueron sus palabras.

Tretyakov no tenía una idea muy clara de lo que quería cuando comenzó sus primeras sesiones de planificación en el verano de 1990. Lo que sí sabía era que no quería vincular el destino ni el tono de su periódico al destino de Mijail Gorbachov o al de cualquier otro personaje político. Al principio, trató de convencer a algunos de los reporteros más conocidos de Moscú para que integraran su equipo, pero todos rechazaron su propuesta. Nadie que tuviera una familia y un trabajo seguro estaba dispuesto a arriesgarlo todo por un experimento, por una idea. La oportunidad de Tretyakov se presentó cuando los demócratas liberales fueron elegidos para ocupar la alcaldía de Moscú. El nuevo alcalde, Gavriil Popov, y su adjunto, Sergei Stankevich, se sintieron atraídos por la idea de Tretyakov y le otorgaron una subvención de trescientos mil rublos. Sin condiciones, aclaró Popov. Cosa extraordinaria, los funcionarios mantuvieron su palabra. Nunca consideraron que el periódico les pertenecía y jamás se entrometieron en la política editorial o comercial. «Se trataba tan solo de una pequeña inversión en la transición a una prensa libre», afirmó Stankevich.

Yo había oído hablar del periódico medio año antes de que apareciera la primera edición. Una tarde de verano, cogí el coche y me dirigí al pueblo de Peredelkino para visitar a Andrei Karaulov, un joven crítico literario, y a su esposa, Natasha, hija del dramaturgo Mijail Shatrov. Karaulov era el periodista más espabilado que jamás conocí, por lo menos en Moscú. Aun en los primeros días de la *perestroika*, lograba que miembros del Politburó y maestros del espionaje le concedieran entrevistas. Hacía que hombres malvados y rastreros se sintieran cómodos en su presencia, y luego los torturaba con una mezcla de encanto zalamero y preguntas mordaces. El don de Andrei era tan misterioso que algunos de sus rivales protestaban argumentando que seguramente tenía «contactos oscuros». Esa tarde, uno de los invitados en la dacha de Peredelkino era un hombre de unos cuarenta años llamado Igor Zajarov. Resultó que Zajarov era un cínico a ultranza que se despreciaba a sí mismo más que a nadie. Había trabajado durante años para la agencia de prensa Novosti, editando los folletos de propaganda. «Soy un funcionario nato —afirmó—. Nunca creí en nada oficial: ni en el comunismo ni en la posibilidad de la *perestroika*. Puede que haya publicado toda esa mierda, pero nunca me la tragué. ¿Conoce la expresión "La vida está en otra parte"?» De algún modo, la disposición para trabajar con burócratas odiosos mientras creía «en otra cosa» parecía no sentarle tan bien a este hombre como a un idealista más viejo como Karpinsky. Resultaba conmovedor que Karpinsky hubiese creído realmente en algo cuando era joven y que más adelante creyera en otra cosa. Zajarov no creía más que en la suprema inutilidad de todo, y el repentino advenimiento de cambios radicales en el país hacía que su cinismo no tuviera valor alguno. Había ocasiones en que tanto Karaulov como Zajarov me ponían la piel de gallina. Cuando comenzaron a hablarme de su trabajo con Vitaly Tretyakov en una nueva publicación que se llamaría *Nezavisimaya Gazeta* («El

Periódico Independiente») no solo pensé qué fracasaría, sino que lo deseé fervientemente.

No volví a recordar esta conversación ni la *Nezavisimaya Gazeta* hasta seis meses más tarde, cuando volaba de Riga a Moscú, la mañana después de la renuncia de Shevardnadze. En el avión pedí prestados dos ejemplares de una nueva publicación —el primer y segundo números de *Nezavisimaya Gazeta*— y me sorprendió profundamente. La portada del primer número mostraba pequeñas fotografías de los principales ministros del país, una pandilla de patanes que se parecían a los matones de *Dick Tracy*, Flattop, Mumbles y el resto de la banda. Coronando las fotografías había un titular a tres columnas: «Son nuestros gobernantes: Pero ¿qué sabemos acerca de ellos, los poderosos del Casi nada...» En la página 5, Yuri Afanasyev publicaba un artículo destinado a ser el comentario político más incisivo y profético del año: «Nos estamos encaminando a una dictadura». Con detalles que demostraron ser absolutamente certeros, Afanasyev describía la «tragedia» de Gorbachov, cómo sus propias limitaciones internas y las limitaciones políticas lo dejaban expuesto a las presiones de los comunistas de línea dura en el régimen. Era exactamente el tipo de crítica política sobre Gorbachov que *Noticias de Moscú* no podía publicar. Luego, en la página 8 del primer número —la última—, Tretyakov publicó un manifiesto donde afirmaba que no había existido nunca «en la historia de la Unión Soviética» un periódico independiente de los intereses políticos. Prometía que *Nezavisimaya Gazeta* sería el primero. El segundo número partía con el titular: «Shevardnadze se va. El complejo industrial-militar se queda. ¿Cuál será la opción de Gorbachov?». Unas páginas más adelante, Karaulov hacía su contribución con una fascinante entrevista al segundo hombre más importante del KGB, Filipp Bobkov, el mismo que había sometido a interrogatorio a Len Karpinsky dos décadas atrás.

Un día, durante esas primeras semanas de vida de la *Nezavisimaya Gazeta*, fui a las oficinas del periódico en compañía de Karaulov. Mientras caminábamos por las calles llenas de barro cerca de los edificios del KGB, en la plaza Lubyanka, Karaulov trató literalmente, de venderme unos documentos con historias de espionaje que involucraban al teatro Bolshoi. En esos días, la información en Moscú estaba constantemente a la venta. Cuando se les pedía una entrevista, algunos funcionarios del Kremlin preguntaban sin asomo de vergüenza: «¿Cuánto?». Cuando me negué a aceptar la información de Karaulov acerca del Bolshoi y le expliqué las reglas que no permiten pagar por información, pareció tan sorprendido como dolido. «Además, nunca encontrarías el lugar sin mi ayuda —dijo—. Por lo menos págame ese servicio.» Las oficinas de la *Nezavisimaya Gazeta* estaban escondidas en un oscuro edificio ubicado en un patio cerca de la plaza Lubyanka. En ese momento, el periódico compartía el edificio con la compañía impresora Voskhod. Cuando el periódico se expandió, la empresa se fue del lugar. Originalmente, el periódico contaba con veinte empleados y aparecía tres veces por semana; luego creció y llegó a tener doscientos empleados y cinco números a la semana. Cuando visité las oficinas por primera vez, el lugar era un mar de papeles y de momentos irónicos (siendo la primicia unas borrosas fotografías de antiguos miembros del Politburó). La impresión del visitante era que ninguno de los presentes había dormido o se había duchado o afeitado durante días.

Tretyakov deseaba ardientemente imitar el modelo tradicional de un periódico occidental. Su gente tenía el aspecto de los empleados del *Village Voice*, pero él aspiraba a emular el estilo y la sustancia del *New York Times*. «Puede que a usted le parezca aburrido —me dijo Tretyakov durante una de nuestras conversaciones—, pero aspiro a crear el primer periódico de la era soviética al estilo occidental, respetable y objetivo.»

Al haber sido rechazado por las «estrellas», Tretyakov conseguía sus reporteros donde fuera. La mayoría habían trabajado para publicaciones de segunda y tercera categoría, o para publicaciones trimestrales de cine y teatro, y también para folletos clandestinos para diarios del Komsomol. Los había sin experiencia alguna. Eran biólogos, secretarios, obreros, estudiantes, diplomáticos, lo que fuera. Cualesquiera que fuesen las aptitudes que poseían —o que no poseían—, compartían el desprecio por todo lo *sovok*, «soviético» según la jerga. (Entre las cartas que habían recibido de sus admiradores había una que decía: «Felicitaciones: Ustedes no son prosoviéticos ni antisoviéticos. Simplemente, son no soviéticos».) Eran todos jóvenes, y no les interesaban los problemas que habían preocupado a sus mayores. Las elucubraciones ideológicas de un hombre como Len Karpinsky eran irrelevantes para estos jóvenes, incluso un poco tristes.

Mijail Leontyev, el director de la sección económica del periódico, era un típico ejemplo. Había estudiado economía en el Instituto Plejanov de Moscú, pero, para evitar el tener que realizar «un trabajo idiota para el régimen», abandonó el mundo académico y trabajó durante años en la restauración de muebles antiguos. Casi nunca escribía. «¿Para qué tomarse la molestia?», me dijo. En 1989 había publicado un ensayo para el periódico *Atmoda* bajo el título «El nuevo consenso», acerca del creciente número de fascistas, nacionalistas y jefes militares. «Eso era todo lo que podía hacer —afirmó Leontyev—. Simplemente no podía trabajar para ninguno de los periódicos tradicionales. Llegar aquí, descubrir la *Nezavisimaya Gazeta*, fue la revelación que todos esperábamos. La cobertura de los asuntos económicos en nuestro periódico da por sentado que no necesitamos arrancarnos los pelos acerca de si el marxismo-leninismo o el capitalismo representan el mejor camino que hay que seguir.

Ese debate está obsoleto. ¿Acaso hay que volverse loco debatiendo si es bueno encontrar un equilibrio saludable entre la eficiencia y el bienestar social? ¿Acerca de si las reglas del mercado son en última instancia justas? No lo creo. En estas páginas no le doy cobertura ni al comunismo ni a ninguna otra religión. Ese no es asunto mío.»

La enrarecida atmósfera política de ese invierno, la oscura sensación de que el ejército, el KGB, y el Partido Comunista se habían aliado para combatir una reforma radical del país, hacían que un fuerte sentido de misión animara a la *Nezavisimaya Gazeta*. Los moscovitas que leyeron este periódico durante ese primer mes presintieron el terremoto político que se avecinaba. No así *Noticias de Moscú*, cuyos reportajes se mantenían dentro de límites estrictos. *Noticias de Moscú* ya no rendía cuentas a los censores del gobierno —habían sido destituidos o se habían vuelto completamente benignos—sino, más bien, a un sentido interno del decoro y la precaución, una cierta reverencia por Gorbachov y las antiguas esperanzas de la generación del «deshielo».

Semana tras semana, la *Nezavisimaya Gazeta* reinventaba el periodismo en Moscú, y un joven reportero de veintisiete años, Sergei Parjomenko, destacaba como el comentarista político más incisivo del periódico. Hijo y nieto de periodistas, Parjomenko se hizo famoso cuando trabajaba para la revista trimestral *Teatr*. Realizó la cobertura de la primera sesión del Congreso de los Diputados del Pueblo en mayo de 1989, trabajo que calificó como «lo máximo en crítica teatral». Gorbachov representaba el papel del Gran Reformador, Sajarov era el Santo Conquistador y los del Partido Comunista eran el Coro Maligno. «Imagine que en Estados Unidos ustedes hubiesen transmitido en vivo y en directo la Convención Constitucional —dijo—. El viejo orden agonizaba un poco todos los días.

Nunca hubo una obra de teatro que cambiara a los espectadores de forma tan radical.»

Una noche, fui con Sergei a las imprentas de *Izvestia* donde se imprimía la *Nezavisimaya Gazeta*. Era el jefe de redacción, actuaba de enlace entre los impresores y los redactores de la oficina, quienes trataban constantemente de incluir artículos a última hora. Ya había escrito una columna esa mañana y había conseguido información para su trabajo después de horas de oficina como corresponsal para otras publicaciones. Como muchos periodistas jóvenes de Moscú, Parjomenko descubrió que podía ganar divisas trabajando para una agencia de noticias extranjera, en su caso Agence France Presse, la agencia oficial. Esta experiencia expandió su visión del periodismo. «Con los franceses aprendí lo que era ser reportero de verdad —señaló—. Se trataba de un nuevo tipo de juego. ¿Quién obtiene la información primero? ¿Quién consigue fuentes? Antes era todo “yo creo esto”, “creo esto otro”. Ahora se trataba de un juego distinto y me encantó. Desarrollé las destrezas que necesitaba aprender. De algún modo, siempre supe que terminaría trabajando en un lugar como la *Nezavisimaya Gazeta*. Me lo decía el instinto. Quería encontrar un lugar que hubiera nacido sin complejos. Hay publicaciones que son más radicales, pero no me interesa la competencia para ver quién puede ser más radical o más liberal. No soporto la unanimidad y el consenso.»

A Parjomenko se lo conocía en Moscú sobre todo por sus comentarios —principalmente porque se negaba a identificarse con un político o una corriente del Partido—, pero era también un investigador nato. Provocó un escándalo enorme cuando descubrió que el Comité Central había mantenido durante años un taller de catorce habitaciones para fabricar pasaportes occidentales falsos. Informó de que había sellos falsos, formularios en

blanco para pasaportes de docenas de países extranjeros, e incluso bigotes y barbas falsos y sombreros para las fotografías de los pasaportes.

El trabajo de investigación era lo que le daba su sello distintivo a la *Nezavisimaya Gazeta*. Anya Ostapchuk y Zhenya Krasnikov, un matrimonio joven que trabajaba para el periódico, suscitó la ira del Partido cuando, adelantándose a todo el mundo, publicaron una copia de la nueva plataforma del Partido Comunista respaldando un «socialismo democrático, con rostro humano». Los métodos de Anya eran «bastante sencillos y no soviéticos». Fue al apartamento de un miembro del Comité Central, Vasily Lipitsky, y lo interrogó acerca de la plataforma. El hombre le entregó el documento de veintitrés páginas escrito por Georgi Shajnazarov, asesor de Gorbachov, y le dijo que podía leerlo, «pero sin tomar notas y sin grabadora».

«En ese momento sucedió algo extraño —comentó Anya—. Lipitsky dijo que tenía que hacer una llamada desde la otra habitación. Apenas salió, saqué la grabadora y leí el documento tan rápido como pude. No regresó a tiempo para detenerme. Terminé. Pero estoy convencida de que él deseaba que hiciera justamente lo que hice. Me divertí muchísimo».

Cuando le presentó la primicia, Tretyakov se quedó estupefacto. En *Noticias de Moscú*, sus superiores jamás habrían permitido semejante cosa. Demasiado peligroso, una aberrante falta de respeto. Pero Tretyakov publicó el artículo de inmediato. En una irónica nota a los lectores, escribió que generalmente la *Nezavisimaya Gazeta* no publicaba manifiestos de partidos o plataformas «porque esa sería una forma de publicidad», y agregaba: «Pero de un partido como este preferiríamos no aceptar dinero».

Al día siguiente, a medida que todos los periódicos de Moscú corrían tratando de emular el artículo sobre la plataforma, Parjomenko recibió una lección fulminante sobre la sensibilidad de los poderosos. A altas horas de

la noche, en una breve rueda de prensa en el suburbio de Novo-Ogarevo, en Moscú, Gorbachov recorrió a los reporteros con la mirada y dijo: «Bien, ¿a quién tenemos aquí de la *Nezavisimaya Gazeta*?».

El reportero de la televisión estatal palideció y, mientras señalaba a Parjomenko, dijo con voz cobarde:

—Yo no, es él.

—¿De dónde lo robó? —dijo Gorbachov.

—No puedo decírselo —replicó Parjomenko.

—¿Y por qué no?

—Porque esa es la forma en que trabajamos.

Después de la rueda de prensa, dos asistentes de Gorbachov trataron de sonsacarle la información a Parjomenko. «Vamos —dijo uno de ellos—. Puede contármelo. No se lo diré a nadie más.»

Por su parte, Shajnazarov me dijo que había quedado estupefacto al ver su trabajo publicado en el periódico. «Woodward y Bernstein... no es algo a lo que estemos acostumbrados», me dijo.

Había veces en que Tretyakov y Zajarov, los «ancianos» del periódico, temían a sus propios reporteros, les daba pavor lo incansables y temerarios que podían ser. Eran conscientes de la poca experiencia que tenían, de lo poco que sabían acerca de los grados de seriedad y de objetividad. A menudo, los reporteros entregaban reportajes que no eran sino rumores y que no se habían molestado en verificar. Si bien los directores exigían más reportajes y numerosas revisiones, rara vez eliminaban un artículo. El único que Tretyakov se negó a publicar fue la basura acerca del KGB y el teatro Bolshoi que Karaulov había tratado de venderme.

«La razón por la que estos jóvenes se dedican a cosas como la investigación es que no le temen al sistema, ni siquiera lo respetan —me explicó Zajarov—. Estos jóvenes son arrogantes, necios, carecen de

educación y de disciplina; viven solo del presente. No les importa el ayer y no se les pasa por la cabeza que no hay nada nuevo en este mundo. Pero no tienen prejuicios. No les dan cien mil vueltas a las cosas ni se preguntan si alguien en el Kremlin dirá esto o aquello. Simplemente van y lo hacen.»

Los jóvenes periodistas también introdujeron modificaciones en el lenguaje de la prensa. Acabaron con la fraseología acartonada y burocrática, con los lemas fanáticos del período soviético. «No hablamos la lengua del *Pravda*», dijo Parjomenko. El cambio fue sorprendente. Antes de viajar a Rusia, realicé un curso de «ruso periodístico» en la Universidad George Washington. Durante semanas tuvimos que memorizar interminables listas de clichés políticos: «Las negociaciones se efectuaron en una atmósfera cálida y amistosa»; «Las naciones camaradas y amantes de la paz de todo el mundo se enfrentarán a los imperialistas en una ronda de negociaciones la semana próxima», etcétera. Era el lenguaje *novoyaz*, o neolengua, y nunca había alcanzado el nivel de absurdo que alcanzó en la Unión Soviética. Pero a los jóvenes reporteros de la *Nezavisimaya Gazeta* nunca se les había exigido que escribieran de ese modo, o por lo menos no por mucho tiempo. Mientras que a Len Karpinsky todavía le costaba limpiar su prosa del lenguaje *novoyaz* —«lo intento, pero no siempre lo logro»—, la gente de la *Nezavisimaya Gazeta* no tenía ese problema.

«Desde el principio tratamos de imitar el lenguaje de Occidente —señaló Parjomenko durante nuestra visita a la imprenta—. En Rusia no había existido jamás el lenguaje político de un país civilizado.»

Me tomó algún tiempo armar las piezas del rompecabezas, pero ahora ya tenía una idea más clara acerca de quién encabezaba la contrarrevolución de derechas. Una noche fui al teatro del Ejército Rojo para lo que, según la

prensa de derechas, sería una tarde de «celebración patriótica». El teatro estaba repleto y casi todos los ahí presentes vestían uniforme: gris ejército, negro sacerdotal y, por aquí y por allá, un escritor con traje color chocolate. Sobre el escenario, un tal padre Fyodor, con la sotana engalanada de condecoraciones militares, hablaba con voz monótona acerca de la grandeza de los guerreros de la madre Rusia, «su Alexander Nevsky, su Dmitri Donskoi, sus valerosos caballeros».

«¡Dios es nuestro mayor general!», exclamó, y los subordinados de Dios, los jóvenes reclutas que habían sido transportados en autobuses al espectáculo, aplaudieron obedientemente.

«¿Y qué pasa con Yazov? —me susurró al oído uno de los jóvenes—. ¿Acaso no es él nuestro general?»

Valentin Rasputin, un novelista de Siberia famoso por su indignación moral y sus ataques contra la ruina ecológica del lago Baikal, se encontraba sentado cerca del escenario asintiendo solemnemente a todos los discursos. Rasputin era un escritor de talento. Sus relatos sobre la degradación del campo y el daño espiritual provocados por el comunismo eran respetados incluso por aquellos que despreciaban su ideología de derechas. Pero Rasputin no era solamente un conservador. Era un hombre lleno de odio, un antisemita que culpaba a los judíos de los crímenes de los bolcheviques. Y esto lo decía cuando concedía una entrevista al *New York Times*. Era menos discreto en las reuniones del Sindicato de Escritores Rusos.

Durante años, la gente de derechas vivió confortablemente. Controlaban los sindicatos, gozaban de privilegios. Pero ahora, frente a la amenaza de los bárbaros, estaban dispuestos a formar las coaliciones más extrañas. Los nacionalistas literarios de Rasputin y los sacerdotes oficiales de la Iglesia ortodoxa rusa se alinearon con hombres como Ajromeyev y Yazov, del Ejército Rojo, y Kryuchkov, del KGB, comunistas confesos y dirigentes del

Partido. Era un panorama confuso. Pero esa noche, sentado allí, en el teatro del Ejército Rojo, pude ver que habían forjado un lenguaje común, un lenguaje que no tenía nada que ver con la ideología comunista o con la teocracia. El estandarte que cobijaba a esta alianza de «patriotas» era la imagen del imperio, vasto y poderoso, único y sagrado. La democracia, el rock, la bolsa, las empresas extranjeras, los movimientos de independencia, los judíos, los bálticos y los asiáticos no hacían sino socavar el imperio.

Después de que el sacerdote diera su bendición a los militares y de que Rasputin, por su parte, bendijera a la madre Rusia, el teniente general Gennadi Stepanovsky, uno de los jefes de la organización del Partido Comunista perteneciente al ejército, dio la bendición final. Los demócratas, señaló, «están poniendo a la venta nuestros tanques, destruyendo nuestros monumentos, destruyendo nuestra capacidad para luchar por la libertad en los estados bálticos. Pero no vencerán. No pueden borrar nuestra gran historia». Como Stalin durante la guerra, Stepanovsky esperaba que un caldo místico de nacionalismo de gran potencia constituyera el vínculo común. Esta vez el enemigo no eran los nazis, sino el mundo entero, y su vanguardia, los infieles demócratas.

Esa noche, después de la ceremonia, eché una hojeada al último número de *Molodaya Gvardiya*, portavoz de la nueva ideología. Estaba lleno de los acostumbrados planteamientos: «Sin necesidad de efectuar un solo disparo, la Rusia [de Yeltsin] se ha convertido en una marioneta del sionismo occidental. Se vislumbra claramente un plan para arrastrar al mundo a una nueva guerra mundial en que los rusos y otros eslavos no serán más que carne de cañón. Se está tramando una nueva espiral de genocidio histórico contra nosotros». Otro artículo advertía acerca de «los extranjeros que traen regalos» y «champús que provocan cáncer» procedentes de Polonia, «cajas

y bolsas de la compra contaminadas» de Vietnam y, por supuesto, el Big Mac traído de Estados Unidos («demasiado rápido y poco saludable»).

Los representantes más poderosos de la línea dura —Kryuchkov, Pugo, Yazov y Lukyanov— eran demasiado inteligentes como para anunciar que lideraban el incipiente golpe de Estado del que Shevardnadze había advertido a la población. Realizaron gestos amenazadores y afirmaciones escalofriantes, pero, en general, dejaron el trabajo sucio en manos de otros. Durante esos meses de invierno, el hombre que le dio un rostro al golpe fue un coronel letón del ejército, Viktor Alksnis. Con sus cabellos de un negro reluciente y su chaqueta de cuero negro, en la prensa liberal a Alksnis se lo conocía como «el coronel negro». El Darth Vader de los partidarios de la línea dura. Se sentía complacido con su papel y prácticamente se apoderaba del escenario cada vez que hacía una aparición pública.

«¡Tenéis ante vosotros a un sucio reaccionario!», exclamó en una ocasión frente a los miembros del Congreso (¿quién dudaría de sus palabras?). Luego esbozó un gesto desafiante con la boca e imitó la mirada de Mussolini. Una caricatura, el retrato de la maldad; justamente el papel que se requería, y Alksnis lo desempeñó con verdadera maestría. Hombres como Lukyanov, el presidente del Soviet Supremo, y Kryuchkov razonaron que, en comparación con Alksnis, serían vistos como la viva imagen de la cordura.

En su calidad de diputado, Alksnis representaba a las bases militares soviéticas en Letonia. No era un hombre que se hubiera granjeado muchas simpatías. Su propia tía había ido de casa en casa haciendo campaña en su contra. Pero Alksnis ganó, con la promesa de restituir el «honor de los militares» después de las «humillaciones» de la retirada de Afganistán y

Europa oriental, los tratados de reducción de armas con Occidente, y los recortes en el presupuesto de defensa. A medida que los antiguos representantes del Partido como Geidar Aliyev y Yegor Ligachov abandonaban el escenario, Alksnis y su homólogo en Kazajstán, el coronel Nikolai Petrushenko, organizaron la facción Soyuz bajo el patrocinio de Lukyanov. Soyuz fue un arma tremendamente eficaz para la derecha. Fue Soyuz quien presionó a Gorbachov para que destituyera a su ministro del Interior, el liberal Vadim Bakatin, y lo reemplazara por un hombre de la línea dura, Boris Pugo. Y fue Soyuz quien constantemente criticó la política exterior de Shevardnadze como una política traidora. Al renunciar, Shevardnadze se preguntó amargamente por qué nadie lo había defendido de «los muchachos con charreteras de coronel».

Yakov, el abuelo de Alksnis, había sido comandante de la fuerza aérea en los años treinta. En mayo de 1937, durante el apogeo de las purgas, Yakov Alksnis era miembro del tribunal militar, integrado por de tres hombres, que ordenó el arresto y la ejecución del mariscal Mijail Tujachevsky, el militar más brillante de su época, acusado de espionaje. Más tarde, Alksnis cayó víctima de la lógica imperante en la época. Ocho meses después del juicio de Tujachevsky, fue arrestado y fusilado.

«Eran tiempos complejos», dijo sin rodeos su nieto.

Conocí al «coronel negro» en su suite del hotel Moskva, el gran hogar de los miembros del Soviet Supremo que cumplían funciones fuera de la ciudad. Después de mirarme de arriba abajo, Alksnis me dijo: «Si quiere llamarme reaccionario, hágalo». Extraño saludo, pero ese no era un hombre común. A pesar del calor en la habitación, Alksnis no se despojó de su chaqueta de cuero negro. Era como un adolescente, siempre consciente del largo de su pelo y del corte de sus tejanos. Su aspecto era toda una declaración de intenciones. Afectaba en todo momento una expresión de

aburrimiento y de disgusto, y no tardó en informarme acerca del disgusto que le causaba mi presencia, yo, un representante de «la mentirosa prensa burguesa». Sin embargo, al mismo tiempo deseaba ardientemente expresarme el disgusto que le causaba ver al Kremlin transformado en un ente pusilánime. «Somos como Cupido, estamos armados desnudos, e imponemos el amor —me dijo—. Por triste que pueda parecer, la realidad de la "nueva forma de pensar" hoy imperante, la prioridad que se otorga a "los valores humanos comunes", bueno, la realidad de todo esto es que la Unión Soviética ha perdido su condición de superpotencia. Se la trata como si debiera mantenerse en su lugar. Ahora nos mandonean.»

Le pregunté si el culpable de esta debilidad era Shevardnadze.

«El último mito de la *perestroika* se derrumba: el mito de nuestra maravillosa política exterior», dijo. Acto seguido expuso una sarta de quejas, que había sido traicionado por un gobierno dispuesto a humillarse frente a su rival, dispuesto a hacer concesiones, dispuesto a dejar de lado todo «interés», en aras de una ayuda económica que nunca llegaba. ¡Era una situación humillante! Y ahora, dijo, Washington apoyaba un movimiento de independencia báltico que desmembraría a la Unión Soviética y la llevaría a la guerra civil. «Observe el equipo técnico que posee el frente popular de Letonia, la cantidad de faxes, ordenadores, cámaras de vídeo. Ese tipo de cosas solo se consiguen con moneda extranjera, y ellos no la tenían. La recibieron de Occidente al amparo de agencias de caridad. Conozco los documentos reunidos por la inteligencia soviética, y está claro cuáles son las medidas adoptadas por Occidente para apoyar a los separatistas de los estados bálticos. Se trata de organizaciones gubernamentales. Los apoyan abiertamente.

»Occidente —prosiguió— tiene un plan oficial para desmembrar al Estado soviético. ¿No es acaso lo que indican las declaraciones de Bush

cuando dice que apoya a los movimientos separatistas en los estados bálticos? ¿Acaso la presión que ejercen no constituye un indicador? Yo lo veo de ese modo. Se llama coaccionar, y se trata de una política ... Occidente desea alejar a la Unión Soviética de la arena política como superpotencia. Ya consiguieron eliminar a la Unión Soviética como enemigo ideológico. Ahora quieren sacarla de la arena política. Y todo esto se ha llevado a cabo sin usar la fuerza, solo mediante la explotación de los procesos que ocurren dentro de la Unión Soviética. Occidente cree que ahora nos puede mirar por encima del hombro. Acostumbraban a referirse a la Unión Soviética como el Alto Volta con misiles. Ahora simplemente somos el Alto Volta. Ya nadie nos teme.»

Más que cualquier otra cosa, Alksnis deseaba infundir temor. Ese era su papel, proporcionarle un rostro a la intimidación. Deseaba que los demócratas y los movimientos de independencia temieran la posibilidad de que hubiera violencia; quería que Occidente temiera sus propios intentos de intervención. El miedo, que se había debilitado tras cinco años de reformas, era la única arma que aún les quedaba a los de la línea dura. Todo lo demás —la ideología, la promesa de un brillante futuro— estaba perdido, olvidado.

Alksnis incluso tenía su propia receta para el futuro cercano, y consistía en lo siguiente: disolver los parlamentos democráticamente elegidos, arrestar a todos los que opusieran resistencia («Landsbergis, Yeltsin, cueste lo que cueste»), tomar el control de la prensa e instalar en el poder un «frente de salvación nacional». Le señalé que eso se parecía mucho a lo sucedido en Praga en 1968 o a la ley marcial en Polonia.

«Sí —me contestó—, y no debe olvidar jamás que la ley marcial en Polonia evitó una guerra civil. Preservó la estabilidad política interna y permitió una transición pacífica a las reformas.» Gorbachov, señaló, podría

desempeñar el papel del general Jaruzelsky. «Y entonces todo estará bien. Habrá una estabilización de la situación política, de la situación política interna. Puede que Gorbachov no lo quiera así, pero no está en condiciones de dictar la situación. Los acontecimientos se le han escapado de las manos, y Gorbachov es un rehén de su propia política. Es una política de regreso a las raíces. Estos procesos se trasladarían a las calles en los próximos meses. En ese momento será difícil tomar decisiones específicas. La situación es tal que todo esto ocurrirá en los próximos meses.»

Los tanques irrumpieron en Lituania el 13 de enero de 1991.

Durante más de un año, el KGB y el ejército habían estado realizando operaciones en Lituania destinadas a sembrar el temor entre la gente e intimidar al gobierno popularmente elegido. Arrestaron y golpearon a los que se negaban a hacer el servicio militar; se apoderaron de varios edificios públicos, institutos e imprentas; se embarcaron en una campaña propagandística destinada a convencer a los rusos, polacos y judíos que vivían en la ciudad de que los lituanos harían de ellos ciudadanos de tercera clase; realizaron «ejercicios militares», incluido el envío de docenas de tanques que retumbaron junto a los edificios del Parlamento en medio de la noche; crearon un Comité de Salvación Nacional encabezado por los pocos funcionarios del Partido Comunista que permanecían leales a Moscú.

Durante más de un año, insinuaron que habría una ofensiva relámpago para derrocar al gobierno lituano. El 13 de enero, alrededor de las dos de la madrugada, se inició la operación. El Comité de Salvación Nacional se hizo con el poder y trataron de tomarse todos los medios de comunicación. Con el KGB y el general Valentin Varennikov al mando, los soldados dispararon sobre los manifestantes en la torre de televisión de Vilnius. Hubo por lo

menos catorce muertos y cientos de heridos; fueron fusilados, golpeados o aplastados por los tanques.

Pero fue un trabajo mal hecho. Incluso como matones, los organizadores del golpe eran un fracaso. La violencia no logró más que intensificar el odio hacia Moscú. Los intentos por controlar a los medios de comunicación solo tuvieron un éxito a medias. El periódico *Respublika* continuó publicando testimonios a diario. La emisora de televisión de Kaunas, una ciudad a dos horas de Vilnius, intensificó su señal y transmitió las mismas imágenes que la CNN, la BBC y otras cadenas extranjeras. Los hombres que habían planeado el golpe habían supuesto que los medios de comunicación de Occidente estarían demasiado ocupados con la guerra en el golfo Pérsico para preocuparse por Lituania. Supusieron que la administración Bush estaría demasiado agradecida por el apoyo de Moscú a la coalición aliada contra Saddam Hussein para hacer gala de indignación pública. Algo de verdad había en esto. Los estadounidenses dedicaban largas horas a «mirar la guerra» en CNN. Los lituanos temían que Occidente dejara de prestar atención a una serie de acontecimientos que bien podían significar el fin del revolucionario intento por transformar la Unión Soviética.

«Por supuesto, depende de dónde esté uno apostado, pero estoy convencido de que, a la larga, lo que observan en este momento en la Unión Soviética tendrá mayor importancia histórica que la guerra en el golfo Pérsico —me dijo Algimantis Cekoulis, un dirigente del frente Sajudis, en Lituania—. Creo que no existen dudas acerca de que la coalición aliada obtendrá la victoria en Irak, pero ¿quién prevalecerá en la Unión Soviética? ¿Cuánta sangre tendrá que derramarse? No se trata de un asunto aislado que involucra a los pequeños estados bálticos, o incluso a la Unión Soviética. El curso de los acontecimientos en este país tendrá un efecto dramático sobre el destino de Europa e incluso de Estados Unidos.»

Mi colega Michael Dobbs terminó de dictarme su primer testimonio directo desde Vilnius alrededor de las cuatro y media de la mañana. Me acosté para dormir un par de horas y luego me dirigí a la plaza Manezh. Si se efectuaba una manifestación, sería en las afueras del Manezh, una sala de exposiciones cerca de las puertas del Kremlin. Unas cien personas se habían reunido bajo el frío. Aquellos que tenían radio estaban conectados a la BBC o a Radio Libertad. Las principales radios de Moscú no emitían ninguna noticia acerca de lo que había ocurrido en Lituania, excepto para informar de que se había producido algún tipo de «incidente» y de que todo era culpa del gobierno lituano, por supuesto. Pero, esencialmente, Radio Libertad y la BBC estaban devolviendo a los radioyentes lo que los reporteros occidentales en Vilnius habían publicado en los periódicos del domingo por la mañana.

La reacción fue de indignación: «¡Gorbachov es el Saddam Hussein de los bálticos!», ponía un cartel. «¡Abajo con el verdugo!»

Me topé con Sergei Stankevich, un político de gran encanto y cara de niño, quien ahora ocupaba el segundo puesto en la alcaldía de Moscú. Lo conocí cuando hacía la campaña para el Congreso de los Diputados del Pueblo vestido con tejanos y camiseta. Estaba furioso. Se había afiliado al Partido debido a la promesa de Gorbachov, y había pasado noche tras noche en discusiones políticas tratando de defender al secretario general ante sus amigos. «Eso ya se acabó. Basta —me dijo—. Terminé con Gorbachov. Uno no puede dejarse engañar tantas veces.»

Yuri Afanasyev subió a una plataforma e informó a la gente de que marcharían hasta los edificios del Comité Central, la sede del Partido en la plaza Vieja. «Las matanzas de Vilnius son obra de una dictadura de círculos reaccionarios: los generales, el KGB, el complejo industrial-militar y los dirigentes del Partido Comunista —le dijo al pequeño grupo—. Y a la

cabeza de esa dictadura del Partido está el iniciador de la *perestroika*, Mijail Sergeyevich Gorbachov.»

Marchamos por la calle Marx hasta el Comité Central, una serie de edificios tristes e imponentes a unos metros de la sede del KGB. Un grupo de policías ya había acordonado el área con vallas y filas de autobuses estacionados. Pero la muchedumbre no estaba de ánimo para obedecer y simplemente cruzó las barreras y se dirigió hacia la entrada de la sede del Partido Comunista. Un hombre pasó corriendo frente a los policías y plantó un crucifijo de casi dos metros de altura en la puerta de entrada. Durante un tiempo, la gente dirigió sus gritos hacia las ventanas del edificio y hacia el ocasional *apparatchik* que entraba en el recinto. Entonces los agentes de policía se reagruparon y detuvieron una vez más a los manifestantes. Una nueva carga podría haber provocado un derramamiento de sangre. Stankevich y los otros líderes de Rusia Democrática se adelantaron y dijeron que era mejor dispersarse, «para volver a casa y pensar las cosas».

El fallido intento de golpe en Lituania lo cambió todo para los intelectuales que habían permanecido leales a la idea de un Partido Comunista reformado. Eran hombres de la generación de Gorbachov, la generación de *Noticias de Moscú*, y era el final de una esperanza que muchos de ellos habían mantenido desde el final de la guerra y el XX Congreso del Partido. Mientras los jóvenes reporteros de la *Nezavisimaya Gazeta* publicaban la historia del intento de golpe en Lituania como si fuera una prolongación lógica de los acontecimientos de los meses anteriores, los periodistas y redactores de *Noticias de Moscú* sufrieron de pronto una conversión ideológica. El baño de sangre en Vilnius les hizo perder toda fe en Gorbachov. Len Karpinsky, Yegor Yakovlev y una larga lista de *shestidesyatniki* que incluía a Vyacheslav Shostokovsky, de la Escuela Superior del Partido, y a Tengiz Abuladze, director de la película

Arrepentimiento, firmaron un editorial que apareció en la primera página de *Noticias de Moscú*. Decían que el régimen, ahora «en trance de muerte», había llevado a cabo un «acto criminal» en Lituania. «Después del domingo sangriento en Vilnius, ¿qué queda de los temas preferidos de nuestro presidente sobre un "socialismo con rostro humano", "una nueva forma de pensar" y "un hogar europeo común"? Prácticamente nada.»

Durante mucho tiempo, la mayoría de estos hombres y mujeres habían mantenido viva la esperanza en un socialismo humanizado. Se sentían a sus anchas con la idea de que fuera la estructura de poder tradicional —el Partido— la que mostrara el camino que seguir. Después de todo, ¿acaso no eran todos miembros de él? La idea de varios partidos era algo extranjero, burgués. La arrogancia de gente como Boris Yeltsin y Vytautas Landsbergis los hacía sentir incómodos. A Yegor Yakovlev, especialmente, nunca le había gustado Yeltsin, nunca le gustó la forma en que atacaba a Gorbachov o en que se comportaba. Ahora, la gente de *Noticias de Moscú* y su generación no tenían a quién acercarse, a no ser de aquellos a quienes Gorbachov había llamado, de forma venenosa, los «supuestos demócratas».

«La tragedia lituana no debe llenar nuestros corazones de desesperanza —continuaba el editorial—. Mientras nos oponemos a la embestida de la dictadura y del totalitarismo, estamos poniendo nuestras esperanzas en el liderazgo de otras repúblicas de la Unión.»

La gente de la *Nezavisimaya Gazeta* observó la conversión de *Noticias de Moscú* con piedad y condescendencia. «La verdad es que nunca pude entender por qué esa gente solo decidió desmarcarse cuando los tanques entraron a Vilnius —dijo Igor Zajarov—. Es como tratar de dilucidar por qué una mujer que odia a su marido durante veinte años, finalmente un día decide, tras un pequeño incidente, ponerse de pie, salir por la puerta y no volver nunca.»

Tal vez los jóvenes no lograran comprenderlo jamás. Los redactores de *Noticias de Moscú* hicieron un largo y doloroso velatorio por sus sueños e ilusiones perdidos. Poco tiempo después de los sucesos de Lituania, Yegor Yakovlev invitó a Karpinsky y a un reducido grupo de amigos a su apartamento para celebrar su sesenta cumpleaños. «Era una reunión de personas que no sabían qué decirse el uno al otro —me dijo Vladimir, hijo de Yakovlev y director del periódico de negocios *Kommersant*—. La energía que tenían se había esfumado, y el mundo que los rodeaba ya no era su mundo. Y, lo más importante de todo, no sabían cómo conectarse con este mundo. Es como lo que se observa en las reuniones en Rusia cuarenta días después de que haya muerto una persona. Ya nadie llora, pero nadie sabe qué decir. Estas fiestas de cumpleaños siempre habían sido una gran celebración. Ahora solo era silencio, un completo fracaso.»

Mientras los periódicos protagonizaban su propio drama generacional, la lucha más violenta era la guerra por la televisión. Resultaba perfectamente adecuado que el escenario de la violencia vivida en Vilnius hubiese sido la torre de hormigón de la televisión en las afueras de la ciudad, porque esta revolución era efectivamente una batalla por la mente de cada persona en la Unión Soviética. «La imagen en la televisión lo es todo», había sentenciado Alexander Yakovlev, y lo sabían. El que los reaccionarios volviesen a apoderarse de la televisión representaría mucho más que una derrota simbólica para la democracia. Sería el comienzo del fin.

Cuando llegué a Vilnius una semana después de la matanza, jóvenes soldados del Ejército Rojo todavía acampaban alrededor de la torre. Hacían guardia como si se tratara de la propiedad más preciada en Lituania. Y puede que lo fuera. Los soldados llevaban fusiles AK-47 colgados al

hombro y lucían en el rostro una expresión tensa y atemorizada. Esos soldados eran todavía niños, de dieciocho, diecinueve y veinte años, muchos de los cuales no estaban al tanto de lo que había sucedido. Las tropas de asalto que habían llevado a cabo la operación ya habían sido evacuadas.

En una pendiente, más allá de las cadenas de hierro que rodeaban a la torre, un escultor lituano había tallado un Cristo de madera macilento y lloroso, que parecía salido de una pintura de Goya. La gente había hecho del lugar un santuario, rodeando al Cristo de velas y flores. Los adolescentes iban a la colina y se sentaban a escuchar canciones populares lituanas mientras mantenían la vista clavada en el pálido cielo invernal.

A unos kilómetros del camino, miles de lituanos a favor de la independencia habían rodeado el edificio del Parlamento con barricadas improvisadas, como para resguardarse del próximo asalto. Habían utilizado grandes bloques de cemento, chatarra, bolsas de arena, autobuses y tranvías. Fuera del edificio, la gente estaba sentada a la intemperie; grupos de personas sentadas en círculo se calentaban las manos junto a las llamas de los bidones de aceite que ardían. Uno de los hombres había armado su propia fogata con una docena de ejemplares de *La historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*. A lo largo de la valla de alambre de púas que impedía el acceso a la entrada del Parlamento, la gente había arrojado los símbolos de su furia: ametralladoras de plástico, pistolas de agua o acuarelas de los tanques pintadas por escolares; había retratos de Gorbachov con cara de asesino, de Gorbachov besando en los labios a Stalin, de Gorbachov empujando a los lituanos dentro de una máquina para picar carne. Algunos habían ensartado sus carnets rojos del Partido en las púas de los alambres, lo que daba a la alambrada un aspecto otoñal de hojarasca. En el interior del edificio del Parlamento, todos esperaban el

próximo movimiento. ¿Qué les impedía protagonizar otro asalto como el de la torre de televisión? Landsbergis permaneció en su despacho y dormía unas horas por la noche en su sillón. Se negaba a regresar a casa por temor a un secuestro o algo peor. Jóvenes que habían desertado del Ejército Rojo montaban guardia. Llevaban viejos fusiles de caza, cuchillos oxidados y el tipo de pesados revólveres que uno veía en las películas de vaqueros de Hollywood. Arriba, en la oficina de prensa, jóvenes voluntarios enviaban información vía fax y télex a las oficinas de prensa de todo el mundo: boletines, solicitudes de ayuda, declaraciones oficiales del presidente. Los televisores funcionaban todo el día. Por la mañana veíamos el canal British Sky y la CNN para captar las imágenes que recibía el mundo, y por la tarde poníamos *Vremya* para conocer la línea de propaganda oficial de Moscú. Los lituanos se desesperaron cuando en los canales occidentales las noticias sobre el golfo Pérsico desplazaron su propia crisis. Los rumores que circulaban dentro del edificio tenían a todo el mundo con los nervios de punta: «Esta noche sí». «Mañana por la mañana entran en Letonia.» «Están desarmando el techo para que los helicópteros no puedan aterrizar.» Lituania estaba al borde de un colapso nervioso, pero ya no se podía retroceder.

«¿Por qué no habríamos de ganar?», dijo Landsbergis.

Al principio hubo algunos intentos heroicos en Moscú por burlar la censura y dar a conocer las noticias. El programa nocturno *Servicio de noticias de la televisión* (*TSN*) divulgó imágenes de soldados golpeando a los lituanos cerca de la torre, y el de Leningrado *La quinta rueda* también transmitió imágenes de las palizas y de la matanza.

Pero, en el Kremlin, el nuevo zar de la televisión, el temible mercenario

Leonid Kravchenko, rápidamente suprimió cualquier información acerca de Lituania. En su condición de jefe de Gostelerradio, el enorme aparato burocrático que gestionaba la televisión central y la radio, Kravchenko eliminó prácticamente todos los programas que se habían atrevido a divulgar noticias de forma independiente. Fue así como Kravchenko prohibió *Vzglyad* («Panorama»), el más heroico de los programas de la *glasnost*; censuró los reportajes de *TSN*; eliminó la chispa de independencia que *Vremya* comenzaba a mostrar e hizo retroceder el programa a los días de gloria de la era de Brezhnev.

Una tarde, en los pasillos del Soviet Supremo, un reportero le preguntó a Kravchenko cuál era el objetivo de sus transmisiones.

—A la objetividad —respondió Kravchenko.

—¿Y quién decide lo que es objetivo?

—Yo lo decido —fueron sus palabras.

Kravchenko afirmó que la televisión central debía reflejar la visión del presidente y no atacarlo. «La televisión estatal no tiene derecho a criticar a los altos mandos del país», declaró a la *Nezavisimaya Gazeta*. Lo que reemplazó a muchos de los programas censurados fue algo aún más insidioso y cínico. Del mismo modo que el Partido había utilizado al sanador por la fe, Anatoly Kashpirovsky, para aliviar a un país sufridor, ahora inundaron las pantallas con otro tipo de basura. *Campo de milagros*, una grotesca imitación del programa estadounidense *La rueda de la fortuna*, se convirtió en la nueva sensación. Los concursantes se peleaban para ganar maravillas como un anillo de diamantes falso o una caja de detergente Tide. Kravchenko transmitió imágenes de luchadores profesionales, las entrevistas de Geraldo Rivera a travestís enanos, la miniserie *La muerte de Elvis*, dudosos documentales sobre la Segunda Guerra Mundial y una telenovela checoslovaca, *Hospital en las afueras de la ciudad*. Kravchenko

estaba dispuesto a entregarles a las masas cualquier tipo de opiáceo. El día posterior a la masacre de Vilnius, mientras a lo largo del país la gente organizaba marchas solemnes en honor a los caídos, Kravchenko puso en antena *El Show de Alexander*, un programa de variedades tan sórdido que hasta Wayne Newton se hubiese ruborizado.

En el editorial de la primera página, los directores de *Noticias de Moscú* y sus seguidores se hicieron eco del ensayo de Solzhenitsyn («Vivir sin mentira») e hicieron un llamamiento a sus colegas: «Apelamos a todos los reporteros y periodistas: si no tienen el coraje o la oportunidad para decir la verdad, por lo menos absténganse de mentir. Las mentiras ya no engañarán a nadie. Hoy han sido puestas en evidencia».

Pero, dado que los controles del Estado eran todavía relativamente férreos, a los periodistas de la televisión les costaba mucho más guiarse por su conciencia que a los reporteros gráficos. En TSN, Tatyana Mitkova mostró un vídeo con el ridículo testimonio acerca de lo ocurrido en Lituania que dio el ministro del Interior, Boris Pugo, ante el Soviet Supremo. La defensa hecha por Pugo de la operación en Vilnius era una mentira evidente. Cuando Mitkova regresó a la pantalla, dijo: «Desafortunadamente, esta es toda la información que *TSN* ha podido proporcionarles». Era lo máximo que esta mujer podía hacer.

En Kaunas, los productores de televisión lituanos instalaron un sistema de relevo para que las transmisiones pudiesen llegar a todos los estados bálticos, al sur de Finlandia y al este de Polonia. Cuando el jefe del Partido Comunista de Kaunas apareció en pantalla justificando el ataque, el presentador le clavó la mirada y le espetó: «Después de lo que ha sucedido en Vilnius, ¿cómo puede mirar a la gente a la cara?». El director de la cadena de televisión de Kaunas, Raimondas Sestakauskas, me dijo: «Mire, no tenemos tanques, no tenemos casi nada para ganar nuestra guerra de

independencia. Pero resistiremos, y la resistencia en este momento es una cuestión de fuerza de carácter... y de la televisión».

Por muy elocuente que hubiese sido el llamamiento de *Noticias de Moscú*, el Partido Comunista todavía creía que podía mentirle a la gente y salirse con la suya. El estafador designado era Alexander Nevzorov, el guerrero mediático de la derecha. Ex doble de películas, era el presentador de *600 segundos*, un programa muy popular en la televisión de Leningrado, cuyas principales atracciones eran las historias de crímenes «basadas en la realidad» y la propaganda al servicio de la Madre Patria. Al igual que su amigo, el coronel Alskins, Nevzorov era amante del cuero. Siempre llevaba puesta una chaqueta negra de cuero y una reluciente sonrisa de desprecio para hacerle juego. Como periodista, hacía las veces de Geraldo Rivera y de ministro de Propaganda; era un maestro de los más bajos instintos. Durante un par de años, *600 segundos* había sido una distracción casi inofensiva para sobrellevar tiempos difíciles, el equivalente soviético de unos cuantos minutos leyendo el *New York Post* o uno de los programas de «verdaderos policías» de la televisión estadounidense. Nevzorov se hizo muy popular introduciendo a su público, de alrededor de ochenta millones de personas, en el mundo del vicio y de la corrupción. Noche tras noche, a medida que el reloj en la parte inferior de la pantalla marcaba frenéticamente los segundos (600..., 599..., 598...,), Nevzorov mostraba imágenes de policías sacando cuerpos cosidos a balazos del río Neva, convencía a violadores y asesinos para que confesaran «en vivo», y exponía las frivolidades y los lujos secretos de la élite del Partido Comunista. Nevzorov estaba constantemente poniendo la cámara frente a la cara de algún codicioso *apparatchik* que había sido descubierto en transacciones ilícitas. «Probablemente soy el

responsable de los ataques al corazón de unos cuarenta *apparatchiks*», alardeó Nevzorov cuando lo visité en sus estudios de Leningrado.

A pesar de los ataques de Nevzorov contra el Partido, fueron pocos los que alguna vez lo tomaron por un defensor de la reforma liberal. Se describía a sí mismo como un monárquico, y en ocasiones vestía un uniforme militar de la era zarista que su novia le había confeccionado pacientemente. Se jactaba de sus excelentes relaciones con la policía, y especialmente con el KGB. «Tengo buenas relaciones con el KGB —me dijo Nevzorov—. Es algo natural. Ellos nos proporcionan ayuda valiosa y yo los tengo en alta estima ... Son incorruptibles y no se venden.» A medida que la contrarrevolución asomaba la cabeza, primero en los estados bálticos y luego en el resto del país, Nevzorov se transformó rápidamente en el rostro de la pantalla que simbolizaba a los aliados de Gorbachov en pro del imperio: el ejército y el KGB. Como dirían los semiólogos, era el signo de los tiempos.

Una noche, en Leningrado, *600 segundos* mostró en la pantalla a un concejal liberal peinando desesperadamente su calvicie. «¿Es esta la última esperanza de la ciudad?», gruñó la voz de Nevzorov. Luego, provistos de una minicámara, Nevzorov y su equipo irrumpieron en la sede del Movimiento de Resistencia Civil, una de las facciones más radicales del consistorio, como si se tratara del búnker de Hitler. «Este lugar es una pocilga», profirió Nevzorov. Luego, en un gesto que en Occidente le hubiera valido un juicio por difamación, mostró imágenes de archivo de una pila de fusiles y afirmó: «Es difícil imaginar la cantidad de armas que poseen estas personas». Jamás se pudo probar que las armas pertenecieran al movimiento. Pero era demasiado tarde. Había que pasar al siguiente capítulo. Hubo otras noches en que Nevzorov acusó a los concejales de Leningrado de no cumplir con el pago de sus pensiones alimenticias, de

deambular por las calles en estado de ebriedad y de estar involucrados en negocios ilícitos. Y en cuanto a Sobchak, Nevzorov precisó: «Su única política es la supervivencia a cualquier precio. Si los alemanes atacaran nuevamente Leningrado, comenzaría a estudiar alemán para mantenerse en el poder».

Después de años de declaraciones oficiales acerca de la cosecha de cereales, lecciones de polaco y películas de tercera categoría, puede que la televisión soviética necesitara a alguien como Nevzorov. Era un hombre belicoso, malicioso y de tremenda crudeza. Le proporcionó a un país ávido de emociones un truculento programa nocturno, y sus calumnias eran, de algún modo, fáciles o convenientes de ignorar. Incluso Sobchak trató de no dejarse afectar demasiado. «Nevzorov es un cowboy del periodismo venido del Salvaje Oeste y hace lo que puede para mantenerse en la montura»; esto fue lo peor que se le ocurrió decir al alcalde.

Pero lo que en algún momento no fue más que una sórdida forma de diversión, se transformó en el eje del viraje del Kremlin hacia la política autoritaria. A veces, era como si el papel que desempeñaba Nevzorov en el viraje a la derecha figurara justo bajo el ámbito ministerial. *Vremya*, por supuesto, trató de hacer lo que pudo para restañar la herida del baño de sangre en Lituania mediante una absurda versión según la cual el movimiento de independencia era el único responsable de la tragedia. Gorbachov se lavó las manos y declaró que solo se había enterado de la noticia cuando sus asistentes lo despertaron a la mañana siguiente. ¿Mentía? Era difícil decidir lo que era peor: decía la verdad y, por lo tanto, no tenía ningún control sobre el ejército o el KGB, o mentía y estaba a la cabeza del intento de golpe contra los lituanos. Más tarde, al preguntarle al anterior

consejero económico de Gorbachov, Nikolai Petrakov, si Gorbachov realmente desconocía los acontecimientos en Vilnius, me contestó sencillamente: «No sea ingenuo».

El Kremlin y Kravchenko sabían que necesitaban una nueva forma de relaciones públicas. Entra Nevzorov. Si *Vremya* era Lawrence Welk, Nevzorov era Ice-T, el artista hip-hop de la televisión soviética. No usaba los característicos trajes grises de los presentadores de *Vremya*. Era un hombre *cool*. Cuando mentía, su frente no se perlaba de gotas de sudor. Sus labios ni siquiera temblaban. Y obtenía fantásticas puntuaciones. Boris Gidaspov, jefe conservador del Partido Comunista en Leningrado, le informó a la ciudadanía de que «nuestro Sasha Nevzorov» pronto daría a conocer «la verdad objetiva» acerca de la situación en Lituania.

El día posterior a la matanza, Nevzorov y su equipo se apretujaron en un pequeño Lada y fueron a la carrera de Leningrado a Vilnius, donde rápidamente filmaron un corto de diez minutos. La producción de Nevzorov se tituló *Nashi* («Nuestro»). Lo que significaba «De nuestra gente», de los rusos. La idea consistía en mostrar que los militares eran los defensores de «lo nuestro» y que los lituanos no constituían más que un hatajo de revoltosos; no, ¡de traidores! Nevzorov llamó «fascistas» a los integrantes del gobierno proindependencia de Landsbergis. Los acusó de haberle «declarado la guerra» al Estado. En otras palabras, su mensaje era idéntico al de Gorbachov, idéntico al de *Vremya*. Pero fueron las imágenes las que causaron impacto. Con un fusil colgando del hombro y fragmentos de «Das Rheingold» tronando en la banda sonora, Nevzorov inspeccionó las feroces y resueltas caras de las tropas en el interior del centro de televisión. Eran los defensores de la fe, defensores de las sagradas ondas. Nos salvarían a todos de las hordas de desagradecidos profesores lituanos. ¿Acaso no comprendían lo que era un imperio? Y, en cuanto a los caídos, Nevzorov

también tenía una respuesta para eso. No fueron las balas de los soldados las que causaron las muertes; nadie murió aplastado por los tanques o a culatazos. No, habían sido víctimas de «accidentes automovilísticos» o de «ataques al corazón».

Lo extraño de *Nashi* es que Nevzorov jamás entrevistó a un solo lituano. Más tarde, en Leningrado le pregunté acerca de ello. «Podría haber mostrado banderas lituanas al viento —me dijo—, pero no lo hice.» ¿Por qué habría de hacerlo? Este era el show del ejército, y la producción, obra del KGB y del Partido Comunista.

El reportaje de Nevzorov y el respaldo que obtuvo de la cúpula dirigente del Kremlin fueron casi tan escalofriantes como la propia violencia en Vilnius. Era un presagio funesto. Con el respaldo de Lukyanov, el Soviet Supremo ordenó que el documental de Nevzorov fuera transmitido tres veces en la televisión nacional. El diario del Partido Comunista, *Pravda*, que durante años había sido objeto de mofa por parte de *600 segundos*, alabó a Nevzorov como un «profesional brillante ... un hombre intrépido». El periódico decía que la película de Nevzorov era una prueba convincente de que «la responsabilidad por la muerte de personas inocentes es obra del jefe "demócrata" lituano, Vytautas Landsbergis».

El reportaje hizo declinar un poco la popularidad de Nevzorov. Algunas personas con inclinaciones democráticas afirmaron que ahora les producía asco verlo. Pero esto le traía sin cuidado a Nevzorov. Su cubículo en los estudios de Leningrado se había transformado en la sede política de los reaccionarios locales. A diario, miembros de derechas del consejo municipal, policías retirados, y los cabecillas de organizaciones como Madre Patria y el Frente de los Trabajadores Unidos llenaban la habitación solo para verlo, para que sus quejas aparecieran en la pantalla (¡los judíos!, ¡Yeltsin!). Para que todos se sintieran en casa, Nevzorov decoró el despacho

con recuerdos de la era zarista, un chaleco antibalas y un cartel bolchevique del período de la guerra civil que había retocado con la siguiente leyenda: «¿Ha matado usted a un demócrata hoy?».

En las semanas que siguieron a lo sucedido en Vilnius, Nevzorov intensificó su campaña nacionalista mediante la producción de otras películas. En Riga, aplaudió la decisión de los Boinas Negras de irrumpir en la comisaría de policía local, incidente que dejó por lo menos cinco muertos. Promovió incansablemente la carrera del general Alksnis, quien ahora trataba de convencer a Gorbachov de que «terminara la labor que había iniciado» en Lituania.

El método de Nevzorov era sencillo: simplemente pretendía sembrar el terror entre su público, todo ello en aras de la Madre Patria. Advirtió de que si los estados bálticos lograban la independencia, Leningrado se llenaría de cientos de miles de refugiados. «Habrá campamentos por doquier, hambruna, incidentes, muertes.» Los que lo apoyaban eran «los nuestros»; los que estaban contra él, «basura radical».

Nevzorov se declaraba un hombre independiente, pero al mismo tiempo cantaba alegremente las alabanzas del KGB y del ejército, «las únicas instituciones que mantienen unido al país». El periódico local *Chas Pik* («Hora Punta») informó de que el «Comité Público para la Defensa y la Protección del Programa de Televisión *600 segundos*» incluía a ocho directores de enormes fábricas de armamento y a jefes del complejo industrial-militar local. Nevzorov se jactaba de un rifle de caza que le había obsequiado el ministro de Defensa, Dmitri Yazov, y contaba que su abuelo había sido oficial del KGB en Lituania. «Dicen que soy el vivo retrato de mi abuelo. Fue un héroe, cayó herido muchas veces en aras del deber. Esto representa un motivo de orgullo para mí —señaló Nevzorov—. El KGB es un estupendo grupo de tipos.»

Nevzorov afirmó que su alianza con Gorbachov probablemente no representaba más que una «coincidencia de posturas» temporal. Se sentía más identificado con los hombres que llevaban las armas, con los soldados que «encarnaban los ideales de Pedro el Grande y Alexander Nevsky. Estos son nuestros grandes defensores rusos. Mire, el país está sumido en el caos. Es mejor traer los tanques ahora, cuando lo que está en juego no son cientos ni miles de muertos ... Un golpe militar, una dictadura militar; estarán entre nosotros por un tiempo. Es lógico. Si no existen fuerzas saludables en la sociedad y todo avanza en dirección al caos, entonces es natural que el poder quede en manos de una estructura que pueda mantener la autoridad y el orden».

Nevzorov me señaló que encontraba «patéticas y ridículas» mis preguntas sobre la televisión. Afirmó ser un hombre pragmático. «La televisión y los periódicos son armas —indicó— Sirven para lavarle el cerebro a la gente. Un periodista siempre está al servicio de alguien. Yo sirvo a mi patria, a la Madre Rusia. *La quinta rueda* es propaganda sofisticada contra el Estado y el orden. Yo no tengo problemas con la censura. Si el jefe de la televisión de Leningrado me llama y me dice que haga esto o lo otro, yo simplemente le contesto: "Váyase al cuerno".»

Y con estas palabras salió resueltamente de su despacho para proseguir su lucha por la Madre Patria. De camino a la salida me detuve en las oficinas de *La quinta rueda*, donde todos trataban de encontrar la forma de combatir a la censura y minar los programas de Nevzorov. Ya nada parecía dar resultado y estaban desesperados. Viktor Pravdiuk, uno de los principales reporteros, me dijo: «Todavía no han logrado estrangularnos, pero sus dedos aprietan cada vez más nuestra garganta».

26

La línea general

¡Que el dios de la historia me favorezca!

STALIN, 1920

A medida que transcurría el año 1991, la furia de los partidarios de la línea dura iba en aumento semana tras semana; cada victoria obtenida se traducía en demandas aún más descaradas. Lo que sucedía no era ningún misterio. En reuniones públicas y privadas, Gorbachov oía los destemplados gritos de los generales, del complejo industrial-militar, del aparato del Partido Comunista y del KGB. Exigieron que se deshiciera de sus consejeros reformistas, y así lo hizo. Lo culparon de la «pérdida» de Europa oriental, de los «triunfos» de Alemania y de Estados Unidos, de la «ruina» de la Unión Soviética y del Partido Comunista, y de la «degradación» de las fuerzas armadas. El jefe del KGB, Vladimir Kryuchkov, pronunció discursos en los que declaró que la *perestroika* se había convertido en una hoja de ruta para la destrucción de la URSS, planes que eran tan antisoviéticos como los más oscuros designios de la CIA. En una reunión

con Richard Nixon celebrada en Moscú, Kryuchkov dijo: «Nos han dado toda la democracia que podemos tragar».

El aire olía a rancio, había una sensación de pánico, miedo a que se repitiera el pasado. La primavera de Moscú de 1988 se había desvanecido. En privado, Alexander Yakovlev les decía a sus amigos que pronto habrían de encontrarse en Siberia, «ante algún paredón». Puede que hubiese algo de verdad en sus palabras. Incluso la prensa publicó rumores de que el KGB había ordenado la «reconstrucción» de los campos de trabajos forzosos en Siberia oriental.

Gorbachov predicaba la calma, pero se le veía atemorizado. Ese invierno, en una sesión del congreso, me crucé con él subiendo un corto tramo de escaleras, y en la forma rápida y absurda en que se dan este tipo de encuentros, le espeté: «Mijail Sergeyevich, dicen que ahora muestra inclinación por la derecha».

Gorbachov se detuvo y me clavó la mirada. Su boca se torció en un rictus de ironía. «La verdad —me dijo—, siento que estoy dando vueltas en círculo.» Esa era la explicación traviesa de un colegial confuso. Pero, en boca de Gorbachov, era triste oír esas palabras. ¿Cuánto más estaba dispuesto a ceder para contentar a esa gente? Es posible que Gorbachov creyera que al hacer concesiones a los partidarios de la línea dura estaba ganando tiempo, pero la verdad es que se estaba arruinando para siempre. Cuanto más atacaba a Yeltsin y a Landsbergis, más se convertían en objetos de culto. El hombre que había logrado el dominio de sí mismo y de las tácticas del Partido Comunista, ahora se mostraba incapaz de manejar la nueva política cuya creación había impulsado. Las concesiones hechas por Gorbachov, su lenguaje, lo traicionaron. Un gran hombre se mostraba ahora débil y confuso. Ahí estaba, en la televisión, vociferando contra los «supuestos demócratas» que recibían órdenes de «centros de investigación

extranjeros». ¿Qué nuevo infierno era este? Yeltsin acusaba a Gorbachov de traicionar al pueblo, ¿y quién defendería ahora a Mijail Sergeyevich?

Por su parte, los generales tenían una confianza tan ilimitada en su poder y en el devenir de los acontecimientos, que estaban finalmente listos para hacer retroceder la historia. Consolidarían una versión «equilibrada» del pasado y rescatarían a la historia de las manos de los historiadores. Los partidarios de la línea dura incluso tenían un nuevo icono. El coronel Alksnis, Ligachov y conservadores de todas las corrientes escribieron artículos y concedieron entrevistas ensalzando al anterior jefe del KGB y ex secretario general Yuri Andropov por haber previsto la necesidad de una reforma tecnocrática y la modernización de la economía. Andropov, declaraban todos ellos, había sido un hombre estable, que nunca había desafiado los principios del socialismo o del Estado.

Diseñar una nueva ortodoxia histórica no sería tarea fácil para los partidarios de la línea dura. Hacía tiempo que el debate acerca de la historia soviética había traspasado los límites fijados por Gorbachov en 1987. Todos los gobernantes, no solamente Stalin, estaban ahora siendo cuestionados. La prohibición de criticar a Lenin se había debilitado tanto que incluso hombres conservadores como Ligachov se veían obligados a reconocer, con la gravedad de una revelación súbita, que «Vladimir Ilyich fue tan solo un hombre, no un dios». Incluso Jruschov y Bujarin ya no eran presentados como «alternativas».

En las manifestaciones callejeras, sin embargo, había letreros que pedían el enjuiciamiento del Partido y del KGB. Los lemas del antiguo orden fueron reemplazados por una nueva ironía y por un sentido de arrepentimiento. TRABAJADORES DEL MUNDO, PERDONADNOS, rezaba un cartel. Los intelectuales liberales ya no discutían si la historia de setenta años había sido un desastre; ahora la polémica se centraba en las raíces del

desastre. Igor Klyamkin, un economista sobresaliente, culpó a Lenin de haber impuesto la tónica del poder soviético con el Terror Rojo y los primeros campos de trabajos forzosos. Alexander Tsipko, un ex funcionario del Comité Central, insistía en que la causa era el marxismo.

De todos los grandes acontecimientos de la historia soviética desde 1917, aquel que fue preservado durante más tiempo como una victoria indudable del régimen fue la Gran Guerra Patriótica contra la Alemania nazi. Ni siquiera la Revolución ocupaba un lugar tan preponderante en el alma colectiva del pueblo soviético.

Los desfiles militares para celebrar la victoria del 9 de mayo no representaban más que un elemento aislado del culto a la guerra. Incluso a mediados de los años ochenta, se podía encender el televisor un día cualquiera y era más que probable que un grupo de veteranos, ancianos y cargados de condecoraciones y galones militares, se encontraran dando una charla a un grupo de escolares con una estudiada expresión de interés. La guerra era la piedra de toque, la razón de ser del régimen. Cuando Gorbachov proclamó su lealtad al socialismo, a principios de 1991, dijo que sus abuelos habían sido efectivamente perseguidos, pero ¿cómo traicionar la memoria de su padre, que había luchado valientemente en el Dniéper y que fue herido en Checoslovaquia? Gorbachov recordó el viaje en tren que hiciera en 1950 desde Stavropol hasta Moscú y las imágenes, vistas por la ventanilla, de kilómetros y más kilómetros de devastación y miseria. Si ahora dejaba de lado los principios del socialismo, se preguntaba Gorbachov, ¿no estaría traicionando la memoria de los veintisiete millones de ciudadanos soviéticos muertos durante la guerra?

Para los partidarios de la línea dura, el culto a la guerra conllevaba un

significado aún más profundo. La victoria en la guerra servía para legitimar las brutales campañas de colectivización e industrialización que la precedieron. Aunque estos hombres ya no rendían culto a Stalin, al menos no públicamente, su visión de la historia era decididamente estalinista. En los libros de texto y en la televisión, los propagandistas del Partido presentaban la guerra como prueba de la fuerza definitiva del sistema (¡el sistema que salvó al mundo!). Por supuesto que hubo excesos, me dijo alguna vez la escritora de panfletos estalinistas Nina Andreyeva, pero sin la colectivización «habríamos muerto de hambre durante la guerra» y sin industrialización, «¿de dónde habríamos sacado los tanques?».

Todavía en el año 1991, el alto mando militar mantenía la costumbre de patrocinar las historias oficiales, y pocos proyectos eran más importantes para la jerarquía que escribir una nueva historia de la guerra. Esta sería la tercera historia oficial de la Gran Guerra Patriótica desde la muerte de Stalin. Pero el Ministerio de Defensa, a cargo del proyecto, sabía muy bien que esta vez, tras varios años de la *glasnost*, era impensable redactar una historia completamente falseada. El proyecto a cargo de un comité, tendría que abordar el Pacto Molotov-Ribbentrop y la purga del cuerpo de oficiales a finales de los años treinta. La nueva historia oficial tendría que responder por qué los nazis pudieron invadir con tanta facilidad la Unión Soviética en junio de 1941.

El hombre a cargo del primer volumen, provisionalmente titulado *En vísperas de la guerra*, era el general Dmitri Antonovich Volkogonov. Tanto el mariscal Dmitri Yazov, ministro de Defensa, como el mariscal Sergei Ajromeyev, principal consejero militar de Gorbachov, el general Valentin Varennikov, comandante de las fuerzas terrestres, y los demás partidarios de la línea dura en el mando del ejército, aceptaron a Volkogonov como editor, sabiendo que este no les entregaría un refrito de las antiguas historias de la

guerra. Su biografía sobre Stalin, *Triunfo y tragedia*, publicada con el apoyo del gobierno de Gorbachov en 1988, era el primer estudio objetivo escrito por un no disidente. Como director del principal instituto de historia del ejército, tenía acceso a los principales archivos del Partido, del KGB y de los militares, cuando estos le estaban vedados a casi todo el mundo. Era el hombre indicado para el trabajo. Esa gente estaba preparada para una versión de la historia más crítica que las que fueron publicadas bajo Jruschov y Brezhnev. Pero no estaban preparados para lo que recibieron.

A finales de 1990, el equipo de Volkogonov entregó un borrador que evaluaba con serenidad la maldad relativa de Stalin y de Hitler y que describía con detalle el «sistema de mando represivo» que ejecutó, bajo las órdenes directas de Stalin, la matanza de miles de oficiales antes de la guerra. El borrador exploraba las raíces del Gran Terror bajo Stalin y sus orígenes en el Terror Rojo que siguió a la revolución. Mostraba como las negociaciones de Stalin con los nazis permitieron a Moscú anexionarse los estados bálticos y otros territorios clave. Pero lo peor para los partidarios de la línea dura fue que el borrador de Volkogonov concluía que la Unión Soviética había ganado la guerra «por casualidad», a pesar de Stalin y no gracias a él. Con esto se llegaba a la conclusión de que quizá la muerte de veintisiete millones de soviéticos había sido en vano, que la victoria de la Unión Soviética representaba la victoria de un régimen brutal sobre otro.

El ministro de Defensa envió copias del borrador a una serie de «entendidos»: generales, almirantes, funcionarios del Partido Comunista y los directores de los principales institutos. La reacción fue rápida y violenta. Ajromeyev concedió una entrevista a la reaccionaria *Revista Histórica Militar* en que acusaba a Volkogonov de actuar como un «traidor». «Si Volkogonov hubiese conseguido publicar su trabajo con las falsedades que se aprecian en el primer volumen, hubiese causado un daño enorme, y no

solo a la historia —señaló Ajromeyev—. Las mentiras acerca de la guerra hubiesen sido utilizadas para minar la integridad de nuestro país y de la vía socialista, y para la difamación constante del Partido Comunista. Esto no lo podíamos permitir.» Volkogonov, añadió, era un traidor anticomunista que servía a un solo amo, el igualmente anticomunista presidente ruso, Boris Yeltsin.

Las denuncias no habían hecho sino comenzar. El 7 de marzo, en una elegante sala de reuniones en el Ministerio de Defensa, cincuenta y siete generales, funcionarios del Comité Central y académicos oficiales se reunieron para comentar el trabajo de Volkogonov. El presidente del comité editorial, el general A. F. Kochetov, abrió la sesión recordándoles a los presentes que «cuando se discutió el esquema original de este trabajo en diez volúmenes, todos estuvieron de acuerdo con la idea de que la fuerza impulsora [de la victoria] fue el pueblo soviético, el ejército del pueblo, los trabajadores, todos bajo la guía del Partido. Pero hoy, obedeciendo a intereses del momento, todos insultan y culpan al Partido. Ahora, de pronto se quiere culpar al pueblo ... Varios de los críticos me han formulado esta pregunta: "Si las cosas estaban tan mal antes de la guerra, ¿por qué ganamos?"».

Kochetov señaló, incrédulo, que en el libro había una comparación implícita (e intolerable) del socialismo con el fascismo. Dijo que algunos críticos habían protestado por que, al discutir los orígenes del sistema que llevó a la guerra, Volkogonov hubiera traicionado las intenciones del volumen. Dijo asimismo que otros críticos habían puesto objeciones a los títulos de algunos capítulos, tales como «El régimen político se vuelve más represivo» y «La militarización de la vida espiritual».

Luego Kochetov abrió la sesión a una «discusión general»; una invitación a cortar cabezas. El general Mijail Moiseyev, jefe del Estado Mayor, atacó a Volkogonov diciendo que solo buscaba inspirar a «las fuerzas destructivas de hoy», en referencia a Yeltsin y a los activistas a favor de la independencia de las repúblicas.

«¡Hay que defender al ejército!», se oyó en la sala.

Más adelante, Valentin Falin, jefe del departamento internacional del Comité Central, tomó la palabra. «Hay que señalar las insuficiencias de este volumen, sus miles de errores —dijo—. ¡Nunca en treinta o cuarenta años había visto algo tan aberrante ... me niego a utilizar fondos del gobierno en semejante proyecto!»

Volkogonov palideció. Se había distanciado de esos hombres, pero solo ahora comprendía cuán grande era la brecha que los separaba. Después de más de una hora de oír denuncias, finalmente pidió la palabra.

«¡Respetados camaradas! —comenzó Volkogonov—. Mi voz en esta sala será sin duda una voz solitaria. No es probable que en este lugar se dé una discusión erudita. Este es un tribunal donde se juzga a la erudición, donde se juzga a la historia, un tribunal donde se juzga a un gran número de escritores. En vez de analizar el asunto, solo oigo críticas desenfrenadas ... En este ambiente que se ha creado aquí, no puedo escribir una nueva versión de la historia. Escribir tan solo acerca de la victoria de 1945 implica decir tonterías acerca de 1941, acerca de cuatro millones de prisioneros, acerca de la retirada hasta el Volga. Es imposible reducir la historia a la política.»

Volkogonov acababa de comenzar, pero Varennikov, uno de los generales más reaccionarios de la jerarquía del Ministerio de Defensa, lo interrumpió vociferando: «¡Sugiero que se le niegue la palabra!».

Volkogonov se negó a dar el brazo a torcer.

«No soy menos patriota que Falin y amo a la Madre Patria tanto como él —exclamó—. Pero no podéis cambiar las consecuencias de la historia. Estoy de acuerdo con aquellos que señalan que hay muchos errores en el volumen ... Pero discutámoslos, abramos un debate. Ofreceremos nuestro punto de vista. Pero no, el camarada Falin y otros no son capaces de entablar un debate erudito, prefieren lanzar acusaciones de falta de patriotismo.»

«¡Ya es suficiente»!, exclamó un general.

Procedente de alguna parte de la sala se oyó un grito: «¡Háganlo callar!».

Volkogonov continuó hablando, argumentando que, a menos que el libro y la gente de la Unión Soviética afronten toda la crueldad y miseria que habían precedido a la guerra, no habría un conocimiento cabal de lo sucedido tras los compases iniciales de la invasión nazi.

«¿De qué otro modo podemos explicar la purga de cuarenta y tres mil oficiales y funcionarios del ejército? —señaló—. ¿Y qué hay de las otras víctimas? No necesitamos un patriotismo ciego. ¡Necesitamos la verdad! ... Mi voz se alza solitaria en esta sala, pero quiero ver lo que dirán de todo esto dentro de diez años.»

El presidente del comité lo miraba horrorizado. Se sentía personalmente ofendido.

Finalmente, la sala entera se volcó contra Volkogonov y los generales lo mandaron callar. Pero el ritual no había terminado. Dos horas y media después de iniciada la sesión, hizo su entrada el mariscal Yazov, el ministro de Defensa. Yazov, con su cara abultada y nariz bulbosa, no era un hombre que se caracterizara por su inteligencia. Cuando llegó el momento de nombrar a un nuevo ministro de Defensa después de que el joven alemán Mathias Rust aterrizara con una avioneta en medio de la Plaza Roja en 1987, Gorbachov buscó en el extremo inferior del escalafón y encontró a

Yazov, jefe de operaciones militares en el Lejano Oriente. El hombre tenía fama de mediocre. Pero de eso justamente se trataba. Gorbachov necesitaba a un hombre sin una pizca de astucia, a un amigo leal.

Pero eso fue años atrás, y ahora, con los conservadores a la cabeza de una contrarrevolución contra las reformas radicales, Yazov mostraba su fuerza. Sentía un profundo desprecio por el curso que había tomado la *perestroika*. Cientos de miles de jóvenes de los estados bálticos, del Cáucaso y de otras regiones estaban ignorando el llamamiento a filas. Gorbachov estaba disminuyendo el número de tropas y los liberales pedían reducciones incluso más drásticas. Entretanto, los oficiales que habían regresado de Europa oriental y de Alemania vivían en dormitorios repletos e incluso en carpas.

Yazov se dirigió rápidamente al grupo, y no había duda de que lo que provocaba su ira era mucho más que un mero borrador o un general de tres estrellas llamado Volkogonov. A su juicio, la batalla acerca del libro representaba nada menos que la batalla total por el poder en la Unión Soviética.

«Ahora el objetivo de los demócratas es preparar y llevar a cabo un Nuremberg II contra el Partido Comunista —dijo Yazov—. El volumen ofrece argumentos a la acusación en caso de celebrarse un juicio de esta índole.»

«Este libro se basa en una difamación del Partido», agregó Varennikov.

«En esta sala —prosiguió Yazov— creo que todos somos comunistas. Y los comunistas no pueden escupir sobre su Partido.»

Todo había acabado. Volkogonov fue apartado del Comité Editorial y su borrador «fue entregado a la comisión para una profunda reelaboración». Otra victoria para la coalición de la línea dura. Cinco meses más tarde, en

agosto, Yazov, Varennikov y Moiseyev irían aún más lejos y protagonizarían un golpe de Estado.

Conocí a Volkogonov en 1988, cuando todavía integraba el rebaño oficial y estaba a punto de publicar su biografía, *Stalin: Triunfo y tragedia* (la traducción al inglés no apareció hasta 1991). Los publicistas del Ministerio de Asuntos Exteriores lo promovían como su «historiador», lo que causó sospechas de inmediato. Para la *intelligentsia* liberal de Moscú y de Leningrado, Volkogonov no representaba una elección acertada. Había publicado docenas de libros y monografías sobre ideología militar, y en ninguno de sus trabajos se vislumbraba señal alguna de independencia, rigor o pensamiento crítico. Era un hombre que había seguido las reglas del juego; si albergaba pensamientos disidentes no los había plasmado en sus escritos.

Pero en una reunión con periodistas en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Volkogonov causó una fuerte impresión. Habló sin fanfarronería ni eufemismos. Conocía los principales trabajos sobre Stalin escritos en Occidente, e hizo referencias detalladas y llenas de admiración a numerosos libros, especialmente a la biografía de varios volúmenes que Robert C. Tucker estaba escribiendo en ese momento. Como una forma de defenderse de los historiadores oficiales del Partido que criticaban su utilización de fuentes extranjeras, Volkogonov escribió en la introducción: «Sin percatarse de ello, Stalin hizo mucho más por manchar el nombre del “socialismo” que cualquier libro de Leonard Schapiro, Isaac Deutscher, Robert Tucker o Robert Conquest». Claramente, Volkogonov tenía pleno acceso a los *spetsjran*, los «estantes especiales» de las bibliotecas soviéticas donde se guardaban los libros prohibidos. En su bibliografía, cita libros que hasta la

era de la *glasnost* estaban fuera del alcance del ciudadano soviético común: la biografía de Stalin escrita por Adam Ulam, la biografía de Deutscher sobre Trotsky, *Rusia bajo el Antiguo Régimen* de Richard Pipes, *Conversaciones con Stalin*, de Milovan Djilas, y las memorias de la hija de Stalin, Svetlana Alliluyeva. Además, Volkogonov leía y hacía referencia a trabajos de los enemigos de Stalin, hombres a quienes este había vencido y ejecutado: Bujarin, Rykov, Kamenev, Zinoviev o Tomsky.

Habría bastado que Volkogonov plagiara las biografías de Stalin escritas en Occidente y que el resultado apareciera con su nombre en la Unión Soviética para que el libro hubiese obtenido cierta fama. La sola idea de que un general del Ejército Rojo pusiera al descubierto los terribles acontecimientos de la era de Stalin hubiera representado un gran paso adelante en el intento de la Unión Soviética por recuperar su memoria histórica. Pero hizo mucho más que eso. Volkogonov será recordado no tanto como un gran pensador o escritor, sino más bien por su forma de abordar los temas, por el modo en que utilizó con erudición su postura política. Solo Volkogonov podía tener acceso a los documentos del régimen totalitario, y recorrió todos los lugares: los archivos centrales del Partido, los archivos de la Corte Suprema de la URSS, los archivos del ejército, los archivos del Ministerio de Defensa, los archivos del Estado Mayor de las fuerzas armadas y los archivos de varios museos e institutos importantes, incluido el Instituto de Marxismo-Leninismo.

En esos estantes, Volkogonov no pudo encontrar respuestas concluyentes a enigmas históricos todavía sin resolver. Por ejemplo, no encontró «una pistola humeante» en el asesinato en 1934 del jefe del Partido de Leningrado, Sergei Kirov. Casi todos los estudiosos occidentales dan por sentado, basándose en pruebas sólidas, que Stalin ordenó el asesinato de Kirov para eliminar una potencial amenaza política y para preparar el

escenario con vistas al Gran Terror. Volkogonov pensaba lo mismo y escribió: «Los archivos que he examinado no ofrecen información adicional para un juicio definitivo sobre el asunto Kirov. Lo que queda claro, sin embargo, es que el asesinato no fue ejecutado por orden de Trotsky, de Zinoviev o de Kamenev, lo que pronto se convirtió en la versión oficial. Sabiendo lo que sabemos de Stalin, es indudable que participó en el asunto. La eliminación de varios testigos indirectos es un hecho que lleva su impronta».

Si bien *Triunfo y tragedia* no significó grandes progresos, si bien no «resolvió» el enigma de los motivos de Stalin ni representó la condena definitiva de las actividades represivas de la era, en modo alguno puede considerarse que el libro fuera un fracaso. Al sacar a la luz extractos de cientos de informes, telegramas y órdenes a los que los estudiosos nunca habían tenido acceso, Volkogonov le permitió al lector un contacto íntimo con el déspota soviético; *Triunfo y tragedia* le dio una nueva textura, afable y escalofriante al mismo tiempo, a nuestro conocimiento de uno de los peores episodios de la historia de la humanidad.

En su descripción de Stalin, Volkogonov demostró ser más crítico de lo que muchos de sus críticos liberales hubiesen podido esperar. *Triunfo y tragedia* mostraba que Stalin había sido un cobarde, un miserable comandante en jefe durante la guerra, «un hombre mediocre pero no insignificante», como dijera Trotsky alguna vez. Volkogonov proporcionó concluyentes pruebas documentales de que Stalin, usando lápices azules o rojos, ordenó personalmente la muerte de miles de personas con la misma naturalidad de un hombre que pide un trago en un bar.

«Según I. D. Perfilyev, un viejo bolchevique que había pasado muchos años en un campo de concentración y que me contó la historia, un día, en compañía de Molotov, cuando discutían una lista de rutinas con [el jefe de

la policía secreta Nikolai] Yezhov, Stalin murmuró sin dirigirse a nadie en particular: “¿Quién recordará todo esto dentro de diez o veinte años? Nadie. ¿Quién recuerda los nombres de los boyardos que eliminó Ivan el Terrible? Nadie ... La gente debía de saber que se deshacía de todos sus enemigos. Al final, cada uno obtuvo lo que merecía”.

»“La gente lo comprende, Iosif Vissarionovich, lo comprenden y lo apoyan”, replicó Molotov al instante.»

En Moscú, llegué a conocer bastante bien a Volkogonov, primero en su encarnación de historiador militar, luego como desterrado político y, finalmente, como diputado radical del Parlamento ruso en 1990 y asesor del presidente Boris Yeltsin. Incluso en los primeros años, cuando debía andarse como sumo cuidado en cuanto a la forma y a las personas con las que hablaba de su trabajo, Volkogonov nunca ocultó la conmoción que le habían supuesto sus investigaciones en los archivos.

«Volvía a mi casa profundamente turbado después de haber estado trabajando en los archivos de Stalin —me dijo Volkogonov—. Recuerdo mi regreso a casa después de haber leído el recuento del día 12 de diciembre de 1938. Ese día firmó treinta listas de condenas a muerte; en total, alrededor de cinco mil personas, entre ellas gente que conocía personalmente, amigos suyos. Esto, por supuesto, antes de que fueran sometidos a juicio. No fue una sorpresa. No fue lo que me conmocionó. Pero resulta que, después de haber firmado esos documentos, esa noche fue a su cine privado y vio dos películas, incluida *Tipos felices*, una comedia popular en esos días. Yo simplemente no lograba comprender cómo, después de haber decidido la suerte de miles de vidas, podía disfrutar de una película como esa. Pero estaba comenzando a vislumbrar que la moral no significa nada para los dictadores. Comprendí entonces por qué mi padre fue fusilado, por qué mi madre murió en el exilio y por qué murieron millones de personas.»

Volkogonov nació en la ciudad siberiana de Chita, en 1928, y luego se trasladó a la costa pacífica de Rusia. Su padre era especialista agrario y su madre se ocupaba de los tres hijos. En 1937, en el apogeo de las purgas, Anton Volkogonov tuvo que comparecer ante el comité local del Partido, donde fue arrestado por el delito de poseer material impreso de «dudoso origen político» (un panfleto escrito por el «desviacionista de derechas» Nikolai Bujarin). Nadie volvió a ver al padre de Volkogonov. «Simplemente desapareció, se lo tragó la maquinaria de las purgas —dijo Volkogonov—. Cuando crecí, mi madre me susurró: "Tu padre fue fusilado. Nunca vuelvas a mencionar el asunto"».

Esta familia de un «enemigo del pueblo» fue desterrada al pueblo de Agul, en el distrito de Krasnoyarsk, en Siberia occidental, cerca de un creciente complejo de campos de trabajos forzosos. De niño, Volkogonov vio largas columnas de prisioneros marchando desde la estación del ferrocarril hasta los campos, a ochenta kilómetros de distancia. Los perros guardianes, los alambres de púas y las torres de vigilancia fueron parte del escenario de su infancia. Todos los meses, los trabajadores del NKVD acordonaban más terrenos y construían más campos de internamiento. Los guardias abrían enormes zanjas en el bosque de pinos y de noche trasladaban los cadáveres en viejos trineos. Los escolares acudían al bosque a buscar piñones y oían a lo lejos el tronar de los fusiles, «como el sonido de una tela al rasgarse», recordaba Volkogonov.

La madre de Volkogonov murió poco después de finalizada la guerra. Como muchos otros huérfanos, Dmitri Antonovich ingresó en el ejército como recluta y nunca lo dejó. Tanto su hermano como su hermana fueron adoptados por otras familias. Como joven oficial de finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, Volkogonov recibió una esmerada educación en la ortodoxia política. Aprendió rápidamente que no había

desviación, por pequeña que fuera, que pasara inadvertida. Hacia el final de *Triunfo y tragedia*, Volkogonov se dedicaba a describir el sistema en su época de estudiante de equipo militar e ideología del Estado.

«Los estudiantes eran sometidos a prueba antes que nada en cuanto a su capacidad para resumir las obras de Stalin. Recuerdo que cuando asistía a la escuela de tanques de Orel, mi maestro me pidió que me quedara después de las clases. Era un teniente coronel, ya no tan joven, muy popular entre los alumnos por su bondad. Cuando estuvimos solos me devolvió mi trabajo, que era un resumen de fuentes, y me dijo en voz suave y paternal: "Es un buen resumen. Pude ver de inmediato que no te limitaste tan solo a copiar y que habías meditado antes de escribir. Pero te doy un consejo, resume los trabajos de Stalin de forma más exhaustiva. ¿Comprendes?, ¡de forma más exhaustiva! Y otra cosa. No escribas "Cam" frente al nombre de Iosif Vissarionovich. Escribe 'Camarada', con todas sus letras. ¿Entendiste?". Esa noche, uno de mis compañeros me dijo que había mantenido una conversación similar con el profesor de historia del Partido. Se aproximaban los exámenes y había rumores de que en un colegio vecino "habían prestado atención" al tipo de "pruebas de inmadurez política" que yo había demostrado en mis resúmenes.»

Como oficial, Volkogonov estaba preparado para hacer lo que fuera necesario por la Madre Patria. En una ocasión, se le ordenó que con un nuevo modelo de tanque atravesara una zona que acababa de ser el epicentro de una prueba con armamento nuclear. Obedeció. «No había nada que no estuviera dispuesto a hacer —me dijo Volkogonov—. Yo era un joven teniente cuando murió Stalin y creía que el mundo se vendría abajo sin él. El hecho de que mi padre hubiese sido fusilado y de que mi madre hubiese muerto miserablemente en el destierro parecía no importar; era el

destino, incomprensible. Mi mente estaba contaminada. Era incapaz de analizar estas cosas, de armar las piezas.»

En el Komsomol y en las organizaciones del Partido Comunista de la Academia Militar Lenin de Moscú, Volkogonov adquirió tal dominio de los textos del dogma soviético que se ganó la reputación entre sus superiores de ser un *polit rabotnik* («propagandista político«) muy de fiar. Volkogonov obtuvo un doctorado en filosofía —lo que en esos días significaba filosofía marxista-leninista— y en 1970 fue transferido al departamento de propaganda del ejército. Ahí fue escalando posiciones rápidamente; fue ascendido a general a la edad de cuarenta y cuatro años, y llegó a ocupar el cargo de responsable adjunto de instrucción política. Entretanto, también obtuvo un doctorado en historia.

Gracias a su alto rango y a sus credenciales, Volkogonov obtuvo acceso a todos los archivos de la capital más importantes y secretos. «Pero no se equivoque conmigo —me dijo Volkogonov—. Yo no era un radical encubierto. No puedo distorsionar la historia para adecuarla a mis necesidades. El hecho es que yo era un marxista ortodoxo, un oficial consciente de su deber. No formaba parte de una corriente liberal. Todos los cambios que luego se produjeron en mí surgieron desde dentro. Yo tenía acceso a todo tipo de literatura. Usted sabe que había mucha gente, sobre todo jóvenes oficiales del KGB, que tenían un pensamiento liberal porque manejaban más información que los demás. Es por eso que siempre ha existido mucha gente inteligente en el KGB, gente capaz de ver a Occidente tal como es y a nuestro país tal como era.

»Yo fui estalinista. Contribuí al fortalecimiento del sistema que ahora busco desmantelar. Pero, de forma latente, tenía mis ideas. Comencé planteándome preguntas acerca de Lenin, acerca de por qué, si era un genio tan grande, no se cumplió ninguna de sus predicciones. La dictadura del

proletariado nunca se hizo realidad, el principio de la lucha de clases fue desacreditado, el comunismo no se construyó en quince años, como había prometido. ¡Ninguna de las predicciones más importantes de Lenin se hizo realidad! Lo confieso: hice uso de mi posición. Comencé a reunir información, aunque todavía no sabía cómo la utilizaría.»

Mientras trabajaba en los archivos del KGB durante el «deshielo», Volkogonov tuvo ocasión de leer el expediente de su padre y supo que lo que su madre le había susurrado al oído era verdad. Anton Volkogonov había sido fusilado en 1937, poco después de su arresto.

Casi como un sueño, Volkogonov decidió que escribiría una trilogía sobre Stalin, Lenin y Trotsky. A finales de los años setenta, Volkogonov trabajaba en secreto en la preparación del volumen sobre Stalin. Su apartamento estaba repleto de decenas de miles de fotocopias de documentos y libros, muchos de ellos prohibidos. A medida que pasaba el tiempo y soplaban aires más liberales, Volkogonov dejó de ocultar lo que estaba haciendo. Sin embargo, la jerarquía militar decidió que la investigación histórica que estaba llevando a cabo Volkogonov era poco «coherente» con su condición de propagandista. Fue apartado y destinado al Instituto de Historia Militar, lo que representaba un descenso, dijo Volkogonov, de «tres peldaños en la escalera». Tal vez, para un soldado. Pero, para un historiador, la degradación fue un regalo. Volkogonov disponía de más tiempo y de un mejor acceso a los archivos. Cuando el alto mando finalmente pidió una biografía de Stalin, Volkogonov estaba listo para escribirla.

Valiéndose de su rango de general, Volkogonov pudo cumplir el sueño de intrusos como Dima Yurasov. El trabajo de Volkogonov en los archivos no

solo le procuró fama internacional, sino que también hizo trizas cualquier ilusión que hubiese podido conservar acerca de la historia soviética. Ahora Volkogonov, como tantos otros intelectuales de toda la Unión Soviética, veía las raíces de la catástrofe en la propia ideología, en el leninismo. «Las ideas abstractas producen fanáticos, y Trotsky era uno de ellos», escribió. La utopía, la ferocidad del bolchevismo, dieron origen al Estado totalitario. En la primavera de 1991, Volkogonov me invitó a visitarlo en su habitación del hospital. Su batalla con Yazov y los demás generales lo había agotado. El hospital se encontraba en una pequeña calle lateral, cerca de la Kalinin Prospekt. Comparada con otros hospitales soviéticos que había conocido, con sus suelos inmundos y sus habitaciones atestadas, esta clínica especial para la élite militar era una maravilla. Había habitaciones privadas, pasillos con paneles de madera y un personal aseado y eficiente. Volkogonov me dijo que estaba enfermo y que no sabía cuánto tiempo le quedaba de vida. Sufría cáncer de estómago y planeaba viajar a Europa occidental. Pero no se le veía triste ni afectado, y solo deseaba que continuáramos la conversación que habíamos estado llevando a cabo a lo largo de los años.

«Ya ve, ahora estoy convencido de que el estalinismo creó un nuevo tipo de hombre: indiferente, sin iniciativa, una persona que espera la llegada de un mesías, que espera que alguien le resuelva todos los problemas de la vida. Lo peor de todo es que no es una noción de la que uno pueda desprenderse, como quien se quita un abrigo viejo para ponerse uno nuevo. Dentro de mí, quedan todavía muchos residuos de esta mentalidad, y me resulta difícil cambiarlos. El período que estamos viviendo pretende justamente que limpiemos nuestras mentes de la antigua forma de pensar. Nos estamos transformando todos en revolucionarios cuando se trata de nuestra forma individual de pensar. Para ustedes es difícil de comprender. A ustedes les da igual quién ocupará el poder en su país. Demócratas o

republicanos, Estados Unidos sigue siendo Estados Unidos. Solo cambian algunos matices del sistema. Para nosotros, hay un motín a bordo. La Revolución fue una especie de motín, y estamos a las puertas de otro. Estamos buscando el camino a través de una bruma intelectual y espiritual, y a nuestro alrededor todo está en ruinas.

»Los generales del ejército me acusan de ser un camaleón. Dicen que soy un traidor o un renegado. Pero, personalmente, creo que es más honrado y valiente desechar algo que ha sido devaluado por la historia y no llevarlo dentro del alma hasta el final. Hay individuos que me critican públicamente y que en privado están de acuerdo conmigo, pero no se atreven a decirlo.

«Ahora me encuentro totalmente aislado. Tengo el apoyo de los oficiales jóvenes, e incluso un par de generales me respaldan en secreto. Pero la mayoría me desprecian. Incluso cuando me topo con generales aquí, en el hospital, fingen no verme. Otros quisieran hablar conmigo pero temen las consecuencias.

»Esta gente está congelada en el pasado. Incluso la verdad no logrará cambiarlos. Stalin murió físicamente, pero no históricamente. La imagen de Stalin está viva porque tiene muchos aliados. Por lo menos el quince por ciento de las cartas que recibo provienen de estalinistas, y cuanto más empeora la situación, más cartas de esta gente recibo. Hay dieciséis millones de personas afiliadas al Partido. El 30 por ciento son como Ajromeyev o como Nina Andreyeva. No cambiarán. Para otro 30 por ciento, el Partido es un *modus vivendi*. No pueden avanzar en su carrera si no son miembros. Y el resto podría dejarlo en cualquier momento.

»El ejército y el KGB nunca estuvieron a favor de una verdadera *perestroika*. Solo les interesaba retocar un poco el sistema, un poco de maquillaje: querían mantener intacto el sistema eliminando sus características más odiosas; la hiperburocracia, la corrupción, etcétera. Sin

embargo, ninguno de ellos buscaba cuestionar la esencia del sistema. El Partido debe llevar las riendas, argumentan.

«Por regla general, los sistemas totalitarios absorben totalmente a las personas. Como he podido comprobar, es poca la gente que ha trascendido un sistema así. La mayoría de las personas de mi generación morirán prisioneras de este sistema, incluso si viven diez o veinte años más. Por supuesto, los jóvenes de veinte o treinta años son personas libres. Pueden deshacerse con facilidad del sistema. Lo único que puedo ofrecer es mi experiencia. Tal vez mi ejemplo resulte de algún valor para rastrear la crisis, la tragedia y el drama de las ideas y de la utopía comunistas que se han ido desarrollando a lo largo de generaciones.»

Volkogonov parecía cada vez más cansado. Al mismo tiempo, su humor iba cambiando. Comenzaba a acusar la conmoción de la noticia que había recibido y empezó a hablar acerca de trabajar «a velocidad máxima» para terminar los volúmenes sobre Lenin y Trotsky, y tal vez escribir sus memorias. Cuando tocamos el tema del ambiente sombrío imperante en Moscú, le pregunté su opinión sobre lo que se avecinaba.

«La democratización es irreversible en el plano histórico, estratégico —señaló Volkogonov—. Pero, a escala táctica, a corto plazo, las fuerzas de extrema derecha todavía tienen una oportunidad. Puede incluso que estén al frente del país y que nos vuelvan a meter en el establo por unos cinco o diez años más. Podrían tratar de hacerlo. Así son de dementes y así de furiosos están.»

27

Ciudadanos

YAGUNOVSKO

En el verano de 1989, cuando los mineros llevaron la revolución a Siberia, Anatoly Shcheglov me llevó de regreso desde su aldea hasta el tranvía que conducía a Kemerevo y me invitó a volver. «Te llevaré a pescar a la taiga», dijo. Ahora, un año y medio después, los mineros volvían a estar en huelga y yo estaba de vuelta en la cuenca carbonífera siberiana. La mayoría de las promesas oficiales se habían incumplido y las condiciones eran tan miserables como siempre. Junto a la carretera que llevaba a la cabaña de Shcheglov en la calle del Segundo Plan, la nieve se había endurecido y ennegrecido, y el aire era frío y estaba cargado de gases.

Anatoly Shcheglov no tenía teléfono. Simplemente, supuse que estaría en casa. Cuando abrió la puerta, me saludó como si me hubiera ausentado una semana y regresar a Yagunovsko fuera lo más vulgar del mundo para un estadounidense. Parecía más aseado, más relajado, pero bastante más avejentado. Su rostro estaba surcado por un profundo entramado de arrugas. «Ahora estoy jubilado —me dijo—. Ha sucedido lo previsto.» Me contó que al invierno siguiente de conocernos, una noche después de cenar, cuando depositaba su inmenso cuerpo en una silla, sufrió un infarto. Dijo

que sintió como si un caballo le coceara el pecho. Tenía cincuenta años. «Es lo normal para quienes vivimos bajo tierra —explicó Anatoly—. Lo dejas con cincuenta y tienes suerte si cumples cincuenta y cinco. Dudo que esté por aquí mucho más tiempo.»

Shcheglov pasaba ahora sus días haciendo cola en tiendas vacías, viajando de un hospital mugriento al siguiente en busca de médicos, aspirinas o pastillas de glicerina. «La vida de un anciano», dijo. Pero lo que le iluminaba, afirmó, era la fuerza y la determinación de sus compañeros mineros en todo el país. Las huelgas de entonces no tenían nada que ver con las demandas de julio de 1989. «Ya no tiene que ver con el jabón o las pagas de vacaciones», precisó. Los mineros querían nada menos que la dimisión del gobierno de Gorbachov y el desmantelamiento del régimen del socialismo estatal. «Ya no quedan ilusiones, se acabaron los sueños socialistas —dijo Shcheglov—. Las primeras huelgas fueron por un pedazo de pan y un trozo de carne. No conseguimos nada de lo que nos prometieron. La vida solo ha empeorado. Ahora conocemos el secreto. El sistema tiene que desaparecer.»

Desde principios de marzo de 1991, más de trescientos mil mineros se declararon en huelga. Los novecientos mil mineros restantes solo trabajaron para evitar un colapso absoluto de la economía nacional. Los líderes de la huelga se imaginaban que no contarían con apoyos si llegaban a eso. Su estrategia fue ponderada y eficaz. En las semanas siguientes hubo amenazas de huelga de maquinistas en Leningrado, de electricistas en Samara y de estibadores del mar Negro en Odessa.

Las huelgas aterrorizaban a los partidarios de la línea más dura del Kremlin. Sabían que la radicalización de los trabajadores —la conciencia evolucionada del proletariado, tomando prestada la expresión de los manuales marxistas— podía ser el golpe definitivo a un régimen que se

tambaleaba. El poderío soviético parecía capaz de soportar las manifestaciones de movimientos democráticos urbanos, pero los trabajadores tenían poder para echar a la gente del Kremlin. Y no bromeaban. «Se acabaron los juegos —dijo Shcheglov—. Se acabaron los juegos.» En una sesión parlamentaria de la República rusa, la mayoría de los diputados hacían poco más que reproducir suavemente las últimas exigencias de Yeltsin para que Gorbachov dimitiera. Pero en el transcurso de la sesión, el líder huelguista de Kuzbass, Anatoly Malijin, se puso en pie y anunció: «Estamos preparados para inundar las minas». Dijo que los mineros habían perdido toda la paciencia con un sistema que los había desangrado. «Pónganse al frente del ataque —les dijo a los diputados rusos — o lo harán los mineros.»

Pocos días después del discurso conocí a Anatoly Malijin en el hotel Rossiya de Moscú. Por todas partes había restos de las sesiones de estrategia de la noche anterior: panfletos, ceniceros abarrotados y vasos sucios. El cuartel general de la huelga estaba allí donde se encontrara Anatoly Malijin. Su teléfono sonaba sin cesar: los comités de huelga de Siberia, Ucrania, el Oriente o Vorkuta, en el norte de Rusia, llamaban para mandar felicitaciones, plantear preguntas, pedir consejo o proponer más planes.

«Bueno, que les den por culo —dijo en un momento dado por teléfono a los mineros de Kuzbass—. Volveremos al trabajo cuando se cumplan nuestras peticiones. No antes.»

Malijin mostraba más convicción y más conciencia de la finalidad de su lucha que cualquiera de los intelectuales liberales de Moscú y Leningrado. Hablaba completamente en serio; no hacía teatro, ni había el menor barniz de ironía. Él y los demás dirigentes huelguistas se habían tomado al pie de

la letra lo que dijo Gorbachov cuando negociaron un acuerdo para las huelgas de 1989, y no iban a repetir el error. Tan sencillo como eso.

«Nadie menosprecia lo que Gorbachov ya ha hecho, pero toda persona tiene su momento, su momento de operatividad máxima, como una máquina —afirmó Malijin—. Pero Gorbachov cree que es único. Al principio hizo realmente mucho y nos quitamos el sombrero ante él. Pero debería haber cambiado radicalmente el sistema hace un año o más. Entonces podría haber encontrado un lugar para sí en la nueva estructura. Pero no lo hizo. Se aferró a sus principios socialistas. Ahora perjudica más que ayuda. Si Gorbachov es tan inteligente, ¿por qué sigue tratando de proteger al Partido? Circula el rumor de que se prepara para enviar soldados a las minas. Bueno, créame, si lo hace, allí van a morir miles de soldados.»

NOVOCHERKASSK

Nadie sabía dónde estaban enterrados los muertos. Había rumores: que el KGB había ocultado los cadáveres en la galería de una mina o en una ciénaga, o que la policía había llevado los cuerpos a una serie de tumbas sin lápida de cementerios dispersos por toda la región de Tierras Negras del sur de Rusia. Pero nadie lo sabía.

Durante casi treinta años, la historia de la rebelión de Novocherkassk fue un secreto de Estado. La huelga de junio de 1962 por el incremento de los precios y el recorte de los salarios en la Fábrica de Locomotoras Eléctricas de la ciudad fue el primer levantamiento de trabajadores de Rusia desde los inquietos años inmediatamente posteriores a la Revolución. Por orden de Moscú, el ejército volvió sus ametralladoras contra las manifestaciones pacíficas de Novocherkassk. Murieron al menos veinticuatro personas y hubo docenas de heridos. Poco después, las autoridades del Kremlin

ordenaron ejecutar a siete «cabecillas» supervivientes. Al cabo de tres días, desapareció de la prensa oficial toda mención a los desaparecidos de Novocherkassk. Ni siquiera los especialistas occidentales sabían gran cosa de aquel baño de sangre. Solzhenitsyn publicó unas cuantas páginas con descripciones descarnadas en el tercer volumen de *El archipiélago gulag*, pero, como es natural, se consideró «propaganda antisoviética» y estuvo prohibida hasta 1990.

Ahora que los mineros volvían a estar en huelga, cuando el KGB, el ejército y el propio Gorbachov se sentían amenazados por opositores políticos y nacionalistas, en una época de escasez y división étnica cada vez mayores, se hablaba sin cesar de conflicto, de desobediencia civil y de la posibilidad de que hubiera derramamientos de sangre. La matanza de manifestantes en Tiflis, Bakú y Vilnius dejó claro que, pese a las reformas, cabía esperar que el régimen sacara a la calle los tanques y las ametralladoras e incluso lanzara gases tóxicos, si eso era lo que había que hacer para sobrevivir. ¿Qué había cambiado en el sur de Rusia desde aquella tarde del verano de 1962?

Además de los veinticuatro muertos de Novocherkassk, la matanza registró al menos otra víctima: el general del ejército soviético Matvei Shaposhnikov, un auténtico creyente en el ideal bolchevique a quien se le concedió el título de héroe de la Unión Soviética por haber conducido a la victoria a una división acorazada en uno de los combates más encarnizados de la Segunda Guerra Mundial. Varios años antes de la aparición de Sajarov y del movimiento disidente, Shaposhnikov había hecho algo inimaginable. Cuando se le ordenó atacar a los manifestantes de Novocherkassk, se negó a cumplir la orden.

El general tenía ochenta y cuatro años cuando lo conocí. Sus superiores políticos le obligaron a retirarse tres años después de la matanza de Novocherkassk, pero se mantenía muy activo y vigoroso. Habría sido capaz de machacar una nuez con el puño. Su apartamento en la ciudad de Rostov del Don, que compartía con su hija, su yerno y sus nietos, parecía un museo militar, con todos sus libros y recuerdos perfectamente colocados y limpios de polvo.

«Hablemos cara a cara —dijo Shaposhnikov cogiendo una silla muy pesada y colocándola para su invitado. Era más anciano que el régimen—. Recuerdo con toda claridad haber cantado canciones revolucionarias cuando tenía once años en 1917. "¡Adelante, adelante, trabajadores...!" He creído durante toda mi vida en el poder de los soviets, y entonces me piden que dispare contra mi propio pueblo, contra el pueblo desarmado. Tuve que pagar con todo por mi decisión. Me despojaron del rango, de las condecoraciones, y me expulsaron del Partido Comunista. Me dijeron que me jubilaban "por motivos de salud". Y mi esposa, mi queridísima esposa, lo pagó aún más caro. Murió hace unos años, y estoy convencido de que falleció por los ataques que recibimos. Al final, simplemente no pudo soportarlo.»

Ni siquiera ahora, afirmó el general, había un minuto en el que no rememorara los días de la matanza. La mañana del 1 de junio de 1962, la prensa del Partido Comunista en Novocherkassk anunció que el precio de la carne y de la mantequilla subiría al menos un 25 por ciento. Cuando los trabajadores de la Fábrica de Locomotoras Eléctricas llegaron a la factoría, descubrieron que se les iba a bajar el salario nada menos que un 30 por ciento. Los dos periódicos locales, *El Martillo* y *La bandera de La Comuna*, aseguraron a la gente que no eran más que «medidas provisionales» impuestas en nombre del «progreso social». De algún modo, los

trabajadores no estaban dispuestos en esta ocasión a creerse el doble mensaje habitual. Su furia era tan intensa que se olvidaron de sí mismos. Olvidaron por un instante la «disciplina de partido» y se enfrentaron al director de la fábrica, un burócrata detestable llamado Kurochkin.

Los trabajadores le preguntaron cómo iban a vivir a partir de entonces. «Estáis acostumbrados a engullir empanadas de carne —respondió Kurochkin—. Ahora tendréis que rellenarlos de mermelada.»

Los trabajadores montaron en cólera. Hicieron sonar los silbatos de los talleres y empezaron a concentrarse en los patios. Allí hablaron de huelga y alzaron pancartas: «Dadnos carne y mantequilla», «Necesitamos un lugar donde vivir». Arrancaron retratos de Jruschov y los quemaron. Aterrorizados, los gerentes de la factoría se encerraron en las oficinas. Las autoridades locales del Partido Comunista se negaron a reunirse con los representantes de la huelga.

Mientras, el mando regional del ejército llevaba varias semanas en alerta en previsión del anuncio del incremento de los precios y el recorte de los salarios. Según Shaposhnikov, el comandante de la región, el general Issa Pliyev, recibió un torrente de órdenes en clave del Ministerio de Defensa y del propio Jruschov. Aquella primera noche, los agentes del KGB y de la policía detuvieron a algunos de los trabajadores de la fábrica que más protestaban con la intención de abortar una huelga potencial.

Dos miembros del círculo más próximo a Jruschov, Anastas Mikoyan y Frol Kozlov, ya estaban en la ciudad. Shaposhnikov, a quien se le habían encomendado los destacamentos armados apostados en la fábrica de automóviles, les dijo a los dos miembros del Politburó que estaba «muy preocupado» por el hecho de que las tropas llevaran armas. Señaló que una confrontación podía desembocar en un baño de sangre. «Se han transmitido

al comandante Pliyev todas las instrucciones necesarias», replicó enfadado Kozlov.

La mañana del 2 de junio, a eso de las once, siete mil trabajadores y otros manifestantes iniciaron su marcha de protesta desde la factoría de automóviles hasta el centro de Novocherkassk. Ignoraron a los soldados y los tanques que rodeaban a la fábrica. Mientras avanzaban, algunos trabajadores trataron de bloquear la línea férrea que conducía a la ciudad en señal de protesta. «Pero la gente iba desarmada, era pacífica. Llevaban incluso retratos de Lenin», aseguró Vladimir Fomin, uno de los diputados del Parlamento ruso por esa región. La mayor ofensa de los manifestantes fue su determinación a la hora de llevar la contraria a Moscú. «¡Que hagan salchichas con Jruschov!», cantaban los manifestantes.

Al prever que habría violencia, Shaposhnikov ordenó a los soldados que vaciaran de munición sus armas, y lo mismo a los tanques. Cuando la columna de manifestantes pasó por allí, Shaposhnikov detuvo a un trabajador y le preguntó adónde iban.

«Camarada general —respondió el trabajador—, si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá a la montaña». Se dirigían a la comisaría de policía y al cuartel general del Partido Comunista. Shaposhnikov informó por radio a Pliyev y le dijo que la columna de manifestantes atravesaba en ese momento el puente de Tuzlov y estaba entrando en la ciudad.

—¡Deténgalos! ¡No les deje pasar! —gritó Pliyev por radio.

—No dispongo de hombres suficientes para impedir el paso a siete mil personas —respondió Shaposhnikov.

—¡Envíe los tanques! ¡Atáquelos! —insistió Pliyev.

—Camarada comandante —dijo Shaposhnikov—, no veo enemigos a los que deban atacar nuestros tanques.»

Pliyev cortó la comunicación con ira. En ese momento de silencio

radiofónico, Shaposhnikov presagió el desastre, pero pensó que tal vez lograra impedirlo. Se encaramó en un jeep y trató de alcanzar a los manifestantes. Pero, cuando quiso llegar a la plaza central de la ciudad, los manifestantes ya estaban a las puertas de la comisaría exigiendo que se pusiera en libertad a los dirigentes huelguistas. De repente, los soldados abrieron fuego contra la multitud. Algunos testigos dijeron que los soldados emplearon balas explosivas, que se expanden al impactar en el blanco. Presa del pánico, la muchedumbre dio media vuelta y empezó a huir por la calle Moskovskaya. Los soldados siguieron disparándoles por la espalda. Una mujer tendida sobre un lecho de flores murió desangrada. Le habían desgarrado el brazo.

Una vez dispersada la multitud, escribió Solzhenitsyn, «los soldados buscaban autobuses y camiones en las inmediaciones, los requisaban, los cargaban de muertos y heridos y los trasladaban al hospital militar, cercado por muros muy altos. Aquellos autobuses circularon por la ciudad con los asientos manchados de sangre durante un par de días».

La noticia de la matanza se propagó por otras fábricas. Los trabajadores abandonaron las factorías y organizaron una concentración aún más numerosa en el centro de la ciudad. «De todas partes llegaban camiones repletos de trabajadores —recordó un testigo—. Era una marea de cuerpos humanos. No había fuerza sobre la Tierra capaz de detenerlos.»

«¡Jruschov! ¡Jruschov! ¡Que lo vea!», cantaba la multitud.

Mikoyan no tardó en ofrecer su punto de vista en la radio. Habló de «vándalos» y del «trágico accidente». La policía impuso el toque de queda y ordenó a la gente recluirse en sus casas. El ejército dejó apostados en la ciudad soldados y tanques durante varias semanas. Al cabo de dos días, la prensa oficial dejó de hacer mención alguna al asunto de Novocherkassk. Y así siguieron las cosas durante décadas.

El general Shaposhnikov era un miembro fiel del Partido que conservaba recuerdos de los primeros momentos de la revolución. No lograba entender por qué los comunistas locales no habían recibido a los trabajadores sencillamente como «camaradas» y se habían sentado a negociar con ellos. Pensó que debía escribir una carta al Comité Central del Partido Comunista. Tal vez ellos lo comprendieran. Al fin y al cabo, a su juicio el ejército soviético sencillamente no atacaba a su pueblo. Se podía leer en las obras de Lenin y en todas las normativas del Partido. Recordaba que el Partido siempre aludía al «domingo sangriento», aquel día de 1905 en que la policía zarista atacó a una multitud de manifestantes pacíficos. El Partido y el ejército jamás actuarían así.

Shaposhnikov solicitó una entrevista con las autoridades del Partido. Se la denegaron. Pasados incluso varios meses, el general no era capaz de olvidar aquellas muertes. Empezó a remitir cartas anónimas al Sindicato de Escritores Soviéticos de Moscú con la esperanza ingenua de que su «enorme humanismo» le sirviera de ayuda. Y así Shaposhnikov, héroe de la Unión Soviética en los años sesenta, escribió: «El Partido se ha convertido en un coche conducido por un chófer borracho y temerario que no hace más que quebrantar las normas de circulación. Ha llegado el momento de retirarle el carnet de conducir e impedir una catástrofe ... Hoy en día es extremadamente importante que la clase trabajadora y los intelectuales entiendan a la perfección cuál es la esencia del régimen político bajo el que vivimos. Deben darse cuenta de que vivimos gobernados por la peor modalidad de autocracia, que descansa sobre una burocracia y unas fuerzas armadas mastodónticas ... Es preciso que la gente aprenda a pensar. La fe ciega nos está convirtiendo en meras máquinas vivas. Nuestro pueblo ha sido privado de todo derecho político e internacional».

Una vez más, el idealismo de Shaposhnikov fue traicionado. El Sindicato

de Escritores era una organización irremediablemente corrupta, un vivero de aduladores, y sus autoridades reenviaron las cartas de Shaposhnikov al KGB. Shaposhnikov afirmó que sus intenciones nunca fueron «antisoviéticas» sino, más bien, «contra los burócratas y su arrogancia». Por algún motivo, el KGB no lo entendió así. El general empezó a reparar en que su correo llegaba ya abierto. Enseguida confirmó que lo estaban vigilando. En 1966, sin mediar explicación alguna, el ejército lo obligó a apartarse del servicio activo. En 1967 la policía registró su apartamento y confiscó sus documentos. Sin disimularlo siquiera, instalaron también un aparato de escucha en la pared del dormitorio. «En resumidas cuentas, me encontraba bajo arresto domiciliario y no dejaban de seguirme hombres con gafas oscuras —dijo Shaposhnikov—. No podía hacer nada. Algunos amigos siguieron siéndome fieles, pero era muy duro para ellos, sobre todo en un lugar de provincias como este. Vieron lo que sucedía. La gente trataba de evitarme. De hecho, cruzaban la calle para no tener que saludarme en la ciudad.»

Finalmente, el KGB convocó a Shaposhnikov en el cuartel general local para interrogarlo a fondo. Una y otra vez le pedían que confesara las actividades «antisoviéticas» que desarrollaba, y Shaposhnikov siempre describía su trabajo enseñando a leer a trabajadores analfabetos del campo, su trabajo en las minas por veinte kopeks el turno y su prolongada y aclamada carrera en el ejército. «¿Cómo voy a ser antisoviético si se lo he dado todo al poder soviético? —dijo—. Si alguien se ha dedicado a construir el comunismo, ese he sido yo.» Le despojaron de su rango en el ejército y lo expulsaron del Partido Comunista. Solo consiguió librarse de la cárcel escribiendo una carta vehemente al jefe del KGB, Yuri Andropov.

Durante los años de Brezhnev, Andropov y Chernenko, el general no pudo hacer gran cosa salvo vivir en un retiro injusto. Mientras que otros

generales soviéticos gozaban de ventajas generosas (dachas, remesas de alimentos especiales, pensiones generosas), Shaposhnikov no vivía mejor que un jubilado de una fábrica. Para ocupar el tiempo y ganarse unos rublos adicionales, escribió unas memorias de la guerra, sobre el ataque acorazado contra los nazis en el frente de Ucrania. Se publicaron, pero, como es natural, no tenían nada que ver con la matanza de Novocherkassk.

En los años sesenta y setenta, el general nunca se puso en contacto con el fermento político clandestino de Moscú y Leningrado. Lo cierto era que el movimiento disidente le desconcertaba. Parecía no centrarse únicamente en los dirigentes, sino también en atacar a los cimientos mismos de la ideología leninista. «Jamás pude comprenderlo», afirmó.

Cuando Gorbachov asumió el poder en 1985, Shaposhnikov dirigió cinco misivas al Kremlin. Todas quedaron sin respuesta. Por último, en 1988, recibió una carta imperiosa de la Corte Suprema: «Su caso ha sido sobreseído en vista de la ausencia de *corpus delicti* ... Los actos perpetrados por usted en la década de 1960 suministraron una amplia base para imputarlo por propaganda antisoviética. Solo ahora, en el contexto de la *perestroika* y la democratización de todas las esferas de la vida de la Unión Soviética, es posible declararlo inocente».

Resultaría difícil encontrar un ejemplo más atroz de arbitrariedad y de fariseísmo en la administración de justicia. Pero Shaposhnikov no sintió más que alivio. Empezó a asistir de nuevo a las reuniones locales del Partido. «¡Soy comunista desde hace sesenta años!» Pero su fe tiene un cariz especial. En 1990, cuando un grupo de jóvenes oficiales del ejército escandalizaron a los generales al crear el grupo reformista llamado Escudo, nombraron a Shaposhnikov presidente honorífico. Le pidieron incluso que pronunciara un discurso en una inmensa manifestación contra el gobierno celebrada en Moscú justamente cuando los soldados mataban azerbayanos

en las calles de Bakú. «Pensé mucho tiempo qué es lo que iba a decir ese día —comentó Shaposhnikov—. Pensé en aquella tarde en Novocherkassk y en todo lo que está pasando ahora, y entonces dije que el ejército debe prometer que siempre estará con el pueblo, no contra él. No podemos disparar contra nuestro pueblo. De lo contrario, no seremos nada. De lo contrario, no tendremos futuro. Es fundamental que recordemos eso.»

MOSCÚ

Incluso después del «domingo sangriento» en Vilnius, los partidarios de la línea dura todavía estaban sedientos de sangre. Querían provocar una confrontación con las fuerzas de oposición que requiriera el uso de la fuerza; querían un incidente que les diera el pretexto para intervenir, declarar el estado de emergencia, y poner fin a las huelgas y a los líderes desafiantes en los estados bálticos, Moldavia, Georgia, Armenia y, sobre todo, en Rusia.

Gorbachov no daba señales de dar el brazo a torcer. A principios de marzo de 1991, proclamó la victoria en un referéndum para mantener la Unión, pero sabía muy bien que Yeltsin se había anotado un triunfo. Yeltsin agregó una segunda pregunta a la papeleta, en la que se pedía a los votantes de la República rusa que optaran a favor o en contra de elecciones directas para un presidente ruso. Votaron de forma aplastante por unas elecciones en el mes de junio. Hasta ahora, Yeltsin había sido el líder ruso, pero solo porque había sido elegido presidente del Parlamento republicano, y por un escaso margen. Pero Yeltsin sabía dos cosas: primero, que participaría en la contienda y que ganaría, y segundo, que una victoria de esa índole obligaría a Gorbachov, quien nunca había sido elegido para ocupar ningún cargo, a tratar con la oposición con mayor seriedad.

Pero por entonces, como presidente del país y secretario general del Partido, Gorbachov todavía creía que su poder dependía del Partido, del KGB y de los militares. Los escuchaba de manera casi incondicional, y estos lo engañaban abiertamente. Shevardnadze, que había demostrado tener intuiciones y juicios casi clarividentes desde el día de su discurso de renuncia, vio en su amigo Gorbachov a un hombre que era prisionero «de su propia naturaleza, de sus concepciones y de su forma de pensar y de actuar». A lo largo de todo 1991, escribió Shevardnadze en sus memorias, «fue el propio Gorbachov quien estuvo alimentando a la junta con su indecisión, su comportamiento contradictorio, su poca capacidad para juzgar a las personas, su indiferencia hacia sus verdaderos aliados, su falta de confianza en las fuerzas democráticas y en la gente que había cambiado gracias a la *perestroika* que él mismo impulsara. Esta es la enorme tragedia de Mijail Gorbachov, y, a pesar de lo mucho que pueda congeniar con él, no puedo dejar de decir que casi nos condujo a una tragedia nacional».

Yakovlev me dijo que Gorbachov había creído en las palabras de los jefes del KGB y de la policía del Ministerio del Interior cuando le informaron de que los reformistas planeaban tomar al asalto el Kremlin, utilizando «ganchos y escaleras» para escalar sus muros. Para empeorar las cosas, el subdirector de *Pravda*, Anatoly Karpychev, repitió en sus páginas los mismos rumores al escribir que los radicales estaban realizando «preparativos para el asalto final del Kremlin». Yakovlev explotó; le dijo a Gorbachov que esos supuestos informes de inteligencia eran una pura tontería y que cometía un error al escuchar a los aduladores y embusteros que lo rodeaban. Pero Gorbachov estaba convencido de poseer la verdad. «Exageras», le dijo a Yakovlev.

Haciendo caso omiso del consejo de Yakovlev, Gorbachov ordenó que se prohibieran las manifestaciones en Moscú desde el 26 de marzo hasta el 15

de abril y entregó al Ministerio del Interior de Boris Pugo el control de la fuerza de policía de Moscú, tras quitárselo a los liberales que gobernaban el Ayuntamiento. Gorbachov autorizó a los cuerpos encargados de hacer cumplir la ley que utilizaran «todas las medidas necesarias para asegurar el orden público en la capital».

La batalla había llegado a un punto en que no se podía volver atrás. Yeltsin convocó una manifestación para el día 28 de marzo. En su cuerpo legislativo, los diputados comunistas ortodoxos le habían retirado su confianza. En febrero, Yeltsin había aparecido en las pantallas de televisión culpando a Gorbachov de conducir el país «al borde del abismo» y de flirtear con una dictadura militar. Declaró que Gorbachov debía renunciar y que el poder debía quedar en manos de los jefes republicanos.

El 27 de marzo, el centro de Moscú parecía un campo de batalla. Al igual que los zares mantenían una unidad de caballería estacionada cerca de la Plaza Roja en caso de un levantamiento de los universitarios, la policía soviética tenía la intención de impedir el acceso al centro de la capital a los manifestantes prodemocracia. Una fuerza de más de cincuenta mil hombres del Ministerio del Interior ubicó cañones de agua y lanzadores de gas lacrimógeno a lo largo de las calles. Filas de autobuses vacíos y de soldados impedían el acceso a la plaza Manezh, situada junto al Kremlin.

La prensa de la línea dura y la agencia Tass publicaron severas advertencias, entre ellas la amenaza del jefe del KGB en Moscú, Vitaly Prilukov, de que usarían «todos los medios a nuestra disposición». Los líderes de Rusia Democrática comprendieron que no podrían llegar hasta la plaza Manezh, lugar donde tantas veces se habían reunido. Decidieron, sin embargo, no cancelar la manifestación. Convocaron a la gente en dos puntos alternativos: la estación de metro de Arbat y la plaza Mayakovsky, cerca de la sala de conciertos Tchaikovsky.

La mañana del día 28 caminé junto a mis amigos Masha y Seriozha hasta la estatua de Mayakovsky. Habíamos llegado casi con una hora de antelación, y, mientras esperábamos para reunirnos con los demás, vimos a gente vendiendo insignias a favor de Yeltsin y contra Gorbachov; otros escuchaban la nueva emisora de radio a favor de la oposición, Eco de Moscú, que describía las posiciones de las tropas a lo largo de la calle Gorky y alrededor de la plaza Manezh. Como los manifestantes chinos de la plaza de Tiananmen en 1989, los moscovitas se esforzaban por parecer relajados, tratando de convencerse de que lo peor no podía ocurrir. Un grupo de adolescentes se habían tomado el evento como una *tusovka*, un encuentro con los colegas, y escuchaban una cinta de *Exile on Main Street*. Por primera vez, la voz amenazante de Mick Jagger me sonaba a más que un espectáculo. A medida que la plaza se iba llenando de gente, comencé a sentirme nervioso. ¿Qué les impedía a esos generales provocar una confrontación? El golpe en Vilnius había fracasado, pero el KGB todavía poseía los medios para provocar un conflicto, para hacer creer que los manifestantes estaban fuera de control y que habían tenido que intervenir para «restablecer el orden». Unas semanas atrás, en una entrevista con el general Boris Gromov, último comandante en jefe soviético en Afganistán y ahora adjunto de Pugo, este me decía que «uno puede mantenerse de brazos cruzados y ser educado solo durante cierto tiempo. Pero tarde o temprano hay que actuar». Algún tiempo antes de esto, había entrevistado a quince generales y almirantes del Congreso de los Diputados del Pueblo, y los quince me dijeron que pensaban que Viktor Alksins, el «coronel negro», tenía las ideas muy claras.

Se dio inicio al acto. Los oradores habituales (Afanasyev, Popov) tomaron la palabra. Se exhibieron las pancartas habituales («PCUS a las cenizas de la historia») y se entonaron las canciones de siempre.

Caminamos un poco para un lado y un poco para el otro, pero en general estuvimos quietos. El simple hecho de que tanta gente hubiese hecho caso omiso de las amenazas de violencia era manifestación suficiente. Por otros manifestantes, e incluso por un senador estadounidense que estaba de paso, David Boren, de Oklahoma, supimos que policías vestidos de civil, probablemente hombres del KGB, golpearon a manifestantes que se habían aventurado demasiado cerca de la plaza Manezh. Pero los incidentes fueron escasos. La manifestación resultó ser aburrida, maravillosamente aburrida.

Ante estos hechos, lo sucedido podía calificarse como un empate político. Los soldados se mantuvieron firmes y los manifestantes marcharon desafiando las órdenes de Gorbachov y evitando cualquier provocación seria. Pero, en este caso, la victoria la obtuvo la oposición. Todo el espectro de las fuerzas de oposición —intelectuales urbanos, adolescentes, gente a favor de la independencia de las repúblicas— demostraron que estaban dispuestas a hacer frente a una amenaza con sus propios cuerpos y con sus lemas. En el camino de regreso, mis amigos y yo comprobamos que la muchedumbre se sentía orgullosa. Celebraba una gran victoria. Si el ataque a la torre de televisión en Lituania había sido un ensayo de golpe, la defensa del Parlamento lituano y la manifestación del día 28 fueron ensayos de resistencia. La resistencia parecía mucho más impresionante. ¿Cómo podría el KGB ignorar este hecho? Lo que es más, ¿cómo podría ignorarlo Gorbachov?

Magadán

Por primera vez en su historia milenaria, los rusos se preparaban para elegir a un presidente. En esos últimos días del antiguo régimen, en los últimos días de la campaña de junio de 1991, viajé a la ribera más remota del

imperio, a Magadán, donde atracaban los barcos de esclavos de Stalin y donde nacieron los campos de trabajos forzosos. Nunca conocí ciudad tan desolada. En los días de la Gran Purga y durante los años posteriores, los prisioneros se referían al resto del país como «el continente», como si Magadán y los baldíos de Kolimá fuesen una isla en medio del mar de la nada. Cuando fui me pareció un lugar fantasmal, un paisaje de la muerte. Por las mañanas, el agua era color acero y el cielo blanquecino. Las colinas, de un verde oscuro, estaban envueltas en una espesa neblina, y largas espirales de humo se alzaban desde los techos de latón de los tugurios conocidos como Shanghai. Incluso en el centro de la ciudad, lo único que se oía era el transitar de vehículos desvencijados, Ladas, Volgas y Zhigulis, con sus neumáticos aplastando la nieve y el barro.

Uno de los motivos de mi viaje era volver a ver a mi amigo Arnold Yeryomenko. Nos habíamos conocido en Moscú durante el congreso del Partido de 1988, y nos veíamos cada vez que viajaba a la capital. Le envié un telegrama a Arnold diciéndole que estaba en camino, pero sabía que no lo recibiría. Todavía era un hombre marcado en su ciudad natal. La prensa del Partido de Magadán publicó críticas en su contra, como si en su poder estuviera hacer tambalear el régimen y apoderarse de todas sus doncellas. Era todavía el demonio antisoviético.

Después del vuelo de nueve horas, caminé hasta el edificio de Arnold e introduje una nota debajo de la puerta, informándole de dónde podía encontrarme. El edificio era deprimente. El cemento estaba resquebrajado y húmedo, y el patio era un mar de lodo sembrado de trastos viejos y materiales de construcción. No había nada con qué pudieran jugar los niños. Tiraban piedras contra la pared y, cuando se cansaban, se sentaban sobre un grueso madero entre trozos de cemento.

A la mañana siguiente, Arnold vino a buscarme al hotel Magadán.

Hicimos una larga caminata hasta el mar, y luego emprendimos el camino de regreso por las colinas, la misma ruta que tomaban los prisioneros cincuenta años atrás. «¿Ve ahí, donde está ese barco?», me dijo, apuntando más allá de la colina hacia el puerto. Ahí era donde las filas de prisioneros iniciaban su caminata desde el mar hasta los campos. Muchos de ellos debían recorrer cientos de kilómetros hasta llegar a los campamentos de Kolimá, me dijo Arnold. «Nuestra casa se encontraba a cincuenta metros de un campo de trabajo; ahora ha sido transformada en un cine. Podía ver el campo desde mi habitación, desde la cocina. Este fue el paisaje de mi infancia y de mi juventud. Recuerdo que en el colegio corríamos todos los días hasta las ventanas para ver pasar a los prisioneros encadenados; los rusos, luego los japoneses y los soldados de Vlasov. Recuerdo que nos acercábamos hasta ellos, y sucedió en más de una ocasión que alguno pedía: "Niño, consígueme pescado". Y deslizaba algunas monedas entre nuestros dedos para que se lo trajésemos. Pero todos sabíamos que al cabo de poco estarían muertos. ¡Que les consiguiéramos pescado! Era como una broma macabra.»

Magadán era la historia de la Unión Soviética, su verdadera capital espiritual. Magadán y el vasto territorio de Kolimá habían sido tierra salvaje, tierra no colonizada antes de la revolución. Magadán fue un invento del Kremlin y del NKVD, un centro administrativo para la ejecución de asesinatos masivos por toda la región de Kolimá, en Siberia oriental. Como proyecto de planificación centralizada, Magadán cumplió a rajatabla su plan de cinco años. En los cien campos de Kolimá, que ocupaban un territorio seis veces mayor que Francia, fueron asesinadas alrededor de tres millones de personas entre 1936 y 1953. Fueron fusiladas, acuchilladas, decapitadas, arrojadas en fosas o se las dejó morir de hambre. Tres millones, en un solo rincón de un país que a su vez era una vasta red de campos de

concentración. No había cómo olvidarlo; en Magadán los muertos estaban en todas partes, en los abandonados pozos de las minas, en la taiga, en el fondo del mar. Uno de los caminos que llevaban hasta los campamentos del norte había sido construido sobre un lecho de huesos. La calle principal, Lenin Prospekt, era un camino hacia el olvido. Partiendo desde el centro de la ciudad, los prisioneros caminaban hasta los campos; en ocasiones, hasta un puesto de avanzada a más de mil quinientos kilómetros de distancia. Se podía llegar caminando hasta Yakutia, región de ciervos. Y ahora, casi todos los vivos de Magadán dormían en casas de los muertos. El 80 por ciento de las estructuras que quedaban en pie fueron alguna vez barracones, o sedes de la policía secreta o «salas de fusilamiento».

Varlam Shalamov era el poeta de Kolimá. Sobrevivió durante diecisiete años en un campo; cometió el crimen de haber afirmado que Ivan Bunin, ganador del Premio Nobel, era un «autor clásico». Los propios relatos clásicos de Shalamov, narraciones agudas y brillantes como la mica, impactaron tan profundamente a Solzhenitsyn que este lo invitó a colaborar en el voluminoso proyecto de *El archipiélago gulag*. Pero Shalamov estaba demasiado anciano y enfermo. Rehusó. Con todo, la obra que dejó es la mejor descripción que se haya hecho del infierno de Kolimá. En un relato describe al oficial Postnikov, que había transformado la cacería de fugitivos en un deporte sanguinario.

«Ebrio de sangre, ejecutaba su tarea con celo y pasión. Había capturado personalmente a cinco hombres. Como era usual en estos casos, había sido condecorado y había recibido una bonificación. Se recibía la misma recompensa por los muertos y por los vivos. No era necesario entregar enteros a los prisioneros. Una mañana de agosto, un hombre que iba a una fuente para beber agua cayó en una emboscada que le habían tendido Postnikov y sus hombres. Postnikov lo abatió con un revólver. Decidieron

no llevar arrastrando el cuerpo hasta el campo sino dejarlo en la taiga. En el lugar se observaban numerosos rastros de osos y de lobos.

»Para identificarlo, Postnikov cercenó las manos del fugitivo con un hacha. Introdujo las manos en su mochila y volvió al campo para rendir el informe de su cacería ... Por la noche, el cuerpo se levantó. Mantuvo apretadas las sangrientas muñecas contra el pecho y salió de la taiga siguiendo las huellas hasta llegar a la tienda de los prisioneros. Asomó una cara blanca y ojos azules, y se mantuvo junto a la entrada, apoyado contra la puerta, y murmurando algo entre dientes. La fiebre lo devoraba. Su abrigo forrado, sus pantalones y sus botas de plástico estaban empapados de sangre negra. Le dieron sopa caliente, envolvieron con paños sus muñecas cercenadas y lo llevaron a la enfermería. Pero Postnikov y sus hombres ya se acercaban corriendo. Los soldados se llevaron al prisionero. Nunca más se volvió a saber de él.»

Todavía en el año 1988, el Partido Comunista se negaba a autorizar un monumento a los muertos de Kolimá. En realidad, el jefe del Partido, Alexander Bogdanov, sí que inauguró un monumento en 1988: un busto de Reingold Berzin, fundador y director del consorcio Construcciones del Norte y de los campos de concentración de Kolimá. El propio Berzin fue víctima de las purgas, después de que el Comité Central de Stalin decretara en 1937 que ya no se podía «mimar» a los prisioneros.

Sin embargo, en junio de 1991 los tiempos ya habían cambiado. Por un lado, se permitía a los extranjeros visitar el lugar, y vi algunos rusos vestidos con sus viejos abrigos de plástico y los nuevos gorros, fruto del intercambio marítimo: «Alaska Airways», «I love Anchorage». Había un videoclub que ofrecía a sus clientes la gama completa de películas de Bruce Lee y *Terminator*. Vi entrar a una carnicería vacía a un hombre que llevaba puesta la chaqueta oficial de los Seahawks de Seattle.

Tal vez lo más extraño de todo era que esta ciudad rusa, este museo de la brutalidad, participara en unas elecciones presidenciales. En las calles había algo de irreal en el hecho de estar cerca de un edificio que alguna vez fuese un barracón de campo y oír a la gente hablando de política en las esquinas. No hacía falta una encuesta para saber quién se llevaría los votos. El ganador sería Boris Yeltsin y, más importante aún, el Partido Comunista estaba derrotado. Frente a una zapatería, la gente se arremolinaba entre el aire frío y debatía sobre las elecciones. Un grupo de jóvenes vestidos con chaqueta de cuero y pañuelo al cuello repartían folletos a favor de Yeltsin impresos por el grupo Rusia Democrática de Moscú. Había otro joven que sostenía en alto la bandera tricolor blanca, azul y roja, la bandera de la Rusia zarista. «El asunto es librarse de una vez por todas de los comunistas en Rusia —me dijo Tamara Karpova, un ama de casa que apoyaba a Yeltsin —. Mis padres vivieron en Ucrania hasta que los comunistas los enviaron a los campos—. ¿Por qué habría de votar por alguien del Partido Comunista?»

Bogdanov había sido reemplazado como jefe de la organización del Partido en Magadán, pero sus sucesores demostraron ser igualmente poco inteligentes. No los animaba más que la supervivencia. Publicaron artículo tras artículo en los periódicos describiendo a Yeltsin como un «destructor» y a su rival en la contienda, Nikolai Ryzhkov, del Partido Comunista, como la voz de la «unidad» y de «la justicia, la honradez y el orden». Ryzhkov era el hombre que habría de permitir a los hombres del Partido conservar sus puestos. Sin Ryzhkov, perderían sus despachos con las mesas de tapete verde y las alfombras rojas en los pasillos, en la sede del Partido. Sin Ryzhkov, perderían sus dachas en el «valle de la nieve», en las afueras de la ciudad. Yeltsin representaba un nuevo orden y, en el caso de ellos, muy probablemente el desempleo.

En una sociedad totalitaria, la costumbre reemplaza a la felicidad, y la costumbre se veía amenazada. «Mi padre era miembro del Partido, mi esposo es miembro del Partido y yo votaré por el Partido. El resto no son más que aventureros», expresó Svetlana Murashkina, una mujer que repartía octavillas a favor de Ryzhkov en la misma esquina de la calle.

En el pueblo de Palatka conversé con Boris Sulim, quien trabajó durante su adolescencia en uno de los campos y que ahora era miembro del *raikom* local, el comité del Partido. Sulim era un hombre fornido de cara ancha y rolliza. Era partidario de Ryzhkov, «veloz y firme». Pero, a medida que conversábamos, más triste se fue poniendo. Parecía exhausto, inseguro. Todo aquello en lo que creía, todo aquello por lo que trabajó, todo eso había terminado y él lo sabía. El comité local del Partido, que siempre había gobernado Palatka, no tenía ahora ninguna influencia, «supongo que lo sé».

En tiempos de Stalin, Sulim trabajó en el campo de Omsuchkan, a unos seiscientos cincuenta kilómetros de Magadán. «Tenía dieciocho años y Magadán me parecía un lugar muy romántico. Me daban ochocientos ochenta rublos al mes y, además, tres mil rublos en concepto de gastos de manutención, lo que era un montón de dinero para un muchacho como yo. Podía darle dinero a mi madre. Incluso me hicieron miembro del Komsomol. Había una planta procesadora de mineral que enviaba equipos de trabajo a excavar estaño. Yo trabajaba en la estación de radio que debía mantenerse en contacto con el equipo.

»Si los prisioneros eran disciplinados y esforzados, tenían casi los mismos derechos que los demás trabajadores. Se confiaba en ellos e incluso se les permitía ir al cine. En cuanto a los motivos por los que habían sido enviados al campo, bueno, la verdad es que nunca me preocupé por los detalles. Todos pensábamos que la gente estaba allí porque era culpable. ¿Por qué habría debido creer otra cosa? En 1936, cuando todavía estaba en

el primer año de colegio, nuestro profesor nos hizo borrar los retratos de los generales Tujachevsky, Blucher y Yegorov de nuestro libro de historia, y tuvimos que dibujarles esvásticas encima y escribir “enemigo del pueblo” al margen.»

Sulim me dijo que, después de haber visto en la televisión algunos documentales sobre la era de Stalin, tenía que reconocer que se habían cometido «abusos» y «errores». Le pregunté si había presenciado alguna vez la ejecución de un prisionero o si había visto a alguien morir de hambre o de agotamiento como consecuencia del trabajo en las minas. «¿Muertes? —me dijo—. No lo sé. Nunca me preocupó. Pero creo que la muerte es un fenómeno natural bajo cualquier circunstancia. Mire, yo no era parte del sistema del gulag, así que no tengo la intención de arrepentirme.»

Moscú

Sulim era un hombre del antiguo régimen; ignorante, resentido. Un hombre que no mostraba arrepentimiento. Pero Gorbachov siempre se aferró a lo mejor de sí mismo, incluso en sus peores momentos: su disposición a cambiar, aunque fuera en aras de la supervivencia. El 23 de abril, con una victoria clara de Yeltsin y su propio porcentaje en las encuestas de popularidad acercándose a cifras de un dígito, Gorbachov tuvo que inclinarse ante la evidencia. A pesar de las malas noticias que le llegaban, a pesar de las traiciones a su alrededor y de su trágica vanidad, incluso él podía asomarse a la ventana y ver la realidad. Podía ver que la gente ya no estaba de su lado. Estaba del lado de Yeltsin, de Landsbergis y de Nazarbayev en Kazajstán... no del suyo. Y así, Gorbachov viró una vez más hacia la izquierda. No hizo públicas sus preferencias —mucha gente pensó que no votaría por Yeltsin ni por Ryzhkov, sino por Vadim Bakatin, el ex

ministro del Interior—, pero sí que firmó un acuerdo de «nueve más uno». El documento, preparado de forma conjunta por Gorbachov y los gobiernos republicanos, acordaba lo siguiente: los gobiernos republicanos (hasta entonces esto incluía a los estados bálticos, Georgia y Armenia; Moldavia declinó participar) anunciaban su intención de crear un nuevo Tratado de la Unión, que conferiría a las repúblicas un poder político mucho más amplio.

En junio, Yeltsin ganó las elecciones, tal como Gorbachov y todos los demás sabían que ocurriría. Para la toma de posesión en el palacio de Congresos del Kremlin, Yeltsin organizó una ceremonia pomposa y emotiva, claramente dirigida a señalar la distancia entre el nuevo gobierno y la historia soviética, y su adscripción a una forma de nacionalismo ruso liberal. Eliminó todo rastro del Estado bolchevique en la sala del Kremlin. En lugar del enorme retrato de Lenin que siempre había sido utilizado como telón de fondo durante las ceremonias de Estado, colocó la bandera roja, azul y blanca, el emblema de Rusia. Sacerdotes, rabinos, muftíes, y pastores ocupaban la primera fila. El patriarca Alejo II, con su sotana y su barba tolstoiana, bendijo a Yeltsin con la señal de la cruz y pronunció: «Por voluntad del Señor y por elección del pueblo ruso, te ha sido otorgado el más alto rango de Rusia ... Elevaremos al Señor nuestras plegarias por ti». El patriarca dijo que Rusia estaba «gravemente enferma». Un actor de Leningrado, Oleg Basilashvili, leyó un largo discurso en que describía la degradación del país a lo largo de setenta años de gobierno bolchevique.

Precedido por la fanfarria de trompetas reales, Yeltsin prestó juramento. En ciertos momentos pareció que la solemne ocasión lo superaba, y su voz, embargada por la emoción, se quebró una o dos veces. No empezó con el tradicional *tovarishchi*, «camaradas». «Ciudadanos de la Federación Rusa ... la Gran Rusia se pone de pie —comenzó—. El presidente no es un dios,

no es un monarca, no puede obrar milagros. Es un ciudadano ... y en Rusia el individuo será la medida de todas las cosas.»

Por su parte, Gorbachov trató de mantener la dignidad durante la ceremonia, pero lo logró a medias. Pronunció un torpe discurso e intentó un comentario humorístico, más torpe aún, acerca de lo extraño que es un país con dos presidentes. En un momento dado dijo: «En este instante hay gente de todos los continentes observando con gran interés lo que usted y yo realizamos». El tono de su voz hizo creer a la gente que quería dar a entender que los dos hombres obraban una suerte de engaño. En la sala se oyeron murmullos de descontento cuando Gorbachov prosiguió.

Pero, al mismo tiempo que buscaba afianzar su poder, Yeltsin esperaba que su presidencia le haría comprender a Gorbachov que no podría haber futuro alguno en una alianza con Kryuchkov, Yazov, Pugo y la vieja guardia. Necesitaba seducir e intimidar a Gorbachov al mismo tiempo. Y cuando este hubo terminado su discurso, Boris Yeltsin fue el primero en ponerse de pie para ovacionarlo.

Pero en 1991 nada era estable. Era imposible relajarse aunque fuera un momento, o pensar por un instante que todo iría bien. Como había dicho Sobchak, era imposible que un régimen totalitario (sin importar cuán atenuado fuera comparado con el de Stalin) conviviera al lado de una democracia naciente. Algo tendría que ceder.

En junio hubo indicios, una vez más, de que los partidarios de la línea dura estaban preparados para entrar en acción, sin que influyera la naturaleza del vínculo —conveniencia o convicción— que mediara entre Gorbachov y Yeltsin. La Fiscalía soviética, basándose en un informe del mariscal Yazov, informó de lo siguiente: «En el curso de un análisis de los acontecimientos [de Novocherkassk en 1962], se ha establecido que los militares utilizaron sus armas de acuerdo con la ley, para defender la

propiedad del Estado de un ataque criminal y en defensa propia ... Se dio inicio al ataque solo después de que la excitada muchedumbre atacara a los soldados y tratara de apoderarse de sus armas». Para la mayoría de los lectores soviéticos, el informe no era solo un intento de justificar un acontecimiento ocurrido treinta años atrás, sino también una justificación de los ataques en Tiflis, Vilnius y Bakú. Posiblemente era también una amenaza; una amenaza de más violencia de cara al futuro.

Frente a esa amenaza velada, Yeltsin respondió con una advertencia velada. Envió a un representante a Novocherkassk con un mensaje del presidente ruso: «La verdad sobre la tragedia de Novocherkassk constituye una severa advertencia para cualquiera que trate de dar solución a problemas sociales mediante el uso de la fuerza militar». Del mismo modo que el general Shaposhnikov, la gente opondría resistencia.

Dos semanas más tarde, el 17 de junio, el primer ministro soviético, Valentin Pavlov, acudió al Parlamento y solicitó que se le entregaran gran parte de los poderes de Gorbachov. Pavlov, que tenía el apoyo del presidente del Soviet Supremo, Anatoly Lukyanov, expresó que lo que motivaba su propuesta era la preocupación por la recargada agenda de Gorbachov. «Simplemente, no hay suficientes horas en el día», sugirió dulcemente Pavlov. Lo que olvidó decir fue que actuaba sin que Gorbachov tuviera conocimiento de ello.

«Apenas me enteré de ello, informé a Gorbachov —me dijo Alexander Yakovlev—. Gorbachov se enfureció. Era la primera información que recibía.» Pero antes de que Gorbachov pudiera actuar, Pugo, Yazov y Kryuchkov se presentaron ante el Soviet Supremo y, en una sesión a puerta cerrada, leyeron sendos discursos acusando al alto mando (no se atrevieron a decir «Gorbachov») de traicionar al Partido y de llevar el país a la ruina. Yazov se quejó de que cientos de jóvenes se negaban a alistarse. Pugo

arremetió contra «el desorden» y «la anarquía». Kryuchkov fue el más insidioso de los tres al señalar que las reformas de los dirigentes parecían coincidir con los más caros deseos de la CIA. Estaba formulando una acusación de traición. Para los delegados de la facción Soyuz, esta fue la señal para levantarse de sus sillas y pedir su renuncia.

«¡Fuera Gorbachov! ¡Fuera su camarilla de liberales!», exclamó Leonid Sujov, un taxista de Jarkov y diputado de la facción Soyuz.

«Un gran poder se ha visto reducido a la categoría de mendigo, sentado frente a las puertas de los demás con las manos extendidas, en vez de resolver sus problemas aquí, donde están», acusó Yevgeny Kogan, un portavoz ruso de Estonia y también miembro de Soyuz.

La reacción de Gorbachov fue lenta, pero cuando se presentó finalmente el 21 de junio ante el Soviet Supremo para ofrecer su respuesta, constituyó una de sus mejores actuaciones, rebosante de indignación. Sin embargo, no fue capaz de llevar las cosas hasta el final. Así como en 1988 nunca había querido reconocer la existencia de un conflicto con Yegor Ligachov, ahora dijo que no tenía diferencias con Pavlov. Señaló que las propuestas del primer ministro no habían sido «bien meditadas».

Cuando finalizó la sesión, Gorbachov salió de la sala para reunirse con la prensa. Lo rodeaban nada menos que los señores Yazov, Pugo y Kryuchkov. Los tres ministros guardaron silencio y mostraron una cara impávida. «El golpe terminó», dijo Gorbachov entre risas. Lo había dicho en son de broma. Y efectivamente resultó ser una broma.

Cuarta parte

«Primero como tragedia, luego como farsa»

El mal tiene gran ímpetu, mas las fuerzas del bien están inertes. Las masas ... no tienen espíritu de lucha y aceptarán lo que venga.

NADEZHDA MANDELSTAM, 1970

Boris Yeltsin vivió su primer encuentro con el Partido Comunista a los doce años. Su infancia fue desgraciada. Su padre era un obrero de construcción y lo golpeaba con un cinturón. La familia vivía en una cabaña cerca de una zona en construcción en los Urales y los seis, más una cabra, compartían una sola habitación. Todos dormían en el suelo. En una ocasión, cuando Yeltsin tenía seis años, se despertó en mitad de la noche y vio como un grupo de extraños se llevaban a su padre de la cabaña. La familia fue afortunada de que el arresto no condujera a una larga temporada en la prisión o en los campos.

De niño, Yeltsin era un buen estudiante pero también problemático. «Siempre he sido un poco pendenciero», me dijo. En el quinto curso instigó a sus compañeros a saltar por la ventana del primer piso mientras el profesor se encontraba fuera de la sala. Participaba en encuentros de pandillas y terminó con la nariz rota cuando uno de sus amigos le propinó un bastonazo. Cuando tenía once años y la guerra estaba en su apogeo, Yeltsin y algunos de sus amigos se colaron en un depósito de armas ubicado en una iglesia. Se arrastraron por debajo de tres hileras de alambres de púas y robaron un par de granadas: «Solo queríamos ver lo que tenían por dentro.» Yeltsin, por supuesto, decidió que se encargaría de averiguarlo. Sin retirar la espoleta, trató de abrir las granadas con un martillo. La explosión le despedazó el pulgar y el índice de la mano izquierda, y cuando se le gangrenó, tuvieron que amputarle los dedos. «Brillante por mi parte, ¿no cree?»

Los problemas de Yeltsin con el Partido Comunista comenzaron durante

la ceremonia de graduación de la enseñanza primaria. Como era uno de los mejores estudiantes del colegio, le tocó el honor de ocupar un puesto sobre el escenario. Cuando llegó su turno para pronunciar un breve discurso, Yeltsin se apoderó del micrófono y transformó la solemne ceremonia en una escandalosa arenga. Se lanzó a un feroz ataque contra una profesora, una detestable arpía que maldecía a los niños, los golpeaba con una gruesa regla y los obligaba a limpiar su casa. «Era un monstruo y yo tenía que decir lo que tenía que decir», afirmó Yeltsin. Los padres y el personal que se encontraban presentes escucharon durante un momento con profunda consternación. Finalmente, el director se puso de pie, le arrebató el micrófono a Yeltsin y le ordenó que volviera a su lugar. El día estaba arruinado y, lo que es más, en vez de diploma, a Yeltsin se le hizo entrega de «un pase de lobo», un certificado que lo inhabilitaba para la enseñanza secundaria. De vuelta en su casa, el padre de Yeltsin se abalanzó sobre él, cinturón en mano. Era el castigo habitual. Pero esta vez Yeltsin le hizo frente y detuvo los golpes. «Ya basta», dijo, y partió a la sede local del Partido Comunista para reclamar justicia. Durante semanas, Yeltsin no recibió más que reprimendas de los burócratas locales. Finalmente, consiguió que uno de los funcionarios escuchara sus quejas acerca de cómo la profesora había humillado a sus estudiantes. Se constituyó una comisión investigadora. La profesora fue despedida y Yeltsin se reincorporó a la escuela, recuperando su posición de buen estudiante. Había ganado su primera batalla en la «casa de los horrores» del sistema soviético.

A mediados del año 1991, Yeltsin aspiraba a deshacerse de su papel de verdugo de vacas sagradas, una fama política que se había forjado atacando a Ligachov, al Partido, a Gorbachov y al resto de los dirigentes, para transformarse en un estadista de la «nueva Rusia». Como primer presidente electo de Rusia, esperaba poder volver a tender puentes con Gorbachov y

transitar hacia una nueva era en que la soberanía de las repúblicas permitiría mayor riqueza y libertad. Yeltsin sabía que el verdadero poder todavía estaba en otras manos: el ejército, el KGB y la policía. Al igual que Gorbachov, había oído rumores de un golpe, mientras ambos negociaban un nuevo Tratado de la Unión que conferiría a las repúblicas poderes mucho más amplios, Yeltsin le advirtió a Gorbachov de que estaba rodeado de reaccionarios que podían traicionarlo. Yeltsin había presenciado lo ocurrido en Lituania en el mes de enero y luego en el Soviet Supremo, cuando Pavlov y sus patrocinadores intentaron tomar el poder. No había razones para suponer que esos hombres estuvieron dispuestos a retirarse silenciosamente de la escena.

Fue, con toda seguridad, el primer golpe de Estado en la historia mundial que fue anunciado con antelación y por la prensa nacional.

Los primeros en entregarse a la retórica fueron los ideólogos militares, los lunáticos para quienes el ejército representaba una institución sagrada del imperio ruso, el baluarte de una gran potencia mundial. Con la bendición del ministro de Defensa, Dmitri Yazov, el general de división Viktor Filatov ordenó publicar un número de la *Revista Histórica Militar*, que incluía extractos de *Mein Kampf*, ataques dirigidos contra Sajarov y, lo más importante, una selección de los trabajos de Karem Rush, portavoz del ideal imperial soviético. «Los militares —escribió Rush— constituyen la espina dorsal y la institución sagrada de un Estado milenario». Mediante la publicación de artículos de esta índole, Filatov consiguió aumentar la tirada de 27.000 en 1988 a 377.000 en 1990. Era un hombre encantador. Publicó el famoso y falso documento antisemita titulado *Los protocolos de los sabios de Sión*, y le dijo al *New York Times* que consideraba que el

documento era «un ejemplo de literatura, como cualquier otro, como la Biblia o el Corán». Era ferviente partidario de Saddam Hussein y escribió propaganda proiraquí durante la guerra del Golfo. Tal vez su blanco favorito lo constituía la prensa liberal. En una ocasión Filatov escribió: «Es una lástima que ya no tengamos entre nosotros a un Beria; si hubiese leído el *Ogonyok* de hoy, habría fusilado a la mitad [del personal] y al resto lo habría enviado a pudrirse en un campo». *Nash Sovremenik*, otra revista de la derecha nacionalista, apoyó ese sentimiento al afirmar que el ejército «no solo tiene el derecho, sino también el deber, de involucrarse en los asuntos internos».

Durante mucho tiempo, los reaccionarios más importantes del país, ministros como Yazov, Kryuchkov y Pugo, se ocultaron detrás de personajes como Filatov, Rush y los directores de *Nash Sovremenik*. No querían arriesgarse a mostrarse abiertamente como traidores. Pero, a la postre, dejaron de lado las precauciones. El 9 de mayo de 1991, el periódico de Alexander Projanov, *Dyen* («El Día»), publicó las conclusiones de una mesa redonda en la que participaron algunos de los militares más representativos de la línea dura: Valentin Varennikov, general al mando de todas las fuerzas terrestres y que encabezó el ataque en Vilnius; Igor Rodionov, el general responsable de la matanza de Tiflis en 1989, y Oleg Baklanov, el presidente del complejo industrial-militar. Hasta el lector más ingenuo hubiese sido capaz de detectar que lo que propugnaban estos hombres era nada menos que un golpe de Estado. Baklanov habló con conmovedora modestia acerca de la capacidad de los militares para gobernar el país. Eran capaces de hacerlo, y así lo demostrarían: «La industria de defensa posee una experiencia organizativa mucho más vasta que los políticos recién elegidos, que incluso han demostrado ser incapaces de garantizar la recogida de basura en las calles de Moscú».

Si Gorbachov todavía necesitaba pruebas de que la retórica de los partidarios de la línea dura reflejaba sus verdaderas intenciones, las obtuvo a finales de junio.

El 20 de junio, los ministros de Asuntos Exteriores de Estados Unidos y de la Unión Soviética se reunían en Berlín para preparar una cumbre Bush-Gorbachov que se celebraría al cabo de un mes en Moscú. El secretario de Estado, James Baker, y el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Alexander Bessmertnij, habían estado reunidos durante todo el día discutiendo una serie de asuntos. Pero cuando Bessmertnij regresó a su embajada esa tarde, Baker lo llamó por teléfono para decirle que debían volver a reunirse.

—Jim, ¿qué es lo que pasa? ¿Sucede algo? —preguntó Bessmertnij, quien hablaba perfectamente el inglés.

—Se trata de algo muy urgente —respondió Baker—. Me gustaría verlo.

Bessmertnij le dijo que tenía una reunión y que el asunto no podía esperar.

Baker trató de encontrar palabras para expresarle la gravedad de la situación sin mencionar ningún detalle por la línea telefónica, que probablemente no era de fiar.

—Se trata de un asunto bastante delicado —dijo—. Si voy para allá me seguirá una escolta motorizada, y habrá una gran conmoción en la ciudad. La prensa se nos vendrá encima. Si puede, lo esperaré aquí, en la habitación del hotel donde estoy hospedado, pero, por favor, sin hacer ruido.

—¿Se trata realmente de algo tan urgente? —dijo Bessmertnij—. Tengo una reunión programada.

—Si estuviera en su lugar, probablemente lo dejaría todo de lado y acudiría.

En un automóvil sin identificación, Bessmertnij cruzó la ciudad para

reunirse con Baker. Lo acompañaba uno de sus asesores políticos, un especialista del Instituto EE. UU.-Canadá, pero Baker dijo que prefería reunirse a solas con Bessmertnij.

Cuando estuvieron solos, Baker dijo: «Acabo de recibir un informe desde Washington. Creo que proviene de fuentes de inteligencia. Al parecer, hay un complot para destituir a Gorbachov. Se trata de un asunto extremadamente delicado y tenemos que hacerle llegar la información de algún modo. De acuerdo con nuestra información, Pavlov, Yazov y Kryuchkov tomarán parte en el golpe. Se trata de algo urgente. Hay que informar a Gorbachov».

El informe inicial provenía del alcalde de Moscú, Gavriil Popov, quien le dijo al embajador estadounidense en Moscú, Jack Matlock, que el KGB y los militares preparaban un golpe.

Baker preguntó si era posible llamar a Gorbachov por línea directa desde la embajada soviética en Berlín. Bessmertnij dijo que esa línea estaba bajo el control del KGB y que, por lo tanto, era inservible. Baker sugirió entonces concertar directamente una reunión privada entre Gorbachov y el embajador de Estados Unidos en Moscú, Jack Matlock. Bessmertnij estuvo de acuerdo.

El 22 de junio, Gorbachov, Kryuchkov, Yazov y el resto de la cúpula dirigente soviética tomaron parte en una ceremonia anual en Moscú, colocando una corona de flores en la tumba del soldado desconocido en las afueras del Kremlin. Mirado retrospectivamente, parecía una escena de una tragedia de Shakespeare: el monarca rodeado de sus hombres, sus deferentes consejeros, aquellos que más tarde lo traicionarían.

Después de la ceremonia, Gorbachov mantuvo una breve reunión privada con Bessmertnij.

El ministro le preguntó qué tal había ido la reunión con el embajador

estadounidense.

Bien, contestó Gorbachov. Una vez que recibió la información, mantuvo una «dura charla» con los involucrados. Y eso fue todo.

En un documento fechado el 20 de junio de 1991, el mismo día en que Baker se reunió en secreto con Bessmertnij, el KGB citó a una fuente del «círculo interno» de Gorbachov que analizaba fríamente la forma de sacar a Gorbachov del poder o, por lo menos, la forma de obligarlo a adoptar una postura cada vez más conservadora. El documento, descubierto más tarde por los fiscales rusos, decía que la administración Bush despreciaba a Yeltsin y calificaba de «catastrófica» para las relaciones soviético-estadounidenses la posibilidad de que accediera al poder supremo. Afirmaba, asimismo, que el círculo de Bush comenzaba a preguntarse si Lukyanov no estaría situándose como sucesor de Gorbachov. El documento sostenía que el camino «más lógico y sensato» que debía seguirse era forzar a Gorbachov a renunciar a una postura radical, del mismo modo en que fue «persuadido» en su momento a dejar de lado el programa de los quinientos días. No se mencionaba el nombre de la fuente del análisis.

Fue un verano trufado de engaños. Poco a poco, los conspiradores minaron la autoridad del presidente. El intento de junio por apoderarse de los poderes de Gorbachov en el Parlamento había fracasado, pero seguían insistiendo, humillando al presidente de diferentes maneras.

No obstante las reiteradas promesas de que no lo harían, los militares efectuaron pruebas nucleares en Semipalatinsk y en Novaya Zemlya sin el consentimiento de las repúblicas o de las autoridades nacionales. El

Ministerio de Defensa y el Estado Mayor estuvieron a punto de hacer fracasar el Tratado de las Fuerzas Armadas Convencionales en Europa por hacer trampas con las reglas para el cálculo del número de armas. Mientras Gorbachov se encontraba en Oslo para recibir el Premio Nobel, la Fiscalía emitió un informe exonerando a las tropas que habían participado en la matanza de Vilnius; ese mismo día, las tropas en Lituania instalaron quince puestos de control y efectuaron dos arrestos. Todo esto colocó a Gorbachov en la difícil posición de tener que responder a preguntas embarazosas en lo que, de otro modo, hubiera sido una rueda de prensa triunfal. Mientras Gorbachov procuraba que lo invitaran a la cumbre de las naciones industrializadas que se celebraría en Londres, el comandante de las fuerzas soviéticas en Alemania Oriental envió una carta al ministro de Asuntos Exteriores de Alemania Occidental amenazando con reducir el ritmo de la retirada de tropas si Bonn no aceleraba la construcción de viviendas en la Unión Soviética para los soldados que regresaban.

Ante cada nuevo incidente, los dirigentes negaban que hubiese una intención política y apretaban con más fuerza los dedos sobre el gatillo.

Era fácil desviar la mirada. A pesar de todas las señales que indicaban lo contrario, la mayor parte de las conversaciones en Moscú durante los primeros días del verano de 1991 eran razonablemente optimistas. Gorbachov parecía haber cambiado una vez más de rumbo, esta vez haciendo las paces con Yeltsin y los demás dirigentes de las repúblicas. Las negociaciones para el Tratado de la Unión parecían avanzar sin los contratiempos habituales.

Sin embargo, tres días después de que Yeltsin promulgara un decreto prohibiendo la existencia de células del Partido en las instituciones de gobierno y justo una semana antes de que George Bush llegara a la ciudad para celebrar una cumbre con Gorbachov, el principal periódico de los

reaccionarios, el *Sovetskaya Rossiya*, publicó un llamamiento bajo el título «MENSAJE AL PUEBLO». Firmado por los más destacados generales, políticos y escritores de derecha, el llamamiento, con fecha del 23 de julio, afirmaba que Rusia se encontraba sumida en una «tragedia sin precedentes»: «Nuestra Madre Patria, este país, este gran Estado que la historia, la naturaleza y nuestros predecesores nos llamaron a salvar, está muriéndose, desmembrándose y precipitándose en la oscuridad y en la nada ... ¿Qué ha sido de nosotros, hermanos?». El lenguaje era apocalíptico, con imágenes de «la nave del Estado hundiéndose en la no existencia» y las fuerzas del mal traicionando a una gran potencia. «Nuestro hogar está siendo devorado por las llamas ... los huesos de nuestra gente están siendo triturados y la espina dorsal de Rusia se parte en dos.» Incluso condenaba al Partido Comunista por haber entregado el poder a «parlamentarios frívolos y torpes que nos han vuelto los unos contra los otros y han promulgado miles de leyes cuya función es esclavizar al pueblo y dividir el atormentado cuerpo del país ... ¿Cómo hemos podido permitir que accedan al poder personas que no aman a su país, que se inclinan ante amos extranjeros y que buscan consejo y bendición en el exterior?».

Firmaban la carta el general Boris Gromov, último comandante en jefe en Afganistán y por entonces adjunto de Pugo en el Ministerio del Interior; el general Varennikov nuevamente; Vasily Starodubtsev, jefe del *lobby* agrícola conservador, y Alexander Tizyakov, director de una asociación de factorías militares. Durante meses, Tizyakov había estado circulando con un maletín lleno de documentos que esbozaban la forma que podría tomar un golpe militar. Pero el autor principal del llamamiento era Alexander Projanov, editor y novelista cuya oda al imperio soviético en *Un árbol en el centro de Kabul* lo llevó a adoptar el apodo de «Kipling soviético». Esperaba el golpe como si se tratara de la Navidad. «Prepárese para la

próxima ola, amigo mío —me dijo en una ocasión—, prepárese.» Projanov, probablemente con ayuda de otros dos escritores y signatarios, Yuri Bondarev y Valentin Rasputin, logró captar el sentimiento apocalíptico en el corazón de cada reaccionario. Como señaló Natalya Ivanova, una crítica literaria, en un magnífico ensayo publicado en la revista mensual *Znamya*, el llamamiento del 23 de julio, con su nacionalismo ramplón y su tono de autocompasión, empleaba el mismo lenguaje que el anuncio del juicio final de la primera mañana del golpe de agosto. Los conspiradores abogaban por una nueva vanguardia, no de comunistas, sino de soldados, sacerdotes, trabajadores, campesinos y, por supuesto, escritores. «Tampoco puedo dejar de señalar —escribió Ivanova—, que la víspera del golpe la editorial del ejército publicó millones de folletos titulados "Los Cientos Negros y los Cientos Rojos" en que exponía de forma detallada el programa del partido nacional de 1906.» Los nacionalistas de 1906, como los golpistas de 1991, querían disolver el Parlamento, formar un gobierno militar de emergencia y prohibir todos los periódicos y revistas de izquierda. «Mensaje al pueblo» era un llamamiento sin tapujos a un golpe de Estado.

«No ocultábamos lo que queríamos —me dijo Projanov—. ¿Para qué guardar secretos? Vivimos en una democracia, ¿no es así?»

A pesar de que Gorbachov no estaba muy atento a los nubarrones de tormenta, Yeltsin sí lo estaba. El 29 de julio, Yeltsin fue a la dacha de Gorbachov para finalizar las negociaciones acerca de un nuevo Tratado de la Unión. Gorbachov ya estaba de acuerdo con un lenguaje que otorgaría mayor poder a las repúblicas y que permitiría que los estados bálticos obtuvieran su independencia en poco tiempo. Yeltsin aspiraba a más. Quería poder controlar los asuntos económicos, y su objetivo durante esa reunión

fue convencer a Gorbachov de que las repúblicas —y no Moscú— deberían tener la capacidad de recaudar impuestos y utilizar los fondos como les pareciera conveniente.

La conversación duró horas. Yeltsin, Gorbachov y el presidente de Kazajstán, Nursultan Nazarbayev, dedicaron tanto tiempo al asunto de los impuestos que tuvieron que interrumpir la reunión para cenar y luego proseguir.

En cierto momento, los dos líderes republicanos no pudieron seguir guardando silencio. Yeltsin le dijo a Gorbachov que el ala derecha de la cúpula dirigente de la Unión estaba haciendo todo lo posible por impedir la transición a una democracia genuina y a una economía de mercado, y afirmó que Kryuchkov y Yazov estaban claramente en contra del Tratado de la Unión. Nazarbayev estuvo de acuerdo con Yeltsin, y agregó dos nombres más a la lista de «detractores»: el primer ministro, Valentin Pavlov, y Anatoly Lukyanov, presidente del Soviet Supremo y gran amigo de Gorbachov durante cuarenta años.

Yeltsin dijo que esa gente sabía que el tratado representaba el fin de su poder. En una Unión encabezada principalmente por los dirigentes de las repúblicas, Yazov y Kryuchkov serían destituidos y habría que liquidar sesenta o setenta ministerios de la Unión.

Gorbachov contestó que sí, por supuesto. Después de todo, agregó, no era ciego. «Habrá que reorganizarlo todo, incluidos el ejército y el KGB. Esperaremos hasta después de que se haya firmado el Tratado», dijo. Agregó que Lukyanov, Kryuchkov y el resto «no son tan malos como ustedes creen».

En ese momento, Yeltsin se levantó de su silla y salió al balcón. Nazarbayev y Gorbachov lo observaron con sorpresa. ¿Qué buscaba Yeltsin?

«Comprobar si nos vigilan», replicó.

Nazarbayev y Gorbachov lanzaron una sonora carcajada. ¡Qué imaginación la de Yeltsin! ¡Espiar al presidente y al secretario general del Partido! ¡Qué absurdo!

Después de todo, ¿cómo podía un hombre como Anatoly Lukyanov, presidente del Soviet Supremo, traicionar a un amigo al que conocía desde la universidad? Era abogado, al igual que Gorbachov, y un poeta aficionado, al igual que Andropov, y su amistad había quedado consignada en versos inmortales.

Guarda tu conciencia para tus amigos.
No busca un amigo ganancia ni adulación.
La conciencia y un amigo uno son.
En la tormenta, el frío y el trueno,
¡guarda tu conciencia para tus amigos!

«Siento un gran aprecio por él —dijo Lukyanov al referirse a Gorbachov—. Le aprecio mucho, aunque no puedo cambiarlo. Hablando francamente, conozco sus puntos débiles, sus flaquezas ... De todas las personas que participaron en la *perestroika*, solo yo permanecí al lado de Gorbachov; todos los demás se fueron, los de izquierda y de derecha.»

Pero eso fue más adelante, cuando Lukyanov estaba en la cárcel acusado de traición.

En el momento en que Bush llegaba a la Unión Soviética para la cumbre en los últimos días de julio, *Noticias de Moscú* me pidió que escribiera un breve artículo acerca de la reacción estadounidense frente a lo que, ocurría

en la Unión Soviética. Aproveché la oportunidad para decir que, mientras Gorbachov estuviera rodeado de reaccionarios antioccidentales, Washington seguiría actuando con suma precaución en la entrega de ayuda e inversiones. Escribí lo siguiente: «Para Occidente constituye un misterio el hecho de que Gorbachov todavía esté rodeado de un círculo de asesores y profesionales tan contrarios a las reformas. Por cada Alexander Yakovlev (un hombre que ha transformado su visión del mundo) existen, al parecer, por lo menos una docena de Pavlov».

Yo no hacía sino repetir lo que había oído miles de veces, pero ¿quién escuchaba en el Kremlin? Junto con Michael Dobbs y un par de redactores recién llegados, iniciamos una ronda de visitas a algunos de los asesores más cercanos de Gorbachov, *apparatchiks* liberales como Andrei Grachev, Yevgeny Primakov y Georgi Shajnazarov. Los interrogamos acerca de «Mensaje al pueblo» y otras señales aciagas, y ellos trataron de dar explicaciones. «Así está el ambiente», dijo Grachev, pero no parecía demasiado preocupado, como tampoco lo estaban los demás. En cambio, el principal asesor de Yeltsin, Gennadi Burbulis, nos dijo que, políticamente, Moscú era una «campo minado». «Hay que pisar con mucho cuidado», dijo con cansada sonrisa.

Y, como para corroborar su visión de las cosas así como la mía, los hombres de Pugo acabaron con la vida de ocho policías fronterizos lituanos durante la visita de Bush. Pugo negó tener conocimiento del incidente. Simplemente, no estaba enterado de nada.

Gorbachov se sintió humillado. «Es difícil explicar lo sucedido», le dijo a la prensa, con el presidente estadounidense sentado junto a él.

Entretanto, Kryuchkov había intervenido los teléfonos de Gorbachov y de toda persona que tuviese el más mínimo acceso al presidente, incluida la peluquera de Raisa Gorbachova. En los registros de espionaje, Gorbachov

aparecía bajo el número «110» y Raisa bajo el «111», y había decenas de otros códigos. Kryuchkov ya no podía tolerar un día más al presidente. «Gorbachov no está reaccionando adecuadamente frente a los acontecimientos», les dijo el jefe del KGB a los demás conspiradores.

Tal vez fuera el clima lo que confundió a todo el mundo, el sol luminoso y la brisa fresca que inducían a creer que pronto todo andaría bien. O tal vez fuera la noticia de que Lazar Kaganovich, el último lugarteniente de Stalin aún con vida, acababa de fallecer.

Durante aproximadamente cuatro años estuve tratando de conocer a Kaganovich. Sin embargo, mis esfuerzos fueron en vano. «No recibo a nadie», me dijo con voz de cuero gastado. Ya había sido engañado en una ocasión. Bajo el pretexto de que era un amigo suyo, un jubilado soviético había ido hasta su apartamento. El solitario anciano lo había invitado a entrar y había contestado a sus preguntas. Nunca sospechó que sus comentarios serían publicados en el *Sovetskaya Kultura*. Durante esa conversación, Kaganovich no ofreció disculpas por sus actos y describió la reforma del Estado estalinista en un tono de cansado disgusto. Le resultaba increíble que la gente todavía pudiera acusar a Stalin de la situación del país. «¡Stalin murió hace treinta y cinco años! —dijo—. Además, ¿cómo pueden atacar a un hombre que salvó al país del fascismo?

Kaganovich se quejó de su salud, de sus ataques al corazón, de sus noches en vela. Sin embargo, afirmó que había una cosa que lo animaba a seguir adelante: «El socialismo saldrá victorioso. De eso estoy seguro». Añadió que era vergonzoso que se permitiera que Hungría, Polonia y demás «retomaran una línea burguesa». En la Unión Soviética, un retroceso de esa índole era impensable.

«Creo en la fuerza de nuestro Partido —dijo Kaganovich—. Y el socialismo saldrá victorioso. No cabe duda.»

Incluso estando muerto, Lazar Moiseyevich logró insultar la dignidad de su país. En los años treinta, la policía secreta solía llevar los cuerpos al monasterio de Donskoi para ser incinerados. Cuando las purgas alcanzaron su punto culminante, se incineraba ahí hasta a mil víctimas al día. Y ahora Kaganovich, quien supervisara esta magna empresa, iba a ser incinerado en Donskoi.

Mientras yo me ocupaba de asuntos relacionados con la cumbre, mi amigo Masha Lipman logró introducirse en el apartamento de Kaganovich y sostuvo una larga conversación con su enfermera. La pobre mujer olía a vodka. La vivienda parecía una biblioteca fantasma, con los estantes repletos de antiguos y polvorientos volúmenes de actas del Partido Comunista.

En Donskoi, los acompañantes de Kaganovich no demostraron interés alguno por las víctimas del hombre. Se agolparon alrededor de un desvencijado autobús que transportaba el féretro, cubierto de cintas. Maya, la ya anciana hija de Kaganovich, condujo a los parientes hasta una capilla. Antes de que empezara la ceremonia, alguien levantó la cubierta del féretro para descubrir el rostro del hombre de confianza de Stalin; traje negro, cuello flácido, nariz larga, fino bigote gris, un enorme y marchito cadáver. Los acompañantes escucharon las palabras de alabanza para la gran obra del hombre, la construcción del metro de Moscú. Nadie mencionó el hecho de que hubiera desempeñado un papel importante en la colectivización. Cuando la ceremonia hubo terminado, se abrió el suelo debajo del féretro y luego se cerraron unas compuertas automáticas sobre este. Me dijeron que

el horno estaba en el piso de abajo. Pronto Kaganovich no sería más que un montón de cenizas.

Más tarde, estando ya fuera, el sobrino de Kaganovich, Leonid, me dijo: «Todavía se debate acerca de la historia. Pero ¿qué es el mal? Hay que comprender los tiempos en que vivió». Además de los familiares, había allí unos cien estalinistas para despedir a su último gran héroe. La gente sollozaba. Fue un hombre que nunca cambió de parecer —me dijo Kira Korniyenkova, una de las estalinistas que yo conocía mejor en la ciudad—. Fue un gran marxista-leninista.» Otro acompañante me dijo, entre sollozos, que había sido un gran hombre, pero que «si el que yaciera muerto aquí fuera Gorbachov, no colocaría una sola flor, eso se lo aseguro».

Cuando salíamos del monasterio, Masha y yo nos encontramos con Ales Adamovich. Algunos años atrás, Adamovich había sido acusado de difamación por el abogado estalinista Ivan Shejovtsov, y sometido a juicio. Adamovich fue quien le advirtió a Gorbachov en el Congreso acerca de los generales que un día derramarían sangre y limpiarían las manchas en su traje. No pudo resistir la tentación de asistir al funeral de Lazar Kaganovich. «Stalin, Hitler y Nerón; creo que Kaganovich merece estar en la lista —me dijo—. Esto representa la caída del estalinismo. ¿Quién será el próximo difunto? ¿El propio Partido Comunista?» Nunca vi ningún hombre de tan buen humor en un funeral.

Tal vez lo que hacía parecer tan vulnerables a los hombres del régimen ese verano era que habían perdido el Misterio largo tiempo atrás.

El Misterio —la noción teológica de que los actos y propósitos de la deidad son desconocidos— fue siempre un aspecto central de la seudoteología del Estado ateo. Stalin debió de recoger la idea durante su

fracasada carrera en el seminario. Una de las claves de su propio misterio era que no se dejaba ver; de ahí que, un hombre mediocre y picado de viruela se convirtiera en un dios. Durante décadas, las reuniones del Politburó de los jueves por la mañana fueron más misteriosas que las sesiones del colegio cardenalicio; las transferencias de poder eran más difíciles de descifrar en el Kremlin que en el Vaticano. El lenguaje de catecismo utilizado por *Vremya* o los carteles tipo icono de los grandes jefes, contribuían al Misterio. Pero de todo esto casi no quedaba nada. Ahora, nos enterábamos por medio de la prensa de los detalles del mausoleo de Lenin; resulta ser que existían otros pisos debajo del sanctasanctórum y que en uno de ellos había un gimnasio para los guardias y un baño y un buffet para los visitantes importantes; debajo de este, había una «sala de control» que supervisaba cuidadosamente la temperatura y el deterioro de Vladimir Ilyich. Las *Memorias* de Yeltsin se convirtieron en un *best seller* que circuló de forma clandestina precisamente porque acabaron con el Misterio. El libro daba a conocer los temas de conversación privados de los poderosos, sus mezquinas avaricias, sus flaquezas. Describía para el público el afán de lujo de Gorbachov, sus baños de mármol y sus piscinas.

Una mañana, el *Komsomolskaya Pravda* publicó un artículo acerca de una mujer que había trabajado durante años como costurera en la sastrería secreta que mantenía el KGB para disfrute de los mandatarios del país. Klava Lyubeshkina cosía trajes para todos, desde el cadáver embalsamado de Lenin («cada dieciocho meses la tela comenzaba a perder su lustre original») hasta Gorbachov. La mujer informó al periódico, que los maniquíes de los miembros del Politburó se conservaban en armarios especiales que nadie, salvo los cortadores y los sastres, se atrevían jamás a tocar. «Trabajábamos siempre detrás de puertas cerradas y rodeados de guardias armados ... dos o tres veces al año, un especialista del KGB

viajaba al extranjero, generalmente a Austria o a Escocia, para comprar telas para los trajes.»

La policía secreta había abierto la tienda en 1938, en plena purga. Klava solo veía a sus clientes en los estudios de *Vremya*, y se refería misteriosamente a ellos como «unidades». Era una devota. Encendía el televisor expresamente «para ver si los trajes les quedaban bien o si estaban arrugados». Recordaba haber trabajado durante tres días y tres noches seguidas para terminar las hojas de laurel bordadas con hilo de oro para el nuevo ministro de Defensa, el mariscal Ustinov, así como la tacañería de Andrei Gromyko («siempre mandaba hacer arreglos, nunca un traje nuevo») y las pataletas de Mijail Suslov cuando la talla no le quedaba perfecta.

El sentimiento de Misterio que embargaba a Klava terminó un día cuando tres hombres vestidos con batas blancas la atacaron, le ataron los brazos a la espalda y la internaron en una clínica psiquiátrica. El KGB la había tomado por una disidente. Klava solicitó que la pusieran en libertad, diciendo que estaba confeccionando un traje para Yuri Andropov y que se encontraba «a medio hacer» en el estudio. Los agentes le permitieron utilizar el teléfono y pudo informar a sus colegas de dónde se encontraba. Pronto el KGB la dejó en libertad. Para compensar el «daño moral», el Estado le regaló a Klava un reloj japonés. Poco antes de jubilarse, en el año 1987, tuvo el placer de confeccionar un traje para Gorbachov. El nuevo jefe soviético la recompensó con una caja de bombones.

En su vejez, a Klava se le adjudicó una mísera pensión de cien rublos mensuales. Escribió al Kremlin solicitando un aumento, pero no consiguió nada. Sin embargo, no podía decirse que los bolcheviques carecieran de sentimientos. En 1991, Kryuchkov envió tarjetas de felicitación a todas las costureras con motivo del Día Internacional de la Mujer. Por su parte, Klava

se dio el gusto de revelar los secretos de la tienda de confecciones del Kremlin a los veinticinco millones de lectores del *Komsomolskaya Pravda*. «Trabajamos ahí durante muchos años en silencio —manifestó—, y siempre quisimos revelar el Misterio.»

La mayoría de los *apparatchiks* que todavía iban a trabajar al Comité Central ese verano eran hombres cansados, ancianos y profundamente preocupados. Seguían aferrados al sistema, esperando poder gozar de los beneficios un año más. Los más inteligentes se habían convertido en hombres de negocios.

Arkady Volsky había servido lealmente al Partido. Era asistente de Andropov, un magnate de la industria socialista y consejero de Gorbachov. Y sabía lo que venía. Así es que Volsky y algunos de sus semiliberales y ultrainteligentes amigos comenzaron a echar una mirada al nuevo mundo. Comprobaron que la Liga de Jóvenes Comunistas, que en el pasado había sido la incubadora de nuevos ideólogos, se había transformado en la Escuela de Negocios de Harvard de la nueva cultura y formaba empresarios en sectores que iban desde las concesionarias de videojuegos hasta la venta de ordenadores, y las editoriales. Con contactos en el gobierno, exoneraciones de impuestos y cientos de miles de rublos en fondos del Partido, los jefes del Komsomol crearon enormes bancos comerciales que comenzaron a dominar la escena financiera soviética. Algunos de los liberales de mayor edad del Partido también comenzaron a adentrarse en los negocios. Svyatoslav Fyodorov, oftalmólogo de fama internacional y miembro del Comité Central hasta 1990, fundó una clínica moderna e independiente y amasó una fortuna. Cuando el primer ministro Pavlov

acudió a la clínica de Fyodorov y exigió el 80 por ciento de las ganancias en divisas, Fyodorov le dijo: «Vete a la mierda».

«La batalla política por el poder es ahora la batalla por la propiedad, —declaró Fyodorov al *Komsomolskaya Pravda*—. Si las personas tienen propiedades, tendrán poder. De lo contrario, serán para siempre asalariados».

Volsky y un experto gerente de fábrica llamado Alexander Vladislavlev crearon la Unión Científica Industrial. La idea era ejercer de enlaces entre potenciales inversores extranjeros y las empresas existentes en la Unión Soviética. Para asegurarse de que nadie pusiera en duda sus vínculos con el Partido y el mundo de la empresa soviética, Volsky alquiló oficinas por 750.000 rublos al año en un edificio adyacente al Comité Central. «Estamos aquí por la misma razón que un banco de Nueva York desea estar ubicado en la Quinta Avenida», me dijo Vladislavlev. La idea era brillante. La UCI era el lugar indicado para lograr acceso a las esferas de poder. «Juntamos nuestros recursos y nuestra mano de obra barata con los cerebros y la tecnología de ustedes —dijo Vladislavlev—. Ustedes acuden a nosotros porque nosotros sabemos dónde están los mejores negocios de la privatización.» Treinta y nueve asociaciones industriales soviéticas, la Asociación de Fábricas Militares entre ellas, pagaban diez mil rublos al año para contarse entre sus miembros. Otras dos mil empresas pagaban un porcentaje de sus beneficios en concepto de cuota.

Era un negocio redondo, y esa primavera escribí un artículo para el *Post* acerca de la clase emergente de «comunistas convertidos en capitalistas». Cuando un par de redactores de mi periódico viajaron a Moscú para la cumbre, tuve que ocuparme de buscar lugares que visitar, gente que conocer. Mencionaron que les gustaría conocer a Arkady Volsky. ¿Por qué no?

Llegamos los tres a las oficinas de Volsky para lo que suponíamos que sería una entrevista sobre la economía del país.

«Encantado de conocerlo», fue el saludo de Volsky a uno de los redactores. «Encantado de conocerlo», le dijo al siguiente. Y luego me saludó diciendo: «Menos encantado de conocerlo a usted». Me miró airadamente y las ventanas de su nariz se ensancharon como las de un toro. Pensé que eso no iba a ser fácil. No tenía ni idea de por qué.

Durante algunos minutos, Volsky se quejó de que mi artículo había sido injusto, que hacía mofa de un proceso «normal», como lo es la creación de una economía de mercado. Pero luego sus quejas tomaron un cariz desagradable. Volsky señaló que yo había escrito que uno de sus principales consultores era Rodimir Bogdanov, un conocido funcionario del KGB. Durante los últimos años del estancamiento y los primeros años de la *glasnost*, Bogdanov fue una de las pocas personas a las que un visitante extranjero podía acercarse para una entrevista. Es más, señaló Volsky, yo había escrito que el presidente de Seagram, Edgar Bronfman, y el magnate de los negocios inmobiliarios Mortimer Zuckerman se habían reunido con Bogdanov y otras personas de la UCI con la esperanza de cerrar algún negocio.

«¡Es usted el peor tipo de antisemita!», vociferó Volsky. ¿Por qué había ensuciado la reputación de un buen hombre como Bogdanov, por qué había mencionado dos nombres tan claramente judíos como Bronfman y Zuckerman? «¿No se da cuenta de lo que la gente hará con esto?»

Todavía no me era posible saber si, en su furia, Volsky tenía idea de que yo soy judío. Para ser franco, bastaba con que el miembro de una tribu de Malaui me echara un vistazo para que dijera: «Este hombre es judío». Pero Volsky no atinaba.

«Esto es ridículo —dije finalmente—. No se da cuenta de que no soy

diferente de Zuckerman o de Bronfman. Solo soy más pobre. ¿Cómo se le ocurre venirme con una lección sobre antisemitismo?»

No comprendía a qué venía todo ese asunto hasta que Volsky finalmente dijo: «No se da cuenta de lo que esa gente de la colina puede hacer con esto?».

En «la colina» estaba la Lubyanka, la sede del KGB.

A pesar de toda su habilidad financiera, su astucia y de relaciones con los industriales militaristas, Volsky era uno de los moderados en las altas esferas del *apparat*. En el mes de agosto contribuyó, junto con Yakovlev, Shevardnadze, Popov y Sobchak, a fundar el nuevo Movimiento para las Reformas Democráticas. Y, como los demás, tenía un sexto sentido para lo que tramaban en sus cabezas los hombres que protagonizarían el golpe. Volsky estaba hecho un manojo de nervios y se había desquitado un poco conmigo.

Los liberales que aún tenían acceso a Gorbachov cifraban sus esperanzas en la nueva alianza con Yeltsin, pero ese verano percibieron señales inquietantes. Siempre habían sabido, a pesar de las declaraciones públicas en sentido contrario, que existía la posibilidad de una contrarrevolución abierta. La verdad, me dijo Shevardnadze, era que «siempre nos topamos con dificultades, incluso desde los primeros días del pleno de 1985 y los comienzos de la *perestroika*. Si alguien cree que los predecesores de Pavlov, Kryuchkov y Yazov eran más progresistas, se equivoca. También en aquel entonces hubo fuertes discusiones. Es importante tener por lo menos una idea general del tipo de lucha que se dio en la jefatura política para definir la "línea general" y la *perestroika*».

Shevardnadze dijo que, después de su renuncia como ministro de

Asuntos Exteriores en diciembre de 1990, sus rivales conservadores en la cúpula dirigente lo seguían llamando para consultarlo acerca de problemas políticos prácticos: cómo lidiar con los afganos o quién era quién en los distintos gobiernos de Occidente. Pero afirmó que alrededor de junio de 1991, percibió que ya no le pedían consejo como antes. Tenía la sensación de que se había creado un vacío alrededor de él y de que su teléfono había sido intervenido. «Se estaba formando un poder en la sombra», dijo Shevardnadze.

También Yakovlev dijo que había observado con impotencia como Lukyanov, Kryuchkov y el resto atosigaban a Gorbachov con consejos engañosos. «Esos hombres son unos aduladores —me dijo Yakovlev—. Te miran a la cara con esos honrados ojos azules y te dicen: "Estamos con el pueblo, somos los únicos que podemos salvarlo, los únicos que aman y respetan a la gente. Los demócratas, en cambio, no hacen sino criticarlo e insultarlo". Gradualmente esto termina por afectar a la gente. Lukyanov fingía ser un demócrata y luego, en las sesiones del Politburó, era el halcón más despiadado de todos. Lukyanov decía: "¡Hay que reprimirlos! ¡Sin piedad!". Decía: "¿Sabe, Mijail Sergeyevich? Le apuntan, están tratando de atraparlo, de derrocarlo".»

En julio, justo antes de retirarse del equipo de Gorbachov de manera definitiva, Yakovlev le dijo: «La gente que lo rodea está podrida. Por favor, se lo ruego, compréndalo de una vez». «Exagera», le respondió Gorbachov.

Shevardnadze y Yakovlev, los dos hombres que habían estado más cerca de Gorbachov en el apogeo de la *perestroika*, ahora observaban impotentes como se avecinaban las nubes de tormenta. «Gorbachov es un hombre de carácter. Una persona sin carácter no hubiese podido iniciar la *perestroika* —escribió Shevardnadze en sus memorias—. Gorbachov entrará en la historia como un gran reformador, un gran revolucionario. Los comienzos

no fueron fáciles. Pero le gustaba demasiado maniobrar ... Claro está, un gran político tiene que saber maniobrar, pero hay límites. Llega un momento en que uno debe reconocer que las consideraciones tácticas no son lo más importante, en que hay que decir: “Esta es mi estrategia, me apuesto por la democracia y por las fuerzas democráticas”. Y en esto mi querido amigo reaccionó demasiado tarde.»

Ese verano había indicios de traición por doquier. El secretario de prensa de Gorbachov, Vitaly Ignatenko, percibió entre los conservadores pequeñas señales de impertinencia y de exceso de confianza que lo preocuparon. Observó que el 2 de agosto, antes de que hubiese llegado la orden de Gorbachov, alguien cortó las líneas telefónicas de Yakovlev en el Kremlin y sus sistemas de comunicación con el gobierno. Entretanto, el favorito de los *apparatchiks*, Yegor Ligachov, retirado hacía más de un año, seguía teniendo acceso telefónico al Kremlin... desde su apartamento.

Ignatenko dijo también que durante los días que estuvo de vacaciones en Sochi, justo antes del golpe, observó que el miembro del Politburó Oleg Shenin se trasladaba a la dacha número cuatro, una residencia aislada dentro del recinto especial. «Se estaba tomando unas vacaciones que no correspondían a su rango —dijo Ignatenko—, en una enorme dacha que había estado desocupada durante seis años o más ... Solo el presidente tenía derecho a tener su propia dacha aquí, o tal vez el primer ministro.»

Para aquellos capaces de percibirlas, las señales eran múltiples. Alexander Projanov declaró a la *Nezavisimaya Gazeta* que había llegado el momento de que «las fuerzas patrióticas» tomaran el poder «por el cuello». Projanov dijo que el movimiento para unir «a los marxistas-leninistas, a los comunistas rusos, a los liberales socialdemócratas, a los grupos extremistas profascistas, a los escritores y artistas, a los industriales del sector del armamento y a los monárquicos paganos» cobraba forma rápidamente para

impedir la desintegración del país. «Nuestra nación necesita un verdadero líder —dijo—. No se puede dejar a la gente a merced del destino en un momento como este.»

En junio, Kryuchkov viajó a La Habana por invitación personal de Fidel Castro. De acuerdo con un informe de *Izvestia*, publicado meses más tarde, Kryuchkov llegó a varios acuerdos secretos con Castro en virtud de los cuales se aseguraron de que Cuba seguiría siendo comunista y estando bajo la influencia de la órbita soviética, a pesar de los conflictos entre ambos países durante la era de Gorbachov. Unas semanas más tarde, el aliado de Kryuchkov, el vicepresidente Gennadi Yanayev, le envió una carta a Castro diciendo que no debía preocuparse por la situación en Moscú. «Pronto habrá un cambio a mejor.»

El 6 de agosto, estando Gorbachov en Crimea junto a su familia para sus vacaciones de verano, Kryuchkov llamó a dos de sus principales asesores y les pidió que redactaran un detallado informe analizando la situación del país con vistas a implantar de inmediato un estado de emergencia inmediato. El general Pavel Grachev, del Ministerio de Defensa, se integró a los dos funcionarios del KGB. Después de pasar dos días en el elegante centro de ocio y trabajo del KGB en el pueblo de Mashkino, el equipo informó a Kryuchkov de que, desde el punto de vista político, un estado de emergencia podía ser un asunto extremadamente complejo y que podría incluso agravar el desorden en el país. «Pero después de que se haya firmado el Tratado de la Unión será demasiado tarde para promulgar un estado de emergencia», les respondió Kryuchkov.

El 14 de agosto, Kryuchkov convocó nuevamente al grupo de trabajo y les pidió que elaboraran los documentos necesarios para un estado de

emergencia. No había tiempo que perder. Para el día 16, un borrador de la primera declaración del Comité de Estado para el Estado de Emergencia se encontraba sobre el escritorio de Kryuchkov. A las dos de la tarde, este llamó a su adjunto Genii Ageyev y le dijo que reuniera a un grupo para viajar a Foros, en Crimea, y planificar la desconexión del sistema de comunicación de Gorbachov con el resto del mundo.

A mediados de agosto, Esther y yo nos preparábamos para dejar Moscú después de tres años y medio de estancia en el país. Echaríamos de menos a nuestros amigos, nuestra vida en Moscú, pero nos esperaban las vacaciones y Alex, nuestro hijo de un año, todavía no conocía a sus abuelos y numerosos primos. Había llegado el momento. Durante esas primeras semanas de agosto nos despedimos de los amigos y, durante el día, yo trabajaba en algunos artículos y entrevistas que quería terminar antes de regresar a casa. Alexander Yakovlev, entre otros, aceptó recibirme unos días antes de mi partida. Junto con Michael Dobbs y Masha Lipman fui a su nuevo despacho en el Ayuntamiento de Moscú. Abordamos muchos temas, pero hablamos sobre todo de los principales acontecimientos de los últimos seis años y, en cierto momento, lo interrogamos acerca de la posibilidad de un golpe militar. Contestó que las fuerzas reaccionarias eran todavía peligrosas, pero que en cuanto a un golpe militar, bueno, no existía la tradición y, además, los militares «no son capaces de manejar nada por sí solos, incluido el ejército».

Resultó extraño, pues, que dos días después, el 16, al renunciar al Partido Comunista, Yakovlev declarara a través de Interfax: «La verdad es que la cúpula del Partido, contrariamente a sus propias declaraciones, se está deshaciendo del ala democrática del Partido y se prepara para una venganza

social y para un golpe de Estado y en el seno del PCUS». En vista de lo que habría de ocurrir, daba la impresión de que Yakovlev había recibido información, información específica, el día 15 o 16. Pero meses después, en una segunda entrevista, Yakovlev me dijo que en realidad no tenía información concreta acerca de los planes para el golpe. «Simplemente utilicé cierta lógica, me guié por un presentimiento. Tenía sentido que lucharan por conservar su poder. Sin el poder, no había futuro para ellos.»

El 17 de agosto, según me informó Shevardnadze más tarde, Yakovlev y los otros veintiún dirigentes del Movimiento para las Reformas Democráticas se habían reunido a puerta cerrada y habían acordado, de forma unánime, que un golpe de derechas era una amenaza inminente. «Esta debería haber sido una advertencia suficientemente clara —me dijo Shevardnadze—. Repruebo al presidente porque podría haber llegado a la misma conclusión e impedir el golpe.»

El gobierno de Estados Unidos se mostraba igualmente preocupado. Los informes de inteligencia no hicieron sino volverse más insistentes después de la reunión de Baker con Bessmertnij en Berlín. De hecho, resultó que, según documentos dados a conocer más adelante, Kryuchkov ya había comenzado a convocar reuniones para planear un golpe en noviembre de 1990.

El día 17, Esther y yo salimos de pícnic al campo con un grupo de amigos y nuestros hijos. Los niños chapotearon en las aguas del río y se embadurnaron con el almuerzo. Observamos a los rusos tomando el sol y nos asombramos de ver como su piel blanca a causa del invierno parecía incendiarse como una hoja de papel.

Después de un rato, Masha, Seriozha y yo dimos una caminata a través

de los bosques, pasando frente a las dachas derruidas y a unos ancianos vestidos con camisetas sucias que reparaban automóviles que nunca funcionarían, mientras los niños perseguían a los perros levantando una polvareda.

Unas cuantas semanas atrás, los tres habíamos asistido a una reunión de Tribuna de Moscú donde escuchamos a Andrei Nuikin, un conocido periodista y activista, decir que un golpe de Estado «no solo es posible, sino inevitable». Nuikin había estado repitiendo lo mismo durante años, y ese día salimos de la reunión pensando que se repetía demasiado, como una persona que lleva demasiado tiempo hablando del asesinato de Kennedy.

Ahora, mientras caminábamos, les pregunté a Seriozha y a Masha lo que opinaban. Lo más importante, contestaron ellos, es que habían decidido que, pasara lo que pasara, no se irían jamás del país.

«Hemos adoptado la política de “el último bote que parte” —dijo Masha—. Si las cosas se ponen realmente feas, si hay tanques en las calles y la gente se muere de hambre, si sucede lo peor, entonces nos iremos para salvar a los niños. Pero no antes.»

«Además, una junta nunca podría mantenerse en el poder —me dijo Seriozha—. Me sorprendería que fueran lo suficientemente estúpidos como para intentarlo, y más me sorprendería que durara.»

Esa misma tarde, en un complejo del KGB ubicado en las afueras de Moscú y conocido como ABC, Vladimir Kryuchkov convocó a los conspiradores a una reunión. Se trataba de otro de los sanatorios del KGB, con una piscina, saunas, una sala de cine y masajistas. Kryuchkov podía estar seguro de que en ese lugar la reunión sería confidencial. El complejo se encontraba rodeado por altas murallas y custodiado por guardias. Gorbachov y sus

ayudantes más liberales, Anatoly Chernyayev y Georgi Shajnazarov, estaban de vacaciones en Crimea. ¿Y quién escuchaba todavía a Shevardnadze o a Yakovlev?

Kryuchkov convocó la reunión al aire libre, frente a una mesa de pícnic. Se encontraban presentes el ministro de Defensa, Yazov, el primer ministro, Pavlov, el jefe del Politburó, Oleg Shenin, el jefe de las industrias militares, Oleg Baklanov, y el jefe de gabinete, Valery Boldin. La mesa estaba cubierta de bocadillos y todos bebían vodka ruso o whisky importado.

«La situación es catastrófica —aseguró Pavlov—. El país se enfrenta una hambruna. El caos es total. Nadie quiere obedecer las órdenes. La cosecha está desorganizada. Las máquinas están paradas porque no hay piezas de repuesto ni combustible. La única salida es un estado de emergencia.»

Kryuchkov y los demás estuvieron de acuerdo. «Mantengo regularmente informado a Gorbachov de la difícil situación —dijo Kryuchkov—, pero no reacciona como es debido. Me interrumpe y cambia de tema. No confía en la información que le proporciono.»

No era la primera reunión de esa índole entre los partidarios de la línea dura, y las quejas eran las acostumbradas. Pero ahora la situación había cambiado, se había vuelto más urgente. Gorbachov planeaba regresar a Moscú para firmar el nuevo Tratado de la Unión con Yeltsin y los demás líderes republicanos el 20 de agosto. Con Kryuchkov a la cabeza, los conspiradores decidieron que no había tiempo que perder. Informarían al resto de sus aliados: al vicepresidente Gennady Yanayev, al ministro del Interior, Boris Pugo, y al presidente del Soviet Supremo, Anatoly Lukyanov. Meses más tarde, Lukyanov informó al *Washington Post* de que Gorbachov había adoptado «posturas antisocialistas» y que se necesitaba un estado de emergencia para salvaguardar el «orden existente». Sin embargo, reconoció que habían dejado pasar «irremisiblemente» la oportunidad de

actuar. Yeltsin y los demás líderes republicanos se habían vuelto demasiado populares, demasiado fuertes.

Aun así, los conspiradores siguieron presionando. Decidieron enviar una delegación a Crimea para enfrentarse a Gorbachov. Le entregarían un ultimátum: o respaldaba el estado de emergencia o dimitía. Alguien sugirió que uno de los miembros de la delegación debería ser Boldin, el jefe de personal de Gorbachov, su vasallo durante más de una década.

Yazov se volvió hacia Boldin y le espetó: «Et tu, Brute?».

Durante el viaje de regreso, recordaría Yazov más tarde, lo invadió un sentimiento de lástima por Gorbachov.

«Si hubiese firmado el tratado antes de salir de vacaciones —pensó el mariscal— todo habría salido bien.»

18 DE AGOSTO DE 1991

La mañana después de su arresto, el mariscal Dmitri Yazov, vestido con su uniforme militar, contestó a las primeras preguntas del fiscal. Yazov dijo que se sentía como «un viejo estúpido». Pasaría el resto de su vida reprochándose su imbecilidad y el haber emprendido una acción que acarrearía tanta deshonra para él y para las fuerzas armadas a las que había servido durante medio siglo. Reconoció que desde un comienzo el complot había sido negligente, el producto de una acalorada y pasajera discusión y, luego, del impulso de derrocar a Gorbachov y a los líderes republicanos antes de que fuera demasiado tarde.

«Hacía ya un tiempo que veníamos reuniéndonos en distintos lugares. Discutíamos la situación del país —manifestó Yazov con voz lenta—. Fue inevitable que llegáramos a la conclusión de que la culpa era del presidente. Se había distanciado del Partido ... En los últimos años Gorbachov había

estado viajando al extranjero, y a menudo ni siquiera sabíamos lo que discutía en sus viajes ... Simplemente no estábamos listos para depender de Estados Unidos, política, económica o militarmente...»

PREGUNTA: ¿Cómo se tomó la decisión?

YAZOV: No existía realmente un plan para un complot. Nos reunimos el sábado 17 de agosto.

PREGUNTA: ¿Por invitación de quién?

YAZOV: De Kryuchkov.

PREGUNTA: ¿Dónde se reunieron?

YAZOV: En un lugar de Moscú al final de la Leninski Prospekt, doblando a la izquierda, cerca del puesto de policía. Hay un camino ahí ... Al finalizar la jornada de trabajo, Kryuchkov llamó y dijo que teníamos que hablar. Acudí. Luego llegó Shenin, y luego Baklanov. Y luego se dijo: «Tal vez debemos ir a ver a Gorbachov y hablar con él».

PREGUNTA: ¿Por qué tanta prisa? ¿Acaso porque la firma del Tratado de la Unión estaba prevista para el día 20?

YAZOV: Por supuesto. No nos satisfacía el borrador y sabíamos que el Estado se desmoronaría.

PREGUNTA: ¿Qué fue lo que les sugirió la idea de un Comité de Emergencia?

YAZOV: Estábamos en el despacho de Pavlov, Yanayev también se encontraba allí, y alrededor de las nueve llegó Lukyanov. Vino en avión. Había estado de vacaciones. Lukyanov dijo: «No puedo integrar semejante comité, soy presidente del Soviet Supremo, un órgano legal que está regido por esto y por lo otro. Naturalmente, hay algo que sí puedo hacer; ya efectué una declaración diciendo que el Tratado de la Unión traería como consecuencia el final de la Constitución». Después de eso se fue. Yanayev ya se encontraba bastante ebrio...

La última operación golpista saldada con éxito tuvo lugar en Polonia, en diciembre de 1981. En una noche helada entre las dos y las tres de la madrugada, el ejército y la policía secreta detuvieron a miles de activistas y simpatizantes de Solidaridad y los encerraron en «campos de internamiento». El régimen militar cerró las fronteras y luego invadió su propio país con tanques y tropas, dividiendo Varsovia y otras áreas clave en zonas cuidadosamente patrulladas. Se tomaron las emisoras de radio y de televisión. Transmitieron una y otra vez música marcial, el himno nacional y las palabras del líder, la declaración de un «estado de guerra». En caso de que a alguien no le hubiese quedado claro, los presentadores vestían uniformes del ejército. Se prohibió toda manifestación, toda organización estudiantil y sindical; se censuraron el correo y las comunicaciones telefónicas, y se implantó un toque de queda desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana. El Consejo Militar informó a la población de que actuaban para impedir un «golpe reaccionario». Actuaban en nombre de la «salvación nacional». Fue una operación perfecta.

Perfecta, pero no novedosa. El 26-27 de septiembre de 1917, Lenin escribió una misiva que luego se convirtió en un panfleto ampliamente difundido bajo el título de «Marxismo y rebelión». Faltando unos pocos meses para apropiarse del poder, Lenin estaba claramente obsesionado con la idea de una eficacia implacable: «Para afrontar una rebelión utilizando la estrategia marxista —escribió— es necesario no perder un minuto y trasladar los batallones leales hasta los objetivos más importantes, arrestar al gobierno ... apoderarse del telégrafo y del teléfono. En un momento crítico como este, hay que ser fiel al marxismo y tratar la rebelión como un arte».

Los sucesores de Lenin y Jaruzelski desplegaron tímidos esfuerzos para emular la vieja eficacia. Hicieron un pedido de doscientas cincuenta mil

esposas a una fábrica de Pskov y mandaron imprimir trescientos mil formularios de arresto. Kryuchkov emitió órdenes secretas en que duplicaba el salario de todos los hombres del KGB y les ordenaba regresar de las vacaciones para estar alerta. Desocupó dos plantas de la prisión de Lefortovo y preparó un búnker secreto en la Lubyanka por si los líderes del golpe necesitaban refugiarse. Y, para estar a la altura de los tiempos, el golpe se justificaría mediante argumentos jurídicos: una nación en crisis y un presidente enfermo. Llenarían las tiendas durante algunos meses utilizando para ello las provisiones que se conservaban en los almacenes militares para las situaciones de guerra. El pueblo estaría de acuerdo. ¿No lo había estado siempre?

Gorbachov descansaba como un rey. Cuando asumió el poder en 1985 se construyó un magnífico lugar de descanso, un complejo en el pueblo de Foros, en Crimea, que le costó al gobierno soviético alrededor de veinte millones de dólares. La familia de Gorbachov ocupaba la casa principal, una estructura de tres pisos con un pasillo central de mármol. Era el tipo de opulencia que se observa a veces cuando un jeque se traslada a Beverly Hills. Había un hotel para los guardias de seguridad y para el personal, una casa de huéspedes para treinta personas, árboles frutales y un bosque de olivos, una piscina cubierta, una sala de cine, un elaborado sistema de seguridad y una escalera mecánica hasta el mar Negro.

Era un milagro que Gorbachov hubiese podido irse de vacaciones. A decir verdad, en los peores momentos, siempre fue peligroso que dejara Moscú. La carta de Nina Andreyeva de 1988 fue publicada cuando partía a Yugoslavia. Los planes para la matanza de Tiflis, en el año 1989, se elaboraron mientras él se encontraba en Inglaterra. Los conservadores del Politburó a menudo pronunciaban discursos derechistas cuando Gorbachov se encontraba en Crimea. Y ahora, a pesar de las advertencias y los

augurios, se había alejado nuevamente de Moscú. Daba largas caminatas por la playa junto a Raisa. Nadaba, veía películas y leía volúmenes de historia rusa y soviética. Los médicos desplegaban todos sus esfuerzos para aliviar su crónico dolor de espalda. Gorbachov también dedicaba el tiempo a escribir un discurso para la firma del Tratado de la Unión y un largo artículo acerca del futuro, un artículo que incluso reflexionaba sobre la posibilidad de un golpe de Estado de derechas.

Gorbachov ha afirmado que no era ingenuo, que sabía muy bien de lo que eran capaces los conservadores; pero también ha insistido en que no tenía conocimiento previo del golpe, ni de una petición concertada para la declaración de un estado de emergencia. De acuerdo con el registro de las llamadas telefónicas que obtuvo Cable News Network, Gorbachov habló cuatro veces con Kryuchkov el 18 de agosto, y también mantuvo conversaciones con Yanayev, Shenin, Pavlov y con el viceprimer ministro, Vladimir Shcherbakov. En algún momento después de las dos de la tarde, Yanayev llamó a Gorbachov y le propuso que se reunieran en el aeropuerto de Moscú cuando regresara de las vacaciones al día siguiente. Acordaron verse en ese momento.

Yanayev, quien probablemente buscaba asegurarse de que la presa no se había movido, era un hombre vanidoso y de escasa inteligencia, mujeriego y alcohólico. No estoy seguro de poder describir cuán difícil es ganarse la fama de borracho en Rusia. Y Yanayev no era tan solo un borracho, era un bufón. El día en que se presentó ante el Congreso para su nombramiento como vicepresidente, uno de los diputados le preguntó si gozaba de buena salud. «Mi mujer no tiene quejas», fue la respuesta de Yanayev.

Alrededor de las cuatro de la tarde, Georgi Shajnazarov, uno de los últimos consejeros liberales de Gorbachov que quedaban, llamó para confirmar ciertos detalles del viaje a Moscú. Luego, casi como de pasada,

Shajnazarov le preguntó a Gorbachov por su salud. Gorbachov contestó que se encontraba bien, exceptuando su dolor de espalda crónico.

Gorbachov le había dedicado muchas horas de trabajo a su discurso para la firma del tratado, y ahora quería pasar un tiempo con Raisa, la hija de ambos, Irina, su yerno Anatoly y su nieta Oxana. Pero a las 4.50, el jefe de seguridad de Gorbachov le informó de que habían llegado visitas inesperadas, entre ellas Yuri Plejanov, director del Noveno Directorio del KGB, la división a cargo de la seguridad de la cúpula dirigente.

Gorbachov levantó un teléfono para averiguar de qué se trataba. No había convocado ninguna reunión y no estaba acostumbrado a las visitas por sorpresa. La línea estaba cortada. Probó con otra línea, también cortada. Gorbachov estaba estupefacto. Raisa entró en la habitación para averiguar lo que sucedía. «Mijail Sergeyevich tenía ocho o nueve teléfonos y todos estaban en silencio —diría ella más tarde—. Levanté el receptor y todos los teléfonos estaban muertos, incluso el del comandante en jefe. Tenemos ese teléfono a donde vamos: en nuestra casa de campo, en nuestro apartamento, en todas partes. Tiene una especie de cubierta y ni siquiera le sacudimos el polvo, porque se supone que no hay que quitarle la cubierta. Levantó también el receptor de ese teléfono y solo se oyó el silencio. No había nada que hacer.»

Antes de que entraran los visitantes, Gorbachov sabía perfectamente que algo andaba muy mal. Reunió a los miembros de su familia y les dijo que «podría suceder cualquier cosa». A su vez, ellos le contestaron que permanecerían junto a él, «hasta el final». Más tarde, al describir la escena y la profundidad de sus propios temores, Raisa parecía estar refiriéndose al asesinato de la familia Romanov después del golpe bolchevique. «Conocemos nuestra historia y sus aspectos trágicos.»

«Me paseé por la habitación y medité —recordaría Gorbachov—. No

pensaba en mí mismo, sino en mi familia, en mis nietas. Decidí que en esa situación era imposible pensar en salvar mi propio pellejo.»

La delegación se presentó: Plejanov, Shenin, del Politburó, Baklanov, del complejo militar-industrial, Boldin, asistente personal de Gorbachov, y, en representación del ejército, el general Varennikov, jefe de las fuerzas terrestres.

Gorbachov los condujo hasta su estudio.

—¿Quién los envía? —preguntó.

—El comité —respondió uno de ellos—. El comité designado para hacer frente a la emergencia.

—¿Quién designó a ese comité? Yo no designé a ese comité y tampoco el Soviet Supremo.

Varennikov le dijo a Gorbachov que no tenía opción. O se plegaba a la decisión o dimitía.

—No son ustedes más que unos aventureros y unos traidores y pagarán por esto. No me importa lo que les suceda a ustedes, pero destruirán al país. Solo los suicidas pueden sugerir la implantación de un régimen totalitario en el país. ¡Están empujando el país a una guerra civil!

Gorbachov le recordó a la delegación que el 20 de agosto se firmaría el Tratado de la Unión en Moscú.

«No habrá firma», fueron las palabras de Baklanov. Luego agregó: «Yeltsin ha sido arrestado. Será arrestado ... Mijail Sergeyevich, no le pedimos nada. Usted permanecerá aquí. Haremos todo el trabajo sucio por usted».

Gorbachov respondió que no participaría en su «aventura». La delegación continuó presionando. Le entregaron una lista de los miembros del Comité Estatal para el Estado de Emergencia (el GKChP). Gorbachov quedó estupefacto al ver los nombres de Yazov y de Kryuchkov. Había

sacado a Kryuchkov de la oscuridad y lo había convertido en ministro de Defensa precisamente para poder contar con un hombre que estuviera de su parte. Además, no era lo suficientemente inteligente como para ser desleal. Alexander Yakovlev solía decir que Yazov «no es un Spinoza». Kryuchkov, tal vez el más enérgico y decidido de los conspiradores, constituyó una sorpresa para Gorbachov ya que le había sido recomendado por un mentor mutuo, Yuri Andropov. Gorbachov veía en Kryuchkov a un hombre culto, alguien que había estado en el extranjero, que había visto algo más que el interior de Lubyanka. Pero el informe que el fiscal emitió sobre el golpe decía: «Kryuchkov consideraba que Gorbachov era un demente. Gorbachov desmanteló el sistema que se le había dado todo (ayudantes serviles, el respeto de sus enemigos y un estilo de vida confortable, incluso lujoso). ¿Podía acaso una persona en su sano juicio renunciar a todo esto?». Una y otra vez, Kryuchkov le insistía a Gorbachov en que dispersara a los manifestantes, que «mostrara de una vez por todas nuestra fuerza». Y cuando Gorbachov se negaba, Kryuchkov le decía a sus amigos: «El presidente no reacciona ante los acontecimientos».

La traición de Boldin representaba también una sorpresa enorme. Había comenzado a trabajar para Gorbachov en 1978 y tenía toda su confianza. Boldin era el jefe de personal. Vetaba cada nombramiento, controlaba el flujo de documentos hacia el escritorio del presidente. Además de Kryuchkov y Boldin, otro conspirador importante era Oleg Baklanov, un hombre poco conocido por el público, pero con mucho poder. El principal interés de Baklanov en un golpe era claro: quería impedir cualquier deterioro en el gasto o en el poder militares. En un discurso preparado para el pleno del Comité Central de abril de 1991, escribió que la política en curso había llevado a la Unión Soviética a «caer prácticamente bajo el dictado de Estados Unidos». De acuerdo con uno de los principales

científicos militares del país, Pyotr Korotkevich Baklanov «congeló» un plan ideado por especialistas de la jerarquía para crear un ejército más pequeño pero profesional, desmilitarizar la economía y reducir el gasto militar a la mitad.

El resto de la lista apenas representaba una sorpresa. Pavlov y Yanayev eran enemigos acérrimos de la reforma radical, aunque estaban siempre demasiado ebrios como para haber actuado solos. Los demás conspiradores eran símbolos de los intereses conservadores. Alexander Tizyakov, el presidente de la Asociación de Empresas del Estado, le había dado un ultimátum a Gorbachov en diciembre para poner fin a las huelgas e imponer la disciplina económica. «Quiere usted asustarme —le había dicho Gorbachov en ese entonces—. Bueno, pues no lo conseguirá.» Y estaba también Vasily Starodubtsev, jefe del Sindicato de Directores de las Granjas Colectivas, un ardiente opositor de la empresa y de la propiedad privadas.

Gorbachov trató de persuadir a la delegación para que planteara el tema de un estado de emergencia ante el Parlamento. Podría haber un debate. Que el Soviet Supremo tomara la decisión. «Si ahora declaran un estado de emergencia, ¿qué harán después?», les dijo Gorbachov. Varennikov respondió que cumplían esa misión porque el comité no permitiría que los «separatistas» y los «extremistas» dictaran el futuro del país.

«Ya conozco ese discurso —dijo Gorbachov—. ¿Creen ustedes que la gente está tan cansada como para seguir a cualquier dictador?»

Pero no hubo manera. «Era una conversación de sordos —diría Gorbachov más tarde—. El ciclo ya se había iniciado.»

Cuando alrededor de las siete y media de la tarde la delegación se disponía a dejar el lugar, Baklanov extendió la mano para despedirse de Raisa Maximovna. Ella le clavó la mirada y se alejó sin pronunciar palabra. La delegación se dirigió al aeropuerto de Belbek. En el asiento delantero,

Plejanov se comunicó por radio con Foros para ordenar que aislaran al presidente. En los asientos traseros, el resto de la delegación intercambiaba breves comentarios de disgusto. Creyeron que Gorbachov cedería ante sus demandas y se había negado a hacerlo. Durante el viaje de regreso a Moscú comenzaron a beber.

Tanto Raisa como su hija Irina y el asistente de Gorbachov, Anatoly Chernyayev, habían estado esperando fuera del estudio a que concluyera la reunión. Después de la partida de los conspiradores, Gorbachov miró a Chernyayev y le dijo: «Bueno, ¿lo adivinas?». «Sí.»

Gorbachov describió las preguntas y las respuestas que dio «en términos que no puedo repetir en la presencia de damas». Le mostró a Raisa una lista de los conspiradores que había copiado, al final de la cual agregó «¿Lukyanov?». Todavía no se podía creer que su leal y gran amigo de los tiempos de la universidad también se hubiera vuelto en su contra.

Gorbachov dijo que no se sumaría a un estado de emergencia o a un nuevo gobierno dictatorial. «Siempre me opuse a medidas de ese tipo —dijo más tarde—, no solo por razones morales y políticas, sino porque en la historia de nuestro país siempre han llevado a la muerte de cientos de miles, incluso millones de personas ... Y necesitamos alejarnos de eso para siempre.»

Raisa dijo que de ahora en adelante, si había algo que quisieran discutir, lo mejor sería que hablaran en los balcones o en la playa para burlar los micrófonos, que obviamente se encontraban instalados y en pleno funcionamiento.

Cuando llegaron al Kremlin esa tarde, el vicepresidente Yanayev y el primer ministro Pavlov (la pareja de bobos en esta comedia) vieron a Kryuchkov, Boldin, Shenin, Pugo, Yazov y al resto sentados alrededor de una larga mesa de reuniones. Lukyanov llamó desde su coche y dijo que se encontraba en camino. Nadie ocupaba la cabecera de la mesa, la silla del presidente.

«Nos enfrentamos a una catástrofe», dijo Kryuchkov. Pronto habría un levantamiento armado contra la cúpula dirigente. Se tomarían los puntos clave, la torre de televisión de Ostankino, las estaciones de ferrocarril y dos hoteles. Estaban dotados de armas pesadas, misiles, todo. Había que detenerlos y solo tenían unas cuantas horas para hacerlo. Luego intervino Plejanov. Boldin y él acababan de regresar de Foros. Gorbachov se encontraba enfermo. «Sufrió un ataque al corazón o algo por el estilo», agregó Boldin.

Yanayev dudaba. Dijo que no podía firmar el documento para crear el Comité de Emergencia y nombrarse a sí mismo como el nuevo presidente. Kryuchkov lo presionó. «¿Acaso no lo comprendes? —le dijo—. Si no salvamos la cosecha, habrá hambre y dentro de algunos meses la gente estará en las calles. Habrá una guerra civil.»

Yanayev fumaba un cigarrillo tras otro. Dijo que esperaría hasta mantener una reunión con Gorbachov antes de tomar una decisión, y además no se sentía moralmente preparado o cualificado para asumir el cargo de presidente. Pero los hombres sentados alrededor de la mesa continuaron presionando, repitiendo una y otra vez que Gorbachov se encontraba enfermo, que la situación era temporal.

INVESTIGADOR: ¿Por qué fracasó?

VALENTIN PAVLOV: La mayoría de los presentes [en el Kremlin el día 18] no entendía de qué se trataba el asunto. El tema de las medidas de

emergencia ya había sido discutido con anterioridad. Se discutieron en primavera. Por lo tanto, no había nada inusual en el tema. Pero cuando se trató el asunto de la enfermedad de Gorbachov y nadie estaba al tanto de lo que tenía, cuando no se sabía a ciencia cierta si podría ejercer o no sus funciones, entonces dudamos y decidimos llevar el asunto al Soviet Supremo. Yanayev no quiso firmarlo. No hacía más que repetir: «Compañeros, no sé qué escribir. ¿Está enfermo o no? Son solo rumores». El resto le dijo: «Toma la decisión». ¿A quién escuchó? Es difícil decirlo.

Lukyanov llegó tarde a la reunión y traía bajo el brazo una copia del borrador del Tratado de la Unión y de la Constitución soviética. Después de escuchar la explicación de Lukyanov acerca de cómo el Soviet Supremo «legitimaría» en última instancia el estado de emergencia, Yanayev comenzó a dudar.

«Firme, Gennadi Ivanovich», le dijo Kryuchkov.

Y finalmente lo hizo. Con mano temblorosa, Yanayev firmó los documentos en que se le arrebataba el poder a su presidente. Luego hizo circular los documentos. Uno tras otro, Yazov, Pugo, Kryuchkov, Pavlov y Baklanov agregaron sus firmas al decreto que declaraba el estado de emergencia.

En ese momento llegó Alexander Bessmertnij, el sucesor de Shevardnadze en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Había estado de vacaciones y había volado a la reunión sin tener idea de lo que sucedía. Kryuchkov lo llevó a una antesala.

—Escuche, la situación del país es gravísima —le dijo Kryuchkov—. Nos encontramos ante a una situación caótica. Es una crisis. Es peligroso. La gente está decepcionada. Es necesario actuar, y hemos decidido instaurar medidas de emergencia. Hemos creado un comité, un Comité de Emergencia, y me gustaría que formara parte de él».

—¿El comité obedece órdenes del presidente? —preguntó Bessmertnij.

—No —le contestó Kryuchkov—. No está en condiciones de tomar decisiones en este momento. Se encuentra postrado en su dacha.»

Bessmertnij solicitó un informe médico, pero Kryuchkov se negó. Decididamente, había algo muy extraño en todo eso, aunque, o bien el instinto de Bessmertnij no era muy agudo, o bien olfateó una situación de peligro y trató de negociar una salida segura. En los días que siguieron dijo estar enfermo y se negó a hacer declaraciones públicas repudiando el golpe. Pero por lo menos no aceptó la oferta de Kryuchkov. «No formaré parte de este comité y niego categóricamente cualquier participación en este asunto», dijo.

Mientras volvían a la reunión, Kryuchkov informó a los demás de que el ministro de Exteriores se había negado. Bessmertnij afirmó ante el grupo que probablemente la acción emprendida aislaría al país, que acarrearía sanciones de Occidente, tal vez un gran embargo. Los miembros del comité tenían el rostro sombrío. Por encima de todo, deseaban poder aparecer ante el mundo y ante la gente con una fachada de consenso, de legalidad.

«Todavía necesitamos a un liberal», dijo Kryuchkov.

«El llamado comité comenzó a derrumbarse y a dividirse —les dijo Pavlov a los fiscales meses más tarde—. La situación era extraña. Bessmertnij cayó enfermo. A mí me sacaron de la habitación. No creí que terminara de ese modo. Si a alguien no se le hubiese ocurrido sacar los tanques a la calle no habría sucedido absolutamente nada.»

En algún momento durante la reunión del Kremlin, Lukyanov pidió que se le entregara información detallada acerca de los planes para el estado de emergencia. De hecho, ¿existía realmente algún plan? «¿Por qué pregunta

eso? —le contestó Yazov—. Tenemos un plan.» Pero, como le informó más adelante a los fiscales, Yazov sabía que no había nada. «Sabía que no teníamos nada excepto el esbozo que nos había mantenido ocupados esa noche en el ABC. Eso no era un plan y yo sabía claramente que, en cualquier caso, carecíamos totalmente de un objetivo.»

19 DE AGOSTO DE 1991

Olvar Kakuchaya, el director de *Vremya*, dormía profundamente cuando sonó el teléfono a la una y media de la madrugada. Al otro lado de la línea estaba su superior, el presidente de la televisión y de la radio estatal, Leonid Kravchenko.

—Olvar, ¿dónde vive? —le preguntó Kravchenko sin más preámbulos.

—¿Me está enviando a alguien?

—Quiero enviarle un automóvil.

—¿Para qué?

—Se lo diré cuando llegue.

—¿Acaso el asunto no puede esperar? —preguntó Kakuchaya.

—No, no puede —le respondió Kravchenko—. Tenemos una emergencia.

Había que introducir modificaciones en el programa matinal; modificaciones drásticas. Se lo explicaría con mayor detalle cuando llegaran a los estudios de Ostankino. Kravchenko informó a Kakuchaya de que necesitaban de inmediato a dos presentadores, un hombre y una mujer, o quienquiera que pudiese llegar primero a los estudios.

El automóvil no tardó en llegar por Kakuchaya y lo llevó hasta los estudios. Kravchenko llamó nuevamente, esta vez desde su automóvil, utilizando la «línea del Kremlin».

—Vamos en camino —le dijo Kravchenko—. Salga y le entregaré los guiones que necesita.

—¿Cuánto tardará?

—Estaré ahí en siete minutos.

El automóvil de Kravchenko llegó al aparcamiento. Por lo general era un hombre de aspecto vivaz, un *apparatchik* de la era de la televisión, pero ahora se le veía pálido y demacrado. Dijo que acababa de acostarse cuando le pidieron que acudiera de inmediato al Comité Central, donde se le entregó una carpeta con documentos (los decretos del Comité de Emergencia que debían salir en antena a las seis de la mañana). Se le ordenó que creara un ambiente de día de luto nacional en la televisión; sombrío, música clásica, avisos escuetos.

Kakuchaya echó una rápida mirada a los documentos. Parecían haber sido escritos a toda prisa en una máquina común y corriente. Y ahí estaba la firma de Yanayev, un apresurado garabato. Kravchenko le dijo que pronto la torre de televisión estaría rodeada por los tanques. Nadie debía salir. Había que utilizar los pasajes subterráneos que conectaban a los diferentes edificios. Y había que obedecer las órdenes.

Todavía bajo los efectos del alcohol, Gennadi Yanayev tomó el poder a las cuatro de la madrugada. Treinta minutos más tarde, el mariscal Yazov despachó el telegrama codificado 8825 ordenando el estado de máxima alerta a todas las unidades militares. A los soldados que estaban de permiso se les ordenó regresar. Los Guardias Taman, las divisiones mecanizadas Dzerzhinsky y Kantemirovskaya y varias unidades de la División Aérea Ryazan ocuparían la ciudad de Moscú.

En el Ministerio de Defensa, Yazov repitió la elaborada teoría acerca de

un inminente golpe antisoviético y la necesidad de tomar la delantera. «Habrá personas entre la muchedumbre que se lanzarán frente a los tanques para arrojar cócteles Molotov —le advirtió Yazov a sus comandantes—. No quiero un baño de sangre ni una carnicería.»

Fue una mañana infernal para el primer ministro Pavlov. Había permanecido despierto toda la noche bebiendo en compañía de Yanayev, y ahora Kryuchkov trataba de comunicarse con él para organizar sesiones de planificación en el Kremlin.

Alrededor de las siete de la mañana, uno de los médicos del Kremlin, Dmitri Sajarov, fue convocado a la dacha de Pavlov, donde se le informó de que el primer ministro «está en muy mal estado».

«Pavlov estaba borracho —declaró Sajarov más tarde—. Pero no se trataba de una simple intoxicación. Estaba al borde de la histeria. Procedí a atenderlo.»

El silencio reinaba en los cuarteles de la división mecanizada Kantemirovskaya en el poblado de Naro-Fominsk, en las afueras de Moscú, y el soldado Vitaly Chugunov, un muchacho rubio de la ciudad de Ulyanovsk, se encontraba en medio de un sueño profundo y reparador. Eran los últimos momentos dulces antes de la diana del lunes y de otra semana de entrenamiento. Chugunov siempre creyó que formaría parte de una de las primeras generaciones de soldados soviéticos beneficiadas por el auge de un entorno pacífico, de un país donde una política de «pensamiento renovado» evitaría la posibilidad de otro Afganistán, de otra ocupación de Europa oriental.

De pronto, un oficial irrumpió en el dormitorio de Chugunov y sacó a los hombres de la cama a voz en grito. No hubo grandes explicaciones; nada se

dijo sobre Gorbachov o un estado de emergencia. «Todos pensamos que se trataba de uno de esos simulacros de emergencia y rápidamente lo preparamos todo para partir», dijo Chugunov. Pronto se encontró dentro de su transporte de personal acorazado, parte de un enorme convoy en dirección a Moscú. Chugunov y sus compañeros estaban confundidos, sin saber por qué tomaban la autopista del norte en dirección a la ciudad, a toda velocidad y moliendo el asfalto.

En el trayecto, Chugunov vio como algunas personas hacían señas a los tanques y a los transportes de personal acorazados, gente que les gritaba que dieran media vuelta y regresaran a los cuarteles. Lentamente, los jóvenes soldados empezaron a comprender, Chugunov antes que los demás. Su padre se encontraba encima de un tanque cuando el ejército soviético invadió Praga en 1968. Hablaba siempre del temor que había sentido ese día. Los comandantes les habían dicho que los checos les ofrecerían cajas de bombones y que el chocolate estaría envenenado. «Cuidado con el vino envenenado», les dijeron, y luego, mientras su tanque entraba ruidosamente en la ciudad, oyó los insultos: «¡Invasores! ¡Cerdos, regresad a casa!». Chugunov pensó para sus adentros que les esperaba algo mucho peor de lo que le tocó vivir a su padre.

El golpe fue noticia a las seis de la mañana. Confusos y nerviosos, los presentadores de televisión procedieron a dar lectura a los documentos que le habían sido entregados a Kravchenko en el Comité Central.

«Nos dirigimos a ustedes en un momento grave, crítico para el futuro de la Madre Patria y de nuestro pueblo. Un peligro mortal se cierne sobre nuestra Madre Patria.

»La política de reformas, impulsada por iniciativa de Mijail Gorbachov y

dirigida a asegurar el desarrollo dinámico del país y la democratización de la vida social, ha desembocado por varias razones en una callejón sin salida.

»... Todas las instituciones democráticas creadas por voluntad popular pierden peso y eficacia ante nuestros propios ojos. Esto es fruto de una decidida acción por parte de aquellos que, violando groseramente la ley fundamental de la Unión Soviética, están de hecho protagonizando un golpe inconstitucional y luchando por conseguir poderes personales dictatoriales sin límite ...

»El país se hunde en una ciénaga de violencia y anarquía.

»Nunca antes en la historia nacional había adquirido tales proporciones la propaganda llena de sexo y violencia, amenazando la salud y las vidas de generaciones futuras. Millones de personas exigen medidas para combatir el flagelo del crimen y de la inmoralidad.»

Yeltsin desayunaba en su dacha en el pueblo de Usovo cuando comenzaron a sonar los teléfonos. Inmediatamente se reunieron Gennadi Burbulis, Ruslan Jasbulatov y todos los demás funcionarios rusos cuyas dachas se encontraban próximas a la de Yeltsin. Yeltsin había sido informado por agentes del servicio secreto de la República Rusa acerca de la inminencia de un golpe. Con Gorbachov flirteando hasta el final con sus peores enemigos, Yeltsin sabía que existía la posibilidad de un golpe. Pero hasta entonces no había creído que pudiera suceder realmente. Y en ese momento tenía que actuar sin vacilación.

El alcalde de Leningrado, Anatoly Sobchak, recibió la noticia del golpe mientras se encontraba en la habitación de su hotel en Moscú. Le informaron de que los tanques estaban en camino. Sobchak llamó a su chófer y juntos se dirigieron a toda velocidad hacia la dacha de Yeltsin.

Durante el trayecto vieron tanques y transportes de personal acorazados. Un tanque había caído en una zanja y estaba envuelto en llamas. Tanto Sobchak como Yeltsin y alrededor de setenta políticos reformistas, entre ellos Alexander Yakovlev y a Eduard Shevardnadze, integraban las listas de arresto del KGB; sin embargo, hasta entonces la policía secreta solo había efectuado algunos arrestos de funcionarios menores. Sobchak llegó ileso a Usovo.

Sobchak vio que Yeltsin ya estaba decidido a hacer lo que fuera para apuntalar la resistencia al golpe. Yeltsin se había puesto en contacto con los dirigentes de las repúblicas y le impresionaron la calma y la falta de decisión de estos. Le dijeron que no poseían información suficiente para actuar. Yeltsin estaba solo. Mientras se colocaba un chaleco antibalas sobre este, la camisa y el traje, Yeltsin anunció que tanto él como sus ayudantes se dirigirían a la «Casa Blanca», el enorme edificio del Parlamento a orillas del río Moscova. Sin plantearlo explícitamente, seguirían casi exactamente la misma táctica que utilizaron los lituanos en enero: usar el edificio del Parlamento como una barricada, un oasis y un símbolo de la resistencia democrática, comunicarse con el mundo exterior por cualquier medio posible. Yeltsin les dijo a sus ayudantes que convocaran inmediatamente una sesión ininterrumpida del Parlamento ruso.

En el momento en que Yeltsin subía a su vehículo, su hija le dijo: «Papá, mantén la calma, todo depende de ti».

Después de asegurarse de que Yeltsin había sorteado los tanques, Sobchak y su chófer se dirigieron a toda prisa al aeropuerto de Sheremetyevo para tomar el primer vuelo de regreso a Leningrado. Cuando llegó a la sala de espera, Sobchak vio acercarse a tres guardaespaldas. Por un momento creyó que estaba perdido. Pero no. Eran guardaespaldas del KGB ruso que habían ido para asegurase de que el alcalde tomaba el avión.

A las nueve de la mañana los tanques rodearon el Ayuntamiento de Moscú. Los soldados habían arriado la bandera rusa tricolor y la habían reemplazado por la bandera roja soviética. Los tanques tomaron posiciones en todos los puntos clave de la ciudad: la televisión, las emisoras de radio, las redacciones de los periódicos, las colinas de Lenin y la Casa Blanca. Un periodista llamó al general Yevgeny Shaposhnikov, comandante de las fuerzas aéreas. Shaposhnikov había oído las órdenes de Yazov y las explicaciones que había dado acerca del golpe, pero no ocultó ante el reportero su repugnancia por lo sucedido. «Que los hijos de perra digan lo que piensan hacer con el país», dijo.

Mientras Yazov trabajaba en el Ministerio de Defensa y Kryuchkov en la Lubyanka, Yanayev permanecía sentado en su despacho del Kremlin preguntándose lo que debía hacer.

Yuri Golik, el presidente del Comité Legislativo del Soviet Supremo, pudo llegar sin problemas hasta el Kremlin y se dirigió de inmediato al despacho de Yanayev.

—¿Se trata de un golpe? —preguntó Golik.

—Es un golpe —le contestó Yanayev.

Más tarde, Vadim Bakatin, miembro del Consejo de Defensa de Gorbachov, fue también al despacho de Yanayev. Al igual que Golik, Bakatin era leal a Gorbachov, y exigió una explicación. Pero antes de que pudiera siquiera manifestar su indignación, Bakatin reparó en el mal aspecto de Yanayev.

—Llevo aquí desde las cuatro de la mañana —le dijo Yanayev, recorriendo la habitación de un lado a otro, fumando, irritable, con los ojos hundidos—. Ni yo mismo estoy enterado de lo que sucede. Vinieron y

trataron de convencerme durante dos horas. Yo no estaba de acuerdo, pero finalmente lograron convencerme».

—¿Quiénes vinieron?

—Ellos.

Cuando el dirigente kazajo Nursultán Nazarbayev llamó a Yanayev, este parecía aturdido o borracho. «No parecía estar al tanto de lo que sucedía —les dijo Nazarbayev a los reporteros en Alma-Ata, la capital de Kazajstán—, ni comprender el motivo de mi llamada, ni saber tampoco quién era yo.»

El escritorio de Yanayev estaba repleto de documentos que no habían sido leídos, muchos de ellos con varios meses de antigüedad. Generalmente dejaba que sus ayudantes hicieran el trabajo serio en su lugar. Uno de esos ayudantes era Sergei Bobkov, hijo de Filipp Bobkov, hombre de confianza y adjunto de Kryuchkov en el KGB. Pero, si bien Yanayev se sentía muchas veces un poco confuso, obsesionado con dilemas del corazón y con el alcohol, tenía sobre el escritorio un documento que dejaba claro que el golpe en sí tenía más peso de lo que pudiera tener su persona, y que los verdaderos poderes detrás del golpe —Kryuchkov, Baklanov, Boldin y Yazov— conocían la historia y los métodos del antiguo régimen.

EN RELACIÓN CON CIERTOS AXIOMAS
DE LA SITUACIÓN EXTRAORDINARIA

1. No debemos perder la iniciativa ni entrar en ningún tipo de negociación con el público. A menudo hemos terminado haciendo justamente eso en un intento por preservar una fachada democrática. Como consecuencia de ello, la sociedad se acostumbra gradualmente a la idea de que puede discutir con las autoridades, y este es el primer paso hacia la siguiente batalla.

2. No se deben permitir ni siquiera las primeras manifestaciones de deslealtad: reuniones, huelgas de hambre, peticiones y la divulgación de estos hechos. Por el contrario, se convierten de este modo en una forma de oposición permitida y les seguirán métodos aún más activos. Si se desea proceder con un mínimo derramamiento de sangre, habrá que erradicar las contradicciones desde el principio.

3. No hay que avergonzarse de recurrir a un populismo claramente expresado. Esta es la clave para obtener el apoyo de las masas. Hay que introducir de inmediato medidas económicas fáciles de comprender —una disminución de los precios, leyes blandas sobre el consumo de alcohol, etcétera— y una limitada variedad de productos de gran demanda en el mercado. En una situación como esta no hay que preocuparse por la integridad económica, la tasa de inflación u otras consecuencias.

4. No hay que tardar en proporcionar información detallada a la población acerca de los crímenes del opositor político. Al principio estarán ávidos de información. Justamente en este momento debe entregárseles una abundante información, revelaciones acerca de los grupos y sindicatos culpables, la corrupción y demás. Otros días, la información acerca del adversario debe revestir un tono irónico y humorístico ... La información debe ser gráfica y tan sencilla como sea posible.

5. No hay que sacar el látigo y lanzar amenazas directas; será preferible comenzar a hacer circular rumores acerca de lo estricto del régimen y de la disciplina que debe regir tanto en el ámbito de la producción como en la vida cotidiana. Hacer circular rumores acerca de ataques a tiendas, lugares de descanso y demás.

6. No hay que dilatar las decisiones en lo que al personal y a su reubicación se refiere. La población debe saber quiénes están siendo castigados y por qué motivos evidentes; quién está bajo las órdenes de quién, y a quién debe dirigirse la población para solucionar sus problemas.

Antes de dirigirse a las oficinas del *Washington Post* en la Kutuzovsky Prospekt, donde trabajaba como traductora, Masha Lipman presenció en la televisión la declaración del estado de emergencia. Mientras sus ojos permanecían clavados en la pantalla, sus pensamientos se volcaron en su hija Anya, de seis años, y su hijo Grisha, de dieciséis. Estaba aterrada. De pronto, los años de promesas parecían haber sido traicionados. Después de meditarlo durante mucho tiempo, Masha y Seriozha habían decidido no emigrar. Su suerte estaba en Moscú. Todo lo que podía pensar ahora era:

«¿Será Anya adoctrinada tal como lo fuimos nosotros? ¿Se repite la historia? ¿Emigraremos? ¿Debemos hacerlo? ¿Podemos hacerlo?».

Nadezhda Kudinova, costurera en una fábrica de paracaídas en las afueras de la ciudad, llegó a su trabajo. Durante el trayecto en autobús había oído vagos rumores acerca de la renuncia de Gorbachov «por motivos de salud» y la asunción del poder por parte de Yanayev y un comité cuyo nombre era imposible de pronunciar, el «GKChP». Todo parecía extremadamente vago e irreal. El director de la fábrica reunió de inmediato a los trabajadores e insistió en que respaldaran al Comité de Emergencia, que lo que el país necesitaba ahora era estabilidad y disciplina en los centros de trabajo.

Kudinova miró por la ventana. No se veía nada, no se oía nada. En la radio, los locutores repetían los decretos del comité una y otra vez. Ella y sus amigas comenzaron a hablar acerca de lo que podían hacer, a quién respaldar. En la fábrica, las opiniones estaban divididas. La mitad de los trabajadores estaban indignados y la otra mitad pensaban que tal vez las condiciones de vida serían mejores sin Gorbachov. Para variar, puede que esta vez hubiese comida en los almacenes.

Kudinova pensó para sí que los trabajadores que se alineaban con el comité daban por supuesto que el país no ofrecería resistencia. A medida que avanzaba el día y que supo que Yeltsin había comenzado a organizar la resistencia en la Casa Blanca, Kudinova se alegró. «Tal vez debería empezar a redactar octavillas», pensó. Mientras se dirigía a su casa vio el pavimento de las calles destrozado por los tanques; era una violación. Vio como la multitud se arremolinaba frente a la Casa Blanca y tomó una decisión. Protegería al presidente, al que le había entregado su voto dos meses atrás. Mijail Gorbachov no entraba en sus consideraciones. Fue hasta

la Casa Blanca por Yeltsin, por una Rusia independiente. No tenía nada que ver con Gorbachov, pensó. Gorbachov tenía su merecido.

Yeltsin llegó a la Casa Blanca alrededor de las diez de la mañana y, junto con Ruslan Jasbulatov, el presidente del Parlamento, e Ivan Silayev, el primer ministro ruso, redactaron un llamamiento: «A los ciudadanos de Rusia», denunciando el *putsch* como un «golpe de Estado reaccionario e inconstitucional» y convocando a un paro nacional. Jasbulatov y el vicepresidente Alexander Rutskoi, héroe de guerra en Afganistán, comenzaron a transmitir desde una emisora de radio improvisada dentro del edificio del Parlamento, la Casa Blanca. Vladimir Bokser, un joven político demócrata, organizó una red telefónica de activistas en defensa de la Casa Blanca. Yeltsin envió a París a su ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Kozyrev, para conseguir apoyo de Occidente y crear un gobierno ruso en el extranjero si la resistencia era aplastada.

«Alrededor de las once, el desaliento que cundía en la ciudad había comenzado a ceder un poco —dijo el esposo de Masha Lipman, Seriozha Ivanov—. Las personas que viajaban en los trolebuses se reían de los tanques, se burlaban.» Los niños se encaramaban en los tanques pidiéndoles a los soldados que les enseñaran a conducirlos; las jovencitas bromeaban con los reclutas y les proponían una actividad más interesante que estar sentados dentro de un tanque.

Entonces, justo después del mediodía, Yeltsin bajó por la escalinata de la Casa Blanca y se encaramó a un T-72, el tanque n.º 110 de los Guardias Taman. Fue una imagen imborrable que marcaría la pauta durante los tres días siguientes. Mientras un pequeño grupo de manifestantes y de reporteros escuchaba, la voz de Yeltsin retumbó. «Ciudadanos de Rusia —

comenzó—. El presidente legalmente elegido por el país ha sido depuesto ... Estamos ante un golpe de Estado de derechas, reaccionario y anticonstitucional ... Por lo tanto, proclamamos que todas las decisiones y decretos de este comité son ilegales ... Apelamos a los ciudadanos de Rusia para que rechacen a los golpistas y exijan que el país vuelva a una senda constitucional normal.»

Luego Konstantin Kobets, un general retirado y por entonces ministro de Defensa de Yeltsin, subió al blindado y se dirigió no solo a los ciudadanos, sino también a los soldados de Rusia. «Soy el ministro de Defensa de Rusia —dijo— y no se levantará una sola mano en contra de la gente o del presidente de Rusia democráticamente elegido.» Kobets había estado al frente de un batallón durante la invasión de Praga de 1968 y afirmó que no quería repetir los errores del pasado. Organizaría la resistencia militar y trataría de convencer a los oficiales y a las tropas de que, como soldados o ciudadanos, no podían seguir las órdenes de una junta.

En los meses anteriores, Yeltsin había sido criticado por flirtear demasiado con los militares. Había pasado gran parte de su campaña electoral en las bases militares de Tula y, haciendo caso omiso de las objeciones de muchos radicales, había nombrado vicepresidente del Parlamento a Rutskoi. Ahora esa relación daría sus frutos. Rutskoi reaccionó de inmediato y habló en la radio: «Camaradas, yo, oficial de las fuerzas armadas soviéticas, coronel, héroe de la Unión Soviética que ha recorrido las rutas devastadas por la guerra de Afganistán y que conoce los horrores de la guerra, os insto, hermanos oficiales, soldados y marineros, a no volveros contra vuestra propia gente, contra vuestros padres, hermanos y hermanas».

Frente a la Casa Blanca, los primeros manifestantes lanzaron vítores cuando los fusileros de diez tanques de la Guardia Taman dejaron de

apuntar sus armas al Parlamento. Ahora, los atacantes estaban listos para defender la Casa Blanca.

El soldado Chugunov se encontraba sentado en su tanque frente a las colinas de Lenin. Al principio, dijo, el miedo podía palparse. La gente agitaba los puños y gritaba: «¡No disparéis sobre vuestra propia gente! ¡Volveos contra vuestros oficiales!». Vio llorar a mujeres, gente que les traía comida, flores para colocarlas en los cañones de sus armas, octavillas desde la Casa Blanca, el llamamiento de Yeltsin a los militares exhortándolos a que mantuvieran su juramento al pueblo.

Los soldados descargaron sus AK-47 y los ocultaron. «¿Por qué no damos la vuelta y regresamos a casa?», comenzaron a decirse unos a otros. Chugunov y sus amigos se sentían avergonzados y prometieron a las multitudes que no emprenderían acción alguna que pudiera ensuciar sus nombres o el de sus padres; no dispararían sobre su propia gente.

A mediodía, se oyó la voz de Yeltsin en la radio: «¡Soldados, oficiales del ejército y del KGB, tropas del Ministerio del Interior! ¡Conciudadanos! El país se enfrenta a la amenaza del terror. En esta hora difícil, recordad que habéis prestado juramento ante vuestro pueblo. Podéis erigir un trono de bayonetas, pero no podréis permanecer sentados largo tiempo sobre él. Los días de los conspiradores están contados ... Nubes de terror y de dictadura se ciernen sobre Rusia, pero esta noche no ha de ser eterna y nuestro sufrido pueblo encontrará nuevamente la libertad, y para siempre. Soldados, creo que en esta hora trágica sabréis tomar la decisión correcta. La honra de las armas rusas no habrá de empañarse con la sangre de su gente».

En la Casa Blanca, un teniente retirado de la Guardia Taman —«mi nombre es Baskakov, aquí está mi tatuaje»— asumió el mando de la Unidad de Defensa Civil n.º 34. Estaba orgulloso de que sus hombres hubiesen sido los primeros en incorporarse al bando de la resistencia. Baskakov había renunciado al Partido Comunista el año anterior y creía que era su deber «como cristiano» ir a las barricadas. No informó a su familia, simplemente salió de casa y tomó el metro hasta la Casa Blanca. Los hombres de Baskakov, un grupo de veteranos de la guerra de Afganistán, custodiaban la entrada n.º 22 al Parlamento, por la que figuras clave como Shevardnadze y Popov entraban y salían.

Los hombres de Baskakov detectaron francotiradores en las ventanas del hotel Mir al otro lado de la calle, y cerca de la embajada de Estados Unidos. Durante años, los diplomáticos estadounidenses habían dado por sentado que el KGB usaba el hotel para vigilar la embajada. Las tropas de Baskakov estaban patéticamente armadas con pistolas obtenidas en el mercado negro, cuchillos, garrotes y alguna que otra ametralladora. Si había un ataque, serían carne de cañón, y lo sabían. Todos lo sabían. Era esa mezcla de un sentido de heroísmo y de fatalismo, especialmente entre los jóvenes que habían integrado las unidades de resistencia, lo que conmovía a Baskakov. «Yo solía criticar a los jóvenes —manifestó—. Pero aquí estaban los motociclistas, los roqueros, cruzando las barricadas con sus motocicletas en misiones de reconocimiento, trayéndonos noticias acerca del movimiento de las tropas. Ahí estaban las jóvenes muchachas que la gente llama prostitutas, trayéndonos comida y bebida.»

Los defensores de la Casa Blanca fueron llegando poco a poco; primero unos cuantos miles y luego diez mil. Hacia el final de la jornada habría alrededor de veinticinco mil. Siguiendo instrucciones de los militares, comenzaron a levantar barricadas con desechos: bloques de hormigón, tinas

de baño oxidadas, ladrillos, troncos, incluso adoquines de un pequeño puente que se encontraba en las inmediaciones, y que había sido el emplazamiento de un levantamiento antizarista en 1905. Anatoly Malijin, el dirigente de las huelgas, apareció en el lugar vestido con una camiseta del Sindicato de Mineros Unidos («Unidos venceremos, divididos perderemos»). Entró en el edificio y rápidamente se colgó una ametralladora al hombro. De alguna manera, afirmó, había tenido el presentimiento de que las cosas terminarían así cuando las primeras minas se declararon en huelga dos años atrás.

En el aeropuerto de Leningrado, los asistentes de Sobchak se encontraban allí para recibirlo. Le informaron de que el comandante militar de la región de Leningrado, Viktor Samsonov, ya había anunciado en la televisión que el Comité de Emergencia le había arrebatado el poder a Gorbachov y que había sido instaurado un estado de emergencia. Por el momento no había tropas en la ciudad. Sobchak le ordenó a su chófer que lo condujera a toda velocidad hasta la comandancia militar de la ciudad. Una vez que hubo llegado, Sobchak ordenó a sus guardias que lo esperaran en el piso de abajo.

«Al enfrentarme con los golpistas vi que estaban confundidos y no les dejé abrir la boca —recordaba Sobchak—. Les dije que si movían un dedo serían llevados a juicio como los nazis en Nuremberg. Regañé a Samsonov: “General, ¿recuerda Tiflis? Usted fue el único allí que actuó como un hombre razonable. Permaneció en la sombra. ¿Qué hace ahora? Está involucrado con esta pandilla. Este comité es ilegal”.» «¿Por qué es ilegal? —replicó Samsonov—. Tengo una orden... recibí un cable. No puedo mostrárselo. Es un secreto.»

Sobchak insistió y le dijo a Samsonov que recordara que los generales en

Tiflis, en abril de 1989, también habían ignorado las órdenes y convertido una manifestación pacífica en un baño de sangre.

—¿Por qué levanta la voz? —exclamó Boris Gidaspov, jefe del Partido en Leningrado.

—¡Cállese! —le espetó Sobchak—. ¿No se da cuenta de que con su presencia está liquidando a su propio Partido?

Durante el resto de la reunión, Gidaspov gimoteó en una silla como un perro castigado.

Samsonov debía tomar una decisión. Yazov y Kryuchkov habían apelado a su compromiso con el imperio y con la disciplina. Sobchak, quien tenía el apoyo de la ciudad, apelaba a su conciencia, a su compromiso con la historia. La elección tenía que ver con lo que se había construido en los últimos seis años. Al general no le costó mucho tomar a una decisión. Dio marcha atrás y ordenó a sus hombres que se mantuvieran alejados de la ciudad. Leningrado, ahora nuevamente San Petersburgo, estaba a salvo.

Esa tarde, Sobchak apareció en el programa de la televisión local *Fakt* y se refirió a los conspiradores como «ex» ministros y como «ciudadanos»; en esos mismos términos se referiría más tarde el fiscal ruso a los acusados.

Samsonov seguía recibiendo llamadas de los conspiradores, pero se mantuvo firme. Sobchak se sintió complacido. «General —le dijo—, ¿ve que esta gente no vale nada? ¡Incluso si logran apoderarse del poder no podrán retenerlo durante mucho tiempo!»

Hasta entonces, los jefes de la junta habían fracasado miserablemente en lo tocante a seguir las recomendaciones de Lenin o de Jaruzelski. Casi todas las personas que integraban las listas de arresto se encontraban en libertad y colaboraban con la resistencia. Los directores de un grupo de periódicos

liberales, que incluía a *Noticias de Moscú*, ya habían comenzado a trabajar de forma conjunta en la creación de un periódico clandestino que se titularía *Obshchaya Gazeta* («El Periódico Común») y los directores de la *Nezavisimaya Gazeta* también crearon una edición *samizdat.* Las emisoras de radio pertenecientes a la oposición, particularmente el Eco de Moscú, dejaban de emitir durante algunas horas y luego volvían. Las líneas telefónicas, de fax y de télex en las oficinas de las agencias de noticias extranjeras funcionaban a las mil maravillas. La CNN, la BBC, Radio Libertad y la Voz de América ofrecían información de forma ininterrumpida. Los reporteros utilizaban líneas telefónicas dentro de la Casa Blanca y enviaban sus informes sin tropiezos.

En las oficinas de los principales periódicos soviéticos la situación era más complicada. La junta había ordenado el cierre de los principales periódicos liberales y utilizaba los del Partido y del gobierno para publicar sus decretos y falsos informes sobre la normalidad imperante, la calma que reinaba. El *Sovetskaya Rossiya* cooperó con ardor. Hubo otros que mostraron menos entusiasmo. En *Izvestia* se desató una guerra.

Izvestia era una de las instituciones más paradójicas del país. Por un lado, su director, Nikolai Yefimov, era un adulador desvergonzado. Su patrocinador era el presidente del Parlamento, Anatoly Lukyanov. Yefimov estaba encantado de acatar las órdenes de sus superiores alrededor de la mitad del personal del periódico eran agentes del KGB. Aunque los censores oficiales del gobierno ya no ocupaban puestos de redacción, Yefimov era absolutamente capaz de desempeñar esta función por sí solo. Eliminaba rápidamente todo artículo que pudiera dañar o insultar a los hombres que ahora encabezaban el golpe. Por otro lado, el periódico rebosaba de talento. Mijail Berger publicó algunos de los artículos económicos más incisivos del país. Andrei Illesh escribió una serie de

artículos sobre el vuelo 007 de Korean Airlines que fue derribado, en los que se mostró más crítico con la cúpula dirigente soviética que cualquier artículo publicado en Occidente. Los mejores reporteros y redactores, aquellos que eran honrados, despreciaban a Yefimov. Pensaban que tenían el talento y los recursos necesarios para informar mucho mejor, incluso, que los jóvenes renegados de la *Nezavisimaya Gazeta.* Eso si pudieran hacerlo.

Alrededor de la una de la tarde, se desató una pelea en la sala de composición de la planta de *Izvestia* en la plaza Pushkin. Algunos reporteros habían llevado una copia del llamamiento de Yeltsin a la población para que hiciera frente al golpe y, con el apoyo de los impresores, estaban listos para publicarlo en la edición vespertina. Pero el adjunto de Yefimov, Dmitri Mamleyev, exigió que se suprimiera la declaración de Yeltsin.

Los impresores se enfurecieron. Pavel Vichenkov, uno de los capataces, vociferó: «Nosotros votamos por Yeltsin. Si quieren, pueden publicar los comunicados del comité, pero insistimos en que se incluya la declaración de Yeltsin en el periódico».

«Su tarea no es decidir lo que se incluye en el periódico —dijo Yevgeny Gemanov, uno de los hombres de Yefimov—. Esa es tarea de los redactores. Su trabajo es imprimir lo que le ordenan.»

«Si quiere puede pegarnos un tiro —le dijo Pavel Bushkov, un trabajador —, pero este periódico no saldrá sin la declaración de Yeltsin. Llevamos una vida de perros, en la miseria, y no queremos que nuestros hijos vivan del mismo modo.»

Yefimov se había perdido el comienzo de la batalla porque iba camino de Moscú desde su casa de vacaciones. Apenas entró por la puerta, un pequeño grupo de reporteros lo rodeó exigiendo que se publicara la declaración de

Yeltsin. Yefimov contestó que de ningún modo y arrancó la plancha de metal de la prensa.

En condiciones normales, Yefimov se hubiera salido con la suya. Pero ahora los impresores, al igual que los mineros siberianos o los trabajadores de Minsk, dijeron que preferían dimitir antes que dar el brazo a torcer. Preferían destruir las prensas a publicar *Izvestia* sin el llamamiento de Boris Yeltsin.

Veinte horas más tarde, *Izvestia* apareció en las calles de Moscú y en cada ciudad y pueblo de la Unión Soviética. La proclama del Comité de Emergencia aparecía en la primera página. El llamamiento de Yeltsin para oponer resistencia al golpe estaba en la página 2.

Había llegado la hora de que la junta compareciera ante la prensa. La conferencia, celebrada temprano, por la tarde, en el centro de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores, era parte de su estrategia para crear la impresión de normalidad, para transmitir el mensaje de que ese no era un golpe sino una transición legal y constitucional. Era la ocasión que tenían para competir en los noticieros vespertinos mundiales, para contrarrestar la imagen de Yeltsin arengando a las masas encaramado a un tanque, al igual que Lenin en la estación de Finlandia.

En las primeras horas del golpe, Kryuchkov, entre otros, se sintió eufórico. No había huelgas, no había manifestaciones. Presidentes republicanos radicales como Zviad Gamsajurdia, de Georgia no habían emprendido acción alguna contra el golpe. Por su parte, Yanayev se paseaba por su despacho y por los pasillos del Kremlin. Eran otros los que tomaban las decisiones. Pero esa era su hora. Durante la rueda de prensa tenía que

convencer a la gente de que todo estaba en orden, de que la situación estaba bajo control.

El problema era que Yanayev no podía controlar sus reacciones. Al inspirar, aspiraba el aire como un adicto que necesita una dosis, y sus manos temblaban como animalitos trémulos. Estaba perdido desde un comienzo. Sus respuestas eran mentiras obvias, y sus esfuerzos por parecer tranquilo tenían un frágil dejo de histeria. Los reporteros, a excepción de la prensa reaccionaria, no mostraban temor ni respeto al formular sus preguntas. ¡Incluso se burlaron de él! Gorbachov había sido despojado de su «fútbol nuclear», el maletín que contenía los códigos. Todos los códigos se encontraban ahora en manos de los militares y del KGB. ¡Una junta en posesión de un vasto poder nuclear y se habían burlado de ella!

A medio camino del desastre, Yanayev fue interpelado por una reportera de veinticuatro años de la *Nezavisimaya Gazeta*, Tatyana Malkina. Un año atrás, Malkina ocupaba un cargo de bajo nivel en *Noticias de Moscú*, seleccionando recortes, trabajando para los grandes periodistas. Ahora era reportera del rotativo más controvertido de Moscú. Se levantó de su asiento, tomó el micrófono y clavó la mirada en el semiebrio pretendiente al poder.

«Dígame, por favor —dijo—, ¿se da usted cuenta de que ha protagonizado un golpe militar? ¿Y qué comparación le parece más apropiada, 1917 o 1964?» ¿El golpe bolchevique o el derrocamiento de Nikita Jruschov?

Por un instante, el hombre que quiso ser rey miró sus pobres manos; parecía triste, como preguntándose si el temblor cesaría alguna vez.

En el Ministerio de Defensa, Dmitri Yazov seguía la rueda de prensa en compañía de su esposa, Emma. Esta sollozaba mientras presenciaba el patético espectáculo y le rogó a su esposo que llamara a Gorbachov y

detuviera el golpe. «Dima, ¿con quién te has aliado? —le dijo entre lágrimas—. Siempre te burlaste de ellos. Llama a Gorbachov...»

Pero el mariscal le dijo que era demasiado tarde. Las comunicaciones habían sido interrumpidas.

Trabajando desde una sala de guerra en el tercer piso, Yeltsin firmó un decreto en virtud del cual creaba un gobierno de apoyo en la sombra y envió a un equipo de veintitrés líderes militares y civiles del gobierno ruso para que establecieran una sede secreta a cincuenta y cinco kilómetros de la ciudad natal de Yeltsin, Sverdlovsk, en los Urales.

«La idea era actuar en nombre del gobierno ruso si la Casa Blanca era capturada», dijo Alexei Yablokov, ministro de Medio Ambiente de Yeltsin y uno de los enviados a Sverdlovsk. Trabajando en búnkers a diez metros bajo tierra que fueron construidos durante la guerra fría, los rusos comenzaron a enviar una serie ininterrumpida de faxes y télex pidiendo a las organizaciones locales y a los gobiernos de la Unión Soviética que se opusieran a los decretos de la junta.

Albert Makashov, jefe del Distrito Militar de los Urales, era uno de los generales más reaccionarios del país. Fue Makashov quien, con una plataforma electoral estalinista, se presentó como candidato a la presidencia y como adversario de Yeltsin. Ahora, Makashov había dado instrucciones a su gente para que detuviera a todo sospechoso, incluidos los «cosmopolitas», una antigua expresión estalinista para referirse a los judíos. Pero sus tropas le prestaron poca atención. Las pasiones de la ciudad de Sverdlovsk estaban con Yeltsin. Más de cien mil personas protagonizaron una manifestación en la plaza principal de la ciudad desafiando a la junta. No hubo arrestos.

Valentin Pavlov convocó una reunión de todos los ministros del gobierno para las seis de la tarde. Nikolai Vorontsov, el ministro del Medio Ambiente, el único no comunista del grupo, tomó notas de la sesión y nos leyó una parte a Masha y a mí antes de que aparecieran en la prensa unos días después.

«Fue un acuerdo unánime», dijo Vorontsov. Todos los ministros, salvo tres, manifestaron su apoyo incondicional al golpe. Después de que Pavlov repitiera su cuento sobre los «contrarrevolucionarios» con sus misiles Stinger y sus malvadas intenciones, los ministros se levantaron uno tras otro para afirmar que el comité representaba su última esperanza. No trataron de disimular que lo único que les interesaba era permanecer en el poder, conservar los últimos vestigios de sus privilegios. Vladimir Gusev, presidente del Comité Estatal sobre Química y Biotecnología, era un ejemplo típico de ello, y les dijo a los demás ministros: «Si retrocedemos un ápice sacrificaremos nuestros puestos de trabajo, nuestras vidas. No habrá otra oportunidad».

Al concluir la reunión, Pavlov se comunicó por teléfono con Yazov. Este percibió de inmediato que el primer ministro, a quien todos conocían como «el señor Gordinflón», estaba nuevamente ebrio.

«Arréstelos a todos», le dijo Pavlov en un momento dado.

Yazov sabía que las cosas andaban mal. ¿Qué pasaba con el plan? Comenzaba a pensar que tal vez era mejor que el complot fracasara. Pero siguió adelante.

La junta, por supuesto, había prohibido la nueva cadena de televisión de la República rusa. El público no tendría ocasión de ver a los maliciosos presentadores del programa de noticias *Vesti*. Solo funcionaría la televisión

central, y para las noticias habría que contentarse con *Vremya*, como en los viejos tiempos.

Incluso los mejores directores y reporteros de *Vremya* sabían que no podían desempeñar el papel de héroes. No podían utilizar la pantalla para difundir llamamientos a la resistencia. Los informantes, agentes y oficiales del KGB pululaban por los estudios. Era imposible. Además, hacía tiempo que los telespectadores más irreverentes mostraban su preferencia por *Vesti* y los programas más liberales.

Sin embargo un joven reportero de *Vremya* llamado Sergei Medvedev tuvo acceso a la información de la CNN y decidió que debía hacer algo. Sus superiores le encomendaron una tarea para la emisión de las nueve de la noche: filmar un reportaje sobre «el Moscú de hoy». Sabía perfectamente que la idea era mostrar que todo estaba en calma, que «la vida transcurre como siempre». A decir verdad, así era. Gran parte de Moscú, como la mayor parte del país, parecía funcionar con normalidad. La gente iba a trabajar. Algunos miraban la televisión y leían los periódicos y trataban de comprender lo que había sucedido. Había millones de personas que pensaban que el golpe era algo positivo y había otros millones a quienes el asunto les dejaba indiferentes. Pero Medvedev también se aseguró de incluir el resto del panorama. Obtuvo imágenes de las escenas frente a la Casa Blanca las barricadas, las personas que protestaban. Incluyó también una imagen de Yeltsin encaramado en el tanque. Se lo entregó a los directores y cruzó los dedos.

Yelena Pozdniak, directora durante muchos años en *Vremya*, también decidió que haría lo que pudiera para preservar al menos cierta honradez. Kravchenko y sus adjuntos le solicitaron que, en caso de ser técnicamente posible, suprimiera las imágenes de las manos temblorosas de Yanayev durante la rueda de prensa y las risas en la sala, las reacciones de burla de

los corresponsales. Aunque era bastante fácil hacerlo, Pozdniak pensó: «¡Que lo vean todo!». Estaba cansada de las mentiras. En tiempos de Brezhnev le había tocado suprimir noche tras noche los tartamudeos y balbuceos de los dirigentes. Brezhnev tenía la oratoria de un cocodrilo senil y había que pulir sus palabras. «Solía utilizar una palabra favorita, *kompetentnost* [“competencia”], a la que siempre agregaba una letra de más: *kompententnost* —recordaba Pozdniak—. Tuve que encontrar otro discurso en que lo dijera correctamente y luego doblarlo para que nadie se diera cuenta.» Pero esta vez no estaba dispuesta a hacerlo.

Valentin Lazutkin, adjunto de Kravchenko y de ideas medio liberales, también aportó su grano de arena. En antena, su rebelión parecería ínfima, si no invisible; la emisión estaba llena de declaraciones y comentarios aprobados por el comité. Pero presentó el reportaje de Medvedev sin omitir las imágenes de la rueda de prensa en que se apreciaban las manos temblorosas de Yanayev.

«La gente pudo ver que Yeltsin estaba vivo, que era un hombre libre y que estaba trabajando, y eso significaba que había esperanza», dijo Lazutkin. En el momento en que *Vremya* concluyó, empezaron a llegar las llamadas de tres miembros del Politburó y, peor aún, de Boris Pugo, el ministro del Interior.

Pugo estaba furioso. «El reportaje sobre Moscú es una traición —exclamó—. Usted le ha proporcionado a la gente instrucciones acerca de adónde ir y qué hacer. Tendrá que responder por esto.»

Más tarde, recibió también una llamada de Yanayev. Parecía no saber qué decir, y Lazutkin le preguntó de forma educada qué le había parecido el noticiero.

—Lo vi —dijo Yanayev—. Me pareció un buen reportaje, una visión equilibrada de las cosas. Lo mostraba todo desde diferentes puntos de vista.

—Pero ellos me dijeron que sería castigado por el reportaje —le dijo Lazutkin.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Yanayev—. ¿Los del Comité Central? ¡Que se vayan al diablo!

A partir de esa noche, Lazutkin tuvo un nuevo amigo: un coronel del KGB. El coronel le seguía los pasos, escuchaba todas sus conversaciones, observaba mientras este tomaba decisiones.

—¿Por qué se encuentra usted aquí? —le preguntó Lazutkin.

—Por su seguridad —le contestó el coronel.

Pero pronto el hombre del KGB se ablandó. Comenzó a intercambiar sonrisas con Lazutkin a medida que el golpe comenzaba a perder fuerza. Y luego sacaron una botella, el eterno igualador de los hombres.

—¡Salud! —dijo el agente.

—¡Salud! —contestó el hombre que había mostrado al Gran Hermano con los pantalones bajados. El sutil gesto de rebelión llenó de orgullo al hijo de Lazutkin, pero este no pudo comunicarse con su padre para decírselo. Sergei Lazutkin se encontraba en la Casa Blanca, en las barricadas.

20 DE AGOSTO DE 1991

Yeltsin no durmió en los tres días que duró el golpe. El día 20, temprano por la mañana, él y sus ayudantes miraron por las ventanas en dirección a las barricadas. Todavía había gente alrededor de la Casa Blanca, unas diez mil personas apiñadas en torno a radios portátiles o pequeñas fogatas. Pero los que se encontraban dentro del edificio estaban nerviosos. Necesitaban

multitudes enormes. Debían confiar en aquello que en la historia de Rusia había demostrado ser lo menos fiable: la testaruda voluntad de su pueblo.

En los pasillos, la gente se arremolinaba, impulsada por los nervios y los rumores. Había hombres maduros armados hasta los dientes, hombres que no habían sostenido un fusil desde el día en que dejaron el ejército. Unos cien hombres que trabajaban para las nuevas agencias de seguridad, como «Bells» y «Aleks», se unieron a los veteranos de guerra de Afganistán. En los rincones de los despachos y bajo los escritorios de las secretarias había pequeños montones de ametralladoras, granadas, cócteles Molotov. Mstislav Rostropovich, quien dos horas antes había estado tocando el violonchelo frente a los restos del muro de Berlín, volvió a su patria y ahora hacía guardia cerca del despacho de Yeltsin sosteniendo un fusil AK-47. Llegaron algunos de los «hombres de los años sesenta» más conocidos: Yuri Karyakin, el especialista en Dostoievski, y Ales Adamovich. Los políticos de la Nueva Ola también estaban allí: Sergei Stankevich con sus mejillas color melocotón, su chaqueta de cuero y su aspecto de dirigente estudiantil; Ilya Zaslavsky, cojeando de despacho en despacho; el erudito constitucional Oleg Rumantsyev, y el abogado Sergei Shakrai, todos ellos trabajando y redactando decretos para Yeltsin.

Los hombres de Yeltsin parecían tener acceso a todo lo que sucedía en los puntos clave del golpe. Había militares que los llamaban con los informes de inteligencia, agentes del KGB ruso que entregaban información sobre de Kryuchkov. Más o menos al mismo tiempo, Yazov se encontraba en el Ministerio de Defensa maldiciendo la falta de compromiso del Partido, maldiciendo la resistencia pasiva de algunos de sus principales generales. Grupo tras grupo le iban informando de que «no estaban preparados» para atacar y él también sentía que todo iba mal, que un «mar de sangre» no traería la victoria sino una mayor deshonra.

A medida que el tráfico volvía a la normalidad en las calles, la gente de Yeltsin podía ver que la multitud alrededor de la Casa Blanca iba en aumento. Por medio de octavillas repartidas en las estaciones de metro y en las paradas de autobuses, la gente iba enterándose cada vez más de lo ocurrido y de lo que se requería. Yeltsin convocó una manifestación para las diez y media de la mañana.

De pie en el balcón de la Casa Blanca, frente a una enorme bandera tricolor rusa y detrás de un escudo antibalas, mostró su rostro más combativo y alzó su voz de barítono, advirtiendo de que «la junta no hizo gala de moderación para apoderarse del poder y ahora hará lo posible por conservarlo.

»¿Acaso Yazov no tiene las manos manchadas con sangre de otras repúblicas? ¿Acaso Pugo no se ha manchado las manos en los estados bálticos y en el Cáucaso? ... Los fiscales [rusos] y el Ministerio del Interior han recibido órdenes: ¡todo aquel que ejecute las órdenes de este comité ilegal será llevado a juicio!

»Las tropas se han negado a seguir ciegamente a estos golpistas. Creo que es necesario respaldar a estas tropas y observar junto con ellas un sentido del orden y de la disciplina ... Estoy convencido de que aquí, en el Moscú democrático, la agresión de las fuerzas conservadoras no saldrá victoriosa. La democracia prevalecerá. ¡Y permaneceremos aquí el tiempo necesario para que la junta sea llevada ante la justicia!»

No fue un discurso brillante, pero permitió a diez mil personas ver el símbolo por el que arriesgaban sus vidas, porque, a pesar de sus defectos y vanidades, Yeltsin se había erigido en el símbolo de la democracia; era a él a quien habían elegido, no a Gorbachov. De todos los oradores en el balcón de la Casa Blanca, fue Yelena Bonner, la viuda de Sajarov, y no precisamente simpatizante de Gorbachov, quien mencionó al hombre que

ahora languidecía en Foros: «Tuve mis desacuerdos con Gorbachov, pero es el presidente del país y no podemos permitir que una pandilla de maleantes se apodere del poder».

Oleg Kalugin, quien se había salvado de ser arrestado por ex colegas del KGB, presentó a un teniente coronel de la policía secreta que hizo un llamamiento a «Volodya» Kryuchkov para que detuviera el golpe, que «estaba a punto de fracasar». El popular cómico Gennadi Jazanov hizo una imitación de Gorbachov, reproduciendo sus gestos suaves y sus errores gramaticales, y afirmó: «Gracias, me encuentro bien de salud, pero no puedo dejar de pensar que es imposible llevar a cabo una buena política con manos temblorosas».

Luego, Yevgeny Yevtushenko, el poeta que mezclaba por partes iguales la irreverencia con el autobombo, tomó el micrófono.

¡No! Rusia no caerá nuevamente de rodillas por interminables años,
con nosotros están Pushkin, Tolstoi,
con nosotros está el pueblo entero que ha despertado.
Y el Parlamento ruso, como cisne de mármol de la libertad,
defendido por su gente, nada hacia la inmortalidad.

Estaba lejos de ser lo peor de Yevtushenko, y la multitud lo aplaudió con entusiasmo. De todas formas, yo prefería los cuatro versos que ya comenzaban a circular por Moscú:

Se nos dice que el orden está asegurado,
pero la mano de la junta no descansa;
son un poco pinochetistas
y levemente husseinianos.

Bajo una tenue lluvia caminé a lo largo de la Kutuzovsky Prospekt hasta cruzar el puente en dirección a la Casa Blanca. Vi a un grupo de hombres veinteañeros, hombres de negocios soviéticos bien vestidos, transportando

un cargamento de pizzas desde Pizza Hut hasta el final de la avenida. Otra delegación de millonarios en rublos había sido despachada al McDonald's en busca de provisiones.

Permanecí junto a la Casa Blanca toda la tarde y parte de la noche. A las cuatro de la tarde circuló el rumor de que agentes del KGB vestidos de civil se habían introducido en el edificio y habían sido capturados. Luego, Yeltsin interrumpió bruscamente una conversación telefónica con John Major, el primer ministro británico, al ser informado de que los tanques iban camino de la Casa Blanca. Resultó, sin embargo, que tal acción no estaba teniendo lugar. El Kremlin estaba ocupado con otros asuntos. Para comenzar, Yanayev se puso en contacto con Saddam Hussein y le prometió restablecer las buenas relaciones con Irak. En total, el golpe fue respaldado por Hussein, Muammar Gadafi y Fidel Castro.

A primera hora de la tarde, llovieron los mensajes de apoyo a la resistencia enviados por fax y télex. Después de una vacilación inicial, los dirigentes de Kazajstán, Ucrania y otras regiones se pronunciaron en contra de la junta. Incluso el jefe del KGB ucraniano, el general Nikolai Golushko, llamó para decir que no respaldaba el golpe. Igualmente importante, había señales patéticas de debilidad, noticias de que Pavlov había sido hospitalizado por tener la «presión alta». Corrían rumores de que Yazov y Kryuchkov habían dimitido. Lukyanov, escurridizo hasta el final, le dijo a uno de los ayudantes de Gorbachov: «No tuve nada que ver con el golpe». Los jefes militares que respaldaban al gobierno ruso se volvían cada vez más osados. El coronel general Pavel Grachev, comandante de las fuerzas aerotransportadas, dio largas a Varennikov, comandante de las fuerzas terrestres, quien se preparaba para lanzar un ataque contra la Casa Blanca. Shaposhnikov instruyó a sus hombres que se prepararan para interceptar y derribar los helicópteros de asalto que se dirigían a la Casa Blanca. Más

tarde, Shaposhnikov ordenó que había considerado la posibilidad de lanzar un ataque aéreo sobre el Kremlin si los conspiradores tomaban al asalto la Casa Blanca.

En la sala de guerra, Yeltsin, Kobets y Rutskoi sabían que, de producirse un ataque, tendría que ser pronto, esa misma noche. Los conspiradores veían crecer a la multitud alrededor de la Casa Blanca. En Occidente, algunos comentaristas decían que Moscú no había reaccionado como lo hizo Praga en 1989, cuando prácticamente toda la población salió a las calles. Cierto. Pero los checos también tenían la certeza de que sus líderes no lanzarían un ataque militar en su contra. En Moscú, con cincuenta mil efectivos en la ciudad, con el Manezh, la Plaza Roja, el Anillo, la colina de Lenin y otros puntos clave ocupados por los tanques, no existía tal certeza. ¿Qué seguridad podía haber después de Bakú, Tiflis, Vilnius, Riga y Osh?

Fuera, en las barricadas, a medida que la gente se aglomeraba, circulaban nuevos rumores y cada uno de ellos era propagado por la radio. Había líderes espontáneos con megáfonos haciendo declaraciones, pocas de las cuales tenían algún sentido, todo lo cual hacía aumentar el nerviosismo y la confusión. El solo hecho de permanecer en medio de la multitud exigía un buen grado de resistencia. A ratos la gente se aburría, y luego, con el siguiente rumor, la piel se erizaba como cuando uno se dispone a lanzarse desde un trampolín o va directo a un accidente automovilístico. Vi a un hombre, un veterano de guerra ya fatigado, armado con un palo y sosteniendo una botella de vodka para infundirse valor. El espectáculo más tranquilizador era la forma en que los soldados de los tanques subían a bordo a los niños y flirteaban con las muchachas. Era un espectáculo esperanzador.

Y la entereza de la gente también era esperanzadora. En una de las barricadas, a lo largo de la Kutuzovsky Prospekt, charlé con Regina

Bogachova, una mujer ya madura, quien afirmó que prefería morir aplastada por un tanque a moverse de su sitio. «Estoy lista para morir aquí mismo, en este preciso lugar. De aquí no me muevo. Tengo cincuenta y cinco años y durante muchos me llenaron la cabeza con mensajes de obediencia y de inercia. Los Jóvenes Pioneros, la Liga de la Juventud Comunista, los sindicatos, el Partido Comunista, todos me enseñaron a agachar la cabeza. A ser una buena soviética, un engranaje de la máquina. Pero el lunes por la mañana me llamó mi amiga y me dijo: "Enciende la radio". No fue necesario. Oí el estruendo, me asomé al balcón y vi los tanques rodando por la autopista de Mozhaisk. ¡Estos monstruos! ¡Siempre creyeron que podían hacer lo que les viniera en gana! Eliminaron a Gorbachov y ahora amenazan a un gobierno al que contribuí a elegir. Desafiaré el toque de queda. Dejaré que me aplaste un tanque si es necesario. Si es necesario, moriré aquí mismo.»

Los dramas en las redacciones de prensa iban en aumento.

En *Izvestia*, Yefimov recibió una llamada de Yanayev, quien le informó de que no debía publicar un solo decreto más de Yeltsin ni material alguno que no hubiese sido autorizado por la junta. Yefimov, por supuesto, estuvo totalmente de acuerdo. Cuando uno de sus subordinados le dijo que estaba actuando con tanta debilidad que «ninguno de nosotros lo defenderá si lo llevan a juicio», Yefimov lo despidió. Obedecería las órdenes de la junta y no le importaban las consecuencias.

En la *Nezavisimaya Gazeta*, el personal trabajaba día y noche acumulando material. Sobre todo después del primer día, cuando la junta mostró su mano indecisa, lo estaban pasando de maravilla. Había llegado su hora. Vladimir Todres, un reportero político de veinticinco años, dijo que,

tanto para él como para sus amigos del periódico, el golpe era el acontecimiento que definía a su generación, el equivalente en la era de los medios de comunicación de lo que el XX Congreso del Partido había sido para Karpinsky, para Gorbachov y para la generación del «deshielo». «Para nosotros, el golpe no era simplemente un asunto político —declaró Todres —. A decir verdad, por lo general, detestamos la política. Pero esta era la generación Pepsi que se veía amenazada. Era nuestra existencia la que estaba en juego. Los motociclistas no querían perder sus motos. Los jóvenes hombres de negocios querían conservar sus mercados. Incluso los estafadores fueron a defender la Casa Blanca. Prostitutas, estudiantes, académicos..., todos querían conservar su nueva forma de vida, y simplemente no estábamos dispuestos a entregárselo todo a esos viejos decrépitos. Además, era como estar en una gran película. La vida y el arte se entremezclaban. Mis amigos en el extranjero estaban con el corazón en un puño, no porque sintieran temor, sino porque sentían que se habían perdido algo importante. No podían participar en la película.»

La parte periodística de la película era espléndida. El primer día del golpe, el redactor de la *Nezavisimaya Gazeta*, Vitaly Tretyakov, decidió no desafiar la censura impuesta por los protagonistas del golpe. Pensó que un paso en falso podía poner en peligro al personal y acarrear la clausura del periódico. Algunos de los jóvenes reporteros se enfurecieron, especialmente cuando supieron que los impresores del *Izvestia* estaban dispuestos a desafiar a la junta. Tretyakov se mantuvo firme. Pero el día 20, a medida que iba quedando claro que los dirigentes del golpe no poseían ni la voluntad ni el nivel de organización necesarios para un ataque a gran escala contra la prensa en general, Tretyakov y su gente lanzaron una edición de la *Nezavisimaya Gazeta* con el siguiente titular: «EL DÉBIL GOLPE; TODAVÍA NO HA FINALIZADO». Le edición estaba llena de noticias acerca del golpe

procedentes de Moscú y de provincias. Los lectores moscovitas que pudieron conseguir la edición clandestina se enteraron de que el golpe se había centrado casi exclusivamente en Moscú. Las principales zonas de conflicto fuera de Moscú eran las capitales bálticas, donde las tropas enseguida tomaron las principales torres de televisión, y la región de Tartaria, donde los dirigentes del Partido calcularon que les sería más fácil conseguir la independencia si respaldaban el golpe. El ataque a Leningrado había perdido fuerza, y a pesar de algunas vacilaciones iniciales de los jefes republicanos, en Kazajstán, Ucrania y otras repúblicas clave, prácticamente no se vieron señales del golpe en las calles. Fuera de esto, el país estaba en calma. Se podía incluso caminar por el centro de Moscú durante algunos minutos sin saber que había un golpe de Estado.

Pero en el epicentro del golpe, los reporteros trabajaban arduamente, sobre todo Sergei Parjomenko y Pavel Felgenhauer, el corresponsal militar del periódico. Felgenhauer permaneció en la Casa Blanca durante el asedio y estuvo en contacto permanente con los jefes militares que idearon la estrategia de Yeltsin en su improvisada «sala de guerra». Felgenhauer, un hombre con aspecto de oso que hablaba perfectamente inglés, jamás se propuso ser periodista ni experto militar. Tenía un doctorado en biología y había alcanzado lo que él denominaba «un cierto grado de fama internacional» con su tesis: «Síntesis del ARN durante la maduración de los ovocitos de rana». Me dijo que había abandonado la ciencia «porque en este país ya no se puede hacer ciencia. No tenemos dinero para tubos de ensayo o comida para las ranas. Así es que me convertí en periodista. Siempre me gustó escribir».

Felgenhauer había seguido los asuntos militares con el mismo interés que algunos chicos de Estados Unidos siguen el béisbol. Se trataba de un juego, una mezcla de acción y estadísticas. «Pavel es un niño al que le gustan los

soldados de juguete. Es un gigantesco niño de cuarenta años y, además, es un genio —dijo Parjomenko—. Disfrutó con el golpe porque le permitió jugar a los soldados y a los corresponsales de guerra al mismo tiempo».

Parjomenko no podía comprender la expresión de felicidad máxima que irradiaban los rostros de sus colegas en la Casa Blanca. «En lo que a mí respecta, estaba aterrado —expresó después del golpe—. Creí que era hombre muerto. Ahora dicen que no fue nada, que no corríamos peligro. Pero eso es ridículo. Era una guerra de nervios, una peligrosa guerra telefónica. Órdenes y contraórdenes por teléfono. Cuando el gobierno ruso supo que estaban enviando un contingente de tanques, colocaron filas de bombonas de gas para provocar una enorme explosión. Durante todo el tiempo, la estrategia era maximizar la amenaza de que hubiera un baño de sangre para intimidar al KGB y a los golpistas usando como escudo a gente desarmada.»

En Foros, Gorbachov escuchaba su radiotransistor Sony. Hacía llegar sus demandas a sus captores varias veces al día: ser puesto en libertad, dirigirse a la gente. Raisa le dijo que no comiera lo que se le servía, que ingiriera solo la comida de los guardias. Temía que lo envenenaran, que lo fusilaran. «Tratamos de mantener la calma —declaró Raisa más adelante—. Tratábamos de llevar una vida normal.» Pero era imposible, y sobre todo ella sufría atrozmente. Perdió el control de una mano, al parecer de puro terror. Entrada ya la noche, el yerno de Gorbachov, Anatoly, instaló una videograbadora y grabó a Gorbachov leyendo lo que constituía esencialmente su último testamento, en el que afirmaba que se había negado a colaborar con los golpistas y daba a conocer su postura.

«He sido privado de mis sistemas de comunicación gubernamentales, de

mi avión, también de los helicópteros...»

Gorbachov y su yerno hicieron cuatro copias de la película. Pensaban que podrían esconderlas, enviarlas a Moscú.

«Estoy bajo arresto y nadie puede acercarse hasta las inmediaciones de mi dacha...»

Uno de los ayudantes de Gorbachov, Chernyayev, dijo que tal vez podría escapar nadando y después contactar con el gobierno ruso. Pero era absurdo. No había nada que hacer. Ahora la batalla se libraba en otra parte.

Los primeros disparos se oyeron justo antes de la medianoche; el sonido distante de balas. ¿Se había iniciado el asalto a la Casa Blanca?

El general Kobets sabía que si el KGB y las unidades militares superaban las barricadas, perderían la Casa Blanca «en menos de quince minutos». Sin embargo, todavía había ciertos elementos en favor de los rusos. Las barricadas, cuya construcción había sido diseñada desde la sala de guerra, eran altas y firmes. Puede que no fueran capaces de detenerlo todo —o que no pudieran detener nada—, pero añadían un elemento de incertidumbre y de caos al plan de los conspiradores.

De pronto, millones de personas procedentes de todos los puntos de la ciudad que habían ido a defender la Casa Blanca, comenzaron a entonar un cántico de protesta: «*Pozor! Pozor!*» («¡Vergüenza! ¡Vergüenza!»). Y luego «Rossiya! Rossiya!».

Hasta la mañana siguiente pocos habrían de enterarse de lo sucedido. Tres manifestantes habían fallecido al enfrentarse con un tanque cerca de las barricadas. Algunos de los manifestantes prendieron fuego a los tanques con cócteles Molotov. El olor a gasolina quemada no hizo sino intranquilizar aún más a la enorme multitud que defendía la Casa Blanca.

El golpe se había cobrado tres mártires. ¿Cuántos más faltaban?

La obrera Nadezhda Kudinova volvió su posición en las barricadas sobre la Kutuzovsky Prospekt. Estaba empapada por la lluvia, pero alguien le entregó un par de calcetines y zapatos secos. Los habitualmente hoscos administradores del hotel Ucrania, situado al otro lado de la calle, abrieron sus habitaciones para que las mujeres de las barricadas se turnaran durante dos o tres horas para dormir. Nadezhda mantuvo sintonizada su radio en Eco de Moscú y escuchó las palabras de Rutskoi y de Jasbulatov pidiendo calma; desobediencia civil, pero en calma. Cada cierto tiempo había boletines sobre los movimientos de tropas, sobre la posibilidad de que los aviones de reconocimiento dieran la señal de ataque. «Siempre sentimos que estaban ahí con nosotros —dijo Kudinova—. Utilizaban un lenguaje especial, un tono elevado, como las palabras que pronuncia un hombre antes de morir. Nos hablaban de forma cándida, creando un sentimiento de unidad indescriptible. Los escuchábamos y ellos nos escuchaban a nosotros.»

Las mujeres conformaban la línea delantera de la barricada sur con un letrero pintado a mano: SOLDADOS SOVIÉTICOS: NO DISPAREN SOBRE VUESTRAS MADRES. Estaban dispuestas a morir como héroes de guerra. «La gente de la Casa Blanca nos ordenó que nos retiráramos, que si venían los tanques no nos arrojáramos sobre ellos —dijo Kudinova—. Pero nosotras sabíamos que si los tanques venían nos enfrentaríamos a ellos. Incluso discutimos dónde había que colocar los tanques que se unieran a la resistencia, si delante o detrás de las barricadas. Decidimos que deberían permanecer detrás de las barricadas, porque si los hombres eran capturados por los soldados leales al golpe, los matarían de un tiro. Después de todo, son solo niños.»

El plan para asaltar la Casa Blanca era brutalmente sencillo.

El día 20 por la tarde, el viceministro de Defensa, Vladislav Achalov, presidió una sesión para discutir la «Operación Trueno», reunión a la que asistieron generales tan importantes como Boris Gromov, Pavel Grachev, Alexander Lebed y Sergei Ajromeyev, el principal asesor militar de Gorbachov, así como los dirigentes del KGB Genii Ageyev y Viktor Karpujin, jefe del grupo de élite Alfa. Con la ayuda de tropas aerotransportadas y del KGB, el grupo Alfa tomaría al asalto el Parlamento y, abriéndose camino con lanzagranadas, subiría hasta el quinto piso para arrestar o matar a Yeltsin. El grupo Beta eliminaría toda resistencia mientras las tropas Ola, junto con otras unidades del KGB, arrestarían a los demás líderes rusos. Los tanques dispararían para ensordecer y aturdir a los defensores de la Casa Blanca, y los helicópteros proporcionarían respaldo aéreo y tomarían al asalto el techo y los balcones.

El grupo Alfa ya se había ganado la reputación de sanguinario. En 1979, sus hombres entraron al palacio del dictador afgano Amin y lo asesinaron en vísperas de la invasión soviética. (Esto fue descrito por la prensa soviética como la «invitación fraternal del pueblo afgano».) Fue también el grupo Alfa el que encabezó el ataque en Vilnius durante la matanza de enero de 1991.

Si bien las intenciones de Kryuchkov eran claras, las lealtades y las intenciones del KGB eran confusas. Fuentes del KGB fueron las primeras en alertar al gobierno ruso de que Yeltsin sería arrestado al iniciarse el golpe, y proporcionaron información crucial al gobierno ruso acerca del sistema de comunicaciones del Ministerio de Defensa y del propio KGB. Más adelante *Noticias de Moscú* informó de que el KGB le entregó al equipo de Yeltsin una imprenta para publicar sus folletos y que agentes retirados, que trabajaban ahora para la empresa privada, contribuyeron con

más de un millón de rublos a un fondo de defensa ruso. En las primeras horas del golpe, algunos oficiales del KGB redactaron un borrador denunciando a la junta.

Las fuentes de Yeltsin en el KGB le informaron de que el grupo Alfa iniciaría la acción el día 19 alrededor de las seis de la tarde. Pero había desacuerdos en sus filas. Después del golpe, fuentes del KGB me dijeron que los rangos medios y «medios-altos» tanto de la policía secreta como del ejército habían perdido la fe en sus dirigentes. Los consideraban dinosaurios confusos en los que no se podía confiar. Veían como una y otra vez el alto mando elaboraba sus planes —la guerra de Afganistán, los ataques en Tiflis, Bakú y Vilnius— y luego eludía toda culpa. Alexander Yakovlev, asesor de Gorbachov, me dijo que incluso generales como Gromov y Grachev, veteranos condecorados de la guerra de Afganistán, «trabajaban para ambos bandos, manteniéndose en estrecho contacto con la Casa Blanca mientras asistían a las sesiones de planificación del golpe. No son demócratas, pero no querían mancharse las manos de sangre por culpa de idiotas como Kryuchkov y Yazov».

«Hay una multitud enorme —dijo el general Alexander Lebed en la reunión de la tarde con Achalov—. Están levantando barricadas. Habrá muchos muertos. Hay muchos hombres armados frente a la Casa Blanca.»

Yazov entró y preguntó: «Bueno, ¿qué tenemos?».

Achalov respondió que simplemente no contaban con las fuerzas necesarias para tomar la Casa Blanca. Yazov les dijo a sus subordinados que consiguieran más tropas, «no podemos perder la iniciativa». Pero luego se olvidó del asunto.

En una reunión estratégica del grupo Alfa, el oficial Anatoly Salayev se puso de pie y dijo: «Quieren que nos manchemos las manos de sangre. Cada uno de ustedes es libre de actuar según su conciencia. Yo, por mi

parte, no atacaré la Casa Blanca». En Tiflis, Bakú y Vilnius, los militares y los hombres del KGB comprendieron que habían sido utilizados para efectuar una matanza mientras sus dirigentes eludían toda responsabilidad. No permitirían que volviera a suceder, especialmente cuando se trataba de derramar sangre de sus conciudadanos.

Entretanto, agentes del KGB y de la policía seguían fotografiando y filmando la escena que se desarrollaba tanto en el interior como en el exterior de la Casa Blanca. «Lo filmamos todo —le dijo Karpujin a un reportero de la *Literaturnaya Gazeta*—. Teníamos agentes entre los defensores y dentro del Parlamento. Por la noche, el general Lebed y yo recorrimos las barricadas. Eran de juguete; podríamos haberlos aplastado con facilidad.»

«¿Cuál era el plan de batalla?»

«A las tres de madrugada, las tropas de policía Omon despejarían la plaza. Dispersarían a la gente con gases lacrimógenos y cañones de agua. Nuestras unidades entrarían en acción por tierra y aire, con helicópteros, lanzagranadas y otros medios especiales ... Luego tomaríamos el edificio ... Mis hombres son prácticamente invulnerables. En quince minutos todo habría acabado ... Dependía de mí, estaba todo en mis manos. A Dios gracias, no fui capaz de hacerlo. Hubiese sido un baño de sangre. Me negué.»

Pero el KGB se enfrentaba también a consideraciones más mundanas. Como, por ejemplo, la dificultad de que los helicópteros aterrizaran bajo la lluvia y en una azotea que había sido deliberadamente recubierta con muebles rotos y desechos. Como el problema del comandante de las fuerzas aéreas, Shaposhnikov, que se negó a que sus helicópteros participaran en el ataque y que amenazó con un ataque aéreo contra la junta. Y estaba también la amenaza de que se produjera un gran número de bajas. Cualquiera que

hubiese estado en las barricadas esa noche —incluidos los informantes del KGB— sabía que en la Casa Blanca existía una enorme disposición a morir, la negativa a permitir un asalto. Más aún, existía también la posibilidad de una humillación, incluso de una derrota. Yeltsin dijo que algunos de sus auxiliares pasaron parte de la noche en un búnker subterráneo sellado por una puerta de acero de cincuenta centímetros de grosor. Puede que el KGB meditara acerca de las consecuencias de «tomar» la Casa Blanca a costa de miles de vidas y sin la garantía de apoderarse de Yeltsin. Según el informe del fiscal, los generales Grachev y Shaposhnikov acordaron que si el Comité de Emergencia asaltaba la Casa Blanca, tomarían represalias enviando los bombarderos sobre el Kremlin.

A las ocho de la tarde el Comité de Emergencia se reunió en el Kremlin. Yanayev impresionó a sus colegas al decirles que había oído rumores: el Comité se preparaba para tomar al asalto la Casa Blanca. Propuso difundir un comunicado para desmentir dichos rumores.

Según le informaron al fiscal los testigos, se produjo un silencio que fue roto por Yanayev cuando preguntó: «¿Realmente hay alguien entre nosotros que desee tomar al asalto la Casa Blanca?».

No hubo respuesta. Cuando Kryuchkov comenzó a hablar de los informes que había recibido de todo el país asegurando que el comité contaba con un amplio apoyo, Yanayev dijo que no, que había estado recibiendo telegramas que decían exactamente lo contrario. Los golpistas esperaban lograr el respaldo de la población llenando las tiendas de productos y bajando los precios, aunque fuera durante unas semanas. Pero todo eso era pura fantasía. Las reservas militares estaban lejos de ser lo que creían. Solo había suficiente comida para alimentar al ejército durante un par de días.

El golpe fracasaba. El día 21 a las tres de la madrugada Kryuchkov telefoneó a la Casa Blanca. Habló con Gennadi Burbulis, ayudante de Yeltsin.

«Todo está en orden ahora —dijo el jefe de los espías—. Puedes dormir.»

21 DE AGOSTO DE 1991

Miles de personas se despertaron esa mañana en las barricadas, felices de estar todavía con vida. Aún estaban allí y eso era una gran cosa. Buena parte de la conversación giraba en torno a la muerte de los tres manifestantes en el Anillo de los Jardines, la gente encajaba los detalles de esa rápida explosión de histeria y de fuego que había matado a Dmitri Komar, Ilya Krichevsky y Vladimir Usov. Pero, sobre todo, la gente estaba agotada, dolorida, todavía nerviosa y sobreestimulada por los rumores. Todavía circulaban de mano en mano las botellas de vodka y de coñac de Armenia. Nadezhda Kudinova, que emprendía el regreso a casa, estaba satisfecha; había hecho lo que tenía que hacer. Manifestó que «en las barricadas se vivió una camaradería increíble, algo que nunca se experimenta en una cola o en un autobús, donde a uno jamás le ceden el asiento. En la vida cotidiana supongo que simplemente no se da. Pero esas eran circunstancias extremas y, de algún modo, en el transcurso de esa semana conocí los aspectos más profundos de la naturaleza humana. No sabía que hubiese tanta gente bondadosa en mi país».

Lo que Kudinova y el resto no podían saber es lo que habían ganado. El golpe, si es que alguna vez arraigó, había fracasado. La combinación de confusión, estupidez, ebriedad, falta de voluntad y de previsión, y las circunstancias (¡la bendita lluvia!), habían conspirado contra el comité. Y, así como la asombrosa resistencia era fruto de un cambio en la conciencia

de la gente, tampoco se podía descartar una evolución de la mentalidad de los conspiradores. Compartían los mismos impulsos estalinistas que sus antepasados, pero no la crueldad, la disposición a inundar de sangre la ciudad, llamarlo una victoria para el socialismo y luego asistir a una sesión nocturna de *Tipos felices*. Podían desenfundar la pistola, pero no siempre podían dispararla. Eran matones, y los matones podían caer víctimas de su propio juego.

Los miembros del comité comenzaban a preocuparse por el futuro. Oleg Baklanov todavía quería arrestar a Yeltsin y a sus ayudantes. «Si no los agarramos, nos colgarán», le dijo al general Gromov.

En tres reuniones distintas —con Kryuchkov en la Lubyanka, con Yazov en el Ministerio de Defensa y con Yanayev en el Kremlin—, el Comité de Emergencia hizo planes para poner fin al episodio.

«Ahora debemos pensar lo que vamos a hacer», les dijo Yazov a sus comandantes. Reaccionaron rápidamente: votaron unánimemente a favor de que las tropas regresaran a los cuarteles y se levantara el estado de emergencia. Yazov sabía que algunos de esos oficiales lo habían desafiado, que incluso habían entregado información a Yeltsin, y por lo tanto acató a la decisión, y afirmó en tono magnánimo: «No seré otro Pinochet». Luego los generales exigieron que Yazov abandonara el comité, pero este se negó. «No soy un niño —declaró mientras se levantaba para irse—. No puedo actuar de esta forma, incorporándome ayer y renunciando hoy... Lamento haberme involucrado en este asunto».

Yeltsin colgó el teléfono y supo que todo había terminado. Kryuchkov acababa de llamar sugiriendo que viajaran juntos a Foros. Yeltsin sabía que podía tratarse de una trampa, una forma de inducirlo a dejar el Parlamento,

capturarlo y mantener la junta. Pero la propuesta de Kryuchkov traslucía desesperación. Yeltsin permanecería en Moscú, pero enviaría a Rutskoi, el vicepresidente ruso, y a Ivan Silayev, el primer ministro.

«Tenemos a esos malnacidos —le dijo Yeltsin a Burbulis—. Tratan de escapar.»

La retirada comenzó después de las once de la mañana, cuando los primeros tanques dieron media vuelta cerca de la Plaza Roja. Hacia la una de la tarde, enormes convoyes recorrían las principales arterias de la ciudad, interminables columnas de tanques y de transportes de personal moliendo el asfalto y dirigiéndose a los cuarteles.

Me subí rápidamente dentro en un coche con Debbie Stewart, de Associated Press, quien condujo junto a la columna de tanques. A lo largo del camino fuimos testigos de escenas de alborozo. Los ejércitos de Napoleón, Hitler y otros aspirantes a conquistar Moscú habían tenido que huir de Rusia derrotados y humillados. Esos soldados iniciaban la retirada con alivio y verdadero placer, como si hubiesen logrado una gran victoria. La Leninsky Prospekt se estremecía bajo el peso de los tanques. Podía sentir el temblor en la garganta y en las plantas de los pies. A lo largo del convoy los soldados, en su gran mayoría muchachos de dieciocho y diecinueve años, sonreían y reían. Lo peor no había sucedido. La deshonra no había caído sobre ellos. No habían disparado contra sus hermanos y hermanas, sobre sus madres y padres. En señal de gratitud, las mujeres arrojaban claveles rojos y rosas blancas a los muchachos de los tanques. En las construcciones los obreros interrumpían sus labores y aplaudían el desfile. Los soldados respondían con el pulgar levantado y aplaudiendo a la gente.

«¡Terminó! Tenemos órdenes de retirarnos —exclamó un oficial por encima del bullicio—. ¡Gracias a Dios, volvemos a casa!»

Frente al enorme letrero en la Leninsky Prospekt que ponía: URSS: BALUARTE DEL SOCIALISMO, un hombre llamado Sergei Pavlov estacionó su Lada junto a la acera y gritó por la ventana que estaba dispuesto a escoltar a los tanques hasta los cuarteles. «No quiero arriesgarme —declaró—. Quiero asegurarme de que los tanques se han ido.»

Comenzó entonces «la carrera a Foros», con los representantes de Yeltsin, el vicepresidente Rutskoi y el primer ministro Silayev, y los hombres del golpe, Yazov, Baklanov, Tizyakov y Kryuchkov, volando en aviones diferentes. En un gesto simbólico, Lukyanov tomó un tercer avión, como para distanciarse de todos y señalar su peculiar posición. Llevaba consigo a Vladimir Ivashko, el secretario general adjunto del Partido.

Y, mientras todos los demás viajaban al sur, Yanayev permaneció en su despacho. Tenía un aspecto cansado y desaliñado cuando dos hombres de Gorbachov entraron en el lugar. Los ayudantes habían estado en el fondo del pasillo trabajando durante todo el golpe.

—¿Ya han sido todos arrestados? —preguntó Yanayev con el rostro demudado.

—Sí —le contestó el ex obrero metalúrgico Veniamin Yarin, mintiendo flagrantemente.

Yanayev gimoteó y se quejó de que los conspiradores lo habían amenazado con la cárcel y con un «tribunal» si se negaba a cooperar. Se había plegado al golpe solo para «evitar un derramamiento de sangre» (en referencia a su propia sangre, no a la de Moscú).

«Yanayev sabía por qué me encontraba allí —diría Yarin más tarde—. El temor se reflejaba en sus ojos... Y sí, estaba bastante ebrio.»

Yanayev permaneció en su despacho durante toda la noche y cuando

Yarin volvió al día siguiente había botellas vacías por todas partes. Yanayev estaba despierto, pero ya no reconocía a Yarin. Como escribió acerca del golpe Jim Hoagland en el *Washington Post*, comenzó como una novela de Dostoievski y terminó como una película de los hermanos Marx.

En el vuelo a Crimea, los hombres de Rutskoi —unos cincuenta efectivos de la escuela de oficiales de Ryazan— permanecían en sus asientos limpiando las ametralladoras. Un coronel manifestó que si se topaban con algún problema en la dacha, «barreremos con lo que sea». Pero Vadim Bakatin, el ministro del Interior liberal que fue destituido cuando Gorbachov inició su viraje a la derecha, dijo que los soldados debían mantenerse a distancia y evitar cualquier tipo de provocación. «Si se dispara un solo tiro, nos culparán a nosotros cuando encuentren muerto a Gorbachov, afirmó Bakatin. Los soldados acordaron permanecer en el avión.

Cuando la delegación del gobierno ruso llegó a Foros se le permitió cruzar la verja, pero vieron francotiradores apostados en los árboles y en los balcones. No se sintieron a salvo hasta alcanzar la puerta, pero no hubo ningún ataque, no hubo sorpresas de último minuto. Claramente, los guardias del KGB habían recibido órdenes de no intervenir.

Gorbachov solo deseaba ver a los rusos, y se negó a entrevistarse con Kryuchkov o con Yazov. Cuando recibió a Rutskoi y al resto, se le veía agotado pero aliviado. Llevaba puesto un fino jersey gris y pantalones color caqui, y temblaba de emoción. No cesaba de repetir que ese era un golpe contra un presidente legítimo, un comandante en jefe, que se le había confiscado el maletín con los códigos secretos, que era todo una «blasfemia». «Hay algo que deseo expresar —explicó Gorbachov—. No hice ningún trato. Mantuve una postura firme, exigiendo que se convocara de inmediato una sesión del Congreso o del Soviet Supremo. Solo ellos

pueden decidir el asunto. De no haber sido así, tendría que haber acabado con mi vida. No había otra salida ... Toda forma de comunicación había sido interrumpida. El mar estaba cerrado por los navíos. Estaba rodeado de tropas. Me encontraba total y absolutamente aislado.»

Bakatin y Yevgeny Primakov, dos hombres leales a Gorbachov que habían dado su apoyo a la resistencia, destacaron el singular papel desempeñado por Yeltsin e hicieron hincapié en que cuando Gorbachov volviera a Moscú no podía haber más conflictos. Gorbachov prometió que así sería. Algunos de los rusos le recordaron con aspereza a Gorbachov que los conspiradores habían sido todos hombres del presidente. Gorbachov reconoció que era verdad. «Confiaba plenamente en la gente que me rodeaba. Mi credulidad actuó en mi contra. Por un lado, probablemente es bueno confiar en la gente, pero no hasta este punto.»

Gorbachov mostró algo de obstinación cuando alguien señaló que debía de promulgar un decreto según el cual volvía a ejercer como presidente. «¡Nunca dejé de ser presidente!», exclamó. En cuanto a que se encontraba gravemente enfermo, era todo una «tontería, un pretexto absurdo». Silayev había traído consigo a dos médicos, ambos especialistas del corazón, pero claramente no hacía falta su intervención. Silayev dijo que Gorbachov tenía un aspecto «muy bueno». No así Raisa. Los rusos se asombraron cuando la vieron bajar las escaleras para saludar a la delegación. «Estaba en un estado terrible —dijo Vladimir Lysenko, miembro de la delegación—. Las piernas le temblaban al caminar, pero nos besó a todos.»

—¿Volamos a casa esta noche? —le preguntó finalmente Gorbachov a Raisa.

—Sí —musitó suavemente—. Debemos regresar de inmediato.

Gorbachov sí que mantuvo una breve reunión con Lukyanov, su viejo amigo de la Universidad Estatal de Moscú y del Komsomol. Lukyanov trató rápidamente de justificar su posición, lo difícil que habría resultado convocar una sesión de emergencia del Parlamento de la Unión, cómo había tratado de evitar el golpe.

Gorbachov no aceptó sus explicaciones.

«¡Nos conocemos desde hace cuarenta años! —le dijo—. ¡Basta de idioteces! ¡Deja de engañarme!»

En el aeropuerto militar de Belbek, el avión presidencial, un Ilyushin 62 bautizado como *Sovietsky Soyuz*, reposaba en la pista de despegue. A ochocientos metros de distancia, cerca de unos cazabombarderos MiG-29, se encontraba el más pequeño Tupolev 134 con el que Rutskoi había llegado de Moscú. Las limusinas Zil se desplazaban entre ambos aviones, tratando de simular que Gorbachov había embarcado en su avión. No fue así. Gorbachov finalmente subió a bordo del Tu-134.

En la pista, Gorbachov se acercó al jefe de la aviación civil y a su piloto personal y les dijo: «Por favor, no se sientan ofendidos, pero tomaré el avión ruso. Comprendan la situación, estoy haciendo lo correcto».

«Vámonos —dijo Raisa—, pero solo con los rusos.»

Con el fracaso del golpe, el noticiero de la República rusa, *Vesti*, volvió a emitirse a las ocho de la noche. Yuri Rostov, el principal presentador, quien había censurado por el jefe de la televisión estatal, Leonid Kravchenko, apenas podía controlar su alborozo. Sonreía y contenía a duras penas las lágrimas. «¡Felicidades! —nos dijo—. ¡La junta ha llegado a su fin!»

Rostov no hizo ni el más mínimo esfuerzo por mostrarse objetivo, pero tampoco disimuló su desdén por los hombres a los que llamó «los salvadores de nuestra Madre Patria» (los conspiradores que habían planeado el golpe). Advirtió también a los telespectadores de que Rusia «no debía repetir uno de los mayores errores cometidos por Gorbachov: olvidar que el KGB era el principal opositor de la reforma». Después de presentar las asombrosas noticias del día, Rostov anunció lo que probablemente más placer le causaba, la destitución de «ese hombre que tanto amamos y que ustedes, los telespectadores, tanto admiran, Leonid Petrovich Kravchenko».

A primera hora de la mañana, Gorbachov se encontraba en la cabina delantera del avión rodeado por su agotada familia. Su nieta dormía en el suelo, envuelta en una gruesa manta. Rutskoi y Silayev hablaban en voz baja con Gorbachov para no despertar a los demás. Descorcharon una botella de vino y brindaron por el fin del golpe.

En la cabina posterior, Kryuchkov se encontraba sentado solo, cautivo, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Pero no dormía. No habló con nadie y nadie le dirigió la palabra. Guardias armados observaban cada uno de sus movimientos.

Cuando el avión aterrizó en Moscú, en el aeropuerto de Vnukovo, la delegación le pidió a Gorbachov que esperara un poco antes de bajar del avión para asegurarse de que no se produciría un ataque por sorpresa. Un guardia armado con una ametralladora fue el primero en salir del avión y escudriñó el horizonte. No había nada, ninguna trampa final. A los conspiradores no les quedaba nada. Finalmente, Gorbachov se asomó a la puerta del avión. Dadas las circunstancias, su piel bronceada parecía ridícula. En su rostro había una mezcla de satisfacción y de temor, como si

no supiera lo que le esperaba ahora. Detrás de él se encontraban su hija, Raisa y su nieta, que descendió las escalerillas con cara de sueño. A Raisa se la veía agotada, consumida.

Desde el momento en que Gorbachov descendió del avión, la gente no hizo sino repetirle que había regresado a una «ciudad diferente», incluso a «un país diferente». La «mentalidad de esclavo» que denunciara Pushkin pertenecía al pasado, y Gorbachov pareció estar de acuerdo. No podía permitirse el lujo de disentir. Eso por lo menos le quedaba claro.

Gorbachov se detuvo frente a una cámara de televisión. Antes de que los reporteros pudieran formular una pregunta, Yevgeny Primakov intervino: «No, Mijail Sergeyevich está cansado. El automóvil nos espera. Vamos».

«No —replicó Gorbachov—, esperen. Quiero respirar el aire de libertad de Moscú.»

En la pista de aterrizaje, los fiscales rusos arrestaron a Kryuchkov, a Yazov y al industrial Tizyakov.

«¿La gente realmente piensa realmente que nuestra acción fue tan terrible? —preguntó Kryuchkov—. Bueno, ahora el comité ha llegado a su fin.»

Sergei Shajrai, uno de los asesores jurídicos más cercanos a Yeltsin, dijo que Kryuchkov «perdió el control de sí mismo al ser detenido. No podía controlar el temblor de sus manos o su expresión facial ni reconocer sus objetos personales. El hombre estaba sumido en una profunda depresión ... Yazov parecía más tranquilo y dueño de sí mismo, aunque en su rostro había una palidez¸ mortal. Lo primero que solicitó fue ayuda para su esposa enferma ... Tizyakov actuaba con normalidad, pero le carcomían la rabia y

la amargura. Uno tenía la impresión de que estaba listo para morder y despedazar a cualquiera que se le acercara».

Los hombres que se habían propuesto salvar el imperio se encontraban ahora bajo arresto. Un agente de la ley les confiscó los cordones de los zapatos, los cinturones y los objetos punzantes. Era el procedimiento estándar.

Los conspiradores habían planeado el golpe para salvar al imperio soviético y conservar sus cargos. El fracaso de la intentona significaba el fin de sus carreras. Ni los movimientos de independencia bálticos ni los liberales rusos habían logrado perjudicarlos hasta ese punto. Y ahora Yazov por lo menos parecía saberlo. «Todo está claro ahora —dijo mientras lo conducían a un camión con barrotes en las ventanas—. Soy un viejo estúpido. Esta vez sí que lo he arruinado todo.»

Quinta parte

Juicio al antiguo régimen

En los días que siguieron al fallido golpe, los dictadores del proletariado y sus secuaces de la sede del Comité Central se dedicaron a limpiar los escritorios y a vaciar las cajas fuertes. Hicieron trizas todo documento incriminatorio. Destruir todo lo que había en los archivos hubiese tomado meses o años; aun así, al menos existía la posibilidad de eliminar toda prueba del apoyo brindado por el Partido al golpe, así como los documentos comprometedores.

El tiempo apremiaba. Miles de manifestantes furiosos vociferaban frente a las ventanas del Comité Central exigiendo la disolución del Partido, la confiscación de sus bienes. La misma multitud de estudiantes, amas de casa, trabajadores e intelectuales que había defendido la Casa Blanca, ahora se desplegaba por la ciudad, derribando los monumentos del régimen y sosteniendo letreros que ponían «MUERTE AL KGB», «EL PARTIDO A CHERNOBYL» o «EL PARTIDO AL BANQUILLO». Pero las máquinas para triturar papeles comenzaron a atascarse y a averiarse, una tras otra. En su apuro, los hombres del KGB olvidaron quitar los sujetapapeles.

Mientras se oía el griterío proveniente de la calle, algunos oficiales sugirieron encender una fogata en el patio para eliminar las pruebas. Sin embargo, hubo quien advirtió de que si los manifestantes veían salir humo del Comité Central, sabrían lo que estaba ocurriendo y asaltarían el edificio. ¿Qué podían hacer? Varios camiones cargados de material ya habían abandonado el edificio utilizando los túneles secretos y las salidas traseras del Comité Central. Pero no era suficiente. ¡Había tanto por destruir y esconder! Así pues, esos hombres de rostro pálido —unos hombres que

habían gobernado un imperio con una mezcla inigualable de banalidad y despreocupación— comenzaron a romper documentos con sus propias manos. Preferían morir antes que dejar las pruebas en manos de las hordas.

A los hombres del Partido no les importaba solamente el juicio de la historia. No querían dejar nada para las masas. Hasta el último momento, los guió un sereno sentido de sus derechos. Robaron teléfonos, ordenadores, máquinas de fax, televisores y cámaras de vídeo. Anatoly Smirnov, un auxiliar del departamento internacional del Partido, dijo que su superior, Valentin Falin, le entregó seiscientos mil rublos en efectivo y le ordenó que los guardará en su caja fuerte personal. Inmediatamente. «Y cambie la placa de mi puerta», le ordenó Falin. Falin estaba convencido de que al presentarse como «diputado del pueblo» en vez de secretario del Comité Central, podría librarse de una acción judicial futura.

Falin tenía muchas cuentas que rendir. Su oficina era la encargada de distribuir millones de rublos del Estado a los «partidos hermanos» u organizaciones terroristas de Grecia, Portugal, Estados Unidos, Angola, etcétera; aproximadamente cien países en total, de acuerdo con el gobierno ruso. Estaba a cargo de los talleres secretos del Comité Central donde se fabricaban pasaportes falsos y barbas y bigotes postizos para los agentes secretos. Falin finalmente se refugió en Alemania, donde acabo dando clases a los estudiantes universitarios de Hamburgo.

«Fueron días espantosos —me dijo Vladimir Ivashko, el secretario general adjunto del Partido—. Estábamos todos aterrados. Los miembros del Comité Central sufríamos atrozmente. El Partido estaba embarcado en una reforma, pero nadie estaba dispuesto a escuchar. ¡Era terriblemente injusto!»

Incluso después de volver de su cautiverio tras el fallido golpe de Estado, Gorbachov siguió defendiendo al Partido Comunista. Era su heredero, su protector, y no estaba dispuesto a abandonarlo ni a destruirlo. En su primera rueda de prensa después del golpe, Gorbachov habló con franqueza acerca de su lealtad a la «vía socialista» y a la «renovación» del Partido. A quien quisiera escucharlo le decía que había regresado a un «país diferente», pero no parecía comprender del todo el significado de esas palabras.

Alexander Yakovlev, el asesor más cercano de Gorbachov, sintió que le hervía la sangre al asistir a la rueda de prensa. Durante seis años, Yakovlev había presionado a Gorbachov para que marginara a la *nomenklatura* de miras estrechas y se aliara con la *intelligentsia* urbana y las fuerzas proindependencia de los estados bálticos; con todos aquellos que buscaban una transformación del viejo orden. Pero Gorbachov se negaba, insistiendo en que el Partido «había iniciado la *perestroika* y seguiría encabezándola». Incluso ahora, después de haber sido víctima del golpe, Gorbachov era incapaz de distinguir entre lo que era justo y lo que era necesario.

«Ha sido la peor rueda de prensa de su carrera —le dijo Yakovlev a Gorbachov en privado—. El Partido ha muerto. ¿Acaso no lo ve? Hablar de renovación carece de sentido. ¡Es como administrarle los primeros auxilios a un cadáver!»

Yeltsin, por su parte, tenía aún menos paciencia con Mijail Gorbachov. La batalla personal entre ambos había durado tanto tiempo y estaba plagada de tantos incidentes tragicómicos que parecían indisolublemente unidos en una relación de tensión y dependencia permanentes. El yin y el yang. El 23 de agosto, en una agitada sesión del Parlamento ruso, Yeltsin llevaba claramente la ventaja y la utilizó para criticar y humillar a su adversario. Obligó a Gorbachov a leer en voz alta una transcripción de la reunión del consejo de ministros del 19 de agosto en que todos los ministros —que el

propio Gorbachov había nombrado—, salvo dos habían dado su respaldo al golpe.

Gorbachov parecía frágil y débil, pero Yeltsin aún no había terminado. «Y ahora, para relajar un poco el ambiente —dijo con una amplia sonrisa —, firmaremos un decreto para suspender las actividades del Partido Comunista ruso.» «¿Qué está haciendo? —balbuceó Gorbachov—. Yo... nosotros... yo no he leído eso.»

Pero era demasiado tarde. Gorbachov estaba indefenso. El 24 de agosto presentó su renuncia como secretario general del Partido Comunista y disolvió el Comité Central, decretando, en esencia, el fin de la era bolchevique.

La gente de Moscú no aplaudió el anuncio de Gorbachov. Era lo menos que podía hacer. Tal vez algún día llegaran a reconocer y a reverenciar la contribución de Gorbachov, pero no entonces, no todavía. Ahora era el momento de estar orgullosos de sí mismos y de celebrar el desmantelamiento del sistema. En toda la ciudad, los jóvenes pintarrajearon las estatuas de los bolcheviques con grafitos y las arrancaron de cuajo. El Ayuntamiento de Moscú ordenó que se retirara la enorme estatua de Feliks Dzerzhinsky que había en la plaza frente a la sede del KGB, generando de este modo la última imagen de la defunción del régimen: el fundador de la policía secreta colgando de una soga mientras la multitud aplaudía. En los días siguientes, el terreno de juego situado cerca de la galería Tretyakov se convirtió en un depósito de cadáveres comunistas; los niños se encaramaban a las estatuas de Sverdlov, Dzerzhinsky y otros revolucionarios caídos. El Museo de la Revolución organizó una exposición

para rememorar la resistencia al golpe y el Museo Lenin simplemente cerró sus puertas.

Durante algún tiempo, la celebración y lo macabro estuvieron entrelazados.

El mariscal Ajromeyev, consejero militar de Gorbachov, fue encontrado muerto en su despacho con una soga al cuello. Cuidadosamente ordenadas sobre el escritorio había varias notas de despedida. La primera describía cómo había fracasado en un primer intento: «Soy mal maestro de ceremonias de mi propio suicidio. El primer intento (a las 9.40) no dio resultado; la soga se rompió. Trataré con todas mis fuerzas de repetirlo». Otra carta iba dirigida a Gorbachov; en ella Ajromeyev explicaba por qué había dado su respaldo al golpe. Al despedirse pedía perdón por haber quebrantado los reglamentos militares. Y en una carta dirigida a su familia, el mariscal escribió: «No puedo seguir viviendo cuando mi Madre Patria agoniza y cuando aquello que representa el trabajo de toda mi vida está siendo destruido. Mi edad y mis obras me dan el derecho a dejar esta vida. Luché hasta el final».

Los investigadores llegaron al apartamento de Boris Pugo para arrestarlo por su papel durante el golpe y se encontraron con una carnicería espantosa. Pugo, vestido con un traje azul, yacía muerto sobre el suelo con un orificio de bala en la cabeza. Su esposa también había recibido un tiro, pero se encontraba aún con vida. El anciano suegro de Pugo, en avanzado estado de demencia, se paseaba por el pequeño apartamento sin percatarse de nada. Pugo dejó una nota para sus hijos y nietos: «Perdonadme. Cometí un error. Toda mi vida fui un hombre honrado».

Nikolai Kruchina, un funcionario del Partido Comunista, que estuvo a cargo de las finanzas del Comité Central, se lanzó al vacío desde la ventana de su apartamento. Los periódicos especularon con que Kruchina conocía

mejor que nadie todo lo relacionado con las cuentas bancarias del Partido en el extranjero, su financiación de partidos comunistas en otros países, su despilfarro de las reservas de oro y otros recursos. Según los periodistas rusos, la agencia de noticias Tass estaba al tanto de por lo menos quince suicidios más, pero no divulgó la información.

Bajo arresto, el principal conspirador y ahora ex jefe del KGB se mostraba sereno y sin manifestar arrepentimiento. «Diferentes sentimientos inundan mi corazón y mi alma —le dijo Kryuchkov a un reportero de la televisión rusa—. Puedo recordar toda mi vida, la forma en que la viví, y, si tuviera la oportunidad, volvería a hacer exactamente lo mismo. Creo que en toda mi vida jamás hice nada que mi Madre Patria pudiera reprocharme. Si pudiese hacer retroceder el tiempo cinco o seis días, puede que hubiese elegido un camino diferente y en este momento no estaría en prisión. Espero que el tribunal llegue a una decisión justa que me permita trabajar en condiciones de libertad y servir a mi Madre Patria, cuyos intereses lo significan todo para mí.»

Después de que el Soviet Supremo desestimara su declaración de inocencia, Anatoly Lukyanov también fue encarcelado, en su caso en la celda de aislamiento n.º 4 de Matrosskaya Tishina, una de las cárceles más famosas de Moscú. Mientras esperaba a que los fiscales prepararan su caso y a que diera comienzo el juicio, se volcó una vez más en la poesía. Todavía creía en «la causa», todavía se sentía merecedor de la confianza de la gente de la Unión Soviética. Su nuevo tema era la lástima de sí mismo:

¡La gratitud humana! ¡No creáis en ella!
No la esperéis, no os atormentéis ni sufráis,
toda confianza es ahora cenizas,
y los periódicos están llenos de difamación,
pero sé que habrá una recompensa,
habrá un juicio honrado de nuestras almas,

habrá nuevos brotes, como los regalos de la primavera.

Andrei Karaulov, director cultural de la *Nezavisimaya Gazeta,* visitó a Lukyanov y escuchó sus quejas contra Gorbachov. «Le profeso un profundo afecto. Sin embargo, no puedo cambiarlo. Hablando con franqueza, conozco sus puntos débiles, sus fallos —dijo Lukyanov—. De todas las personas que participaron en la *perestroika*, solo yo permanecí junto a Gorbachov, todos los demás lo abandonaron, tanto los de izquierdas como los de derechas ... El tiempo se encargará de mostrar que fui leal ... Seguiré siendo comunista, tal vez sin carnet de miembro, pero lo seguiré siendo ... Soy culpable ante el Parlamento porque nuestros actos lo perjudicaron. Estos son mis hijos, mi dolor, mi creación. Todo esto es muy doloroso. Me siento culpable ante mi madre, quien perdió a su esposo y a su primer hijo, y que ahora también me pierde a mí. Tiene ochenta y cinco años y la quiero mucho. Soy culpable ante mi mujer, una gran erudita, miembro de la Academia de Ciencias Médicas, soy culpable ante mi hija ... ante mi nieto, mi mayor deleite, pero a él y a todos les digo que viví honradamente, que trabajé dieciséis horas al día sin quejarme. Y tal vez recuerden algunos buenos poemas que escribí ... No sé si volveré a escribir, pero yo... bueno, diré que mi libro se cierra con estas palabras:

Y sin embargo, sin embargo,
me apresuré a dar vuelta
a la última página...
Creí en nuestro esplendoroso futuro...

«No, no, no es así. Ahora... ahora recuerdo...

Creí en nuestro esplendoroso futuro,
nunca evité el trabajo pesado,
me avergonzaba el no darlo todo de mí...
Y si...»

Pero Lukyanov tuvo que darse por vencido. «Lo he olvidado —dijo—, lo he olvidado...»

Con el tiempo, el propio Gorbachov reconoció que había jugado a un largo y peligroso juego con el Partido. Durante las entrevistas realizaba un análisis exhaustivo de sus motivos, de su conducta, explayándose acerca de su orgullo, de su autoengaño: «¿Cree usted que yo no sabía que los círculos conservadores del Partido, que se habían aliado con el complejo industrial-militar, se declararían en huelga? Lo sabía y no los alejé de mi lado —afirmó—. Pero aplazaron la decisión. También ellos temían que el pueblo no los siguiera y preveían el descontento de la gente ... Mire, si los conspiradores hubiesen actuado doce o dieciocho meses antes, tal como lo hicieron en agosto, habrían tenido éxito. Vale la pena tener este hecho en cuenta...»

Tenía razón. Si los dirigentes del KGB y del Comité Central hubiesen querido deshacerse de Gorbachov en 1988 o 1989 para regresar a un régimen estilo Andropov de reformas modestas y estricta disciplina, habrían tenido éxito. Por lo menos, durante algún tiempo. Pero ahora tenían que lidiar con un presidente ruso elegido en las urnas y con miles de personas que habían alcanzado la categoría de ciudadanos. Gorbachov tuvo que reconocer que no había sabido sopesar la furia de la oposición partidaria de la línea dura. «Ciertamente, jamás pensé que serían capaces de protagonizar un golpe —dijo—. En algún punto juzgué mal la situación. A pesar de la importancia de la estrategia, en política es importante tomar la decisión correcta en el momento oportuno. Es como una batalla en una guerra ... Debería haber forjado un frente común con los demócratas ... Debería haberme dado cuenta de ello en agosto de 1990. Debería haber buscado

formas de cooperación en ese entonces, haber organizado reuniones, mesas redondas. Dejé pasar la oportunidad y lo pagué muy caro.»

A comienzos de septiembre, Gorbachov convocó al Congreso de los Diputados del Pueblo en el Kremlin para lo que habría de ser su última sesión. Sería, de hecho, la última vez que el Kremlin funcionaría como «el centro».

La sesión fue un elaborado ardid, un último intento de comedia política dirigida por Mijail Gorbachov. Si bien los estados bálticos, Moldavia (ahora Moldova) y Georgia ya se consideraban independientes, los restantes diez líderes republicanos acordaron con Gorbachov disolver el Congreso y crear las bases para una nueva Unión descentralizada. Según los designios de Gorbachov para la nueva Unión, Moscú mantendría algunas funciones clave en la coordinación de la defensa común y de la política exterior. Yeltsin tenía una postura diferente; consideraba que la presidencia de la Unión debería ser meramente simbólica, «algo así como la reina de Inglaterra». Lo más extraordinario fue la forma en que Gorbachov y sus nuevos aliados trataron de canalizar las propuestas sobre una nueva Unión a través del Congreso, un organismo que, después de todo, estaba repleto de *apparathiks* del Partido Comunista. Gorbachov estaba tan ansioso por conseguir lo que quería y por clausurar el Congreso que les prometió a los diputados que incluso, después de la disolución del cuerpo legislativo, seguirían percibiendo su salario y tendrían acceso preferencial a los billetes de avión y de tren. Fue todo lo que necesitó para obtener sus votos.

El 26 de diciembre de 1991, en su dacha en los bosques de las afueras de

Moscú, Mijail Gorbachov se acomodó en al asiento trasero de su limusina Zil y se dirigió al norte, hacia el Kremlin. De pronto, la Unión Soviética se había convertido en un sueño del pasado y su último secretario general, en un jubilado. La decisión de Ucrania de retirarse de las negociaciones para una nueva Unión acabó finalmente con las esperanzas de Gorbachov de convertirse en presidente. En lugar de ello, los líderes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia esbozaron un plan para crear una nueva confederación. El «centro» se quedaría sin funciones. Los líderes republicanos votaron el paquete de medidas para la jubilación de Gorbachov.

Aprovechando que estaba en Moscú, Gorbachov quería encargarse de algunas reuniones de última hora y limpiar su escritorio antes de tomarse unas semanas de vacaciones. El gobierno ruso le había prometido una transición sin incidentes. Pero cuando Gorbachov llegó al Kremlin, vio que la placa con su nombre ya había sido retirada del muro. En su lugar relucía la placa de bronce «Yeltsin, B. N.». En su despacho, Boris Nikolayevich se encontraba sentado detrás del escritorio. Gorbachov llevaba varios días quejándose de maltrato, y ese incidente desató su furia. Olvidando los duros golpes que a lo largo de los años le había asestado a Yeltsin, Gorbachov declaró que los incidentes con su adversario «me han envenenado el aire. Me han humillado».

En 1987 Gorbachov había sacado a Yeltsin de la cama de un hospital y lo había obligado a comparecer ante la organización del Partido en Moscú para una sesión interminable de denuncias. Después de ese episodio, Yeltsin tuvo que pasar varias semanas bajo supervisión médica, aquejado de agotamiento nervioso. Cuando surgió la ocasión de humillar a Gorbachov, Yeltsin no vaciló en aprovecharla.

En la última reunión que mantuvieron, Gorbachov le prometió a Yeltsin que se mantendría alejado de la política. No sería una figura de la

oposición. Al parecer, no le quedaba otra opción. «Yeltsin tenía a Gorbachov en sus manos», dijo Sergei Grigoriyev, que había sido portavoz adjunto de Gorbachov. Todos los archivos del KGB, del Partido Comunista y del ejército se encontraban ahora en poder de Yeltsin. Funcionarios del KGB me dijeron que, durante los días anteriores y posteriores al golpe, trabajadores de la policía secreta habían arrojado cajas enteras de documentos a los hornos, pero los pocos expedientes que se conocieron después del golpe solo habrían servido para humillar a Gorbachov. Había documentos que mostraban que Gorbachov había aprobado la financiación del Partido Comunista polaco incluso después de que Solidaridad accediera al poder. Otro documento demostraba que maniobró para impedir que el gobierno alemán abriera los antiguos archivos de Alemania Oriental. A manos de Yeltsin llegaron incluso transcripciones de sus propias llamadas telefónicas cuando el gobierno de Gorbachov y el KGB trataban desesperadamente de dañar su reputación. En las transcripciones había comentarios con letra de Gorbachov.

Por otra parte, eran pocos los que todavía creían que Gorbachov había sido un espectador inocente durante los peores momentos de los años de la *perestroika:* los ataques militares a manifestantes pacíficos en Tiflis, Vilnius, Riga y Bakú. Mientras su popularidad fue elevada, pudo evitar que se lo culpara. Estaba fuera del país o no había sido informado. Pero ahora, incluso los más allegados a él admitían lo contrario. «Tengo la certeza de que Gorbachov estaba al tanto de todo lo que sucedía en Vilnius y Riga», afirmó Nikolai Petrakov, quien fuera el principal economista de Gorbachov.

Pero todo eso era cosa del pasado, y ahora Rusia se enfrentaba a un gran momento histórico. Por primera vez en la historia milenaria de Rusia, un presidente electo ocupaba el Kremlin; la hoz y el martillo ya no flameaban en las astas, el régimen y el imperio habían sido disueltos. Sin embargo, se

tenía la sensación de estar frente a una ceremonia organizada para la televisión, como las de Washington. La historia parecía no ser más que un frío día de invierno, con un cielo tan vacío como las carnicerías. El cuerpo de prensa occidental recorría la Plaza Roja en busca de pasión y de comentarios. «A ustedes les importa, a nosotros no», les dijo una mujer de la ciudad de Tver a un grupo de reporteros. Con estas palabras, la mujer se fue para conseguir las patatas y la leche para su familia.

Por la tarde, el secretario de prensa de Gorbachov, Andrei Grachev, invitó a un reducido grupo de ayudantes, reporteros extranjeros y directores de prensa rusos a una recepción en el hotel Oktyabrskaya. Era una fiesta de despedida, en palabras de Grachev, y no podría haber elegido un lugar más apropiado. Durante años, el hotel frente a la embajada francesa había sido un símbolo de la opulencia del Partido Comunista, forrado de mármoles y de espejos.

Faltando algunos minutos para las cinco, los reporteros y los directores se apostaron en la parte superior de la escalera de mármol para esperar la llegada del invitado de honor. Por casualidad, me encontré ubicado junto a Len Karpinsky, ahora redactor jefe de *Noticias de Moscú*, y Vitaly Tretyakov, cuya *Nezavisimaya Gazeta* era, junto con *Izvestia*, el periódico más respetado del país. La renuncia de Gorbachov marcaba una transición entre los intelectuales idealistas de la generación de Karpinsky y una raza de hombres y mujeres más jóvenes, como Tretyakov —empresarios, académicos, emprendedores, y en este caso, directores de periódicos—, que tal vez construirían un nuevo mundo, pero ya no a partir de las ruinas del antiguo experimento, sino sobre un modelo vagamente percibido desde Occidente, desde Europa y América. Ahora, en el momento en que Gorbachov abandonaba el escenario, el *Noticias de Moscú* de Karpinsky también lo hacía. *Noticias de Moscú*, que había roto un tabú tras otro

durante los primeros años de la *perestroika*, era ahora un periódico fatigado; a veces todavía interesante, todavía honrado, pero un periódico que le hablaba a una generación que ahora, al igual que Gorbachov, parecía exhausta.

«Es bueno que Gorbachov emprenda la retirada, pero me siento conmovido hasta lo más profundo de mi alma —me dijo Karpinsky—. ¿Cómo negar que acabo de cerrar el capítulo más importante de mi vida?»

En la primavera de 1992, Gorbachov recorrió Estados Unidos en el jet corporativo de Forbes, *Herramienta capitalista.* No percibió nada extraño ni irónico en este hecho. La multitud arrojó guirnaldas a sus pies y los plutócratas depositaron cheques en su cuenta corriente. Pasó una tarde con Ronald Reagan tomando vino y comiendo galletas de chocolate. Juntos recordaron los tiempos de la guerra fría. A todos les pareció la gira victoriosa del último gran hombre del siglo XX.

Pero en Rusia Gorbachov era un indeseable, odiado por los hombres del Partido a quienes había traicionado e ignorado por los demócratas a quienes había abandonado. Muchos estaban dispuestos a pensar lo peor de él. *Izvestia*, el diario de mayor prestigio en Rusia, publicó en mayo un artículo en primera plana diciendo que Gorbachov estaba preparándose para salir por las puertas que él mismo había abierto. El primer y último presidente de la Unión Soviética, decía *Izvestia*, había comprado una casa de dos plantas en Florida —con mucho terreno— por 108.350 dólares, en una urbanización llamada Golfo Tropical.

De hecho, Gorbachov no había comprado ningún terreno en el extranjero y negó tener planes para emigrar. «Lo repito, para aquellos que todavía tienen interés en escuchar —declaró—, no poseo una dacha en California,

ni en Ginebra ni en el Tíbet, con túneles que lleven a China.» Y, sin embargo, algunos de los amigos y confidentes más allegados a Gorbachov me confesaron que estaba enfadado y nervioso, alimentando al mismo tiempo grandes ilusiones y temores acerca de su futuro. «Gorbachov teme que tenga que dejar el país algún día como si fuera Papá Doc Duvalier» —me dijo el escritor Mijail Shatrov, quien ayudaba a Gorbachov a redactar sus memorias—. Es plenamente consciente de que once de los catorce conspiradores declararon en su contra y afirmaron que de algún modo fomentó el golpe de agosto. Gorbachov sabe que la situación es impredecible. Al mismo tiempo, piensa que puede volver a detentar el poder. No de inmediato, pero sí más adelante. Pero no sucederá. No puede volver al poder.»

La nueva base de operaciones de Gorbachov era ahora un elegante edificio en el norte de Moscú conocido como la Escuela sin Nombre. Comunistas extranjeros provenientes de países no socialistas llegaban a este instituto para aprender el catecismo ideológico. Bajo Gorbachov, el instituto pretendía ser en parte una fundación sin ánimo de lucro y, en parte, un centro de reflexión y generación de ideas. Pero no era ninguna de las dos cosas. Gorbachov estaba inquieto y parecía abierto a cualquier cosa. En una secuela de *El cielo sobre Berlín,* de Wim Wenders, interpretó su propio personaje, improvisando un soliloquio sobre Dostoievski y la situación del mundo. Y por la cantidad de trescientas mil libras le vendió a una productora de televisión británica los derechos sobre la historia de su vida, comprometiéndose a conceder entrevistas y entregar documentos para una serie de cuatro episodios.

Naturalmente, los enemigos de Gorbachov en la prensa estaban listos para acusarlo de aventurero. «Los responsables de la catástrofe de este país

y de haber ensuciado la palabra «comunista» se construyen ahora un abrigado nido a costa de la gente común», escribió el *Sovetskaya Rossiya*.

Gorbachov se enfureció. «Los hombres del pasado son una raza vengativa —declaró en una larga entrevista con el *Komsomolskaya Pravda* —. Antes buscaban apartarnos del camino democrático y ahora me persiguen a mí. Bueno, ¡al diablo con ellos! ¿A qué se supone que debo temerle? ¿Al pelotón de fusilamiento? ¿A los tribunales? No toleraré acusaciones provenientes de personas que han pasado demasiado tiempo creyendo en los lemas de los años treinta.»

Desafortunadamente, muchos comentaristas en Rusia y en Occidente pensaban que había que optar por uno u otro; que había que ser «pro Gorbachov» o «pro Yeltsin». No fueron capaces de apreciar la lección de la historia. Sin Gorbachov, la agonía del sistema podría haberse prolongado de forma indefinida, no para siempre, desde luego —no había dinero para ello —, pero sí unos diez, veinte o quién sabe cuántos años. ¿Cuál sería el aspecto del mundo en este caso? Pero, sin Yeltsin, es posible que Gorbachov hubiese flirteado más tiempo de lo que lo hizo, puede que los demócratas radicales nunca hubiesen encontrado a un único líder fuerte, puede que el golpe hubiese tenido éxito. A pesar de lo mucho que se despreciaban el uno al otro, Gorbachov y Yeltsin estaban vinculados por la historia.

Algunos de los miembros más incisivos de la *intelligentsia* urbana —los electores que Gorbachov cortejó y finalmente perdió— ahora miraban a su antiguo dirigente con un cierto aire de superioridad. «Su lenguaje es el de un hombre sin cultura. Azota el aire —dijo Leonid Batkin, uno de los líderes del movimiento Rusia Democrática—. Sin embargo, es un hombre sobresaliente a su manera, un gran *apparatchik*. Después de Stalin, Gorbachov fue el más hábil de los *apparatchiks*. Pero cuando llegó el

momento de actuar como político, Gorbachov cometió una estupidez tras otra. Su papel fue sacar el corcho de la botella. Ahora, ha dejado de ser un hombre interesante.»

Natalya Ivanova, crítica literaria, comparó a Gorbachov con «el hombre que dio la orden de realizar el fatal experimento en Chernobyl. Quería perfeccionar la máquina, pero la máquina escapó de su control y explotó».

Y el novelista Viktor Yerofeyev dijo que Gorbachov era «como Valentina Tereshkova, la primera mujer cosmonauta. Se desmayó de inmediato y quedó suspendida en órbita, pero aun así se las arregló para pulsar los botones correctos en el momento indicado, simplemente porque quedó suspendida exactamente en el lugar preciso. Despegó, quedó suspendida y no murió. Ese fue su triunfo. Lo mismo sucedió con Gorbachov. Gorbachov apretó los botones que necesitaba pulsar, y la combinación de botones correctos e incorrectos resultó ser exactamente la precisa. Eso creó una figura metafísica, una divina providencia para Rusia. Gorbachov condujo a Rusia a su destino histórico. Ha ingresado en el Panteón de la historia rusa y, poco a poco, llegará a ser considerado una gran figura. Pero no será pronto. El ruso es un pueblo desagradecido».

Incluso los críticos más sinceros de Gorbachov no comprendieron qué representaba ni quién era. Gorbachov no era Andrei Sajarov. No era un profeta moral o un gigante intelectual. Ni siquiera era un hombre de bondad excepcional. Gorbachov era, por encima de todo, un político. Combinaba un tosco sentido de la decencia con una increíble habilidad para manipular un sistema que desde fuera parecía inquebrantable. Si en el lenguaje de la fábula griega Sajarov fue el zorro, un hombre con un singular sentido de los ideales políticos y morales, Gorbachov fue el erizo, un hombre capaz de engañar y de ser cruel, un hombre de valores e ideas cambiantes, pero un

genio en medio de un juego sucio, un hombre irreemplazable en su momento.

Desde marzo de 1985 hasta junio de 1989, cuando presidió el primer cuerpo legislativo electo de la Unión Soviética, Gorbachov erosionó el monolito totalitario. A partir de ahí, su historia personal se convirtió en una tragedia. Fue arrastrado por los acontecimientos y nunca pudo decidir cómo maniobrar de un día para otro sin perderse por completo. «No resulta particularmente agradable protagonizar los momentos decisivos de la historia —dijo Gorbachov en varias ocasiones—. Ante ustedes se encuentra un hombre que ha debido pasar por mucho.»

Mientras estaba en Palo Alto en 1992, Gorbachov pronunció un discurso en la Universidad de Stanford que fue un eco de aquel momento de noviembre de 1987 en que la *perestroika* cobró realmente ímpetu. Era el septuagésimo aniversario de la Revolución bolchevique y Gorbachov aprovechó la ocasión para afirmar que los crímenes de Stalin eran «imperdonables». Antes tenía que expresarse por medio de eufemismos, tenía que aplaudir seis incidentes desagradables para poder denunciar uno. Pero ahora, en California, cuando ya no detentaba el poder, Gorbachov quería mostrar que siempre había sido un demócrata, un liberal de corazón. En vez de citar a Lenin, se refirió a Tocqueville, Solovyov, Jefferson y Berdyaev. Incluso manifestó su agradecimiento a los disidentes por su «contribución a la *intelligentsia* y al aparato del Partido».

«La política es el arte de lo posible —dijo—. Cualquier otra aproximación sería voluntarismo ... Hubo fracasos, errores e ilusiones, pero la tarea consistía en impulsar el proceso democrático ... Traté de utilizar los medios tácticos para ganar tiempo, para darle al movimiento democrático una oportunidad de fortalecerse. Como presidente, tuve poderes, incluidos

poderes de emergencia, que la gente trató de inducirme a utilizar más de una vez. Simplemente, no pude traicionarme.»

Cuando regresé a Moscú a finales de 1992, las reliquias del comunismo soviético pasaban silenciosamente a los museos del mundo y a los mercados de objetos de segunda mano donde reina el *kitsch*. «La gran utopía», una amplia exposición de arte revolucionario, atrajo grandes multitudes en Amsterdam, Frankfurt y Nueva York. En el principal paseo para peatones de Moscú, el Arbat, los jóvenes capitalistas ofrecían los despojos de la bancarrota del régimen. Vendían botas, brújulas del Pacto de Varsovia, y gruesos tomos sobre materialismo dialéctico y comunismo científico. Los mapas de la Unión Soviética se vendían ahora como una curiosidad. Me topé con un estudiante en el Arbat que estaba amasando una fortuna con una impresionante colección de estandartes del Partido Comunista confeccionados en seda y terciopelo. «Los compro baratos a los *apparatchiks* retirados —dijo—. Los desentierran de sus armarios y luego los vendo cinco veces más caros.»

En los días triunfales que siguieron a la derrota del golpe de agosto de 1991, los periódicos especulaban acerca del futuro del mausoleo de Lenin, ese extraordinario modelo del *kitsch* soviético. Los cerosos restos de Lenin ciertamente merecían un entierro decente. Seguramente había un uso mejor para la tumba neocubista de la Plaza Roja. ¿Un museo? ¿Un edificio de oficinas? ¿Un Pizza Hut? Boris Yeltsin también dio a entender que preferiría colocar el cuerpo de Lenin bajo tierra y dar comienzo a una nueva era.

Al principio, las principales figuras del Partido Comunista le dieron a Yeltsin pocos motivos de preocupación. Podía permitirse el lujo de hacer

gala de una cierta ironía. Algunos *apparatchiks* de la vieja guardia concedieron entrevistas en que dejaban entrever una cierta dosis de resentimiento por la forma «poco democrática» en que Yeltsin declaró fuera de la ley al Partido Comunista y se apoderó de sus propiedades con tres decretos promulgados en agosto y noviembre de 1991. Pero sus voces eran débiles, apagadas, no del todo convincentes. Viktor Grishin, un antiguo miembro del Politburó, que fue adversario de Mijail Gorbachov en la contienda para la dirigir el Partido Comunista en 1985, creó un símbolo patético del triste destino del antiguo orden: cayó muerto mientras esperaba en una larga cola frente a la oficina de pensiones. Quería un aumento.

Sin embargo, a pesar de su dramatismo e ímpetu, el terremoto ruso todavía no había terminado. Subsistía aún mucho del antiguo régimen. Los hombres más inteligentes del Partido Comunista ofrecían sus servicios como *biznesmeny* y *konsultanty*. El *apparatchik* medio apenas se movía de su asiento. A pesar de que la sede del Comité Central del Partido Comunista se había convertido en la sede del gobierno ruso, las personas que trabajaban en el interior del edificio eran prácticamente las mismas. Algunas semanas después del fracaso del golpe, uno de los ayudantes de Yeltsin visitó al máximo responsable del Comité Central, Alexander Sokolov, y le pidió una copia de su antigua guía telefónica. El gobierno de Yeltsin necesitaba burócratas con experiencia. «El resultado es que, en su gran mayoría, las personas que trabajan en las oficinas son las mismas que hace un año atrás —le dijo Sokolov a Michael Dobbs, del *Washington Post* —. Cuando estábamos conformando las nuevas estructuras, tuvimos que contratar a gente de las antiguas. Nuestros partidarios (la gente que asistía a las manifestaciones y a los mítines) no sabía cómo se gobierna un país».

En el Parlamento ruso, los diputados más influyentes se habían alineado con la Unión Cívica, un grupo integrado por presidentes de granjas

colectivas de tendencia entre moderada y conservadora, burócratas y jefes provinciales. Una alianza más reaccionaria de nacionalistas e ideólogos comunistas, llamada el Frente de Salvación Nacional, controlaba una porción importante de los votos. Los comunistas del cuerpo legislativo ruso nunca dejaron de ser leales al Partido. Partidarios de la línea dura como Sergei Baburin hablaban de la «renovación» de los «viejos ideales» y prometían vengarse por el desmantelamiento del Partido. El periódico conservador *Dyen* escribió sin rodeos acerca de la necesidad de apoderarse del poder «utilizando cualquier medio». Yeltsin solo contaba con el decidido apoyo de un 25 por ciento de los diputados del Parlamento.

En los márgenes de las luchas políticas que eran el pan nuestro de cada día de la Rusia postotalitaria, se había iniciado una acción colateral, una batalla judicial cuyo eje era la vida, la muerte y la potencial resurrección del Partido Comunista. Después de que los miembros del antiguo régimen se recuperaran del impacto del golpe y de sus secuelas, un grupo de treinta y siete diputados comunistas presentó una demanda a finales de 1991 ante la recién constituida Corte Constitucional de la Federación Rusa. Planteaban que los decretos mediante los cuales Yeltsin había declarado ilegal al Partido Comunista eran inconstitucionales. ¿No actuaba Yeltsin como un dictador mientras se presentaba como un demócrata? Un grupo de cincuenta y dos anticomunistas —los partidarios de Yeltsin en el Parlamento— presentó una contrademanda arguyendo que el Partido Comunista era una organización inconstitucional. Respaldaban el decreto de Yeltsin del 6 de noviembre en que señalaba que el PCUS «nunca fue un partido» sino más bien «un mecanismo especial para la creación y el poder político».

El 26 de mayo de 1992, Valery Zorkin, juez de la nueva Corte Constitucional, decidió presentar ambos casos simultáneamente ante los tribunales. Señaló que, después de todo, se trataba del mismo asunto: ¿era el

Partido Comunista de la Unión Soviética un partido político constitucional o era otra cosa?

Desde finales de 1987, con el surgimiento de asociaciones históricas como Monumento y la publicación en la prensa de las atrocidades de la era de Stalin, los estudiosos y los activistas por los derechos humanos se preguntaban si llegaría el día en que los culpables tuviesen que rendir cuentas en la Unión Soviética, si se celebraría algún día un juicio como el de Nuremberg. Hablar de un juicio era en sí algo revolucionario, ya que los bolcheviques nunca reconocieron la primacía de la ley civil. Las constituciones se redactaban, eran aplaudidas en las páginas del *Pravda* y luego eran ignoradas; el Partido estaba por encima de la ley. O, como señaló Lenin en 1918, la dictadura del proletariado «no está supeditada a la ley». Unos meses después de tomar el poder, Lenin acabó con el frágil sistema jurídico que existía desde las reformas zaristas de 1864 e implantó un sistema de terror de Estado diseñado para intimidar a la población y asegurar la existencia del régimen. «Debemos ejecutar no solo a los culpables —afirmó el comisario de Justicia de Lenin, Nikolai Krylenko—. La ejecución de personas inocentes impresionará aún más a las masas.»

A pesar de que estaban sedientos del veredicto de la historia, incluso los más conocidos activistas demócratas del país se preguntaban si ese era el momento de un juicio centrado en el Partido Comunista. Con una economía en ruinas, con estructuras políticas tan inestables y problemas morales de responsabilidad tan candentes, ¿cuáles serían las consecuencias de un juicio de esa índole? «Ha llegado finalmente el momento de la verdad y del arrepentimiento, pero nuestras circunstancias en Rusia son tan especiales que un juicio de esa índole está destinado al fracaso —me dijo una tarde Arseny Roginsky, uno de los fundadores de Monumento—. En Nuremberg se juzgaron crímenes de guerra y los criminales fueron juzgados por los que

obtuvieron la victoria, por las víctimas de esos crímenes. Aquí tenemos que juzgarnos a nosotros mismos. Nos juzgamos el uno al otro. ¿Y quién está libre de culpa? ¿Quién fue tan solo víctima del Partido? ¿Quién no fue cómplice? Comprendo que la función de la Corte Constitucional no es esta, pero son preguntas fundamentales que debemos plantearnos.»

Era probable que en un juicio de esa índole se confundieran varios temas, que se transformara en un acontecimiento político en que los viejos resentimientos y rivalidades estarían en juego. Los comunistas querían acusar a Gorbachov de haber traicionado al Partido y a Yeltsin del derrumbe del poder soviético. La gente de Yeltsin deseaba desacreditar a Gorbachov —quitarle el brillo a su reputación histórica— y asegurarse de que los antiguos miembros del Partido no pudieran formar una oposición conservadora. Es más, en esencia, esa Corte Constitucional no tenía una Constitución. El Estado poscomunista seguía funcionando bajo la antigua Constitución soviética, a la espera de que se redactara y se aprobara una nueva.

Por su parte, Gorbachov se había convertido en un hombre lleno de resentimiento y de amargura, incapaz de comprender por qué sus conciudadanos rusos no lo aplaudían. Desde los primeros anuncios de la celebración de un juicio, afirmó de forma inequívoca que se negaba a declarar ante la corte. Atentaba contra su dignidad, su reputación, su sentido de lo correcto. No sería interrogado. En público, en reuniones privadas y en una entrevista conmigo, desenfundaba su resentimiento como un arma. «Mire —me dijo—, no tomaré parte en esta porquería de juicio.»

La Corte Constitucional se reunió la mañana del 7 de julio de 1992. La sala del tribunal era una sala de reuniones remodelada situada en un ala del

complejo del Comité Central. Trece jueces, de los cuales doce habían pertenecido al Partido Comunista, se encontraban sentados en el estrado frente a la tricolor rusa, la bandera de la era zarista. Vestían largas togas negras, un atuendo extrañamente elegante y eclesiástico. La corte le había comprado la tela a la Iglesia ortodoxa rusa y Slava Zaitsev, el diseñador más famoso de Moscú, la había adaptado para fines judiciales. La extraña confusión de símbolos hacía resaltar la mezcla histórica que prevalecía en la corte (la sombra del pasado, la fragilidad del futuro).

En vez de utilizar un mazo para mantener el orden en la sala, el juez Valery Zorkin golpeaba su lapicero contra un platillo dorado colgado frente a él, conminando a los abogados a guardar silencio. La tarea de Zorkin era tan compleja como la de cualquier jurista de los tiempos modernos. En un país con una historia jurídica tan dudosa, tuvo que inventarse los procedimientos de la Corte Constitucional mientras presidía el que seguramente sería el juicio más impactante del siglo. El propio Zorkin había sido miembro del Partido Comunista hasta octubre de 1991 —hecho que al principio supuso cierto alivio para la facción procomunista—, pero no se hacía muchas ilusiones acerca del respeto por la ley imperante en el país. «Siempre hemos pasado del icono al hacha —afirmó—. Todo aquel que llegaba al poder trataba de convertirse en un icono, pero luego era cercenado por el hacha, metafóricamente hablando. A cada soberano le gustaba ejercer el poder del Estado, pero nadie trató de construir un Estado que se basara en la ley. Es demasiado pronto para hablar de Rusia como un Estado democrático. Solo se han adoptado unas pocas medidas conducentes a la creación de un Estado que se base en la ley.»

El primer día del juicio, una furiosa muchedumbre de manifestantes procomunistas se congregó frente al edificio. Amenazaron a la policía, exigiendo que se les permitiera entrar. Era la misma gente que los fines de

semana organizaba regularmente protestas frente al Museo Lenin cerca de la Plaza Roja. Vendían periódicos neoestalinistas y llevaban carteles que ponían: «¡Gorbachov y Yeltsin al patíbulo!». En el interior del edificio, los comunistas que habían entablado el proceso sostenían en tono ofendido que estaban siendo juzgados solo porque habían tenido la mala suerte de perder el poder después del golpe. Uno de los primeros oradores comunistas fue Viktor Zorkaltsev, un diputado del Parlamento ruso, cuyo tono respetuoso dio paso rápidamente a una furiosa indignación:

«¡Corte Suprema!

»¡Excelentísimo presidente!»

»El partido que ha sido declarado fuera de la ley es el partido que consolidó la sociedad y la condujo a la batalla contra el fascismo, asegurando de este modo la victoria en la Gran Guerra Patriótica y sufriendo, junto con el pueblo, grandes pérdidas humanas ... Esto no quiere decir que no hubiera errores ni momentos negativos en las actividades del Partido. En los años treinta vivimos la dramática fase del estalinismo y en los años setenta tuvimos la represión de la disidencia; y luego se produjo la apostasía de la élite del Partido durante el período [de Gorbachov]. Todo esto es un hecho. Al mismo tiempo, todos saben que siempre hubo fuerzas dentro del Partido que protestaron contra estos vicios. Y el Partido se renovó, se liberó de la escoria, incurriendo en pérdidas, renovando sus filas y manteniendo sus ideales. Pero ahora, una vez más, este proceso se ha visto interrumpido y el Partido es declarado ilegal en un momento crucial.

»Después de atar de pies y manos al Partido, los demócratas procedieron a destruir la economía nacional y a desmantelar la Unión. Han cambiado el sistema social. La partición de Rusia ha comenzado. El país ha llegado a un punto muerto. Lo que no pudieron lograr Hitler, el fascismo mundial y el capitalismo es ahora una realidad después de que el Partido fuera declarado

ilegal. La supresión del Partido Comunista es una señal para los demás partidos: “¡Cuidado! ¡Ustedes son los próximos en la lista!”. Y muchos partidos presienten este peligro. Por lo tanto, solo aquellos que sienten un odio patológico por la democracia y que no aceptan el ideal socialista se refocilan en esta ocasión. Los políticos inteligentes no aprueban los decretos del presidente y no los respaldan...»

Etcétera. El Partido demostraría no tener vergüenza hasta el final. Sus miembros basarían su defensa en las libertades civiles, el pluralismo político y el legado histórico. Los hombres del Partido decían ahora que el país había prosperado bajo su gobierno y que había sido llevado a la ruina en su ausencia. Esta era la historia que estaban preparados para presentar ante la corte.

Como esa táctica no les pareció convincente a los jueces, el tono de los comunistas pasó del heroísmo a la amenaza. En un momento dado, otro de los representantes del Partido, Dmitri Stepanov, dijo que si la corte dictaminaba que los decretos de Yeltsin eran constitucionales, entonces los comunistas estaban preparados para recurrir a «los mismos métodos» que utilizaron los integrantes del golpe de agosto para apoderarse del poder.

«Los comités de emergencia no tienen nada de extraordinario —señaló —. Siempre los hubo.» También defendió la «supuesta» brutalidad del Partido alegando que, en Rusia, en dos años había muerto más gente en accidentes de tráfico que la que asesinó Stalin. Y además, agregó, el Partido nunca utilizó métodos tan brutales como los del ejército de Estados Unidos: «En Vietnam los estadounidenses arrasaron poblados enteros, siendo así que en los estados bálticos nos limitamos a desterrar a la gente a Siberia».

Sergei Shajrai, el principal defensor de Yeltsin en la Corte Constitucional, también estaba preparado para defender la causa del legado histórico. Shajrai, un célebre jurista en la treintena, había redactado casi

todos los decretos de Yeltsin durante el sitio de la Casa Blanca. Con la ayuda de dos abogados más, Andrei Makarov y Mijail Fedotov, Shajrai emprendió la tarea de presentar una querella contra el Partido Comunista basándose en su historial de gobierno dictatorial, engaño y violencia.

«La organización que se llamaba a sí misma Partido Comunista de la Unión Soviética no era un partido *de facto* ni *de iure* —declaró Shajrai después de una sesión de la corte—. De acuerdo con todos los cánones de la teoría marxista-leninista del Estado y de la ley, teníamos un Estado que se llamaba a sí mismo Partido Comunista de la Unión Soviética. Había un grupo de personas que detentaban el poder y que tenían el monopolio del Estado; un millón y medio de personas en la *nomenclatura* del Partido, varios millones de funcionarios públicos, finalmente, el aparato de coerción. El KGB era el destacamento armado de esta organización que se llamaba a sí misma Partido Comunista de la Unión Soviética y fue utilizado incluso para eliminar a los disidentes. Teníamos un régimen en que el fundamento de la ley del Estado y de la sociedad eran los reglamentos del Partido Comunista.»

Los primeros testigos de Shajrai eran tres conocidos disidentes y ex prisioneros políticos: Lev Razgon, un escritor que había permanecido más de una década en campos de trabajos forzosos durante la era de Stalin; Vladimir Bukovsky, que estuvo en los campos bajo Brezhnev desde 1967 hasta su canje con Occidente por el dirigente comunista chileno Luis Corvalán en 1976, y Gleb Yakunin, un sacerdote disidente de la Iglesia ortodoxa rusa, que fue encarcelado y a quien más tarde se le prohibió ejercer el sacerdocio en Moscú. Estos tres hombres ofrecieron su testimonio sobre la brutalidad del Partido. Para completar la ficha histórica, Richard Pipes, historiador de la Universidad de Harvard y autor de *Rusia bajo el Antiguo Régimen* y de *La Revolución rusa*, aportó pruebas en la forma de

un ensayo de dieciocho páginas en que destacaba la toma del poder del Estado por parte del Partido Comunista a los tres meses del golpe de octubre.

«Desde el punto de vista de la ciencia de la historia —escribió Pipes—, el llamado Partido de los bolcheviques no era tal, sino una organización de índole totalmente diferente, que exhibía algunas de las características de un partido político. Su estructura no tenía precedentes; era una organización que estaba por encima del gobierno, que controlaba al gobierno y que lo controlaba todo, incluidas las riquezas del país. Escapaba a cualquier control externo. No era un "partido" político en ningún sentido de la palabra; tampoco era una organización social voluntaria ... Se trataba de un tipo de organización política absolutamente nueva ... fue el precedente del Partido Fascista de Mussolini, del Partido Nazi de Hitler y de los innumerables partidos políticos de corte totalitario que, comenzando en Europa y extendiéndose luego por el mundo, instauraron gobiernos unipartidistas ... Nunca, en todos sus años de actividad, se consideró al Partido Comunista responsable ante la ley o la Constitución. Siempre consideró que sus deseos y sus objetivos constituían el factor decisivo, siempre actuó de acuerdo con sus propios intereses, es decir, de forma inconstitucional.»

Aunque el testimonio de ex prisioneros políticos, legisladores e historiadores occidentales era suficientemente contundente, Shajrai y su equipo querían presentar un testimonio aún más sólido. Como máquinas burocráticas, el Partido y el KGB dejaron tras sí una estela de millones de documentos. Shajrai elevó una solicitud al nuevo comité del gobierno ruso para tener acceso a los archivos del Partido y del KGB. Quería proporcionar pruebas documentales y no solo anecdóticas sobre cómo el Partido Comunista ejerció y abusó del poder. «Ahora todos los colegiales tienen

conocimiento de los crímenes perpetrados por el Partido Comunista, pero queremos aportar pruebas desde un punto de vista legal, con documentos, para que no subsistan dudas», afirmó Andrei Makarov.

Cuando concibió la idea de utilizar los archivos, el equipo de Shajrai no sabía de qué dispondría. Era imposible saber cuántos documentos se habían perdido —la tradición de destruir material comprometedor comenzó cuando Lenin ordenó eliminar los archivos del Terror Rojo—, pero millones de documentos se encontraban ahora en manos del gobierno ruso.

Era evidente que el equipo de Shajrai no podía pretender leer siquiera una fracción de los documentos disponibles, pero obtuvieron expedientes que describían con gran detalle las purgas de los años treinta, la represión de los disidentes en los sesenta y los setenta. Incluso tuvieron acceso a transcripciones de reuniones del Politburó en que se discutió la invasión de Afganistán.

Durante el receso de la corte en agosto, Shajrai, Fedotov y Makarov tuvieron ocasión de leer miles de páginas adicionales de documentos clasificados como «Sovershеno Sekretno» («Secreto de Estado»). Se preparaban para el clímax del juicio programado para finales de septiembre y comienzos de octubre, cuando prestarían testimonio algunos de los hombres más importantes de la era de Gorbachov, miembros del Politburó y secretarios del Comité Central conocidos sobre todo por sus retratos en los periódicos y los rumores acerca de su política y su personalidad: Yegor Ligachov, Nikolai Ryzhkov, Vladimir Dolgij, Valentin Falin, Alexander Yakovlev e Ivan Polozkov.

Gorbachov, por su parte, todavía insistía ante la corte en que no tenía intención alguna de declarar, que no comparecería «aunque me lleven esposado». (Por este comentario, el diario *Nezavismaya Gazeta* publicó una caricatura en primera plana en que Gorbachov era arrastrado hasta la corte

con las manos esposadas.) Los abogados de Yeltsin deseaban interrogar a Gorbachov, sobre todo para dejar claro que todos estaban sujetos al sistema jurídico, pero también pensaban que podrían arreglárselas sin su testimonio. Eran principalmente los comunistas quienes deseaban tener la oportunidad de sentar al ex secretario general en el banquillo, para castigarlo por lo que consideraban su traición al Partido. «Gorbachov tenía planes siniestros —dijo Dolgij—. Destruyó al Partido en 1989. Por supuesto que el Partido cometió errores. Pero el mundo entero reconocía nuestro poder. Mientras existió el Partido, este país no se vino abajo.» Ligachov, quien fuera el segundo de a bordo en el Partido entre 1985 y 1990, calificó a Gorbachov de «revisionista», el mismo término que usaba Stalin para condenar a sus opositores. «Gorbachov abrió el camino para el anticomunismo —dijo Ligachov—. La *perestroika* perdió el rumbo y se aburguesó.»

Después de los primeros días del juicio en julio, la mayoría de los periodistas rusos y extranjeros se mantuvieron alejados. Había tareas más urgentes que la de asistir a ese curioso epílogo de la era comunista, pues habían estallado guerras en Abjasia, Nagorno-Karabaj y Tayikistán. En Armenia no había electricidad y la gente tenía que hacer cola para conseguir pan. Grandes sectores de Rusia, desde el Cáucaso hasta Yakutia, amenazaban con desvincularse de Moscú. La tasa de criminalidad aumentaba con la misma vertiginosa rapidez que la inflación. Oscuros hombres de negocios explotaban el caos económico y sacaban millones de dólares del país. El ejército ruso amenazaba con ir a la guerra en Moldova. A Occidente le preocupaba el juego político de las repúblicas en relación con el control de las armas nucleares. Se había informado de ventas de armas a Irán y a China. En Letonia y Estonia, algunos de los héroes de los movimientos por la independencia hacían gala de un fuerte racismo, forzando a los rusos, polacos y otros ciudadanos no bálticos a convertirse en

ciudadanos de segunda. Para mostrar su enojo, Yeltsin detuvo la retirada de las tropas desplegadas en la región unas semanas después de haberse iniciado.

No, ciertamente no faltaban las tragedias y los problemas en la ex Unión Soviética. Para la gran mayoría, el juicio era una ocurrencia tardía, pero yo deseaba poder asomarme a esos últimos vestigios del antiguo régimen (la última generación de agotados dirigentes comunistas). Durante años, estos hombres de rostro impenetrable habían sido para los soviéticos como semidioses distantes, hombres silenciosos dueños de un poder inmenso. En los primeros años de la *perestroika*, su condición etérea se desvaneció un poco a medida que Gorbachov iba limpiando la ciudad de los viejos retratos y lemas. Pero seguían siendo seres que no le rendían cuentas a nadie y a los cuales nadie tenía acceso. Hacia el final de la década, tanto la prensa extranjera como la soviética se informaron más acerca de estas sombras por medio de sus adversarios y los rumores, incluso por medio de entrevistas. Pero hasta ahora manipulaban las entrevistas del mismo modo que habían manipulado al Estado. Eran perfectamente capaces de escuchar la pregunta de un reportero para luego lanzarse a un largo y pomposo discurso, y despedir finalmente a su invitado con la excusa de que el té se enfriaba. Pero en la corte los hombres del Partido eran seres insignificantes, hombres cansados, vestidos con trajes arrugados. Sentados entre el público, murmuraban con enfado durante las intervenciones de sus adversarios y vociferaban su aprobación cuando sus correligionarios se encontraban en la tribuna.

Un día en que Nikolai Ryzhkov prestaba declaración sobre sus cinco años como primer ministro durante el gobierno de Gorbachov, pasé las dos horas del receso de la tarde en compañía de Ivan Polozkov, el jefe del Partido de la ciudad de Krasnodar, quien en 1990 se convirtió en el jefe del Partido

Comunista ruso y en sucesor de Ligachov. Durante las reuniones del Comité Central en 1990 y 1991, Polozkov había criticado abiertamente a Gorbachov, pero incluso entonces había un recato en su tono de voz. Un destello de la tradicional disciplina del Partido, por no hablar del simple instinto de conservación, le impedía decir las cosas que ahora me confesó.

«Ahora soy un hombre libre —me dijo—, libre para airear mi decepción.» Como el resto de los hombres del Partido que acudían a la corte a diario, a Polozkov lo movía el resentimiento. Era, según su propia convicción, un gran hombre que, por culpa de Gorbachov, Yeltsin y la CIA, vivía ahora en la sombra.

Le pregunté cómo podía explicarse que el Partido Comunista y el sistema soviético se hubiesen desmoronado tan rápidamente después de aparecer ante el mundo como un monolito inquebrantable de fuerza y de poder.

Polozkov abrió mucho los ojos, más de sorpresa que de rabia. «Tenían tanto y nosotros... no teníamos nada», dijo.

«¿Qué quiere decir? —pregunté—. ¿Qué el Partido Comunista no tenía nada y la oposición lo tenía todo?»

«Precisamente» —contestó Polozkov con gesto de satisfacción—. Sabemos que aquí la CIA financió a varios partidos. ¡Les proporcionaron cámaras japonesas, fotocopiadoras alemanas, dinero, todo! Los disidentes trabajaban para ellos, los mentirosos, los diplomáticos, agentes dobles del ejército. Gorbachov, Yakovlev, Shevardnadze, todos ellos eran de la CIA. ¡Eran de ustedes! Mire los contratos que han recibido para publicar sus memorias. ¡Millones! Uno de nuestros secretarios del Partido Comunista ruso, Ivan Antonovich, estuvo en Estados Unidos y fue invitado a hablar en una conferencia. Shevardnadze también fue invitado. Shevardnadze habló primero y luego se retiró. Luego habló Antonovich. Al terminar le regalaron un recuerdo: una taza para café de cobre. Alguien de nuestra embajada se le

acercó y le dijo que era injusto. Antonovich habló en inglés y solo recibió una taza, mientras que Shevardnadze habló en su pésimo ruso y recibió cinco mil dólares.

»Mire, entiendo de lo que se trata. Fue una confrontación entre dos sistemas. Reagan se refería a nosotros como el "imperio del mal" y a los líderes occidentales se los juzgaba de acuerdo con su anticomunismo. El golpe fue la culminación de esta pugna. Y debo reconocer lo siguiente: hasta ahora van ganando la guerra. Pero quiero hacer hincapié en "hasta ahora". Recuerde que Napoleón llegó hasta Moscú, pero Francia no nos derrotó. Los nazis estuvieron cerca de Moscú, pero mire lo que sucedió. Debo decirle, y quiero que escuche con atención, que la guerra continúa y que no serán capaces de sobrellevar esta lucha con el comunismo.»

Le pregunté a Polozkov si creía que Gorbachov era un traidor a sueldo. Comenzó a asentir rápidamente, con gestos demenciales.

«Mire —me dijo—, desde el punto de vista histórico, ¿quién cree usted que está al nivel de Gorbachov? ¿Qué estatura cree usted que tiene?»

Le dije que acababa de leer un artículo en la prensa francesa en que se comparaba a Gorbachov con De Gaulle.

«¿Qué? —exclamó Polozkov—. ¿Cómo pueden comparar a Gorbachov con De Gaulle? En todo caso se parece más a Pétain. Miente al igual que Pétain. Traicionó a su país al igual que Pétain. De Gaulle no se inclinó ante Hitler como lo hizo Gorbachov ante Occidente. Es un insulto para nuestro pueblo comparar a Gorbachov con De Gaulle. Gorbachov huyó del Partido como un cobarde. Gorbachov hizo un buen trabajo durante los dos primeros años, pero luego comenzó a viajar. Lo halagaron en el exterior. Lo aplaudieron como un gran dirigente y eso despertó su ambición. Perdió el sentido de quién era. Se convirtió en un personaje frívolo, siempre

buscando promover su propia carrera. Y luego le dieron el Premio Nobel a un hombre que destruyó su país. Ese premio fue una burla.»

Después de hablar con Polozkov y con otros caciques del Partido Comunista que iban a diario a la sala del tribunal para seguir el proceso, comprendí que para estos hombres el golpe de agosto constituyó primero una tragedia y luego una farsa. Cuando se recobraron de la conmoción de haber perdido el poder, comenzaron a hablar del golpe como una broma. Simplemente, nunca ocurrió.

Vladimir Ivashko, ex secretario general adjunto del Partido, era un ejemplo típico: para él, «el golpe no existió». Había servido al Partido durante tantos años y había estado tan inmerso en sus mitos que no podía ni quería pensar en «los días de agosto» como el ejemplo de traición y de incompetencia que eran. «Conozco a los hombres que están en prisión —me dijo—. Los conozco tan bien como un hombre puede conocer a otro. Son hombres capaces, los mejores del Partido. Hombres honrados. ¿Cree usted que son necios? Yeltsin nunca fue arrestado. Hubo tanques, es verdad, pero jamás dispararon. La gente colocó flores en los cañones de los fusiles. ¿A esto lo llaman golpe? Lo siento, pero no. Fue un drama cuyo propósito era aplastar al Partido Comunista y crear un poder burgués en Rusia.

»En Occidente, e incluso aquí, tratan de decir que el Partido Comunista era reaccionario, que se oponía al cambio. Los hombres en el poder, y a todos los conocía bien, no eran contrarios al cambio. La discusión siempre giró en torno a la velocidad del cambio, conservar la Unión. Los miembros del supuesto golpe actuaron en defensa de los intereses del país. Decir que actuaron en contra de las reformas no tiene sentido alguno. El Partido mantuvo unido a este país. Mire lo que sucede en los Balcanes, en Irlanda. ¿Por qué cree que logramos durante tantos años evitar un conflicto de esa índole? Porque existía unanimidad. La tragedia de Gorbachov y de Yeltsin

es que destruyeron los mecanismos del Partido pero no crearon nada para reemplazarlos. No habrá nada que pueda ocupar el lugar del Partido. Nada. Jamás.»

Asistí durante esos dos días al interrogatorio de Nikolai Ryzhkov. Nikolai Ryzhkov era un político tan emotivo y sensible a los agravios personales que en la prensa se lo conocía como el «bolchevique llorón». En sus días como primer ministro de Gorbachov, Ryzhkov balbucía y farfullaba si los miembros del Soviet Supremo se atrevían a cuestionar sus planes económicos o su papel en un escándalo relacionado con armas. A diferencia de Ligachov o de Polozkov, quienes aparentaban la dureza de un jefe regional del Partido, Ryzhkov era de una vulnerabilidad y de una rectitud conmovedoras, atributos que le valieron muchos puntos hasta que su popularidad se desvaneció por completo a finales de 1990. Sus memorias, *Perestroika: Historia de una traición*, destilaban veneno. Su odio iba dirigido contra Gorbachov, Yakovlev y Yeltsin.

Hombre apuesto y ágil para un dirigente comunista de su edad, Ryzhkov ocupó su lugar en el estrado con estudiada indiferencia. Durante la primera rueda de preguntas, se balanceó sobre las piernas y mantuvo la mano izquierda hundida en el bolsillo. Sin embargo, cuando durante el interrogatorio Makarov y Fedotov comenzaron a preguntarle basándose en documentos confidenciales del Partido, comenzó a perder la compostura.

Makarov consultaba un documento tras otro y parecía burlarse de Ryzhkov simplemente por la forma en que planteaba sus preguntas. Makarov tenía una complexión elefantina y voz de ratón; de alguna forma, esta extraña mezcla lo hacía parecer escéptico, incluso sarcástico. Solo necesitaba abrir su pequeña boca de Cupido.

«Respetado testigo —decía—, tenemos aquí un documento que describe la venta de armas a partidos comunistas en el extranjero utilizando dinero del Estado. Aquí hay otro documento en que se define la estrategia para encubrir el accidente nuclear de Chernobyl. Aquí el Politburó destina fondos para "educación". ¿Acaso los partidos políticos cuentan con sistemas educacionales? Respetado testigo, respetado Nikolai Ivanovich, el Partido Comunista de la Unión Soviética financió a partidos de izquierda en países capitalistas desarrollados. ¿Significa esto que socorremos a los países capitalistas desarrollados? ¿Con qué fin?»

Durante largo rato Ryzhkov mantuvo la calma y respondió a las preguntas sobre el pasado diciendo: «Eso fue antes» y «El Partido estaba embarcado en un proceso de reforma».

«¿Por qué, incluso después de renunciar a la garantía constitucional que le confería el poder absoluto en 1990, continuó el Partido controlando el gobierno y manejando la vida pública? —preguntó Makarov—. ¿Es esto lo que se llama una conducta constitucional y legal?»

Finalmente Ryzhkov perdió la paciencia. «¡Protesto contra estas preguntas! —exclamó—. ¡Me interroga usted como si yo fuera un criminal ... Está usted tratando de arrinconarme!»

La imagen de Ryzhkov, la de un hombre razonable y moderado rodeado de reaccionarios como Polozkov y radicales como Gorbachov y Yakovlev, empezó a parecer ridícula. Cuando se le leyeron transcripciones que detallaban que votó por medidas perniciosas, una tras otra sus explicaciones resultaron débiles y absurdas.

«En varias ocasiones expresé mi desacuerdo con ciertas medidas —dijo —, pero cuando me encontré solo o en minoría, voté a favor.»

El magistrado Zorkin trató de que las emociones y la batalla política no empañaran el proceso, pero sus esfuerzos estaban condenados al fracaso.

Después de que Makarov diera a conocer las actas de otra reunión del Politburó que el Partido Comunista jamás imaginó que se leerían en voz alta, Ryzhkov vociferó: «¡Los secretos son secretos! —dijo—. Algún día lo comprenderán. Siempre hubo secretos. ¡Traten de robarles sus secretos a los estadounidenses!».

En cierto momento, Makarov hizo girar su voluminoso cuerpo en dirección a Ryzhkov y expresó que le «preocupaba» que el «respetado Nikolai Ivanovich» se sintiera cansado.

—Su aspecto no es el de una persona que se preocupa —dijo el ex primer ministro—. No debe preocuparse.

—Bueno —replicó el abogado con enojo—, por lo menos, no soy un llorón.

Una noche después de una larga sesión de la corte, acepté una invitación del equipo de Shajrai para acompañarlos hasta su «dacha de trabajo», emplazada en un recinto cercado del gobierno en el poblado de Arkangelskoye. El recinto era uno de los botines de guerra del gobierno ruso. Aunque la mayoría de los antiguos miembros de la cúpula del Partido Comunista todavía vivía en un relativo esplendor, la mayor parte del botín —las casas de vacaciones, las limusinas— se encontraba ahora en manos del Estado. Yeltsin saltó a la fama burlándose de los privilegios de los poderosos del Partido, pero ahora su estilo de vida no tenía nada que envidiarle a Luis XIV. El sistema que adoptó Gorbachov de un convoy de tres limusinas Zil no bastaba; la flota de Yeltsin constaba de tres o cuatro Mercedes-Benz.

La entrada al recinto estaba custodiada por una alta reja, una cámara de vigilancia y un guardia armado. El propio Shajrai se encontraba ese día en

Austria —«comprándose una dacha en Salzburgo, sin duda», había comentado uno de los abogados del Partido—, y Fedotov y Makarov tenían por delante una larga sesión nocturna de trabajo para prepararse para el siguiente testigo, Yegor Ligachov. No parecían afectarles por sus jornadas de trabajo de veinticuatro horas. Fedotov, cuya calva y barba rojiza le valieron el apodo de *Lenin* entre sus amigos, había crecido en lo que llamaba «círculos disidentes». A comienzos de los años sesenta asistía a recitales de poesía censurada en las plazas Pushkin y Mayakovski, lo que le valió ser expulsado durante algún tiempo de la universidad. Fedotov era ahora ministro «de la Propiedad Intelectual» del gobierno ruso y presidía la burocracia de los derechos de la propiedad literaria del país.

Si Fedotov era el intelectual serio del equipo, Makarov era el granuja. En 1984, defendió al presidente soviético de un banco suizo-soviético que se fue misteriosamente a la bancarrota. «Los americanos, la CIA, mataron ese banco —dijo Makarov sin dejo de malicia—. Nueve miembros del Politburó declararon en esa ocasión, así que no hay nada del Partido que pueda sorprenderme.» En 1988, Makarov defendió al yerno de Brezhnev, Yuri Churbanov. Después de su matrimonio con la hija de Brezhnev, Churbanov obtuvo un alto cargo en la policía del Ministerio del Interior, puesto que rápidamente explotó por sus posibilidades de soborno. En un viaje a Uzbekistán aceptó una maleta repleta de cientos de miles de rublos. Makarov tuvo un desempeño brillante, pero no había mucho que pudiera hacer por un yerno que había sido llevado a juicio tanto por su parentesco con una familia en desgracia como por sus ansias de dinero.

Fedotov fue el primero en entrar en la dacha n.º 6, la misma donde los consejeros de Gorbachov y de Yeltsin habían tratado de negociar el paquete económico de los quinientos días que luego fue dejado de lado. Mientras se preparaba la cena, Makarov y Fedotov me condujeron a un pequeño

estudio. Montañas de carpetas cubrían el escritorio, muchas de las cuales ponían: «Actas del Politburó».

«Tenemos que reunirnos durante un par de horas —me dijo Makarov—. Siéntese y sírvase lo que desee.»

Los entremeses que me ofrecía eran documentos de los años setenta y ochenta con los secretos más celosamente guardados de la Unión Soviética.

«Hemos revisado alrededor de ochenta mil documentos —me dijo Fedotov—. Todavía nos quedan unos cuarenta millones.»

«Antes de dejarlo en tan buena compañía, tal vez quiera asistir a una representación de la reunión del Politburó del 29 de agosto de 1985», añadió Makarov.

Los hombres lanzaron una carcajada y, como dos locutores de radio que llevan años trabajando juntos, leyeron el guión de un documento clasificado como «Secreto de Estado. Copia única». Makarov leyó la parte de Gorbachov imitando su acento sureño y sus errores gramaticales, y Fedotov leyó las partes de los demás personajes. El documento era aún más fascinante que esa extraña actuación.

En esa sesión, los miembros del Politburó discutieron la estrategia que debería seguirse en el caso de Andrei Sajarov y Yelena Bonner, quienes todavía vivían en el destierro en la ciudad de Gorky (ahora Nizhni Novgorod).

Gorbachov dice que el Politburó ha recibido cartas de los Sajarov y de otras personas solicitando que se autorice a Bonner a viajar al extranjero para obtener atención médica.

Viktor Chebrikov, jefe del KGB, dirige la discusión e informa a los demás miembros del Politburó de que Sajarov «no goza de buena salud y está siendo sometido a un examen oncológico debido a que ha perdido

mucho peso». No menciona que la pérdida de peso se debía a una huelga de hambre que llevó al KGB a tratar de alimentarlo a la fuerza.

Otro participante, Mijail Zimyanin, advierte de que «no se puede esperar un comportamiento decente por parte de Bonner. Es una bestia vestida con faldas, pagada por el imperialismo». No cabe duda de que les preocupaba que, estando en Occidente, Bonner, mitad judía y mitad armenia, abogara por los derechos humanos y la emigración. Chebrikov advierte de que si Bonner recibe autorización para viajar a Occidente para recibir tratamiento «puede que haga declaraciones y reciba premios ... Pero parecería un acto de humanismo ... Sajarov está bajo la influencia de Bonner y siempre estará sujeto a ella».

Gorbachov: «¡Bueno, de eso se trata el sionismo!».

Makarov y Fedotov prorrumpieron en grandes carcajadas.

Más tarde, mientras compartíamos un pollo asado con arroz, Fedotov me contó que ambos habían pasado horas leyendo los documentos y que habían alternado entre la risa y el desconcierto ante la banalidad de las sesiones del Politburó. Makarov dijo que esperaba que los teatros de Moscú se decidieran a representar las sesiones del Politburó utilizando las transcripciones como guiones.

«Cuando leímos estos documentos absurdos casi nos desmayamos de la risa —me confesó Fedotov—. Pero eso solo cuando no nos estábamos sintiendo desconsolados y decepcionados. Hace poco leí un documento del Comité Central de 1937 que decía que la policía secreta de Voronezh, de acuerdo con el "plan regional", reprimió a nueve mil personas en la "primera categoría", lo que significa que esa gente fue ejecutada. Y sin motivo alguno, por supuesto. Veintinueve mil fueron reprimidas en la

“segunda categoría”; es decir, fueron enviadas a los campos de trabajos forzosos. Sin embargo, el primer secretario local escribe que todavía quedan muchos trotskistas y *kulaks* por reprimir. Afirma que el plan todavía no había cumplido con su cometido. Solicitaba que se “reprimiera” a ocho mil personas más. En su misiva, Stalin le contesta: «¡Que sean nueve mil!». ¡Qué gente tan enferma! ¡Como si se tratara de una partida de póquer!»

«Es verdad —dijo Makarov—. Después leímos un documento del mariscal Tujachevsky en que instruía a sus hombres para que dispararan sobre cualquier persona en la calle que no se identificara de inmediato. Estamos hablando de 1921, no de la era de Stalin. Lo impactante de estos documentos no son los sentimientos que generan. Es su banalidad, lo rutinarios que son, la forma en que estas sencillas directrices controlaban la vida del país.»

Después de la cena me acomodé nuevamente frente al escritorio y hojeé los documentos que registraban esas banalidades, y que hasta el momento habían sido considerados secretos. Análisis efectuados en 1970 por el KGB de una escuela de escritores conocida como SMOG; una lista de corresponsales occidentales y disidentes en una manifestación en la plaza Pushkin el 5 de diciembre de 1975; copias de cartas privadas enviadas por Alexander Solzhenitsyn e interceptadas por el KGB; un expediente del KGB sobre la creación de un «Club para la Defensa de la Democracia» para niños de octavo curso en la escuela n.º 3 de Krasnodar; una reunión del Politburó de septiembre de 1986 en la que el jefe del KGB, Chebrikov, señala que si, bien los prisioneros políticos han sido puestos en libertad, «se los mantendrá bajo estricta vigilancia ... por motivos profilácticos»; un análisis del ideólogo de Brezhnev, Mijail Suslov, de los primeros ensayos clandestinos de Sajarov («Leer esto es para sentir náuseas»).

Las minutas de una sesión del Politburó del 12 de julio de 1984 sí que

revelaban un espectáculo realmente nauseabundo: los dirigentes del Partido todavía defendiendo a Stalin frente al revisionismo de Jruschov. Durante la reunión, los miembros escuchan un informe acerca de cómo Vyacheslav Molotov, el ministro de Asuntos Exteriores de Stalin, agradece la decisión del Politburó de reintegrarlo a las filas del Partido. Molotov había sido expulsado durante el «deshielo» de Jruschov.

«Y déjeme decirle —dice el mariscal Dmitri Ustinov, jefe de las fuerzas armadas— que, de no haber sido por Jruschov, nunca habrían sido expulsados y nunca se habrían emprendido estas acciones vergonzosas contra Stalin ... Ni siquiera nuestros enemigos nos han acarreado tantas desgracias como Jruschov con sus políticas y sus actitudes hacia Stalin.»

Gorbachov, quien en ese momento sabía muy bien que necesitaría el respaldo de los conservadores para reemplazar a Chernenko cuando este falleciera, les sigue astutamente la corriente que respaldará al afirmar la reincorporación a las filas del Partido de Lazar Kaganovich y de Georgi Malenkov. («Sí, se trata de personas de edad avanzada —interviene el jefe del Partido en Leningrado, Grigori Romanov—. Están cercanos a la muerte.») Pero Gorbachov conoce también el valor de la discreción. En lo que respecta a la rehabilitación de Molotov señala: «Creo que será mejor no darle mucha publicidad». Ustinov se muestra tan encantado con esta pequeña muestra de neoestalinismo que interrumpe: «Y en relación con el aniversario de nuestra victoria en la Gran Guerra Patriótica, ¿no deberíamos volver a llamar Stalingrado a la ciudad de Volgogrado?». «Bueno —le contesta Gorbachov—, hay puntos a favor y en contra.»

Incluso después de la muerte de Chernenko y de su llegada al poder, Gorbachov les proporciona a sus colegas reaccionarios algunos huesos que roer. En una reunión del Politburó del 20 de marzo de 1986, sugiere que el navío *Arktika* sea rebautizado como *Brezhnev*.

«Sí, hagámoslo —contesta Ryzhkov—, pero no lo anunciemos por televisión.»

Por último, examiné cuidadosamente un documento que los sovietólogos han esperado durante años: la transcripción de la reunión del Politburó del 11 de marzo de 1985 en que Gorbachov fue nombrado secretario general. Durante años se había especulado con que fue una votación reñida, que el jefe de la organización del Partido en Moscú, el conservador Viktor Grishin, había desafiado a Gorbachov y que, de no ser por la ausencia de uno o dos conservadores, Grishin hubiese obtenido la victoria. Ex miembros del Politburó como Geidar Aliyev, Yegor Ligachov, Alexander Yakovlev y el propio Grishin, en una breve conversación que mantuve con él poco antes de su muerte, me dijeron que esto era falso, que la votación fue unánime. Pero esta versión no convencía a los sovietólogos.

Gorbachov abre la reunión con el anuncio de la muerte de Chernenko, y Yevgeny Chazov, el ministro de Sanidad, efectúa una detallada descripción de las enfermedades de Chernenko y de sus últimas horas. Luego, en un gesto que impactó a algunos de los conservadores, Andrei Gromyko, un funcionario que trabajó para todos los dirigentes soviéticos desde Stalin, se pone de pie y designa a Gorbachov. Primero, pronuncia algunas palabras de rigor en que alaba el «optimismo histórico» de Chernenko y la «rectitud de nuestra teoría y de nuestra práctica» y a continuación, al elegir a Gorbachov, el más joven del Politburó, Gromyko rinde tributo a la «indomable energía» del hombre y a su «interés por la gente».

«Cuando volvemos la mirada hacia el futuro —y para muchos de nosotros esta es una tarea difícil—, no debemos permitir que el mundo

perciba una sola fisura en nuestras relaciones —señala Gromyko—. En el extranjero ya hay demasiada especulación sobre este tema.»

Por su parte, Viktor Grishin dice: «Cuando recibimos la noticia de la muerte de Konstantin Ustinovich, de alguna forma ya habíamos tomado una decisión sobre este punto [la nueva cúpula dirigente] al nombrar a Mijail Sergeyevich como presidente de la comisión del funeral». Grishin había trabajado con un ideólogo del Partido, Richard Kosolapov, para elaborar un programa conducente a su elección. Claramente, no era de su agrado que Gorbachov encabezara el comité a cargo del funeral de Chernenko y que ahora se convirtiera en el secretario general. Pero no se opuso a Gorbachov y cantó sus alabanzas junto con los demás. Durante la enfermedad de Chernenko, Gorbachov demostró ser un político superior y Grishin tuvo que tragarse su ambición.

Finalmente, Gorbachov toma la palabra. Su discurso, aun por escrito, es digno de Maquiavelo. «Nuestra economía necesita mayor dinamismo —afirma—. Este dinamismo es necesario para desarrollar nuestra política exterior. Escucho vuestras palabras con profunda emoción.

»No necesitamos introducir modificaciones en nuestra política. Es correcta y verdadera. Es una política leninista genuina. Necesitamos, sin embargo, acelerar el proceso, movernos hacia delante, reconocer nuestros fallos y superarlos para que el esplendoroso futuro sea una realidad ... Les aseguro que haré todo lo que esté en mis manos para justificar la confianza del Partido.»

Luego anuncia un pleno del Comité Central al cabo de media hora en el que será «resuelto» el problema de la jefatura.

Fue así como se eligió al último secretario general del Partido Comunista, con —como señalarían los periódicos entre paréntesis— «un prolongado y caluroso aplauso».

La mañana posterior de mi viaje a Arkangelskoye asistí al juicio para escuchar la declaración de Yegor Ligachov, quien fuera durante algún tiempo el segundo de abordo. En el poder «era como una locomotora», recordó Ryzhkov, y ciertamente se le veía en forma en esos momentos. Ligachov acababa de publicar sus memorias bajo el título *Zagadka Gorbachova* («El enigma de Gorbachov»), en las que presentaba la versión de los conservadores en el juicio contra el último secretario general. Escribió que Gorbachov «tuvo un buen comienzo» pero que luego cayó víctima de la fama internacional, de la vanidad y de la duplicidad de los «extremistas». En vez de reformar el sistema, Gorbachov abrió el camino para el pensamiento «antisocialista». Tal como había hecho en sus memorias, en su declaración Ligachov se presentó como un hombre honrado, perseguido por interminables conspiraciones. No era un detractor de la *perestroika,* como lo retrató la prensa en Rusia y en el extranjero; simplemente abogaba por reformas graduales.

Los abogados comunistas querían que Ligachov se sintiese cómodo y le plantearon algunas preguntas sencillas. Los abogados del gobierno hicieron menos concesiones. Querían saber cuál era su reacción ante una serie de decisiones que tomo el Politburó y el Comité Central durante sus años en el poder. Makarov recurrió una vez más a los documentos:

«Respetado Yegor Kuzmich —dijo—, ¿qué hay de este documento fechado el 1 de noviembre de 1989 en que el Politburó aprueba la financiación de una sala de juegos para el líder afgano y su familia? ¿Y este documento que usted mismo redactó, dictando las reglas que debían regir a la prensa al informar sobre la guerra de Afganistán? “Solo podrá informarse acerca de un muerto o herido al mes entre los hombres al servicio del Estado soviético.”

»¿Y este otro documento en que el Politburó aprueba la creación de una

agencia de noticias para el *Komsomolskaya Pravda* en Canadá y en que estipula que el corresponsal residente debe ser un oficial del KGB?»

«¿Y qué? —dijo Ligachov—. Se trata de una práctica muy corriente en otros países.»

«¿Y la decisión del Politburó de crear una unidad militar especial del KGB encabezada por personas "infinitamente leales al Partido Comunista de la Unión Soviética y a la Madre Patria socialista"? ¡Qué curioso que el Partido, que supuestamente había renunciado al sistema de partido único, pudiera todavía dictar una política de esta índole al Ministerio de Gobierno!»

«Bueno, estoy seguro de que no había malas intenciones de por medio», replicó Ligachov.

«¿Y este documento, estimado Yegor Kuzmich, una sesión del Politburó con fecha del 24 de marzo de 1987 en que los miembros acuerdan que deben restringirse los permisos para viajar al extranjero porque, como dicen, "lamentamos que solo se tome en cuenta la competencia profesional y no las ideas políticas"?»

«¿Qué tiene de malo? —contestó—. Eso significa que no éramos indiferentes a la conducta de la gente en el extranjero; incluidas sus creencias y factores morales.»

Finalmente, después de un largo día en el estrado, se apreció por qué Ligachov inspiraba temor a los cientos de hombres y mujeres que trabajaban para el aparato del Comité Central. Durante años se había acostumbrado a plantear las preguntas difíciles, no a contestarlas. Ahora, al igual que Ryzhkov, perdió la paciencia y espetó: «Mire —dijo—, si hubiésemos tomado medidas decisivas desde un comienzo, este país no estaría en ruinas como lo está hoy. ¡Esta guerra no solo amenaza a nuestro país, se ha filtrado dentro de nuestros hogares! ¡Está aquí...! Mijail

Sergeyevich tomó decisiones solo cuando cualquiera podía ver que eran necesarias, cuando la última manzana había madurado y había caído del árbol».

Después de presenciar durante algunos días las declaraciones en la Corte Constitucional n.º 1, encontré increíble que el público manifestara tan poco interés. La galería de los espectadores estaba prácticamente vacía. Había días en que solo se aparecían cinco o seis periodistas. Casi todas las personas que asistían regularmente eran los dinosaurios del Partido Comunista.

Para el resto de la gente, las luchas y los placeres del presente eran mucho más importantes. Poco más de un año después del golpe, Moscú se había convertido en una fantasmagoría, un mundo poscomunista pintado por El Bosco. Sobre todo los moscovitas jóvenes, parecían dispuestos a arrojarse de cabeza al placentero y vulgar mundo del capitalismo primitivo. En un salto típico de toda la historia rusa, la nueva economía había pasado rápidamente de un déficit total a una indulgencia sensual, no deteniéndose jamás para resolver los problemas mundanos de la subsistencia, de la estructura y de la propiedad. En las estaciones de metro y en los quioscos se podían comprar manteles de encaje, botellas de curaçao, chicles Wrigley, chocolates Mars, cigarrillos de Estados Unidos y pornografía de Estonia.

En los pasajes y restaurantes, Moscú comenzaba a parecerse a un escenario de *Érase una vez en América.* A medida que las viejas estructuras de la mafia del Partido Comunista comenzaron a debilitarse, fueron reemplazadas por otras más convencionales. Por la ciudad pululaban hombres de veinticinco años elegantemente vestidos cuya ocupación declarada era «vender un poco, comprar un poco». Sus compañeras vestían

prendas de licra y pieles de zorro. Si el dueño de un quiosco dejaba de pagar su contribución mensual en concepto de protección, su negocio quedaba reducido a un montón de vidrios rotos.

A medida que la hiperinflación convertía al rublo en una irrelevancia, se implantó un sistema de *apartheid* financiero. El dólar, que estaba devaluado en todos los demás países, era el rey en Rusia. Cada vez llegaban más ejecutivos de empresas extranjeras al aeropuerto de Sheremetyevo. Entretanto, surgían los nuevos colonialistas, contratando personal y comprando antigüedades por cuatro perras. En la Casa del Embarcadero, el elegante domicilio de la *nomenklatura* medio siglo atrás, el antiguo apartamento del principal verdugo de Stalin había sido ocupado por la plana mayor de McDonald's.

No había nostalgia ni reverencia por los viejos dogmas. En la librería más grande de la ciudad, La Casa de los Libros, vi a un agotado vendedor de pie sobre las obras completas de Lenin mientras repartía ejemplares de las últimas ediciones de Agatha Christie y de Arthur Hailey. Moscú era una ciudad desorientada, tanto así que uno podía fácilmente doblar por una esquina y encontrarse en el siglo XIX. Un ex periodista, llamado Vadim Dormidontov, que ocupaba un cargo en el Ayuntamiento de Moscú, decidió cuáles habrían de ser las calles y los barrios que perderían sus nombres soviéticos y recuperarían los antiguos. Las colinas de Lenin volvieron a llamarse colinas de las Golondrinas, los residentes del bulevar Ustinov vivían nuevamente en el bulevar del Otoño.

Mientras casi todo el mundo buscaba recuperar su equilibrio en este extraño nuevo mundo, Yeltsin luchaba contra una oposición de línea dura más que dispuesta a explotar el colapso de la economía para obtener réditos

políticos. La coalición de los conservadores era conocida como «los rojos y marrones», una alianza de ex jefes del Partido Comunista y de ultranacionalistas, incluso neofascistas. Para Yeltsin, el juicio era un frente crítico en la batalla para mantener a distancia a los reaccionarios.» Las llamadas "fuerzas rojas y marrones avanzan" —declaró en la víspera del juicio—. Yo diría que hoy el destino de Rusia depende más de la Corte Constitucional que del presidente ... Cualquier respaldo al Partido Comunista será utilizado por esta gente para promover sus actividades destructivas, lo que puede desembocar en una guerra civil.»

En Moscú, casi ningún político se atrevía ahora a referirse a sí mismo como un «demócrata» por temor a parecer demasiado occidental, demasiado liberal, incompetente. Algunos dirigentes del movimiento de reforma radical trataron de incrementar su atractivo político jugando con suma cautela la baza del nacionalismo. Sergei Stankevich, el joven consejero de Yeltsin, había comenzado su carrera política en 1989 como un demócrata radical, y ahora se refería a sí mismo como un «demócrata del Estado», deseaba introducir un toque de nacionalismo para ampliar su base política. También Yeltsin tuvo que hacer hincapié en su «sentimiento nacional» tramando una rápida amistad con la jerarquía de la Iglesia ortodoxa rusa y negándose a negociar con los japoneses por las islas Kuriles.

Pero la derecha radical no se dejó impresionar por la astucia de Yeltsin, pues lo consideraba el principal culpable del desmantelamiento del Estado soviético y de la fragmentación de Rusia. El historiador Yuri Afanasyev, ahora diputado del Parlamento ruso, me dijo que creía que el panorama en Rusia era peligroso. «El antiguo sistema nunca recobrará su forma, pero existen muchas opciones de futuro de Rusia —afirmó—. Podríamos parecernos a Corea del Sur o a Latinoamérica con un poco de Sicilia. No

hay ninguna garantía de que nos parezcamos a las democracias de los países desarrollados de Occidente. El autoritarismo tiene todavía mucho predicamento. El fascismo, bajo la forma del socialismo nacionalista, representa una grave amenaza. Y tiene partidarios no solo entre los lunáticos, sino también entre la gente que se dice de centro. La conciencia rusa siempre se ha caracterizado por un deseo de expansión y por el temor a la contracción. Desafortunadamente, la historia de Rusia es una historia de crecimiento. Esta es una imagen poderosa en el alma rusa, la idea de que la expansión conlleva riqueza. Pero la verdad es que la expansión siempre ha agotado el poder y la riqueza de Rusia. Berdyaev estaba en lo cierto cuando dijo que la expansión siempre ha debilitado Rusia.»

Hasta cierto punto, la maquinaria de producción de mitos del Partido Comunista había sido reemplazada por la nostalgia rusa de una utopía prerrevolucionaria que nunca existió. La película de Stanislav Govorujin *La Rusia que perdimos*, de 1992, retrataba al último zar —previamente considerado un personaje sin carácter por la propaganda soviética— como un hombre de vastos conocimientos, gran destreza militar y compasión, mientras que Lenin era descrito como un fanático «de ojos rasgados» con «obsesiones patológicas» y, naturalmente, con antepasados judíos. Govorujin le dijo al periódico *Megapolis-Express* que, de haber nuevamente un golpe, no acudiría a la Casa Blanca para defender al gobierno popularmente elegido, como hizo durante el golpe de agosto. «Después de un régimen totalitario —declaró—, un mar de democracia y de libertad es una ruta segura al fascismo.» Su credo era ahora la famosa declaración del reformador zarista Pyotr Stolypin ante la Duma rusa: «Lo que ustedes quieren son grandes levantamientos, pero lo que necesitamos es una gran Rusia».

Si bien había tan solo una media docena de personas en el cine Moskva

cuando fui a ver *La Rusia que perdimos*, y si bien las encuestas de opinión no indicaban que la gente ansiara ver a Yeltsin fuera del poder, Moscú parecía estar lleno de demagogos que querían ser zares. El primero que apareció en escena fue Vladimir Zhirinovsky, un neofascista declarado que obtuvo seis millones de votos —casi un 8 por ciento del electorado— en junio de 1991, cuando se presentó para la presidencia rusa junto con Yeltsin y cuatro candidatos más. Justo después del golpe, observé a Zhirinovsky en una sesión del Parlamento pronunciando en los pasillos un monólogo de dos horas ante un grupo de fascinados diputados. Divagaba y se entusiasmó tanto mientras describía sus ambiciones imperiales que salpicó con saliva a sus oyentes y a las cámaras de televisión.

«Comenzaré por estrujar a los bálticos y otras naciones pequeñas. No me importa si han sido reconocidas por las Naciones Unidas. No pienso invadirlas ni nada por el estilo. Enterraré desechos radiactivos a lo largo de la frontera lituana y colocaré grandes ventiladores para que los esparzan hacia el otro lado de la frontera por las noches. Durante el día apagaré los ventiladores. La radiactividad los matará a todos. Una vez que hayan muerto o que se arrastren de rodillas, detendré los ventiladores. Soy un dictador. Lo que pienso hacer es malvado, pero será beneficioso para Rusia. Los eslavos obtendrán lo que quieran una vez que me hayan elegido.

»Enviaré nuevamente tropas a Afganistán, y esta vez saldrán victoriosas ... Volveré a implantar la política exterior de los zares ... No dejaré que los rusos vayan a la guerra. Haré que peleen los uzbekcos y los tayikos. Los oficiales rusos solo darán las órdenes. Como Napoleón. ¡Uzbecos, adelante hacia Kabul! Y cuando todos los uzbecos hayan muerto, enviaré a los tayikos. Los basjires pueden ir a Mongolia, donde hay tuberculosis y sífilis. Las demás repúblicas serán el patio trasero de Rusia. Rusia será el cerebro.

»Lo digo claramente: cuando llegue al poder, habrá una dictadura. Les

ganaré a los estadounidenses en la carrera espacial. Rodearé el planeta con nuestras estaciones espaciales para que teman nuestras armas espaciales. No me importa si me llaman fascista o nazi. Los trabajadores de Leningrado me dijeron: "Aunque lleve puestas cinco esvásticas votaremos por usted. Usted promete un plan claro". No hay nada como el temor para hacer trabajar a la gente. El garrote, no la zanahoria. Y lo haré sin tener que sacar los tanques a la calle. Arrestaré a los que tienen que ser arrestados, pero lo haré silenciosamente, de noche. Puede que tenga que fusilar a cien mil personas, pero los trescientos millones restantes vivirán en paz. Tengo el derecho de fusilar a esos cien mil. Como presidente, tengo ese derecho.»

A pesar de los votos que obtuvo durante la última contienda electoral, la gran mayoría de la gente pensaba que Zhirinovsky era un loco, un agente de la policía secreta o ambas cosas. Pero no estaba solo en su extremismo. Alexander Sterligov, del ex coronel del KGB, quien prometió «mano de hierro», no era sino el último de una retahíla de posibles dictadores que esperaban que la gente estaría tan decepcionada con Yeltsin que se volcaría con ellos.

Una tarde, durante mi viaje del otoño de 1992, visité las oficinas editoriales de *Dyen*, ahora el principal portavoz de la coalición de derechas. Algunas semanas antes del golpe de agosto, *Dyen* publicó el infame «Mensaje al pueblo», el llamamiento en primera plana a un golpe militar. Me reuní con el autor del llamamiento y director del periódico, Alexander Projanov, y con su adjunto, Vladimir Bondarenko. Bondarenko me dijo que acababa de regresar de Estados Unidos. Viaje, me informó, que fue financiado en parte por David Duke, el ex nazi y miembro del Ku Klux Klan.

«Puede que las opiniones de Duke sean un tanto extremistas —concedió

Bondarenko—. Supongo que, comparadas con las de Patrick Buchanan, mis opiniones son mejores.»

Hablamos durante largo rato del golpe, y también los conservadores se refirieron al golpe como un juego de sombras, algo que no era lo que parecía.

«Cuando la gente se enteró del golpe, la mayoría dijo: “Finalmente están haciendo lo que tienen que hacer —dijo Bondarenko—. No eran partidarios del terror, pero deseaban un orden elemental, el tipo de orden que poseen todos los estados. Pero los dirigentes del golpe fueron estúpidos. Se merecen la condena, no porque protagonizaran un golpe, sino por haberlo hecho tan mal.»

Projanov, ex dirigente del ala derecha, hacía que, en comparación, Bondarenko pareciera casi racional. «Lo lograron —dijo, señalándome como el representante de los estadounidenses—. ¡Lo lograron! ¿Y cómo lo sé? Tengo amigos en Langley, en el Departamento de Estado y en el Instituto Rand. El concepto general surgió de ustedes, de la CIA. Estoy seguro de ello. El proceso fue regulado y diseñado por ustedes. Los supuestos dirigentes del golpe fueron empujados y luego traicionados. Fueron dejados a merced de la opinión pública, fueron tan estúpidos como para creer a Gorbachov.

»En todo este drama, solo la CIA demostró ser inteligente. Solo ellos sabían que la Unión Soviética se desmembraría bajo el concepto de la soberanía de las repúblicas, idea que implantaron en los bálticos y luego en otros lugares. ¿Cree usted que Alemania Oriental se desmoronó por su propia cuenta? ¿Cree que Polonia, Bulgaria, Yugoslavia y, finalmente, la Unión Soviética se desmoronaron solas? La lucha contra la Unión Soviética está en pie desde la Segunda Guerra Mundial.»

Projanov dijo que se sintió «alborozado» la primera mañana del golpe y

«asqueado» cuando fracasó. Pero dijo estar seguro de que el momento llegaría otra vez. «En un año, cuando la gente haya perdido la fe en el gobierno y los demócratas estén debilitados, los patriotas de derechas y de izquierdas unirán sus fuerzas y la guerra continuará. Y le aseguro que será un movimiento antiestadounidense. Hay tres formas en que podemos tomar el poder, y usaremos cualquier medio para hacerlo. Primero, podemos hacerlo en el Parlamento. Segundo, puede haber una división dentro del gobierno y los liberales perderán el apoyo del ejército, el nuevo KGB, y habrá un viraje gradual a la derecha. O podemos hacerlo mediante huelgas, manifestaciones, el caos generalizado. Sea como sea, la gente de Yeltsin no debe bajar la guardia.»

El juicio proseguía y el interés seguía disminuyendo. «La sociedad está harta de la historia —me dijo Arseny Roginsky, de la sociedad histórica Monumento—. Es demasiado para nosotros. Es normal que gente que está tratando de batallar con la inflación y adaptándose a una nueva economía en que los ricos se vuelven más ricos y los pobres más pobres esté desinteresada. La gente tiene la idea de que sus problemas actuales están vinculados con la historia del Partido, pero no siempre es fácil tomar distancia y apreciarlo claramente.»

El único aspecto del juicio al Partido Comunista que ocupaba espacio en los periódicos y en los noticieros vespertinos era el asunto de la negativa de Mijail Gorbachov a presentarse ante la corte. Desde el principio el juez Zorkin insistió en que, como secretario general del Partido desde marzo de 1985 hasta agosto de 1991, la declaración de Gorbachov era esencial. Sin embargo, en el auto de comparecencia de Zorkin, Gorbachov solo veía la mano invisible de Boris Yeltsin y otro intento por humillarlo. Los dos

hombres llevaban tantos años de rivalidad y cooperación inconsciente que los moscovitas se habían cansado del juego. Como parte de su «paquete de jubilación», Gorbachov logró que Yeltsin le entregara una dacha, guardias, una pensión y una excelente propiedad, el antiguo instituto del Partido en la Leningrad Prospekt. Por su parte, Gorbachov aseguró que el instituto sería utilizado como centro de investigación, no de oposición política. Pero la tregua fue breve. Gorbachov comenzó a acusar a Yeltsin de encabezar un gobierno que se parecía mucho a un «manicomio», y los ayudantes de Yeltsin empezaron a recortar los beneficios de Gorbachov, primero quitándole la limusina y reemplazándola por un vehículo más modesto, y luego amenazando con un coche aún más pequeño. Un periódico bromeó: «Dentro de poco, Mijail Sergeyevich tendrá que ir a trabajar en bicicleta».

Durante el juicio, fui a visitar a Gorbachov a su instituto, esperando poder hablar con él de muchas cosas, además del furor por su negativa a declarar. No hubo ocasión para ello. La corte ya lo había multado con cien rublos —unos treinta centavos de dólar en ese momento— y sabía muy bien que habría más sanciones. Después de saludarme, se dejó caer en un sillón y dijo con falsa alegría: «Están como locos. Todos se metieron en esta porquería y ahora no saben qué hacer».

Gorbachov estaba furioso, obsesionado. Le hice una pregunta y terminó de contestar cuarenta minutos más tarde con una larga arenga. Mientras viví en Moscú, pasé muchas horas escuchando a Gorbachov en ruedas de prensa, cumbres, entrevistas y reuniones, y nunca fue amante de lo conciso. Pero ahora, por momentos, se parecía al rey Lear en un soliloquio sobre los complots contra su poco apreciada persona. Estaba realmente convencido de que las citaciones de la corte eran una forma de odiosa persecución política.

«¡Ni siquiera la mente enferma de Stalin podría haber concebido algo así!

—dijo Gorbachov—. Decretar que dieciocho millones de comunistas deben ser privados de su ciudadanía y marginados. No solo privarlos de ella, sino barrerlos con una escoba. Y si incluimos a sus familias, estamos hablando de entre cincuenta y setenta millones de personas. Solo un lunático haría una cosa así. Si son ustedes demócratas, demuéstrenlo con hechos. Gorbachov siempre tuvo la valentía necesaria para decir la verdad y para soportar la presión. Todavía tengo mucho valor y no cederé.

»¿Qué es esta Corte Constitucional? No hay tribunal en el mundo que pueda juzgar la historia. Es la historia la que debe juzgarse a sí misma. Los historiadores, los eruditos y demás ... ¿Acaso la corte retrocederá hasta la Revolución de Octubre, hasta los bolcheviques o aún más atrás en el tiempo? ¿Es esta la función de la Corte Constitucional? Analicemos lo que hizo Lenin para tomar el poder. ¿Significa esto que todos los países que cooperaron con la Rusia soviética y todos los acuerdos a los que se llegó quedan invalidados? ... ¿Es todo basura? ¿Inconstitucional? ¡Solo Dios sabe lo que significa todo esto! No hay que ser demasiado inteligente para comprender adónde puede llevar un proceso como este.»

Logré preguntarle a Gorbachov si se mantenía en contacto con Yeltsin. Gorbachov frunció el ceño. Lo ignoraban. Esto le parecía mucho peor que cualquier sanción de la corte.

«Nunca me telefonea —dijo Gorbachov—. Al comienzo lo llamé varias veces, pero por su parte nunca hubo una llamada. Boris Nikolayevich lo sabe todo. No tenemos relación alguna. ¿Qué relaciones personales puede haber cuando su secretario de prensa publica una declaración diciendo que tomarán medidas contra Gorbachov, que lo pondrán en su lugar? ¿Qué relaciones puede haber? Está descartado.

»Los demócratas han fracasado en el uso del poder. Vea cómo lucharon por obtener el poder y cuánto prometieron. Incluso se dijo que el presidente

ruso se lanzaría bajo las ruedas de un tren si las condiciones de vida no mejoraban. Bueno, han caído en un cincuenta por ciento. Que se lance bajo al tren.

»Tienen que decirle a la gente cómo va a pasar el invierno, lo que habrá para comer, si habrá calefacción y qué pasará con las reformas. Pero no tienen respuesta. No saben qué decir. Necesitan jugar durante algún tiempo y no tienen pararrayos. Es increíble, el equipo de Yeltsin, la Corte Constitucional y los fundamentalistas que respaldaron el golpe de agosto están todos unidos contra Gorbachov. ¡Es fantástico!»

Salí del despacho de Gorbachov pensando que todo en él era desproporcionado: sus logros, sus errores y, ahora, su vanidad y amargura. Durante su monólogo, incluso me habló de un rumor según el cual, en el momento más tenso del golpe, Yeltsin había estado haciendo planes para refugiarse en la embajada de Estados Unidos. Era algo difícil, si no imposible, de creer. A pesar de todos los defectos de Yeltsin, fue su valor lo que salió a relucir en agosto de 1991. Al sugerir lo contrario, Gorbachov revelaba la profundidad de su amargura. Se había sentido orgulloso del lugar que ocupó en el mundo —lugar que se ganó a pesar de todos sus errores—, y ahora parecía que se le escapaba de las manos. Lo despreciaban en su propio país.

Sintiéndome un poco anonadado, dejé a Gorbachov y bajé las escaleras para visitar al hombre que fuera su mejor amigo y su aliado más fiel en la cúpula del Partido, Alexander Yakovlev. Le conté a Yakovlev lo que acababa de oír, y en su rostro se dibujó una expresión de burla y de frustración. Yakovlev siempre mostró una cierta condescendencia

intelectual hacia Gorbachov, pero apreciaba sus dones políticos, su complejidad.

Le dije a Yakovlev que por fin había podido leer la transcripción de la histórica reunión del Politburó del 11 de marzo de 1985, y que me había sorprendido que las cosas hubiesen sido tan fáciles para Gorbachov. ¿Por qué no hubo oposición? ¿Engañó a los conservadores? ¿Por qué lo nombraron secretario general si sabían que modificaría el sistema?

«Hubo un acuerdo preliminar —explicó Yakovlev—. Todo fue acordado de antemano. Todo estaba claro. El entorno de Grishin preparó un discurso, un programa para él. Richard Kosolapov, el director del *Kommunist*, trabajó mucho por la causa de Grishin. Pero eso era solo por si acaso. La verdad es que no había otro candidato para ocupar el puesto. Una vez que Gorbachov fue elegido presidente de la comisión del funeral de Chernenko el 10 de marzo, todo estuvo claro.

»Por lo que se refiere al engaño, se trataba más bien de un asunto de inercia del Partido Comunista. Al principio, a cada nuevo secretario general se le daba carta blanca. Se le apoyaba. Ya sabe, que hable de innovación, de cambiar las cosas, debe ser tolerado; luego se calmará y todo volverá a la normalidad. Que hable de democracia y de pluralismo, pero tarde o temprano estaremos nuevamente tirando del mismo carro. Esto sucedió con todos los recién llegados: Jruschov, Brezhnev, Andropov. Y se suponía que con Gorbachov sería lo mismo.

»Gorbachov jugó a la política, pero también se dio cuenta de que las cosas tenían que cambiar. No se podía seguir viviendo así. Pero cuando empezó a introducir modificaciones, el sistema opuso resistencia. Los cambios se vieron dificultados por la simple lógica del Estado, y, aunque lo quisiera o no, Gorbachov tuvo que batallar con estas contradicciones. Al

igual que Gorbachov, al principio yo creía que en nuestro país solo era posible una revolución desde arriba.

»Incluso ahora Gorbachov habla de nuestra “elección socialista” ... pero no podemos hablar de una elección socialista en este país. Nuestra experiencia, nuestra “elección”, no es socialista y nunca lo fue. Lo que tenemos aquí es un sistema de esclavitud. ¿Quién puede hablar de una elección socialista? Tal vez Alemania, o Israel, o España, pero no nosotros ... Sin embargo, Gorbachov no podía ir más allá de esta forma de pensar. En general, este poder, el concepto de poder, actúa como un veneno sobre una persona.»

Durante mi conversación con Gorbachov, su ayudante de prensa, Alexander Lijotal, le había entregado una nota. Gorbachov guardó silencio, leyó rápidamente la nota, su rostro se ensombreció con lo que parecía enojo, recobró la compostura y luego retomó el hilo de su monólogo. En ese momento no pensé mucho acerca del asunto. Pero más tarde, mientras veía el noticiero vespertino *Vesti*, comprendí lo que ponía la nota: por su negativa a comparecer ante la corte se lo privaba de su derecho a viajar al extranjero. Tenía un viaje programado a Corea del Sur y había más compromisos en su agenda. Era un golpe cruel e inteligente. Gorbachov era aplaudido en el extranjero, se lo trataba como una de las grandes figuras del siglo, pero en Moscú lo castigaban, se burlaban de él y lo ignoraban.

Tres días más tarde, el gobierno ruso anunció que despojaría a Gorbachov de gran parte del edificio que le había sido entregado como parte de su paquete de jubilación. Una mañana fresca y gris, tres autobuses repletos de oficiales de la policía de Moscú aparcaron frente al edificio. El

jefe de la policía, Arkady Murashev, ordenó a sus hombres que rodearan el edificio.

Algunos minutos después apareció Gorbachov, furioso. La prensa lo rodeó frente a las escaleras del edificio. «¡Ustedes no saben la presión que mi familia y yo hemos debido soportar en los últimos siete años! —les dijo a los reporteros—. Pero aquí el asunto no son los problemas personales. Están tratando de poner a Gorbachov en su lugar. La prensa rusa especula con que Gorbachov viaja por el mundo buscando una casa de vacaciones. Hay rumores de que mi hija está en Alemania y de que su esposo piensa reunirse con ella. Y, ahora que instaló a su hija, Gorbachov busca un nido para él. Se sentirían muy felices si Gorbachov dejara el país. Probablemente pagarían un millón para que así fuera. Pero no pienso irme...»

A unos kilómetros de allí, la Corte Constitucional escuchó la declaración del siguiente testigo. Los cansados hombres del Partido Comunista se declararon inocentes. «¿Cómo podríamos haber sido eso de lo que se nos acusa? —parecían decir—. Mírennos. Somos gente común y corriente. Ya no somos nadie.»

Algunas semanas más tarde, la Corte Constitucional de Rusia dictaminó que los comunistas podían reunirse a escala local, pero que, como entidad nacional, el Partido Comunista era ilegal. Los bienes y propiedades del Partido permanecerían bajo el control del gobierno de la Federación Rusa. La era que comenzó en 1917 con el golpe bolchevique acababa de terminar... en virtud de un simple decreto.

Epílogo a la edición original

«El corazón todavía no está jubiloso»

Desde el momento en que Mijail Gorbachov inició su frenética labor de chatarrería con el sistema soviético, el tiempo y la percepción del mismo perdieron su ritmo habitual. Cada año que pasaba parecía todo un milenio. En el paisaje del antiguo imperio se registran tantos triunfos, angustias y sorpresas amargas que resulta difícil centrarse en algún momento pasado más allá de la semana anterior, y más aún en aquella noche de la Navidad de 1991, en que Gorbachov firmó los documentos de su dimisión y se arrió la bandera roja del Kremlin por última vez. Pero ni siquiera hoy logro olvidar aquella época. Cuando Gorbachov preparaba su partida, fui al Kremlin para visitar a uno de sus asesores más fieles, Georgi Shajnazarov. Al igual que Gorbachov, Shajnazarov confiaba en reformar el comunismo, salvar el sistema y acercarlo al mundo moderno. El proyecto, el último sueño persistente del socialismo, resultó ser una locura. Ahora el régimen estaba en ruinas y el imperio, a punto de disolverse. Y se hablaba de democracia y de libre mercado; Gorbachov había pasado a la historia y los empleados de la mudanza llegaban para acarrear cajas.

«¿Cómo van a sobrevivir todas estas repúblicas sin Moscú? —preguntó Shajnazarov. Era un hombre menudo, mitad erudito, mitad hombre del

aparato, y ahora parecía resignado, agotado—. ¿Qué va a ser de ellas? ¿Qué va a hacer una república como Georgia? ¿Cree que van a conseguir petróleo vendiendo mandarinas a Arabia Saudí? Y Armenia y Azerbayán, ¿no le parece que se van a despellejar?»

El escritorio de Shajnazarov estaba completamente vacío, salvo por una carta a un espacio que dejó allí para el siguiente ocupante, «quienquiera que sea finalmente».

«Simplemente le digo que les deseo toda la suerte del mundo —dijo Shajnazarov—. Van a necesitarla.»

En los más de dos años transcurridos desde entonces, Rusia y las antiguas repúblicas soviéticas no han tenido la suerte de gozar de ninguna bendición que se aproxime a las dosis de suerte que necesitaban. Tampoco han dispuesto siempre de la sabiduría o de los medios necesarios para evitar la catástrofe económica y política. No hay más que empezar a pasar revista a la acumulación de catástrofes de la antigua Unión Soviética: el derrumbamiento de las economías, la compleja diáspora de veinticinco millones de rusos en tierras «extranjeras», la amenaza de accidentes nucleares y desastres ecológicos, el auge del nacionalismo ruso más duro y la asombrosa persistencia de diferentes partidos comunistas. Visto en retrospectiva, Boris Yeltsin desearía haber actuado con mayor rapidez y decisión tras el golpe de agosto. Mientras gozó de apoyo político debería haber disuelto el Parlamento y convocado elecciones, con lo que habría evitado la catastrófica confrontación de dos años con el Parlamento que desembocó en el sangriento asalto a la Casa Blanca de octubre de 1993. Pero la historia no perdona; no se aviene a la expresión «debería...».

En mi último viaje a Moscú, a finales de 1993, en todos los lugares a los que iba, desde el mercado central hasta las aldeas de las afueras de la ciudad, desde las redacciones de los periódicos hasta las antesalas del

Kremlin donde los asesores se sentaban ociosamente a ver vídeos musicales..., en todos esos sitios había cierta sensación de ir a la deriva, incluso de desesperanza en la vida política. Los «sucesos de octubre» y, luego, las decepcionantes elecciones de diciembre que llevaron al nuevo Parlamento a docenas de comunistas y ultranacionalistas, borraron toda traza del triunfalismo que quedara tras la derrota del golpe de agosto de 1991. Las verdades relativamente sencillas de la vieja lucha política (el bien contra el mal, los reformistas contra los reaccionarios, los demócratas contra los comunistas) se habían desvanecido en un caldo amargo de incertidumbres. Las elecciones de diciembre corroboraron la desesperación de los rusos, pues casi el veinticinco por ciento votaron por el ultranacionalista Vladimir Zhirinovsky, más en señal de protesta por la endeble situación reinante que para respaldar su desorbitado programa de agresiones en el extranjero y puño de hierro en el interior. Casi la mitad del electorado no se molestó siquiera en ir a votar.

Gran parte de la oposición a Yeltsin hundía sus raíces en una u otra modalidad de nostalgia mítica: la nostalgia comunista del orden de Stalin y del nivel de vida supuestamente garantizado de la época de Brezhnev; la nostalgia militar del miedo al arsenal soviético que otrora anidó en el corazón del enemigo occidental y la nostalgia nacionalista del imperio y las grandes metas espirituales. Es natural, demasiado humano, que la nostalgia fuera un elemento tan poderoso en la política rusa de la época, exactamente igual que lo fue para los otomanos y los británicos cuando perdieron sus dominios. Los imperios no se pierden alegremente. Enoch Powell sucumbió a los ataques de lirismo con la pérdida de la India, y hoy día incluso el «neootomanismo» es una fuerza poderosa de la política turca.

Para decenas de millones de rusos, la historia de su país desde el ascenso de Gorbachov en 1985 ha sido un proceso de pérdidas incesantes y de

orgullo herido. Lo que a los ciudadanos de Constantinopla y Londres les costó décadas asimilar, a los rusos los golpeó en un instante. El imperio había desaparecido. Que la economía está moribunda es algo evidente para cualquier turista occidental. Menos obvio es la angustia de los rusos por establecer cuál es su lugar en el mundo. Las joyas de la corona han desaparecido: las playas de Crimea, los viñedos de Moldova, los campos petrolíferos de Kazajstán, o los puertos de Odessa (por no hablar de Praga, Budapest o Varsovia) son hoy día territorio extranjero. El ejército acusa la evitación del reclutamiento obligatorio y se deteriora. La política exterior es un mapa de carreteras para la retirada. Yuri Levada, un destacado sociólogo de Moscú, publicó hace poco un sondeo en el diario *Izvestia* en el que indicaba que solo el once por ciento de la población cree que Rusia sigue siendo una gran potencia, mientras que dos terceras partes de los encuestados afirmaron que el país debía recuperar el prestigio perdido en la escena mundial. Entre ambas estadísticas habita un gran anhelo, un sentimiento de derrota y angustia nacionales. Y ese anhelo, en igual medida que el fracaso económico, es un arma letal en manos de los opositores políticos de Yeltsin. Mientras que Yeltsin y sus partidarios intentan crear de la nada una economía de mercado, un sistema político democrático y una sociedad civil, sus adversarios más enconados suelen dejarse llevar por la retórica política de la derrota, una nueva variante de populismo.

Muchos liberales con influencia política, como la antigua asesora de Yeltsin Galina Staravoitova, creen que el fracaso económico y la autoestima dañada de Rusia son tan profundos e inflamables que no se puede descartar el ascenso de un movimiento autoritario carismático en Rusia. «No se puede excluir la posibilidad de que haya en Rusia un período fascista —afirmó Staravoitova en la emisora de radio El Eco de Moscú—. Podemos apreciar demasiados paralelismos entre la actual situación de Rusia y la de

Alemania tras el Tratado de Versalles. Una gran nación ha sido humillada y muchos de sus habitantes viven al otro lado de las fronteras del país. La desintegración de un imperio se ha producido en una época en la que mucha gente todavía conserva una mentalidad imperialista ... Todo esto está sucediendo en una época de crisis económica.»

Durante la campaña para obtener un escaño en el Parlamento, Vladimir Zhirinovsky jugó con los sentimientos de humillación de la época posterior a la de gran potencia y empleó una retórica de simplicidad muy marcada y comedia muy negra. Se debía expulsar de los cargos de poder a los judíos, los habitantes de Asia Central, los armenios y los azerbayanos; solo debían aparecer en televisión las personas con «cara de ruso». Se declaró dispuesto a «volar unos cuantos puertos y aviones kuwaitíes y un puñado de buques estadounidenses» para defender al antiguo aliado soviético, Irak. Y si los japoneses insistían en reivindicar las islas Kuriles, «yo bombardearía a los japoneses. Enviaría nuestra inmensa flota a cercar su pequeña isla y si llegaran siquiera a decir pío los atacaría con armamento nuclear». Por si todo esto no bastara, prometió toda clase de cosas, desde una solución mágica a la crisis económica hasta «amor y aventura» para las personas solitarias. Los demócratas prorreformistas, por su parte, dieron una oportunidad a Zhirinovsky. Eran petulantes y estaban divididos, ajenos prácticamente al hecho de que no hacían nada más que forjar apoyos para reformas económicas radicales que demostraron ser dolorosas para millones de personas. El triunfo de Zhirinovsky fue una advertencia. Rusia y el mundo entero no pueden permitirse que Zhirinovsky sea presidente.

Si Rusia ha sucumbido alguna vez a alguna ilusión sobre la posibilidad de ser un país democrático, ya ha dejado de albergarla. En conversaciones con

los asesores de Yeltsin, todos reconocían que la ilusión de una transición suave y sosegada de una dictadura comunista a una democracia de libre mercado se ha desvanecido. Resulta que la caída del antiguo régimen, que tan satisfactoria había resultado moralmente, ha dejado al nuevo régimen en una situación moralmente imposible. La disyuntiva es muy marcada: compórtate con los modales de un demócrata occidental y permite que la anarquía actual avasalle Rusia o, de lo contrario, toma «medidas decisivas» corriendo el riesgo de desbaratar cualquier apariencia de sociedad civil. Ahora se habla de un régimen de transición de «autoritarismo ilustrado» o «democracia tutelada», o de cualquier otro híbrido semejante que no oculta la necesidad de una prolongada concentración de poder en la presidencia. «La mano del poder no puede ser absolutamente débil —me dijo una tarde en el Kremlin Yuri Baturin, asesor jurídico de Yeltsin—. Cuando fue necesario utilizar el poder durante los sucesos de octubre, era imposible emplearlo directamente porque los denominados “ministerios del poder” (Defensa, Seguridad, Policía) vacilaron. Si hubieran ejercido su fuerza con mayor rapidez, se habría conseguido antes y con menos sangre.»

Pero los asesores de Yeltsin también reconocen que tratar de recuperar cierto grado de orden en Rusia supone correr el riesgo constante de que se produzca una deriva imperceptible hacia las costumbres tradicionales de gobernar con mano de hierro. «Al igual que pasó con la *perestroika* de Gorbachov, todo lo que actualmente se hace para desarrollar la democracia se dirige exclusivamente desde arriba —dijo Giorgi Satarov, miembro del consejo de la presidencia—. Es muy fácil encaminarse hacia una dictadura. No hay controles. El monopolio del poder es responsable de regularse, y esta restricción debe mantenerse de algún modo antes de que haya controles y contrapesos efectivos. Quizá se den pocos pasos hacia la dictadura, todos y cada uno de los cuales resultan diminutos en sí mismos, pero la tendencia

puede arrastrarnos a ella. Podría suceder. Pero, hasta donde conozco al presidente y sus argumentos, no creo que tenga la menor intención de convertirse en un dictador.»

Hay gente de sobra que le ha pedido a Yeltsin que se convierta en un autócrata redomado. Un sondeo publicado hace poco en *Izvestia* mostraba que tres cuartas partes de los moscovitas recibieron de buen grado el breve período de estado de emergencia que siguió a los sucesos de octubre y querían que se prolongara indefinidamente. Pero, aunque Yeltsin fuera proclive (y no lo es) a ser el dirigente de un régimen autoritario a gran escala, no sería capaz de gestionarlo. Si bien algunos de sus asesores apuntan a Corea del Sur y a algunas regiones de Latinoamérica como lugares que construyeron sus democracias futuras bajo un régimen autoritario, la analogía se desmorona ante la realidad rusa. Pese al decisivo papel militar que desempeñó en octubre de 1993, el ejército no posee la ambición de constituir un gobierno de junta militar al estilo latinoamericano; los generales preferirían mucho más tener un sueldo más alto y otras prestaciones sociales antes que tomar la iniciativa política. Además Rusia tampoco puede basarse en una ética laboral o una eficiencia asiáticas, por no hablar de una cultura política democrática, un rasgo del Chile anterior a Pinochet. Rusia tiene que construir la democracia con rusos.

Lo cierto es que Yeltsin, o cualquier otro dirigente que surja como potencial sucesor, tiene por delante la tarea casi imposible de tratar de forjar una democracia en unas condiciones de anarquía social y económica. Alexander Rutskoi y Ruslan Jasbulatov fueron encarcelados tras el intento de golpe de Estado fallido de octubre de 1993, pero no es probable que ese fuera el último episodio de rebelión o violencia. Hasta quienes aceptan o, al menos, se resignan a la idea de transición de Yeltsin, entienden que la furia

y la desilusión que se extiende por toda la sociedad rusa no dejan de empeorar. Las grises realidades de la sociedad soviética (igualdad en la pobreza, estabilidad de la represión) han salido indemnes y ahora Rusia es un escenario de polarización radical. El mayor anhelo de los reformadores rusos en 1991 era que del cambio económico surgiera una inmensa clase media y una élite empresarial que se convirtieran en los principales sectores de referencia para los cambios posteriores. No hay señales de que esté sucediendo nada semejante. Más bien, los rusos han contemplado con ira y envidia cómo un puñado de personas se han enriquecido (hasta la chabacanería) en medio de un caos y una delincuencia crecientes. El capitalismo en Rusia ha alumbrado a muchos más Al Capone que Henry Ford. La reforma no es un período de retirada.

No hay un solo ámbito de actividad ni una sola institución libre de la variante más brutal de corrupción. Rusia ha criado una mafia de alcance mundial. Según Luciano Violante, presidente de la comisión parlamentaria italiana encargada de investigar a la mafia, Rusia es en la actualidad «una especie de capital estratégica del crimen organizado desde la que se ponen en marcha todas las operaciones importantes». Dijo que los jefes de las bandas rusas han celebrado reuniones con las tres principales organizaciones delictivas italianas, de Sicilia, Calabria y Nápoles, para hablar de blanqueo de dinero, narcotráfico e incluso venta de material nuclear. Rusia, añadió, se ha convertido en el almacén y el centro de información sobre el mercado de la droga».

Los nuevos gángsters rusos, que participan en toda clase de negocios, desde la venta de armas hasta la banca, han aprendido a trabajar con los antiguos agentes de las más altas jerarquías del Partido Comunista y del KGB en igual medida que con los jefes de las bandas del extranjero. Tampoco hay muchas dudas acerca de que los ministros del gobierno de

Yeltsin, sobre todo los de ámbitos como el comercio exterior, las aduanas, la recaudación de impuestos o el cumplimiento de la ley, son corruptos hasta la médula. Según Yuri Boldyrev, hasta hace muy poco fiscal jefe del gobierno, la corrupción existente hoy día en las instituciones públicas «trasciende los límites de la imaginación». Un informe de diez páginas redactado por el Ministerio de la Policía y la Seguridad y remitido a Yeltsin en 1993 describía cómo los militares de alta graduación destinados durante años en la antigua Alemania Oriental habían estado implicados en graves episodios de malversación de fondos. Los altos cargos creaban sus propias empresas para adquirir alimentos y bebidas alcohólicas, ordenaban su transporte como suministros militares y, luego, las vendían en el mercado libre de Polonia y Rusia. Las ventas se valoraban en un centenar de millones de marcos alemanes (cincuenta y ocho millones de dólares). Según otro episodio, el teniente general del ejército del aire Vladimir Rodionov y su ayudante, el coronel Giorgi Iskrov, fueron acusados de emplear aviones militares para realizar vuelos comerciales y quedarse con lo recaudado.

Yeltsin no se ha mostrado reacio a reconocer lo que queda patente ante la mirada de todo el mundo. Según un reportaje de Victor Yasmann emitido en Radio Libertad, Yeltsin les dijo a los jefes de los organismos encargados del cumplimiento de la ley estatal y regional que dos terceras partes de todas las empresas comerciales y financieras de Rusia (y el cuarenta por ciento de los empresarios) estaban implicados en alguna modalidad de corrupción. En 1992 afirmó que habían «desaparecido» dos mil millones de dólares del presupuesto del Ministerio de Relaciones Económicas con el Exterior. Hasta los agentes que luchan contra la mafia son sospechosos. Uno de los altos cargos del Ministerio del Interior fue detenido en 1993 por aceptar un soborno de un millón de rublos. El posterior registro de su domicilio sacó a la luz otros ochocientos cinco mil rublos en efectivo.

Los extranjeros que intentan hacer negocios en Rusia se han convertido en blancos fáciles. Un amigo me habló de un occidental que se vio atrapado en un atasco en Moscú y, mientras avanzaba lentamente, tocó ligeramente el parachoques del vehículo que le precedía. Un hombre ataviado sobre todo con joyas y ropa de cuero saltó del coche, corrió a la ventanilla del extranjero, sacó un revólver y le dijo: «¡Cómprame ahora mismo el coche o te mato!». El extranjero, residente en Moscú y con experiencia en la ciudad, sabía muy bien que el mafioso no bromeaba. Se fue a casa, reunió todo el dinero en efectivo que tenía y compró el coche. A la semana siguiente, ese mismo desgraciado viajaba a San Petersburgo en un expreso nocturno. Alguien lo drogó y, cuando se despertó a la mañana siguiente, habían desaparecido todos sus objetos de valor. Este tipo de delitos no sorprenden a nadie en Occidente, pero son una amenazadora novedad en Rusia.

El cumplimiento de la ley también es una broma de muy mal gusto. Los gángsters de todas las categorías disponen de más soldados y de armas más poderosas que la policía. Los oficiales y reclutas del ejército, desesperados por conseguir dinero, están encantados de poder vender armas, lanzacohetes y granadas al mejor postor. No es nada nuevo que las bandas mafiosas del sur de Rusia utilicen un tanque para ajustar alguna cuenta particularmente peliaguda. Y en una época en que casi todo el mundo se ha empobrecido (incluidos la policía, los funcionarios de prisiones y los jueces), la probabilidad de celebrar un juicio con éxito es exigua. Vladimir Rushailo, el jefe del departamento de policía de Moscú, dijo que «aun cuando consigamos encarcelar a un miembro poderoso de la mafia, sus compinches desatan de inmediato una campaña para presionar a las víctimas, los testigos, los jueces y cualesquiera otros colaboradores de la justicia. Y lo hacen con bastante libertad. Sin duda, los delincuentes tienen mucha más imaginación que los legisladores».

Tal vez el segmento de población que más estupefacto ha quedado ante el devenir de Rusia desde el desmoronamiento del antiguo régimen sea la *intelligentsia* liberal, el puñado de escritores, artistas, académicos y periodistas que ocupaban la primera línea del frente durante la época de la *perestroika*. Durante siglos, los intelectuales rusos habían sido una especie de gobierno en la sombra, un aguijón moral para los zares y, luego, para el Partido Comunista. Cuando Pushkin plantaba cara al zar, o Sajarov al secretario general, estaban afirmando la fe en el poder de la verdad y en el individuo frente a un sistema atroz. Durante años, escritores estadounidenses como Philip Roth regresarían de la Unión Soviética y de Europa del Este maravillados ante la importancia que allí tenía la literatura. Roth señaló en una ocasión que en Occidente todo está permitido y nada importa, mientras que en el Este nada estaba permitido pero todo importaba. Ahora en el Este todo marcha... y la *intelligentsia* importa menos que nunca.

Una tarde acudí a las destartaladas oficinas de *Znamya* («La Pancarta»), que fue una de las revistas literarias y políticas mensuales más destacadas de los años de Gorbachov, para entrevistarme con la subdirectora, Natalya Ivanova. Como periodista, había visitado a Ivanova de forma intermitente durante seis años, pero nunca la había visto tan pesimista. Al principio pensé que podía deberse al destino de *Znamya* y de las demás revistas literarias. Antes, a finales de los años ochenta, vendían un millón de ejemplares o más, y ahora vende poco más de ochenta mil. Antes, las listas de los libros más vendidos estaban abarrotadas de títulos de Solzhenitsyn, Orwell o Brodsky, y ahora son una letanía de la literatura de masas: Dale Carnegie, John Grisham o manuales de sexualidad letones. Larissa Vasilieva, una historiadora pop rusa, ha ganado una fortuna con *Esposas del Kremlin*, una mirada sobre el sórdido mundo de los burdeles políticos de la

época comunista. Rex Stout tal vez sea ahora el novelista más popular del país. «La gente quiere un poco de placer —me dijo un escritor—. Si tienen que leer algo sobre otro campo de concentración, se morirán.»

Pero a Ivanova le preocupaba algo más que las estadísticas culturales. Se dio cuenta de que era inevitable que, cuando cayera el régimen, la importancia (y la desmesurada popularidad) de la literatura seria se desvanecería. «Todos podemos aceptar la idea de que las únicas personas que leen hoy día son los únicos que lo hacen por motivos ajenos a la política —afirmó Ivanova—. Ahora presenciamos el auge de las columnas de consejos, los anuncios de contactos o las novelas rosas. Bueno, eso está bien. Lo inesperado es la degradación general de la cultura y de la *intelligentsia* misma. Su posición dominante la ocupa ahora esta nueva clase social de los llamados "empresarios", que carece por completo de clase. Esta nueva burguesía se compone en su mayoría de especuladores que están robando al país.» Ivanova me mostró las galeradas de un artículo suyo titulado «Doble suicidio». Era un texto iracundo en el que acusaba a sus colegas artistas y pensadores de interesarse más por «el valor del dólar que por problemas morales», de hacer reverencias humillantes ante una imagen nueva y vulgar de lo que los leninistas llamaron antes el «futuro resplandeciente».

Mientras que el paisaje ruso estaba repleto de cierto tipo de propaganda («¡Avancemos hacia el leninismo!», etcétera), la televisión, la radio y los periódicos están repletos de otro tipo de propaganda: publicidad de artículos de lujo inasequibles, anuncios fantásticos orientados hacia un tipo de vida que apenas existe. En un momento dado eres un *Homo sovieticus* rodeado de la indiferencia agresiva del comunismo y, en el minuto siguiente, estás viendo a una arpía eslava lamiendo un marrasquino y diciéndote a qué casino debes acudir. Hay algo profundamente irritante (y estadounidense)

en la publicidad de fondos de inversión o de comida para gatos «de primera» en un país donde la inmensa mayoría vive en la pobreza. Uno o dos años de exposición a la publicidad norteamericana han conseguido lo que no lograron hacer décadas de propaganda comunista: causar indignación auténtica en parte de las personas honradas ante los excesos del capitalismo. Pero la *intelligentsia* está desconcertada ante todo esto y es incapaz de proporcionar orientación moral. «Lucharon por una nueva vida y resultó que esa vida les decepcionó», dijo Ivanova apenada.

Para los jóvenes, desarrollar una vida intelectual simplemente no tiene sentido ni confiere prestigio. En la Universidad Estatal de Moscú, es pan comido conseguir ser admitido en el departamento de humanidades, pues todo el mundo quiere aprender economía. Las interminables conversaciones etéreas en torno a la mesa de la cocina, los maravillosos empleos en instituciones académicas a las que no era preciso ir, el numeroso público de los recitales poéticos... ese mundo está menguando. «Lo que teníamos con Gorbachov y los años anteriores se parecía al ecosistema de Australia antes de que llegaran los ingleses con sus perros y sus conejos —me dijo otro amigo, el politólogo Andrei Kortunov—. Nosotros teníamos esa variante de cultura extraña, auténtica y original. Los intelectuales eran incluso una clase privilegiada. Pero cuando llegaron los ingleses con sus perros y sus conejos, el ecosistema se deterioró. Supongo que tenemos que atravesar este período de consumismo y de cultura popular, al igual que en Polonia y Checoslovaquia. La pregunta es si Rusia logrará alguna vez preservar siquiera una parte de su antiguo ecosistema, su singularidad intelectual.»

Una noche llevé al periodista Leonid Radzijovsky a cenar al restaurante italiano del Kempinski, un hotel nuevo de propiedad alemana que hay frente al Kremlin. Cuando le pregunté por el desaparecido mundo de la intelectualidad rusa, no dejó traslucir la menor añoranza. «Tal vez sea

demasiado cínico —dijo—, pero ya no hay autoridad moral en Rusia. Rusia es un país en fase primitiva de acumulación de capital. Mire a su alrededor, en este restaurante. ¿Cuánto va a costar la cena? Al menos cien dólares, ¿verdad? El salario medio mensual de un moscovita. En el siglo XIX había terratenientes y campesinos y no estaba previsto mezclarlos. Pero ahora todo el mundo cree que tiene derecho a cenar en el Kempinski. Y todo el mundo quiere. Eso es lo único en lo que piensa todo el mundo. No piensan en novelas, obras de teatro o poemas. Es verdad que en Estados Unidos todo se reduce a dólares, pero eso es aún más verdad ahora en Rusia. Este es un país hambriento y quiere comer.»

Poco después de regresar de Moscú viajé a Cavendish, la pequeña ciudad de Vermont donde Alexander Solzhenitsyn había vivido exiliado dieciocho años. Cuando fui a visitarlo acababa de concluir la obra de su vida, la descomunal novela histórica *La rueda roja*, y se preparaba para regresar por fin, en mayo de 1994, a Rusia. La casa estaba llena de cajas de embalaje. Su esposa, Natalia, trataba frenéticamente de encontrar una empresa de mudanzas que pudiera embarcar todos sus libros y documentos hacia Moscú sin que se perdiera nada. Llegó un fax de Moscú con noticias inquietantes: el tejado de su nueva casa en las afueras de la ciudad estaba deteriorado y sería preciso repararlo, lo que costaría una fortuna.

«Da igual, no podemos esperar para volver a casa —dijo Natalia Solzhenitsyn comiendo en la cocina—. Nuestra mente ya está en Rusia. Es como si ya no estuviéramos aquí, en esta casa en la que hemos vivido tanto tiempo.»

Había dos edificaciones adyacentes en su finca y Natalia me llevó a la más pequeña, donde Solzhenitsyn había trabajado sin descanso entre

catorce y dieciséis horas al día, desde que la familia se trasladó a Cavendish en 1976. Se sentaba en una mesa pequeña de aquel estudio, con un rostro que parecía la viva imagen de un hombre del siglo XIX. Pero, aunque su barba y sus ojos asiáticos recuerdan a Dostoievski, Solzhenitsyn es un hombre del siglo XX ruso. Él, más que nadie, más incluso que Sajarov, hizo imposible que Occidente siguiera ignorando la auténtica naturaleza del régimen soviético. Si la literatura ha cambiado el mundo alguna vez, sus libros sin duda lo han hecho. *Un día en la vida de Ivan Denisovich* dio a conocer al pueblo de la Unión Soviética el mundo de los campos de concentración a principios de la década de 1960, y los tres volúmenes de *El archipiélago gulag* disiparon todas las dudas que quedaban en la de los setenta.

Hablamos durante la mayor parte del día y Solzhenitsyn se pasó gran parte del tiempo criticando a Gorbachov, a quien desprecia por «seguir en el cargo año tras año», y a Yeltsin, a quien admira, por permitir que tantos millones de rusos hayan quedado muy por debajo del umbral de la pobreza. Lo que me resultó curioso es que Solzhenitsyn jamás trasluciera un atisbo de deleite por una victoria que, al fin y al cabo, él tanto había hecho por propiciar: la caída del régimen comunista. «En agosto de 1991 mi esposa y yo estábamos increíblemente nerviosos viendo la televisión cuando derribaron la estatua de Dzerzhinsky que había delante del edificio del KGB. Como es natural, fue un gran momento para nosotros —dijo—. Pero en mi interior sabía que todavía no era una auténtica victoria. Sabía cuán profundamente había penetrado el comunismo en el tejido de la vida. ¿Y qué estábamos haciendo? ¿Qué estaba haciendo Yeltsin? Nos hemos olvidado de todo y no hacemos más que pelearnos entre nosotros. Incluso ahora mismo. Todo es degradación. Es demasiado pronto para celebrar nada. ¿Por qué guardé silencio tanto tiempo sobre Gorbachov? Bueno,

gracias a Dios, inició algo, pero todo empezó muy mal. Así que, ¿qué hacemos?, ¿celebrarlo o llorar? Es demasiado pronto para celebrar nada. Simplemente no podría haber vuelto a Moscú en agosto de 1991 y levantar una copa de champán en la puerta de la Casa Blanca con Yeltsin. El corazón todavía no está jubiloso.»

Dijo que lo que esperaba ahora no era un nuevo imperio, ni tampoco la resurrección de una gran potencia, sino solo el desarrollo de «un país normal». Había llegado el momento de incorporarse a ese proceso. Después de toda una vida que había sido un reflejo de los sufrimientos del antiguo régimen (juventud comunista, guerra, cárcel, campos de concentración, enfrentamiento con el Kremlin, exilio forzoso), ahora, a los setenta y cinco años, estaba cerrando el círculo. Tenía billetes para volver a casa. «Incluso en los peores momentos, sabía que volvería a casa —afirmó—. Era una locura. Nadie me creía. Pero yo sabía que regresaría a casa para morir en Rusia.»

DAVID REMNICK
Enero de 1994

Agradecimientos

La última generación de reporteros extranjeros en la Unión Soviética fue la más afortunada. Fuimos testigos de un momento triunfal en medio de un siglo trágico. Es más, pudimos escribir acerca de ese momento, pudimos hablar con los protagonistas, con relativamente poco temor a comprometer su seguridad personal. En el pasado, los reporteros, historiadores y diplomáticos que escribieron sobre Rusia y la Unión Soviética siempre debieron actuar con suma cautela a la hora de hacer públicas sus fuentes y sus amistades. Con un gran sentido de alivio, me siento libre de esa constricción.

Durante mi estancia en la Unión Soviética, entrevisté a cientos de personas, a algunas más de una vez y durante muchas horas, y a otras solo por unos minutos en un pasillo del Kremlin o en el banco de un parque. Al principio se corrían los antiguos riesgos. Recuerdo haber concertado una entrevista en un parque de Lvov con un activista por los derechos humanos, el ucraniano Bogdan Horyn, para evitar ser escuchados o arrestados. En cambio, cuando preparaba mi viaje de regreso a Nueva York, pude entrevistar a Bogdan en la sede del Parlamento ucraniano independiente, donde era un conocido dirigente. En mis notas acerca de las fuentes, incluyo las entrevistas que fueron de especial importancia para este libro.

La mayor fuente de mi educación en Moscú fue la amistad de las personas que nos permitieron entrar, a mí, a mi esposa Esther Fein y a

nuestro hijo Alex, en sus hogares y vidas. Fueron mucho más que fuentes de información. Masha Lipman, una estupenda traductora y periodista, trabajó de forma incansable para *The Washington Post* y para este libro. Tuve la suerte de tenerla como amiga y de contar con sus sabios consejos, con su agudeza para detectar lo fatuo y lo absurdo. Seriozha, el esposo de Masha, es un amigo y me guió a través de las espesuras académicas e históricas. Los demás miembros de la «pandilla de los cuatro», Masha Volkenshtein e Igor Primakov, fueron buenos amigos y profesores. Gracias también a Grisha Kosazsky y a Lyola Kantor, a Judith y a Emmanuel Lurye, a Eduard Gladkov, Misha y Flora Litvinov, y a muchos otros.

El cuerpo de prensa en Moscú fue un grupo estupendo y quiero dar las gracias a algunos de mis amigos: Frank Clines, Bill Keller y Ann Cooper, Jeff y Gretchen Trimble, Xan y Jane Smiley, Eileen O'Conner y John Bilotta, Jonathan Sanders, Laurie Hays y Fen Montaigne, Marco Politi y, en el *Post*, a Eleanor Randolph, Gary Lee, Fred Hiatt y Margaret Shapiro. Mi colega y jefe de departamento en el *Post* Michael Dobbs fue indispensable como amigo y como colega. Lisa Dobbs nos dio pruebas, a mi familia y a mí, de una sólida amistad, y le enseñó a Moscú el significado de la libre empresa.

Conté con la inestimable ayuda de un grupo de académicos, tanto en Estados Unidos como en Rusia, entre ellos Richard Pipes, Stephen Cohen, Arseny Roginsky, Leonid Batkin y Natalya Ivanova.

En *The Washington Post*, un nutrido grupo de redactores apoyó mi trabajo en Moscú, y les estoy especialmente agradecido a Michael Getler, David Ignatius y al mago Jeffrey Frank por sus consejos y su trabajo de redacción. Gracias también a Ben Bradlee, Leonard Downie, Robert Kaiser, Don Graham y Katherine Graham por darme uno de los mejores trabajos periodísticos que el siglo podía ofrecer.

En mi nuevo hogar, *The New Yorker*, doy las gracias en primer lugar a Robert Gottlieb y a Pat Crow por publicar una versión inicial de este libro, y también a Tina Brown y Rick Hertzberg por convertir el acuerdo en algo permanente.

Gracias a Barbara Epstein, que me invitó a colaborar con *The New York Review of Books* cuando todavía me encontraba en Moscú y que desde entonces me ha colmado con su bondad, su magnífica labor de revisión y con paquetes del Federal Express. Barbara, Jeff Frank, Masha Lipman y Seriozha Ivanov leyeron el manuscrito con mucha dedicación y agudeza.

También mi agradecimiento al Consejo de Relaciones Exteriores por concederme la beca Edward R. Murrow en 1991-1992, lo que me dio el tiempo, el espacio y la calma necesarios para trabajar.

En Random House, la inteligencia y el ingenio de Jason Epstein son incomparables. Mi agente, Kathy Robbins, es una fuente inagotable de paciencia y de sabios consejos. Linda Healey también me dio muy buenos consejos editoriales.

Recibí mucho apoyo de familiares y amigos, antes, durante y después de mi estancia en Moscú. Mis padres me dieron el impulso inicial para trasladarme a la Madre Patria. Siento una profunda admiración por su entereza y les estaré eternamente agradecido por su amor sin reservas y su apoyo. Mi hermano, Richard, y mi cuñada, Lisa Fernández, así como mi abuela, Miriam Seigel, fueron igualmente de gran ayuda; a todos ellos, muchas gracias y todo mi amor. Los padres de Esther, Miriam y Hyman Fein, permitieron que me llevara a su hija a un lugar que para ellos estaba plagado de peligros y luego nos visitaron allí. Son personas encantadoras. Steve Fisher me ayudó con los misterios de la informática.

Eric Lewis y Elise Hoffmann, Richard Brody y Maja Nikolic, Marc Fisher y Jody Goodman, Michael Specter y Alessandra Stanley, así como

Henry Allen, demostraron todos su amistad a las duras y a las maduras, incluso a tanta distancia.

Mi hijo, Alexander Benjamin, llamado como sus bisabuelos, quienes nacieron durante el último imperio, llegó un poco tarde a la fiesta. Nació justo en medio del XXVIII (y último) Congreso del Partido Comunista, pero, cuando finalmente llegó, tomó Moscú al asalto. Nuestro segundo hijo, Noah Samuel, llegó más tarde aún. Solo espero que algún día Alex y Noah puedan visitar una Rusia democrática y próspera

Mis mayores agradecimientos son para Esther, quien se fugó a Rusia conmigo (extraña y maravillosa forma de comenzar un matrimonio). En Moscú escribió varias crónicas y reportajes para *The New York Times*, visitó algunos de los más alejados rincones del imperio y deleitó a la competencia. De regreso en Nueva York, fue la correctora más concienzuda y entusiasta del manuscrito y el sustento de su autor. Este libro no solo es para Esther; es también, en gran medida, obra suya.

Notas acerca de las fuentes

La principal fuente de información para este libro fueron las entrevistas. Ya que muchas de las personas entrevistadas hablan a título individual en el texto, no las he consignado formalmente aquí. También utilicé muchos de mis despachos para *The Washington Post* entre enero de 1988 y enero de 1992, así como artículos más extensos que escribí para *The New York Review of Books* y *The New Yorker*.

Estando en Moscú, también me sirvieron mucho los reportajes de Bill Keller, Francis X. Clines, Esther B. Fein y Serge Schmemann, de *The New York Times*, y especialmente los de Michael Dobbs, del *Post*. Los reportajes de Dobbs sobre Chernobyl, el ataque a Lituania en enero de 1991 y el golpe de agosto, incluida la batalla por el control de *Izvestia*, fueron particularmente útiles. A continuación, menciono algunos de los materiales y fuentes que no aparecen señalados en el texto.

Primera parte: El derecho a la memoria

1. El golpe del bosque

El libro de Allen Paul sobre la matanza de Katyn es lo mejor que existe en inglés sobre el tema. A medida que los archivos se abren al público, cada vez hay más material proveniente de Moscú, incluidas evidencias de que el

gobierno de Gorbachov sabía mucho más de lo que jamás reconoció ante el gobierno polaco. Las entrevistas con el coronel Alexander Tretetsky, Yuri Afanasyev, Yegor Ligachov y Alexander Yakovlev fueron importantes, así como también lo fue la entrevista de Tretetsky con el verdugo Vladimir Tokaryev, publicada por primera vez en el *Observer* el 6 de octubre de 1991.

2. Una infancia estalinista

Tanto el relato de Natalya Gorbanevskaya sobre las manifestaciones en la Plaza Roja como los discursos, ensayos y cartas de Pavel Litvinov fueron de gran utilidad, pero, para este tema, los miembros de la familia Litvinov fueron las principales fuentes.

3. Para conservar, por siempre

El libro de Yerofeyev *Moscú-Petushki*, es una novela sobre la era de Brezhnev, o del estancamiento. La transcripción del juicio de Brodsky aparece en varias antologías de disidentes. La carta de Brodsky a Brezhnev aparece citada en *The Washington Post* del 25 de julio de 1972. Entrevisté a Yurasov en varias ocasiones, y también concedió numerosas entrevistas a la prensa soviética. El mejor artículo en ruso sobre él es el ensayo de Viktoriya Chalikova *«Arjivni Yunosha»* («El joven archivista»), publicado en la revista *Neva*, n.º 10, 1988.

4. El retorno de la historia

El discurso histórico de Gorbachov del 2 de noviembre de 1987 fue publicado en ruso por *Pravda, Izvestia*, etcétera el 3 de noviembre de 1987, y en inglés en *The New York Times* al día siguiente. Hay ediciones en inglés tanto del *Curso breve* como de la *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*. El libro de Yeltsin *Memorias* ofrece una animada

descripción de las negociaciones acerca del lenguaje de Gorbachov en su discurso. La versión de Yeltsin corresponde en gran parte a los informes que me proporcionaron Yakovlev, Ligachov y otros.

5. Las viudas de la revolución

El libro de Stephen Cohen *Bujarin y la Revolución bolchevique* sigue siendo el trabajo definitivo sobre Bujarin. Sin embargo, Adam Ulam en *Los bolcheviques* y Nekrich y Heller en *La utopía en el poder* proporcionan una versión más negativa de los hechos. En 1993, las memorias de Anna Larina Bujarina fueron publicadas en inglés en una edición de Norton.

6. Ninotchka

Traté de ordenar las piezas de la intriga de Nina Andreyeva a partir de entrevistas con los principales protagonistas del drama, incluidos Nina Andreyeva, Mijail Shatrov, Yegor Yakovlev, Alexander Yakovlev, Viktor Afanasyev, Yevgeny Yevtushenko, Alexander Gelman, Len Karpinsky y Yegor Ligachov. El artículo de Andreyeva apareció originalmente en el *Sovetskaya Rossiya* del 13 de marzo de 1988. Entre los mejores artículos sobre el asunto destacan: «Red Intrigue: How Gorbachev Outfoxed His Kremlin Rivals», de Robert Kaiser en *The Washington Post* del 12 de junio de 1988; «The Foes of Perestroika Sound», de Dev Muraka en el *Nation* del 21 de mayo de 1988, y «“Krestni Otets” Nini Andreyevoi» («El padrino de Nina Andreyeva»), de Vladimir Denisov en *Rodina*, n.º 1, 1991. El relato de Ligachov en sus memorias sobre el asunto Andreyeva es un intento de retratarse como víctima de una intriga de Yakovlev y Gorbachov. El documental de la BBC *La segunda revolución rusa* fue una excelente fuente de información sobre el asunto Andreyeva, así como también acerca de las deliberaciones secretas del Partido Comunista, incluido el control del Politburó sobre la información del accidente nuclear de Chernobyl.

7. La conspiración de los doctores

La principal fuente de información fue la familia Rapoport, así como las memorias de Yakov y Natalya Rapoport. La biografía de Salo Baron sobre los judíos en Rusia, así como también las biografías de Ulam y Volkogonov sobre Stalin, y las memorias de Jruschov, son una buena fuente de información acerca de la conspiración de los doctores.

8. Monumento

Entrevisté a muchos de los primeros y futuros dirigentes de Monumento. Arseny Roginsky, Yuri Afanasyev, Andrei Sajarov, Leonid Batkin, Nikita Okhotin y Lev Ponomarev me ayudaron enormemente. Roy Medvedev en Moscú y Zhores Medvedev en Londres dedicaron muchas horas a narrar sus primeros años.

9. Escrito sobre las aguas

Los artículos de Alexander Milchakov en *Vechernaya Moskva* describen con gran detalle su búsqueda de los restos de las víctimas del gulag en Moscú y otros lugares. Los artículos más útiles fueron publicados en ese periódico el 9 de junio de 1990, el 12 de julio de 1990, el 28 de septiembre de 1990, el 20 de octubre de 1990, el 14 de abril de 1990, el 17 de mayo de 1991 y el 10 de agosto de 1990.

Segunda parte: Puntos de vista democráticos

10. Mascarada

El clásico *Kino*, de Jay Leyda, es de lejos la mejor historia del cine ruso. Hasta ahora, la literatura sobre la televisión soviética es escasa. El libro de

Ellen Mickiewicz contiene información útil sobre *Vremya* y otros programas de los primeros tiempos de la *glasnost*. Leonid Parfyonov, Eduard Sagalayev, Bella Kurkova, Igor Kirillov y muchos otros ejecutivos y periodistas de los principales programas de la era de la *glasnost* fueron las mejores fuentes de información.

Mijail Gorbachov todavía espera a su biógrafo, una espera que podría tardar varios años mientras los estudiosos recopilan los documentos necesarios, las entrevistas y el material acumulado durante su increíble carrera como el último dirigente de la Unión Soviética. Entretanto, trabaja en la preparación de sus memorias. Hasta ahora, las memorias que han aparecido, incluido *El golpe de agosto* de Gorbachov, son justificaciones de una política escritas al calor del momento político. Zhores Medvedev y Michel Tatu escribieron biografías tempranas de gran utilidad, y periodistas como Christian Schmidt-Haeur, Gerd Ruge, Dusko Doder y Louise Branson, Robert Kaiser y Angus Roxburgh han recopilado información útil en sus libros. La biografía de Gail Sheehy contiene información interesante acerca de sus viajes a la región de Stavropol, pero el libro está plagado de inexactitudes que denotan un pobre conocimiento de la historia y de la política soviéticas. Las memorias de Raisa Gorbachova, *Tengo la esperanza*, es un libro sentimental y apenas útil, pero contiene algunas cartas interesantes y proporciona una descripción de la vida en Stavropol y en el Kremlin. Ligachov y Yeltsin han escrito las memorias más atractivas (aunque no siempre verídicas), mientras que Shevardnadze y Yakovlev nos ofrecen una versión árida y dubitativa.

11. Los pensadores duales

Las memorias de Sajarov son impactantes, especialmente la primera mitad del primer volumen, en que Andrei Dmitriyevich describe su transformación de un hombre de ciencias y del sistema en un disidente.

Len Karpinsky me describió su extraña carrera en una serie de entrevistas. También estoy profundamente agradecido a Stephen Cohen por dar a conocer a Karpinsky en Occidente mediante la publicación del ensayo «Words are also Deeds» («Las palabras también son hechos») en *An End to Silence*, y luego una entrevista con Karpinsky en un libro editado por Cohen y Katrina van den Heuvel, *Voices of Glasnost*.

Entrevisté a muchos de los hombres y mujeres más prominentes de la generación de Gorbachov, incluidos a Fyodor Burlatsky, Andrei Sajarov, Lev Timofeyev, Giorgi Shajnazarov, Vitaly Korotich, Tatyana Zaslavskaya, Abel Aganbegyan, Oleg Bogomolov, Nikolai Shmelyov, Alexander Bovin, Mijail Ulyanov, Giorgi Arbatov, Yegor Yakovlev, Yuri Karyakin, Andrei Bitov y Sergei Jruschov.

12. Los hombres del Partido

El libro de Shapiro *El Partido Comunista de la Unión Soviética* sigue siendo un clásico, pero también encontré de gran utilidad el libro de Michael Voslensky *Nomenklatura*; *USSR: The Corrupt Society* de Konstantin Simis, y, especialmente, *The Soviet Mafia*, de Arkady Vaksberg. Geidar Aliyev, Dinmujamed Kunayev, Arkady Vaksberg, Lev Timofeyev, Andrei Fyodorov, Yuri Shchekochikin, Dmitri Lijanov, Andrei Karaulov, Arkady Volsky, Telman Gdlyan, Boris Yeltsin y Yegor Ligachov me ofrecieron cada uno de ellos su propia versión sobre el Partido Comunista.

13. Pobres gentes

Todo el material, salvo el que aparece señalado en el texto, fue recogido durante mis viajes a Turkmenistán, la región rusa de Vologda del Norte, la ciudad de Magnitogorsk en los Urales, y en Moscú. Agradezco a Murray Feshbach, de la Universidad de Georgetown, su trabajo sobre la pobreza. El libro de Stephen Kotkin sobre Magnitogorsk y *Behind the Urals*, de John

Scott, constituyen retratos complementarios de esa ciudad y de la industrialización. *The Harvest of Sorrow*, de Robert Conquest, constituye el trabajo clave, incluso heroico, acerca de la colectivización. Los artículos de Esther B. Fein sobre la pobreza, publicados en *The New York Times* (29 de enero y 14 de agosto), y los reportajes del *Komsomolskaya Pravda* sobre la mortalidad infantil en Asia central (25 de abril de 1990) y sobre la pobreza en general (19 de abril de 1990) fueron de gran utilidad.

14. El lado oculto de la Revolución

Los funcionarios de la fábrica de máquinas y herramientas Proletariado Rojo de mi distrito me dieron acceso al proceso electoral de la fábrica. Fui recibido con gran hospitalidad en Siberia occidental, en las minas de Yagunovsko y en otras ciudades mineras alrededor de la ciudad de Kemerovo. Anatoly Shcheglov y Anatoly Malijin fueron dos de los mineros que me concedieron largas entrevistas. Obtuve una ayuda similar por parte de los mineros de Donetsk, Ucrania, Karaganda, Kazajstán y la isla de Sajalin.

15. Postales desde el imperio

Soviet Desunion, de Bogdan Nahaylo y Victor Swoboda, es un libro importante acerca del tema de las nacionalidades. Los trabajos de Helène Carrère d’Encausse que presagian las crisis étnicas en la Unión Soviética siguen siendo esenciales.

16. La isla

Existe una excelente versión en inglés del libro de Chejov *La isla de Sajalin*. Nikolai Batyukov, Anatoly Kapustin, Vitaly Guly e Ivan Zhdakayev, conductor de bulldozer, diputado del Soviet Supremo y gran amigo, hicieron posible mi viaje a Sajalin y fueron de gran ayuda en la

descripción de la vida y las transformaciones políticas en la isla. Le doy las gracias también a Bruce Grant, antropólogo de la Universidad de Rice, quien pasó seis meses trabajando en una granja colectiva, por sus relatos acerca de Sajalin.

17. Pan y circo

Tanto Anatoly Kashpirovsky como Alan Chumak me concedieron una serie de entrevistas y asistí a sus sesiones de sanación. El erudito Sergei Ivanov me proporcionó la cita de Agatías.

18. El último gulag

Elena Chukovskaya, Vadim Borisov, Sergei Zalygin, Natalya Solzhenitsyn, Yegor Ligachov, Alexander Yakovlev, Lev Timofeyev, Tatyana Tolstaya y Viktor Yerofeyev me ayudaron a reconstruir el drama de Solzhenitsyn. El reportaje de John Dunlop en Radio Libertad (n.º 407, 1989) fue también útil.

El artículo de Solzhenitsyn «Kak nam obustroit' Rossiya?» apareció por primera vez en el *Komsomolskaya Pravda* del 2 de octubre de 1990. La biografía de Michael Scammell «Solzhenitsyn» es un trabajo estupendo, y Charles Truehart proporciona información adicional acerca de la vida de Solzhenitsyn en *The Washington Post* del 24 de noviembre de 1987.

Antes de viajar a Perm-35, entrevisté a algunos ex prisioneros políticos, entre ellos a Bogdan Horyn, Vyacheslav Chernovil, Sergei Kovalev, Levon Ter-Petrossian, Sergei Grigoryants y Lev Timofeyev. Las memorias de Natan Shcharansky, *Fear No Evil*, incluyen una magnífica descripción de los campos de Perm. Los investigadores de Helsinki Watch también me proporcionaron información acerca de los prisioneros políticos y de Perm-35. Todos los prisioneros con quienes hablé fueron puestos en libertad después del fallido golpe de agosto.

19. «MAÑANA ES DÍA DE BATALLA»

Después de su regreso de Gorky, los periodistas tuvieron menos acceso a Sajarov que el que habían tenido durante los años setenta. Mantuve una entrevista formal con él en su apartamento y numerosas entrevistas cortas durante reuniones de Monumento, Tribuna de Moscú, el Congreso de los Diputados del Pueblo y otros lugares públicos. Existen buenos retratos de Sajarov en muchos libros escritos por disidentes y periodistas occidentales, pero los libros de Sajarov constituyen la mejor fuente: *Memorias*, *Moscú y más allá*, *Alarma y esperanza*, *Mi país y el mundo*, *Sajarov toma la palabra* y *Reflexiones acerca del progreso, la coexistencia pacífica y La libertad intelectual*.

Madres e hijas y, sobre todo, *Solos y juntos*, de Yelena Bonner, constituyen conmovedores relatos de su vida.

De todos los tributos a Sajarov publicados después de su muerte, el mejor fue una edición especial de *Noticias de Moscú*, el 17 de diciembre de 1989.

20. ILUSIONES PERDIDAS

Los libros de Alexander Yakovlev incluyen *Predisloviye. Obval. Poslesloviye* («Prefacio. Colapso. Epílogo»), *Muki Prochiteniya Bitiya* («El dolor de sentir la vida»), y *De Truman a Reagan: Doctrinas y realidades de la era nuclear*. Los dos libros recientes en ruso incluyen sus principales discursos y una entrevista especialmente valiosa que fue publicada por primera vez en el *Komsomolskaya Pravda* el 5 de junio de 1990. El artículo deYakovlev «Protiv antiistorizma» («Contra el antihistoricismo») apareció en la *Literaturnaya Gazeta* el 15 de octubre de 1972.

Las entrevistas más útiles para este capítulo fueron las que me concedieron Yakovlev, Vitaly Korotich, Yegor Ligachov, Stanislav Shatalin,

Nikolai Petrakov, Arkady Volsky, Eduard Shevardnadze, Anatoly Sobchak, Giorgi Shajnazarov, Sergei Grigoriyev, Fyodor Burlatsky, Vyacheslav Shostokovsky y Yuri Afanasyev.

21. La Revolución de Octubre

Ilya Zaslavsky me dio carta blanca en el distrito de Octubre y pude asistir a reuniones y sesiones de planificación, así como efectuar entrevistas a sus aliados y enemigos. El alcalde de Moscú, Gavriil Popov, también me ayudó con la entrevista que me concedió acerca de las dificultades para la creación de un gobierno municipal.

Alex Kahn me ayudó a ingresar en el mundo de la mafia comercial de Leningrado y concertó la reunión con la «La sociedad de caridad». También sostuve entrevistas de gran utilidad con jóvenes hombres de negocios en los estados bálticos, Tiflis, Yereván, Bakú, Leningrado, Perm y Magnitogorsk.

22. ¡Primero de Mayo!, ¡Primero de Mayo!

Gavriil Popov, Alexander-Yakovlev, Yegor Ligachov y numerosos manifestantes me ofrecieron su versión acerca de los acontecimientos del Primero de Mayo de 1990. También tuve ocasión de leer el análisis que efectuó el Politburó en los archivos del Partido durante mi viaje a Moscú en septiembre de 1992. Masha Lipman, Masha Volkenshtein, Seriozha Ivanov, Igor Primakov, Alex Kahn y Kolya Vasyn fueron de especial ayuda para el tema de las generaciones.

23. El Ministerio del Amor

Le estoy agradecido a Jeff Trimble, de *U.S. News & World Report*, por su ayuda en el tratamiento de varios temas, sobre todo por lo que se refiere al KGB.

24. Septiembre negro

Los miembros de la familia de Alexander Men, así como sus feligreses, me concedieron entrevistas y copias de sus sermones, conferencias y escritos. El seguidor y asistente de Men, Andrei Yeryemin, fue especialmente generoso con su tiempo, como también lo fueron Pavel Men, Gleb Yakunin, Alexander Ogorodnikov, Lev Timofeyev, Andrei Bessmertni, Alexander Minkin, Maria Tepnina y Tatyana Sagalayeva. También me sirvieron mucho *Siglo XX y paz*, n.º1, 1991; «En memoria de Alexander Men», de Andrei Eremin, en *Znamya*, n.º 9, 1991; Tamara Zhirmunskaya en *Smena*, n.º 11, marzo de 1991, y Mijail Aksyonov-Myerson en *Russkaya Misl*, 21 de septiembre de 1990.

25. La torre

Para el reportaje acerca de la invasión y posterior independencia de los estados bálticos, doy las gracias al personal del periódico *Diena* y a numerosos políticos y activistas de Vilnius, incluyendo a Vytautas Landsbergis, Arvydas Juozaitis, Romouldas Ozolas, Kazimiera Prunskiene, Algimantis Cekoulis, Justas Paleskis, Vladislav Shved y Algirdas Brazauskas.

Gracias a Vitaly Tretyakov, director de la *Nezavisimaya Gazeta*, que me permitió utilizar las oficinas del periódico. Agradezco también su ayuda al personal, sobre todo a Sergei Parjomenko, Pavel Felgenhauer y Tatyana Malkina, quienes me relataron la corta y brillante historia del periódico.

En Moscú, pude entrevistar tanto a las personas que respaldaron el golpe como a las que se opusieron a él. Eduard Shevardnadze, Stanislav Shatalin, Grigori Yavlinsky, Vitaly Korotich, Ales Adamovich, Alexander Yakovlev, Len Karpinsky, Andrei Grachev y Giorgi Shajnazarov, todos ellos defensores de las reformas, hablaron conmigo acerca de los acontecimientos que condujeron al golpe. Nikolai Petrushenko, Viktor

Alksnis, Alexander Nevzorov, Sergei Ajromeyev, Alexander Projanov y otros conservadores fueron también de gran ayuda.

26. La línea general

Hasta ahora, *Stalin: Triunfo* y *tragedia* constituye la principal obra de Volkogonov. La biografía de Trotsky existe solo en ruso; en la actualidad, Volkogonov prepara una biografía de Lenin y sus memorias.

El libro de Walter Laqueur *Stalin: La estrategia del terror*, es un buen compendio de los descubrimientos recientes sobre Stalin, y es un complemento de las clásicas biografías de Robert Tucker, Adam Ulanu, Isaac Deutscher, Roy Medvedev y Boris Souveraine.

La transcripción de la reunión en que se denunció a Volkogonov fue publicada en la *Nezavisimaya Gazeta* el 18 de junio de 1991. El artículo de Nina Tumarkin «The Great Patriotic War and Myth and Memory», publicado en *Atlantic*, junio de 1991, describe el papel de la guerra como mito legitimador en la mente de la generación más veterana.

27. Ciudadanos

En Rostov, el general Matvei Shaposhnikov me describió su experiencia en Novocherkassk. El artículo de Olga Nikitina «Novocherkassk: crónica de una tragedia», publicado en *Don*, n.º 8 y 9, 1990, es un excelente relato de la matanza. En los archivos del Partido Comunista tuve acceso a documentos del KGB acerca de los sucesos de Novocherkassk que solo se dieron a conocer en 1992. El relato de Solzhenitsyn en el tercer volumen de *El archipiélago gulag* sigue vigente a pesar del nuevo material disponible.

Kolimá: The Arctic Death Camps, de Robert Conquest, es el mejor compendio histórico sobre los campos en el Lejano Oriente soviético, pero varios académicos recopilan información para ofrecer versiones más completas.

Cuarta parte: «Primero como tragedia, luego como farsa»

Para esta crónica del golpe de agosto, me basé sobre todo en mi propia experiencia y en los reportajes para el *Post* de Fred Hiatt, Margaret Shapiro y, especialmente, Michael Dobbs.

Agradezco también el haber tenido la oportunidad de leer las crónicas de *The New York Times*, *The Wall Street Journal*, *The Boston Globe*, *Los Angeles Times*, *Nezavisimaya Gazeta*, *Komsomolskaya Pravda*, *Literaturnaya Gazeta*, *Izvestia, Argumenti i Fakti*, *Ogonyok* y *Stolitsa. Korichnyevii Putsch Krasnij August 91*, publicado en 1991 por Tekst, es un buen compendio de crónicas de prensa de Rusia y otras repúblicas acerca del golpe.

Probablemente, la mejor historia del golpe de agosto saldrá de los numerosos volúmenes de testimonios recopilados por los fiscales rusos. Hoy, un año y medio después del golpe, todavía no ha habido juicios, si bien hay unos programados para la primavera de 1993. Los testimonios y relatos «desde dentro» que presento en mi relato provienen del intento de los fiscales por reconstruir los momentos más importantes del golpe. En la mayoría de los casos, estos detalles se vieron confirmados por otros reportajes publicados por la prensa rusa y occidental.

Quinta parte: Juicio al antiguo régimen

Esta parte surgió de un artículo sobre el juicio al Partido Comunista que escribí para la edición del 30 de noviembre de 1991 de *The New Yorker* y de

un artículo sobre el viaje de Gorbachov a Estados Unidos para el número de agosto de 1991 del *Vanity Fair*.

Entrevistas

Este libro es fruto de cientos de entrevistas, tanto breves como largas. Las personas «comunes» a quienes entrevisté aparecen citadas por su nombre solamente en el texto. A continuación, ofrezco una lista de las figuras públicas o semipúblicas cuyos testimonios fueron de gran ayuda. En la lista abundan «legisladores», «historiadores», «activistas» y, Dios nos libre, «periodistas». Pero esos eran los tiempos. En Moscú, Leningrado y sobre todo en los estados bálticos, estas personas ocupaban el centro de la vida pública. Había ocasiones en que el Congreso de los Diputados del Pueblo parecía, en parte, una convención de políticos mediocres y miembros del club de una facultad. Hoy en día se observa un cambio y ha surgido una nueva clase de políticos profesionales. Más que una simple lista de nombres, he querido señalar la función y el papel que desempeñaron estas personas durante la *perestroika* y después del fallido golpe de agosto de 1991. Mis agradecimientos a todos ellos.

Tengiz Abuladze (cineasta)
Ales Adamovich (escritor, diputado)
Viktor Afanasyev (director, *Pravda)*
Yuri Afanasyev (historiador, diputado)
Abel Aganbegyan (economista, consejero de Gorbachov)
Comandante Sergei Ajromeyev (consejero militar de Gorbachov)
Vasily Aksyonov (novelista)
Yuz Aleshkovsky (novelista)

Abdulfaz Aliyev (nacionalista de Uzbekistán)
Geidar Aliyev (ex miembro del Politburó)
Coronel Viktor Alksnis (líder de la facción Soyuz)
Anatoly Anayev (director, *Oktyabr*)
Nina Andreyeva (neoestalinista, profesora de química)
Anton Antonov-Ovsenko (historiador)
Giorgi Arbatov (asesor gubernamental, americanista)
Tatyana Baeva (manifestante de la Plaza Roja, 1968)
Grigori Bakianov (director, *Znamya*)
Dmitri Barshevsky (cineasta)
Leonid Batkin (historiador, diputado)
Zoya Belayeva (reportera de televisión)
Valentin Berezhkov (traductor de Stalin)
Andrei Bessmertni (activista cristiano)
Andrei Bitov (novelista)
Mijail Bocharov (consejero económico de Yeltsin, diputado)
Oleg Bogomolov (sociólogo, diputado)
Larisa Bogoraz (activista por los derechos humanos)
Alexei Boiko (diputado)
Yuri Boldyrev (diputado)
Vadim Borisov (subdirector, *Novy Mir*)
Artyom Borovik (periodista, *Ogonyok, Top Secret*)
Alexander Bovin (comentarista, *Izvestia*)
Algirdas Brazauskas (ex jefe del Partido Comunista lituano)
Joseph Brodsky (poeta)
Gennadi Burbulis (consejero de Yeltsin)
Alexander Burdansky (nieto de Stalin)
Fyodor Burlatsky (periodista, dramaturgo)

Shaun Burns (diplomático de EE.UU.)
Algimantis Cekoulis (periodista lituano, diputado)
Giorgi Chanturia (nacionalista georgiano)
Yelena Chekalova (estudiante, activista de Monumento)
Yuri Chernichenko (escritor, experto agrícola)
Vyacheslav Chernovil (ex prisionero político, alcalde de Lvov)
Micah Chlenov (activista judío)
Lydia Chukovskaya (escritora, activista por los derechos humanos)
Yelena Chukovskaya (escritora, activista por los derechos humanos)
Alan Chumak (sanador por la fe)
Ivan Drach (líder de Ruj, activista ucraniano)
Nikolai Dronin (investigador militar)
Yevgeny Dzugashvili (nieto de Stalin)
Nikolai Efimov (ex director, *Izvestia*)
Yakov Ettinger (dirigente de Monumento)
Mijail Fedotov (abogado)
Pavel Felgenhauer (periodista, *Nezavisimaya Gazeta*)
Vladimir Fromin (director, *Komsomolskaya Pravda*)
Thomas Gamjrelidze (especialista en literatura, Georgia)
Zviad Gamsajurdia (ex presidente de Georgia)
Mijail Gefter (historiador)
Alexander Gelman (dramaturgo, ex miembro del Comité Central)
Boris Gidaspov (ex jefe del Partido de Leningrado)
Lev Ginzburg (crítico musical)
Lydia Ginzburg (crítica literaria)
Eduard Gladkov (fotógrafo)
Vitaly Goldansky (físico)
Vitaly Goldovitch (prisionero, Perm-35)

Andrei Golitsyn (monárquico)
Mijail Gorbachov (presidente, secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética)
Anatoly Gorbunovs (dirigente del gobierno de Letonia)
Andrei Grachev (ex ayudante de Gorbachov)
Daniil Granin (novelista)
Sergei Grigoriyev (ex ayudante de Gorbachov)
Sergei Grigoryants (periodista, activista)
Boris Grushin (sociólogo)
Igor Gryazin (activista estonio, diputado)
Nikolai Gubenko (actor, director, ex ministro de Cultura)
Vitaly Guly (periodista, isla de Sajalin)
Padre Ivan Hel (sacerdote, Lvov)
John Hewko (americano-ucraniano, consejero jurídico del gobierno)
Bogdan Horyn (ex prisionero político, diputado ucraniano)
Mijail Horyn (ex prisionero político, diputado ucraniano)
Edward Lee Howard (ex miembro de la CIA; supuesto desertor)
Sergei Ivanov (oficial de policía, Ministerio del Interior)
Sergei Ivanov (historiador)
Natalya Ivanova (crítica literaria)
Dainas Ivans (nacionalista y líder de Letonia)
Vladimir Ivashko (secretario general adjunto del Partido Comunista de la Unión Soviética)
Arvydas Juozaitis (diputado lituano)
Janis Jurkens (activista de Letonia y ministro de Asuntos Exteriores)
Genrij Joffe (historiador)
Nadezhda Joffe (superviviente de un campo)
Boris Kagarlitsky (Frente Popular de Moscú)

Alex Kahn (crítico musical)
Sandra Kalniete (dirigente de Letonia)
Oleg Kalugin (ex general del KGB)
Anatoly Kapustin (diputado, isla de Sajalin)
Andrei Karaulov (periodista, *Nezavisimaya Gazeta*)
Len Karpinsky (periodista, *Noticias de Moscú*)
Yuri Karyakin (historiador literario, diputado)
Anatoly Kashpirovsky (sanador por la fe)
Tijon Jrennikov (líder del sindicato de compositores)
Igor Kirillov (ex presentador de noticias, *Vremya*)
Yuri Kiselyov (activista por los discapacitados)
Vladimir Klushin (marido de Nina Andreyeva)
Rudolf Kolchanov (compañero de universidad de Gorbachov, periodista, *Trud*)
Igor Kon (sociólogo; sexólogo)
Kira Korniyenkova (neoestalinista)
Vitaly Korotich (periodista, *Ogonyok*; poeta)
Andrei Kortunov (académico, experto en política exterior)
Sergei Kovalev (activista por los derechos humanos, diputado)
Andrei Kozyrev (ministro de Asuntos Exteriores ruso)
Dmitri Krupnikov (nacionalista de Letonia)
Gregory Krupnikov (nacionalista de Letonia)
Mijail Kubrin (político de la región de Octubre)
Yuri Kukushkin (historiador, Universidad Estatal de Moscú)
Dinmujamed Kunayev (jefe del Partido Comunista, Kazajstán)
Stanislav Kunayev (director, *Nash Sovremenik*)
Bella Kurkova (periodista de televisión, diputada)
Vytautas Landsbergis (presidente lituano)

Anna Larina (viuda de Nikolai Bujarin)
Yuri Laryonov (político de la región de Octubre)
Mijail Leontyev (periodista, *Nezavisimaya Gazeta*)
Yuri Levada (sociólogo, encuestador; compañero de universidad de Gorbachov)
Yegor Ligachov (ex miembro del Politburó)
Dmitri Lijachov (especialista en literatura; superviviente de los campos, diputado)
Dmitri Lijanov (periodista, *Ogonyok*, *Top Secret*)
Masha Lipman (traductora)
Endel Lippmaa (nacionalista estonio)
Vladislav Listyev (periodista, animador de televisión)
Mijail Litvinov (padre de Pavel Litvinov)
Pavel Litvinov (activista por los derechos humanos, profesor)
Flora Litvinova (madre de Pavel Litvinov)
Judith Lurye (activista judía, ahora en Israel)
Vladimir Lysenko (diputado ruso)
Alexander Lyubimov (periodista de televisión)
Igor Malashenko (miembro del Comité Central, asesor de Gorbachov)
Anatoly Malijin (minero, dirigente sindical)
Tatyana Malkina (periodista, *Nezavisimaya Gazeta*)
Sergei Matayev (periodista, Alma-Ata)
Roy Medvedev (historiador, diputado)
Zhores Medvedev (biólogo, historiador)
Pavel Men (hermano del padre Alexander Men)
Lennart Meri (activista de Estonia, ex ministro de Asuntos Exteriores)
Andrannik Migranyan (especialista en ciencias políticas)
Alexander Milchakov (historiador, activista de Monumento)

Alexander Minkin (periodista)
Viktor Morozov (actor, director, Lvov)
Arkady Murashev (diputado, jefe de la polícia de Moscú)
Alexander Nevzorov (periodista de televisión)
Olga Nikitina (periodista, Rostov)
Nodar Notadze (nacionalista de Georgia)
Andrei Nuikin (periodista)
Alexander Ogorodnikov (activista cristiano)
Nikita Ojotin (activista de Monumento)
Teniente coronel Nikolai Osin (comandante del campo Perm-35)
Anya Ostapchuk (periodista)
Romouldas Ozolas (diputado, Lituania)
Justas Paleckis (diputado, Lituania)
Leonid Parfyonov (periodista de televisión)
Sergei Parjomenko (periodista, *Nezavisimaya Gazeta*)
Dmitro Pavlichko (diputado, Ucrania)
Janis Peters (poeta, diputado, Letonia)
Nikolai Petrakov (economista, asesor de Gorbachov)
Coronel Nikolai Petrushenko (líder de la facción Soyuz)
Alexander Podrabinek (activista por los derechos humanos, director, *Express-Jronika*)
Ivan Polozkov (presidente, Partido Comunista ruso)
Mijail Poltaranin (consejero de Yeltsin)
Grigori Pomerants (filósofo)
Lev Ponomarev (activista de Monumento, diputado)
Gavriil Popov (economista, alcalde de Moscú)
Igor Primakov (sismólogo)
Yevgeny Primakov (asesor de Gorbachov)

Alexander Projanov (director, *Dyen*)
Kazimiera Prunskiene (primer ministro de Lituania)
Andres Raid (periodista de televisión, Estonia)
Yakov Rapoport (superviviente de la conspiración de los doctores)
Natalya Rapoport (bióloga)
Vika Rapoport (escenógrafa, ahora en Israel)
Lev Razgon (superviviente de un campo, escritor, activista de Monumento)
Oleg Rumyantsyev (autor de la Constitución rusa, diputado)
Anatoly Rybakov (novelista)
Yuri Rybakov (escritor, nacionalista ruso)
Nikolai Ryzhkov (miembro del Politburó, primer ministro)
Yuri Ryzhov (diputado, embajador ruso en Francia)
Eduard Sagalayev (ejecutivo de la televisión)
Roald Sagdeyev (físico)
Andrei Sajarov (físico, activista por los derechos humanos)
Mohammad Sali (activista de Uzbekistán)
Yuri Samodurov (activista de Monumento)
Vasily Selyunin (economista)
Julian Semyonov (director)
Igor Shafarevich (matemático, nacionalista ruso)
Giorgi Shajnazarov (asesor de Gorbachov)
Tofik Shajverdiyev (cineasta)
General Matvei Shaposhnikov (general del ejército retirado)
Stanislav Shatalin (economista, asesor de Gorbachov)
Mijail Shatrov (dramaturgo)
Anatoly Shcheglov (minero)
Yuri Shchekochikin (periodista, *Literaturnaya Gazeta*)
Yuri Shcherbak (ambientalista, doctor, diputado, Ucrania)

Ivan Shejovtsov (neoestalinista, abogado)
Eldar Shengalaya (cineasta, diputado, Georgia)
Eduard Shevardnadze (ex ministro de Asuntos Exteriores soviético)
Nikolai Shishlin (miembro del Comité Central)
Nikolai Shmelyov (novelista, economista)
Vyacheslav Shostokovsky (ex rector, Escuela Superior del Partido)
Vladislav Shved (Partido Comunista de Lituania)
Yuri Sigov (periodista, *Argumenti i Fakti*)
Olga Sliozberg-Adamova (superviviente de un campo)
Anatoly Sobchak (alcalde de Leningrado)
Natalya Solzhenitsyn (esposa de Alexander Isayevich)
Sergei Stankevich (diputado, alcalde adjunto, Moscú)
Vladislav Starkov (director, *Argumenti i Fakti)*
Galina Starovoitova (diputada)
Olzhas Suliemenov (diputado, poeta, Kazajstán)
Boris Sulim (activista del Partido en Magadán)
Maria Tepnina (amiga del padre Alexander Men)
Levon Ter-Petrossian (presidente de Armenia)
Lev Timofeyev (ex prisionero político, periodista)
Tatyana Tolstaya (escritora de relatos breves)
Nikita Tolstoi (física, diputada)
Yelena Tregubova (activista de Monumento)
Coronel Alexander Tretetsky (investigador militar)
Vitaly Tretyakov (director, fundador de la *Nezavisimaya Gazeta*)
Artyom Troitsky (crítico de rock)
Alexander Tsipko (miembro del Comité Central, historiador)
Mijail Ulyanov (actor, director)
Arkady Vaksberg (periodista, *Literaturnaya Gazeta*)

Kolya Vasyn (pionero del rock, Leningrado)
Trivimi Velliste (nacionalista estonio)
Ajmuhammed Vilsaparov (periodista, activista, Ashjabad)
Masha Volkenshtein (socióloga, encuestadora)
Coronel general Dmitri Volkogonov (historiador, asesor de Yeltsin)
Arkady Volsky (asesor de Andropov y de Gorbachov; industrial)
Ulo Vooglaid (diputado, Estonia)
Andrei Voznesensky (poeta)
Alexei Yablokov (ambientalista, asesor de Yeltsin)
Alexander Yakovlev (asesor jefe de Gorbachov)
Vladimir Yakovlev (director, *Kommersant*)
Yegor Yakovlev (director, *Noticias de Moscú*)
Padre Gleb Yakunin (ex prisionero político, diputado)
Grigori Yavlinsky (economista, asesor de Gorbachov y de Yeltsin)
Boris Yeltsin (presidente de Rusia)
Viktor Yerofeyev (novelista)
Andrei Yeryemin (ex ayudante del padre Alexander Men)
Arnold Yeryomenko (activista por los derechos humanos, Magadán)
Yevgeny Yevtushenko (poeta, diputado)
Dmitri Yurasov (archivero, activista de Monumento)
Igor Zajarov (periodista, *Nezavisimaya Gazeta*)
Sergei Zalygin (director, *Novy Mir*)
Tatyana Zaslavskaya (socióloga)
Ilya Zaslavsky (dirigente de Octubre Rojo, Moscú)
Ivan Zhdakayev (diputado, isla de Sajalin)
Tatyana Ziman (*refusenik*)
Samuel Zivs (vicepresidente del Comité Antisionista Soviético)

Bibliografía

Afanasyev, Yuri, *Inogo ne dano* («No hay alternativa»), Progreso, Moscú, 1988.

Arbatov, Georgi, *The System: An Insider's Life in Soviet Politics*, Times Books, Nueva York, 1992.

Arendt, Hanna, *The Origins of Totalitarianism*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1951. [Hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 2011.]

Aslund, Anders, *Gorbachev's Struggle for Economic Reform*, Comen University Press, lthaca, 1989.

Babyonyshev, Aleksandr, *On Sakharov*, Knopf, Nueva York 1982.

Bakatin, Vadim, *lzbavleniye ot KGB* («Liberado del KGB»), Progreso, Moscú, 1992.

Baron, Salo, *The Russian Jews under Tsars and Soviets*, Macmillan, Nueva York, 1976.

Berlin, Isaiah, *Russian Thinkers*, Viking, Nueva York, 1978. [Hay trad. cast.: *Pensadores rusos*, FCE, México, 1979.]

Beschloss, Michael y Strobe Talbott, *At the Highest Levels*, Little, Brown, Boston, 1993.

Bialer, Seweryn, *The Soviet Paradox*, Knopf, Nueva York, 1986.

Billington, James, *Russia Transformed: Breakthrough to Hope*, Free Press, Nueva York, 1992.

Bonner, Yelena, *Alone Together*, Knopf, Nueva York, 1986.
—, *Mothers and Daughters*, Knopf, Nueva York, 1992.
Brodsky, Joseph, *Less than One*, Farrar Straus Giroux, Nueva York, 1986. [Hay trad. cast.: *Menos que uno*, Siruela, Barcelona, 2006.]
Brumberg, Abraham, *Chronicle of a Revolution*, Pantheon, Nueva York, 1990.
—, *In Quest of Justice,* Praeger, Nueva York, 1970.
Bujarina, Anna Larina, *Nezabivayemoe* («Inolvidable»), Novosti, Moscú, 1990.
Carrère d'Encausse, Helène, *L'Empire éclate*, Flammarion, París, 1978.
—, *The End of the Soviet Empire*, Basic Books, Nueva York, 1993.
Carswell, John, *The Exile: A Life of Ivy Litvinov*, Faber & Faber, Londres, 1983.
Chejov, Anton, *The Island: A Journey to Sakhalin*, Century, Londres, 1987. [Hay trad. cast.: *La isla de Sajalin*, Alba Editorial, Barcelona, 2005.]
Cohen, Stephen F., *Bukharin and the Bolshevik Revolution*, Knopf, Nueva York, 1974. [Hay trad. cast.: *Bujarin y la revolución bolchevique*, Siglo XXI, Madrid, 1976.]
—, *An End to Silence: Uncensored Opinion in the Soviet Union*, W.W. Norton, Nueva York, 1982
—, y Katrina van den Heuvel, *Voices of Glasnost*, W.W. Norton, Nueva York, 1989.
Conquest, Robert. *The Great Terror*, Macmillan, Nueva York, 1968. [Hay trad. cast.: *El Gran Terror*, Caralt, Barcelona, 1974.]
—, *The Harvest of Sorrow*, Oxford University Press, Nueva York, 1986.
—, *Kolyma: The Arctic Death Camps*, Viking, Nueva York, 1978.
Davies, R. W., *Soviet History in the Gorbachev Revolution*, Indiana University Press, Bloomington, 1989.

Erofeev, Benedikt, *Moscow Circles*, Writers and Readers Cooperative, Nueva York y Londres.

Garton Ash, Timothy, *The Uses of Adversity*, Random House, Nueva York, 1989. [Hay trad. cast.: *Los frutos de la adversidad*, Planeta, Barcelona, 1992].

Ginzburg, Eugenia, *Journey in to the Whirlwind*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1967.

—, *The Magic Lantern*, Random House, Nueva York, 1990.

Gorbachov, Mijail, *Perestroika*, Harper & Row, Nueva York, 1987.

—, *The August Coup: The Truth and the Lesson*, HarperCollins, Nueva York, 1991.

—*, Dekabr'1991: Moya Pozitsiya* («Diciembre de 1991: Mi posición»), Novosti, Moscú, 1991.

Gorbachov, Raisa, *I Hope*, HarperCollins, Nueva York, 1991. [Hay trad. cast.: *Yo confío*, Ediciones B, Barcelona, 1991.]

Gorbanevskaya, Natalya, *Red Square al Noon*, Penguin, Nueva York, 1970.

Havel, Vaclav, *Letters to Olga*, Knopf, Nueva York, 1989. [Hay trad. cast.: *Cartas a Olga*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1997.]

Heller, Mijail, *Cogs in the Wheel: The Formation of Soviet Man*, Knopf, Nueva York, 1988. [Hay trad. cast.: *El hombre nuevo soviético*, Planeta, Barcelona, 1985.]

—, y Aleksandr Nekrich. *Utopia in Power*, Summit, Nueva York, 1986.

Hosking, Geoffrey, *The Awakening of the Soviet Union*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1990.

Jruschov, Nikita, *Khrushchev Remembers*, Little, Brown, Boston, 1970.

Kaiser, Robert, *Why Gorbachev Happened*, Simon & Schuster, Nueva York, 1991.

Karaulov, Andrei, *Vokrug Kremlya*, Novosti, Moscú, 1990.

Korotich, Vitaly, *Zal Ozhidaniya* («El cuarto de espera»), Liberty, Nueva York, 1991.

Kotkin, Stephen, *Steeltown, USSR*, University of California Press, Berkeley, 1991.

Laqueur, Walter, *The Long Road to Freedom: Russia and Glasnost*, Scribner's, Nueva York, 1989.

—, *Stalin: The Glasnost Revelations*, Scribner's, Nueva York, 1991.

Lewin, Moshe, *The Gorbachev Phenomenon*, University of California Press, Berkeley, 1988.

Leyda, Jay, *Kino: A History of the Russian and Soviet Film*, Macmillan, Nueva York, 1960. [Hay trad. cast.: *Kino. Historia del cine ruso y soviético*, Eudeba, Buenos Aires, 1965.]

Ligachov, Yegor, *Inside Gorbachev's Kremlin*, Pantheon, Nueva York, 1993.

—, *Izbranniye, rechi i stat'i* («Ensayos, parlamentos y artículos»), Political Literature Publishers, Moscú, 1989.

Lijachov, Dmitri, *Reflections on Russia*, Westview, Boulder, Colorado, 1991.

Litvinov, Pavel, *The Demonstration in Pushkin Square*, Harvill Press, Londres, 1969.

Mandelstam, Nadezhda, *Hope Against Hope*, Atheneum, Nueva York, 1970.

—, *Hope Abandoned*, Atheneum, Nueva York, 1972.

Medvedev, Grigori, *The Truth About Chernobyl*, Basic Books, Nueva York, 1991.

Medvedev, Roy, *Let History Judge*, Columbia University Press, Nueva York, 1989. [Hay trad. cast.: *Que juzgue la historia*, Destino, Barcelona, 1977.]

—, *All Stalin’s Men*, Anchor Books, Carden City, Nueva York, 1985.
—, y Giulietto Chiesa, *Time of Change*, Pantheon, Nueva York, 1989.
Medvedev, Zhores, *Gorbachev*, W. W. Norton, Nueva York, 1987.
Mickiewicz, Ellen, *Splil Signals: Television and Politics in the Soviet Union*, Oxford University Press, Nueva York, 1988.
Nahaylo, Bogdan, and Victor Swoboda, *Soviet Disunion: A History of the Nationalities Problem* in *the USSR*, Free Press, Nueva York, 1990.
Nove, Alec, *Glasnost in Action: Cultural Renaissance in Russia*, Unwin Hyman, Boston, 1989.
Okhotin, Nikita, Arseny Roginsky, et al., *Zven’ya*, Feniks, Moscú, 1990.
Paul, Allen, *Katyn: The Untold Story of Stalin’s Polish Massacre*, Scribner’s, Nueva York, 1991.
Pipes, Richard, *The Russian Revolution*, Knopf, Nueva York, 1991.
—, *Russia under the Old Regime*, Scribner’s, Nueva York, 1974.
Rapoport, Yakov, *Na Rubezhe Dvukh Epokh: Delo Vrachei 1953 Goda*, Kniga, Moscú, 1988.
Reddaway, Peter, *Uncensored Russia: Protest and Dissent in the Soviet Union*, American Heritage Press, Nueva York, 1972.
Reed, John, *Ten Days That Shook the World*, Boni & Liveright, Londres, 1919. [Hay trad. cast.: *Diez días que estremecieron al mundo*, Akal, Madrid, 1986.]
Roxburgh, Angus, *The Second Russian Revolution*, BBC Books, Londres, 1991.
Ryzhkov, Nikolai, *Perestroika: Istoriya Predatelsty*, Novosti, Moscú, 1992.
Sajarov, Andrei, *Memoirs*, Knopf, Nueva York, 1990.
Scammell, Michael, *Solzhenitsyn*, W. W. Norton, Nueva York, 1984.
Schapiro, Leonard, *The Communist Party of the Soviet Union*, Knopf, Nueva York, 1960.

—, *Russian Studies*, Viking, Nueva York, 1986.
Scott, John, *Behind the Urals: An American Worker in Russia's City of Steel*, Martin, Secher and Wanburg, Londres, 1943.
Shalamov, Varlam, *Kolyma Tales*, W. W. Norton, Nueva York, 1982. [Hay trad. cast.: Relatos de Kolymá, Mondadori, Barcelona, 1998.]
Sharansky, Natan, *Fear No Evil*, Random House, Nueva York, 1988.
Shcherbak, Yuri, *Chernobyl*, Macmillan, Londres, 1989.
Shenis, Zinovy, *Maxim Litvinov*, Progress, Moscú, 1990.
Shevardnadze, Eduard, *The Future Belongs to Freedom*, Free Press, Nueva York, 1991.
Shlapentokh, Vladimir, *Soviet Intellectuals and Political Power: The Post-Stalin Era*, Princeton University Press, Princeton, 1990.
Shtepps, Konstantin, *Russian Historians and the State*, Rutgers University Press, New Brunswick, Nueva Jersey, 1962.
Simis, Konstantin, *USSR: The Corrupt Society*, Simon & Schuster, Nueva York, 1982.
Smith, Hedrick, *The New Russians*, Random House, Nueva York, 1990.
Sobchak, Anatoly, *For a New Russia*, Free Press, Nueva York, 1991.
Solzhenitsyn, Alexander, *The Gulag Archipelago*, Harper & Row, Nueva York. [Hay trad. cast.: Archipiélago Gulag, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.]
Stepankov, Valentin y Lisov, Yevgeny, *Kremlyevski Zagovor*, Ogonyok, Moscú, 1992.
Tarasulo, Isaac, *Gorbachev and Glasnost: Viewpoints from the Soviet Press*, SR Books, Wilmington, Delaware, 1989.
Timofeyev, Lev, *The Anti-Communist Manifesto*, Free Enterprise Press, Bellevue, Washington, 1990.
Tsipko, Aleksandr, *Is Stalinism Really Dead*?, HarperCollins, Nueva York,

1990.
Tucker, Robert C., *Stalin in Power*, W. W. Norton, Nueva York, 1990.
Vaksberg, Arkady, *The Soviet Mafia*, St. Martin's Press, Nueva York, 1991.
Volkogonov, Dmitri, *Stalin: Triumph and Tragedy*. Editado y traducido por Harold Shukman. Grove Weidenfeld, Nueva York, 1991.
—, *Trotskii*. 2 vol., Novosti, Moscú, 1992.
Voslensicy, Michael, *Nomenklatura*, Doubleday, Garden City, Nueva York, 1984.
Yakovlev, Aleksandr, *Muki Prochteniya Bitiya*, Novosti, Moscú, 1991.
—, *Predisloviye. Obval. Poslesloviye*, Novosti, Moscú, 1992.
—, *On the Edge of* an *Abyss: From Truman to Reagan: The Doctrines and Realities of the Nuclear Age*. Traducido por Yuri Samsovov. Progreso, Moscú, 1985.
Yeltsin, Boris. *Against the Grain*, Summit, Nueva York, 1990.
Zaslavskaya, Tatyana, *The Second Socialist Revolution*, Indiana University Press, Bloomington, 1990.

Una extraordinaria crónica del colapso del imperio soviético, con un nuevo epílogo del autor.



David Remnick es el mejor periodista de su generación y La tumba de Lenin es el libro que le consagró y con el que obtuvo el premio Pulitzer, el más alto galardón para un periodista. Inédito en España y con un nuevo prefacio para conmemorar los veinte años de la caída de la Unión Soviética, es un clásico del periodismo y una de las obras fundamentales sobre ese periodo histórico, clave para entender el mundo de hoy.

Corresponsal en Moscú del Washington Post desde 1988 hasta 1992, Remnick fue un testigo privilegiado del hundimiento de la Unión Soviética. A partir de sus viajes por el país y sus conversaciones con ciudadanos soviéticos de todos los estratos de la sociedad, refleja el impacto histórico de ese momento, el redescubrimiento del pasado tras setenta años de dictadura comunista y el derrumbe de un sistema hasta entonces aparentemente inexpugnable.

Una obra maestra del mejor periodismo narrativo.

Reseñas:

«Una extraordinaria combinación de observación, trabajo, conocimiento y

análisis. Es imposible imaginar un libro mejor sobre el declive de la Unión Soviética.»
The New York Times Book Review

«La mejor crónica de la caída del imperio soviético.»
Washington Post Book World

David Remnick (Estados Unidos, 1958) es periodista y escritor. Tras una larga etapa en el *Washington Post*, donde entre otras cosas fue corresponsal en Moscú, fue nombrado director del *New Yorker* en 1998. En 1999 fue elegido Director del año. También ha obtenido el premio George Polk a la excelencia periodística y un National Magazine Award. Su libro *La tumba de Lenin*. *Los últimos días del Imperio soviético* (Debate, 2011) obtuvo el premio Pulitzer. Además ha publicado sendas biografías de Muhammad *Ali, Rey del mundo* (Debolsillo, 2010) y de Barack Obama, *El puente* (Debate 2010).

Título original: *Lenin's Tomb*

Edición en formato digital: abril de 2020

Con la colaboración editorial de Ricardo García Pérez

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan
Fotografía de portada: © Corbis

ISBN: 978-84-18006-86-9

Composición digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com



[1] 1992-1993 *(N. del T.)*

[2] Hombre, superhombre (*N. del T*.)

Índice